

Armando Ravelet

San Juan Bautista de la Salle
y su obra



**SAN JUAN BAUTISTA
DE LA SALLE
Y SU OBRA**

**SAN JUAN BAUTISTA
DE LA SALLE**

POR

ARMANDO RAVELET

Introducción de Mgr. d'Huss

Epílogo de Georges Goyau
DE LA ACADEMIA FRANCESA

1952

NIHIL OBSTAT:
Dr. Andrés de Lucas,
Censor.

IMPRIMASE:
José María, *Obispo Auxiliar*
y Vicario General.
Madrid, 18 de febrero de 1952

ÍNDICE

PROLOGO.....	9
INTRODUCCIÓN.....	11
VIDA DEL SANTO.....	27
Órdenes religiosas.—Fundadores.—Misión de Juan Bautista de la Salle.—Importancia de su obra.—Servicios que ha prestado y sigue prestando su Instituto a la Iglesia y a la sociedad.....	28
Nacimiento del Santo.—Su familia.....	31
Sus primeros estudios.—Atractivo que sentía hacia el estado sacerdotal.—Recibe la tonsura.....	33
Es nombrado canónigo de la iglesia metropolitana de Reims.— Recibe las órdenes menores.—Entra en el seminario de San Sulpicio, de París.—Sus virtudes y estudios en este establecimiento.—Muerte de sus padres.—Regresa a Reims.....	36
Juan Bautista asume la dirección de la familia.—El Abate Roland.— Recibe el joven seminarista las órdenes sagradas.—Su celo por la salvación de las almas.—El R. P. Barré.—Hermanas de la Providencia. Hermanas del Santísimo Niño Jesús.—Es nombrado superior y bienhechor de estas últimas.....	41
La Sra. de Maillefer.—El Sr. Adrian Nyel.—Celo del Santo por la fundación de Escuelas para los niños pobres de Reims.—Empieza a atender y asistir a los maestros.—Recibe el grado de doctor en teología.—Confianza que inspira a los penitentes.—Se libra providencialmente de la muerte.....	46
Reglamentación de los maestros; el Santo los aloja en su casa.— Contrariedades que encuentra. Se le quita la tutela de sus hermanos menores.—Peligros que corre su institución.—Los hermanos en rethel, guisa, chateau-portien y laon.—Presenta la renuncia del canonicato y se la aceptan.—Graves oposiciones que encuentra.....	55
Distribuye todos sus bienes entre los pobres.—Su espíritu de oración y de mortificación.—Da a sus discípulos los primeros reglamentos. — Retiro y asamblea general de los principales Hermanos para tratar de los intereses de la Congregación.—Pone el	

instituto bajo la protección de la Santísima Virgen María.— Admirables ejemplos que da en la observancia de los votos.....	67
Institución de un seminario destinado a la formación de maestros para el campo.—Apertura de un noviciado mayor y otro preparatorio.—Predica una misión.—Piadosa muerte de algunos de sus discípulos.—Del P. Barré, del Sr. Nyel.—Renuncia al cargo de Superior.—Sale electo en su lugar el Hermano Enrique Lheureux.— Su admirable humildad y sumisión.—El arzobispo de Reims lo restablece en su cargo.....	76
Juan Bautista va a París para dirigir la Escuela de caridad de San Sulpicio.—El cura de la Barmondriere.—El abate Compagnon.— Padecimientos del Santo.—Es calumniado.—Triunfa su virtud.—El abate Baudrand sucede en el curato de San Sulpicio al abate de la Barmondriere.....	85
Fundación de otra escuela en París, en la calle del Bac.—Envidia y violencias de los maestros de escuela.—Sostiene el Santo su causa ante el Parlamento y sale victorioso.—Tribulaciones que sufre en París.—Va a Reims y cae gravemente enfermo.—Regresa a París y enferma de muerte.—Recupera la salud.—Enfermedad y muerte del Hermano Enrique LHeureux.....	92
Temores del santo relativos a su instituto.—Traslada el noviciado menor a París.—Reúne a toda la comunidad para ejercicios en la nueva casa de Vaugirard.—Hace voto perpetuo de estabilidad en el instituto con dos discípulos suyos.—Prescribe las reglas que deben mantener en la comunidad el espíritu de la vocación.—Establece el noviciado en Vaugirard.—Fervor que inspira a sus discípulos.....	99
Hambre desoladora en París por los años de 1693 y 1694.—Pobreza de los Hermanos.—Traslado del noviciado a París.—Resignación y confianza en Dios.—En lo más riguroso del hambre.—Socorro prodigioso.—Regreso del noviciado a Vaugirard.—La visita general de las comunidades.—Pronuncia los votos perpetuos con doce discípulos suyos.—Renuncia nuevamente al cargo de Superior.—Es reelegido dos veces consecutivas.....	107
El Santo Fundador escribe las reglas del instituto.—Las somete al examen de sus principales discípulos.—Artículos fundamentales.— Explica a los hermanos su sentido.—Otros escritos.....	113
La casa de Nuestra señora de las Diez Virtudes, en París.— Traslación del noviciado a esta casa.—El abate de la Chétardie, cura de San Sulpicio—Proceso y violencias de los maestros calígrafos contra las EE. CC.—Fundación de otras dos escuelas en París.—Luis XIV confía al Sr. de la Salle la educación de cincuenta jóvenes	

irlandeses.—Celo con que se ocupa el Santo en la conversión de varios jóvenes de malas costumbres.....	118
Escuela y seminario de la parroquia de San Hipólito, en París.—Fundación de la Escuela dominical.—Proceso del Santo en el arzobispado.—Su deposición.....	124
El barrio de San Antonio.—Proceso de los maestros calígrafos.—Proceso de los maestros de escuela.—Sentencia del Parlamento.—Traslado del noviciado a Rouen.—Se cierran las escuelas de San Sulpicio.—Traslado.....	137
Escuelas en diversas provincias: Escuelas de Chartres, de Calais, de Troyes, de Avignon.—Escuela de Reims.	146
La escuela de Roma.—El Hermano Gabriel.—Su correspondencia con el Fundador.....	156
Establecimiento de Rouen.—La Pía Fundación para los pobres sanos.—Escuela de Darnetal.—Los Hermanos en Rouen.—El Sr. Camus de Pont-Carré.—Establecimiento de San Yon.....	159
Las escuelas del Mediodía: escuelas de Marsella, de Dijón, de Mende, de Alais, de Grenoble, de Valreas, de los Vans, de Versailles, de Moulins.....	170
hambre de 1709.—Paciencia del Siervo de Dios.—Un Hermano infiel.—El abate Clement.—Proceso sustanciado contra el venerable Sacerdote.....	183
El abate de la Salle en los Cevenas.—Llega a Marsella.—noviciado en esta ciudad.—Intrigas de los jansenistas.—Proyecto de viaje a rodia—Nuevas persecuciones.—Sale para Mende.....	193
Llegada del Santo a Grenoble.—Se retira a la Gran Cartuja.—La romería de Parmenia.—Luisa de Parmenia.—El hermano Ireneo.—El abate de la Salle y la Bula.....	206
Intrigas en ausencia del Santo.—Proyectos de reforma—El abate de Brou.—Resistencia del arzobispo.—Muerte del cura de la Chétardie.—Regreso a París.—El caballero de Armestat.—Vuelve el noviciado a San Yon.—Viaje a Calais.—Dimite el cargo de Superior.—Visita general del Hermano Bartolomé.—Es electo Superior.....	216
Obediencia del Santo.—Su humildad.—Su regularidad.—Firmeza que manifestó contra los apelantes.—Dificultades con el cura de San Severo.—Última enfermedad y muerte.—Sus funerales.—Su retrato.....	236
San Juan Bautista de la Salle, iniciador y escritor de materias pedagógicas.....	249

LA POSTERIDAD DEL SANTO.....	266
Primeros continuadores del Santo: los Hermanos Bartolomé (1717-1720) y Timoteo (1720-1751).....	267
El espíritu revolucionario anterior a la Revolución.—Los hermanos Claudio (1751) y Florencio (1767-1777).....	279
La gran tormenta: los Hermanos durante la Revolución.—Gobierno del Hermano Agatón (1777-1797).....	286
Después de la tormenta.—La Congregación desde el fin del terror hasta la elección del Hermano Felipe, en 1838.....	294
El Hermano Felipe (1838-1874).....	314
Beatificación (1888) y canonización (1900) de Juan Bautista de la Salle.....	335
la Congregación desde 1884 a 1952.....	350
EPÍLOGO.....	368

PROLOGO

El proceso incoado por orden de la Santa Sede para la beatificación del Venerable DE LA SALLE nos ha inspirado el deseo de estudiar sus virtudes.

Los servicios que aun presta hoy al pueblo mediante sus discípulos, con frecuencia desconocidos o menospreciados por los mismos a quienes ilustran, nos ha impuesto el deber de dar a conocer su vida. La he escrito concienzudamente. El Reverendísimo Superior General, Hermano Felipe, que tenía gran interés en este trabajo, puso a mi disposición los ricos archivos de la Casa Matriz. Otros muchos Hermanos, con una benevolencia que me complazco en agradecer, me han comunicado todos los documentos que les fue posible recoger. He tenido la suerte de haber descubierto en los Archivos Nacionales de París todas las piezas de aquellos procesos que los maestros de escuela intentaron contra el Sr. DE LA SALLE, que dificultaron por tan largo tiempo el desenvolvimiento de su obra. Los archivos de Rouen, de Reims, de Chálons y de Mende encierran también documentos que parecen no haber sido conocidos por los anteriores biógrafos del VENERABLE.

Confío, pues, haber hecho una obra nueva, que intenta presentar con luz más completa aquella maravillosa vida, cuyo esplendor quedaba oculto en la humildad del protagonista. Ha llegado el tiempo de hacerle justicia. Se la debemos a sus discípulos, continuadores de su obra benéfica; a su Patria, de la cual es honra, y a nosotros mismos.

Lo que conviene estudiar en la vida del Venerable DE LA SALLE es, ante todo, al santo. En su amor a la oración, en su caridad, en sus virtudes sobrenaturales, heroicamente practicadas, es donde se halla la razón primera de las eminentes cualidades que le distinguieron a los ojos del mundo y la verdadera causa del éxito en aquella empresa gigantesca, que parecía exceder las fuerzas humanas. El hombre público nunca es más que una revelación incompleta del hombre interior. El Sr. DE LA SALLE, el Fundador, fue grande; pero el Santo fue mucho mayor. Sobre él, sobre el Santo, hemos de concentrar nuestra atención. Así honraremos la Fe, que debe ser la inspiradora de todas nuestras acciones, sin quebrantar ninguna

de las leyes de la Historia. Por el contrario, en estas páginas sinceras hacemos aplicación de la más alta de tales leyes: la que nos obliga a buscar en la vida de las almas la explicación de los acontecimientos exteriores y medir la verdadera grandeza de las mismas almas por el área de su obediencia a la voluntad de Dios.

ARMANDO RAVELET

1874

* * *

INTRODUCCIÓN

Por MGR. D'HULST

Puede el hombre negar su inmortalidad; pero no puede renunciar a buscarla. Cuando se cierra a sí mismo las perspectivas de la inmortalidad verdadera, por fuerza ha de abrirse otras para engañar sus deseos. Se imagina que el vivir en la memoria y en la admiración de sus semejantes, le compensará de la sublime esperanza que perdió, a saber: la de vivir eternamente en el seno de Dios. Pero las promesas de la humana gloria se hallan fundadas en un triple engaño.

Desde luego, la supervivencia que ofrecen es puramente ficticia. Debería ser la recompensa del que ha dejado de existir, y no es más que el señuelo de los que vienen en pos de él; el rumor que alza la fama de su nombre no despierta al muerto en el sepulcro ni le da posibilidad de saborear las alabanzas que le tributan.

Además, la inmortalidad constituye el sueño dorado de todo hombre, es su pasión; mientras la gloria es privilegio de muy pocos. Por una ambición que se logra, ¡cuántas otras salen frustradas! Por un nombre que alcanzó fama, ¡cuántos otros quedan ignorados!

Por fin, el último engaño de la gloria es el prometer la eternidad del recuerdo cuando ni siquiera puede asegurarle el más efímero. Sólo el nombre de escasos genios crece con los siglos, alzándose en el horizonte de lo pasado, mientras los demás declinan y desaparecen. De ordinario, la gloria no dura más que breve momento, y cuando éste pasa y empieza a menguar, nada es capaz de volverle su esplendor.

Así pues, no desdeña impunemente el hombre la inmortalidad que Dios le ofrece; el cielo toma venganza de tales desprecios, abandonando al impío a la inutilidad de sus experimentos, a la vanidad de sus codicias.

Pero he aquí un desquite más esplendoroso. Hombres hay que, para honrar mejor a Dios, han menospreciado la gloria, y aun la han aborrecido enteramente. Se ha observado en ellos una pasión extraña y nunca vista: la de ser desconocidos; y no sólo esa, sino la de los oprobios y desprecios. ¿Y cuál ha sido su destino? ¿Diremos que en recompensa de su heroica

abnegación les ha cabido en suerte la gloria divina? No sólo eso: Dios se ha dignado colmarlos de esa misma gloria humana que sacrificaron por su amor; y al asegurársela, quita a ésta las condiciones imperfectas que hacían de ella un puro engaño y falsedad.

La gloria humana de los santos no es ficticia, porque su supervivencia en Dios los hace capaces de gozar de ella, ya que no es privilegio del genio ni caprichoso don de la casualidad, sino recompensa de una fidelidad más perfecta. Por fin, tampoco está condenada a sufrir la inflexible ley de la decadencia; muy otra es la que preside a sus destinos, a saber: la ley del gobierno providencial. Los santos llegan a ser célebres cuando su celebridad puede concurrir a los designios de Dios sobre su Iglesia santa. Ora alcanza su memoria a lo más elevado de la fama, sin bajar jamás de esas alturas; ora parece dormir olvidada hasta el día en que conviene que se despierte; y entonces se maravilla la humanidad de su prolongada ingratitud contra los que, por haber servido a Dios con perfección, habían merecido mucho de los hombres. Otras veces, en fin, después de un período luminoso, parece oscurecerse el astro, como si la nueva época necesitase menos de su resplandor; pero sobrevienen borrascas inesperadas, la estrella recobra entonces su antiguo fulgor y sirve como de faro para guiar a los viajeros por entre las tinieblas de la adversidad.

Tal se nos presenta la radiante figura de aquel a quien el mundo católico llamará en lo sucesivo SAN JUAN BAUTISTA DE LA SALLE. Nadie como él huyó de la gloria mientras vivía, y ninguno vio más ampliamente satisfecha su sed de ultrajes y desprecios. Quizá parecerá extraño que busquemos en esto el rasgo característico de un personaje cuyo nombre y cuya obra, sobre todo, son tan populares en el día de hoy; y no obstante, a esto nos obliga la verdad. JUAN BAUTISTA DE LA SALLE es, sin duda, un gran hombre; pero lo es a la manera de los santos. Su sabiduría peculiar y distintiva es la locura de la Cruz. Como el prudente arquitecto de que habla el Santo Evangelio, antes de edificar la torre echó primero despacio sus cuentas, para ver si tenía el caudal necesario con que acabarla. Se le presentó entonces la humildad como el instrumento necesario para el servicio del apostolado. Conquistar almas, salvar a la juventud, reedificar desde los cimientos una sociedad cristiana, reservar las preferencias y predilecciones de su caridad para los pobres y desamparados, tal fue el ideal, el pensamiento dominante que se apoderó del joven Canónigo de Reims, que se transformó en ardores de celo y vino a ser el móvil poderoso de su vida entera. Él es quien le mueve a simpatizar con los primeros

ensayos del Sr. Nyel y le impulsa, de contado, a poner mano en una empresa tan difícil y necesaria.

Pero ¿qué es esta empresa sino la obra propia del REDENTOR? Siendo divina en su naturaleza, ha de serlo, por consiguiente, en sus medios, y tiene que desaparecer el hombre para que se vea sólo a Dios; pues el anonadamiento voluntario del siervo, dejará el campo libre para la acción del SEÑOR. Así es como se revela al santo SACERDOTE: junto con el precio de la humildad, el de la humillación que encamina a ella. Para hacerse apóstol de la juventud, será humilde; para hacerse humilde, aceptará y buscará ansioso las humillaciones.

Nada tiene que envidiar con respecto a esto la vida del FUNDADOR de las Escuelas Cristianas a la de los más fervorosos amadores de la abyección. Muchos santos han podido apetecer tanto como él los desdenes del mundo; pero no sé si alguno los ha alcanzado de una manera tan completa y tan constante. Otros han pasado por alternativas de gloria y de humillación; para él la humillación es de todos los días: principia desde los comienzos de su apostolado, cuando dimite su canonjía para dedicarse a formar las Escuelas Cristianas, y le acompaña hasta el sepulcro. Otros fueron despreciados por los malos, pero honrados de los buenos. JUAN BAUTISTA DE LA SALLE tiene el privilegio de atraer sobre su persona y su obra el baldón y la severidad de los hombres de bien. ¿Qué digo? La humillación va tan aneja a su vida, que le viene aun de parte de aquellos que le estiman y en el momento mismo en que le profesan aprecio y veneración. Tres sacerdotes eminentes, notables por su piedad y celo, se suceden en el curato de San Sulpicio en París; el primero hace repetidas instancias para atraer a su parroquia al FUNDADOR de los Hermanos; los otros dos patrocinan su obra; pero los tres quieren sustituir con su propia dirección la de aquél. Le tienen sujeto bajo su autoridad, y concluyen por desecharle, procurando separar de él a sus discípulos. Un arzobispo de Rouen, venerado por sus elevadas prendas pastorales, posee en su diócesis un noviciado de los Hermanos, y con todo eso trata desdeñosamente al que ha hecho florecer en el campo de su iglesia las virtudes de una nueva Tebaida. Un cura de la misma ciudad se atreve a tratar de falsario al santo ANCIANO, ya en los umbrales de la eternidad; la acusación tiene cabida; el HOMBRE DE DIOS se ve saciado de oprobios; muere a los pocos días, y la primera exclamación de su acusador es ésta: "¡Ha muerto el santo!" ¿Le consideraba, pues, como santo cuando le difamaba?... ¡Permisión misteriosa de la Providencia divina!

Pero nada, o muy poco, son los desprecios que vienen de fuera; JUAN BAUTISTA DE LA SALLE debe saborear otra amargura mayor: el ser menospreciado de sus propios hijos. Muchos de sus primeros escogidos le hacen traición; contribuyen a los designios de sus enemigos y, por fin, le abandonan, violando los votos que han hecho. Entre los que le permanecen fieles, algunos le veneran como a un santo, sin dejar por eso de tratarle con irreverencia. Parece que este hombre admirable es la causa de los infortunios que llueven sobre la obra que ha fundado. Doquiera la establece, se desata contra él una tempestad que está a punto de sumergir su Institución. Después de cuarenta años de esfuerzos y trabajos prodigiosos, después de innumerables milagros de virtud, de penitencia y de celo, deja un establecimiento vacilante; unas reglas impugnadas en todo sentido, una Congregación de mediana importancia. Los últimos años de su vida van tan marcados con el sello de la contradicción, que tiene por conveniente desaparecer por algún tiempo, ocultándose a las miradas de todos, haciéndose invisible a sus propios hijos, como para alejar de sobre su familia adoptiva el odio que a él le persigue sin tregua. Por este aspecto su fin se asemeja al de San Alfonso de Ligorio; pero con la diferencia de que la humillación vino para Alfonso después de un largo periodo, durante el cual había sido universalmente respetado; mientras para el FUNDADOR de los Hermanos compone una urdimbre no interrumpida y se identifica con su vida entera. Por de contado, ésta es una extraña preparación para la gloria.

Y con todo, viene la gloria, rápida, brillante. Pasados, apenas, seis años desde la muerte del HOMBRE DE DIOS, su Instituto alcanza lo que él ni se atrevería siquiera a pedir para asegurar su existencia; las cédulas reales y una Bula de institución de la Santa Sede; de modo que la Sociedad de los Maestros de Escuela llega a ser una Orden reconocida por la Iglesia y el Estado. El noviciado de San Yon prospera; se consiguen recursos que no ocasionan ningún relajamiento, porque vienen conforme a las necesidades, lo suficiente para favorecer el desenvolvimiento de la obra; pero de modo que no dejen los Hermanos de sentir el aguijón de la pobreza.

El siglo XVIII se encamina precipitadamente a la crisis religiosa y social con que debe terminar; la sociedad cristiana se ve acometida en sus obras fundamentales; la secta filosófica emprende contra la Iglesia una guerra sabia; se organiza contra ella un completo sistema estratégico para borrar del mundo, civilizado por ella, el sello que le había impreso. Mientras los enciclopedistas se ocupaban en alejar de ella las inteligencias ya maduras, una conspiración más peligrosa aún, se empeña en arrebatarsele

de las manos la educación, esa llave de las almas. Una sociedad ilustre, cuyo nombre parecía personificar la alianza de la Religión y de la cultura humana, sucumbe bajo el más formidable asalto moral que ha registrado la historia. La Santa Sede es vencida en su resistencia, y los enemigos de nuestra Fe se jactan de haber dado en la Compañía de Jesús el golpe de gracia a la educación cristiana.

En ese momento es cuando una nueva institución introduce esta educación en las clases populares de Francia y transforma en un esfuerzo colectivo y permanente las tentativas hasta entonces aisladas e intermitentes. La víspera del día en que el pueblo será saludado con el título de soberano, la Providencia hace fijar en la instrucción del pueblo la atención de los pastores, tan largo tiempo distraída, y les pone en manos, como instrumento poderoso, una falange innumera de educadores cristianos. El nombre de JUAN BAUTISTA DE LA SALLE es inseparable de los progresos de esta obra, y así es como Dios le glorifica.

No obstante, si el SIERVO DE DIOS es glorificado en su obra, no parece, por de pronto, que haya de serlo en su persona. Sin duda, su memoria es bendecida en la familia religiosa que estableció; el recuerdo de sus virtudes heroicas, de sus prodigiosas penitencias, de su espíritu de oración, de humildad, de pobreza, sigue inspirando a sus hijos y deja en el alma de sus contemporáneos un suave perfume de santidad. Pero su nombre no tiene resonancia en el siglo frívolo y proceloso que le vio morir.

Al desatarse la tormenta revolucionaria, el santo FUNDADOR revela su crédito ante Dios por la gracia de fidelidad que alcanza a los miembros de su Instituto. Dejados en paz un instante en atención al carácter popular de sus servicios, los Hermanos de las Escuelas Cristianas se ven luego envueltos en la borrasca, y sin estar ellos ungidos con las sagradas órdenes, se les exige el juramento cismático impuesto a los sacerdotes; pero ninguno cede a la seducción ni a la violencia. Arrancados de sus Escuelas, dispersos, despojados, van a poner en cobro su vocación perseverante en oscuras aldehuelas; y a esperar el día en que les sea permitido restituirse a la vida común, sacrificándose entre tanto con heroica abnegación, según lo exigen las circunstancias. De seguro este es mérito de los hijos, pero también es gloria de los padres; sólo los santos saben imprimir en sus obras estos rasgos distintivos e indelebles.

Un renacimiento inesperado viene, a principios del siglo pasado, a reanimar en Francia la vida religiosa, que no habían podido extinguir en el alma de la nación diez años de encarnizada guerra.

En lo tocante a la educación, lo mismo que en lo relativo al culto, la Revolución había dejado por doquier ruinas y escombros. Los Hermanos fueron de los primeros llamados para rehabilitar la educación pública; y el genio de Napoleón supo defenderlos de las necias prevenciones de sus consejeros. Admitidos a participar de los privilegios del gran cuerpo docente que el Emperador creaba de raíz, ocuparon desde entonces en la enseñanza pública de Francia el lugar que no han cesado de ocupar honrosamente hasta el final del mismo siglo. Correspondía a los nuevos jacobinos el desposeerlos de él, al cabo de ochenta años de apacible y benéfica posesión. Durante este tiempo se ha propagado el Instituto a lo exterior; ha seguido la carrera del apostolado en los países extranjeros; guarda en Oriente las tradiciones de la Francia cristiana, y se granjea a lo lejos, por sus servicios patrióticos, el respeto y la protección de aquellos mismos que lo persiguen en la madre patria. Aquí también el santo FUNDADOR es glorificado en su obra.

Si ha podido desenvolverse así la obra sin que la persona del operario atrajera la atención pública, ¿habremos de renunciar a ver a JUAN BAUTISTA DE LA SALLE popularizado como el Instituto que fundó? Tal debería ser, si su nombradía dependiese sólo de las leyes que rigen a las celebridades puramente humanas. Pero aquí es donde vamos a ver cómo dispone Dios a su voluntad de la fama de los hombres.

La piedad filial de los Hermanos nunca ha echado en olvido la memoria de su Padre. Antes de terminarse el siglo XVIII, siendo Superior General el Hermano Agatón, se empezaron a dar los pasos para introducir la causa de beatificación del Abate DE LA SALLE. Ignoramos qué obstáculos impidieron entonces que se llevase a cabo la negociación, y los documentos que hubieran podido ilustrarnos sobre el particular perecieron en la tormenta revolucionaria. Acaso no quiso Dios dejar al siglo de Voltaire y del jansenismo el inmerecido honor de publicar la gloria de los santos cuyas obras y ejemplos le había legado el siglo precedente. Lo cierto es que, habiendo muerto el FUNDADOR de los Hermanos en el primer cuarto del siglo XVIII (1719); la primera instrucción de su causa pertenece a la primera mitad del XIX (1834). Este proceso, empezado tan tarde, debía seguir, aún con paso muy lento, en la segunda mitad. Un decreto de la Santa Seda publicado en 1840 daba al FUNDADOR de los Hermanos el título de Venerable, y más de treinta años después, en 1873, otro decreto promulgaba la heroicidad de sus virtudes. Sólo desde entonces se aceleran los progresos de la causa, merced a la iniciativa del Hermano Felipe, de

santa memoria, y al empeño particular con que la miraba el inmortal Pío IX. Por fin, el año jubilar de León XIII le da feliz remate.

Podemos, pues, distinguir cuatro períodos, de duración muy desigual, en la historia de los honores póstumos tributados a este grande humillado.

Desde su muerte hasta la Revolución francesa, su obra se acrecienta, prospera, merece las simpatías y aprecio de todos; pero, fuera por lo menos, poco se trata del FUNDADOR.

Desde la restauración del culto hasta 1834, la obra renace de sus ruinas; fruto, como es, de un pensamiento de fe, el Instituto de los Hermanos se presenta a la Francia moderna como útil auxiliar del celo puramente filantrópico, de que tanto blasona, por la educación popular. Ella y ellos se proponen lo mismo, aunque por motivos diferentes; se encaminan a un mismo fin, sin propender a él con igual intención. Por eso no hay que maravillarse de que Francia se muestre indiferente a la memoria del santo SACERDOTE.

Mas los Hermanos no han dado al olvido este consejo del profeta: "Atended a las canteras de donde habéis sido cortados, al manantial de que habéis salido" (Is. 51, 1). Saben perfectamente que de su santo FUNDADOR emanan para ellos todos los bienes, con la gracia de su vocación, y sienten sobremanera no poder testificar con un culto público los afectos de veneración que les inspira la sublimidad de sus ejemplos. Al Hermano Anacleto, décimo sucesor del SANTO, le corresponde la honra de haber inaugurado el tercer período, que empieza en la introducción de la causa y termina en el decreto otorgado en 1873, relativo a la heroicidad de las virtudes. Desde entonces, parece andar la cuestión a pedir de boca; aun no habían pasado seis años desde las primeras diligencias, y ya el título de *Venerable* dado al Padre fue a regocijar el corazón de los hijos y a avivar sus esperanzas, cuando de repente se diría que todo se suspende, y esa es, sin embargo, la época de la mayor expansión del Instituto de los Hermanos. El régimen de julio, a pesar de algunas oposiciones, favorece su desenvolvimiento; el Sr. Guizot les tiene muy en cuenta en la aplicación de la ley de 1833. La República de 1848 no niega sus simpatías a estos verdaderos amigos del pueblo; la ley de 1850 acelera los progresos del Instituto. Entronizado el segundo Imperio, se traba la lucha, sorda por el momento, luego más y más descubierta; se bosqueja el programa de secularización en los consejos del Poder, y prontamente se delinea con audacia por demás creciente; pero los Hermanos están todavía al frente de las Escuelas públicas y se defienden a fuerza de brillantes resultados en sus

tareas. El sistema de porfiados concursos u oposiciones, inventado por los patrocinadores del laicismo, redundaba en gloria de las Escuelas Cristianas, cuyos multiplicados triunfos paralizaban la malevolencia de sus enemigos.

Empeñados en esa refriega pedagógica por la necesidad de vivir, precisados a disputar su existencia en los esfuerzos de una oposición sin tregua, los Hermanos no perdían de vista el importantísimo asunto empezado en Roma para la glorificación de su FUNDADOR. Sentíanse quizá menos libres para promover su adelantamiento; pero sobre todo la Providencia reservaba para los días de lucha más peligrosa aún, y más decisiva, el socorro sobrenatural que debía proporcionar a su celo la glorificación del FUNDADOR.

Cae el Imperio y Francia queda agobiada; la derrota, la invasión, la guerra civil parece que han de consumir su ruina. De improviso surge un soplo de patriotismo y de fe; pasa el Poder a las manos de los más dignos si no de los más hábiles, y puede creerse por un momento que se prepara una gran regeneración; entonces es cuando la inspiración religiosa se manifiesta en todos los actos de la vida nacional. Y los Hermanos, a quienes nuestros desastres suministraron nuevas ocasiones de abnegación, ¿cómo podrían dejar de participar en el entusiasmo con que es atraído el corazón de Francia hacia las preocupaciones de lo sobrenatural? Aquí empieza el cuarto período para la memoria de JUAN BAUTISTA. El decreto de 1873 da a la causa un paso decisivo, y el movimiento comenzado no parará ya hasta el decreto de beatificación promulgado por León XIII.

¡Y qué! ¿Por ventura ha perseverado Francia en el sendero de su conversión a Dios? ¡Nada menos que eso! Nunca ha dado tanto pie a los que la impelen a la apostasía. Una formidable reacción ha puesto el Gobierno en manos no de tales o cuales enemigos de la Iglesia, sino de la secta misma que ha jurado acabar con el Cristianismo. Ya no se trata de una simple sustitución de personas, sino de la introducción de un programa, político sólo en el nombre, pero cuyo objeto verdadero es el completo aniquilamiento de la influencia cristiana en la sociedad. Con esta contraseña se ponen de acuerdo las facciones irreconciliables y se dan la mano para esta obra común los partidos enemigos; puestos al servicio de esta maniobra, los ineptos se vuelven hábiles; los embrolladores se hacen prevenidos; los indisciplinados obedecen y el plan destructor se desarrolla lentamente, pero con seguridad, bajo una dirección anónima e invariable que sabe hermanar la hipocresía con el cinismo.

Se ha descubierto una palabra, y ella sola basta para manejar a los que no comprenden las cosas: *Laicismo*. Y con ella sale muy airoso y orondo el credo político de los que andan a caza de sufragios. ¿Y cómo podrían no ser escuchados? Ser laico es no pertenecer al clero; todos aquellos a quienes se dirige dicha palabra son laicos.

— ¿Queréis ser gobernados por los clérigos? —se les pregunta.

—No —contesta la mayoría—; queremos ser dueños de nosotros mismos.

— ¿Entonces estáis por el laicismo?

—Seguramente.

—Bien, pues dad por nosotros vuestro voto.

Y salen electos, y ponen por obra su cometido.

—Secularicemos la escuela.

Y despiden a los Hermanos, a las Hermanas, que son los más leales amigos del pueblo.

—Pero no es esto lo que queríamos —exclaman los buenos.

—No hay remedio, amigos; es el *laicismo*.

—*Secularicemos* los libros. ¡Y cómo! ¿se halla aún el nombre de Dios en alguna página de lectura? Borrémoslo pronto, aunque sea una página del bueno de La Fontaine o del fecundísimo Hugo.

—Pero es ridículo mutilar así la lengua.

—Así lo exige el laicismo.

—*Secularicemos* el tribunal.

La imagen de CRISTO preside los debates en que se trata de los intereses y de la vida de los hombres. El perjuro retrocede horrorizado ante esa imagen, pero el ateo siente oprimida la conciencia, y el CRUCIFIXO sale del pretorio.

—*Secularicemos* el hospital.

— ¿Qué hacéis, desventurados!: es el asilo del dolor. ¿Queréis desterrar de él los consuelos y esperanzas? ¿Pretendéis entregar los pobres a merced de las explotaciones de la codicia, de la dureza de un servicio mercenario?

— ¿Qué importa, con tal que triunfe el *laicismo*?

Ved aquí el régimen que impera y florece hace ya sesenta años.

Los que tal hacen y dicen no han contado con la virtud del Evangelio, que fortalece a los perseguidos: "Cuando estoy débil, entonces con la gracia soy más fuerte" (Cor 12, 10), decía San Pablo. Si se priva a los hijos de la Iglesia de los recursos humanos, se los impulsa a que acudan a la locura de la Cruz: "Casi estoy hecho un mentecato, mas vosotros me habéis forzado a serlo" (Cor 12, 11). Un inmenso esfuerzo de fe, caridad y sacrificio van a realzar por todas partes las Escuelas Cristianas bajo los auspicios de la libertad. Ya no serán los Hermanos intérpretes de la enseñanza pública, serán ahora, más que nunca, dispensadores de la enseñanza cristiana. Pero para bastarse a semejante tarea, para seguir sin flaquear esta nueva carrera de abnegación, tienen necesidad de beber con más abundancia en las fuentes sobrenaturales. Los sucesores del Hermano Felipe han comprendido la señal de los tiempos. Si el Hermano Juan Olimpo apenas pasa por el generalato, sus ejemplos y ruegos darán a la Congregación un impulso que la haga marchar con mayor rapidez por la senda que le trazó su FUNDADOR. El Hermano Irlide pone mano en la obra y muere en la labor; el Hermano José recibe piadosamente el precioso legado. En medio de los sinsabores de una administración perturbada por dificultades cada día mayores, estos dos hábiles gobernantes ponen el más solícito cuidado en la cultura espiritual de los individuos del Instituto. La obra del noviciado menor, que tenía tan a pechos el SANTO, revive y se acrecienta bajo el patrocinio de su nombre. Antes de vestir el hábito de novicio, el futuro educador cristiano recibe ya el espíritu de la perfección religiosa, y cada uno de sus pasos en la carrera del apostolado irá señalado con una nueva iniciación. Tampoco se contentan ya con los ordinarios ejercicios anuales, pues el religioso ejercitado en las obras de su vocación será llamado a menudo a la soledad para vigorizar en ella nuevamente su alma. Ora se propondrá a su fervor, antes de la profesión, la eficaz y fuerte disciplina de los *Ejercicios de treinta días*; ora, una vez profesado, irá a buscar en un Segundo Noviciado, de tres o de nueve meses, una inteligencia más perfecta de los deberes de la vida religiosa. ¡Oh, vosotros, los que pensabais destruir la Escuela cristiana, habéis trabajado, sin saberlo, en su regeneración!

¿Y qué es este perfeccionamiento sino una inspiración del santo FUNDADOR? Cuando vemos a sus hijos más penetrados que antes de los pensamientos sobrenaturales que le animaban a él mismo, ¿no debemos reconocer, acaso, que algo grande se prepara para su Instituto? ¿Nos sorprenderemos, por ventura, al saber que su recuerdo se renueva más en todos los corazones; que las instancias se hacen más apremiantes para

acelerar el adelantamiento de su causa? Dios no ha podido cerrar los oídos a tantos piadosos deseos. El progreso de las negociaciones en Roma sigue rápidamente; los milagros exigidos por la prudencia de la Santa Sede salen victoriosos del más riguroso examen. La beatificación del Venerable DE LA SALLE será la recompensa, así como ha sido una de las causas del grande esfuerzo de santificación que ha hecho a los hijos dignos de su Padre.

¿No tuvimos, acaso, razón de decirlo al principio? He aquí un conjunto de acontecimientos que contradice a las leyes de la historia. He aquí una gloria que, después de más de ciento sesenta años, brilla con novísimo esplendor. Aquí vemos un artífice que ha parecido casi eclipsado por su obra y que, en el perfeccionamiento de esta obra con el cincel de la prueba, recobra nueva celebridad. El dedo de Dios está patente, y debíamos mostrarlo, desde luego.

Ahora nos corresponde poner de manifiesto las consecuencias del acto pontificio que coloca en los altares al FUNDADOR de las Escuelas Cristianas. Esta exaltación hace llegar al colmo la gloria del humilde sacerdote, y abre sobre la sociedad contemporánea un nuevo manantial de beneficios.

Lo primero, esta glorificación excede a los medios humanos. La humildad del operario ha dado fecundidad a la obra; fecundidad sobrenatural como el principio de donde dimana, y en la cual, a su vez, encontrará el operario la medida de su gloria. La palabra del Vicario de JESUCRISTO presenta a JUAN BAUTISTA DE LA SALLE a los homenajes, a la confianza y a la invocación de sus hijos. Pero estos hijos se hallan diseminados por todos los climas, y son: en primera línea, los doce mil religiosos que en todas las partes del mundo, de París a Nueva York, de Madrid a Constantinopla, de Londres a Hong-Kong, prodigan la enseñanza cristiana; luego, los tres mil novicios que, en la Casa Matriz y en los noviciados menores, ponen su vocación naciente bajo la égida del FUNDADOR; por fin, esos trescientos mil discípulos y esos grupos de jóvenes, esas asociaciones de plegarias y de celo que suministran a las Escuelas y a las obras de los Hermanos su innumerable clientela. Desde este momento todas estas voces repetirán a porfía la gloria de aquel a quien llamarán BIENAVENTURADO: *Beatum me dicent omnes generationes*. Alabanzas, acciones de gracias y preces remontarán desde todos los puntos del globo al que en la tierra no buscó ni halló más que oscuridad y olvido. La Iglesia, por de contado, sabe muy bien el modo de glorificar a sus santos.

Hay más, la gloria que ella dispensa no es, como la humana, un vano rumor, un relámpago pasajero. Al multiplicar los homenajes tributados a los amigos de Dios, multiplica los beneficios de ellos a favor de los hombres. El principal objeto de la beatificación de un fundador es atraer sobre su obra una nueva consagración que la robustezca. El bien que ejecuta ella aprovecha entonces a la sociedad entera. Consideremos desde este punto de vista la exaltación de JUAN BAUTISTA DE LA SALLE.

Ante todo es un beneficio moral; el del ejemplo. La gloria del Santo SACERDOTE es la recompensa de su abnegación, ¿y cuál fue el carácter de esta abnegación? Una palabra basta para definirla: fue el sacrificio de sí propio para bien de los humildes y pequeñuelos. ¡Gran lección es ésta, de la que tanto necesita nuestro siglo! Quizá jamás se ha abogado con tanta garrulería por la causa del pueblo, de los desheredados de la fortuna; nunca se había denunciado con más énfasis que al presente la pretendida injusticia de las desigualdades sociales; jamás, en fin, se han pregonado tan alto las ventajas de la instrucción para realzar el estado de los humildes. ¿Pero quiénes son los que declaman tan hermosas teorías? Unos ambiciosos y egoístas que lisonjean al pueblo sólo con el fin de engañarlo; que no estigmatizan la riqueza sino para elevarse a los lugares desde donde les sea más fácil alcanzarla; y que no alaban la ciencia sino con la mira de dar algún crédito a las engañosas promesas de bienestar con que embaucan a las turbas. Así es como se establecen los renombres y las fortunas; la conciencia pública se siente agitada; ha menester grandes y puros ejemplos que vengan a afianzarla, a dar a las palabras su sentido cabal y a ponerle a la vista la imagen de la verdadera abnegación. Esta obra saludable acaba de ejecutar el Sumo Pontífice, y debemos reconocer en ella el primer beneficio.

El segundo es más manifiesto: es un estímulo poderoso dado a la obra capital de nuestro tiempo, la enseñanza libre y cristiana.

Ya durante su vida JUAN BAUTISTA DE LA SALLE mereció bien de la sociedad. Cuando hacía largo tiempo que todos anhelaban la instrucción popular, y un sinnúmero de obstáculos paralizaban los esfuerzos hechos en diversos lugares, él recibió de Dios, junto con la misión decisiva, la gracia de llevar a cabo aquello en que tantos habían salido fracasados. Él tomó a pechos la parte más difícil de la tarea, cual es la enseñanza de los niños, dejando para otros la más fácil, esto es, la instrucción de las niñas. El, primero, formó no una asociación local y efímera, sino una sociedad permanente y universal de profesores cristianos, consagrados por el

vínculo de los votos a la más ingrata, a la par que más útil, de las tareas. Si queremos medir la extensión de este beneficio social no hemos de mirar sólo a la Congregación fundada por el abate DE LA SALLE, sea cual fuere ya su importancia; es menester añadir a esto todo el bien que practican tantas otras Congregaciones de Hermanos, a quienes no consideran como rivales los hijos DE LA SALLE, sino como émulos; pero cuyas reglas y tradiciones han sido tomadas, en su mayor parte, de la obra del canónigo de Reims. Hasta las Congregaciones de mujeres le están obligadas, puesto que muchas de ellas han encontrado su razón de ser en este movimiento de instrucción popular de que él fue iniciador.

Esto debe lo pasado al Santo CANÓNIGO, y lo por venir le deberá aún más. Su exaltación multiplicará las Escuelas Cristianas, que son la urgente e imperiosa necesidad de este siglo. Hoy en día no pueden crearse ni durar estas Escuelas sino bajo los auspicios de la libertad y a fuerza de sacrificios. Conforme una sociedad impía separa con más encarnizamiento la religión de la enseñanza, la unión se estrecha más íntimamente entre estas dos fuerzas en medio de la sociedad cristiana, y de este enlace resultan muchos otros. La escuela popular no tiene más apoyo entre nosotros que el de la limosna, y un mismo pensamiento de fe sugiere al pobre que dé la preferencia para su hijo a la Escuela Cristiana y al rico que asegure el beneficio de ésta para el hijo del pobre. Empero, ni la fidelidad de las poblaciones en preferir la Escuela Cristiana ni la de los hombres de corazón en hacerla vivir bastarían para sostener la lucha contra la concurrencia abrumadora de escuelas impías, copiosamente rentadas a expensas de los contribuyentes. Se necesitan, además, maestros escogidos, preparados con tiempo a su labor, iniciados diariamente en los progresos de los métodos, capaces, en una palabra, de justificar por los resultados de su trabajo la confianza de que son objeto. Es menester que la Escuela Cristiana se halle en estado de dar la instrucción elemental, técnica, profesional; ha de tomar todas las formas, a fin de corresponder a las necesidades tan variables de una sociedad inquieta, que trabaja siempre en el perfeccionamiento material. Si ésta da en la sinrazón de olvidarse del perfeccionamiento moral, ahí está la Escuela Cristiana para reparar esa culpable omisión; pero no hallará crédito en esta parte esencial de su cometido, sino en cuanto pueda sostener honrosamente en todo lo demás la rivalidad con la Escuela sin Dios.

Queda, pues, demostrado que el porvenir moral y social de nuestro país depende del desenvolvimiento de las Escuelas Cristianas, pero la condición primordial de éste es la valía de los maestros. Para encontrarlos

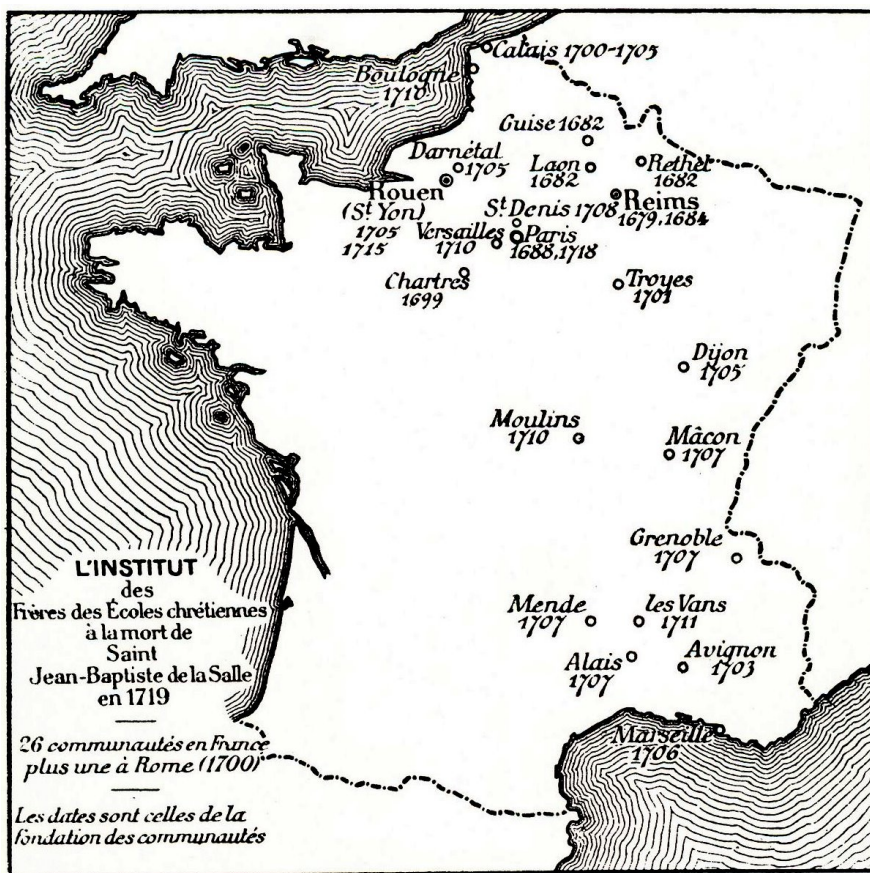
se dirige la Iglesia a las Congregaciones; las halla listas a corresponder a su llamamiento y, en orden a la enseñanza popular, da, en vanguardia, con el Instituto de JUAN BAUTISTA DE LA SALLE. Primero, como es, por el número de sus miembros, por la importancia y variedad de sus establecimientos, por lo adelantado de sus métodos, sirve de ejemplo a los demás, los precede y acompaña en la senda de una abnegación esclarecida, inspirada por el amor de las almas, pero cuyo éxito no puede asegurarse sino con la ciencia pedagógica.

"Si esta falange de educadores no hubiese estado ordenada en batalla cuando Bélgica, primero, y Francia, después, vieron la Religión arrojada de la Escuela por los encargados del Poder y se venía a tierra la enseñanza cristiana en ambos países, ¿qué habríamos hecho sin los Hermanos?", decía poco antes de morir el venerable cardenal Guibert. Estas sencillas palabras expresan el pensamiento de todos los que se interesan por nuestras Escuelas, de todos aquellos que no miran con indiferencia la suerte espiritual de los niños del pueblo, esto es, el pensamiento de todos los cristianos. Y porque la glorificación del santo FUNDADOR de los Hermanos promete a su Instituto y a todas las Congregaciones análogas una renovación interior de piedad y de celo, un acrecentamiento exterior en importancia y prosperidad, por cuyo motivo todos los hijos de Dios se regocijan, todos dan gracias al Jefe de la Iglesia por haber proporcionado tan valioso estímulo a su caridad y puesto en medio de una obra necesaria entre todas este nuevo germen de vitalidad sobrenatural. Todos se sienten confortados con este homenaje manifiesto tributado a la materna solicitud de la Iglesia. Frente a las desvergonzadas pretensiones de una sociedad que se jacta de haber levantado la instrucción general sobre las ruinas de la superstición, bueno es que se alce, esbelta y noble, la figura de aquel que, cien años antes de la Revolución francesa, encontraba en su fe la inspiración de una gran obra de enseñanza popular; del que se inclinaba hacia el niño pobre para enaltecerlo y alumbrarlo cincuenta años antes que Voltaire le brindase con "una gavilla de heno y una agujada". Hace doce años la ciudad de Rouen vio levantarse en una de sus plazas la estatua del santo FUNDADOR. Hoy se ha erigido en su memoria, por manos del Sumo Pontífice, un monumento de mayor magnificencia y duración. Ningún tiempo ni lugar podrá retener cautiva esta gloria consagrada con la palabra de aquel cuyas sentencias ratifica JESUCRISTO en el cielo.

Esta glorificación, por fin, es un acto de justicia: restablece los derechos de la historia; vindica dignamente a los maestros cristianos de las rastreras injurias que vomita el odio contra ellos; recompensa a sus

bienhechores de los sacrificios que han prodigado a su favor; consuela a todos los hijos de la Iglesia de las amarguras que acibaran su situación; les trae, finalmente, la esperanza de días mejores, pues no es eterno el reinado de la iniquidad.

D'HULST,
Rector de la Universidad Católica de París.



Libro primero

Vida del Santo

Por Armando Ravelet

CAPÍTULO PRIMERO

ÓRDENES RELIGIOSAS.—FUNDADORES.—MISIÓN DE JUAN BAUTISTA DE LA SALLE.—IMPORTANCIA DE SU OBRA.—SERVICIOS QUE HA PRESTADO Y SIGUE PRESTANDO SU INSTITUTO A LA IGLESIA Y A LA SOCIEDAD

Atendidas las necesidades de los tiempos y las pruebas por las que tiene que pasar la Santa Iglesia, JESUCRISTO, su divino Esposo, que nunca puede dejar de asistirle, suscita en ella almas privilegiadas, a quienes comunica el celo que le devora por la gloria de su Padre, las colma de dones extraordinarios, las reviste de luz y de fuerza para que vengán en auxilio de sus hermanos y se sacrifiquen por ellos y las constituye por guías y modelos de una multitud de almas que, siguiendo la práctica de los consejos evangélicos, se dedican especialmente al servicio de Dios y al bien del prójimo: tales son los fundadores de las Órdenes religiosas.

Siendo innumerables las necesidades del hombre en el alma y en el cuerpo, la divina Providencia multiplica y diversifica las Órdenes religiosas y descubre a cada una de ellas la función particular a que la destina, suministrándole al propio tiempo los medios necesarios para ejercerla. Todas las Órdenes religiosas, sin duda, tienen por fin general y supremo el glorificar a Dios por la práctica de los consejos evangélicos; pero los medios con que han de corresponder a esta vocación común son distintos para cada cual; así, unas se dedican a la conversión de los infieles o a las misiones; otras, a aliviar las dolencias y proveer a las necesidades del cuerpo; éstas, a defender las doctrinas de la Iglesia o a vivir vida contemplativa; aquéllas, a educar a los hijos del pueblo, mostrándoles el camino que conduce a la felicidad verdadera.

Escribiendo aquí la vida del FUNDADOR del Instituto de los Hermanos de las Escuelas Cristianas, nos proponemos, pues, tratar del origen de una de estas familias religiosas que, si bien es de las más humildes en su fin, humanamente hablando, no deja de ser grande por las obras a que este mismo fin la conduce. Y ya la voz infalible del Vicario de JESUCRISTO propuso a la imitación de los fieles su Fundador, el ilustre JUAN BAUTISTA DE LA SALLE, que seguramente es el personaje más notable del siglo XVIII en su patria.

Nace al principiar el reinado de Luis XIV, cuando el gran rey se halla en el apogeo de la gloria; prepara en el silencio y el retiro una obra cuyo incremento no puede descubrir él mismo; la funda precisamente el año en que el rey, deslumbrado por la soberbia, se atreve a desconocer los derechos del Sumo Pontífice. Un humilde sacerdote forma el proyecto de enseñar al pueblo la doctrina cristiana, en el momento mismo en que los que gobiernan a ese pueblo empiezan a echar en olvido las verdades fundamentales de la Religión. Conforme va acercándose la monarquía a la revolución que la derrocará, este sacerdote desconocido levanta con mano robusta otro monumento que hasta ahora, con la ayuda del Cielo, ha desafiado a la revolución misma, dentro del cual vienen a abrigarse cada día millares de niños en las cinco partes del mundo para aprender a conocer a Dios, amarle y servirle.

La obra monumental de JUAN BAUTISTA DE LA SALLE es la enseñanza popular conforme a las doctrinas de la Santa Iglesia. Es como el Cristóbal Colón de un mundo nuevo, porque a él, sobre todo, le cupo la gloria de descubrir, en las soledades perdidas de la vieja Europa, poblaciones enteras que vivían sumidas en la ignorancia; tribus salvajes de una especie particular que era menester traer a la luz. Hubo, por supuesto, Escuelas antes de él y santos fundadores de Órdenes docentes anteriores a él fuera de su patria, como hay actualmente otras Escuelas distintas de las fundadas por él y por ellos; pero no por eso deja de ser uno de los puntos culminantes y luminosos de la enseñanza popular. Es el arquitecto escogido por Dios para contribuir a edificar esta parte de su Iglesia santa. Antes de él sólo se encuentran en Francia obreros celosos; pero que trabajan sin unión y arrancan aisladamente a las almas de la ignorancia, sin lograr arrancar de ella a las turbas. Los que han venido después de él han adoptado sus ideas y seguido sus planes.

Es el primero que reúne en torno suyo a los maestros de escuela y, por decirlo así, los vacía en un mismo molde, cuya delimitación determina la perfección evangélica. Exige de ellos que renuncien a su nombre, a su familia, a su fortuna, a su voluntad misma, para dedicarse más completamente a la infancia. Antes de imponerles el precepto, lo pone por obra él mismo; desprecia los honores del mundo, a que le llamaban la nobleza de su sangre y sus talentos, para entrar en la carrera eclesiástica; en la Iglesia misma huye de las dignidades que se le ofrecen y escoge una profesión nada brillante a los ojos del mundo. El ilustre Canónigo de Reims se vuelve humilde maestro de escuela, llega a ser padre de una

familia que cuenta sus hijos por millares y extiende a los cuatro vientos su fecunda descendencia.

Él es quien funda la ciencia de la enseñanza pedagógica elemental, descubre las prácticas que le son peculiares y formula los reglamentos que han de regirla. Es el verdadero legislador de ese pueblecillo revoltoso, de esa república en miniatura que, falta aún de todo el desenvolvimiento de la razón, posee en germen todas las pasiones del hombre. Él es quien hermana con admirable proporción la piedad y la ciencia, la prudencia y la fortaleza, las recompensas y los castigos, y establece una constitución tan perfecta, que dura ya tres siglos sin alteración ninguna. Suya es la gloria de haber enseñado los medios de introducir siquiera los primeros elementos necesarios del saber en las inteligencias más rudas, de domar los caracteres más rebeldes, de ablandar los corazones más empedernidos y de restituir los engendros más excéntricos de la barbarie civilizada a los límites del mundo moral y hasta al tipo de hombre honrado, de buen cristiano.

Es el primero que escribe para los niños que no saben nada. Este doctor, este sabio teólogo, contemporáneo de Bossuet y de Fenelón, no se desdigna de componer y escribir para el hijo del pobre: silabarios, catecismos, manuales de urbanidad cristiana, los más pequeños y humildes textos, que ejercen la más considerable influencia sobre la civilización entera.

En fin, él, funda no sólo Escuelas, sino un cuerpo docente de maestros cristianos y noviciados en que puedan formarse; una autoridad que los dirija; asilos adonde hayan de retirarse cuando, agotadas las fuerzas, no les sea posible dedicarse más a ningún trabajo. Junto a estas instituciones principales establece colegios de internos para los niños a quienes no pueden cuidar sus propias familias; casas de corrección para los que se han apartado del buen camino, Escuelas dominicales para los niños y jóvenes de los talleres y seminarios de maestros de escuela seculares, tipo de las actuales Escuelas normales; en suma, de sus manos sale una verdadera Universidad primaria, completa, que se anticipa cien años a la que existe hoy día.

Tal es el hombre cuya historia nos proponemos bosquejar.

Su majestuosa y apacible persona se presenta a fines del siglo XVII. Corona el esplendor de este siglo famoso con obras más puras a los ojos de la Iglesia que las de Bossuet; más duraderas a los ojos de los hombres que las conquistas de Luis XIV, y abre las puertas del siglo XVIII, cuyos

tristes descarríos cubre con el manto de su caridad y cuya fe desfalleciente sostiene y reanima por medio de la educación cristiana de los niños.

CAPÍTULO II

NACIMIENTO DEL SANTO.—SU FAMILIA.



Nació JUAN BAUTISTA DE LA SALLE, Fundador del Instituto de los Hermanos de las Escuelas Cristianas e insigne bienhechor de la niñez, en Reims, ciudad de Francia, el 30 de abril de 1651. Fueron sus padres Luis de la Salle, consejero del rey en el bailiazgo¹ de esa ciudad, y Nicolasa Moët de Brouillet, descendientes ambos de familias no menos distinguidas por la antigüedad y la nobleza que por los hombres notables que habían dado al ejército y a la magistratura.

El mismo día de nacido el niño fue bautizado en la iglesia de San Hilario, apadrinado por Juan Moët y Petra Lespaignol, abuelos suyos maternos, quienes al dar a su ahijado el nombre bendito de Juan Bautista le pusieron desde la cuna bajo la protección del santo Patrón, cuya vida de austeridad y sacrificio debía hacer revivir más tarde en su persona.

En las atenciones tan delicadas e importantes que reclama de la materna solicitud la primera educación de los hijos, Nicolasa Moët siguió

¹ Dignidad y territorio sobre el que tenía jurisdicción un baile [juez ordinario].

el ejemplo de Blanca de Castilla y de otras célebres santas que propone la Iglesia por modelo a las madres cristianas.

CAPÍTULO II

SUS PRIMEROS ESTUDIOS.—ATRACTIVO QUE SENTÍA HACIA EL ESTADO SACERDOTAL.—RECIBE LA TONSURA

Luis de la Salle, en medio de sus austeras funciones de magistrado, se daba algunos momentos de esparcimiento cultivando la música. Su hijo, por decirlo así, había sido arrullado con la armonía; y al tener el niño edad para aprender, deseaba el padre enseñarle este arte; pero él no sentía disposición alguna para llenarse la cabeza de multitud de cantatas.

El padre, que era profundamente religioso, lo llevaba a menudo a la Iglesia. Feliz con observar sus propios deberes religiosos y contentar a la vez las inclinaciones de su hijo, cifraba su dicha en asistir con él al Oficio divino.

Nicolasa Moët se aplicó a depositar continuamente en la tierna alma de su JUAN BAUTISTA las semillas de las virtudes, y las veía germinar superando a sus esperanzas. Lo propio hizo, en unión de su virtuoso consorte, con otros seis hijos que les dio el Cielo, pues miraba a cada uno no sólo como a hijo suyo, sino más especialmente como a hijo de Dios, y se esforzaba por hacerlos a todos dignos de su Padre celestial, persuadida como estaba de que así se preparaba para ella misma, en las virtudes de sus hijos, la corona más hermosa que pueda ceñir las sienes de una madre. Tuvo la dicha de ver a cuatro de ellos consagrados a la vida religiosa.



En 1660 había llegado ya el niño a los nueve años, y era tiempo de que empezara los estudios. Sus padres resolvieron ponerlo en la Universidad de Reims, en la que entró como externo, permaneciendo así junto a la familia y sin que, en el fondo, sufrieran alteración ninguno de sus hábitos. Tuvo, no obstante, que verse mezclado con los demás niños compañeros suyos, y es casi imposible que entre una multitud de caracteres tan diversos no haya frecuentes ocasiones de disgusto, pero JUAN BAUTISTA, lejos de ser molesto a sus condiscípulos, soportaba con tanta paciencia y amabilidad las importunidades que le causaban, que concluyó por granjearse el afecto de todos.

Se dedicó a los estudios con toda la docilidad, diligencia y aplicación. Sus progresos en las ciencias y en la virtud andaban a la par, porque se impuso la obligación estricta de no separar nunca los ejercicios de piedad de los del estudio. La aplicación a las letras no alteró en él los sentimientos de devoción, como sucede tan de ordinario, ni el espíritu de devoción entibió su aplicación al estudio. La formalidad, docilidad y piedad fueron como los tres guardianes de su inocencia y los tres caracteres de su juventud.

Conforme iba adelantando en edad se le despertaba más y más la inclinación al estado sacerdotal; llegó a ser tan fuerte y viva, que pensó sería resistir a la voz de Dios el no presentarse prontamente a la tonsura. Esperaba de la piedad de sus padres no encontrar obstáculo ninguno para seguir el llamamiento divino, como en efecto no lo encontró. Si Dios hubiera dejado a los padres la elección de la víctima que les pedía, tal vez habrían escogido a otro de sus hijos, prefiriendo reservar al primogénito para que fuese heredero de su fortuna y continuador de su ilustre nombre; pero no dieron oídos a la voz de la naturaleza, y asumiendo todos sus derechos la gracia, presentaron en el altar del SEÑOR, como es justo, al que era más digno.

Las familias cristianas son viveros destinados a producir santos, éstos son la flor y el fruto de esa savia evangélica, guardada a lo largo de las generaciones, y que de cuando en cuando brota en ciertos individuos privilegiados, honra y prez de toda la descendencia.

Incomparablemente más glorioso fue para la familia de JUAN BAUTISTA su vocación al servicio de los altares que si hubiera heredado los honrosos títulos y cargos de su padre; el sacerdocio, que parecía suspender en su persona la fecundidad de la sangre, la reemplazó con una paternidad espiritual que debía darle innumerables hijos e ilustrar su nombre no sólo

en un tiempo y lugar, sino hasta el fin de los siglos y por todos los términos del universo.

Libre para seguir el llamamiento divino, se dispuso inmediatamente, con el gozo más vivo del alma, por medio de la oración y el retiro, a traspasar los umbrales de la carrera santa, envidiable a los ángeles mismos. De edad sólo de once años recibió la tonsura de manos del Ilustrísimo Sr. Juan de Maltrau, obispo de Olonne, en la capilla del palacio arzobispal de Reims, el 11 de marzo de 1662.

Aunque de tan tierna edad, comprendió la importancia de los deberes que acababa de contraer, simbolizados por la corona clerical que desde entonces adornaba su cabeza. Su corazón ratificó las palabras pronunciadas durante la ceremonia. Había escogido la mejor parte; Dios era su herencia, el centro de sus afectos y el objeto único de las aspiraciones de su alma.

La piedad, modestia e inocencia de costumbres brillaron en él con más vivo esplendor que antes.

Lo propio sucedió con sus estudios, que continuó con más aplicación. Alumno siempre sumiso y laborioso, se hizo notar de sus profesores en los cursos de tal modo, que su reputación traspasó incluso el recinto del colegio, porque sus condiscípulos se complacían en citarlo a sus familias como el modelo de todos; la conducta intachable que observaba les traía a la memoria el recuerdo de las virtudes admiradas en San Luis Gonzaga, y todos le consideraban como un émulo cuya superioridad infunde respeto y despierta las más afectuosas simpatías.

JUAN BAUTISTA, sin embargo, llegaba a la adolescencia, tiempo en que la vigilancia y la lucha se vuelven absolutamente necesarias; lo comprendió perfectamente y sintió al propio tiempo que no tenía nada más precioso que conservar en este mundo que la angélica pureza.

CAPÍTULO IV

ES NOMBRADO CANÓNIGO DE LA IGLESIA METROPOLITANA DE REIMS.—RECIBE LAS ÓRDENES MENORES.—ENTRA EN EL SEMINARIO DE SAN SULPICIO, DE PARÍS.—SUS VIRTUDES Y ESTUDIOS EN ESTE ESTABLECIMIENTO.—MUERTE DE SUS PADRES.—REGRESA A REIMS.

Era por entonces canciller de la Universidad de Reims Pedro Dozet, antiguo vicario general, arcediano de Champaña y canónigo de la catedral hacía cincuenta y tres años. Varón de alta ciencia y profunda piedad, había notado en las clases las felices disposiciones de JUAN BAUTISTA, pariente suyo. Siendo ya entrado en años, abrumado como estaba por los trabajos y sintiendo acercarse la muerte, decidió dimitir la canonjía en favor de su joven pariente, pensando acertadamente que la iglesia de Reims no podría menos de congratularse por contar a JUAN BAUTISTA entre sus miembros. Presentó, pues, su renuncia, que fue aceptada, y el joven DE LA SALLE fue promovido, en lugar suyo, a la vigésimo primera prebenda en 1666; pero no tomó posesión de su silla sino el 17 de enero del año siguiente. No tenía aún dieciséis años. Pedro Dozet falleció un año después.

El cabildo de Reims era uno de los más ilustres de Francia. Contaba cincuenta y seis canónigos, sesenta y un capellanes establecidos para el desempeño de las fundaciones, cuatro sacerdotes y cuatro sacristanes. Tenía a su frente ocho dignidades: arcediano mayor, el arcediano de Champaña, preboste, deán, chantre, tesorero, vidamo² y maestrescuela. Hasta 1789, treinta y uno de sus miembros habían sido obispos, veinte habían ocupado la sede arzobispal de Reims, veintiuno habían vestido la púrpura cardenalicia y cuatro habían llegado a la sede de San Pedro, con los nombres de Silvestre II, Urbano II, Adriano IV y Adriano V; éstos habían colmado de privilegios y gracias al cuerpo del que habían sido miembros. Nadie ignora que San Bruno fue también canónigo de Reims.

Para llamar a un joven de quince años a que formara parte de un cuerpo tan ilustre era menester que Pedro Dozet estuviese muy seguro de la solidez de su piedad y de su virtud; pero le conocía ya desde hacía muchos años y le dio las más concienzudas recomendaciones: "Acuérdate,

² Vidamo: título nobiliario del caballero laico que antaño defendía los intereses de la Iglesia en los asuntos civiles.

primito mío —le dijo—, que un canónigo debe ser como un cartujo y pasar su vida en la soledad y el retiro." Nunca se olvidó JUAN BAUTISTA de este consejo. La dignidad prematura de que se hallaba revestido no dejaba de tener sus peligros: podía sofocar en la molicie de una posición ya asegurada su naciente piedad y hacerle perder una vocación que le llamaba a obras más elevadas y de mayor abnegación. Pero el joven canónigo no vio, por el contrario, en su nueva dignidad sino nuevos deberes que cumplir y procuró crecer más y más en humildad y alejamiento del mundo. Si su asiduidad al coro era admirable, la devoción con que cantaba el Oficio divino lo era mucho más. Los canónigos ancianos se consideraban dichosos de tenerlo entre ellos y los jóvenes respetaban sus virtudes y admiraban su fervor, exactitud y regularidad.

Se preparó primeramente a recibir las órdenes menores. Aunque el cardenal Barberini estaba entonces preconizado para el arzobispado de Reims, por no haber recibido aún las bulas, la sede estaba vacante, por lo cual tuvo que ir el joven canónigo a Cambrai, con varios otros eclesiásticos, y allí fue ordenado, el 17 de marzo de 1668, por el Ilmo. Sr. Carlos de Bourlon, obispo de Soissons. Cada nuevo título que JUAN BAUTISTA recibía era considerado por él como un motivo de más graves obligaciones. Vuelto a Reims, prosiguió los cursos de la Universidad; terminó los estudios de latinidad y cursó con todo lucimiento los dos años de filosofía necesarios para optar al grado de maestro en artes, que recibió en 1669 con notable distinción.



Luego se dispuso a empezar los cursos de teología; como Reims no podía proporcionarle los elementos suficientes para ello, después de maduras reflexiones y fervientes súplicas y de haber consultado con su director espiritual, solicitó de sus padres el permiso de ir a París. Había de encontrar allí florecientes Escuelas eclesiásticas, en las que enseñaban teología los más célebres profesores y en donde los alumnos podían vivir

con seguridad de no encontrar para su fe y virtud los lazos que en otras partes se arman al candor y a la inexperiencia de la juventud.

Luis de la Salle no vaciló en acceder a una súplica que correspondía tan bien a las esperanzas que había fundado en el mérito de su hijo y le exhortó a ejecutar inmediatamente su resolución. Entre los varios establecimientos eclesiásticos que se presentaban a la elección del joven canónigo, escogió éste el seminario de San Sulpicio, fundada en 1642 por el Sr. Olier, uno de los más santos personajes del siglo XVII. No se admitía en él sino a los jóvenes que habían terminado con buen éxito los estudios clásicos; los que aspiraban a los grados académicos estaban autorizados para seguir los cursos de la Sorbona.

JUAN BAUTISTA entró, pues, en este afamado seminario el 18 de octubre de 1670. Era entonces superior el abate Le Ragois de Bretonvilliers y primer director el abate Luis Tronsón, hombre de alma firme y recta, formado por el mismo Sr. Olier, compañero de sus labores, depositario de sus tradiciones y guía esclarecido en la dirección de los jóvenes eclesiásticos. Ambos superiores, y en especial el segundo, acogieron bondadosamente al nuevo alumno que el Cielo les mandaba de Reims. Su candor, la limpidez y serenidad de su mirada, su porte nada ordinario, la rectitud de su juicio, una grande energía de carácter, los previnieron a su favor y le manifestaron en todo tiempo especialísima ternura y paternal aprecio. El joven seminarista correspondió con filial afecto y viva gratitud a los cuidados que le prodigaron y escogió por director espiritual al abate Tronsón.

Entre los demás profesores de San Sulpicio era de notarse el abate Baüyn, distinguido por la práctica de heroicas virtudes y, sobre todo, por su admirable talento para la dirección de las almas; juntaba al celo de un apóstol la austeridad de los más rigurosos anacoretas. Venían en seguida el abate Lechassier, que sucedió a Tronsón en el cargo de director, y el abate Baudrand, después cura de San Sulpicio.

Bajo la dirección de estos hombres eminentes se encontraba lo más florido de la juventud francesa, y muchos de esos jóvenes eclesiásticos ocuparon más tarde altas dignidades en la Iglesia; bástenos citar sólo a Fenelón, futuro arzobispo de Cambrai, que cursaba entonces el último año de seminario.

El JOVEN DE LA SALLE no tardó en sentir los dichosos efectos de esta atmósfera de ciencia, de celo y de piedad. Supo granjearse la amistad de sus condiscípulos, y varios de ellos le dieron en lo sucesivo las pruebas

más honrosas y sinceras de verdadero aprecio. Sus profesores mismos se complacían en manifestarle afecto y confianza. Ninguno de ellos, sin duda, previó los destinos que Dios reservaba a este su discípulo; pero todos alababan su aplicación y piedad y se congratulaban de sus progresos. El abate Leschassier, después superior general de su Congregación, dio de él este glorioso testimonio: "El Sr. DE LA SALLE fue desde el principio fiel observador de la regla, exacto a los ejercicios de comunidad. Poco después se manifestó aún más alejado del mundo que cuando entró. Su conversación fue siempre llena de amabilidad y moderación. Parece que nunca ha causado disgusto a nadie." "Fue el modelo de la casa durante todo el tiempo que permaneció en ella —dice uno de sus contemporáneos—; allí fue donde se penetró de ese celo por la instrucción de los niños que más tarde lo hizo la admiración de toda Francia."

La dicha de que disfrutaba en San Sulpicio no fue de larga duración. Desde sus más tiernos años fue amaestrado el futuro Fundador de los Hermanos de las Escuelas Cristianas, por la divina Providencia, en la austera y amarga escuela del dolor; allí aprendió esa maravillosa fuerza de alma y esa imperturbable confianza en Dios que manifestó siempre en medio de las más crueles pruebas que agitaron su existencia.

Al salir de Reims había dejado a sus padres en perfecta salud, pero a fines de junio de 1671 cayó gravemente enferma su madre, sin que las más esmeradas atenciones, ni las ardientes súplicas, ni las amargas lágrimas de su esposo y de sus hijos lograran librarla de la muerte. Expiró, pues, en los brazos de éstos el 19 de julio, dejando caer de los labios moribundos una plegaria por todos los suyos.

No había pasado aún un año, cuando la muerte volvió a visitar a la desventurada familia de nuestro seminarista y a acrecentar el duelo y la desolación: ¡siete hijos huérfanos! Luis de la Salle, ese padre cariñoso que encontraba en la solicitud para con sus hijos algún lenitivo a su dolor, sucumbió también, después de crueles padecimientos, el 9 de abril de 1672.

Esta doble pérdida sumergió a JUAN BAUTISTA en un profundo pesar, ya que no sólo hallaba en torno suyo un inmenso vacío, sino que también debería apartarse de sus maestros y de los estudios; de tantos amados condiscípulos y del seminario de San Sulpicio, casa santa con la que le vinculaban dulcísimos recuerdos.

Después de la muerte de su madre, este hijo desolado había pedido a la Religión que le restituyera la calma y la resignación. Cuando se vio ya

completamente huérfano, de la mano de Dios mismo solicitó el bálsamo para curar sus heridas; cayó postrado a los pies del CRUCIFIJO y permaneció largo tiempo en oración. El divino SALVADOR, que no pudo contener las lágrimas ante la tumba de su amigo Lázaro, se inclina amorosamente a los corazones afligidos que lo imploran con confianza. Así lo experimentó nuestro JOVEN, pues al levantarse se sintió fortificado e inclinó sumisa la frente al decreto divino que acababa de dejarle huérfano.

Hasta entonces ningún nubarrón había venido a turbarle en lo tocante a su vocación. El Cielo no había cesado un instante de brillar a sus ojos con la serenidad del día en que prometió consagrarse al servicio de los altares. Después de la muerte de sus padres, dudas serias se levantaron en su corazón; pensó un momento que Dios le llamaba más bien a suceder a su padre en la magistratura. Para poner término a tantas perplejidades hizo unos Ejercicios de ocho días bajo la dirección del abate Tronsón. Consultó al SEÑOR en el silencio y la oración, y la luz vino a iluminarle prontamente el espíritu. Se disiparon las dudas y comprendió que se hallaba en su verdadera vocación. En el momento de apartarse del dulcísimo asilo de San Sulpicio volvió a la capilla y ratificó con pleno uso de su libertad la primera resolución de abrazar el estado eclesiástico.

Antes de expirar, su padre le había encomendado el cuidado de sus hermanos; a fin, pues, de vigilar mejor sobre ellos y encargarse del manejo de los negocios fue a establecerse junto a ellos en Reims. Había entrado en San Sulpicio el 18 de octubre de 1670 y salió el 19 de abril de 1672, esto es, después de una permanencia de sólo dieciocho meses. Nunca se olvidó del reconocimiento que debía a sus maestros venerados; consideró en todo tiempo a San Sulpicio como un santo plantel de obreros evangélicos y no hablaba del seminario sino con respeto y veneración. En algunos de los momentos más difíciles de su vida laboriosa se le veía llamar confiadamente a las puertas de este piadoso asilo y recibir en él, junto con la limosna de la caridad para su naciente Congregación, las más honrosas demostraciones de estimación hacia su propia persona.

CAPÍTULO V

JUAN BAUTISTA ASUME LA DIRECCIÓN DE LA FAMILIA.—EL ABATE ROLAND.—
RECIBE EL JOVEN SEMINARISTA LAS ÓRDENES SAGRADAS.—SU CELO POR LA
SALVACIÓN DE LAS ALMAS.—EL R. P. BARRÉ.—HERMANAS DE LA
PROVIDENCIA. HERMANAS DEL SANTÍSIMO NIÑO JESÚS.—ES NOMBRADO
SUPERIOR Y BIENHECHOR DE ESTAS ÚLTIMAS.

Apenas vuelto a Reims, no perdió de vista los gravísimos deberes domésticos que le imponía la muerte de su padre. Introdujo en su casa una regla, a la que hubieron de someterse sus hermanos: las horas de levantarse, acostarse, de hacer los ejercicios religiosos, de las comidas, recreos, estudios, todo fue estatuido con rigurosa precisión. El orden le parecía ya al futuro Fundador condición indispensable de paz, trabajo y buen éxito, por eso lo estableció en torno suyo. Desde esta época la regularidad fue, por decirlo así, su virtud predilecta. Viendo sus hermanos cómo cumplía él lo que les mandaba, se sometieron gustosos a su autoridad; la estrecha unión que mantuvo el Cielo entre estos generosos corazones quitó a la regla sus dificultades y su monotonía.

Otro cuidado de JUAN BAUTISTA fue el buscar un sacerdote que completara la obra de sus directores Tromsón y Baiÿyn. Para cumplir fructuosamente los nuevos deberes que eran de su incumbencia debía precaverse, ante todo, contra su inexperiencia y los arranques de un celo irreflexivo; necesitaba, por tanto, de un guía prudente y desinteresado. Confió, pues, la dirección de su conciencia al abate Roland, que no contaba entonces más que treinta años y era doctor de Sorbona, canónigo y teologal de la iglesia metropolitana de Reims. Era, además, varón piadoso, esclarecido, desprendido del mundo, amante de la pobreza, de las humillaciones y de la penitencia; celoso de la salvación de las almas y de la buena formación del clero. Roland no tardó en conocer el camino a que estaba llamado su dócil penitente y la luz con que había de resplandecer en él, dejando en pos de sí tantos maravillosos recuerdos. Le aconsejó que no volviera atrás y que correspondiese sin tardanza a la voz de la gracia; lo preparó para el subdiaconado, y dos meses después de su regreso a Reims le excitó a que fuera a Cambrai, donde le confirió esta orden el Ilmo. Sr. Ladislao Jonnart, arzobispo y duque de esa ciudad, el 11 de junio de 1672,

víspera de la fiesta de la SANTÍSIMA TRINIDAD. Tenía a la sazón JUAN BAUTISTA veintidós años de edad.

De subdiácono pasó cuatro años, sin atreverse a subir más por las gradas del santuario, ¡tan alta idea tenía de la inconmensurable grandeza del sacerdocio! Un doble sentimiento de temor y respeto le hacía proceder con tanta lentitud. Sin embargo, continuaba en Reims con grande ardor y asiduidad su curso de teología, hasta que en 1675 se licenció, disponiéndose así a honrar su ministerio tanto con la luz de la ciencia como con el esplendor de las virtudes.

El 21 de marzo de 1676 fue ordenado diácono, en París, por el Ilustrísimo Sr. Batailler, obispo de Betlehem. Durante dos años aguardó su promoción al sacerdocio con respeto, humildad y paciencia. Dividió el tiempo de sus ocupaciones entre la oración, las maceraciones, el estudio, algunas obras de caridad y una solicitud afectuosa, pero inteligente y firme, hacia sus hermanos. Su fidelidad a la gracia lo disponía a ofrecer a Dios, en la hora del sacrificio, una víctima pura, dócil y completamente abnegada.

En su lucha constante con la naturaleza depravada, lo que más le costó vencer fue el sueño; ocupado como se hallaba durante el día, había reservado gran parte de la noche para la oración y el estudio, pero los ojos, cargados de sueño, no podían dedicarse más a ninguna lectura seria; y el espíritu adormecido concebía sólo ideas incoherentes y confusas. Para vencer a este enemigo, ora se arrodillaba sobre agudos guijarros, ora tomaba tal postura que, si el sueño le hacía inclinar la cabeza, se pinchaba la frente con alfileres que tenía clavados en la mesa; a éstos medios añadía una extrema sobriedad en las comidas. La victoria fue completa; logró poder prolongar sus vigiliat tanto como lo pedían el fervor de su piedad y su aplicación al estudio.

Llegó, por fin, el día en que iba a recibir la sagrada unción sacerdotal. Convencido íntimamente de la excelencia de tamaña dignidad y de la grandeza de las obligaciones que impone, se había preparado con aumento de fe, reverencia y devoción a hacerse menos indigno de un ministerio tremendo a los ángeles mismos.

El 19 de abril de 1678, víspera de Pascua, recibió el presbiterado de manos del Ilmo. Sr. Le Tellier, arzobispo de Reims. Al día siguiente celebró la primera misa en la catedral sin ningún aparato de pompa exterior que atrajera a los fieles en torno del altar escogido por el nuevo sacerdote; quería gozar en silencio y recogimiento de las inefables

dulzuras que le prometían su fe esclarecida y su ardiente caridad. Si JUAN BAUTISTA mantuvo ocultas por humildad las gracias que el ESPÍRITU SANTO le había infundido en aquel dichosísimo día, la conducta de su vida toda nos dará a conocer más tarde, cuánta fue la grandeza y abundancia de ellas y nos probará que su ordenación no fue estéril en dones de Dios.

La vida del sacerdote ha de estar dividida en tres partes: la oración, el estudio y la caridad; la parte de Dios, la de sí mismo y la del prójimo. Tal fue, en efecto, la vida del abate DE LA SALLE.

La caridad no tiene límites; para que pueda ejercerse con mayor fruto y seguridad, el hombre ha menester un guía. Juan BAUTISTA lo encontró aún en el abate Roland, su director. Habiendo ido éste en romería a un santuario hizo voto de dedicarse a la educación de la juventud y de fundar Escuelas gratuitas para la instrucción de las niñas. Pasó en seguida a Rouen para predicar la Cuaresma; allí contrajo estrecha y santa amistad con el cura de San Amando, hombre de alta piedad, y con el R. P. Barré, de la Orden de los Mínimos, que gozaba de gran reputación de santidad, celo y prudencia. Celosísimo de la salvación de las almas, siempre estaba aparejado para cualquier obra de caridad, por ardua y difícil que fuese. Era considerado como el hombre más versado en las vías del espíritu, y aun los más afamados directores iban a consultarlo en sus dudas.

Viendo el P. Barré que las Escuelas establecidas en Rouen eran insuficientes para las necesidades de las familias, y condolido del desamparo en que se hallaban los niños pobres, fundó a favor de las niñas una sociedad conocida en nuestros días con el nombre de Congregación de las Hermanas de la Providencia, a la que prodigó con celo infatigable los más solícitos cuidados.

El abate Roland visitó estas Escuelas e hizo un estudio detenido de la organización y del fin de esta Institución para establecerlas también en Reims. Otra obra le llamó igualmente la atención: fue la de los jóvenes reunidos por el respetable cura de San Amando, a fin de que fuesen instruidos y educados para el sacerdocio. De vuelta a Reims transformó su propia casa en seminario para sus jóvenes conciudadanos que se dedicaban al estado eclesiástico, y pidió al P. Barré *Hijas de la Providencia*, a fin de formar, a su vez, una comunidad según el mismo modelo. El P. Barré le mandó inmediatamente la superiora y dos maestras de la casa de Rouen, las que fueron encargadas al punto de un orfanato de treinta niñas, fundado por una señora caritativa, muerta la cual quedaron las pobres huérfanas en un estado lamentable, mal alimentadas y peor vestidas. El abate Roland

solicitó la dirección de estas niñas y la obtuvo fácilmente; luego consagró gran parte de su patrimonio a favorecer a estas infelices criaturas. No se limitó a esto el celo del santo sacerdote, ya que después de haber formado algunas maestras pidió a la autoridad competente y alcanzó la autorización de abrir Escuelas gratuitas para las niñas en el propio local. Fue tal la concurrencia, que en breve hubieron de fundarse nuevas Escuelas en otros lugares de la ciudad y aun en el campo. Pero el orfanato era el centro de la obra, enteramente consagrada a la infancia, la que tomó el nombre de *Comunidad del Santísimo Niño Jesús*.

Cuando JUAN DE LA SALLE era aún simple diácono, el abate Roland le había iniciado poco a poco en su obra del orfanato y deseaba aficionado a ella, pues siendo él de salud débil y achacosa temía dejar sin protector a su comunidad. Conforme iba acrecentándose ésta, le iban saliendo al paso mayores obstáculos y contradicciones. Los maestros de escuela la miraron con malos ojos y la ciudad se mostraba indiferente, pero a pesar de todo no se había enfriado la caridad de su generoso bienhechor. El mismo DE LA SALLE le había excitado y sostenido; sintiéndose él también poseído de extrema ternura hacia esta niñez abandonada, se complacía en prodigarle la más afectuosa solicitud.

Dieciocho días después de su ordenación tuvo JUAN el dolor de perder a su amado director, el abate Roland. Había caído enfermo el Jueves Santo de 1678; después de una cruel enfermedad, soportada con cristiana resignación, se durmió en el SEÑOR el 17 de abril del mismo año, contando sólo treinta y seis años de edad. En sus últimos días hizo llamar junto a su lecho de muerte al joven CANÓNIGO, su carísimo amigo; le constituyó albacea suyo, y le dijo: "Os confío, además, mi naciente Congregación de las Hermanas del Santísimo Niño Jesús; ésta es la más noble herencia que podéis recibir de mi amistad. Vuestro celo la hará prosperar, y por amor de estas tiernas almas, redimidas con la sangre de JESUCRISTO, continuaréis el bien que he principiado. El Reverendo Padre Barré será vuestro consejero y guía."

El joven SACERDOTE aceptó gustoso el encargo hecho por su venerado amigo; procuró, ante todo, asegurar a la Comunidad de las Hermanas una existencia legal, lo que no era fácil conseguir; pues ni aun el mismo Sr. Roland había podido lograrlo. Era menester el consentimiento del municipio, el del arzobispo y, además, letras patentes inscritas en el Parlamento. Ahora bien, la administración municipal temía imponer a los habitantes la carga de una nueva comunidad; la prudencia del arzobispo

vacilaba en presencia de una institución que aún no había tenido tiempo de mostrar sus frutos, y el Parlamento se hallaba poco dispuesto a multiplicar las congregaciones religiosas.

JUAN BAUTISTA procedió en este asunto con su actividad acostumbrada; hizo presente que "la congregación de maestras del abate Roland, lejos de ser onerosa para la ciudad, sería para ella y las familias un beneficio necesario. Sin las Hermanas del Santísimo Niño Jesús, ¿quién recogería a las huérfanas pobres?, ¿quién haría con ellas las veces de madre?, ¿quién precavería a las hijas de los indigentes, por medio de una buena educación cristiana, de los peligros que traen consigo los malos ejemplos, la ociosidad y la vagancia? Las sumas que se adelanten para formar la niñez en la práctica de la virtud, ¿no serán acaso recaudadas más tarde con las economías hechas en los hospicios y en las prisiones? Y ¿no contará menos víctimas el vicio conforme la educación cristiana vaya difundiendo sus beneficios en el pueblo?"

Aun vacilaban los magistrados de Reims; no se atrevían a acceder a una representación tan juiciosa y elocuente, por lo cual se dirigió el SANTO al Sr. arzobispo Le Tellier y consiguió de él que se hiciera abogado y protector de la nueva institución. No fue éste el único apoyo que prestó el arzobispo al piadoso amigo del abate Roland; colmó de liberalidades a las nuevas religiosas y se encargó de alcanzar las letras patentes por medio de un hermano suyo, ministro de Luis XIV. Estas letras fueron expedidas al punto, inscritas a expensas del prelado en el Parlamento de París y entregadas al Sr. DE LA SALLE, digno sucesor del abate Roland.

Desde entonces las Hermanas del Santísimo Niño Jesús unieron en un mismo tributo de gratitud los nombres respetados de estos dos celosos ministros del SEÑOR. Libres ya de inquietudes por lo venidero, trabajaron confiadamente bajo la dirección del CANÓNIGO, que les había proporcionado la existencia legal. JUAN BAUTISTA empezó a ser considerado en Reims como uno de los bienhechores de la infancia. Al cabo de algún tiempo, pensando que la Institución estaba bien asegurada hizo nombrar director y administrador a un eclesiástico muy recomendable, que había sido amigo íntimo del abate Roland. Realizados así los votos de este venerable sacerdote, volvió JUAN a su vida tranquila y siguió sin distracción el curso de sus ocupaciones habituales.

CAPÍTULO VI

LA SRA. DE MAILLEFER.—EL SR. ADRIAN NYEL.—CELO DEL SANTO POR LA FUNDACIÓN DE ESCUELAS PARA LOS NIÑOS POBRES DE REIMS.—EMPIEZA A ATENDER Y ASISTIR A LOS MAESTROS.—RECIBE EL GRADO DE DOCTOR EN TEOLOGÍA.—CONFIANZA QUE INSPIRA A LOS PENITENTES.—SE LIBRA PROVIDENCIALMENTE DE LA MUERTE

Como había pasado su juventud en estudios serios y profundos, en obras santas y laboriosas, se hallaba naturalmente preparado, sin conocerlo él, para ejecutar cosas grandes a mayor gloria de Dios. Estaba dotado de fe robusta para resistir a las pruebas; de espíritu esclarecido para dirigir una obra a través de mil escollos; y, por fin, de buena voluntad para hacer todo cuanto el Señor exigiera de él. Sin designio fijo todavía, descansaba confiado en brazos de la Providencia divina, como un dócil artífice que espera las órdenes de su señor antes de empezar la obra.

A más de estas cualidades, tenía multitud de prendas, de esas que aprecia el mundo y que no parecían inútiles para la misión difícil a que estaba llamado. Era rico, dueño de su voluntad, se encontraba provisto de una dignidad importante y establecido en una ciudad en que su situación y las relaciones de su familia le daban una influencia considerable.

Pero estas cosas, que la prudencia humana considera como medios, son muy a menudo a los ojos de Dios graves obstáculos. Ni su fortuna, ni su título, ni el crédito de sus parientes debían servir para nada al Instituto al cual Dios le tenía destinado como fundador. En los cimientos de una obra de tan larga duración y de importancia tal, no quería el SEÑOR que entrase ningún elemento perecedero. Un hombre solo, sin dinero ni crédito, con tal que fuese fiel y de buena voluntad, bastaba y aun convenía más; porque dejaría traslucir mejor a través de las líneas generales del edificio, la mano del ARTÍFICE divino que había de levantarlo.

El Sr. DE LA SALLE era, pues, el operario que quería emplear la Providencia; sin embargo, aún no había llegado al punto de perfección a que ella le llamaba. Todavía quedaba vinculado al mundo por mil lazos que, sin que él se diese cuenta, encadenaban su libertad. En fin, se habría estremecido y quizá retrocedería al contemplar la magnitud del plan que

debía ejecutar si le hubiese sido descubierto. Le habría parecido esta obra gigantesca para sus fuerzas, y no se hubiese atrevido a emprenderla.

Así pues, fue encaminado a ella poco a poco; con esa delicadeza y sabiduría infinitas que saben acomodarse a todas las debilidades del hombre; Dios no le reveló sino día por día lo que quería de él. Empezó por tratar de las Escuelas, sin preocuparse de las dificultades que encontraría; cuando pudo considerarlas en conjunto, ya era muy tarde para volver atrás y debió resolverse a seguir el camino emprendido. Ahora debemos referir algunos pormenores de esta conducta de Dios para que se vea cómo fue conducido el SANTO a la ejecución de la voluntad del ALTÍSIMO, en fuerza de ciertas circunstancias misteriosas e impenetrables, tan ordinarias en las obras divinas:

Vivía entonces en Rouen, desposada con el Sr. de Maillefer, contador principal de esta ciudad, una señora riquísima nacida en Reims, de la familia Dubois, relacionada con la del Sr. DE LA SALLE. Había sido dotada de todos los dones naturales más peligrosos para las almas cristianas: nobleza, fortuna, hermosura, talento. El ímpetu de su naturaleza no había sabido resistir al atractivo de los placeres con que la brindaba su condición. Se había arrojado del todo en el torrente de las distracciones mundanas, sin reparar en el abismo a que la conducían.

No había manjar demasiado costoso para su mesa ni alhaja de excesivo precio para su persona. Su único pensamiento era agradar continuamente a la multitud de sus admiradores. Nunca traía dos veces un mismo vestido. Levantándose de la cama al medio día, pasaba el resto del tiempo imaginando nuevos aderezos, que probaba en un maniquí hecho a las dimensiones de su cuerpo, los cuales iba luego a ostentar en el mundo que la proclamaba reina, y en el que ceñía, efectivamente, la corona de la frivolidad y de la fatuidad. Iba los domingos a misa de doce por hacer gala de sus brillantes atavíos y ofuscar los de las demás señoras que pretendían rivalizar con ella. Tal era la primera persona de quien quería Dios servirse para la fundación de las Escuelas Cristianas; la que debía suministrar los primeros recursos para establecerlas.

La vista de los pobres la irritaba; los despedía con desagrado cuando iban a tenderle la mano suplicante; pues de almas muelles y vanas es el tener insensible y duro el corazón. Semejante al rico avariento de quien habla el Santo Evangelio, rechazó un día brutalmente y enfurecida a un pobre que fue a llamar a su puerta solicitando un mendrugo de pan para matar el hambre y un abrigo para la noche. El pobre se halla cansado,

enfermo, sin auxilio alguno; la miseria, que no ha podido mover el corazón de la patrona, excita la compasión de los criados. El cochero de la casa recibe a este infeliz en su caballeriza; pero muere durante la noche; ¿qué hacer entonces? Es forzoso dar sepultura al cadáver y descubrir, por tanto, a la señora, la piadosa caridad de su criado. Confuso y tembloroso, va éste a declararle lo que ha hecho; entonces, fuera de sí la señora, se irrita tanto de que se le haya desobedecido, que despide al punto al cochero y arroja colérica una sábana para que se dé sepultura a ese cadáver importuno. Se verificó el entierro; mas por la noche, al ir a cenar, encuentra doblada y en su puesto, la sábana que tan a pesar suyo había dado por la mañana. "¿De dónde viene esta sábana? —exclama pálida de estupor y de cólera—; ¿no la había dado yo acaso para el miserable que ha muerto en la caballeriza?" Los criados afirman que la tal sábana ha sido empleada por la mañana, según sus órdenes, y se llenan, como ella, de pavor al volverla a encontrar en la mesa. El pobre estaba enterrado; pero después de su muerte desecha el presente de aquella que le negó un pedazo de pan cuando vivía; y una mano misteriosa ha devuelto la sábana que los criados pensaban haber arrojado en la sepultura con el cuerpo al que envolvía.

Este acontecimiento produjo en la Sra. de Maillefer una impresión profunda. Vio en él la mano de Dios, y como San Pablo en el camino de Damasco, quedó convertida al instante. Desde ese día procuró expiar sus descarríos con actos heroicos de penitencia y humildad. No contenta con reducirse a servir a los pobres y a los enfermos en los hospitales, se entregó a muy duras austeridades. Todo mudó en ella: la mesa, el vestido, el uso de las riquezas. Después de la muerte de su esposo, quedando heredera de toda su fortuna, se retiró a una casa completamente privada de las comodidades de la vida, alimentándose con un pedazo de pan mohoso y algunas legumbres cocidas en agua desde días atrás.

Diversas fueron las impresiones que produjo en la ciudad esta súbita conversión: unos, la admiraron, compadeciéndose de ella; otros, la despreciaron; pero perseverando ella en la vida austera y humilde para consigo misma y benéfica para con el prójimo, fue considerada después como una santa penitente.

Entre las obras de caridad a que se dedicó la Sra. de Maillefer atrajo su preferencia la educación de los niños pobres y se aplicó activamente a la fundación de Escuelas. Los resultados que producían las de Rouen le inspiraron el deseo de establecer una en Reims, su ciudad natal; para lo cual se puso en relación con el canónigo Roland en un viaje que hizo éste a

aquella ciudad. Dicha señora contribuyó a la fundación de las Hermanas del Santísimo Niño Jesús, pero esto no bastaba a su celo; deseaba establecer una Escuela semejante para los niños, y comunicó este nuevo proyecto al abate Roland, que lo aprobó; ya concertaban juntos los medios de realizarlo, cuando la muerte del celoso sacerdote pareció imposibilitarlo por entonces. No renunció por eso a su designio, y ya que la Providencia le quitaba el hombre con quien había contado, se puso a buscar otro que pudiera reemplazarlo.

Vivía por entonces en Rouen un piadoso seglar que había dedicado su vida toda al cuidado de los niños pobres; era el Sr. Adrian Nyel, natural de Beauvois, en la diócesis de Laon. Llamado, probablemente, por el administrador del hospicio de Rouen, fuese allá para ejercer el oficio de ecónomo y enseñar a los niños la doctrina cristiana, lectura y caligrafía. Poco después se encargó de los niños que estaban de aprendices o de criados; más tarde trabajó en formar maestros de escuela. Reunió algunos seglares honrados y de buenas costumbres que, mediante una corta retribución, eran a un tiempo maestros, sacristanes y enfermeros, a las órdenes de la administración del hospicio. Se daban entre sí el nombre de hermanos; la piedad era el único móvil de su vocación, y sin estar ligados por ningún voto permanecían fieles generalmente.

Habiendo pasado el Sr. Nyel la mayor parte de su vida dedicado a la enseñanza de los niños, lo juzgó la Sra. de Maillefer como el más a propósito para establecer en Reims la Escuela gratuita de los pobres. Dotado de un carácter emprendedor, aceptó de buena gana la propuesta de la señora y tomó la vuelta de Reims, acompañado de un joven de catorce años que debía ayudarle en la Escuela y servirle. Llevaba dos cartas de recomendación: una, para la superiora de las Hermanas del Santísimo Niño Jesús, y otra, para el canónigo JUAN BAUTISTA DE LA SALLE, pariente de la señora, a fin de que ayudase al portador en su caritativa empresa.

Estando un día el Sr. DE LA SALLE para entrar en el establecimiento de las Hermanas, llama a la puerta un extranjero al mismo tiempo que él. Era el Sr. Nyel, que venía de Rouen y tenía que tratar con la superiora sobre un asunto importante. Nuestro SANTO le deja entrar primero; pero algunos momentos después lo llama la superiora y le suplica que asista a la conversación; tanto más cuanto dentro de su carta iba otra dirigida a él. Escuchó éste con vivo interés los proyectos del Sr. Nyel, pero de una ojeada previó las dificultades que se presentarían.



Debía alojarse Nyel en casa del padre de la Sra. de Maillefer; mas habiendo leído JUAN BAUTISTA la carta dirigida a él, ofreció alojamiento al forastero en su propia casa, "Debéis guardar —le dijo— un secreto absoluto sobre el motivo esencial de vuestro viaje; vuestra presencia en casa del Sr. Dubois despertaría recelos muy perjudiciales para vuestra obra; la menor indiscreción de vuestra parte os acarrearía numerosos obstáculos y haría perecer esta bellísima obra aun antes de iniciada.

Cuántas contradicciones y peligros han debido superarse para la institución de estas Hermanas, Dios lo sabe. Los hijos de los pobres tienen extrema necesidad de ser educados e instruidos; pero aquí no son aceptadas con tanta facilidad las nuevas instituciones. Creedme, sed prudente; no dejéis nada al acaso. En vez de ir a alojaros en casa del Sr. Dubois, venid más bien a la mía. Nadie ignora en la ciudad que yo recibo a todos los eclesiásticos extranjeros; vuestro hábito difiere poco del nuestro. En mi casa podréis pasar ocho días en reposo y desconocido; tendréis tiempo para reflexionar y arreglar vuestro proyecto. Iréis en seguida a la romería de Nuestra Señora de Liesse, como os habéis propuesto, y al regreso intentaréis abrir la Escuela."

El Sr. Nyel aceptó la hospitalidad que se le ofrecía tan graciosamente y escribió sin dilación a la Sra. de Maillefer, anunciándole los felices comienzos de su negociación. El Sr. DE LA SALLE, en tanto, consultaba con Dios, que era su guía en todo; y al propio tiempo que aprobaba la empresa, no sabía por qué medios había de asegurar su éxito. Desconfiando de sus propias luces, tomó consejo de piadosos y prudentes eclesiásticos. "El único medio —les dijo— que me parece acertado para el buen éxito de esta nueva Escuela gratuita es ponerla bajo la protección de un cura celoso, para que se encargue de ella; discreto, para que no divulgue el proyecto, y generoso, para que la sostenga."

Todos aprobaron su parecer y reconocieron con él, que el abate Dorigny, cura de San Mauricio, era más apto que cualquier otro para la obra de que se trataba; podía, además, asegurarle un buen resultado, tanto por sus prendas personales cuanto por su posición.

Las obras de Dios, a pesar de las dificultades y pruebas que de cuando en cuando les salen al paso, encuentran maravillosas facilidades

para establecerse. Los caminos parecen allanarse ante ellas y se siente que un benéfico soplo precursor ha pasado sobre las almas para disponerlas a su favor. Sucedió, por feliz coincidencia, que el abate Dorigny pensaba también establecer Escuelas gratuitas en su parroquia, cuando el SANTO fue a ofrecerle dinero para sostenerlas y maestro para dirigir las. Acogió, pues, gozosísimo la propuesta del Sr. DE LA SALLE, que tan bien correspondía a sus designios. Convino en alojar en su casa y alimentar a su mesa al Sr. Nyel y al compañero que le asistía en clase mediante la módica pensión que pagaba por cada uno de ellos la Sra. de Maillefer. La Escuela fue abierta en 1679, sin que los maestros calígrafos presentasen la menor oposición, como era de temerse; antes bien, respetaron los derechos del pastor. El nuevo maestro se vio rodeado prontamente de numerosos alumnos, y su Escuela prosperó con las bendiciones del Cielo.

Viendo establecida con tan buenas condiciones la nueva Escuela, pensó JUAN BAUTISTA que ya estaba terminada toda intervención de parte suya: pero la Providencia disponía las cosas de modo que fuese ésta como el grano de mostaza del Evangelio, que había de extenderse después como árbol inmenso por todo el mundo, y complacido de ver tan fiel a su siervo, no quería quitarle la misión a que le destinaba. Obedecía él en todo a la gracia, y la gracia iba a conducirlo adonde él menos pensaba.

Maravillada de los progresos del nuevo establecimiento, la Sra. de Croyères deseó dotar a Santiago, su parroquia, con un establecimiento semejante; era esta señora muy rica, viuda y sin hijos; como se hallaba entonces gravemente enferma, deseaba dejar antes de morir una prueba permanente de su caridad con los pobres. Como ninguna obra le parecía más digna de sus larguezas que la de las Escuelas Cristianas, comunicó su proyecto al Sr. DE LA SALLE. Tres jóvenes animados de celo solicitaron al propio tiempo el favor de ayudar al Sr. Nyel en su santa empresa. Esta fue, para el piadoso canónigo, una manifestación evidente de la voluntad divina. Después de haber dado a sus tres nuevos prosélitos algunas lecciones de pedagogía y haberse cerciorado de su instrucción y de sus aptitudes para la enseñanza, les confió la dirección de la Escuela de caridad de la parroquia de Santiago, la que fue abierta en el mes de septiembre del mismo año 1679. La Sra. de Croyères dejó asegurada por una renta anual la pensión de los maestros.

Nyel era el superior titular de esta naciente comunidad. Dotado de cierto espíritu de iniciativa, celoso, ardiente, empezaba con entusiasmo una buena obra, pero le faltaba tino y sagacidad para llevarla a buen término.

Agitado en constantes viajes, preocupado siempre con obras nuevas, no sabía mantener entre los maestros el espíritu de recogimiento ni la regularidad necesaria para conservar las vocaciones. Entregados a la diversidad de sus opiniones personales, se veían expuestos continuamente a numerosos disgustos y a grandes decepciones; la existencia misma de sus Escuelas estaba comprometida.

Observaba estos defectos JUAN BAUTISTA y procuraba remediarlos; hombre como era de orden y de regla, comprendió la necesidad que había de sujetar a los maestros a una dirección uniforme, inteligente y firme. Era menester darles un reglamento y asegurar su observancia tanto por un prudente cuidado de ellos como por una solicitud paternal en proveer a los medios de facilitarles el buen acierto con los alumnos. No podía el SIERVO DE DIOS mirar con indiferencia a una comunidad que había sido fundada, en parte, por sus desvelos. Iba frecuentemente a visitarla y daba los consejos que creía oportunos. Eran ya cinco los maestros para ambas Escuelas, y estaban todos alojados en casa del cura de San Mauricio; pero el local empezaba ya a ser estrecho y los recursos eran demasiado exiguos. Para aliviar la miseria en que se encontraban los maestros pensó alquilar por su cuenta una casa cerca de la suya e instalarlos allí, a fin de visitarlos más fácilmente y hacerles llevar de su propia mesa los alimentos, lo cual ahorraría muchísimos gastos. Así pasó el año de 1680.

El ardor con que nuestro celoso CANÓNIGO se dedicaba a las obras de caridad no le impidió continuar con ahínco los estudios teológicos. Prolongaba el trabajo hasta avanzadas horas de la noche, se levantaba por la mañana antes que sus hermanos y había dado orden al sirviente que lo despertase a las cuatro y que no se fuese hasta verlo listo para levantarse y vestirse.

En 1681, a los treinta años de edad, se presentó a la Facultad de Reims, la que le confirió el grado de doctor en teología. El lucimiento con que sostuvo su tesis fue notabilísimo; no sólo se vio en él a un sabio teólogo, sino que los ortodoxos admiraron particularmente su fe robusta y firme. Anonadó sin piedad ninguna las pretensiones de los jansenistas, y desde aquel día hizo cara a aquellos sectarios como uno de los más valientes campeones de la verdad. Por la ciencia a que se dedicaba parecía apartarse de la enseñanza popular, que debía ocuparle toda la vida; pero entonces estaba muy lejos de imaginárselo siquiera. "Me había figurado — escribe en sus Memorias — que la dirección puramente exterior que yo tomaba de las Escuelas y de los maestros no me obligaba, respecto de

ellos, más que a proveer a su subsistencia y a cuidar de que ejercieran su empleo piadosamente y con aplicación."

Pues bien, muy al contrario, ésta había de ser la ocupación exclusiva de su vida entera, aquella a la que debían subordinarse todas las demás; esos estudios teológicos que seguía entonces con tanto ardor habían de servir para ilustrarle un día sobre la dirección de este Instituto naciente, que no podía prever por entonces, y a preservar a sus futuros discípulos de los errores teológicos a que procurarían inducirles los sectarios.

Muchísimas personas respetables, maravilladas de su mérito y prendadas de sus raras virtudes, depositaron en él toda su confianza; quedaron sorprendidas de encontrar en él, a pesar de sus pocos años, un profundo conocimiento del corazón humano. La dilección tan hábil y firme dada a sus estudios, el recogimiento, la piedad y la práctica diaria de la oración habían engalanado su espíritu con las luces que son ordinariamente el fruto tardío de una experiencia consumada.

Se mostraba con sus penitentes el más manso de los hombres, sobre todo después de haber celebrado. Escuchaba con paciencia, respondía con bondad, daba a sus palabras tal gracia y unción, que las hacía penetrar en lo íntimo de los corazones. Disipaba las dudas, desataba las dificultades, daba reglas de conducta, sabía acomodarse a todos los caracteres, tomaba en cuenta las disposiciones y soportaba las importunidades. Poseía el talento de atraer las almas a Dios, de tener la llave de los corazones y de hacer penetrar en ellos el amor divino. De este modo manifestaba que no son los años los que hacen al sacerdote, sino el espíritu de Dios.

Por entonces le sobrevino un accidente que casi le costó la vida y sirvió para aumentar más y más su confianza en la Providencia divina.

Al regresar del campo un día de recio temporal, en que abundantísimo manto de nieve cubría el suelo, llenaba los barrancos y había borrado las huellas de los caminos, el santo SACERDOTE se extravió y vino a dar en un hoyo profundo; tuvo tiempo sólo para implorar el socorro de Dios, pues no podía esperarlo de los hombres. En vano los habría llamado en su auxilio, el lugar era desierto y el mal tiempo impedía transitar a los viajeros por aquellos parajes. Durante largo tiempo hizo los mayores esfuerzos para salir del abismo, la noche se aproximaba ya, y su situación era desesperada. Acudió a Dios, y Dios escuchó sus ruegos; después de nuevas tentativas logró dar con la tierra firme y encontrar el camino. Inmediatamente, arrodillado sobre la nieve, agradeció al Cielo con ruego fervoroso esta señal visible de su protección. De allí en adelante,

toda su vida guardó una señal del peligro que había corrido, ya que una rotura, causada por los violentos esfuerzos que hubo de hacer, sirvió para recordarle siempre el favor que Dios le concedió, librándole de una muerte segura, y del reconocimiento que le debía por tamaño beneficio. En efecto, este accidente le dio materia de profundas meditaciones sobre la protección con que el SEÑOR se había dignado favorecerle y un motivo más para servirle con mayor fidelidad, y nunca habló de aquel suceso sino penetrado de ternísimos sentimientos de gratitud.

CAPÍTULO VII

REGLAMENTACIÓN DE LOS MAESTROS; EL SANTO LOS ALOJA EN SU CASA.—
CONTRARIEDADES QUE ENCUENTRA. SE LE QUITA LA TUTELA DE SUS HERMANOS
MENORES.—PELIGROS QUE CORRE SU INSTITUCIÓN.—LOS HERMANOS EN RETHEL,
GUISA, CHATEAU-PORTIEN Y LAON.—PRESENTA LA RENUNCIA DEL CANONICATO Y
SE LA ACEPTAN.—GRAVES OPOSICIONES QUE ENCUENTRA.

Sensiblemente, iba cobrando el santo SACERDOTE afición a los maestros de escuela; aunque encontraba en ellos a menudo cierta rudeza, admiraba su buena voluntad, y los consideraba como encargados de ganar almas para JESUCRISTO. Pero como sus ocupaciones no le permitían consagrarles todo el tiempo necesario, se propuso llevarlos a su casa para las comidas, comer con ellos y utilizar también ese tiempo. Puso en ejecución el proyecto: los maestros iban dos veces por día a la mesa del ilustre CANÓNIGO; uno de ellos leía, y él se aprovechaba de la lectura para darles consejos e instrucciones sobre los deberes de su estado.

Esta intimidad creciente con ellos, y la importancia cada día más considerable que tomaban en su vida las Escuelas, causaron inquietud a su familia, hasta el punto de dirigirle serias observaciones y amargos reproches. Le decían que esta obra era indigna de él; que así se envilecía, que descuidaba obligaciones más imperiosas, que antes de hacerse cargo de los extraños tenía deberes sagrados que cumplir con sus hermanos... El nada respondía. El bien que hacía a los maestros era evidente y no podía desistir de continuarlo; debía preferirlo a sus propios intereses y hacer lo posible por hermanar esta ocupación con sus demás obligaciones. Aun vacilaba, sin embargo, entre si los tomaría o no, de una vez en su casa, vista la resistencia que empezaba a encontrar.

Poco después, la ciudad de Guisa, no lejos de Reims, manifestó vivo deseo de tener Escuelas de caridad; las autoridades se dirigieron al señor Nyel, suplicándole que fuera a fundar una de niños. Éste no sabía resistir a tales peticiones. En vano le representó el SANTO que no podía ausentarse ni arriesgar por una obra incierta la que estaba ya fundada ni menos dejar a los maestros jóvenes sin dirección alguna. Nyel no quiso desistir de su proyecto, y partió en la Semana Santa de 1681, confiando interiormente en que el Sr. DE LA SALLE haría sus veces.

Humanamente considerada, la ausencia de Nyel parecía llena de inconvenientes; pero según las miras de la Providencia era necesaria y saludable; pues abría las puertas a JUAN BAUTISTA para la gran misión a que Dios le había destinado, echando los primeros fundamentos de la Sociedad de los Hermanos de las Escuelas Cristianas.

No pudo decidirse a dejar sin ninguna vigilancia a los maestros ni aun por pocos días. Exigió que al salir de la iglesia, después de misa, en lugar de ir a sus casas fuesen con él a pasar el día, excepto en las horas de clase. Así estuvieron ocho días, hasta que Nyel regresó de Guisa sin haber podido fundar la Escuela; pero durante este tiempo el santo CANÓNIGO había comprobado en la vida de los maestros muchos desórdenes, a los que era menester aplicar pronto remedio si se quería mantener la obra. La vida errante de Nyel tenía gravísimos inconvenientes; él mismo lo reconocía, sin poder apartarse de ella; y al ser testigo de los progresos que habían hecho los maestros durante sólo ocho días bajo la dirección de su bienhechor, instaba a éste a que los tomara definitivamente en su casa.

Se vio en gran perplejidad el santo SACERDOTE; como el arriendo que había tomado iba a expirar en la fiesta de San Juan Bautista, vacilaba entre si debía renovarlo o si había de trasladar a los maestros a su propia casa, a fin de tenerlos a mano y dirigirlos más de cerca. Tal determinación era grave. No sólo cambiaba completamente su modo de vivir e introducía en su existencia cotidiana, hasta allí tan tranquila, una nueva ocupación que traería consigo otras muchas, con innumerables fatigas y atenciones; sino que provocaría las críticas de sus amigos, la resistencia de su familia y tendría numerosos obstáculos que vencer para salir con su intento.

Para decidir tan grave cuestión fue a consultar al P. Barré en Paris, donde se encontraba entonces. Le expuso la situación de las Escuelas de Reims; le refirió cómo había tenido insensiblemente que ocuparse en dirigir las, los resultados que había obtenido, los inconvenientes que existían aún, el designio que había trazado para remediarlos y las dificultades que se le presentaban. Con esta exposición el santo religioso no vaciló más. Vio claramente que el abate DE LA SALLE era el hombre destinado a esta misión y que los obstáculos mismos que encontraba eran medios de que se servía Dios para acrisolar el alma de su siervo en el fuego de la tribulación. No perdonó medio alguno el P. Barré para convencerle. "Los mayores designios de Dios en un alma —le dijo— se cumplen sólo a fuerza de contradicciones. Las penas y aflicciones interiores y exteriores atormentan la naturaleza; pero vigorizan el espíritu.

Así como no puede sacarse vino de la uva sin exprimirla y machacarla en el lagar, tampoco produce ningún bien considerable el alma, sino después de haber pasado por multitud de tentaciones, persecuciones, tribulaciones, aflicciones. Tomad a estos educadores en vuestra casa, encargaos de su manutención, sed, en una palabra, su padre y superior."

Estos consejos hicieron tal impresión en el ánimo de JUAN, que regresó a Reims con una firme determinación. Hizo disponer una parte de su casa para los maestros, y el 24 de junio de 1681, fiesta de San Juan Bautista, su patrón, fueron instalados en ella.

Al acercarse las fiestas de Navidad de este mismo año volvió a salir de Reims el Sr. Nyel, y maravillado como estaba de la conducta de los maestros y del adelanto de las Escuelas, juzgó menos necesaria su presencia. Se entregó desde entonces con más libertad a su afición a los viajes y partió para fundar nuevas Escuelas. El canónigo DE LA SALLE quedó, pues, encargado de la dirección de la casa de Reims. La resolución que había tomado llevó a su colmo el desagrado de su familia, que, se creyó humillada en su honra y perjudicada en sus intereses.

Había abrigado el dulce pensamiento de verle elevado a los honores eclesiásticos a que podía aspirar por su sangre y sus talentos, cuando él se dirigía ahora en sentido contrario hacia una ocupación sin honor ni provecho. El mundo, que no comprende la hermosura de las obras de Dios e ignora lo que es caridad, se burlaba de este canónigo de ilustre prosapia que se condenaba a vivir con hombres pobres y sencillos, de este doctor conspicuo que formaba sociedad con unos oscuros maestros, encargados de enseñar el abecé a los niños.

Como JUAN BAUTISTA, tutor de sus hermanos, era el mayor y el jefe de la familia, los demás parientes se reunían a veces en su casa y comían juntos para conferenciar sobre sus intereses comunes y mantener entre ellos el amor y la concordia. Pero estas reuniones eran para él una ocasión de prueba y una causa de desagrado, ya que todos le vituperaban y trataban de extravagantes sus designios. Él, entonces, cruzados tranquilamente los brazos, alzaba los ojos al Cielo con una paciencia angélica y les dejaba hablar, sin responder palabra. Las razones que alegaban no eran de las que podían hacerle cambiar de resolución. El oficio humilde y despreciado de los maestros, que tanto se ridiculizaba, era más bien para él un motivo de estímulo y de consuelo, al pensar que habían consagrado enteramente su vida a una función nobilísima y santa.

Entonces se reunieron los parientes en consejo de familia, presidido por el tío paterno, y resolvieron que el protector de las Escuelas del Sr. Nyel no seguiría más encargado de la educación de sus hermanos menores; pero Luis, el mayor de los varones, que le amaba tiernamente, nunca quiso separarse de él y siguió habitando en su casa; el segundo fue a vivir con uno de sus cuñados, y el menor fue puesto en el convento de los Canónigos Regulares de Senlis. De las tres hermanas que tenía, dos se establecieron en el mundo y la tercera había tomado el hábito monástico en la Orden de las Canonisas de San Agustín, en Reims.

Por más que la decisión de su familia afligiese el corazón amante de JUAN, no le hizo retroceder un paso. Hallábase así más libre. Todos los lazos que le ataban al mundo iban rompiéndose uno tras otro, a fin de hacer más fácil la última separación. Pero de repente le vino una terrible prueba. Se le ocurrió la idea de que habiendo menospreciado así la opinión del mundo y sacrificado los más puros y tiernos afectos de familia iba corriendo, quizá, en pos de un fantasma; y que la obra que emprendía se desvanecería delante de él como una sombra vana o una mentirosa ilusión.

Los maestros que había reunido el Sr. Nyel, y que bajo sus órdenes se habían acostumbrado a una vida sin sujeción, no pudieron avenirse a la vida de dependencia y regularidad que quería imponerles el Sr. DE LA SALLE. Por otra parte, los más de entre ellos no tenían vocación; Nyel los había llamado al acaso y sin discernimiento. Al verse trasladados a una casa sujeta al orden monástico y tratados como religiosos, cuando sólo pensaban ser simples maestros de escuela, se disgustaron prontamente, desertando todos, unos después de otros, excepto dos.

Esta dispersión fue una de las contrariedades más dolorosas por las que pasó el SANTO. Su obra estaba a punto de perecer. Así, después de haber arrostrado valerosamente las recriminaciones de sus parientes, las críticas de sus colegas, la malignidad de los extraños, iba a encontrarse con las manos vacías. A pesar de todo, permaneció tranquilo y fiel en su propósito, clamó al Cielo; y el Cielo, que nunca desatiende los clamores de sus hijos, le dio oídos, pues a principios del año 1682 le llegaron nuevos postulantes. Ya había puesto en uso los ejercicios que se practican aún en las casas del Instituto; los recién venidos no podían, pues, forjarse ilusiones, sabían lo que iban a hacer, veían las obligaciones a que habían de someterse. Además, por su piedad y abnegación, por su espíritu de comunidad y sus talentos para la enseñanza, manifestaban que su vocación era sincera y que Dios mismo los había enviado; todo lo cual consolaba al

santo SACERDOTE y le estimulaba a seguir adelante. Este, por su parte, a fin de perfeccionar más y más la forma de la vida común, lejos de imponerles las prácticas de ella por vía de autoridad, se aplicó a hacerles palpar cuán necesarias les eran, a inspirarles gusto en su ejecución, sometiéndolos en seguida a los reglamentos no como si provinieran de él, sino como formados por ellos mismos.

Con el fin de que todos sus discípulos poseyesen un mismo espíritu, los exhortó a que tomaran un solo confesor; después de varias e inútiles diligencias reconocieron que nadie mejor que su propio Superior era más apto para conocer sus necesidades y encaminarlos por el sendero que debían seguir. Le suplicaron, pues, con instancia que al cargo de Superior añadiera el de padre espiritual. Vaciló mucho tiempo en ceder a sus solicitudes, temiendo que hubiera algún inconveniente en que en su persona reuniera ambos cargos, y sólo después de consultar sobre este punto delicado con personas esclarecidas y experimentadas se resolvió a darles gusto; desde entonces, mientras vivió, tuvieron a él solo por confesor.

Hasta entonces había quedado con sus discípulos en la casa paterna, la cual, por hallarse en el centro de la ciudad y en un barrio tumultuoso, exponía a los maestros a continuas distracciones y no era adecuada a su nuevo destino. Buscó, pues, otra más retirada del bullicio, encontrando una conforme a sus deseos en el barrio de San Remigio. La arrendó hasta el año de 1700; se trasladó a ella el 24 de junio de 1682, día de su santo Patrón, y desde entonces los Hermanos no volvieron a salir de allí. En 1700 la compró, con el concurso de dos respetables eclesiásticos, para asegurar su perpetua posesión a las Escuelas. Al salir de la casa paterna daba un adiós eterno al mundo, a los purísimos recuerdos de su infancia, a los dulces gozos de su juventud, a las íntimas relaciones que le habían acompañado a su entrada en la vida, en una palabra, a la sombra venerada de sus padres. Se apartaba más y más de sus parientes, de sus amigos, del mundo todo, y se dirigía a un porvenir desconocido, teniendo el amor de Dios y del prójimo por guía.

Por la fidelidad a la gracia desde los primeros años de su vida había merecido que el SEÑOR lo llamara a una misión más elevada. Había conservado pura su juventud, y al entrar en las órdenes sagradas se había consagrado enteramente al servicio de Dios. Y Dios, en recompensa de su generosidad, lo había tomado como por la mano para conducirlo

insensiblemente a una obra grandiosa y nobilísima: la educación cristiana de la infancia.

Mas para tamaña empresa no bastaban las fuerzas solas de la naturaleza humana; un hombre, por más constancia e ingenio que tuviera, no habría podido llevarla a cabo. Se necesitaba, pues, algo más que la constancia y el ingenio: era menester la santidad.

Antes de principiar la obra había de verificar un trabajo preparatorio en sí mismo. Tenía que purificar más aún su vida, conservada hasta entonces en el temor de Dios y la piedad. Debía elevarse de las virtudes fáciles de la juventud a los deberes arduos y multiplicados de la perfección evangélica: renunciar a los honores, a la fortuna, a los afectos más tiernos y legítimos de la familia, a sus propias inclinaciones, en fin, para consagrar a esos pobres niños, que Dios confiaba a sus cuidados, un corazón completamente desasido de lo terreno.

Sólidamente establecidas en Reims las Escuelas Cristianas, empezaba ya a divulgarse su fama por las ciudades vecinas, tal como las plantas, que, después de bien arraigadas en el suelo, extienden por todas partes sus ramas. Y reconociendo muchas personas, el clero especialmente, la necesidad de ocuparse de veras en la educación cristiana de los niños, se propusieron fundar Escuelas a semejanza de las de Reims y dirigidas por los mismos maestros.

Rethel fue la primera ciudad que los pidió. El Sr. Nyel los habría mandado al punto si el abate DE LA SALLE, con su prudencia acostumbrada, no le hubiera hecho observar el grave inconveniente que resultaba enviando maestros no bien preparados aún. Pero nuevas instancias de los señores de Rethel, apoyadas por el crédito y las liberalidades del duque de Mazarino, triunfaron de los temores del SANTO, quien envió a Nyel para que hiciera los arreglos del caso; la Escuela gratuita fue abierta en 1682, obligándose el duque, el cura y una persona caritativa a suministrar lo necesario para el sostenimiento de los profesores.

Las simpatías que despertó esta Escuela le inspiraron un poco más tarde el pensamiento de comprar una casa en Rethel, a fin de abrir un seminario de su Instituto para la formación de buenos maestros. Pero las Escuelas no debían propagarse sin encontrar obstáculos a cada paso. Habiendo ido en persona a estudiar el asunto sobre el terreno, el duque de Mazarino, que le profesaba grande aprecio y veneración, quiso conocerlo; le honró con una visita y le ofreció que constituiría en sus dominios una renta para el sostenimiento perpetuo de varios maestros; todo esto a fin de

satisfacer las piadosas intenciones del cardenal del mismo nombre, tío suyo y ministro de Luis XIV, el cual, después de haber concluido felizmente el Tratado de los Pirineos, le había encargado que fundase alguna obra útil a la religión y a la sociedad.

JUAN aceptó con reconocimiento esta generosa oferta. Extendióse el contrato, pero algunos espíritus envidiosos y malévolos influyeron en el ánimo del duque para que no se verificara. Este contratiempo fue recibido por el santo SACERDOTE con profunda humildad y sin que manifestase ningún desagrado.

Tan inalterable paciencia concluyó por triunfar de las resistencias más pertinaces y por dar solución favorable a las negociaciones más dificultosas. Algunos años después, conociendo el duque el engaño de que había sido víctima, volvió al proyecto del antedicho seminario y suministró los fondos que se necesitaban para establecer en Mazarino mismo una comunidad de jóvenes que se preparasen a ser maestros de escuela en el ducado.

Algún tiempo después dos personas ricas de Rethel murieron, dejándole una suma considerable para que pudiese abrir otra Escuela gratuita. Ya había recibido los documentos testamentarios; pero los herederos se negaron a entregarle los fondos. El paciente VARÓN prefirió renunciar a su derecho antes que intentar un proceso. En recompensa de esto, Dios le socorrió de un modo mejor para que se aumentase el bien en provecho de los numerosísimos niños pobres de esa ciudad.

El 20 de junio de 1682, el decano de los concejales de Château-Portien le escribió pidiéndole maestros con tanta instancia, que él le respondió el mismo día: "Aun cuando tomara yo poco interés por la gloria de Dios, sería mucha insensibilidad en mí si no me conmoviera con las vivas instancias del señor decano y la honra que me hace dignándose escribirme hoy. Muy mal haría yo al no mandarle maestros, visto el empeño y ardor que me manifiesta por la instrucción y educación cristiana de los niños. Esté, pues, persuadido, le suplico, de que nada tendré tan a pecho como el secundar sus buenas intenciones. El sábado próximo le enviaré dos maestros, de los cuales espero que quedará satisfecho, para que principien la Escuela después de la fiesta de San Pedro."

Cumplió su promesa, y la Escuela fue fundada.

La ciudad de Guisa volvió, por su parte, a hacer nuevas instancias; el año anterior había llamado al Sr. Nyel, sin que hubiera podido establecerse la Escuela. Hacía seis meses apenas que estaba este último en Rethel

cuando le llamaron nuevamente de Guisa. La población estaba dispuesta a aceptar todas las condiciones que se le pusieran, por lo cual, habiendo encontrado Nyel quien lo reemplazara en su Escuela, fue a hacerse cargo de la de Guisa.

A fines del mismo año 1682, el cura de San Pedro, de la ciudad de Laon, informado del bien que producían las nuevas Escuelas gratuitas, quiso dotar con una de ellas a su parroquia; escribió al efecto al Sr. DE LA SALLE pidiéndole maestros. Este envió a Nyel, a fin de que procediese a la instalación de la nueva Escuela y dirigiese al propio tiempo todas las que se habían establecido fuera de Reims, pues las multiplicadas ocupaciones de su ministerio sacerdotal no le permitían encargarse de ellas y quería dirigir sólo la de Reims.

La separación de Nyel y el rápido acrecentamiento de la obra de Dios habían aumentado la responsabilidad de su siervo. Ya no podía mirar más como obra secundaria la dirección de los nuevos educadores ni contentarse con dedicarles sólo algunos momentos desocupados. El porvenir de esta Institución se hallaba en sus manos. Pensó, por tanto, renunciar al canonicato, pero una resolución de tal importancia no debía tomarse a la ligera.

Fiel a una práctica que había de observar hasta el fin de su vida, buscó en la oración y las austeridades la solución a la incertidumbre en que se encontraba. Tomó en arriendo, no lejos de los muros de la ciudad, un jardincito aislado y, después de haber dado las órdenes oportunas a su comunidad y provisto a sus demás obligaciones, fue a pasar varios días de retiro en esa dulce soledad. "¡Ah!, si pudieran hablar los muros de esa estancia —leemos en una Memoria de ese tiempo— nos dirían cuán frecuentes fueron las disciplinas y otras austeridades con que el SIERVO DE DIOS maceró su cuerpo en esos días; pero a falta de ellos, las huellas de la sangre con que los tiñó nos dan un claro testimonio."

La soledad convenía perfectamente a su espíritu pensador; en ella recibió pródigamente del Cielo las luces que dieron fijeza a sus ideas vacilantes y pusieron término a su irresolución.

"¿Qué es lo que debe determinarme —escribió él mismo— en la elección que me propongo hacer? Ninguna otra cosa que la mayor gloria de Dios, el mejor servicio de la Iglesia, mi perfección y el bien de las almas. Pero si me rijo por motivos tan dignos de un sacerdote del SEÑOR, debo resolverme a renunciar a mi canonjía para dedicarme enteramente al cuidado de las Escuelas y a formar buenos educadores.

Cuando Simón Pedro hubo respondido a JESÚS por tres veces consecutivas: "Bien sabes, SEÑOR, que te amo", ¿cuál fue la verdadera prueba de amor que el SEÑOR le pidió? No padecimientos, ni sacrificios, ni grandes humillaciones, ni aun la muerte; nada de esto, solamente el celo por la salvación de las almas: "Apacienta mis corderos, apacienta mis ovejas." Toda la ley y los profetas se encierran en la caridad. ¿Y no es acaso la mayor obra de caridad el trabajo emprendido para la salvación de las almas? y ¿cuál es el medio más eficaz de trabajar en la salvación de ellas sino la educación cristiana de los niños?

Por otra parte, Dios, que dispone todos los acontecimientos sabia y suavemente, sin forzar las inclinaciones de los hombres, quiere excitarme a que del todo me dedique al cuidado de las Escuelas; me dirige hacia ese fin de una manera imperceptible, aunque rápida, de modo que un compromiso me ha conducido a otro que no había podido, desde luego, prever."

Concluido el retiro, volvió al seno de su comunidad, afianzado en la resolución de alcanzar el fin que la Providencia proponía a su celo; todos los que se habían puesto bajo su paterna dirección lo encontraron listo a sacrificarlo todo por el bien y provecho espiritual de su santa obra. Pero el demonio, celoso siempre del bien que redunda por la institución de las Escuelas Cristianas en beneficio de la parte predilecta del rebaño de JESUCRISTO, la infancia, urdió con satánica malicia nuevas redes a los maestros, a fin de desalentarlos y perderlos cuando apenas empezaban las Escuelas a extenderse y propagarse.

Los discípulos del SIERVO DE DIOS vivían tranquilos y contentos en el género de vida que habían abrazado; pero a veces el porvenir preocupaba a estos buenos maestros; siniestras previsiones, fundadas en su indigencia, los llenaban de ansiedad; manifestaban en el rostro, de ordinario tan expansivo, una indecible tristeza: "Si alcanzamos una vejez avanzada —se decían con amargura—, si las enfermedades o los achaques vienen a postrarnos, ¿quién cuidará de nosotros?, ¿quién proveerá a nuestras necesidades?, ¿qué mano paterna derramará en nuestro corazón desfallecido el dulce bálsamo de los consuelos de la religión y de la amistad?" En vano se esforzaba el santo SACERDOTE por reanimar su confianza. Les recordaba que Dios nunca abandona a los que esperan en Él y les recordaba las parábolas evangélicas de los lirios, que, aunque no hilan, Dios los viste; de las aves del Cielo, que ni siembran ni cosechan, y a las que, sin embargo, nunca les falta sustento. Las palabras del HOMBRE DE DIOS eran ineficaces, y respondían a todas sus exhortaciones: "Vos,

señor, vivís colmado de riquezas y honores; el porvenir no puede causaros inquietud ninguna; pero ¿qué no habrán de tener unos pobres maestros que no reciben, en premio de su abnegación, sino desprecios e indiferencia? Tendrán que morir solos y desamparados.”

Lejos de ofenderse con tales quejas, el SIERVO DE DIOS cree ver en ellas un aviso del Cielo, concluyendo por persuadirse que tanto de parte suya como de sus discípulos era menester poner como fundamento de la nueva Institución la pobreza y la total entrega en manos de Dios. Esta obligación le parecía evidente. Los dos oficios que desempeñaba eran incompatibles; debía renunciar a uno de ellos. El primero, que era honroso, fácil, lucrativo, encontraría mil pretendientes para el puesto vacante; el segundo, que era oscuro, incierto, humilde y que no prometía al que quería abrazarlo más que fatigas sin honor ninguno y sin provecho, sería menospreciado de todos. Este es el que prefirió; en consecuencia, se resolvió a presentar la renuncia de la canonjía. Comunicó esta resolución a su director, el cual la desaprobó; refutó sus razones, vituperó su conducta y le ordenó que no pensase más en ello.

No se desconcertó por esto el SANTO, pensando que si tal resolución venía de Dios fácilmente triunfaría de la resistencia de los hombres, y se sometió humildemente a la voz de su director. Pasaron algunos meses, al cabo de los cuales hizo una nueva tentativa con éste, por ver de alcanzar su consentimiento; pero le ordenó aún que aguardase.

Aguardó, en efecto; mas juzgando necesario para un proyecto de tal importancia el acudir al parecer de varias personas, se fue a París. Consultó con el P. Barré; el santo y austero religioso le contestó: "El único apoyo que conviene a las Escuelas Cristianas es la Providencia divina." Esta respuesta, a más de confirmarle definitivamente en sus propósitos, determinó a su padre espiritual a consentir al fin, pues reconoció en todo la voluntad de Dios; esto sucedía por el mes de julio de 1683.

Poco antes de que JUAN BAUTISTA recibiese la aprobación, ya se había esparcido por la ciudad la noticia de su intento. Indescriptible fue la impresión que produjo en el ánimo de sus parientes, amigos, colegas y de las personas más notables de la sociedad. Todos le suplicaban con instancia que conservase su canonicato. "Una gran tempestad —escribe él mismo— se desencadenó en mi alma; me llené de espanto al pensar en las consecuencias que debía tener para mí un acto considerado por mi familia como un deshonor para ella y que iba a separarme del cabildo metropolitano, donde contaba tantos y tan venerados amigos." Sólo con

trabajo triunfó el SIERVO DE DIOS, por medio de la oración y el ayuno, de esta terrible tentación.

Apenas obtenido el consentimiento de su director, vuela a París, esperando encontrar allí al Sr. Le Tellier, su arzobispo; pero llega precisamente en el momento en que el prelado regresa a su ciudad arzobispal. Habla nuevamente de su proyecto al P. Barré y al abate de la Barmondière, cura de San Sulpicio, los cuales no sólo le aconsejan que ejecute su designio para gloria de Dios, sino también le hacen prometer que enviará algunos de sus discípulos a París.

No bien ha llegado a Reims cuando corre al arzobispado y presenta la renuncia del canonicato. En vano sus consternados parientes, varios de sus amigos, sus colegas los canónigos, sus superiores eclesiásticos incluso hacen el postrer esfuerzo para disuadirlo. En esta solemne circunstancia de su vida, el SIERVO DE DIOS parece sordo a la dulce voz de la familia y a las seducciones más vivas de la amistad. Una virtud omnipotente y misteriosa le impele a avanzar por las gradas del altar, donde el fuego celeste ha de consumir todos los lazos capaces de detener su marcha en el camino abierto a su celo.

El Sr. Le Tellier, que le apreciaba en gran manera por el lustre que daba al cabildo metropolitano con su doctrina, la santidad de su vida y los servicios que prestaba, se niega a acceder a sus instancias. El ardoroso solicitante no se desalienta por eso; consulta de nuevo al Cielo en la oración. Como varios eclesiásticos gozan en Reims de alta reputación de sabiduría y prudencia, solicita sus consejos y se dirige en particular al abate Philbert, canónigo y profesor de teología, íntimo del arzobispo, con quien tiene mucho crédito. Todos, después de haberle oído, le reconocen como un instrumento providencial sobre el que tiene Dios miras particularísimas; le declaran que debe seguir los impulsos de la gracia. Vencido, al fin, el arzobispo por la importancia y unanimidad de sus sufragios, promete rendirse a unos deseos manifestados con tan enérgica perseverancia.

Había desaparecido el obstáculo que tanto temía nuestro SANTO; Dios se lo había allanado para que fuera más fácil el sacrificio. Por eso se llenó de tanta alegría, que al volver a casa convocó a los Hermanos y cantó con ellos el *Te Deum* en acción de gracias, como había hecho siglos antes San Bruno, que también fue canónigo de Reims y había dejado ese título por abrazar una vida más perfecta y austera. Ya estaba libre para ir adonde Dios le llamaba.

Algunos amigos y, sobre todo, sus parientes le rogaron entonces que ya que renunciaba a la prebenda, a lo menos la cediese a favor de su hermano Luis. Se inclinaba su corazón a este dictamen, pero alumbrado por los consejos de su director, quiso más bien prestar oído a la voz interior, que le excitaba a renunciar a los lazos de la sangre para no buscar sino la mayor gloria de Dios. Consiguió, pues, que fuera aceptado para sucederle el abate Faubert, sacerdote muy estimado entonces por su talento para la predicación y su celo en la salvación de las almas. Luis de la Salle comprendió y aprobó los piadosos motivos de esta preferencia y no disminuyó en nada el afecto que profesaba a su admirable hermano. Pero más tarde, el Sr. Le Tellier le gratificó espontáneamente con una prebenda canónica que había quedado vacante por la muerte del titular: "Os ofrezco este presente, le dijo sonriendo, para reparar la locura del abate DE LA SALLE, que cedió su beneficio a otro, en vez de cederlo a su hermano."

CAPÍTULO VIII

DISTRIBUYE TODOS SUS BIENES ENTRE LOS POBRES.—SU ESPÍRITU DE ORACIÓN Y DE MORTIFICACIÓN.—DA A SUS DISCÍPULOS LOS PRIMEROS REGLAMENTOS. — RETIRO Y ASAMBLEA GENERAL DE LOS PRINCIPALES HERMANOS PARA TRATAR DE LOS INTERESES DE LA CONGREGACIÓN.—PONE EL INSTITUTO BAJO LA PROTECCIÓN DE LA SANTÍSIMA VIRGEN MARÍA.—ADMIRABLES EJEMPLOS QUE DA EN LA OBSERVANCIA DE LOS VOTOS.

Pensaba entre tanto el SIERVO DE DIOS que no estaba aún completo su sacrificio, porque al despojarse del canonicato no había renunciado más que a los honores, pero quedaba todavía rico. "Me veo con los labios cerrados —escribió en esa época—; no tengo derecho para hablar a los maestros el lenguaje de la perfección; no puedo decirles una palabra de la pobreza si yo mismo no soy pobre, ni de la confianza en la Providencia si tengo recursos contra la miseria." En efecto, su fortuna, considerable para entonces, ascendía a unos 40.000 francos. Se hallaba, pues, en un estado muy distinto del de los maestros a quienes quería atraer en pos de sí por la carrera de la perfección evangélica, subsistiendo aún, en parte, la fuerza de las objeciones de éstos. A fin de que no existiese diferencia alguna entre él y sus discípulos, y ya que había comenzado a romper con el mundo separándose de la familia y renunciando a su título de canónigo, quiso consumir el sacrificio desprendiéndose igualmente de todo su haber; pero, obediente y humilde como era, sólo después de obtenido el consentimiento de su director, en lo cual manifestaba a las claras la pureza de sus intenciones.

Se presentó entonces una tentación delicadísima. Ya que quería distribuir su fortuna entre los pobres, ¿por qué no la daba a esos maestros de escuela, cuya vocación había peligrado tantas veces por causa de la indigencia?, o ¿por qué no la consagraba a fundar las Escuelas Cristianas? Nada parecía más legítimo ni amenguaba en manera alguna el mérito de su sacrificio, ya que él nada adquiriría con eso. "La caridad no excluye la prudencia", le decían varias personas, que apoyaban sus palabras citándole el ejemplo del abate Roland, que lo había hecho así. Para conocer bien la voluntad de Dios acudió JUAN a la oración, su remedio habitual, y le dirigió esta plegaria humilde y ferviente:

"Dios mío, no sé si es menester o no que destine parte de mis bienes para algunas fundaciones. No me toca establecer comunidades ni prescribir el modo de hacerlo. A Vos corresponde, SEÑOR, el saber esto y verificarlo de la manera que os plazca; bien fundadas estarán si Vos las fundáis; de lo contrario, quedarán sin fundamento. Os suplico, Dios mío, que os dignéis darme a conocer vuestra santísima voluntad."

Dios le inspiró claramente que más valía prescindir de todo elemento humano en la fundación de su obra y ponerle por base sólo la pobreza evangélica. Esperó entonces una ocasión favorable para verificar el repartimiento de su fortuna sin atraer la atención del público ni provocar nuevas quejas por parte de sus parientes.

Se presentó ésta en 1684; el invierno fue rigurosísimo aquel año; en muchas provincias causó, el hambre grandes desastres. La ciudad de Reims, sobre todo, fue presa de la calamidad; los pobres tuvieron que pasar por horribles padecimientos y cruelísimas privaciones. El SANTO vendió cuanto tenía y los alimentó; procediendo en la distribución de las limosnas con la prudencia y discreción que siempre acostumbraba, dividió en tres partes su rico patrimonio.

La primera para los niños que frecuentaban la Escuela gratuita; repartía a cada uno de ellos cierta cantidad de pan, que servía también para sus familias.

La segunda para los pobres vergonzantes, a quienes la timidez o el orgullo les impedía salir de su casa, y preferían padecer los rigores del hambre antes que pedir limosna. El HOMBRE DE DIOS iba en persona a visitarlos, les llevaba lo necesario y procuraba hacérselo recibir con agrado.

Por fin, la tercera era distribuida en su propia casa. Cada mañana se reunían en ella los pobres, y él o uno de los sacerdotes que vivían con él dirigía algunas instrucciones familiares a esa multitud hambrienta y, después de haberles repartido el pan de la palabra para el alma, les repartía el del cuerpo. Su piedad era tan ardiente, su caridad tan tierna, que en cada uno de los infelices que se presentaban a él veía a JESUCRISTO revestido de harapos, hambriento y desnudo. Se postraba entonces y, arrodillado algunas veces, les distribuía el pan con tanto gozo y respeto como lo habría hecho con el mismo JESUCRISTO.

Los adversarios y perseguidores del antiguo canónigo a quienes el azote había sorprendido en la indigencia fueron también el principal objeto

de sus liberalidades; proveyó a su subsistencia con exquisita delicadeza y generosidad.

Esta distribución duró cosa de dos años. Terminada que fue, el santo SACERDOTE, ya despojado de todo y pobre también, quiso probar la miseria hasta en sus últimos rigores; debiendo ir a Rethel para conferenciar con el duque de Mazarino sobre el establecimiento del seminario de maestros para el campo, hizo el viaje a pie y mendigando el pan por el camino. Después de sufrir con paciencia muchas injurias y desprecios, alcanzó que una buena viejecita le diera un mendrugo de pan negro; lo recibió de rodillas por respeto y lo comió, besándolo con grandísimo gozo. Tenía entonces treinta y tres años.

No quedaron infructuosos los ejemplos de abnegación y de pobreza dados por él, pues varios jóvenes, de los cuales muchos habían empezado ya los estudios teológicos, renunciaron valerosamente a las halagüeñas esperanzas con que hasta entonces se había alimentado su estudiosa juventud y se pusieron a disposición del santo FUNDADOR, no aspirando más que a trabajar bajo sus órdenes en la educación cristiana de los niños. El número de sus penitentes aumentó considerablemente; muchos pecadores fueron restituidos a la virtud por su mansedumbre y delicado tino; bastaba mirarlo para sentirse atraído al bien. Algunos eclesiásticos lo tomaron también por director, y a fin de satisfacer los piadosos deseos de éstos se vio obligado a alojados alternativamente en su casa, donde hacían cada año, bajo su dirección, los santos ejercicios.

Insuficiente ya la casa para las necesidades de su obra, se vio obligado a alquilar otra en la calle Nueva, y ésta es la que debe considerarse como la cuna propia del Instituto de los Hermanos de las Escuelas Cristianas, ya que en ella fue donde el FUNDADOR, habiendo renunciado el canonicato y despojándose de sus bienes, empezó a practicar la vida íntima de comunidad y a dar el carácter que convenía a la naciente Congregación. En ella también abrió una Escuela gratuita, que al cabo de poco tiempo llegó a ser muy floreciente.

Este fervoroso apóstol de la juventud ansiaba unirse más estrechamente aún con su familia adoptiva. Pertenecía a la estirpe de esas almas heroicas que no se contentan con hacer un sacrificio a medias, sino que se dan del todo, sin volver jamás las miradas pesaras a los gozos y esperanzas que han abandonado. Para atraer más y más las bendiciones del Cielo sobre su familia religiosa y adquirir las fuerzas necesarias a su perfeccionamiento, multiplicaba sus oraciones y austeridades.

Habiéndose granjeado la confianza del segundo sacristán de la iglesia de San Remigio, se hacía encerrar cada semana durante la noche del viernes al sábado, expandiendo su alma en oraciones sobre la tumba del santo; otras veces la pasaba en oración en su cuarto, y entonces descansaba un poco en un sillón o sobre algunas tablas. Viendo sus discípulos que todos los días estaba antes que ellos en el oratorio para la oración de la mañana, creyeron durante largo tiempo que se levantaba primero que todos. Sólo muchos años después tuvo ocasión uno de ellos de cerciorarse de que este hombre de Dios consagraba gran parte de la noche al estudio y a la oración. Teniendo necesidad ese Hermano de salir de casa a las tres de la mañana, fue a pedirle las llaves de la puerta, que él solía prudentemente guardar en su cuarto todas las noches. Lo encontró postrado delante de su reclinatorio, ligeramente soñoliento por causa de las fatigas de sus vigiliias prolongadas.

Desde que el SIERVO DE DIOS concibió el pensamiento de dejarlo todo para dedicarse exclusivamente a las Escuelas Cristianas hasta que renunció al canonicato y dio sus bienes a los pobres habían transcurrido cuatro años. Durante este tiempo su Instituto había ido saliendo a luz poco a poco, y parecía que conforme el FUNDADOR realizaba la perfección en su persona, la comunidad, modelándose según ese tipo, tomaba por sí misma una forma definitiva. El alma del fundador es como el molde de su Institución.

A fin de hacerse apto para la misión que le había sido confiada y alcanzar para ella las bendiciones del Cielo, llevaba un cilicio, que lo martirizaba continuamente, y un cinturón de cuero, armado de puntas de hierro en lo interior. Además, las frecuentes disciplinas que tomaba con un azote terminado en rodajitas de hierro acababan de reducir al cuerpo rebelde, que siempre nos tiene sujetos cuando no le sujetamos primero.

Las excesivas contemplaciones de que fue objeto, en sus primeros años, por parte de su madre le habían dejado una salud siempre delicada. Sentía extrema repugnancia a los alimentos propios de los pobres o de las gentes menos acomodadas y tenía necesidad de cuidados especiales. Pero no soportó la tiranía de órganos hechos para obedecer, y resolvió someterlos por la fuerza. Se puso a la mesa común y exigió que le sirvieran como a los demás. En las primeras pruebas la naturaleza fue rebelde, porque no podía el estómago soportar esa clase de alimentos. La lucha duró varios días, a costa de los más penosos padecimientos, sin que la carne ni el espíritu cediesen a la prueba. Entonces imaginó otro medio: se condenó a una dieta rigurosa, a fin de que lo extremado de la necesidad

venciera la repugnancia natural. El hambre fue el aguijón que domó la naturaleza rebelde, y el estómago, vencido, aceptó sin resistencia toda clase de manjares. La victoria fue tan completa, que ya el santo FUNDADOR ni caía en la cuenta de los alimentos que se le servían. Un día el cocinero sirvió, por equivocación, en la mesa una hierba amarguísima. Creyendo todos que era venenosa, no pudieron comerla. Sólo él no reparó nada, comiéndose toda su porción sin decir palabra.

En 1684 el santo SACERDOTE sintió la inspiración de retirarse a pasar algunos días de ejercicios espirituales en el convento de los Carmelitas, a fin de consultar con Dios todo lo relativo al Instituto. En seguida convocó a doce de sus principales discípulos en Reims para la vigilia de la Ascensión; les declaró que de allí en adelante viviría como ellos y se sujetaría a todas las exigencias de su penosa profesión. "Vamos a entrar en ejercicios —añadió— hasta el día de la SANTÍSIMA TRINIDAD. Estudiaremos juntos los reglamentos que hemos de seguir y proveeremos los medios necesarios para asegurar a nuestra Sociedad una existencia estable y duradera. Antes de que estén escritos han de ser observados; así la costumbre los volverá más llevaderos y la experiencia hará suprimir lo que pudieran tener de excesivo. Con esta sabia conducta —agregó—, todo os parecerá antiguo en las reglas nuevas, vuestro corazón reconocerá su obra propia en el libro en que se compilen y las leyes que contenga os parecerán agradables al ser vosotros mismos los legisladores. Habéis llegado al punto a que yo quería traeros. Testigo como soy de vuestro fervor y de vuestras piadosas disposiciones, deseo tomar con vosotros mismos algunas providencias para dar fijeza a vuestro estado, afianzar vuestras resoluciones, estrechar más y más vuestra unión y comenzar el edificio del cual sois vosotros las primeras piedras."

Duraron los ejercicios dieciocho días. Los maestros debatieron sucesivamente todos los puntos del reglamento que iban a adoptar. Todos tenían derecho a expresar libremente su parecer sobre los puntos que se discutían. El SANTO, que presidía las deliberaciones, rectificaba las opiniones que le parecían erróneas, pero sin imponer su voluntad; antes bien, los exhortaba a que rogasen mucho al ESPÍRITU SANTO para que les iluminara la mente.

No salió, sin embargo, de esta asamblea una regla propiamente tal; aun no había llegado el tiempo, y el prudente FUNDADOR quería, ante todo, que se probase prácticamente lo que había de escribirse después. Sólo era necesario que se determinaran los puntos generales que constituyen la vida

común, tales como el modo de alimentarse y de vestirse, el nombre que debían tomar, la distribución de las horas del día y qué clase de lazos habían de vincular a cada uno de los maestros con la obra que habían emprendido. Lo que se trataba, pues, de preparar eran los materiales para la regla, cuya redacción quedaba aplazada para tiempo más oportuno.

Tocante a la alimentación, se estableció que debía ser sustanciosa, pero frugal, puesto que los Hermanos tienen que dedicarse a un trabajo penoso durante muchas horas del día, y que no practicarían otras abstinencias que las prescritas por la Santa Madre Iglesia a todos los fieles.

El hábito religioso que iba a adoptarse debía ser uniforme para todos, dejándose a la prudencia del FUNDADOR el cuidado de determinar el color, la calidad de la tela y la forma.



Se convino, además, en que el nombre que tomarían los miembros de la Sociedad sería el de HERMANOS DE LAS ESCUELAS CRISTIANAS, expresión sencilla, sí, pero símbolo inequívoco de la unión fraterna que debía reinar entre ellos y de la altísima importancia de su misión respecto de los niños.

Hacia el fin de los ejercicios algunos manifestaron el deseo de unirse a su Sociedad por medio de los votos perpetuos de pobreza, castidad y obediencia. El prudente SUPERIOR no los encontró aun suficientemente dispuestos para tamaño sacrificio. Con todo, permitió a los doce más antiguos que, juntos con él, emitieran los votos de obediencia y de estabilidad por tres años y que los renovasen anualmente en la fiesta de la SANTÍSIMA TRINIDAD; los demás fueron admitidos sólo a los votos anuales.

Antes de separarse, el Sr. DE LA SALLE, acompañado de sus primeros discípulos, se dirigió en romería al santuario de Nuestra Señora de Liesse para poner su Institución bajo la especial protección de la augusta MADRE DE DIOS: "Quiero —les dijo— que MARÍA SANTÍSIMA sea Reina y Directora de nuestras Escuelas."

Al año siguiente, de 1685, el día de la SANTÍSIMA TRINIDAD, renovaba él, con ocho discípulos suyos, los antedichos votos; faltaban otros cuatro, por haber cambiado de voluntad. Si esta escandalosa deserción de entre los principales miembros que formaban la esperanza y fundamento del Instituto fue causa de grandísima aflicción y le arrancó lágrimas, sirvió también de lección importante para los demás. Les manifestó cuánto debe uno desconfiar de sus propias fuerzas o del primer arrebató de fervor y cuán bien inspirado estuvo el santo FUNDADOR al aplazarles la emisión de los votos perpetuos. La práctica de renovar los votos trienales duró hasta el año 1694, época en que tomaron otra forma.

Después de la emisión de los votos, el SANTO se consideró como unido a Dios por una triple cadena, aplicándose con todas sus fuerzas a observarlos fielmente. Llevó a tal punto el amor a la pobreza, que no se reservó para sí la más mínima cosa de su patrimonio. Era ya pasada la carestía, y los Hermanos habían podido vivir sin que les faltara pan un solo día. Aprovechando esta circunstancia, les dijo para excitar su confianza en la Providencia: "Gracias a Dios, carísimos Hermanos, aunque privados de fondos y de rentas, hemos podido pasar estos dos años de estrechez y de miseria. Nada nos ha faltado, a nadie debemos nada en ninguna de nuestras casas, mientras que vemos muchas comunidades dotadas de fondos que están arruinadas, a pesar de sus bienes, ya que se han visto obligadas a venderlos y a pedir prestado para su subsistencia." "Nuestros hermanos —repetía a menudo— no se sostendrán sino en cuanto sean pobres. Perderán el espíritu de su estado apenas se ocupen en buscar las comodidades de la vida."

No sólo distribuyó entre los pobres su fortuna, sino que buscaba para sí lo más vil y miserable. Su sotana, siempre aseada, era, sin embargo, de tela basta, usada y llena de remiendos; no quería que se la cambiasen sino cuando ya no pudiera remendarse más; cuando la dejaba de usar, era imposible utilizarla para nada. Dos ladrones que le despojaron un día mientras iba viajando solo y a pie, quedaron chasqueados al ver sus vestidos, y llenos de vergüenza se los devolvieron al punto.

No guardaba para su uso más que el Nuevo Testamento, la Imitación de NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO, el Breviario, un Crucifijo y un rosario. A los que le echaban en cara esta excesiva pobreza, les respondía: "¡Qué decís!, ¿no es acaso gran riqueza poseer el Santo Evangelio y sacar de él, cuando se quiera, los tesoros de la vida eterna? ¿No era ésta, por ventura, toda la riqueza de los antiguos anacoretas y la mina de donde sacaron las virtudes que tanto los enriquecieron?"

Siempre escogió para sí el cuarto más pequeño de la casa. En Reims tenía una celda estrecha, especie de palomar, situada en lo alto de la casa; en San Yon, era una pieza baja, profunda y contigua a un establo, del que se exhalaba muy mal olor; pero no toleraba por nada la negligencia ni el desaseo en los vestidos.

Habiéndole escrito un Hermano para exponerle la pobreza de su casa, le respondió: "Sois pobre, en verdad, Hermano mío; pero NUESTRO SEÑOR también lo fue, aunque hubiera podido ser rico. Debéis imitar a este divino modelo. Parece que quisierais que nada os faltase; ¿quién no sería pobre con esta condición? Los ricos mismos la aceptarían gustosos. Acordaos, os suplico, que no habéis venido a la comunidad para vivir a vuestras anchas, sino para abrazar el estado de pobreza con todas sus incomodidades. Sois pobre, me decís; ¡cuánto me alegra esta palabra!, porque es una prueba de que sois dichoso. ¿Nunca habéis sido tan pobre como ahora? ¡Tanto mejor, pues nunca habéis tenido tantos medios de practicar la virtud!"

El SANTO, además, como sacerdote, estaba obligado a observar la castidad; siempre vigiló con grandísimo cuidado, a fin de que ni la más leve sombra fuera a manchar esta delicada y preciosísima virtud. Por esto mortificaba tan ásperamente la carne y la reducía a servidumbre, que casi podía echarse en cara a la hora de la muerte, como varios otros santos, el haberla tratado con excesiva severidad. Al recomendar a sus discípulos el amor a la castidad sobre todas las demás virtudes, les prescribe en las reglas y en otros tratados los medios más oportunos, severos y eficaces para conservarla.

Parecía también que, revestido del carácter sacerdotal y siendo Superior, no pudiese poner en práctica el voto de obediencia. Pero el superior de una orden religiosa puede, en el ejercicio mismo de su gobierno, practicar con toda perfección este voto, puesto que siempre tiene que sujetarse a Dios y a la regla; a esto es a lo que aspiró nuestro SANTO en todo el curso de su vida. Un poco después de la emisión de sus Votos pensó en descargarse de la función de Superior, lo que no pudo lograr sino

poco antes de su muerte. Además, su existencia toda no había sido más que una prolongada obediencia a la Regla y al conjunto de los deberes que le imponía la dirección del Instituto.

CAPÍTULO IX

INSTITUCIÓN DE UN SEMINARIO DESTINADO A LA FORMACIÓN DE MAESTROS PARA EL CAMPO.—APERTURA DE UN NOVICIADO MAYOR Y OTRO PREPARATORIO.—PREDICA UNA MISIÓN.—PIADOSA MUERTE DE ALGUNOS DE SUS DISCÍPULOS.—DEL P. BARRÉ, DEL SR. NYEL.—RENUNCIA AL CARGO DE SUPERIOR.—SALE ELECTO EN SU LUGAR EL HERMANO ENRIQUE LHEUREUX.—SU ADMIRABLE HUMILDAD Y SUMISIÓN.—EL ARZOBISPO DE REIMS LO RESTABLECE EN SU CARGO.



La reputación de las nuevas Escuelas gratuitas se extendía más y más en la diócesis de Reims, hasta por los campos, por lo cual muchos curas solicitaron también Hermanos para sus parroquias. El HOMBRE DE DIOS no podía satisfacer a sus deseos por falta de maestros. Además, había tomado la resolución de no exponer jamás a sus discípulos a los peligros de la soledad; para remediar esta imperiosa necesidad se comprometió a abrir, con el nombre de *Seminario de maestros de escuela*, una Escuela normal, en la que serían formados los maestros para las Escuelas rurales.

Poco después, en efecto, abrió este establecimiento en Reims (1684). Es el primer modelo de las Escuelas normales. El genio del Sr. DE LA SALLE se había anticipado más de un siglo a las leyes civiles. Abarcó con una sola mirada toda la organización de la instrucción primaria e instituyó a un tiempo maestros religiosos y maestros seculares; los primeros, para las ciudades; los otros, para los campos.

Muchos eclesiásticos le mandaron varios jóvenes inteligentes y virtuosos; su número ascendió en poco tiempo a veinticinco. Apenas se hallaban suficientemente instruidos y adiestrados para las virtudes de su

profesión, el santo FUNDADOR los hacía colocar en las Escuelas rurales, donde obraban grandísimo bien.

Un día se le presenta un joven de quince años, muy digno y bien instruido, pidiéndole la admisión en su comunidad. El SIERVO DE DIOS, que no solía recibir tan jóvenes para maestros por temor de que su debilidad no pudiera acomodarse a los rigores de la Regla, le pone muchas dificultades para recibirlo. El insta una y otra vez; como parece animado de buenos sentimientos, decide aceptarlo. Casi inmediatamente van a llamar a su puerta otros tres jóvenes de la misma edad solicitando el mismo favor. JUAN BAUTISTA conoce en esto una disposición de la Providencia; examina detenidamente a los jóvenes y, después de asegurarse de sus disposiciones, los acoge igualmente. Concibe entonces el designio de establecer una pequeña comunidad o noviciado separada de la grande para que le sirva de preparación; pone a los jóvenes al cuidado de un Hermano anciano y experimentado para que, con un reglamento especial, los eduque según los principios de la vida religiosa.

Más o menos por el mismo tiempo emprendió también otra institución importante y provechosa para la Congregación, a saber: un noviciado preparatorio o noviciado menor, en el que eran educados los niños inteligentes que manifestaban disposiciones para la piedad y se proponían entrar en el Instituto. Eran admitidos a los catorce años, aleccionados en la meditación y los ejercicios de piedad e instruidos en la Doctrina Cristiana y otras materias necesarias. Tenían dormitorio, refectorio, recreo separados y un reglamento proporcionado a su edad y condición. El celoso FUNDADOR trató a estos prometedores niños con afectuosa solicitud, y estas diversas instituciones produjeron maravillosos efectos; llegaron a contarse hasta sesenta personas mantenidas, alojadas y educadas por el SIERVO DE DIOS, merced a los recursos que recibió de varias almas caritativas.

Por este tiempo cayó enfermo el Hermano que dirigía la Escuela en la parroquia de Santiago; el SANTO quiso reemplazarlo él mismo. Joven aún, había conservado honrosas relaciones con los magistrados de la ciudad que eran parientes o amigos suyos. Inclinado por naturaleza y educación a buscar la compañía de los letrados y de los sabios, experimentaba indecible aversión y antipatía a cualquier persona grosera de costumbres o de conversación vulgar; con todo, se condenó a pasar el día en los cuidados que necesitaban los pobres niños pequeñitos de una Escuela de caridad y la dirección de sus discípulos.

La ciudad de Reims vio entonces al sabio e ilustre doctor, al SACERDOTE por tantos títulos respetable, vestido del pobre y humilde hábito religioso, que balbucía el abecé y las primeras oraciones del cristiano con los pobres e injustamente despreciados niños del pueblo; que los conducía en filas a la iglesia para la santa misa, y cuatro veces por día atravesaba unas mismas calles para sujetarse a todos los fatigosos y monótonos oficios de humilde educador. El pueblo, el clero, los magistrados, los que más le habían perseguido con sus sarcasmos y parlerías, tuvieron que rendirse en vista de tan profunda humildad y admiraron maravillados al que antes habían denostado sin piedad. Sus discípulos se manifestaban santamente enorgullecidos y gloriosos al considerar a su FUNDADOR ocupado en los mismos oscuros oficios que ellos; la abnegación y caridad que veían en él no podían quedar infructuosas.

Luego que estuvo de regreso de la Escuela, como algunos le manifestasen cierta lástima al considerar que había dejado sus importantes quehaceres por ocuparse con los niños pobres, groseros y mal educados, él, lleno de gozo, les respondió; "Pensemos en NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO rodeado de sus apóstoles; Él es nuestro modelo. A su ejemplo, seamos mansos y pacientes. Imitemos también a San Pablo; hagámonos todo para todos, y nos encontraremos en nuestras clases, en medio de los niños, como un amoroso padre rodeado de su querida familia." Pero tantas ocupaciones y fatigas no pudieron disminuir en nada su amor a la soledad, pues apenas vuelto a casa se retiraba a su celda, y allí, al pie del CRUCIFIJO, pedía al Señor las luces necesarias para el buen gobierno de la obra a que le había destinado.

A pesar de la incesante solicitud que le absorbía en medio de sus propios discípulos, el SIERVO DE DIOS seguía dirigiendo la obra confiada a su amistad por el abate Roland. Era confesor ordinario y director de las huérfanas de las Hermanas del Santísimo Niño Jesús: mas entre las religiosas no dirigía sino a aquellas que consintieron en entregarse totalmente a Dios. Por el hecho siguiente puede juzgarse de las disposiciones interiores que imponía a su piedad. Una religiosa recién entrada en el monasterio le pidió autorización para conservar en su celda algunos objetos inútiles, propios sólo para halagar la vanidad y distraerla de sus obligaciones. Lejos de dispensarla de la Regla, le exigió que ella misma quemase esos objetos delante de él; al principio vaciló un poco la religiosa, por no estar preparada para tales sacrificios; no obstante, cobrando valor, obedeció. Sólo después de esta prueba consintió en dirigirla.

Los pecadores acudían siempre a él llenos de confianza; poseía el don de conmoverlos y convertirlos. Sus superiores eclesiásticos lo experimentaron en una solemne ocasión. En 1684 se les ocurrió hacer dar una misión en cierta localidad desde hacía mucho tiempo privada de sacerdote y entregada, por lo mismo, a todos los desórdenes que traen consigo la superstición y la ignorancia. Los vicarios generales se fijaron inmediatamente en JUAN DE LA SALLE para esta obra importante, y le dieron como auxiliares algunos sacerdotes piadosos, elocuentes y celosos.

A la voz de la obediencia salió de su naciente comunidad; su palabra dulce y persuasiva, la piedad, el celo, la bondad y, sobre todo, ese perfume de santidad que exhalan los hombres que unen a la pureza de los ángeles la humilde abnegación de los apóstoles, agruparon en torno de la cátedra sagrada un pueblo numerosísimo. Todo el peso de la misión cayó sobre él, y las esperanzas de los vicarios quedaron más que satisfechas, pues se convirtieron muchísimos pecadores. Dios bendijo de tal manera sus esfuerzos, que la población entera cambió de aspecto. Mucho tiempo después se hablaba aún en ese país del Sr. DE LA SALLE y le llamaban el santo sacerdote, prueba terminante de que sólo los hombres de Dios pueden ganar almas para Dios.

Pero si el SEÑOR hacía gustar de cuando en cuando a su siervo grandes consolaciones, no dejaban éstas de ir acompañadas de gravísimas amarguras. En poco tiempo le arrebató la muerte algunos de sus más dignos discípulos.

En 1686 se retiró nuevamente a la soledad de los Carmelitas de Louviers, a pocas leguas de Rouen, dejando un Hermano experimentado al frente de la casa de Reims, con orden de proveer a todo y de escribir, caso que ocurriesen dificultades, a una religiosa de Rouen, que debía remitirle las cartas a él. Apenas había entrado en su soledad, cuando los dos Hermanos que dirigían la Escuela de Laon cayeron gravemente enfermos; el Hermano de Reims, a pesar de su diligencia, no pudo llegar sino para recibir el último suspiro de uno de ellos. Escribió inmediatamente al SANTO, el cual, dócil al aviso de su discípulo, salió de su amada soledad y llegó a Laon tres días después.

Aunque fue penoso para él este suceso, no se turbó, sin embargo. Se sometía siempre sin réplica a la voluntad de Dios. Como no tenía otro maestro para la Escuela de Laon, declaró abiertas las vacaciones por dos meses, y sin perder un instante regresó a Reims con el Hermano que le había llamado. Viajaron a pie toda la noche, y sólo cerca de las doce

consintió el santo VARÓN en reparar sus fuerzas, tomando un poco de vino y pan. Llegados a Reims, mandó al Hermano que fuera a descansar, mientras él se dirigió a la capilla para prepararse a celebrar: la oración era su descanso y alivio.

La muerte, no obstante, seguía diezmando sin compasión al breve rebaño, arrebatando a los más fervientes y ya maduros para el Cielo.

El Hermano Juan Francisco, que había renunciado a una posición brillante para hacerse su discípulo, vivió apenas dieciocho meses en la comunidad. Se había hecho notar por una religiosidad profunda, que no desmintió un momento durante la cruel enfermedad que le quitó la vida. Hasta en el delirio de la fiebre manifestaba los sentimientos de que estaba abrasada su alma, y murió en una especie de éxtasis, pronunciando con fervor el santo nombre de DIOS.

El Hermano Nicolás Bourlette le siguió poco después. Era natural de Reims y de familia acomodada. Sus padres, que lo idolatraban, le rodearon de toda clase de cuidados; pero él, ansiando una vida austera y un porvenir seguro, se sintió movido a seguir en pos del abate DE LA SALLE, llamando a su puerta con tanta instancia, que el santo SACERDOTE no pudo negarle la entrada. Los padres, afligidos sobremanera de esta resolución, emplearon todos los medios posibles para hacerlo desistir; mas él permaneció fiel a su vocación y vistió con sumo gozo del alma el hábito religioso.

Considerándose deshonrados sus padres con tener un hijo maestro de escuela, éste les escribió: "Mi nueva posición de Hermano de las Escuelas Cristianas no puede humillar de ningún modo a mi familia. Ved si no al abate JUAN BAUTISTA DE LA SALLE, mi Superior: era uno de los más distinguidos canónigos de Reims, es doctor en teología, sabio ilustre, hijo de familia noble; es un santo, a quien todos aman y veneran; no obstante, dirige una Escuela y es maestro. Quiero, pues, seguir sus pasos e imitar sus ejemplos."

Durante el año de prueba fue enviado a la Escuela normal de Rethel, y poco después dedicado a la enseñanza. Dio ejemplos notables de rara mansedumbre, pureza angélica, viva caridad, recogimiento interno, desprecio del mundo y celo ardiente de la salvación de las almas de los niños. Un día, en que el cura le excitaba a que suspendiese por algún tiempo las lecciones de la clase por estar enfermo su compañero, el Hermano Gabriel Drolin, prefirió encargarse solo de ambas clases.

—Pero, en fin —le preguntó el cura—, ¿cómo podéis bastaros a tantas ocupaciones?

—Señor cura —respondió el valeroso discípulo de la Cruz—, tengo el pie derecho en una clase, el izquierdo en la otra, el pensamiento en el enfermo y el corazón en el cielo.

El Hermano Gabriel recobró la salud; pero su intrépido y caritativo compañero no tardó en sentir los efectos de las vigilias prolongadas y de la excesiva fatiga; una fiebre violenta y continua lo condujo al sepulcro el 16 de septiembre de 1686, a la corta edad de veinticinco años. La ciudad toda lo lloró amargamente.

En el año siguiente perdió aún la comunidad al Hermano Mauricio, dotado también de singulares virtudes religiosas. Atacado de la tisis con otro Hermano, el médico les aconsejaba que saliesen de la casa, dándoles a entender que afuera serían cuidados con más eficacia. Por nada quiso el Hermano Mauricio renunciar a su vocación ni al hábito religioso, que llamaba "seguridad de otra salud mejor", muriendo el 1.º de mayo de 1887, a la edad de veintidós años, lleno de fervor y resignación. El otro Hermano, que siguió los consejos del médico, no sacó ningún provecho, pues murió a los tres meses, no sin pesar de haber perdido el mérito de la perseverancia.

El SIERVO DE DIOS, no obstante, cuidaba con gran solicitud de todos sus Hermanos enfermos, no perdonando medio alguno de prolongarles la vida. Pero no está en manos del hombre el retardar la hora que la Providencia le ha señalado para su partida de este mundo. Además, no tenía la menor inquietud sobre la salvación de sus discípulos finados; conocía la pureza de sus almas y sabía que eran dignos de las eternas recompensas. El cura de la parroquia, que les administraba los últimos sacramentos, decía maravillado: "¡Nunca he visto morir a ninguna persona, ni aun de ochenta años, con tanto valor y resignación como estos buenos Hermanos!"

En 1686 tuvo noticia de otra muerte, que, sin perjudicar directamente a su exigua comunidad, le privó de un poderoso protector y amigo. El R. P. Barré, después de una vida consagrada enteramente a las obras de caridad y de celo, entregó a Dios su alma rica en méritos. Hemos indicado qué parte tuvo en la fundación de las Escuelas Cristianas y los consejos que dio en varias circunstancias al FUNDADOR; éste no los olvidó jamás, y veremos a menudo en el curso de su vida cómo los practicó exactamente.

Por lo que respecta al Sr. Nyel, apenas estuvo de regreso en Rouen, el 26 de octubre de 1685, su bienhechor y amigo, el Sr. de Bimorel, lo empleó en el hospicio general con el título de *Superintendente de las*

Escuelas de los pobres de la ciudad. Tuvo que pasar por el dolor de ver que allí sus antiguos colegas habían degenerado del primitivo fervor, sus Escuelas estaban mal dirigidas y eran poco frecuentadas. Quizá se le ocurrió la idea de reunirlos con los Hermanos de las Escuelas Cristianas, pero la Providencia no le dejó tiempo para realizarla. La muerte coronó las obras de su vida laboriosa y ejemplar el 31 de mayo de 1687. El Sr. DE LA SALLE sintió en gran manera el fallecimiento de este hombre celoso; celebró exequias solemnes por el descanso de su alma en la capilla de las Hermanas del Santísimo Niño Jesús, con asistencia de la mayor parte de los Hermanos, a quienes ordenó, además, que durante varios días rezaran algunas oraciones por el mismo fin en sus comunidades respectivas.

El espectáculo de tantas muertes inesperadas le inspiraba un vivo deseo de prepararse él también a la suya y de mantenerse más constantemente en la presencia de Dios. Por esto quiso renunciar al cargo que tenía entre sus discípulos y confiar el gobierno de la Sociedad a uno de ellos, para poderse dedicar de una manera más completa a la vida de oscuridad y sujeción. Su humildad era tan profunda, que le alucinaba en este punto. No se creía necesario para nada y esperaba que podría servir mejor a los Hermanos rogando por ellos que no gobernándolos. Los convocó, pues; les expuso su designio con tanta fuerza y dulzura, que logró convencerlos, demostrándoles que era necesario librarle del cargo de Superior. Bastante tenía que hacer con las confesiones y la dirección de las conciencias; la administración del Instituto le perturbaba en este santo ministerio. Tenían entre ellos muchos Hermanos capaces de ocupar su lugar, y puesto que tarde o temprano tendrían que darle un sucesor, más valía que se lo dieran mientras él estaba en vida, a fin de que el elegido pudiera aprovecharse de la experiencia que ya tenía él y recibir oportunos consejos.

Estas y otras razones hicieron peso en el ánimo de los Hermanos, Y por grande que fuera la pena que sentían en aceptar la dimisión de su venerado FUNDADOR, procedieron a elegirle un sucesor. Recayó la elección en la persona del Hermano Enrique Lheureux, que era, en efecto, el más capaz; hombre inteligente, piadoso, humilde, tanto, que si se hubiera consultado con el SANTO no habría indicado otro para sucederle. Sólo el pobre Hermano vio lleno de temor y espanto la nueva carga que se le imponía. La aceptó por obediencia, pero le parecía que la casa estaba trastornada, ya que tenía que mandar al que le era superior por tantos títulos y cuya voz había seguido hasta entonces con tanto placer y docilidad.

Ninguno se apresuró tanto como el SIERVO DE DIOS a tributar al nuevo Superior las más sinceras pruebas de respeto y sumisión. En un instante se volvió el más obediente de los Hermanos, el más regular de los novicios. No sólo obedecía al Superior, sino que consideraba a todos los Hermanos revestidos de la autoridad de mandarle. Buscaba los oficios más humildes de la casa, como barrer los corredores y los cuartos; si alguno hubiera entrado de improviso en la comunidad, habría podido sorprenderlo, como a San Buenaventura, limpiando las legumbres, lavando los platos, etc., a las órdenes del Hermano encargado de ese servicio.

Cuando su delicadeza de conciencia le hacía suponer que había incurrido en alguna leve omisión, se ponía humildemente de rodillas delante del Superior, a fin de pedirle una penitencia. El exceso mismo de su humildad fue el que lo vendió. Habían convenido entre los Hermanos que el cambio de Superior quedaría oculto a la gente de fuera; pero un día en que varias personas notables fueron a visitarle, les dijo que no podía hablarles sin permiso, y que iba inmediatamente a pedirlo al Superior. Esta novedad los sorprendió grandemente y no pudieron ocultar su extrañeza. En breve se difundió la noticia por toda la ciudad y llegó hasta el arzobispo, desaprobando todos la anomalía de que un hombre revestido de carácter sacerdotal estuviese sujeto a un simple religioso que no lo tenía.

El arzobispo mandó inmediatamente a sus vicarios generales que le restituyeran en su puesto de Superior y al Hermano Lheureux bajo su dirección. Este agradeció vivamente al SEÑOR verse libre de una carga que siempre había mirado como pesadísima, mientras que el SIERVO DE DIOS, volviendo nuevamente a su cargo sin decir palabra, adoró sumiso la voluntad del SEÑOR; mas no perdió por esto una sola ocasión en que pudiera satisfacer su sed de oscuridad y de humillaciones.

No fueron raras las circunstancias en que tuvo que padecer graves bochornos, bien por causa de los Hermanos, poco experimentados; bien de parte de los niños, díscolos e indisciplinados, o de algunos padres de familia, a veces exigentes por demás, a lo que se añadía también que el populacho le seguía por las calles insultándole y burlándose de él.



CAPÍTULO X

JUAN BAUTISTA VA A PARÍS PARA DIRIGIR LA ESCUELA DE CARIDAD DE SAN SULPICIO.—EL CURA DE LA BARMONDIERE.—EL ABATE COMPAGNON.—PADECIMIENTOS DEL SANTO.—ES CALUMNIADO.—TRIUNFA SU VIRTUD.—EL ABATE BAUDRAND SUCEDE EN EL CURATO DE SAN SULPICIO AL ABATE DE LA BARMONDIERE

La Congregación quedó fundada, pero no debía ceñirse sólo a las casas que existían entonces, sino que a modo de una planta de vigorosa vegetación, que no puede permanecer largo tiempo en la vasija en que empezó a germinar el grano, tenía que ser trasplantada a lugares en que pudiese extender por doquiera sus raíces y sus ramas. Permaneciendo nada más que en Reims, la comunidad de los Hermanos habría sido simplemente una institución diocesana, y producido escasos frutos. Mas no eran esos los designios de Dios sobre ella, sino que la destinaba a reformar la educación cristiana de los niños del pueblo en el mundo entero. En Reims también le habrían faltado ya las pruebas, porque la virtud del SANTO había triunfado fácilmente sobre las pequeñas resistencias locales de que la Providencia había rodeado su obra naciente. A fuerza de piedad, caridad y paciencia había desarmado a sus adversarios, y empezaba ya una reacción contra las hostilidades que había encontrado al principio; la justa consideración que le había acompañado en su juventud iba aumentando por razón de las nuevas virtudes que manifestaba. Pero Dios le tenía destinado a otras mayores pruebas.

El alma de los santos debe ser puesta en prensa por la contradicción, la envidia, el odio de los hombres y acrisolarse en el fuego de los dolores. Por eso era llegado el tiempo en que el SIERVO DE DIOS debía romper de una vez los lazos que, en cierto modo, lo tenían aún atado en Reims de parte de su familia, de sus amigos y de tantos recuerdos de la infancia. Había de ser arrojado solo, desconocido, en medio de un mundo nuevo, llevando consigo su obra y sin más apoyo que el de Dios. París era el teatro señalado para servirle de morada en este nuevo período de su existencia.

Hacía ya mucho tiempo que deseaba establecerse en la capital del reino para satisfacer las instancias del P. Barré y la promesa que él mismo había hecho al abate de la Barmondière, cura de San Sulpicio, de fundar

una Escuela en su parroquia. Pero como en todo se dejaba gobernar por la Providencia, no se atrevía a adelantar la hora prefijada por Ella. No quería salir de Reims sin la autorización de sus superiores ni ir a Paris sin ser llamado nuevamente. El Sr. Le Tellier, al saber el proyecto del SANTO probó todos los medios para detenerlo, pues veía el provecho que sacaría su archidiócesis si lograba fijarlo en ella; para esto le hizo los ofrecimientos más generosos. Le prometió que tomaría a su cargo los gastos de la comunidad y facilitaría los medios de extenderse por todas las parroquias: pero a condición de que no saldría a fundar Escuelas fuera de la archidiócesis. El SIERVO DE DIOS no pudo aceptar esta propuesta; pues no había de seducir el dinero ajeno al que voluntariamente se había despojado del propio. Lo único que se proponía era establecer sólidamente el Instituto y asegurar su propagación para gloria de Dios. Expuso al arzobispo las razones que le movían, y éste las comprendió, no queriendo anteponer las ventajas de su archidiócesis a las de la Iglesia universal; así le dejó libre para que siguiera sus inspiraciones.

Hacia algunos años que el abate de la Barmondière tenía fundada una Escuela en la calle de la Princesa; había encargado su dirección, sucesivamente, a Lépagnot y Compagnon, dos sacerdotes de su comunidad. Contaba la Escuela doscientos niños; el tiempo estaba distribuido entre las lecciones del profesor y el trabajo manual en una manufactura de lanas, bajo la dirección de un hábil obrero. Era celoso el abate Compagnon, pero de espíritu limitado, quisquilloso y pertinaz; no tenía para ayudarlo en su trabajo más que un contraamaestre, joven e inexperto, por todo lo cual se notaba grandísimo desorden en su Escuela, a lo que se añadía el encontrarse él mismo abrumado de ocupaciones, de modo que veía perdidos y completamente infructuosos sus esfuerzos. Pensó entonces en el abate DE LA SALLE, de quien había oído hablar con mucho elogio al cura mismo, y sin más que esto, le escribió, pidiéndole un maestro que le ayudara en la dirección de la Escuela.

Era halagüeña la ocasión que se presentaba al SANTO para establecerse en París, según sus deseos, y se inclinaba a ceder; pero no quiso ni aun en esta circunstancia apartarse de su prudencia habitual ni faltar a las reglas que se había impuesto. Contestó, pues, al abate Compagnon que no podría encargarse de la Escuela de San Sulpicio si no se admitían dos Hermanos, por lo menos, a quienes acompañaría él. En caso de aceptación, deseaba que la solicitud formal fuera hecha directamente por el cura.

El abate Compagnon partió en seguida a Reims con el fin de arreglar este asunto; pero no habiéndole encontrado allí por hallarse entonces ausente, comunicó al que lo representaba que se aceptaban en París los dos Hermanos y que se los mandase cuanto antes. Vuelto a Reims, e informado JUAN BAUTISTA del viaje de Compagnon, como presagiando las futuras y amarguísimas dificultades que acaecerían, se apresuró a escribir que no podía mandar los dos Hermanos antes de recibir la petición formal del abate de la Barmondière. Cinco meses pasaron sin respuesta. Por fin, habiendo ido a París el abate Luis de la Salle para entrar en el seminario de San Sulpicio, le preguntó Compagnon por qué tardaba tanto su hermano en mandarle los maestros, a lo que aquél le contestó que bien debía saberlo él mismo. Entonces conoció claramente Compagnon que el FUNDADOR prefería retardar el establecimiento de su Instituto en París a principiarlo con malos fundamentos. Por tanto, se vio obligado a dar cuenta de todo al cura, el cual realmente, como miembro de una comunidad, apreciaba el orden y la sumisión. Quedó prendado de los sentimientos de deferencia que le manifestaba el SIERVO DE DIOS, confirmándose en la buena opinión que de él había concebido. Al punto le hizo escribir por el abate Baudrand, su asistente y futuro sucesor en el gobierno de la parroquia, que podría ir a París con dos Hermanos y que sería recibido con plena satisfacción; le recordó aún en esta circunstancia la promesa que antes le había hecho. Todas las dificultades estaban vencidas.

Apenas hubo recibido la carta el SANTO se puso en marcha con dos Hermanos, llegando a París el 23 de febrero de 1688 para ejercer el ministerio de caridad que había de costarle tantos trabajos hasta el fin de su vida. Fue recibido con grande alegría por el celoso cura y alojado con los dos Hermanos en la casa destinada para Escuela. Pronto conoció los graves desórdenes que existían en ella y en la manufactura: gemía en lo secreto de su corazón y preveía las cruces que le esperaban.

Con todo, sin perder valor, se calló y ordenó a los Hermanos que siguiesen su ejemplo, cumpliendo con toda exactitud los deberes que tenían, cerrando los ojos sobre lo demás y dejando el cuidado del porvenir en manos de la divina Providencia.

Acostumbrados los niños a estar mezclados indistintamente en grandes salas, no podían sacar ningún provecho de la educación que recibían. Para obviar tal inconveniente, el ilustre PEDAGOGO los dividió en tres grupos, según su grado de instrucción, y los puso, respectivamente, al cuidado de los dos Hermanos y del joven que estaba con el abate

Compagnon. El cuidaba de todos y pasaba a veces exhortando a los niños y enseñándoles la Doctrina Cristiana.

Esta primera reforma produjo inmediatamente los más saludables efectos, tanto que los niños acudieron en crecidísimo número; los Hermanos estuvieron recargados de trabajo, y uno de ellos cayó enfermo. EL SANTO se puso al instante a hacer sus veces, con el mismo heroico ejemplo de humildad y abnegación que en Reims, hasta que el maestro estuvo restablecido. Pero, a pesar de sus esfuerzos y del celo de los Hermanos, siempre estaba desordenada la Escuela, ya que el abate Compagnon, que se había reservado el dirigirla, carecía de las aptitudes necesarias; era activo, sí, pero inconstante de carácter y privado de la experiencia que requiere una obra de tal naturaleza. El mismo notó sus defectos, mas no supo corregirlos; viendo los resultados producidos por los métodos del FUNDADOR, le propuso que se encargara totalmente de la dirección de la Escuela. Comprendiendo el SIERVO DE DIOS que la propuesta no era sincera y que el motivo que la había inspirado no sería duradero, rehusó modestamente, renovando a los Hermanos la orden de callarse, de no mover queja ninguna ni criticar las cosas irregulares que notasen.

En el mes de abril fue el cura de la Barmondière a visitar la Escuela y quedó maravillado de los progresos hechos por los niños en tan poco tiempo, pero advirtió también el desorden que existía en la casa. Con gran sagacidad juzgó que sólo el abate DE LA SALLE era capaz de poner en orden el establecimiento, y así rogó a Compagnon que cediese al SIERVO DE DIOS la dirección total, añadiendo que si no bastaban dos Hermanos se llamase a otros.

El SANTO aceptó este nuevo cargo por obediencia, pero no sin temor, pues preveía las contrariedades que le sobrevendrían y los obstáculos que le suscitaría el resentimiento del abate Compagnon. No obstante, sin cuidarse de estos temores, puso valerosamente manos a la obra. La Regla, que había producido en Reims tan excelentes resultados, fue practicada igualmente en París. Se abrió la Escuela a la hora señalada; un reglamento especial indicaba el tiempo de los ejercicios piadosos, de la instrucción, recreo y trabajo; dos veces por semana iban a explicar la Doctrina Cristiana sacerdotes del seminario, y los demás días, los Hermanos. Estas reformas produjeron magníficos resultados; los niños se hicieron más dóciles y aplicados a sus deberes y, por tanto, aprovecharon más en los estudios. Por las calles también fue muy notable su buen porte, y el

vecindario, martirizado antes por el barullo, riñas y pleitos que armaban, quedó maravillado de mudanza tan pronta y completa.

No todos, sin embargo, estaban satisfechos de estas mejoras; el joven maestro no se avenía con una vida nueva, que le exigía mayores sacrificios; el director de la manufactura, llamado Rafrond, por la disminución del tiempo destinado al trabajo manual y no poder especular a su antojo como antes, también se oponía al reglamento; por fin, Compagnon, sobre todo, poseído de envidia, no perdonaba al Sr. DE LA SALLE los resultados de la nueva dirección, y lleno de despecho procuró aprovecharse del descontento de los dos anteriores para molestarle y malquistarlo con el cura de la Barmondière; para esto imaginó un medio artificioso para hacer que se cerrase el taller, que tan a pechos tenía el cura.

Creyéndose necesario en la manufactura el tal Radrond y sin alcanzar que el SANTO volviera al reglamento primitivo, se retiró. No se inquietó por esto el HOMBRE DE DIOS, pues con permiso del cura llamó de Reims dos Hermanos diestros en este trabajo, los cuales siguieron enseñando a los niños. Se restableció prontamente la manufactura, y llegó a estar más floreciente que antes, recayendo así el daño de la intriga sobre los que la habían urdido.

Sus enemigos sintieron con esto aumentárseles la envidia y el rencor, y redoblaron los esfuerzos para hacerlo despedir. No bastando la astucia y las intrigas, acudieron a la calumnia. Un día del mes de julio de 1688, en una Junta de caridad de las señoras convocada en casa del cura, el abate Compagnon levantó contra el Sr. DE LA SALLE una acusación de las más graves. Ignoramos cuál haya sido; los santos se olvidan fácilmente de las injurias que reciben y los autores de ellas no tienen interés ninguno en traerlas a la memoria. Con todo, la imputación estaba tan hábilmente concebida, que causó extrañeza hasta en las personas más razonables y aun en el mismo cura, que, siendo varón sencillo y recto, se dejó sorprender y engañar, pues no es nuevo que un santo haya sido, de buena fe, instrumento de persecución para otro santo, permitiéndolo Dios así a fin de que se le acreciente la corona del merecer.

Las benévolas demostraciones de afecto del abate de la Barmondière hacia el SIERVO DE DIOS se trocaron en indiferencia y frialdad, de modo que éste cayó en la cuenta de que era víctima de una injusticia. Según su admirable costumbre, lo soportó en silencio y ofreció a Dios todas las amarguras de su alma atribulada. Desde el mes de julio al de septiembre habían tomado tal incremento las acusaciones por parte del hábil inventor,

que el cura de San Sulpicio se decidió a despedir de la Escuela al santo FUNDADOR. Para evitar escándalo, le mandó decir por el abate Baudrand, su director, que se separara él mismo de la Escuela y que lo hiciera durante las vacaciones para no llamar la atención del público. El santo VARÓN se sometió a esta nueva humillación e hizo los preparativos del viaje sin preguntar la causa de esta injusta e inopinada despedida, que aniquilaba todas sus esperanzas y destruía sus más acariciados proyectos. Compagnon, con aire triunfante, propalaba la noticia; mas las clamorosas victorias de la malicia humana tienen su término, y Dios interviene a su tiempo en favor de los que le han confiado su defensa.

JUAN BAUTISTA había escogido con el abate Baudrand un día para despedirse del cura de San Sulpicio. Esta entrevista causó impresión en éste último, le puso pensativo y le sumergió en serias reflexiones. La presencia de un hombre en cuyo rostro resplandecía la mansedumbre y la santidad bastó para desvanecer en un momento toda la humareda levantada contra él por la calumnia; se mostró la virtud con todo su esplendor; tanto, que habiéndole preguntado al cura cuándo debía salir de la Escuela, le respondió éste en tono de singular benevolencia: "¡Oh!, no salgáis todavía, conservad la dirección de nuestra Escuela, no privéis a mi parroquia de los bienes que empieza a recoger de vuestro celo y experiencia; después pensaré en vuestra partida."

—Bien pueden pasar aún tres años antes de hablaros de nuevo —dijo el abate Baudrand al SIERVO DE DIOS luego que estuvieron afuera—; así, quedaos en paz y vivid tranquilo.

Después de nuevas e inútiles tentativas del intrigante, el abate de la Barmondière, para descubrir la verdad, encargó al abate Forbin-Janson, después arzobispo de Arlés, que visitara cuidadosamente la Escuela y examinara a los niños. La inspección, que duró algunos días, fue hecha con prudencia e imparcialidad; el informe dado por el insigne relator redundó todo en honra del Sr. DE LA SALLE y de sus discípulos, cuya conducta justificó plenamente, al propio tiempo que pregonó sus métodos de enseñanza.

Maravillado, además, de la virtud y santidad del SIERVO DE DIOS, el abate Janson le preguntó por qué no había dicho nada de Compagnon.

El SANTO se excusó graciosamente diciendo que puesto que no lo había examinado, nada tenía que decir de él. "El único favor que os pido —añadió— es que me deis a conocer las faltas que notaréis en mi

conducta y me hagáis las observaciones necesarias para el bien de las Escuelas."

Este rasgo de profunda humildad, referido al cura, concluyó por abrirle los ojos. Devolvió al abate DE LA SALLE todo su aprecio y amistad y buscó los medios de asegurarle la libre y tranquila dirección de las Escuelas. Dispuso, además, que para nada tuviera que inmiscuirse en ellas el abate Compagnon; esta orden fue ejecutada por su sucesor, ya que, cansado como estaba, dejó el Curato a favor del abate Baudrand en el mes de enero de 1689 y se retiró a la comunidad de los sacerdotes, donde vivió en ejercicios de oración hasta su ejemplarísima muerte, acaecida en 1894.



CAPÍTULO XI

FUNDACIÓN DE OTRA ESCUELA EN PARÍS, EN LA CALLE DEL BAC.—ENVIDIA Y VIOLENCIAS DE LOS MAESTROS DE ESCUELA.—SOSTIENE EL SANTO SU CAUSA ANTE EL PARLAMENTO Y SALE VICTORIOSO.—TRIBULACIONES QUE SUFRE EN PARÍS.—VA A REIMS Y CAE GRAVEMENTE ENFERMO.—REGRESA A PARÍS Y ENFERMA DE MUERTE.—RECUPERA LA SALUD.—ENFERMEDAD Y MUERTE DEL HERMANO ENRIQUE LHEUREUX

El abate Baudrand era un antiguo alumno del Seminario de San Sulpicio, que por sus virtudes y méritos había llegado al cargo de director. Conocía al canónigo DE LA SALLE mejor que nadie, ya que le había dirigido durante algún tiempo la conciencia. Apenas hubo tomado posesión de la parroquia, prohibió al abate Compagnon toda injerencia en la Escuela de los Hermanos. El santo SACERDOTE, libre ya, pudo aplicar todo su celo a la reforma de las clases, las que en breve adquirieron una prosperidad extraordinaria. Los niños, atraídos por el buen orden de la Escuela y los frutos de la enseñanza de los Hermanos, se presentaron en tan crecido número, que fue menester pensar en abrir otra Escuela. Para manifestar cuánto apreciaba al ilustre PEDAGOGO, el abate Baudrand abrió a principios del 1690 una gratuita para los pobres en la calle del Bac, dirigida también por los Hermanos, para la cual el santo FUNDADOR llamó de Reims a otros dos Hermanos. Poco después esta Escuela llegó a estar tan concurrida y floreciente como la de la calle de la Princesa. Pero como en la vida de los santos las pruebas suceden a las pruebas y las contradicciones a las contradicciones, cambiando sólo de naturaleza, sin que jamás se interrumpa su cadena, no bien se vio libre de las persecuciones del abate Compagnon, cuando cayeron sobre él otras, penosísimas, de parte de los maestros de escuela de París, del nuevo cura, su protector, y de sus propios discípulos.

Mientras estuvieron los Hermanos en la calle de la Princesa no atrajeron la atención de los maestros de París; pero apenas se abrió la Escuela de la calle del Bac se alarmaron, porque empezaron a perder alumnos, atraídos por la fama de los Hermanos; por la excelencia de los métodos, y por lo gratuito de la enseñanza.

Estos maestros eran unos pobres mercenarios que, viviendo penosamente de su oficio, estaban interesados en que nada les disminuyera sus mezquinos ingresos. Los meses de escuela eran de escasa ganancia y de difícil pago, tanto más cuanto que los métodos de enseñanza usados entonces no les permitían recibir muchos niños a la vez en las Escuelas, pues se ignoraba no sólo el método simultáneo, introducido por el Sr. DE LA SALLE, sino también el mutuo. Creyéndose, por tanto, perjudicados en sus intereses, miraron de reojo a los que, según ellos, se atrevían a atacar sus pretendidos derechos, y los profesaron inconcebible envidia. Rara vez abogaron los maestros por sí solos: no tenían tiempo ni medios para ello; pero la corporación a que pertenecían hacía suya la causa por medio de un síndico interesado en justificar la utilidad del oficio que desempeñaba y de varios ancianos que eran los guardianes vigilantes de los privilegios de la asociación. El tribunal de primera instancia era el del gran chantre, que entendía en las causas suscitadas entre ellos mismos y en los conflictos que tenían con los violadores de sus propios privilegios, no pudiendo apelarse de sus decisiones sino ante el Parlamento.

Cierto es que los Hermanos dirigían Escuelas de caridad para los pobres y que éstas, exentas de la ley común, se hallaban exclusivamente bajo la autoridad de los curas; pero varios niños de familias pudientes concurrían también a ellas; y si los Hermanos los admitían, presto quedarían desiertas las demás. Los maestros resolvieron, de común acuerdo, atajar los pasos desde el principio a esta obra perjudicial para sus propios intereses; desde entonces comenzó contra los Hermanos una guerra de quince años de duración, que si bien tuvo sus intermitencias y treguas, era para reanudarla después con mayor encarnizamiento. La audacia arbitraria de los maestros del barrio del Bac llegó a tal punto, que, no bien hubieron presentado el recurso de queja al gran chantre de la catedral, enviaron alguaciles para que se incautaran de los muebles y cerraran la Escuela.

El SIERVO DE DIOS, que aborrecía los pleitos, siguió al pie de la letra el precepto del Santo Evangelio: "Al que quiere armarte pleito para quitarte la túnica, alérgale también la capa." (S. LUCAS, VI, 29.) El gran chantre dio por valederas las razones de sus protegidos, condenando a los Hermanos a que cerrasen la Escuela. El santo VARÓN se afligió en gran manera, pues que toda su obra se hallaba comprometida, y de una Escuela pasarían a otra, de modo que el mismo riesgo corría la de la calle de la Princesa; mas su director le impuso como obligación de conciencia la de apelar en juicio y defenderse; mejor dicho, defender la causa de los pobres, de quienes era

representante. Se sometió a la orden; y para obtener la asistencia del Cielo se dirigió a pie, con sus discípulos, al santuario de Nuestra Señora de las Virtudes, lugar de devoción poco distante de París y muy frecuentado. Allí celebró la santa misa y dio la comunión a los Hermanos; pasaron todo el día en piadosas plegarias ante la venerada imagen, con sólo un pedazo de pan por alimento; mas él no comió hasta después del regreso.

Así preparado, sostuvo el pleito confiadamente y lo ganó; no le costó nada demostrar ante el Parlamento que la Escuela de la calle del Bac no era más que una Escuela de caridad, abierta con autorización y aun a ruegos del cura de la parroquia, que no podía perjudicar en nada a los maestros, sus acusadores, y que no había motivo para cerrarla. Estas y otras razones fueron aceptadas, anulándose la sentencia condenatoria; así pudo el HOMBRE DE DIOS gozar de alguna tranquilidad sobre este punto; pero apenas terminado este contratiempo surgió otro, para acendrar más y más su virtud.

El hábito de los Hermanos, que fue tan criticado en Reims al principio, encontró la misma oposición en París; todos los transeúntes lo ridiculizaban por las calles; éste había querido que el manteo fuese más corto; aquél, que el sombrero tuviese otra forma. Y hasta el cura de San Sulpicio, dejándose dominar de tales prevenciones, habría deseado que los Hermanos usasen el manteo largo y el hábito eclesiástico, e insistía en que se hiciera una modificación, creyéndose con derecho para exigirla, como bienhechor de la Escuela. Pero el FUNDADOR no pudo consentir en ello ni ceder absolutamente en nada, porque quería establecer distinción entre el hábito de su Instituto y el del clero, tanto más cuanto que su adopción no se había decidido a la ligera; graves razones le habían impulsado a escogerlo estudiando previamente cada una de sus prendas. El público, además, empezaba ya a acostumbrarse a él y los Hermanos estaban contentos; cualesquiera innovaciones ocasionarían muchos gastos inútiles y, más que todo, destruirían la fijeza de esta parte de las reglas; lo que agradaba en una diócesis no sería aceptado en otra, y si él cedía una vez, ya no tendría razón para resistir en otra circunstancia. Así, el hábito de los Hermanos estaría sujeto a la moda y al capricho de los hombres, no tendría uniformidad ninguna y habría de variar en cada localidad.

Estas consideraciones le determinaron a mantenerse inflexible ante las solicitudes que se le hacían; para justificar su resistencia escribió una Memoria sobre las razones que le habían movido a preferir este hábito, sometiéndola al juicio de algunos eclesiásticos, muy notables en Francia

por su santidad y doctrina, todos los cuales lo aprobaron plenamente. Pero obstinado el cura de San Sulpicio en no renunciar a su propio parecer, trató al SANTO de pertinaz; le manifestó su descontento, y disminuyó los recursos que daba a las Escuelas. Aunque el SIERVO DE DIOS sintió no estar de acuerdo con un personaje tan digno de consideración, cuyas virtudes admiraba y de quien había recibido beneficios, se entregó del todo en manos de la Providencia, satisfecho de haber cumplido su deber. Y en verdad, como FUNDADOR de un Instituto amado de Dios, no podían faltarle las luces y gracias necesarias para conducirlo bien, aun en medio de las mayores dificultades.

A estas amarguras de fuera vinieron a añadirse otras, aún más acerbas para el corazón sensible del pacientísimo VARÓN, puesto que las causaron su propios discípulos. De Reims había llevado con él dos Hermanos, cuidadosamente escogidos, que en los primeros tiempos de su permanencia allí correspondieron a lo que esperaba de ellos: eran activos en el trabajo, pacientes y valerosos en las pruebas; mas como el SANTO llamase otros dos, por haberse aumentado el número de niños y no bastar los primeros para el buen desempeño de su oficio, resultó que uno de estos últimos, que era de piedad eminente, de ingenio y prudencia bien profunda, fue puesto al frente de la Comunidad; los antiguos llevaron a mal esta preferencia, pensando que este honor les correspondía a ellos, como si la antigüedad fuera título en la religión para la distribución de cargos y empleos. Uno de ellos, montando en cólera por orgullo, no pudo soportar más, y, habiendo hecho probar a su padre toda clase de amarguras, salió del Instituto. El otro se quedó aún, mas sólo para servir de instrumento, con su carácter altivo y violento, a la invicta paciencia del HOMBRE DE DIOS; Dios, no obstante, lo arrojó de su servicio, terminando el infeliz miserablemente la vida.

Estas continuas y durísimas pruebas, unidas a las privaciones inherentes a la pobreza del Instituto, al trabajo tan oneroso de la dirección y a las austeridades con que trataba a su cuerpo, le alteraron considerablemente la salud. A fines del año 1690 había ido a Reims a pie, según solía; pero apenas llegado a esta ciudad sintió que le faltaban súbitamente las fuerzas y tuvo que guardar cama, por lo que los Hermanos temieron mucho por su vida. Llenos de recelo por esta desgracia, que podría acarrear la destrucción de la Comunidad, dirigieron fervientes súplicas a Dios por la salud de su padre. Los médicos le prescribieron descanso, cuidados y alimento sustancioso para repararle las fuerzas, y con la bendición del Cielo fue conjurado el peligro.

En el curso de esta penosa enfermedad fue cuando el SIERVO DE DIOS dio un maravilloso ejemplo de regularidad a sus discípulos. Habiendo ido a visitarlo su abuela y madrina, que lo amaba entrañablemente, no quiso dejarla subir a su celda; sino que mandó al enfermero a suplicarla que aguardase en el locutorio; se levantó, se vistió como pudo y fue a recibirla con semblante risueño para disimular su enfermedad. La buena señora, sorprendida al verlo, se quejó de esta severidad, que le parecía excesiva. Pero él le respondió que, en efecto, no habría habido ningún inconveniente en que fuera a visitarlo; mas, como Superior, estaba obligado siempre a dar ejemplo en todo y más bien a excederse en delicadeza y regularidad. Ningún Hermano, en adelante, podría llevar a mal que se cerrasen las puertas de su cuarto aun a sus más próximos parientes cuando supiera que el Fundador mismo del Instituto, estando enfermo, había rehusado este gusto a su propia abuela.

En fin, pasada la enfermedad y terminada la convalecencia, quiso regresar a París, sin que fueran parte a contenerlo los ruegos de sus discípulos, los cuidados de su familia ni los consejos de los médicos. Pero fuera por las fatigas de este nuevo viaje o por los malos gérmenes de la última enfermedad, apenas llegó a París tuvo que meterse en cama. Al cabo de seis semanas se le declaró una enfermedad mucho más grave que la primera.

Las dos Comunidades de Paris estaban sumidas en la más profunda desolación en presencia del enfermo, el cual conservaba su natural serenidad, soportaba con heroica paciencia la acerbidad de los dolores y veía acercarse la muerte sin temor ninguno; tampoco manifestaba la menor inquietud por su obra, considerando que estaba en manos de Dios; pero no quedaron desoídos los ruegos de sus hijos.

Asistía al enfermo el célebre médico Helvecio, el cual, conocida la gravedad del mal, prescribió uno de esos remedios decisivos de los que depende la vida o muerte del enfermo. Como el SANTO conociera el peligro que corría, pidió con instancia que se le administraran los últimos sacramentos. El abate Baudrand, acompañado de muchos sacerdotes de la comunidad de San Sulpicio y seguido de un número considerable de personas piadosas, llevó solemnemente al enfermo el SANTÍSIMO VIÁTICO. Viendo a los Hermanos llenos de angustia y bañados en lágrimas junto al lecho de su amado y venerado FUNDADOR, les dirigió algunas palabras de consuelo, y dispuso al SIERVO DE DIOS a que bendijera a sus hijos. Este, sentado en el lecho, con roquete y estola, ayudado de un Hermano,

extendió el brazo como para bendecirlos, pero se hallaba tan débil, que apenas pudo pronunciar estas palabras, que eran como su testamento: "Hermanos carísimos, os recomiendo una grande unión entre vosotros y una perfecta obediencia." En seguida, hecha la profesión de fe, comulgó con grandísima devoción y rogó a uno de los Hermanos que le ayudase a dar gracias a Jesús, el Amado de su corazón, después de lo cual se puso con admirable docilidad y resignación perfecta en manos del médico.

El remedio tuvo un efecto feliz; después de aplicado se declaró una crisis saludable, la cual hizo desaparecer en pocos días todo el peligro. Dios había aceptado el sacrificio de una vida tan preciosa sin exigir su consumación, porque reservaba a su siervo para mayores obras y más grandes dolores.

Vencido el mal y recobradas las fuerzas, se halló en estado de volver a su vida ordinaria, con las mismas austeridades y fatigas. Debiendo salir para Reims, adonde le llamaban varios asuntos importantes que habían quedado suspensos, encargó la dirección de los Hermanos de París al Hermano Lheureux, al que había traído a su lado con el fin de prepararlo a recibir las órdenes sagradas, con la esperanza de transmitirle el cargo de Superior y realizar su designio de vivir en el retiro.

Mientras estaba en Reims, recibió una carta que le anunciaba haber caído enfermo dicho Hermano con fiebre violenta; al día siguiente: otra, en que le decían que el mal se agravaba, y poco después, otra, comunicándole que estaba en los últimos momentos. Acongojado el SANTO, se puso inmediatamente en camino por si podía abrazar por vez postrera a su hijo amadísimo. Pero, por más diligencia que puso, llegó tarde; hacía ya dos días que estaba sepultado. Esta pérdida causó al venerable FUNDADOR la mayor aflicción quizá de las que había sufrido en su vida y le hizo derramar abundantes lágrimas. Recobrado el ánimo, se sometió al santo mandato de Dios, ofreciéndole este nuevo sacrificio.

Con la prematura muerte de este digno religioso y de otros que había preparado para el sacerdocio quiso el SEÑOR darle a conocer que debía modificar todos los planes concebidos para la organización del Instituto, convenciéndole de que la reunión de sacerdotes y de Hermanos profesores podía ser un motivo de rivalidades y rencillas. Los más elevados en dignidad querían hacer prevalecer sus opiniones particulares y se reservarían los primeros cargos de la Sociedad, y entonces los Hermanos profesores, desalentados, habrían aspirado al augusto ministerio de los altares, abandonando poco a poco el humilde trabajo de la Escuela;

preferirían la predicación y el estudio a esta ingrata ocupación de la enseñanza para seguir los halagos de la ambición, y el Instituto, en vez de propagarse, perdería el espíritu para el cual le había suscitado el SEÑOR.

Estas y otras reflexiones que JUAN BAUTISTA maduró en su mente delante de Dios, con fervientes súplicas, austeridades y rigurosos ayunos, le impulsaron a insertar en la Regla de los Hermanos que no se podría aspirar en el Instituto a las órdenes sagradas, a fin de que los Hermanos pudiesen imitar a JESUCRISTO en la vida humilde y sencilla y aplicarse con espíritu de caridad a establecer su reinado soberano en las almas de los niños, con la plena certidumbre de ser muníficamente remunerados en la otra vida, según la palabra consoladora del Santo Evangelio: "El que guardare (los mandamientos) y enseñare, ese será tenido por grande en el reino de los cielos." (S. MATEO, V, 19.)

CAPÍTULO XII

TEMORES DEL SANTO RELATIVOS A SU INSTITUTO.—TRASLADA EL NOVICIADO MENOR A PARÍS.—REÚNE A TODA LA COMUNIDAD PARA EJERCICIOS EN LA NUEVA CASA DE VAUGIRARD.—HACE VOTO PERPETUO DE ESTABILIDAD EN EL INSTITUTO CON DOS DISCÍPULOS SUYOS.—PRESCRIBE LAS REGLAS QUE DEBEN MANTENER EN LA COMUNIDAD EL ESPÍRITU DE LA VOCACIÓN.—ESTABLECE EL NOVICIADO EN VAUGIRARD.—FERVOR QUE INSPIRA A SUS DISCÍPULOS

Las primeras pruebas que había encontrado nuestro SANTO al llegar a París fueron el desamparo y la desconfianza de los que le habían llamado y que, al parecer, deberían ser siempre sus protectores; a éstas siguieron las ya mencionadas. Pero le esperaba otro dolor: tendría que luchar contra la indigencia hasta temer que pereciese de hambre su Comunidad. Y como si esto no bastara, vino a prensarle el corazón la desmembración de las comunidades ya establecidas en la archidiócesis de Reims por la infidelidad de otros discípulos suyos después de su partida. Además, el seminario de maestros para los campos estaba casi desierto, pues de los treinta que lo formaban, los más se habían establecido ya en Escuelas rurales, y los puestos vacantes quedaban sin reemplazo, porque ya no inspiraba aquella confianza de que gozaba esta admirable Institución cuando la dirigía su mismo FUNDADOR. Hasta el noviciado menor, no siendo ya dirigido según la norma prescrita por el que lo estableció, tampoco se hallaba en estado de producir los frutos que debían esperarse.

Como tenía muy a pechos la formación de estos jóvenes, lo transfirió a París, a la casa de la calle de la Princesa; mas no pudo gozar allí de la misma libertad que en Reims, porque el cura de San Sulpicio y el sacristán de la parroquia exigieron que estos niños pasaran la mañana entera al servicio de la iglesia parroquial, ocupación adecuada para hacerles perder el espíritu de regularidad y recogimiento, que mudó el carácter del noviciado menor y no tardó en hacerlo decaer notablemente.

Otro motivo de penosa inquietud para él era la consideración del número siempre creciente de Hermanos inutilizados por el cansancio, las enfermedades, el trabajo y las privaciones. Encerrados todo el día en locales estrechos y sombríos, con crecido número de alumnos, aplicados a un trabajo ingrato y difícil; mal alimentados y peor alojados, se sentían

desfallecer poco a poco. El SANTO vio claramente que su Institución no parecía descansar sobre sólidos fundamentos, a pesar de tantos sudores y lágrimas como le había costado. Para cada piedra que ponía en la construcción de su edificio se presentaban nuevos obstáculos; en aquello en que su mano caritativa solicitaba darle una forma estable, otra que le era hostil procuraba demolerlo. Pero confiando siempre en que el SEÑOR no permitiría su destrucción, rogaba y afligía su cuerpo con ásperas maceraciones y rigurosos ayunos para que se dignara prestarle su divina asistencia y darle a conocer los medios más conducentes para el alivio de tan extremas necesidades. Hallándose solo y privado de todo auxilio, sentía la necesidad de buscar hombres semejantes a él, que fuesen los confidentes de sus pensamientos, los cooperadores más íntimos de sus trabajos, que se uniesen a su persona por medio de los más sólidos compromisos y que todos juntos se vinculasen de una manera irrevocable a la obra que habían emprendido. Así quedaría afianzado el porvenir de esta obra y puesto a cubierto aun de las vicisitudes de la muerte, ya que sus destinos no dependerían más de la acción y presencia de uno solo.

Movido por estas consideraciones resolvió tomar en arriendo, a la entrada de la aldea de Vaugirard, una casa solitaria y pobre, pero bien ventilada y con un jardincito, la cual fue como la segunda cuna del Instituto. Permaneció en ella siete años, durante los cuales los Hermanos de todas las casas iban allá a pasar las vacaciones, y los de París, los días de asueto; los que estaban cansados o enfermos recibían en ella los cuidados necesarios, y los postulantes permanecían allí durante algún tiempo, a fin de reflexionar sobre su vocación y prepararse para los nuevos deberes que iban a contraer.

El santo FUNDADOR aprovechó las vacaciones de 1691 para convocar a los Hermanos de las Escuelas de Reims, Laon, Rethel, Guisa y París, y los reunió el 8 de octubre en la nueva casa. Como los Hermanos habían pasado muchos años privados de su inmediata dirección, juzgó que unos pocos días de ejercicios no bastarían para renovarlos en la vida perfecta; por tanto, los guardó consigo hasta terminar el año, poniendo entonces provisionalmente en las Escuelas a los maestros del campo que él había formado en Reims y que podrían reemplazar por corto tiempo a los Hermanos en las ciudades.

Así reunidos todos sus hijos, empezó practicando con ellos unos Ejercicios de diez días, en que cada uno, olvidado del mundo y sólo en presencia de Dios, meditó sin distracción sobre la vida que había abrazado

y las obligaciones que se había impuesto. Lejos del bullicio del mundo, fácilmente se deja oír la voz de Dios en el corazón; de modo que al terminarlos, todos experimentaron que estaban renovados en el espíritu. El bienaventurado PADRE los exhortó entonces a una exacta observancia de la Regla, reformó los abusos, corrigió los defectos y se aplicó con infatigable celo a encender nuevamente en cada cual el amor a las virtudes de su estado.

De entre todos los Hermanos reunidos escogió los que le parecieron más firmes en el espíritu de su vocación y más a propósito para ser, con sus buenos ejemplos, las columnas del Instituto. Se dirigió, pues, a Nicolás Vuyard y a Gabriel Drolin y les propuso que hiciesen con él un voto que los uniera para siempre a su santa obra. Aceptaron ellos generosamente la invitación; después que hubo celebrado el Santo Sacrificio invocaron con fervor las luces del ESPÍRITU SANTO y pronunciaron sucesivamente la fórmula que sigue:

"Santísima Trinidad, PADRE, HIJO Y ESPÍRITU SANTO; prosternados con el más profundo respeto ante vuestra infinita y adorable Majestad, nos consagramos enteramente a Vos para trabajar cuanto nos sea posible en el establecimiento de la Sociedad de las Escuelas Cristianas del modo que nos parezca ser más agradable a Vos y más ventajoso para dicha Sociedad. Por tanto, yo Juan Bautista de la Salle, sacerdote; yo Nicolás Vuyard, y yo Gabriel Drolin, desde ahora y para toda nuestra vida, o si no hasta la completa destrucción de dicha Sociedad, hacemos voto de asociación y de unión para procurar sostenerla, sin podernos separar por nada, aun cuando quedáramos los tres solos y estuviésemos precisados a pedir limosna y a vivir de sólo pan. Por esto prometemos hacer unánimemente y de común acuerdo todo cuanto creamos en conciencia, y sin mira humana alguna, ser más conducente al mayor bien de nuestra Sociedad. Hecho el 21 de noviembre de 1691, día de la Presentación de la Santísima VIRGEN, en fe de lo cual firmamos."

El HOMBRE DE DIOS, confortado de corazón y confiado en el celo de sus dos discípulos, podía lisonjearse de que, dado caso que le viniera la muerte, ellos habrían podido continuar la obra; pero así como entre los doce apóstoles de NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO hubo un traidor, de los dos discípulos escogidos por él, uno debía ser infiel. Nicolás Vuyard, abusando más tarde de los poderes de que le había revestido la confianza de su Superior, pretendió guardar para sí lo que había recibido para el Instituto,

oponer su autoridad a la del FUNDADOR y hacerse director independiente de una Escuela. Pero Dios no tarda en castigar a los orgullosos, particularmente en esas santas Compañías, dedicadas con más especialidad a su servicio, cuyo fundamento son la obediencia y la humildad. Muy luego fue víctima el pobre Vuyard de su cisma y rebelión, pues terminó la vida de una manera desastrada. El Hermano Gabriel Drolin, por el contrario, permaneció fiel hasta la muerte a Dios y a su Superior, como veremos después. Resistió, tanto en la prosperidad como en la miseria; soportó con paciencia las más duras privaciones; desechó dignidades y fortuna para seguir su vocación y mantener intacto el compromiso contraído con el SEÑOR.

Al final del año, siendo ya los Hermanos hombres de mayor recogimiento, más dóciles, mortificados y celosos del bien de los niños, el SANTO pudo mandarlos con más seguridad a su oficio respectivo. Pero para no dejarlos completamente abandonados a sí mismos, exigió que le escribiesen cada mes, dándole cuenta de sus disposiciones interiores. Les contestaba sin falta, y sus cartas, que son modelos admirables de dulzura y firmeza, de elevación y ardor en la piedad, al propio tiempo que de conocimiento práctico del corazón humano y de experiencia de la vida, mantenían en ellos las santas disposiciones en que los había puesto el retiro de Vaugirard. Además, los visitaba cada año para cerciorarse con sus propios ojos de que las comunidades vivían conforme al espíritu de la Regla. Finalmente, habiendo experimentado el gran bien espiritual verificado en Vaugirard durante los tres meses mencionados, continuó reuniéndolos cada año en tiempo de vacaciones para que hicieran ejercicios de diez días y siguieran durante un mes los del noviciado.

Pero no bastaba que el Sr. DE LA SALLE conservara los discípulos que tenía; era menester que llenar los vacíos que quedaban entre ellos y que aumentara el número de los Hermanos para corresponder a las necesidades que por todas partes se manifestaban. La obra de las Escuelas es un trabajo penoso, que consume prontamente a los operarios; la muerte iba muchas veces a segarlos, ya porque sucumbiesen de fatiga, ya porque tempranamente estuviesen maduros para la eternidad; el Superior debía proveer a su reemplazo. De aquí la necesidad de otro noviciado; la casa de Vaugirard se prestaba oportunamente para ello, pero antes de establecer esta obra, en sí misma tan laudable, debía encontrar grandes contradicciones el SIERVO DE DIOS.

El carácter del siglo XVII, especialmente en Francia, era tal, que se oponía a toda nueva institución. Todo debía ceñirse a lo ya existente, como si la tierra hubiese parecido demasiado pequeña para alimentar las obras nuevas o insuficiente para sostenerlas.

Si Juan BAUTISTA hubiera abierto el noviciado sin comunicarlo a nadie, no habría tal vez encontrado contrariedad ninguna; pero un hombre como él, que buscaba en todo la voluntad de Dios y se entregaba sin reserva a la divina Providencia, no conocía dobleces ni artificios, la sencillez, la rectitud de intención, la prudencia, la lealtad, formaban su índole propia; por eso no quería emprender nada sin la aprobación del cura de San Sulpicio. Apenas le hubo manifestado la necesidad de abrir el noviciado en Vaugirard, cuando el cura se opuso rotundamente, por temor quizá de que esta nueva institución, vista la calamidad de esos tiempos, fuese una carga para la parroquia. Como el Santo no pudiese lograr lo que le pedía, acudió a sus armas ordinarias, la mortificación y la oración, y se dirigió a Dios, suplicándole que le concediera lo que los hombres se obstinaban en negarle. Por espacio de un año, que duró la oposición, ayunó todos los días, oraba casi toda la noche y cesaba sólo cuando, agotadas las fuerzas y vencido del sueño, caía por tierra; así, a menudo se le encontraba por la mañana tendido en el suelo, transido de frío, helado y casi privado de sentido. Cuidadosos de su salud, los Hermanos le representaron el peligro a que se exponía de contraer una parálisis, suplicándole que no los hiciera vivir así en continuo temor y sobresalto. Se rindió el buen PADRE a las vivas instancias de sus hijos, pero para sustituir las vigiliias con maceraciones más rigurosas. El abate Baudrand permanecía inflexible, y aun le comunicó que eran inútiles todas sus austeridades para hacerlo cambiar de parecer. Pero Dios, que se deja mover a compasión más fácilmente que los hombres, accede a las súplicas perseverantes de sus siervos; entonces no puede resistirle más la voluntad de los hombres. En un momento se sintió cambiado el abate Baudrand, apresurándose a participar al SIERVO DE DIOS que daba su aprobación para la apertura del noviciado en Vaugirard. Este, colmado de alegría al ver, por fin, escuchados sus ruegos, dio fervorosas gracias al ALTÍSIMO en compañía de sus discípulos; con el fin de prevenir otras dificultades, obtuvo del Sr. de Harlay, arzobispo de París, la autorización necesaria para dar a su casa la forma de verdadera comunidad religiosa.

El 1.º de noviembre de 1692 se abrió el noviciado, dando el santo FUNDADOR el hábito religioso a cinco jóvenes destinados al ministerio escolar y a otro como Hermano sirviente. Poco después añadió a esta

comunidad la del noviciado menor, que no había podido establecerse en la casa de la calle de la Princesa por las exigencias del servicio parroquial.

Innumerables eran las atenciones y cuidados del HOMBRE DE DIOS para que en la casa de Vaugirard reinase el espíritu del SEÑOR y el ejercicio de las virtudes necesarias a las personas que han escogido seguir a JESUCRISTO, especialmente por la vía de la humildad, obediencia y pobreza de espíritu, tan ignoradas o vilipendiadas del mundo insano. En los transportes de inefable alegría llamaba a esta casa su querida Belén, bien por las privaciones con que vivían contentos los Hermanos, bien por las virtudes que en ella se admiraban.

La casa, aunque amplia, era pobre; las paredes agrietadas, las ventanas mal ensambladas, los techos llenos de aberturas, dejaban penetrar por todas partes el frío, el viento y la lluvia; en lo más crudo del invierno faltaba fuego en las estufas. La comida era frugal y a menudo insuficiente; se alimentaban los Hermanos con los restos que les daban de caridad, pues todos los días iba uno de ellos a pedir en los conventos de París; sucedía a veces que ladrones hambrientos se los arrebataban en el camino; tales días la comunidad los pasaba en ayunas. Además, los Hermanos traían sobre sí las libreas de la santa pobreza, sin que se les oyera la menor queja. Sin embargo, a través de los miserables vestidos que los cubrían brillaba una admirable majestad, que les atraía el respeto de los buenos. Si padecía el cuerpo, el corazón sobreabundaba de gozo y se reflejaba en el rostro un no sé qué de dulce alegría que iluminaba toda su persona. La pobreza no deshonor sino cuando es consecuencia de una vida desordenada por el vicio y la ociosidad. Por el contrario, cuando es alegremente aceptada por los cristianos o, mejor aún, buscada con preferencia a las riquezas, como consejera de buenos pensamientos y gran maestra de la vida sobrenatural, entonces se transfigura y toma un aspecto celestial. Así la consideraron los santos, así el abate DE LA SALLE y sus discípulos; muchos de entre éstos habían dejado para seguirle una posición acomodada y aun brillante, y él mismo les había dado ejemplo, trocando una vida opulenta por la vida humilde y despreciada que vivía con ellos.

Una prueba de la felicidad de que gozaban los Hermanos en medio de tanta penuria es que, no contentos con tales mortificaciones, a las privaciones añadían los ayunos; al duro lecho, las largas vigiliadas; al frío y a la fatiga, las disciplinas. El mundo no comprende estos rigores, antes bien, se burla de ellos o se escandaliza; sin embargo, ¿qué cosa más necesaria y más sencilla? El FUNDADOR del Instituto atraía en pos de sí a una multitud

de jóvenes, criados en medio de los goces de la familia, con todas las comodidades de la fortuna, y los invitaba a que abrazaran, como él, una vida de la más dura abnegación. Y para que permaneciesen fieles, ¿no debía acaso cuidar primero de domar en ellos la naturaleza y de romper todos los lazos que les encadenaban el corazón y los sentidos? Antes de obligarse con votos, ¿no era menester por ventura que se iniciasen en el aprendizaje de todos los padecimientos que los aguardaban, ya que debían ser enviados sin recursos a ciudades desconocidas para enseñar gratuitamente a los niños pobres?

El noviciado debía, por tanto, ofrecerles una imagen compendiada de su vida futura; era menester que el MAESTRO de aquella juventud examinara desde los principios el espíritu de la vocación de cada cual y que hiciera la distinción entre las almas débiles, tibias, cobardes, inconstantes o ilusas. Las falsas vocaciones son el azote de las casas religiosas, como él lo había probado ya; por eso velaba con cuidado, a fin de no conservar sino aquellos novicios que manifestaban verdadera piedad y la fuerza necesaria para observar la Regla sin restricción ninguna.

El mismo daba en todo los más notables ejemplos: cuidaba de despertar a los Hermanos por la mañana; exacto a los ejercicios, fidelísimo observador de todas las prescripciones que les imponía, se sujetaba, como ellos, a todas las prácticas de humildad y mortificación, que consideraba como los fundamentos del Instituto. Era el último en recogerse por la noche, pasándose largas horas en oración; domaba la carne de todas maneras para tenerla en servidumbre, conforme al dicho del apóstol: más de una vez se le encontraron los instrumentos de penitencia teñidos de sangre y el pavimento de su cuarto con las señales de las maceraciones de la noche. Inflexible consigo mismo, era todo dulzura y compasión con los demás; abrigaba para todos una bondad verdaderamente paterna: se compadecía de sus debilidades, les allanaba las dificultades que encontraban, los animaba y fortalecía, de modo que, después de haber hablado con él algunos momentos, volvían los Hermanos consolados y llenos de celo para seguir en pos de él por el camino de la perfección.

Pasaron sin incidente notable los años de 1691 y 1692. Todos los jueves y días de fiesta iban los Hermanos de las comunidades de París a la santa escuela de Vaugirard, a fin de inflamarse en el celo y la piedad que ardían en aquella casa como hoguera del Instituto. A cualquier hora que llegaran, comoquiera que estuviesen, cansados, ateridos de frío o empapados por la lluvia, se ponían inmediatamente a seguir el ejercicio

que se practicaba en aquel momento, sin distinguirse en nada de los novicios. La Regla era para ellos todo su descanso y recreo; cuando al día siguiente debían regresar a sus santas tareas, volvían llenos de fuerza y de vigor. El SANTO, por su parte, recorría a menudo el largo trayecto de Vaugirard a París para visitar las comunidades y las Escuelas y sostener el fervor de sus discípulos con los heroicos ejemplos de virtud que les daba a cada paso.

CAPÍTULO XIII

HAMBRE DESOLADORA EN PARÍS POR LOS AÑOS DE 1693 Y 1694.—POBREZA DE LOS HERMANOS.—TRASLADO DEL NOVICIADO A PARÍS.—RESIGNACIÓN Y CONFIANZA EN DIOS.—EN LO MÁS RIGUROSO DEL HAMBRE.—SOCORRO PRODIGIOSO.—REGRESO DEL NOVICIADO A VAUGIRARD.—LA VISITA GENERAL DE LAS COMUNIDADES.—PRONUNCIA LOS VOTOS PERPETUOS CON DOCE DISCÍPULOS SUYOS.—RENUNCIA NUEVAMENTE AL CARGO DE SUPERIOR.—ES REELEGIDO DOS VECES CONSECUTIVAS.

En 1693 un hambre cruel vino a desolar París; los Hermanos, que carecían hasta de lo más necesario, no dejaron de sentir sus rigurosos efectos. La caridad, que los alimentaba, llegó incluso a negarles completamente el pan. En medio de la extrema penuria a que se veía reducido no perdió el FUNDADOR nada de su natural serenidad ni de su confianza en DIOS. Quiso ser tratado en todo como los demás y, a pesar de lo difícil que le era alimentar a su rebaño, no permitió que se despidiera a ninguno de los que iban a llamar a su puerta en demanda de auxilio. El azote, sin embargo, tomó tan grandes proporciones, que corrían el riesgo de morir de hambre; como les llevaban los alimentos de París, los rateros se ponían a veces en emboscada y despojaban al cocinero de lo que llevaba, debiendo entonces, como se ha dicho ya, pasar los Hermanos ayunos todo el día. Agréguese a esto que la casa de Vaugirard, aislada y mal cercada, no estaba a cubierto de multitud de vagabundos, que, movidos por el hambre, corrían los campos en los alrededores de París, cometiendo mil tropelías, por lo cual el SIERVO DE DIOS se vio obligado a salir de esta casa por algún tiempo y refugiarse con todos los Hermanos en la de la calle de la Princesa, donde permanecieron dos años sin mejorar de condición, ya que continuaba cada vez más terrible el fiero azote.

Más de una vez aconteció que tuvo que decir a sus discípulos: "Hermanos míos, no hay más pan en casa." Iban al refectorio y rezaban el *Benedicite* delante de una miserable mesa, que no contenía más que un pobre potaje de hierbas cocidas. Un día el Hermano proveedor se presentó al SANTO pocos momentos antes de la hora de comer, y le dijo acongojado: "No tenemos más dinero en casa. Van a venir los Hermanos de la Escuela y no hay nada para servirles en la mesa." Él se contentó con decirle:

"¡Bendito sea Dios!", y dirigiéndose a la capilla, expuso en fervorosa plegaria a JESÚS Sacramentado la urgente necesidad de sus discípulos. No había terminado su oración cuando una persona caritativa llamaba a la puerta para entregar a los Hermanos una provisión de pan para algunos días y abundante limosna en dinero.

Aconteció otra vez que el mismo Hermano no tenía más que cuatro centavos para la comida de todos: "Id al mercado como de ordinario —le dijo su Superior—; Dios nos ayudará." Obedeció el Hermano, y habiendo encontrado en su camino una multitud de pobres que se agolpaban en torno a una señora caritativa que les repartía limosnas, se puso entre ellos y tendió también la mano, suplicante.

—¡Y cómo!, ¿vos también aquí, Hermano mío? —le dijo la señora maravillada.

—¡Ah!, señora —replicó él ingenuamente—; no tengo más que estos cuatro pobres centavos para dar alimento a una comunidad de veinte personas; Dios me ha inspirado que me reúna a estos infelices que imploran vuestra caridad!

Compadecida la generosa señora, mandó algunos recursos a los Hermanos y fue a recomendarlos a la solicitud del cura de San Sulpicio.

Pero este respetable pastor, en medio de una población numerosa y miserable, asaltado diariamente por multitud de madres desoladas, no tenía a su disposición los medios suficientes para aliviar a todos los necesitados. No obstante, maravillado de la abnegación de los Hermanos en medio de la extrema miseria en que se hallaban, prometió tomar por su cuenta los gastos del pan. Pocos días después, habiéndose encontrado con el Sr. DE LA SALLE y oyendo de sus labios los padecimientos de los Hermanos: "El Cielo ha permitido que nos encontrásemos hoy —dijo, abrazando al SIERVO DE DIOS—; acaba de enviarme el rey una buena suma de dinero para mis pobres; tomad por ahora doscientos francos."

Con todo, los donativos disminuían de día en día, y el hambre duró aún dos años. Mas el santo FUNDADOR no tuvo siquiera ni un instante de impaciencia o desaliento. Aceptaba las necesidades de cada día, hacía lo posible para proveer a ellas y se resignaba sereno a la voluntad de Dios. Además, por una protección especial del Cielo, a pesar de tantas privaciones y padecimientos, ninguno de los Hermanos cayó enfermo mientras duró la carestía.

La primavera de 1694 hizo renacer la esperanza de mejores días en el corazón de todos por el aspecto risueño de los campos. Cuando hubo

pasado el azote, JUAN BAUTISTA regresó a Vaugirard con sus discípulos y los novicios, dejando sólo nueve Hermanos en París para el servicio de las Escuelas. Restituido a su amable soledad, volvió a sus acostumbrados ejercicios, y en el mes de mayo empezó la visita general a sus comunidades. Viajaba siempre a pie, deteniéndose en todas las iglesias que hallaba a su paso para rezar algunos instantes. Llegado a Laon, se fue con toda la comunidad al santuario de Nuestra Señora de Liesse, donde celebró la santa misa. Desde el día en que había ido a ofrecer en ese antiguo santuario las primicias de su obra se habían multiplicado prodigiosamente las Escuelas y las comunidades todas habían recibido señaladas pruebas de la protección de la MADRE DE DIOS; el FUNDADOR le manifestó su vivo reconocimiento y consagró nuevamente el Instituto a su augustísima SEÑORA y Protectora.

Terminada la visita de las comunidades, tuvo grandes motivos de consuelo al ver cómo en todas se había aumentado el fervor, a pesar de que los Hermanos se habían visto sujetos a tan duras pruebas; así, para mostrar la firmeza de su vocación, le pedían con instancia que les permitiera ligarse a la Sociedad con nudo indisoluble y perpetuo. Siempre guiado por la prudencia, se contentaba con exhortarlos a que rogaran mucho, a fin de conocer la voluntad de Dios y asegurarse de la firmeza de sus propósitos. Reunió en la casa de Vaugirard para la fiesta de Pentecostés a doce de los más fervorosos, disponiéndolos al acto sublime mediante unos ejercicios de diez días. Hallándose en medio de ellos, les expuso lo grande del compromiso que iban a contraer; después de haberlos probado suficientemente y cerciorándose de que conocían lo importante y grave del acto a que se preparaban; y el 6 de junio, día de la SANTÍSIMA TRINIDAD, al fin de la misa que dijo delante de toda la comunidad reunida, las doce víctimas destinadas a ofrecerse en holocausto quedaron solas en la capilla, sin admitir por testigo de su heroico sacrificio más que a Dios, único objeto de las ardientes aspiraciones de su corazón, y a los ángeles destinados a custodiar la cuna bendita de las casas religiosas.

El piadoso PADRE les dirigió algunas palabras elocuentes sobre la naturaleza e importancia de las obligaciones sagradas que iban a contraer.

"Nuestro objeto —les dijo al concluir— está bien determinado y trazado también de antemano el camino que tenemos que seguir: nos hemos asociado para dirigir las Escuelas Cristianas; a conservarlas y propagarlas debemos dedicar toda nuestra vida. Los votos de estabilidad y obediencia nos ayudarán a conseguir este doble resultado; como soldados

de JESUCRISTO movemos guerra a la ignorancia, y el voto de estabilidad nos mantendrá siempre fieles a nuestra bandera, al paso que el de obediencia multiplicará nuestras fuerzas, haciéndolas converger a un mismo punto, cual es la educación cristiana de los niños." El celoso FUNDADOR y sus doce discípulos, fueron a arrodillarse ante el altar, pronunciando los votos perpetuos según la fórmula que existe original en los archivos generales del Instituto.



Viendo ya así constituida su familia, creyó llegado el momento oportuno de renovar las instancias que había hecho, en 1686, para renunciar el cargo de Superior y volver humildemente al último lugar. Al día siguiente reunió a los Hermanos y procuró convencerlos para que accedieran a su petición; les dijo, entre otras cosas, que habiéndolos reunido la divina Providencia, debían buscar los medios de afianzar de tal modo esta unión, que ni el mundo ni el demonio pudieran jamás quebrantarla; para esto habían de poner su confianza en Dios y no apoyarse en el hombre, que, débil caña, se rompe en la mano de aquél a quien sostiene y se la deja horadada; que mientras él viviese era necesario que eligiesen un Superior en todo como ellos, a fin de que el carácter sacerdotal no interpusiera entre el Superior y los subordinados gran diferencia, siempre perjudicial a la perfecta unión y concordia. Si no tomaban prontamente una resolución y le viniera la muerte, todas las casas quedarían independientes, contarían tantos Superiores como Escuelas, el rebaño sería dispersado y entonces la autoridad eclesiástica de cada diócesis les daría un Superior, tomado de entre el clero, el cual, ignorando las tradiciones y el espíritu del Instituto, pretendería cambiar las Reglas; por tanto, la obra sería, si no destruida, completamente alterada.

Cediendo a tan elocuentes sollicitaciones y vencidos por sus ruegos, procedieron los Hermanos a la elección; pero su nombre reunió por dos veces la unanimidad de los votos. Ya que se manifestaba tan claramente la voluntad de Dios, alzó los ojos al Cielo y se sometió humildemente; mas,

preocupado siempre del peligro que correría el Instituto al ser gobernado por un sacerdote, les hizo firmar una declaración por la cual se comprometían a no elegir Superior después de muerto él, sino a un Hermano del Instituto, y no a ningún sacerdote ni a cualquiera que hubiese recibido órdenes sagradas.

En 1695 murió de un ataque de apoplejía el Sr. de Harlay, arzobispo de París, sucediéndole el Sr. de Noailles, obispo de Châlons. Según costumbre, hizo éste la visita pastoral de su diócesis y reformó varios abusos introducidos en la administración. Lo que más le sorprendió fue la multitud de capillas domésticas que existían por todas partes, de modo que las iglesias parroquiales estaban casi desiertas o, cuando más, eran frecuentadas por la gente pobre, mientras que faltaban los que habrían debido dar ejemplo; con tal motivo, dio un decreto prohibitorio de las capillas privadas. Esta decisión puso al SANTO en grave conflicto, pues todas las mañanas iba a celebrar en una capillita contigua a la casa, a la que conducía a los Hermanos; de este modo se libraba de la molestia de ir a la iglesia parroquial, que se hallaba muy distante y cuyos caminos eran casi intransitables durante el invierno y el mal tiempo; además, los ocultaba a la miradas de un pueblo siempre dispuesto a insultarlos y a burlarse de ellos; los defendía de los peligros de una multitud de objetos seductores y les evitaba las ocasiones de tentación y de esparcimiento a lo exterior. Fue, pues, el celoso SUPERIOR a solicitar de la bondad del señor arzobispo autorización para erigir una capilla en la casa de Vaugirard y poder celebrar en ella la santa misa. El prelado le recibió del modo más cordial y atento; habiendo oído sus razones, el señor arzobispo, que se complacía en darle pruebas de consideración y aprecio, le permitió que erigiera la capilla y confirmó por escrito la autorización dada oralmente por su predecesor para establecer la comunidad en París; a esto añadió los poderes más amplios con el fin de que ejerciera en todo tiempo su ministerio, rarísimo favor que no concedía sino a muy pocos.

El HOMBRE DE DIOS dispuso en seguida un oratorio sencillo en la casa, ayudando con sus propias manos a arreglar el altar; un vicario general fue a bendecirla, y desde entonces sirvió a diario para los ejercicios de comunidad. El gozo que tuvieron los Hermanos y su FUNDADOR fue perturbado por los violentos esfuerzos del cura de Vaugirard por retenerlos en su parroquia. "Nunca podré consentir —decía— en separarme de estos religiosos, que son para los demás feligreses un modelo de angélica piedad." Más tarde, vencida su obstinación, se rindió a los motivos que habían impulsado al prudente SUPERIOR a solicitar para sus novicios un

privilegio que favorecía en ellos el espíritu de recogimiento, tan recomendado por el Sumo Pontífice Clemente VIII. Convinieron, sin embargo, en que él iría a celebrar en la parroquia, el primer jueves de cada mes, la misa solemne del SANTÍSIMO SACRAMENTO, llevando a todos los Hermanos, así como el día de Pascua y el de San Lamberto, patrón de la parroquia; en estos días, efectivamente, daban los Hermanos gran motivo de edificación a los asistentes por su modestia, devoción y recogimiento.

CAPÍTULO XIV

EL SANTO FUNDADOR ESCRIBE LAS REGLAS DEL INSTITUTO.—LAS SOMETE AL EXAMEN DE SUS PRINCIPALES DISCÍPULOS.—ARTÍCULOS FUNDAMENTALES.—EXPLICA A LOS HERMANOS SU SENTIDO.—OTROS ESCRITOS

Pudiendo gozar ya de algún descanso en Vaugirard, se sintió inspirado a aprovecharlo para escribir las Reglas. Anteriormente había cuidado, en extremo, de que los reglamentos que establecía fueran bien observados. Esto facilitó su labor; ahora se trataba sólo de reunir por escrito las observaciones autorizadas ya por el fervor de sus discípulos. Tal era la prudente conducta del FUNDADOR: todo cuanto quería insertar en la Regla se había esmerado en insinuarlo sagazmente con sus palabras, y de autorizarlo con sus ejemplos.

En 1695 y en los dos años siguientes se dedicó a escribirlas después de haber implorado, según su costumbre, las luces del ESPÍRITU SANTO por medio de ayunos, oraciones y nuevas penitencias, que él consideraba como necesaria preparación para toda obra grande. Antes de imponerlas a los Hermanos, quiso conocer el parecer de ellos; humilde como era, reunió a los más antiguos, les entregó las que había escrito y se las dejó, dándoles plena libertad para presentar su observaciones, mudando, añadiendo o quitando lo que les pareciera conveniente. No hubo lugar a que los Hermanos usaran de esta facultad, reconociendo como reconocieron en ellas la inspiración del Cielo; así que, las recibieron con gran sumisión y aprobaron todos sus artículos.

El gobierno de las instituciones religiosas es perfecto, inspirado como está por Dios mismo a los santos fundadores, los cuales han tenido cuidado de unir a todas sus obras el fin nobilísimo de la gloria del SEÑOR; por esto sus reglas son admirables modelos de sabiduría, dulzura y fortaleza. La Iglesia encierra en su seno instituciones de toda clase, las cuales presentan una organización diferente conforme a la misión especial de que están encargadas. Unos mismos son siempre los rasgos principales, por los cuales se ve que los fundadores han tenido a la vista un tipo común; pero los detalles varían según los tiempos, lugares y circunstancias.

Las Reglas del abate DE LA SALLE, aceptadas por sus discípulos, aprobadas en varias ocasiones por la Santa Sede, ratificadas por los soberanos y los parlamentos, consagradas por una experiencia de tres siglos, son un monumento de cristiana sabiduría y caridad.

"Este Instituto tiene por objeto —leemos en el artículo primero— dar a los niños una educación cristiana; y con tal motivo se han establecido las Escuelas, a fin de que dirigidos los niños desde la mañana hasta la tarde por los maestros puedan éstos enseñarles a vivir bien, instruyéndolos en los misterios de nuestra santa Religión, inspirándoles las máximas cristianas, para darles así la educación que les conviene... Todos los desórdenes, particularmente de los artesanos y de los pobres, provienen ordinariamente de que han sido abandonados a sí propios y mal educados en su tierna edad, lo que es casi imposible reparar después en una edad más avanzada; porque los malos hábitos contraídos se pierden difícilísimamente, y casi nunca del todo, sea cual fuere el cuidado que se tome para destruirlos, ora por frecuentes instrucciones, ora por el uso de los sacramentos. Y como el principal fruto que debe esperarse de la Institución de las Escuelas Cristianas es el prevenir estos desórdenes e impedir sus malas consecuencias, júzguese de ahí cuán importantes y necesarias sean."

La educación, como la entiende JUAN DE LA SALLE, no consiste sólo en amueblar, diremos así, el cerebro de los niños, sino en hacer de ellos hombres honrados y "cristianos" virtuosos. La virtud es superior a la ciencia y no tiene otra fuente que la Religión Cristiana. ¡Cuánto más vasta y más noble es esta idea de la educación que la de los reformadores, cuyo espíritu limitado y violento no piensa sino en dividir y restringir, separando la educación de la instrucción, no aplicándose más que a ésta y mutilándola incluso, pues no ven en ella más que el arte de amontonar en las tiernas inteligencias una multitud de hechos y de cifras sin ley, sin enlace ni deducción! El niño no debe ser educado como una bestia sabia; su cerebro no es una máquina mnemotécnica, destinada a reproducir todas las palabras que se le han enseñado; debe saber de dónde viene, a dónde va, por qué motivo obra, esto es, su primer principio y su último fin.

JUAN BAUTISTA realizó, además, al mismo tiempo el programa que se inscribe hoy al frente de los modernos descubrimientos sociales: daba la educación gratuita. Y para inspirar a sus discípulos el aprecio a su vocación y la constancia en el espíritu de sacrificio les indicó cuál debía ser el que había de animar todas sus acciones:

"El espíritu de este Instituto —dice la Regla— es primeramente un espíritu de Fe, que debe excitar a los que pertenecen a él a no entender en nada sino por motivos de Fe; a enderezarlo todo a Dios, atribuyéndoselo a Él. Los Hermanos de esta Sociedad vivificarán todas sus acciones con los sentimientos de la Fe, y al ejecutarlas, siempre tendrán presentes las órdenes y voluntad de Dios y las adorarán en toda ocasión, cuidando de conducirse con arreglo a ellas."

Siendo cristianos los maestros, los discípulos deben serlo también.

"En segundo lugar, el espíritu del Instituto consiste en tener ardiente celo para instruir a los niños y educarlos en el santo temor de Dios, excitarlos a que conserven la inocencia, si no la hubieren perdido, e inspirarles viva aversión y grandísimo horror al pecado y a todo cuanto pudiera hacerles perder la pureza."

Para mantenerse en este espíritu deben los Hermanos de la Sociedad dedicarse con empeño a trabajar en la salvación de los niños que están a su cargo, por medio de la oración, de las instrucciones, de la vigilancia y buena conducta en la Escuela; criándolos en toda piedad y en el verdadero espíritu cristiano, esto es, conforme a las reglas y máximas del Santo Evangelio."

Como todas las Órdenes religiosas, el Instituto de los Hermanos tiene su constitución jerárquica. Está gobernado por un Superior General vitalicio, al cual van adjuntos varios Asistentes, que forman su Consejo. El Superior General delega otros Hermanos, que deben visitar cada año las casas del Instituto, y nombra los Directores de las comunidades, cada una de las cuales está constituida como una verdadera familia, cuyo padre es el Director.

El reglamento cotidiano asigna con precisión el tiempo que debe emplearse en la oración mental y vocal y demás ejercicios piadosos, así como el que ha de dedicarse a la enseñanza, al estudio, a las comidas, al recreo y al sueño; los días festivos y los de vacación tienen su reglamento especial, de modo que después de un examen prolijo del reglamento se reconoce que es imposible equilibrar mejor el empleo de las diversas facultades del espíritu y del cuerpo.

Aunque de rigurosa austeridad para sí mismo el SIERVO DE DIOS, no impone por obligación a sus discípulos ninguna maceración corporal y sólo les prescribe un día de ayuno por semana; las mortificaciones para los Hermanos consisten en la absoluta separación del mundo, en medio del cual tienen que vivir; en el espíritu de pobreza, que quebranta todos los

lazos entre ellos y las cosas de la tierra, así como con las gentes del mundo, y, por fin, en esa constante obediencia, que les hace olvidarse en todo tiempo y lugar de su propia voluntad para no conducirse sino por la de sus superiores, en la que han de considerar la del mismo Dios.

Igualmente da el santo FUNDADOR a sus discípulos las prescripciones más sabias y prolijas relativas a la gravedad, obediencia, modestia, regularidad y, en una palabra, a todas las virtudes que constituyen la vida religiosa.

No se contentó su celo ardiente con escribir las Reglas en pro de su Instituto, quiso también comentar sus puntos más esenciales y dar una aplicación de la esencia de ellas en las muchas meditaciones que compuso para que sus discípulos las meditaran en las dominicas y fiestas principales del año, tomando por argumento de sus reflexiones y aplicaciones algún texto del Evangelio del día o las acciones más notables de los santos, en especial de los fundadores de Órdenes religiosas.

Sus palabras manifestaban claramente la íntima unión de su alma con Dios y lo hacían fecundo en reflexiones prácticas, propias de las almas religiosas que desean de veras andar por el camino de la perfección y cumplir exactamente los deberes de su estado. A las conferencias que les hacía sobre la vida religiosa, añadía las que se refieren a la conducta de los Hermanos en el ejercicio del ministerio escolar. Les evidenciaba los frutos de su larga y fundada experiencia pedagógica; explicaba con admirable maestría los métodos que debían adoptarse en las Escuelas populares, ora en lo que respecta al orden y a la disciplina, ora en lo que se refiere a la enseñanza.

Pero donde no conocía límites su caridad era al demostrar la excelencia de la profesión de los Hermanos en la enseñanza de la Doctrina Cristiana y en grabar, por decirlo así, en el corazón de los niños el reinado de JESUCRISTO. Para el ejercicio de este ministerio decía que se debían concentrar todas las fuerzas del espíritu y de la caridad cristiana. Recordaba a sus discípulos los ejemplos del SALVADOR y de los santos Apóstoles, que fueron los primeros catequistas de la ley de gracia; les hacía presentes los grandes méritos que se atesoran con la enseñanza de la Doctrina Cristiana y les sugería en seguida excelentes métodos, santas industrias, para captar la atención de los niños y hacerles adquirir el precioso tesoro de los conocimientos religiosos. Finalmente, los estimulaba con la esperanza certísima de las incalculables recompensas

prometidas por Dios a los que se dedican a evangelizar a los pobres y a los pequeñuelos.

Además de las Reglas, compuso varias obras y opúsculos, que debían ayudar eficazmente a sus discípulos a perfeccionarse en su santo estado y darles también una norma segura para el ministerio escolar.

No sólo escribió para sus discípulos, sino también para los niños; dejando a otros el cuidado de componer tratados magistrales y voluminosas obras en folio sobre las ciencias más elevadas, penetrado de la grandeza de su misión respecto de la infancia, no se desdeñó de escribir trataditos a propósito para ellos; catecismos muy sencillos, en que estaban expuestas las verdades de la Religión en lenguaje claro y comprensible a las inteligencias infantiles o de cortos alcances; manuales para oír la santa misa y acercarse con fruto a los sacramentos; silabarios; tratados de urbanidad.

Compuso, en fin, ese admirable libro de la *Guía de las Escuelas Cristianas*, en el que reunió todos los frutos de su vasta experiencia y las invenciones de su ingenio pedagógico, ilustrado por la santidad.

CAPÍTULO XV

LA CASA DE NUESTRA SEÑORA DE LAS DIEZ VIRTUDES, EN PARÍS.—
TRASLACIÓN DEL NOVICIADO A ESTA CASA.—EL ABATE DE LA CHÉTARDIE, CURA
DE SAN SULPICIO—PROCESO Y VIOLENCIAS DE LOS MAESTROS CALÍGRAFOS
CONTRA LAS EE. CC.—FUNDACIÓN DE OTRAS DOS ESCUELAS EN PARÍS.—LUIS
XIV CONFÍA AL SR. DE LA SALLE LA EDUCACIÓN DE CINCUENTA JÓVENES
IRLANDESES.—CELO CON QUE SE OCUPA EL SANTO EN LA CONVERSIÓN DE VARIOS
JÓVENES DE MALAS COSTUMBRES.

Pasó el SIERVO DE DIOS en Vaugirard los años de 1695 a 1697, aprovechando, como hemos visto, el descanso de que allí gozaba para redactar las Reglas y componer sus primeros escritos. Pero durante este tiempo se había aumentado considerablemente el número de postulantes y novicios; como dicha casa era demasiado estrecha para tanta gente, fue menester buscar otra mucho más espaciosa y cercana a París. En la calle de Vaugirard encontró el celoso SACERDOTE una vastísima, que parecía conveniente para su objeto, la cual había sido ocupada por las religiosas de Nuestra Señora de las Diez Virtudes y quedó después abandonada por largo tiempo. Consintió el dueño en arrendarla a un precio relativamente módico, pero siempre demasiado crecido para quien, como JUAN BAUTISTA, nada poseía. Sin embargo, éste no se desalentó; como la casa le convenía, resolvió tomarla en arriendo, para lo cual se dirigió al cura de San Sulpicio, a cuya parroquia volvía a pertenecer. La parroquia tenía entonces por pastor al abate de la Chétardie, sucesor del abate Baudrand, sulpiciano también y hombre de ilustre nacimiento, fina educación y, sobre todo, de ardentísimo celo de la gloria de DIOS y de grande experiencia en los asuntos eclesiásticos, ya que había desempeñado el oficio de rector en algunos seminarios y había sido encargado por el arzobispo de París de varias misiones importantes; en particular, la de alcanzar de la señora Guyón que se retractara de los escritos que había publicado sobre el quietismo, empresa difícil, de la que salió airoso.

Manifestó, pues, el SANTO a este celoso pastor la intención que tenía de tomar en arriendo la casa. Al cura le sorprendió al principio tal proposición, cuando sabía que LA SALLE era tan pobre que ni tenía con qué alimentar a sus discípulos; no obstante, oídas las razones de éste, aprobó el

proyecto y aun prometió aumentar la pensión de los Hermanos, a fin de que pudieran hacer frente a este nuevo gasto. Se decidió, por tanto, el SIERVO DE DIOS; firmó la escritura de arriendo e instaló a su comunidad en ella el mes de abril de 1698. Se hallaba ésta completamente desamueblada, pues no podían llamarse muebles los que de Vaugirard habían llevado los Hermanos. Movido a compasión de tan extrema pobreza, el cura de San Sulpicio aconsejó a los Hermanos que se dirigieran a una piadosa y caritativa viuda, la señora Voisin, la cual les dio la suma necesaria para la compra de todos los muebles que habían menester. La capillita que había servido a las religiosas, que todavía estaba en pie, fue ensanchada y decorada convenientemente; la bendijo uno de los vicarios generales de París, y el venerable FUNDADOR la dedicó a San Casiano, que, habiéndose hecho maestro de escuela en Imola, en tiempo de las persecuciones, murió martirizado a manos de sus propios escolares paganos, por haberles enseñado la Doctrina Cristiana.

Instalado ya en la casa grande, se dedicó a multiplicar las Escuelas; pero antes pensó en encargar a algunos Hermanos varias partes de la dirección. Los doce Hermanos que habían pronunciado los votos con él no estaban ya en París, pues los había enviado a diversas casas del Instituto como directores y modelos; escogió, pues, otros dos: uno para la dirección del noviciado y otro para la de las Escuelas de París. Se engañó en sus previsiones, pues, como veremos, estos dos Hermanos, por su carácter demasiado severo, desalentaron a sus súbditos y atrajeron sobre el Instituto entero, por su imprudencia, horrorosas tempestades, que lo pusieron a punto de perecer.

Reconociendo el SANTO en el abate de la Chétardie un corazón de verdadero padre y un celo ardiente por las Escuelas Cristianas, le propuso el establecimiento de otra en su misma parroquia, sita en la calle de San Plácido; accedió gustoso el cura, y fue tal la afluencia de los niños apenas se hubo abierto que, no bastando para el trabajo los cuatro Hermanos que la principiaron, les envió otros dos para ayudarlos. La prosperidad de esta fundación excitó nuevamente la envidia de los maestros calígrafos. Empezaron por apoderarse del material de los Hermanos y del de los niños, y aunque el santo VARÓN acudió al punto, su protesta no pudo detener a los alguaciles; fueron, además, encausados los Hermanos, durando el pleito ocho meses, tiempo durante el cual quedó cerrada la Escuela.

En este intervalo cayó enfermo el venerable FUNDADOR, pero la divina Providencia le volvió a tiempo la salud para que pudiera presentarse con los Hermanos ante el magistrado. Defendió él mismo su causa con tanta maestría y fuerza de razones, que el juez no pudo menos de reconocer la verdad y condenar a los acusadores: pues éstos alegaban que los Hermanos recibían niños acomodados y que les cobraban la enseñanza. Era falsa esta alegación, por lo que el SANTO les exigió pruebas de sus acusaciones, consintiendo en cerrar todas sus Escuelas si podían demostrar que no eran gratuitas. Como no pudieron aducir prueba ninguna los maestros calígrafos, fueron condenados, y la Escuela volvió a abrirse, recobrando nuevo esplendor y aumentando más y más el número de niños.

El cura de San Sulpicio, interesado como el que más en la prosperidad de las Escuelas de su parroquia, iba cada mes a visitar la de la calle de San Plácido, cargado de recompensas para repartirlas entre los niños más aplicados y excitar su emulación. Un día, que había ido acompañado de la señora Voisín, al ver a los cuatrocientos y más niños que llenaban las clases, no pudo contener su gozo y admiración. "¡Ah!, señor —exclamó, dirigiéndose al abate DE LA SALLE, que había salido a recibirlos—; qué obra ésta que veo! ¿Dónde estaría ahora esta multitud de niños si no se hallara aquí reunida? Andarían vagando por las calles, riñendo y haciendo a sus expensas el funesto aprendizaje del mal y del pecado." Recorrió en seguida las clases, dirigió varias preguntas a los niños sobre los misterios de la fe y, encantado de sus respuestas, abrazó a los Hermanos que así los habían formado.

Estas Escuelas gratuitas eran la obra predilecta del abate de la Chétardie; para hacer más ostensible el bien que producían estableció para ellas un uso particular. El primer sábado de cada mes iban los niños de las diferentes clases a la iglesia de San Sulpicio, andando de dos en dos y en silencio por las calles; con un cirio en la mano se dirigían procesionalmente a la capilla de la SANTÍSIMA VIRGEN, donde oían una misa dicha para ellos, después de la cual se les repartía una porción de pan bendito suministrado por la señora Voisín, y volvían a la Escuela. Este espectáculo de un millar de niños de las tres Escuelas establecidas ya en la parroquia que, en lugar de hallarse, como antes, abandonados a sí mismos, se habían vuelto tan dóciles, llenaba de encanto a todas las familias y mantenía entre las personas caritativas un grande aprecio a las Escuelas gratuitas.

Como el celo del abate de la Chétardie por las Escuelas Cristianas iba aumentando de día en día, quiso multiplicarlas lo más posible en su parroquia, por lo cual hizo abrir otra en la calle de "Fossés-Monsieur-le-Prince"; pero ésta duró poco tiempo y tuvo que cerrarse al cabo de tres o cuatro años por falta de recursos.

Siendo tan extensa la casa de la calle de Vaugirard, se adaptaba perfectamente a todos los proyectos del celoso VARÓN, quien se apresuró a fundar, sucesivamente, en ella todas las obras a que debía dedicarse más tarde su Instituto.

No sólo hizo en ella, como en Vaugirard, un noviciado para los Hermanos jóvenes; una casa matriz, en la que se reunían de cuando en cuando los Hermanos de las demás casas para descansar de sus labores y perfeccionarse en la práctica más exacta de las Reglas; un centro desde donde dirigía todas las comunidades del Instituto, sino que estableció diversas especies de Escuelas, que fueron el tipo de las que poseen aún en el día de hoy los Hermanos.

Además de las Escuelas de caridad destinadas a los pobres, abrió un colegio de niños internos. En 1688, Jacobo II, desterrado de Inglaterra por Guillermo de Orange a causa de su adhesión a la Iglesia de Dios, había ido a refugiarse en Francia, donde Luis XIV le brindó una hospitalidad verdaderamente regia. Muchos nobles habían acompañado al destronado monarca, y una multitud de familias irlandesas que habían quedado en el reino británico le enviaban sus hijos para que los educara en la Religión católica, ya que la persecución que desolaba entonces a Inglaterra había cerrado los establecimientos destinados a la educación católica de la juventud. Jacobo II consultó con el arzobispo de París sobre la persona que debía encargarse de aquellos jóvenes, y el arzobispo habló sobre el particular al abate de la Chétardie, quien le indicó que no hallaba nadie más apto para ese ministerio que el abate DE LA SALLE. La elección agradó al arzobispo, pues correspondía a la alta idea que él tenía de las virtudes y talentos del SIERVO DE DIOS; sin embargo, antes de hablar de él a Luis XIV quiso tener el consentimiento del SANTO.

La propuesta del arzobispo de París fue considerada por él como una nueva disposición de la Providencia, a fin de que se derramaran sobre un mayor número de familias los beneficios de la educación cristiana; por tanto, la aceptó gustoso e hizo disponer, en la casa de Nuestra Señora de las Diez Virtudes, los locales necesarios para alojar cómodamente a cincuenta jóvenes irlandeses que fueron encomendados a su paternal

solicitud. Un Hermano le asistía en esta ocupación, y como estos jóvenes debían recibir una educación más esmerada que la de los niños del pueblo, el mismo SIERVO DE DIOS se encargó de instruirlos, acertando perfectamente en esta obra nueva. Algún tiempo después quiso Jacobo II cerciorarse por sí mismo de la clase de educación que recibían los que le habían sido encomendados, considerándose como su tutor y padre; para esto fue a visitar al Sr DE LA SALLE, acompañado del arzobispo de París; quedó maravillado de los progresos y del porte noble de los jóvenes pensionistas, y manifestó al santo VARÓN el más profundo reconocimiento. Al cabo de poco tiempo los ponía éste en estado de ocupar honrosamente los diversos puestos a que podían ser llamados.

Era, pues, considerado ya el SIERVO DE DIOS como padre de la juventud. Todos acudían a él en las circunstancias difíciles; aunque la dirección de las Escuelas de caridad fuese su obra predilecta, no podía resolverse a encerrar en cuadro tan estrecho los ardores de su celo. Ya había tenido ocasión el caritativo FUNDADOR de dar a conocer a este respecto sus intenciones reales: había creado un noviciado menor, cuatro Escuelas normales y dirigido la Escuela industrial de San Sulpicio. La fundación de este colegio de internos y las demás obras semejantes que establecerá más tarde prueban con evidencia que no es ésta una novedad en el Instituto de los Hermanos, como piensan algunos, ni una alteración de su fin principal.

Poco después abrió su casa el celoso SIERVO DE DIOS a otros internos; entre ellos le presentaron algunos niños indóciles y rebeldes, de quienes nada habían podido conseguir los más célebres maestros de la juventud, y él, con la dulzura de sus procedimientos, la unción penetrante de sus palabras y, sobre todo, la eficacia de sus propios ejemplos, les ganó el corazón, abriéndolo a las efusiones de la gracia y de la caridad, entregando a las familias hijos dóciles, sumisos y piadosos. Se cita en particular el ejemplo de un joven clérigo que pertenecía a una de las mejores familias de Francia. Los Padres del Oratorio habían trabajado inútilmente en domar el carácter violento que tenía y en reformar su vida licenciosa. Lo habían encerrado en su casa, pero burlaba la vigilancia de los maestros, forzaba las puertas, escalaba los muros y se fugaba, a fin de pasar la noche en el juego y los desórdenes. Desesperando de su enmienda los padres, pensaron entregarlo al abate DE LA SALLE, en quien se reconocía poseer en alto grado el don de educar a la juventud.

Lo recibió éste y lo puso en el noviciado; la vista de aquellos Hermanos tan piadosos, tan regulares en todos sus deberes y tan fervientes produjo inmediatamente en el libertino la más viva impresión. Su corazón, insensible hasta entonces a todo buen pensamiento, se conmovió como por milagro. El HOMBRE DE DIOS tuvo con él largas conversaciones; fue tal el resultado de ellas, que el joven mudó de vida por completo y se puso a expiar sus faltas con lágrimas amargas y austeras penitencias; pidió, además, el favor de seguir los ejercicios del noviciado, lo que le fue concedido con grande alegría suya, y, además, ejerció gustosísimo los oficios más humildes de la comunidad, superando a sus compañeros en toda clase de virtudes.

Por fin, experimentando cada día más, las ventajas de la vida religiosa, solicitó con vivas instancias el hábito del Instituto; pero temeroso el prudente FUNDADOR de que fuera sólo resultado de fervor pasajero y motivo de disgusto para los padres del joven, que se lisonjeaban de ver llegar a su hilo a los elevados puestos de la Iglesia, no se decidió a concedérselo, por lo menos hasta que alcanzara el debido consentimiento. El joven empleó todos los medios posibles para alcanzarlo, pero todo fue en vano, porque sus cartas quedaban siempre sin contestación. Fue a visitarlo uno de sus parientes, que gastó toda su elocuencia para disuadirlo de esa vocación indigna, según éste, de su nacimiento; nada fue capaz de hacerle cambiar de resolución, ni aun la prueba del tiempo. Como su familia, cansada ya de tantas instancias, ni se daba siquiera por entendida, tomó él este silencio como señal de consentimiento, por lo cual redobló sus súplicas y obtuvo, al fin, el santo hábito. Cuando se vio revestido del humilde sayal de los Hermanos experimentó tal gozo, que no hubiera trocado su pobre sombrero por el capelo cardenalicio, como él mismo decía; pero no fue su dicha de larga duración, porque sabedora la familia de la determinación que había tomado, se desazonó en extremo. Disimuló su disgusto por algún tiempo, pero un día fue a sorprenderlo, y lo hizo trasladar por fuerza a otra comunidad, en la que murió dos años después.

Este hecho, que no es un caso aislado, muestra que Juan BAUTISTA se dedicaba con afán a la conversión de las almas y que estaba dotado de maravillosas aptitudes para ello: poseía el don de mover los corazones.

CAPÍTULO XVI

ESCUELA Y SEMINARIO DE LA PARROQUIA DE SAN HIPÓLITO, EN PARÍS.—
FUNDACIÓN DE LA ESCUELA DOMINICAL.—PROCESO DEL SANTO EN EL
ARZOBISPADO.—SU DEPOSICIÓN.

Noticioso el cura de San Hipólito del bien que realizaban las Escuelas del abate DE LA SALLE en San Sulpicio, quiso dotar con ellas a su parroquia, para lo cual ofreció los fondos necesarios. Le dio dos Hermanos el SIERVO DE DIOS, abriéndose la Escuela a principios de 1700. Como era muy celoso este cura, deseó extender hasta fuera de su parroquia los beneficios de las Escuelas Cristianas, preocupado, sobre todo, por la falta que hacían en el campo. Comunicó su proyecto al piadoso FUNDADOR, quien, a su vez, le refirió la tentativa que habla hecho para establecer en Reims un seminario de maestros de escuela para el campo y cómo había fracasado. Estaba dispuesto a emprenderla nuevamente, pero le faltaban recursos. Se comprometió el cura a proporcionarlos, a fin de que principiase la fundación; la cual, efectivamente, se verificó en el mismo año de 1700 y vino a ser una con la de la Escuela. El cura de San Martín contribuyó también a ella. El FUNDADOR la puso bajo la dirección del Hermano Nicolás Vuyart, uno de los más antiguos del Instituto, que había emitido con él y el Hermano Gabriel Drolín los primeros votos. Envió a ella algunos jóvenes del campo, y quedó instituido el seminario junto a la Escuela, sirviendo ésta de ejercicio de práctica para aquél.

No pudo mantenerse sin dificultades este establecimiento, ya que el que había alquilado la casa movió primeramente pleito al Hermano Vuyart; los maestros calígrafos hicieron otro tanto, sin duda porque en él se enseñaba a escribir a los alumnos; pero el crédito del cura de San Hipólito y del de San Martín siguió sosteniéndolo. La ruina provino de otra causa, de donde menos podía esperarse.

Habiendo caído enfermo el cura de San Hipólito, y sintiendo acercarse su fin, quiso afianzar el porvenir de la obra, por cuyo motivo constituyó heredero suyo al Hermano Vuyart, ya que no podía hacerlo con el Señor DE LA SALLE por ser conocido como superior de los Hermanos. Esta disposición del cura fue la que causó la perdición del Hermano Vuyart, pues le ocasionó una tentación de avaricia, a la que sucumbió. Se

apoderó de los bienes, y cuando, después de muerto el cura, fue el SANTO a entenderse con él para los arreglos le despidió, diciéndole que él era dueño de la fortuna y que bien sabría emplearla conforme a la última voluntad del donador. Hecho como estaba el santo VARÓN a las pruebas, e imitador tan fiel de JESUCRISTO, su divino Maestro, no se maravilló de ser, como Él, perseguido por sus enemigos y desconocido de los suyos. Aceptó silencioso esta afrenta y no quiso dar un paso para hacer restituir el legado que, en nombre del Hermano Vuyart, se le había adjudicado.

Este acontecimiento acarreó la caída del seminario de maestros de escuela para el campo, que había durado de cinco a seis años. Los que lo sostenían suspendieron sus liberalidades, viendo el comportamiento del director, y los jóvenes se retiraron.

El Hermano Vuyart colgó los hábitos, pidió la dispensa de los votos, despidió a su compañero y continuó las Escuelas por cuenta suya, durante muchos años. Al fin, atormentado por los remordimientos y acosado por la necesidad, intentó volver al Instituto, pero no logró ser admitido. Cayó enfermo al día siguiente de la muerte del SIERVO DE DIOS y falleció cinco meses después.

Además de las Escuelas destinadas para los niños, había abierto también JUAN BAUTISTA, de conformidad con los deseos del abate de la Chétardie, una "Escuela dominical" en la parroquia de San Sulpicio para los jóvenes que, ocupados toda la semana en los talleres, no podían disponer más que del domingo para recibir alguna instrucción. Ya se habían probado estas Escuelas en Holanda, pero aun no eran conocidas en Francia; el SIERVO DE DIOS, que comprendió la utilidad de ellas, no perdonó medio ni diligencia para asegurar su éxito. A fin de apartar a los jóvenes de los placeres y diversiones perniciosas en que habrían ocupado las horas desocupadas, era menester brindarles el atractivo de una sólida instrucción que pudiese servirles en la profesión que habían abrazado. Se convino, pues, en que se les enseñaría no sólo a leer y escribir, sino también aritmética, geometría y dibujo. El SANTO escogió para esto dos Hermanos inteligentes, aficionados a las artes; les puso profesores, y cuando los consideró aptos, los colocó al frente de esta academia cristiana.

Esta Escuela se abrió en 1699, con autorización especial del arzobispo. Se reunían los jóvenes los domingos, a las doce, en la casa grande de la calle de Vaugirard, que servía entonces de noviciado; sólo eran admitidos los que no habían llegado todavía a los veinte años. La lección duraba dos horas e iba seguida de la explicación de la Doctrina

Cristiana; luego, uno de los Hermanos hacía a los alumnos una exhortación espiritual. La Escuela prosperó tanto, que en poco tiempo contó doscientos discípulos; pero desgraciadamente no duró mucho tiempo.

Los resultados obtenidos por estos Hermanos los excitaron no menos a la vanidad que a la codicia; formaron el proyecto de salir del Instituto y de abrir Escuela por su cuenta para ser retribuidos de su trabajo con algo distinto de las recompensas invisibles de la vida futura. Comunicaron a su Superior esta resolución; por más que hizo éste para disuadirlos, hablándoles de su vocación, de la vida perfecta a que se habían dedicado y de lo que abandonaban para alcanzar las miserables satisfacciones del mundo, nada pudo conseguir; uno de ellos huyó y el otro permaneció algunos meses, después de los cuales fue a correr la misma suerte que el primero.

Se halló entonces el bienaventurado VARÓN sumamente perplejo, pues como el cura de San Sulpicio tenía muy a pechos las Escuelas dominicales, por haberlas ideado él y porque daban cierto realce a la parroquia, su conservación era la prenda más segura de que continuaría mirándolas con particular benevolencia. Por esto se apresuró el afligido SUPERIOR a buscar un Hermano capaz de ocupar el puesto de los dedicarse a esta nueva obra. Un hermano a quién se lo dijo, le manifestó la más viva repugnancia, temeroso de que le sucediera como a los dos anteriores, comunicando sus aprensiones a los demás, de modo que el santo FUNDADOR no pudo encontrar uno que quisiera dedicarse a esta nueva obra. Acudió al cura de San Sulpicio con el fin de declararle el conflicto en que se hallaba; pero el abate de la Chétardie, que ya estaba descontento, no quiso darle oídos; antes bien, le culpó de la salida de los dos Hermanos, de la resistencia de los otros y de la clausura de la Escuela.

El santo VARÓN no sabía cómo disculparse; algunos días después volvió al cura y le presentó un escrito que le habían dirigido los Hermanos exponiendo los motivos de su resistencia. El cura recibió al santo SACERDOTE con más destemplanza aún que antes, acusándole de haber redactado él mismo dicho escrito o de haber ordenado a sus discípulos que lo hicieran. Al querer excusarse de tal imputación, se dejó llevar el cura de un ímpetu de cólera, y lo trató de mentiroso. Al oír esta injuria tan innecesaria, guardó el SIERVO DE DIOS su habitual serenidad, contentándose con responder alegremente: "Y sin embargo, con esa mentira, señor, voy a decir misa." Se fue a la iglesia, y celebró el Santo Sacrificio.

Sin embargo, no renunciado a las Escuelas dominicales; a fuerza de buscar encontró un Hermano que, sacrificando sus gustos personales, se ofreció a la voluntad de su Superior. Se abrió, pues, nuevamente la Escuela, y pronto llegó a ser tan concurrida como antes. De todas partes acudían a ella los jóvenes; pasaban el día entero ocupados en ejercicios de piedad, estudios e inocentes recreaciones; olvidados ya de los sitios peligrosos, santificaban el día del SEÑOR, se corregían poco a poco de sus vicios y muchos se convertían completamente y reparaban sus antiguos desórdenes. En 1703 fue trasladada esta Escuela a la parroquia de San Pablo, donde la envidia de los maestros calígrafos consiguió cerrarla.

El bien proseguía, no obstante, pero siempre venciendo mil obstáculos. Por lo que respecta a los Hermanos que se separaron de su FUNDADOR, no tardaron en recibir el castigo de sus faltas. Así, el Hermano que abandonó la Escuela dominical "para ganar dinero" no pudo acertar en ninguna de sus empresas. Pasó una vida errante y desgraciada, y murió de miseria en 1709, en la parroquia de San Roque, sin haber podido siquiera recibir los sacramentos.

La mayor de las pruebas por las que pasan los santos es la contradicción que encuentran no de parte de sus adversarios natos, sino de los que piensan casi como ellos y son al propio tiempo siervos de Dios. No extrañan que los persigan los malos; pero que las gentes de bien los atormenten, es lo que les causa sorpresa y a las veces turbación. ¿No es, por ventura, el bien uno mismo para todos? ¿Habría, acaso, distintos modos de comprenderlo? Por esto, cuando a un fundador de Orden religiosa le corta los pasos la resistencia de aquellos cuyos consejos está acostumbrado a recibir y cuya santidad suele venerar, llega a dudar de sí mismo y a pensar si será, tal vez, juguete de una ilusión.

Dios permite tales conflictos, éstos no son raros en la historia de la Iglesia. JUAN BAUTISTA DE LA SALLE, cuya paciencia debía ser vuelta y revuelta en todo sentido y ejercitada sin piedad, tuvo que ser blanco de las persecuciones de los mismos que durante largo tiempo habían sido sus protectores y amigos.

Hasta el cura de San Sulpicio, con ser tan adicto a los Hermanos, hizo corro aparte con los adversarios del SANTO. Ya hemos dado a conocer las virtudes del abate de la Chétardie, e inútil es añadir que el odio no tenía parte ninguna en su resistencia. No participaba, sobre la constitución de la comunidad de los Hermanos de las Escuelas Cristianas, de las mismas ideas que su santo FUNDADOR. Veía desde más abajo, y su mirada era menos

perspicaz. Admiraba, sin duda, el bien que realizaban las Escuelas y aun lo promovía con todas sus fuerzas; pero como en años anteriores había querido el arzobispo de Reims restringir la comunidad a los límites de su diócesis, pretendía el cura limitarla a su parroquia o cuando más a la diócesis de París. Sus predecesores eran los que habían llamado a los Hermanos a esta ciudad y establecido en ella; él mismo los sostenía aún y los había ayudado a fundar todas sus Escuelas. Se consideraba como superior de ellos y quería dirigirlos conforme a sus miras particulares. No les hubiera impedido quizá que se estableciesen en otras partes ni que fuesen doquiera los llamaran; pero si hubiera podido hacer prevalecer sus ideas, cada Escuela habría estado bajo la estricta dependencia del cura de la parroquia o del obispo de la diócesis, sin tener otros vínculos con las demás que los de la comunidad de objeto y sin que el conjunto de las casas formase una vasta Institución, gobernada por una autoridad independiente.

Los curas de París habían tenido hasta entonces la dirección exclusiva de las Escuelas de caridad e incluso habían logrado evadirse de la autoridad del gran chantre. Por eso después de esta victoria habían de estar poco dispuestos a reconocer una nueva autoridad, que no tenía en sí ni la majestad ni el prestigio de la primera. Como el principal establecimiento de los Hermanos se hallaba situado en la parroquia de San Sulpicio, en ella debía suscitarse el primer conflicto.

No pudo ceder el santo SACERDOTE; aunque no tenía en mucho su autoridad, pues por sus multiplicados esfuerzos para renunciar a su cargo se ha visto cuán humilde era y cuánto deseaba vivir en olvido, mientras permaneciese a la cabeza de la Congregación debía tomar a pechos los intereses de ella. Tenía, además, sobre la organización de su Instituto las luces especiales con que Dios favorece a los fundadores, que traen consigo, para aquellos que las reciben, el carácter de la certidumbre. Hacer que prevaleciesen ellas era velar sobre un depósito que le había sido encomendado; abandonarlas habría sido mostrarse infiel a la misión que le había conferido el Cielo.

Nada sacrificó, pues, de la Regla que había establecido; y los acontecimientos posteriores muestran que no anduvo nada errado al mantenerse firme en sus propósitos. La Iglesia, en Francia, iba a ser desgarrada por la herejía del jansenismo, y empezaba ya a sentir sus primeras arremetidas. Muchos obispos habían de ceder a las seducciones de la secta. ¿Qué habría sucedido si los Hermanos hubieran quedado bajo la dirección exclusiva de esos obispos, y si se hubiese relajado el vínculo

que los unía a la comunidad matriz? La mayor parte de ellos habrían sido arrastrados al error y a la rebelión y la fe del pueblo habría menguado considerablemente. Fueron preservados del contagio por la ortodoxia de su FUNDADOR, quien se mantuvo siempre perfectamente sumiso a la Santa Sede. En muchas diócesis fueron perseguidos los Hermanos por su adhesión a las decisiones de Roma; pero permanecieron firmes, afianzando su independencia la unión que reinaba entre ellos.

Al resistir a los planes que le proponían no preveía, sin duda, el santo VARÓN las consecuencias últimas de su firmeza, así como tampoco sus adversarios se daban cuenta de los tristes resultados que habría producido el triunfo de sus reformas. Unos y otros obedecían a rectas intenciones; pero el Sr. DE LA SALLE, encargado de fundar una obra, tenía inspiración especial para conducirla y estaba resuelto, aun a costa de su honra y reposo, a cumplir hasta el fin su misión providencial.

Surgió, efectivamente, el conflicto a causa de algunos puntos de administración.

Había encargado la dirección del noviciado a un Hermano, cuyo celo imprudente no tomaba en cuenta la virtud aun no ejercitada de sus discípulos. Cuando se hallaba presente el SIERVO DE DIOS, moderaba estos rigores indiscretos, pero durante unos pocos días que tuvo que ausentarse por las necesidades de la comunidad, no teniéndolo más a la vista, el director de los novicios se dejó llevar de los ímpetus de su carácter e impuso penitencias excesivas a algunos de los jóvenes. Estos, lejos de aguardar el regreso de su PADRE, se desataron en quejas amargas e informaron al cura de San Sulpicio sobre los malos tratos de que habían sido objeto, cuyas señales les quedaban todavía. No acusaban, por supuesto, al SANTO, que estaba ausente y a quien profesaban sincera ternura; pero el abate de la Chétardie, que había tenido con él algunas desavenencias, le imputó las faltas de sus súbditos. Exigió por escrito la declaración de los quejosos y aguardó una ocasión favorable para aprovecharse de ella.

El director de las Escuelas de Paris era también excesivamente severo: tenía un carácter rígido y dio mucho que sufrir más tarde a su bienaventurado PADRE. Había ido un domingo con los Hermanos a la casa del noviciado. Impuso una pena rigurosa a un joven novicio que se ejercitaba en las Escuelas bajo su dirección. Este huyó, yendo a presentar sus quejas al cura de San Sulpicio.

Con esta nueva queja no dudó más el abate de la Chétardie de que estos resultados fuesen efecto de un sistema general de dirección impuesto por el FUNDADOR mismo; y como le desagradaba tanto su administración, lo juzgó completamente incapaz del gobierno de su comunidad. Sin ahondar más en este asunto y sin contar siquiera con el VARÓN DE DIOS, recibió la nueva declaración y, juntándola con las demás, redactó un informe, que remitió a la autoridad eclesiástica. Es más que probable que aprovecharse esta circunstancia para exponer el resentimiento que tenía él mismo y dar a conocer el juicio que formaba sobre varios puntos de la administración del Sr. DE LA SALLE. No sólo fue acusado este último de haber escogido mal los directores de sus Hermanos y de haberles dado instrucciones demasiado severas, sino que quisieron incriminar su doctrina misma, presentando los hechos acaecidos como resultado de una piedad que le hacía perder el juicio y presentándole como sospechoso de quietismo.

Ocupaba en ese tiempo la sede arzobispal de Paris el cardenal de Noailles, que era hombre instruido y caritativo, pero débil de carácter y de ánimo vacilante. Cuando era obispo de Châlons había aprobado las *Reflexiones morales*, de Quesnel, y siendo arzobispo de París había condenado el libro jansenista del abate Barcos. Poco después combatía contra los Jesuitas y hacía condenar en la Asamblea del Clero, en 1700, diversas proposiciones sacadas de obras de la ilustre Compañía. En 1713 no quiso admitir la Bula *Unigenitus*, y algunos meses después revocó la aprobación que había dado al libro de Quesnel. Se puso, en 1717, a la cabeza de los apelantes, publicando una pastoral, que fue condenada en Roma. Le vino, por fin, el arrepentimiento: se sometió, escribió al Papa una carta muy conmovedora, retractó su apelación y cumplió religiosamente las promesas que había hecho a la Santa Sede.

Muy natural era que semejante carácter se dejase llevar fácilmente de prevenciones. Aunque fue favorable al abate JUAN BAUTISTA al principio, concediéndole amplios poderes en la archidiócesis; luego dio oídos a las insinuaciones que se le hicieron contra él, encargando al abate Pirot, uno de sus vicarios generales, que procediera a tomar informaciones sobre las quejas que había recibido. Este, que era doctor y profesor de la Sorbona, canónigo y canciller de Paris, de edad, a la sazón, de setenta y un años, parecía el hombre más a propósito para desempeñar con prudencia tan delicada misión. Durante un mes fue cada semana al noviciado, provisto de los poderes del arzobispo, y obligó a todos los Hermanos a que le revelasen, después del debido juramento, todas las quejas que podían tener. El santo FUNDADOR se hallaba ausente por entonces; pues había ido a

fundar una Escuela en Troyes; volvió mientras se formalizaba el proceso; pero, siempre humilde y resignado, no se informó de nada ni quiso saber nada; no se excusó siquiera, aguardando con paciencia el beneplácito de Dios.

La información, por lo demás, le fue muy favorable, pues todos los Hermanos le amaban tiernamente y vivían en paz, contentos del estado en que los había colocado la Providencia y muy adictos a su Regla. A excepción de tres, que se hallaban disgustados de los demás por estarlo de sí mismos, ninguno presentó la más leve queja. Dado caso que hubieran tenido fundamento las que se suscitaron, no se dirigían contra el SANTO mismo, cuya mansedumbre proclamaban todos, sino contra los superiores que él había nombrado. No obstante, sólo al santo SACERDOTE le hicieron responsable, porque la calumnia privaba contra este hombre silencioso, que nada respondía a sus adversarios y se contentaba con orar y practicar el bien. Mil puntillos de envidia que sus virtudes le habían atraído se confabularon contra él desde el exterior e hicieron olvidar momentáneamente todos sus servicios. El abate Pirot cayó en los engaños artificiosos urdidos por los enemigos del santo VARÓN y tuvo de su parte al arzobispo. Habiendo ido poco después el SIERVO DE DIOS a visitar al cardenal, fue recibido por éste con la acostumbrada cortesía; pero al cabo de algunos instantes, sin queja ni reprensión, sin darle a conocer siquiera los motivos de su determinación, le dijo en tono moderado: "Señor mío, ya no es usted Superior de su Comunidad; he proveído a su reemplazo." Sintió el SANTO lo penetrante de la herida que le abrían tan sin prevención; no por eso procuró apartar la mano que la causaba ni pedir explicaciones, que no le daban; antes bien, se retiró en silencio, bendiciendo a Dios por haber permitido que viniese sobre él tal humillación. Hacía mucho tiempo que ansiaba verse libre del cargo que le abrumaba; por fin, el Señor escuchaba sus votos. Regresó a casa sin dar parte a nadie de lo ocurrido.

El abate Pirot, encargado de la información, lo fue igualmente de la ejecución de la sentencia. Dio secretamente aviso al FUNDADOR del día en que iría a instalar al nuevo Superior; pero temeroso el SIERVO DE DIOS de alguna resistencia por parte de los Hermanos, se contentó con anunciarles una reunión extraordinaria, sin indicarles el objeto de ella.

El primer domingo de Adviento de 1702 se hallaban reunidos todos los Hermanos de París en la casa grande. A eso de las cuatro, después de vísperas, entra el vicario general Pirot, acompañado de un joven sacerdote desconocido. Recíbelo cortésmente el SANTO, y lo conduce al asiento que le

estaba preparado. Se sienta a su lado el compañero, y la campana convoca a los Hermanos, ansiosos de saber lo que va a ocurrir.

En seguida toma la palabra el vicario; que, previendo oposición por parte de los Hermanos, empieza por encomiar al venerable FUNDADOR, presentándolo como el hombre escogido por Dios para establecer la obra y llevarla al punto en que entonces se encontraba. Enumera las virtudes que ha practicado, los trabajos que ha tenido que padecer, los servicios que ha prestado y no le escasea los elogios. Los Hermanos oían entusiasmados hablar así de su amadísimo PADRE; pero de improviso gira el tono del discurso, pasando el orador a hablar del recién venido, haciendo su panegírico y diciendo a los Hermanos que el que tienen delante de ellos es el abate Bricot, joven sacerdote de Lyon, meritísimo y lleno de virtudes, a quien deben obedecer en todo, por ser acreedor a su aprecio y confianza. Los Hermanos, distraídos y sorprendidos, apenas había empezado a hablarles de este joven sacerdote, prestan atención nuevamente y caen en la cuenta de lo que se propone el vicario. El principal de entre ellos, no pudiendo contenerse más, se acerca respetuosamente al abate Pirot y le declara en nombre de todos que tienen Superior y que, por tanto, le ruegan que no les dé otro.

El abate, sin inmutarse, lo separa con la mano y continúa su discurso, hablando con precisión de las órdenes que tiene que ejecutar y de la obligación en que están de someterse a este mandato formal del arzobispo. Entonces los Hermanos y los novicios exclaman a una: "El Señor DE LA SALLE es el único Superior que queremos y no admitiremos otro." Añaden que ha debido sorprenderse la buena fe del arzobispo, el cual sin esto jamás habría tomado una decisión tan opuesta a la justicia y al sentimiento unánime de ellos mismos. Apenado el piadoso FUNDADOR de esta resistencia al vicario y a su propia persona, toma a su vez la palabra y recuerda a los Hermanos las promesas que le han hecho. En virtud de esta autoridad de que se halla investido, los excita a que se sujeten a las órdenes que reciben y que no den ejemplo de pertinacia e insubordinación.

En cualquier otra circunstancia habría sido puntualmente acatada su voz; pero los Hermanos no carecían de razones y las manifestaron sin cortedad. Al sujetarse al Sr. DE LA SALLE habían depositado en él su confianza; no podía trasladarse arbitrariamente su autoridad a otro. Él había creado la obra y la había dirigido. ¿Qué prueba les daban de que hubiese perdido la asistencia de Dios para su cometido y que otro la hubiese adquirido? No se trataba de mudar de persona, sino de alterar las

Reglas; además, ellos se habían comprometido a seguir dichas Reglas, y no sería menos injusto que cruel el trastornar así la obra a que se habían dedicado y la profesión que habían abrazado.

Esta resistencia mostraba claramente cuán infundadas eran las razones en que se apoyaba la sentencia. Si la Regla hubiese sido excesivamente rigurosa, si el abate DE LA SALLE hubiese sido maestro austero y de áspera condición, no habría sido defendido con tanta energía por sus propios discípulos. Esto habría debido dar a entender al abate Pirot lo imprudente de su conducta y excitarle a retirarse al punto. Mas estando ya empeñada la pugna, el amor propio tomó parte en ella. No quiso prolongar una discusión en la que no podía presentar razón ninguna plausible y se limitó a hablar de la autoridad; por lo cual dio lectura a la sentencia firmada y sellada por el arzobispo. Este documento, en que se mencionaban las pretendidas faltas del FUNDADOR, aumentó el tumulto. No pudieron los Hermanos reprimir la indignación contra los que habían osado difamar a su Superior, y apelaron del arzobispo al mismo arzobispo mejor informado.

El maestro de novicios, cuya imprudente dirección había ocasionado las quejas, quiso intervenir a su vez y alzar la voz en defensa de su PADRE; pero no logró más que atraer sobre sí la indignación del vicario, que, considerándole como autor del conflicto en que se encontraba, le contestó desazonado: "¿Y cómo os atrevéis a hablar, siendo vos la causa primera de este escándalo e indigno del puesto que ocupáis?" El pobre tuvo que callar y retirarse.

Otra de las personas presentes se hallaba en no menor aprieto. Era el abate Bricot, que veía tornarse en resistencia nada agradable los honores que aguardaba de su solemne proclamación. Evidentemente nadie quería obedecerle, y prolongándose la discusión, aumentaba la antipatía de los Hermanos hacia un Superior impuesto por fuerza. Este, pues, cuya autoridad y títulos se discutían así públicamente, jugaba un papel ridículo, motivo por el cual procuró él mismo cortar la discusión, rogando al Sr. Pirot que dejase a los Hermanos en el goce de su Superior, ya que él no podía consentir en serlo de una casa cuyas llaves se le entregaban, sin franquearle al propio tiempo los corazones.

Se prolongó mucho tiempo la escena; los Hermanos no desistieron en su resistencia; el vicario no quiso darse por vencido, pero el más afligido era el humilde FUNDADOR.

Esta pública muestra del afecto y adhesión de sus discípulos lastimaba su humildad. Hombre como era de orden y disciplina, sentía sobremanera esta oposición; además, veía nuevamente salir fallidas las esperanzas que abrigaba de librarse de su cargo y consagrar el resto de sus días a la oración y al retiro.

Confiaba, no obstante, en que lograría someter a los Hermanos, y aun lo aseguró al abate Pirot al acompañarle hasta la puerta. Pero los Hermanos, que lo oyeron, replicaron al punto: "Nuestra resolución está vinculada a nuestro voto. Cumpliendo aquélla creemos permanecer fieles a éste. No queremos otro Superior; si quieren poner otro en lugar de nuestro PADRE, que traiga nuevos súbditos consigo, que nosotros estamos resueltos a salir de la casa."

Salió el vicario convencido de que el lazo que unía al Sr. DE LA SALLE con los Hermanos era indisoluble y que no podría ser sustituido sin destruir la comunidad. Como era hombre de bien, por nada habría querido, ni menos el cardenal, arruinar una obra visiblemente bendecida de Dios y que producía excelentes frutos. No quedaba más remedio que salir honrosamente del atascadero en que le habían metido.

Se había desconocido pública y abiertamente la autoridad del cardenal y se había asegurado, además, que su decisión había sido arrancada por sorpresa. ¡Ah!, sucedía esto más o menos en el momento en que el mismo sostenía que la Iglesia podía engañarse "al afirmar que las proposiciones condenadas eran de Jansenio", y algunos años después debía apelar del Papa al Concilio, con motivo de la Bula *Unigenitus*. Pero los que así resisten a sus superiores son cabalmente los que menos soportan la resistencia de sus inferiores.

El Sr. Pirot no pudo dejar de dar testimonio de la íntima unión que existía entre el SANTO y sus discípulos, añadiendo que si en todas partes sucediera lo mismo, las comunidades serían un verdadero paraíso y que en todas ellas no se verían más que santos. Este elogio de los Hermanos era la condenación de sí mismo; pero por doquiera manifiesta el hombre su flaqueza, por eso el vicario no les perdonaba el disgusto que le habían causado.

El arzobispo estaba aún más descontento, sobre todo de su vicario, por lo desatinada e impetuosamente que había obrado; de los Hermanos, por la resistencia que habían opuesto a su autoridad episcopal; del mismo abate DE LA SALLE, cuyas virtudes habían escandalizado a hombres menos perfectos. Y adviértase que no vaciló en humillarse el santo VARÓN para

desarmar a sus adversarios; por el contrario, receloso de que le hicieran responsable de la filial adhesión que le profesaban sus discípulos, se fue al arzobispado y, bañado en lágrimas, se postró a los pies del cardenal, pidiéndole públicamente perdón de la resistencia que habían opuesto los Hermanos a sus órdenes. El cardenal quedó un tanto sobrecogido; conocía la verdad de cuanto atestiguaba el piadoso SACERDOTE, y con todo le costaba confesarlo; así, pues, le dejó postrado, sin darle contestación ninguna, y se salió. Aceptó humildemente el VARÓN DE Dios este nuevo ultraje; volvió a casa y siguió el curso ordinario de su vida.

Como duraba aún el conflicto, resolvieron interponerse los Hermanos de París para darle término. Acudieron al abate de la Chétardie, cuya prudencia y amor al Instituto les eran conocidos. El cura, a su vez, encomendó esta negociación tan delicada a un sacerdote de la comunidad de San Sulpicio, al abate Madot, que después fue obispo de Châlons.

Este último se propuso reducir silenciosamente a los Hermanos a una sumisión aparente, la que, sin imponerles el sacrificio de los puntos que tenían más a pechos, salvase, a lo menos en la forma, el honor del arzobispo, si es cierto que el honor de la autoridad consiste en no errar jamás o más bien en no confesar jamás sus errores. Fue, pues, el abate Madot al noviciado; habló separadamente a cada Hermano y les expuso las razones más a propósito para convencerles. Los Hermanos, de alma sencilla y recta, se habrían persuadido fácilmente, a no despertarse en ellos la desconfianza; no querían, además, dar ningún paso que pudiera comprometerlos, y en vano se les representaba que su resistencia era injuriosa al arzobispo. Estaban dispuestos a presentar las más humildes satisfacciones que se les exigieran; pero no podían consentir ni un instante en que se cambiara la Regla y se les diera otro Superior, por lo cual pedían garantías por escrito. Convinieron, por fin, en que irían juntos al Sr. Pirot, le darían satisfacción y aceptarían el nuevo Superior propuesto; pero con la condición expresa "y por escrito" de que éste no tendría más que un título honorario, que no iría a la casa sino por ceremonia, que no introduciría ninguna mudanza y que el santo FUNDADOR conservaría todas sus atribuciones.

Después de larga y acalorada disputa, viendo el abate Madot que no podía conseguir más, se contentó con este resultado. Fue con los doce Hermanos a la Sorbona, donde se hallaba el abate Pirot. Le presentaron de rodillas su manifiesto, dándole a entender que su sumisión era condicional, y el vicario pareció satisfecho.

Esto pasaba el 8 de diciembre. El domingo siguiente fue a casa con el abate Bricot; predicó aún a los Hermanos, y toda la comunidad pasó a la capilla a fin de cantar el *Te Deum*. El nuevo Superior salió después de esta ceremonia; regresó al cabo de tres meses y no volvió más, porque el arzobispo le dio otro empleo.

El conflicto se disipó así con mutua satisfacción de las partes. JUAN BAUTISTA, no obstante, para evitar en lo sucesivo las quejas ocurridas, moderó las austeridades de la Regla, aceptó las indicaciones que le hicieron los superiores eclesiásticos y se sometió humildemente a ellas.

El maestro de novicios cuya imprudente severidad había atraído estas persecuciones a su Superior recibió su merecido. De carácter extravagante y fantástico como era, no pudo tolerar largo tiempo el yugo que se había impuesto. Pidió al SUPERIOR que le mudase de residencia y le confiase la dirección de una Escuela, lo que le fue negado. Irritado de la repulsa sedujo a otro Hermano, con el cual huyó, y fueron a la Trapa a solicitar que se los admitiera como religiosos. La Trapa tenía entonces por abad a Jacobo de la Cour, uno de los sucesores del abad de Rancé, fallecido sólo dos años antes. El prudente abad se negó a admitir a dos Hermanos revestidos aún del hábito de su Orden, sin autorización como iban de su Superior. Escribió, pues, al Sr. DE LA SALLE, el cual supo así el paradero de sus discípulos, cuya salida le había causado inquietud. Contestó éste al abad, dándole a conocer los motivos de la salida de los dos y suplicándole que no los admitiera, lo que en efecto sucedió así. Los dos Hermanos tuvieron que volver a su Superior. El maestro de novicios fue enviado a Chartres, donde murió al cabo de tres años, de resultas de una horrible enfermedad, considerada por la comunidad como justo castigo de su faltas. El compañero, poco después salió definitivamente de la comunidad.

CAPÍTULO XVII

EL BARRIO DE SAN ANTONIO.—PROCESO DE LOS MAESTROS CALÍGRAFOS.—
PROCESO DE LOS MAESTROS DE ESCUELA.—SENTENCIA DEL PARLAMENTO.—
TRASLADO DEL NOVICIADO A ROUEN.—SE CIERRAN LAS ESCUELAS DE SAN
SULPICIO.—TRASLADO.

En 1703 salió JUAN BAUTISTA de la parroquia de San Sulpicio para trasladarse al barrio de San Antonio. Como no era más que inquilino en la casa de la calle de Vaugirard, sintió todos los inconvenientes de esta situación precaria; por esto desde los primeros días de su instalación estableció una procesión en los jardines, a fin de pedir a Dios que se dignase darle, siquiera para los novicios, una morada estable. Todos los Hermanos asistían a dicha procesión, y él la presidía, revestido de sobrepelliz. Rezaban el oficio parvo de la SANTÍSIMA VIRGEN, las letanías, algunos salmos y el *Memorare*. Pareció un momento que había sido escuchada esta súplica tan perseverante. La "casa grande" era muy adecuada para el santo SACERDOTE, por ser vasta y bien situada; los edificios se prestaban, por su extensión, a todos los acrecentamientos de su obra, por cuya razón el propietario le excitaba a comprarla, cediéndosela por cuarenta y cinco mil libras, cuando en realidad valía el doble. La ocasión era favorable, pero ¿qué esperanza había de que hallase suma tan crecida un pobre sacerdote despojado de sus bienes a favor de los pobres y que agotaba su crédito para alimentar a sus discípulos? De improviso tiene noticia de que una persona caritativa le deja un legado de cincuenta mil libras; llegaba a punto el dinero y con él la realización de su proyecto.

Pero tal satisfacción fue quimérica; sólo sirvió para ejercicio de su paciencia. Cuando pensaba recibir tal suma, las influencias, que ya tantas veces habían hecho fracasar sus designios, lograron también ahuyentarla de sus manos. Dios juzgó, sin duda alguna, que un acto de resignación de su SIERVO sería para el Instituto naciente fundamento más sólido que no una casa que había de arruinarse bajo la mano destructora del tiempo. No habiéndose recibido el legado, quedó el piadoso FUNDADOR tan pobre y perplejo como antes.

No obstante, la casa de la calle de Vaugirard había sido vendida y el comprador, deseoso de aprovecharse de ella, intimó a los Hermanos a que

se la entregasen. El santo SACERDOTE quedaba en la calle con una comunidad numerosa, sin apoyo y sin recursos; fue, por tanto, al nuevo propietario y le suplicó que le dejase siquiera el tiempo necesario para buscar un asilo. Accedió a ello el dueño, que era hombre de bien, tanto más cuanto no fue largo el plazo, pues al cabo de seis semanas había encontrado un alojamiento no muy cómodo, en verdad, pero suficiente, en el barrio de San Antonio, calle de Charonne, frente al convento de las Dominicas de la Cruz, y el 20 de agosto de 1703 se trasladó a él con anuencia del cura de San Pablo, a cuya parroquia iba a pertenecer. El recuerdo de las dificultades que había encontrado en la parroquia de San Sulpicio contribuyó también a su alejamiento, ya que esperaba desarmar a sus enemigos procurando hacerse olvidar de ellos.

Cercana como estaba la capilla de las Hermanas de la Cruz, a la cual iba a celebrar todos los días, llevando a su comunidad, no pidió autorización para erigir una en la casa que acababa de ocupar. Las religiosas pronto advirtieron la santidad que brillaba en el FUNDADOR de los Hermanos y el fervor con que ofrecía los santos misterios; quisieron, además, conocer su nombre y su historia y se movieron a compasión de su comunidad perseguida. Conocedoras de la penuria en que se hallaba, repararon en cuanto les fue posible las injusticias con que le trataban los hombres y se hicieron sus constantes bienhechoras. En todo cuanto poseían ellas, siempre había una parte reservada para los Hermanos, y durante largos años no disminuyó su caridad ni retiraron las limosnas al SANTO cuando salió del barrio de San Antonio. Habiendo ido a Rouen, tampoco fue olvidado de ellas, y cuando los rigores del hambre lo llamaron nuevamente a París en 1709, encontró en sus generosas bienhechoras la misma caritativa asistencia. El convento de las Hermanas era como un abundante granero que mantenía en reserva la Providencia para los discípulos de su amado y fiel siervo. Cuando la necesidad era extrema, el santo SACERDOTE se encaminaba al monasterio, diciendo alegremente: "Vamos a la Cruz", y jamás regresaba con las manos vacías.

Por lo demás, también él prestaba algunos servicios a las religiosas. Varias de entre ellas, maravilladas de la prudencia y piedad que en él notaban, habían solicitado el favor de confesarse con él y de ponerse bajo su dirección. Se resistió a ello por largo tiempo, a causa de sus crecidas ocupaciones; además no gustaba de confesar mujeres, para las cuales era, por otra parte, muy severo. No obstante, no pudo rehusar este favor a sus bienhechoras, quienes pudieron apreciar aún mejor su profundo conocimiento de la espiritualidad y la solidez de su devoción.

Permaneció en esta casa cerca de un año y medio, tiempo en el cual los Hermanos de las diversas Escuelas de París iban, según costumbre, a pasar con su PADRE los domingos y días de asueto.

Su virtud brillaba, no obstante, en toda ocasión; los esfuerzos mismos de su humildad para ocultarla la ponían más de manifiesto, de modo que el olor de su santidad se difundió por toda la parroquia.

Un día fueron a suplicarle, de parte del gobernador de la Bastilla, que confesase a un sacerdote que se hallaba preso en ella hacía muchos años por un crimen contra el Estado. Fue inmediatamente, y se encontró con un infeliz en la situación más lamentable, medio cubierto con una sotana hecha jirones, abandonado y olvidado de todos. No pudo contener las lágrimas el santo FUNDADOR al verlo en ese estado; le abrazó tiernamente, le consoló, oyó su confesión y le reconcilió con Dios. Después de los dulces consuelos para el alma, pensó también en aliviarle la miseria del cuerpo; trocando sus vestidos con los asquerosos harapos del pobre infeliz, se envolvió en su manto, rebosando de alegría por haber socorrido a un miembro dolorido de JESUCRISTO o más bien al mismo JESUCRISTO, según la palabra del divino SALVADOR: *Estando desnudo me cubristeis; encarcelado, vinisteis a verme* (S. Mat., XXV, 36.)

Cuando la persecución viene ordenada por Dios, mal puede el hombre eludirla huyendo. El santo VARÓN había trasladado a la casa de la calle de Charonne todas las fundaciones que había establecido en Vaugirard. Había instalado allí su noviciado y abierto Escuelas; entre ellas, una dominical.

Esta Escuela desencadenó nuevamente contra él la furia de los maestros calígrafos. Hemos referido ya cómo al ir a Paris, en 1688, se había visto cara a cara con dos enemigos poderosos, investidos de sendos monopolios: la asociación de maestros de escuela y la de los calígrafos. Habiendo sido rivales durante largo tiempo, vivían a la sazón más o menos de acuerdo y toda la enseñanza estaba en sus manos.

El SIERVO DE DIOS pudo pasar algún tiempo sin ser notado; pero cuando tomó incremento su obra, se despertó primero la envidia de los maestros de escuela, que en dos ocasiones distintas, 1688 y 1699, le habían citado ante el gran chantre, sin poderse salir con la suya, porque el piadoso FUNDADOR demostró que no dirigía más que Escuelas de caridad. Además, le protegía entonces el cura de San Sulpicio, cuyo crédito era bastante eficaz para contrarrestar la actividad de sus perseguidores.

Pero en 1703, apenas se hubo trasladado al barrio de San Antonio, varió completamente la situación. El proceso fue sustanciado con mucha mayor destreza, y fácilmente pudo conocerse que habían entrado en pugna nuevos adversarios.

Los maestros de escuela, por una parte, y los calígrafos, por otra, enemigos hasta entonces, se concertaron para perseguirle. Le denunciaron a un mismo tiempo, cada cual ante un tribunal diferente: los primeros ante el gran chantre, y los segundos, ante el teniente de policía. Así, el SANTO, enemigo acérrimo de los pleitos, se vio emplazado por implacables adversarios ante dos jurisdicciones paralelas, que tenían una y otra el poder de desbaratar su obra.

El 7 de febrero de 1704, estando los Hermanos en clase, se presentaron dos comisarios acompañados de un sargento con orden del teniente de policía para confiscar todo cuanto servía para escribir en la Escuela. Plumas, cuadernos, tinteros, muestras de escritura y hasta el cartel fijado encima de la puerta, todo fue incautado y puesto bajo la custodia de los mismos Hermanos, con prohibición expresa de ocultar una cosa cualquiera. Se retiraron los comisarios, dejándoles una hoja de papel que los citaba a comparecer ante el juzgado de policía para que se les intimase "la confiscación de todo el ajuar, más la multa correspondiente".

Quedaron aterrados los Hermanos, mas el HOMBRE DE DIOS conservó su ordinaria serenidad. Continuó dirigiendo sus Escuelas y enseñando a los niños, y ni se preocupó siquiera de responder a las acusaciones levantadas contra él.

El teniente de policía lo condenó en costas por rebeldía y a cincuenta libras de multa, prohibiéndole al propio tiempo recibir en las Escuelas de caridad a los niños cuyos padres no fuesen verdaderamente pobres y el darles una enseñanza superior a su condición.

Por esa misma época le condenó el gran chantre a cerrar las Escuelas; a pagar cincuenta libras de multa y a la confiscación de todo el ajuar del establecimiento. La sentencia del gran chantre, firmada en 14 de febrero de 1704, salió ocho días antes que la que habían alcanzado los maestros calígrafos del teniente de policía. Los dos ataques habían sido concertados, sin duda ninguna. Era menester que el abate DE LA SALLE se viese sitiado por todas partes, condenado por todas las jurisdicciones, reducido a la imposibilidad de encontrar un asilo, declarado incapaz de enseñar cualquier cosa que fuere y obligado a renunciar a su empresa.

Tan sosegado y tranquilo encontró al SIERVO DE DIOS la condenación como la persecución. ¿Pagó o no la multa? Lo ignoramos; lo cierto es que continuó la Escuela. Pero esto no era más que el principio de las pruebas.

Este primer proceso fue inmediatamente seguido de otros; los enemigos del paciente FUNDADOR no cesaron un punto, mas él estaba avezado a la lucha y resistió. Poseía una voluntad férrea en un corazón de oro.

Los ataques no se habían dirigido hasta entonces sino contra la Escuela de la calle de Charonne, pero no bastó eso para sus adversarios. Las Escuelas del barrio de San Marcelo y las de San Sulpicio fueron amenazadas simultáneamente. Nueva condenación del santo SACERDOTE y nuevo acto de viril resignación. Toda su vida es, en verdad, digna de la más profunda admiración. Durante los primeros siglos de la Iglesia vemos que los mártires declaran valerosamente su fe en JESUCRISTO, bajan a la arena, presentan sus miembros a la voracidad de las fieras y mueren, en fin, dando ese grito que ha resonado en el decurso de los siglos: "Soy cristiano". A los ojos de Dios las virtudes de JUAN DE LA SALLE brillan con no menos esplendor, aunque sean menos poéticas a los ojos del mundo. Fundar Escuelas para proporcionar la salvación eterna a millares de niños cristianos, verse en la precisión de cerrarlas, abrirlas de nuevo para volverlas a cerrar, y triunfar, por fin, de tantos obstáculos, después de las más prosaicas y duras pruebas, tal fue su vida; no tememos equivocarnos al decir que es tan bella, tan gloriosa, como la de los mártires; bien lo sabe Dios.

En vano se opusieron los Hermanos a la última sentencia dada contra ellos con motivo de las Escuelas de los barrios de San Marcelo y de San Sulpicio. Las vejaciones pasaron adelante; toda la comunidad tuvo que padecer, y junto con ella fue condenado el Santo sin remisión. La sentencia, ya durísima en sí, fue ejecutada con extremo rigor y publicada por medio de carteles en todos los barrios de París. Se presentaron varios sargentos en la Escuela de la calle de Charonne, armados de martillos y escalas; arrancaron brutalmente la inscripción de la puerta de entrada: HERMANOS DE LAS ESCUELAS CRISTIANAS, y se apoderaron de las mesas, bancos, libros, etc. Después de seis años de producir óptimos frutos, la misma Escuela dominical fue destruida por el bárbaro encarnizamiento de los maestros calígrafos. Así, la enseñanza laica empezaba a dar muestra de sus futuras hazañas.

Se refugió el VARÓN DE DIOS, por lo pronto, en el barrio de San Roque; llamó allá a los novicios y procuró abrir en él otra Escuela. Así andaba, pues, errante de parroquia en parroquia, con la esperanza de encontrar, por fin, algún sitio en que pudiese cimentar su obra, resguardada de las tempestades; pero en vano. Tampoco duró la Escuela de San Roque, pues le exigían condiciones a las que no podía acceder. No obstante, subsistió por algún tiempo este establecimiento, y fue como un amparo provisional, en que pudo recoger el SIERVO DE DIOS los restos dispersos de su comunidad naciente hasta que le fuese dado encontrar un asilo definitivo.

Pero aún no había llegado el santo FUNDADOR al término de sus pruebas y trabajos; otro más cruel le sobrevino, ocasionado por el Parlamento, de quien esperaba protección y ante el cual había interpuesto su apelación. El 5 de febrero de 1706 se dio la terrible sentencia. Se prohibía terminantemente en ella al Sr. DE LA SALLE que "dirigiera él, o sus Hermanos, escuela alguna en toda la extensión de París y de sus arrabales sin expresa autorización del chantre". Triunfaban los enemigos del santo VARÓN; todo parecía perdido.

ASÍ, el SIERVO DE DIOS era perseguido en todas partes y sin tregua. Que enseñase en la parroquia de San Sulpicio, en el barrio de San Antonio o en el de San Marcelo, que se defendiese u ocultase, no había remedio. Le condena el gran chantre; el teniente de policía le condena, y el Parlamento confirma la sentencia. Los adversarios, encarnizados hasta entonces unos contra otros, se reconcilian todos contra él, como Herodes y Pilatos contra NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO.

No encuentra un amigo, un protector, un juez imparcial y benévolo; y este París, a cuya instrucción se ha consagrado, se coliga para perseguirle a causa del bien que quiere hacerle. Al cabo de quince años de inútiles esfuerzos, se ve obligado a trasladar a otro suelo hospitalario la cuna de su Instituto.

Por lo demás, la Providencia había cuidado de esquivar del peligro una obra de la que quería servirse. No estaba ya en París el noviciado de los Hermanos, por haberlo trasladado el FUNDADOR a San Yon, cerca de Rouen.

Si el noviciado y la casa principal no estaban ya en París, siempre existían allí las Escuelas Cristianas, y ellas debían contrarrestar el choque de todos esos victoriosos adversarios, cuyo encarnizamiento se dirigía en particular contra las Escuelas de San Sulpicio. Si bien es verdad que

subsistían como Escuelas de caridad y que el cura tenía derecho a mantenerlas, ya no las miraba con la misma benevolencia el abate de la Chétardie. Lo habían notado los maestros calígrafos, y con altivez de vencedores tomaron a pechos el molestar a los Hermanos con sus continuas quejas. A cada momento entraban en las clases: hablaban de procesos, confiscaciones, multas, y los pobres se llenaban de espanto al oír estas amenazas.

Noticioso de esta persecución, JUAN BAUTISTA, que estaba en Rouen, regresó a París, volviendo a instalarse en su antiguo domicilio de la parroquia de San Roque. Para colmo de infortunio estaba enfermo, porque de resultas de sus largas oraciones se le había formado en una rodilla un enorme tumor, y era tal, que fue menester la intervención del cirujano. La operación, verificada en Rouen, había sido mal hecha, y hubo precisión de repetirla en París. Se hicieron nuevas incisiones con la lanceta, a fin de extirpar todas las raíces de la enfermedad. El heroico SACERDOTE soportó este dolor con resignación; estaba tan hecho al padecimiento, que era como su respiración y su vida. Puso la pierna en manos del médico y se entregó en brazos de Dios; pasó el tiempo de la operación rezando el breviario, sin que la violencia del dolor fuera parte a arrancarle la más leve queja.

La persecución, sin embargo, no amainaba, y el cura de San Sulpicio, lejos de interponer su autoridad para defender estos establecimientos que, siendo como eran Escuelas de caridad, dependían sólo de él, había, por el contrario, cerrado la de la calle de Fossés-Monsieur-le-Prince, con la esperanza de desarmar con esto a los maestros calígrafos. Pero esta concesión no sirvió sino para insolentarlos más, mostrándoles cuánto les temía. Ya que se cedía a sus exigencias, ¿por qué no habían ellos de seguir adelante?

Llegó, al fin, a ser tan violenta la persecución, que no creyeron los Hermanos poder resistir por más tiempo, y el santo FUNDADOR les permitió que se retirasen. De día en día se iban cerrando las Escuelas; al llegar los niños por la mañana, se encontraban con las puertas trancadas. Creían, desde luego, que sería día de asueto; pero habían desaparecido los Hermanos y pasaban muchos días sin que se supiese nada de ellos. Se alarmaron los padres de familia, ya que estimaban en mucho el que sus hijos fuesen educados cristianamente y no podían avenirse sin las Escuelas de los Hermanos. Fueron, pues, al cura de la Chétardie y le dieron parte del pesar que sentían. No se hallaban en posibilidad de mandar a sus hijos

a las Escuelas de los ricos; si se les cerraban las de caridad, los pobres niños se quedarían sin instrucción.

El cura de San Sulpicio gustaba de estas razones; pero no podía, sin embargo, obligar a los Hermanos a que siguiesen en la Escuela en medio de los disturbios y amenazas de los maestros calígrafos. Llamó, pues, a éstos y les dijo que habiendo traído él a los Hermanos les había confiado las Escuelas, que él los mantenía con sus fondos y que tuviesen por entendido que, en virtud de sus derechos, los sostendría en el cargo que les había encomendado. Extendieron el acta de sus declaraciones dos notarios, en presencia de los mismos calígrafos, y la remitieron al SEÑOR DE LA SALLE, a fin de que le sirviese como de título y para oponerse a nuevos ataques.

Después de tres semanas de interrupción volvieron a abrirse las Escuelas, pero el santo SACERDOTE no recobró la tranquilidad: el año era malo y los Hermanos no tenían recursos. El cura de San Sulpicio, que les daba una pensión, se la pagó en billetes del Estado, moneda desacreditada, que sufría un descuento considerable en el cambio. Tan módica pensión era insuficiente para satisfacer las necesidades más apremiantes; como el SIERVO DE DIOS fuera a implorar de nuevo el auxilio del cura, éste, que le recibió un tanto desabrido, le despidió con las manos vacías.

Esta última prueba le abismó en profunda melancolía; se consideró como único responsable por toda la comunidad, pensó que su presencia atraía a sus discípulos todo linaje de humillaciones y sinsabores y que todos los tiros se dirigían contra él. Los Hermanos eran amados, su obra apreciada; pero habrían querido algunos que se continuase sin él.

No encontrando más refugio que en Dios, resolvió retirarse al convento de los Carmelitas descalzos y pasar algún tiempo en Ejercicios. Permaneció allí quince días consagrado a la oración, sacando de sus comunicaciones con el SEÑOR la fuerza necesaria para soportar tantas pruebas y llevar a cabo su obra a través de tantos obstáculos. Durante este intervalo, uno de los Hermanos de la Escuela de San Sulpicio, a quien amaba el cura, había ido a verle y le expuso su triste situación. De improviso cambió el corazón del pastor; proveyó largamente a las necesidades de la Escuela y, según la previsión del SANTO, quizá por causa de sus ruegos, había cesado el azote del hambre.

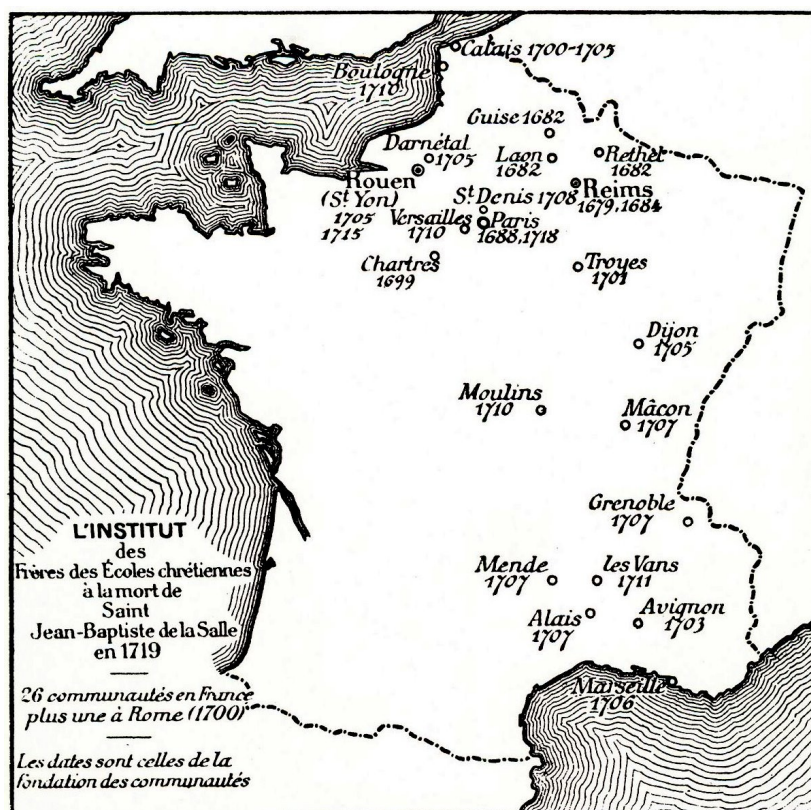
Pronto surgieron otras pruebas. Después de los quince días de Ejercicios volvió el FUNDADOR, y la persecución se encendió con más furor. El ánimo de los Hermanos empezaba a decaer, por no estar hechos a

semejantes luchas; tuvo que retirarlos de todas las Escuelas de la parroquia y distribuirlos entre las diversas casas del Instituto.

Las Escuelas se cerraron, y no quedó en cada una más que el Hermano Director para contestar a los que fuesen a preguntar la causa de la separación de los Hermanos. El cura de San Sulpicio no quería, sin embargo, que desapareciesen las Escuelas, y buscó otros maestros, pero no los halló. Se decidió entonces a llamar nuevamente a los Hermanos, con tal que ellos consintiesen en regresar. La humildad y bondad de JUAN BAUTISTA no podía menos de ceder; llamó a doce Hermanos de las distintas comunidades, diez destinados a la enseñanza, uno al servicio temporal y otro a la dirección del establecimiento y volvieron a abrirse las Escuelas a principios de octubre. El cura, entonces, ordenó a su vicario que formase un registro con los nombres, edad y domicilio de todos los niños y el estado económico de sus padres; y se convino “que en lo sucesivo no admitirían los Hermanos a ningún niño que no presentase una boleta de admisión obtenida en la parroquia”. Los maestros no tuvieron más motivos para quejarse ni pretextos para inspeccionar las Escuelas, y los Hermanos pudieron dedicarse sin más recelo a sus tareas ordinarias.

CAPÍTULO XVIII

ESCUELAS EN DIVERSAS PROVINCIAS: ESCUELAS DE CHARTRES, DE CALAIS, DE TROYES, DE AVIGNON.—ESCUELA DE REIMS.



Mientras los potentados de la tierra perseguían al santo FUNDADOR, sus bienhechores le abandonaban, y los maestros de Escuela coaligados con los calígrafos le obligaban a cerrar sus Escuelas, cuando el Parlamento, suprema jurisdicción del reino, le condenaba a no enseñar, y sus propios hijos se rebelaban contra él, su Obra se extendía sucesivamente por toda Francia y multitud de Escuelas se fundaban, ya en una, ya en otra ciudad. Se hubiera dicho que cada herida asestada al corazón del PADRE era una abertura hecha en las entrañas de la tierra para depositar en ella el grano que debía enriquecerla más tarde. Puede decirse que el número de sus fundaciones se cuenta por el de sus dolores y amarguras.

En 1699 le suscitaron pleito los maestros de escuela, y en el propio año funda la Escuela de Chartres. En el año siguiente funda una en Calais; y en Reims, donde se había despojado de todos sus bienes a favor de los

pobres, vuelve a comprar en su propio nombre una casa que parece haber sido la primera propiedad inmueble del Instituto.

Los años de 1702 y 1703 fueron testigos de sus largos debates con el arzobispado; pero en los mismos se establecieron las Escuelas de Troyes y de Avignon. Al mismo tiempo que en París le despojan del título de Superior, el arzobispo de Avignon llama a los Hermanos, y el espectáculo de las virtudes de éstos durante veintitrés años alcanza de este prelado un testimonio que más tarde contribuirá a que el Instituto sea reconocido por la Santa Sede. Además, en ese mismo año fue cuando, acusado en París de condescender con la herejía, mandó a Roma al más firme y antiguo de sus discípulos, consintiendo así en privarse para siempre de sus inmediatos servicios por mantener un vínculo permanente entre la Sede de Pedro y su obra; un representante fiel que pudiese dar testimonio en todo tiempo de su obediencia y de su fe y poner, en fin, a la vista del Sumo Pontífice el modelo de estas Escuelas que él no quería fundar sino con las augustas bendiciones del Vicario de JESUCRISTO.

En los años de 1704, 1705 y 1706 se recrudecen a porfía las persecuciones de los maestros de escuela y de los calígrafos; la Institución es conmovida hasta en sus cimientos y parece que está a punto de perecer. Por ese mismo tiempo se fundan Escuelas en Marsella, y los obstáculos que el santo FUNDADOR encuentra en París le hacen huir a Rouen, en donde la casa matriz recibe incrementos que jamás habría podido adquirir en París.

Terminan los procesos en 1706 con la sentencia del Parlamento; al año siguiente una florecencia de nuevas fundaciones cubre el mediodía de Francia, y se establecen Escuelas en Mende, en los Vans y en Grenoble.

¿Qué vínculo unía así estos triunfos con tales pruebas y en qué balanza se pesaban las lágrimas y sinsabores del FUNDADOR para atraer sobre su Instituto bendiciones tan abundantes? Misterios son éstos que columbra el ojo del hombre, pero en los cuales no le es dado penetrar.

El primer obispo que se dirigió a él pidiéndole Hermanos para su ciudad episcopal fue el de Chartres. Siempre habían manifestado ardiente celo de la instrucción los prelados de esta diócesis, siendo los curas los encargados de proveer al establecimiento de Escuelas costeadas por los feligreses. Ellos mismos nombraban los maestros; debían visitar la Escuela una o dos veces por año, preguntar a los niños y examinar los textos. Además, la enseñanza debía darse en un lugar especial y no en la iglesia.

El clero de la ciudad de Chartres había tomado a pechos estas obligaciones. Ya existían maestras de escuela para las niñas en las parroquias de la ciudad. Los curas de estas parroquias solicitaron un establecimiento análogo para los niños, y dirigieron con este fin una representación a su obispo. No podemos resistir al deseo de citar este documento, como una prueba elocuente del interés que tomaba el clero por la instrucción de la niñez. "Después de haber conferenciado juntos varias veces —decían los curas—, nos hemos convencido de que una de las principales causas de la indocilidad, desorden, ignorancia y aun desarreglo visible de los niños de uno y otro sexo en la ciudad provienen de que no hay Escuelas gratuitas para los pobres, o de que los maestros y maestras que han desempeñado ese oficio sin conocimiento de las autoridades, no se proponían en tal ocupación más que el ganar la vida y, por tanto, no han cumplido su deber para bien de los niños; ora por incapacidad, ora por falta de celo y aplicación. Resulta de imperiosa necesidad el que se remedie un mal tan grande, de modo que haya en la ciudad maestros y maestras de escuela —de parte de Vuestra Señoría— que no dejen nada de desear en punto a capacidad, piedad y celo, para encomendarles el cuidado de la juventud; y sobre todo, que haya algunas Escuelas gratuitas para los niños pobres, quienes, por carecer de medios para pagar a los maestros, andan errantes y holgazaneando, sin instrucción ni disciplina con lo que se corrompen fácilmente y llegan a ser incorregibles. Por lo cual, SABEDORES DE QUE HAY EN PARÍS UN SACERDOTE DE ACENDRADA PIEDAD QUE SE OCUPA EN FORMAR Y EDUCAR PARA ESTE EJERCICIO A LOS JÓVENES QUE TIENEN TODAS LAS DOTES NECESARIAS PARA DESEMPEÑARLO DIGNAMENTE, y que los envía a donde se los piden, con tal que se les asegure la subsistencia mediante una suma muy módica, nos hemos creído obligados, Ilustrísimo Señor, a acudir a V. S. I. para suplicaros humildemente que empleéis vuestro crédito y aun vuestras limosnas, a fin de proporcionar a esta ciudad un medio tan poderoso para la reforma de los males del pueblo."

Era entonces obispo de Chartres el Sr. Godet des Marais, que había conocido al abate DE LA SALLE en el seminario de San Sulpicio, donde él había sido también educado. Desde aquel tiempo había seguido con solicitud el nacimiento y desarrollo de su Instituto. Sumamente preocupado de la educación cristiana de la juventud, había escrito ya en 1694 al SIERVO DE DIOS, suplicándole que le enviase algunos Hermanos. El SANTO, que no tenía a la sazón sino muy pocos, no había podido acceder a los deseos del prelado, el cual, sin embargo, le había renovado varias veces

la petición; pero en 1699, excitado por los curas, le escribió con mayor insistencia.

En FUNDADOR no quiso tomar una determinación tan grave sin consultar previamente a los Hermanos; los reunió pues, les expuso la petición que se le hacía y les habló del celo ardiente del Sr. Godet des Marais. Opinaron todos que no debían desechar el bien que se les presentaba y se ofrecieron para ir a cumplir esta misión. Entonces escogió seis de los más inteligentes y celosos de entre ellos, con otro para el servicio temporal de la casa; la pequeña colonia partió, como de una colmena abundante sale un enjambre para labrar en otro sitio el nuevo panal.

El obispo de Chartres se había encargado de todos los gastos; pero no bastaba tener maestros y abrir Escuelas, era menester darles alumnos y excitar eficazmente a los padres de familia para que enviasen a ellas sus hijos. Con tal objeto escribió el prelado una pastoral el 11 de octubre, recordando a los padres sus deberes, y anunció la instalación de las Escuelas para el 12 del propio mes. Se abrieron, efectivamente, en dicho día, acudiendo los niños en crecidísimo número.

Mientras vivió el Sr. Godet des Marais, trató con solicitud a los Hermanos de las Escuelas Cristianas. Los visitaba a menudo, inquiría sus necesidades, las remediaba y cuidaba, sobre todo, de moderar su ardor y sus austeridades.

No fue menor el afecto y aprecio que manifestaba al Sr. DE LA SALLE. Cuando éste iba a Chartres para visitar a los Hermanos, lo recibía honrosamente y aun le invitaba con insistencia a comer con él. Rehusaba el modesto SACERDOTE estas invitaciones con tanta humildad, que para vencer su resistencia tuvo el obispo que mandar cerrar un día las puertas de su palacio y guardarlo prisionero. En la imposibilidad de salir, se sometió graciosamente y aceptó la comida. Después de concluida, el obispo y su vicario general le hicieron cargo de la aspereza de su vida y de la extrema pobreza de sus vestidos; le criticaron lo tosco de su calzado, la deformidad de su sombrero y los remiendos de su hábito. El VARÓN DE Dios se defendía con la mayor sencillez, dando por razón la Regla que había adoptado. Estaba, sin embargo, vestido tan miserablemente, que el obispo le regaló un manteo, y a fin de quitarle todo pretexto para que lo aceptase, se lo mandó hacer de tela grosera y semejante al viejo. Lo aceptó humildemente el santo SACERDOTE como una limosna y se lo puso. Pero una

noche que volvía a casa, en París, fue encontrado por unos ladrones, a quienes agradó aquella prenda y quisieron quitársela; él se la dio al punto.

Las Escuelas de Chartres habían prosperado rápidamente: sólo la vista de los Hermanos, tan recogidos, tan observantes en toda su conducta, tan aplicados a todos sus deberes, había bastado para convertir a los niños de tal modo, que a la vuelta de pocos meses ya eran completamente distintos.

El santo FUNDADOR, no obstante, había menester gran fuerza de alma y perseverancia para conservar intacta su Regla en medio de todas las contradicciones que se le presentaban. Dondequiera que la ponía en vigencia, tropezaba con opiniones particulares que se le oponían, usos antiguos o mezquinas prevenciones.

La casa de Chartres fue también probada por Dios. Los Hermanos tuvieron que padecer más de una vez los rigores del hambre y de la miseria. En 1705, una epidemia arrebató a la mayor parte de estos humildes educadores, los cuales habían permanecido firmes en su puesto y sucumbieron modestamente heroicos. Además, en Chartres, como en París, surgió también otra epidemia: la plaga de los procesos. Pero, gracias a Dios, el SANTO y sus Hermanos salieron triunfantes y, finalmente, prosperó la fundación.

El establecimiento de Calais se abrió pocos meses después de este último. A fines de 1699, un joven eclesiástico que estudiaba teología en el seminario de los "Bons-Enfants", el abate Ponthón, sobrino del antiguo cura deán de Calais, vio un día en la iglesia de San Sulpicio a los niños de las Escuelas Cristianas que oían misa bajo la dirección de un Hermano. Quedó tan prendado de su recogimiento y buen orden, que se informó cuidadosamente del nombre de los maestros que les daban tan buena educación. No bien hubo conocido a los Hermanos, cuando concibió el deseo de enriquecer su ciudad con un establecimiento tan precioso. Estaba ya nombrado cura de Calais por abdicación de su tío, y traía desde entonces en el corazón el amor espiritual de su futura parroquia. Puso en conocimiento de su tío cuanto había visto, comunicándole su entusiasmo y ardor. Le encargó el tío que visitase al abate DE LA SALLE y le pidiese Hermanos, mientras que él, por su parte, iba a hacer todo lo posible para facilitar su instalación.

Los regidores de la ciudad, muy religiosos y solícitos de la educación cristiana de la juventud, aprobaron este proyecto. Escribieron al Sr. de Béthune, gobernador de Calais, pidiéndole el consentimiento; como él era

también eminentemente piadoso y se había informado bien por una conversación con el SIERVO DE DIOS no sólo consintió en la fundación de la Escuela, sino que dio a los Hermanos un escrito firmado de propia mano y sellado con sus armas, en el que los encomendaba a la ciudad en los términos más expresivos, y el obispo de Boulogne, Pedro de l'Angle, dio las autorizaciones necesarias. Cediendo el piadoso FUNDADOR a tantas instancias, envió a dos Hermanos, cuyo primer cuidado fue ir a postrarse a los pies del obispo, pidiéndole licencia para enseñar la Doctrina Cristiana. Convino en ello el prelado y escribió una carta pastoral a los habitantes de Calais, excitándolos a que confiasen la educación de sus hijos a los nuevos maestros.

Se abrió, pues, la Escuela con muy favorables condiciones: los sacerdotes y los fieles rivalizaban en ardor para sostenerla, y aun pudo obtener, gracias al Sr. Ponthón, varios dones del rey en 1701 y 1702.

Los buenos resultados de esta fundación inspiraron a algunas personas el deseo de formar otra Escuela. Había en Calais un barrio retirado, llamado Court-Gain, habitado únicamente por marineros. Esta población era honrada y religiosa, pero ignorante en extremo; los niños, desde tierna edad, se embarcaban y se ocupaban en la pesca, sin que nadie cuidase de educarlos e instruirlos. El abate Leprince, eclesiástico celoso, que era capellán en el barrio, quiso establecer una Escuela, pero necesitaba para ello de terreno, casa, Hermanos y recursos con que vivieran. La caridad se encargó de proveer a todo.

Los regidores de la ciudad, de acuerdo con el cura, escribieron al Señor de Pontchartrain a fin de obtener de él la concesión de un lugar situado en el Court-Gain, en el que había habido un cuerpo de guardia, y lo alcanzaron. El abate DE LA SALLE se dio prisa en enviar dos Hermanos. El rey les fijó una pensión anual de ciento cincuenta libras, que más tarde llegó a trescientas y que fue pagada hasta su muerte.

La Escuela de los marineros de Calais no produjo resultados menos satisfactorios que la de los niños de la ciudad. El nombre del SANTO era tenido allí en gran veneración; cuando fue allá por primera vez, en 1716, le recibió con grandes honores un piadoso caballero, el Sr. Gence, quien se aprovechó también de una comida que dio al SIERVO DE DIOS para hacerlo retratar a escondidas por un pintor oculto tras una cortina. El SIERVO DE DIOS cayó en la cuenta de este inocente ardid, siendo grandemente lastimada su humildad.

El Sr. Gence poseía una fortuna considerable. Era soltero, y dedicaba su tiempo y sus bienes al servicio de la Religión. Se ocupaba, sobre todo, en combatir contra los reformados o en convertirlos; pero admiraba mucho la obra de los Hermanos. "Vosotros venís —les decía— a cultivar el campo del padre de familias, y si no habéis sido de los primeros llamados a trabajar en él, os ha cabido en suerte roturar la parte más abandonada. Sois como aquellos espigadores que van tras los que siegan para recoger aquí y allí las espigas olvidadas. Si no subís al altar ni al púlpito; si no entráis en el tribunal de la penitencia ni en el bautisterio; si vuestro ministerio no os pone en las manos el incensario para ofrecer perfumes al ALTÍSIMO en su templo, tenéis al menos la honra de prepararle templos vivos y de trabajar en la santificación de la juventud más desamparada. Ejercéis el oficio de los Apóstoles, que se descargaban gustosos de todas las demás ocupaciones para dedicarse con empeño a la oración y a la enseñanza de la doctrina de JESUCRISTO."

La Escuela de Troyes data de 1703. Ya hacía largo tiempo que unas religiosas estaban encargadas en esta ciudad de la educación de las niñas, y el clero velaba igualmente sobre la educación de los niños. Antes de 1703 existían Escuelas de caridad para los niños de ambos sexos en todas las parroquias; pero la principal dificultad consistía, como en todas partes, en encontrar maestros que las dirigiesen.

En 1702 una piadosa señora dejó al cura de San Lizier una renta de doscientas libras para una Escuela de pobres. Este pensó inmediatamente en los Hermanos; en un viaje que hizo a París rogó al Sr. DE LA SALLE que enviase algunos a Troyes. Las doscientas libras por año eran insuficientes para dos Hermanos, si habían de pagar con ellas el alojamiento y la manutención. El santo FUNDADOR rogó al cura que les cediese la casa rectoral, ya que él vivía en el seminario menor, de cuya dirección estaba encargado. Consintió el cura y se firmó inmediatamente el contrato. Los Hermanos llegaron en 1703, y abrieron la Escuela. Permanecieron durante siete años en dicha casa, contentándose con las doscientas libras por año para la subsistencia.

En 1710 el sucesor del cura no pudo seguir dándoles su casa, viéndose obligados a buscar otra en la ciudad, por lo cual su módica pensión fue del todo insuficiente; pero como se habían granjeado el afecto de los habitantes, varias personas caritativas se dignaron acudir en su auxilio. El obispo los había tomado bajo su protección, se interesaba

mucho por las Escuelas y no podía menos de amar a los discípulos de JUAN BAUTISTA DE LA SALLE.

El Instituto se extendió en 1703 por Languedoc y Provenza, en el momento mismo en que la persecución se encarnizaba más cruelmente en París contra el santo SACERDOTE. La Providencia, que le afligía por una parte, le consolaba por otra, y el crisol de la prueba era así el instrumento de su prosperidad futura. La persecución, que iba a dispersar su rebaño, había de servirle a él, como sucedió a los Apóstoles con la Iglesia, para trasladar a lo lejos los gérmenes de su Instituto; andando errante de ciudad en ciudad, pasaría plantando en ellas sus Escuelas.

En 1702, Juan Pedro de Madón, señor de Château-Blanc, tesorero del Papa en Avignon, había querido fundar una Escuela de caridad en esta ciudad. Antes de fallecer su esposa, le había legado seis mil libras para este objeto; pero él no sabía cómo realizar tan piadoso deseo, porque allí, como en todas partes, faltaban maestros. Los buscaba con afán cuando una persona de Lyon le habló del Instituto fundado por JUAN BAUTISTA DE LA SALLE. El Sr. de Château-Blanc le escribió inmediatamente, pidiéndole dos Hermanos.

El santo SACERDOTE vaciló mucho tiempo, pues temía que sus hijos, apartados de él, perdiesen el afecto a la Regla y que en un país rodeado de herejes cediesen a las seducciones del error. Pero por ese tiempo, uno de los Hermanos que había mandado a Roma pasó, de regreso, por Avignon. Lo supo el señor de Château-Blanc; lo detuvo al paso, y quedó tan bien impresionado de sus virtudes, que escribió al SIERVO DE DIOS con mayor insistencia. No pudiendo resistir éste por más tiempo a su demanda, envió dos Hermanos.

El señor de Château-Blanc los alojó mientras les aparejaban la casa, y añadió de sus propios bienes a lo que se les había dado, a fin de que nada les faltase. Lo primero que hicieron los Hermanos a su llegada fue ir a postrarse, según su costumbre, a los pies del arzobispo para pedirle su autorización y bendición. Los acogió con suma benevolencia, les concedió lo que deseaban y la Escuela se abrió en 1703. Llegó a ser tan floreciente, que no se bastaron los dos Hermanos, por lo que el Sr. de Château se dirigió al FUNDADOR, en marzo de 1705, pidiéndole otro más. Le decía que la ciudad estaba muy contenta de sus discípulos y el vicelegado tan satisfecho, que continuamente les daba pruebas de su benevolencia; que faltaba sólo aumentar el personal y que Dios proveería a su subsistencia. "No dudo —añadía— que lo haréis así, porque esta obra de caridad es de

las más necesarias en esta ciudad. Espero, señor, que os dignaréis probarlo en persona y que tendremos la dicha de veros aquí."

Fueron enviados otros Hermanos más, y el vicelegado, por orden del papa Clemente XI, y el arzobispo se encargaron de su subsistencia. Este último dedicaba a las Escuelas el más solícito interés. Las visitaba a menudo, pasaba en ellas horas enteras, asistía a las clases, examinaba a los niños, excitaba su emulación, los llamaba a su palacio y escuchaba complacido sus respuestas sobre la Doctrina Cristiana.

Los Hermanos de Avignon tenían, pues, dos Escuelas: la una, "mayor", en la que los niños aprendían a leer, escribir y calcular, y la otra, "menor", para los niños más tiernos, que aprendían sólo a leer. Iban todos los días a misa, y los Hermanos les explicaban la Doctrina Cristiana. Los domingos y fiestas los conducían a la misa mayor y a las vísperas de la parroquia, dándoles también algunas explicaciones de catecismo.

Estas Escuelas se hallaban establecidas en una casa comprada por el Sr. de Château-Blanc en la parroquia de San Pedro, en el barrio del "Puits de la Reine". Estaban muy distantes del Ródano, a cuyas orillas habitaban muchos artesanos, carreteros y bateleros. Más tarde se fundó otra en este barrio, con el auxilio de la ciudad y del Sumo Pontífice. La Santa Sede, en efecto, informada por el arzobispo, manifestaba simpatía a los Hermanos. El arzobispo les dio en 1720 un certificado, en el que testificaba que "desde su establecimiento en la ciudad siempre habían cumplido su oficio con mucho celo y asiduidad; que el público sacaba grandes ventajas de sus cuidados y esmero en la educación cristiana de los niños, y que su modestia y la pureza de sus costumbres siempre habían sido de singular edificación". Tal testimonio contribuyó en gran manera a que fuese reconocido el Instituto por la Santa Sede.

No podemos hablar de las Escuelas Cristianas de provincias sin volver a Reims, que las había alumbrado. Después de la salida del SANTO se dispersó el seminario de maestros para el campo y el noviciado menor hubo de ir a París; pero las Escuelas permanecieron, y en vez de la indiferencia que les acogió al principio, se trocó después en benevolencia y ayuda. Los parientes, los antiguos colegas, los amigos del ilustre FUNDADOR se interesaron en su obra y le prestaron su apoyo, a fin de que la estableciese de un modo firme y duradero. El 11 de agosto de 1700 JUAN BAUTISTA compró, con su hermano Luis, el canónigo Claudio Pepin y otro sacerdote, una casa situada al principio de la calle Nueva en que ya tenían Escuela los Hermanos. Al año siguiente compraron otras dos adjuntas a la

precedente e hicieron un documento para explicar sus intenciones. Se convino en que las adquisiciones serían para alojamiento de los Hermanos y local de las Escuelas, sin que pudiesen pretenderlas los herederos. En caso de fallecimiento de uno de ellos, los demás debían elegir un socio, que llegaría a ser copropietario con ellos. Esta organización duró largos años después de la muerte del FUNDADOR.

Tal resultado era, por supuesto, obra de la prudencia cristiana; pero sobre todo un efecto de la gracia de Dios.

CAPÍTULO XIX

LA ESCUELA DE ROMA.—EL HERMANO GABRIEL.—SU CORRESPONDENCIA CON EL FUNDADOR.

Quería tener JUAN BAUTISTA DE LA SALLE una Escuela cerca de la Santa Sede, a fin de que el Sumo Pontífice pudiese juzgar de su obra, bendecirla si era de su agrado y admitirla bajo la protección de la Iglesia. Por escasos que fuesen sus recursos y poco numerosos sus discípulos, se decidió, no obstante, a enviar dos Hermanos a Roma, y de preferencia escogió para esta misión tan importante al Hermano Gabriel Drolin, uno de aquellos que habían hecho con él el voto de estabilidad en 1891.

Los dos Hermanos salieron en 1700. Uno de ellos cayó enfermo, teniendo que regresar a Francia al año siguiente. El Hermano Gabriel prosiguió su viaje y llegó a Roma, donde permaneció más de un cuarto de siglo solo, lejos de su PADRE espiritual, lejos de su comunidad, luchando con toda suerte de tentaciones, pero manteniéndose fiel a la misión que había recibido, cual era la de alcanzar la aprobación de su Instituto.

No siempre le sucedieron las cosas en conformidad con sus deseos, sino que le salieron al paso dificultades sin cuento: unas, provenientes de las personas; otras, de las costumbres del país, y por fin, otras, de la falta de recursos. Corrían los meses sin que encontrase modo de fundar nada, mientras su FUNDADOR le escribía cartas y cartas para estimular su celo y sostener su valor: "Ruegue mucho a Dios para que haga de usted conforme a su divino beneplácito. Debe entregarse del todo en sus manos y no hacer nada sino por disposición suya." El Hermano Gabriel era tan pobre entonces, no menos que el Instituto, que le anunciaron un día como fausta noticia que "una piadosa señora se encargaba de proporcionarle un vestido".

A pesar de los medios de que se veía obligado a servirse, el Hermano Gabriel no perdió de vista el establecimiento de una Escuela, a lo que el SANTO no cesaba de excitarlo; por fin, logró lo que deseaba. Una familia cristiana, la del Sr. de Bussièrre, le alimentaba por caridad; pero no vivía con ella, sino que pasaba todo el día en el ejercicio de la enseñanza. El SIERVO DE DIOS lo felicita, y le promete mandarle libros; pero se ve en sus cartas que nunca le desamparaba la prudencia: "No gusto de aventurarme

en cosa alguna, y en Roma me aventuraré menos que en cualquier otro lugar; la Providencia es la que debe obrar primero; estoy satisfecho cuando me parece que no sigo más que sus órdenes. No tengo entonces motivo para arrepentirme, mientras que cuando emprendo algo por mí solo, no espero muy buenos resultados si Dios no se digna echar su santa bendición."

Con todo se había fundado la Escuela en Roma, y el Hermano Gabriel lo había comunicado al SUPERIOR. Se mantuvo durante muchos años pobre, sí, pero floreciente. En 1706 fue aprobada, y el 12 de mayo del mismo año le suplicó el SANTO que le indicase la fecha exacta de las letras patentes, para obtener las cuales habían sido menester cuatro años de ensayos y de repetidas instancias. Por lo demás, seguía prosperando la Escuela y los niños acudían a ella en gran número, lo que llenaba de sumo consuelo al santo FUNDADOR.

El Hermano Gabriel se hallaba agobiado de trabajo, pues tenía que dirigir él solo una Escuela muy concurrida; además, ser representante de los Hermanos en Roma y dar a conocer el nuevo Instituto a los eminentes personajes de la Iglesia. En medio de tantas atenciones podía alterársele la salud, como sucedió, en efecto, puesto que cayó enfermo, también era de temerse que no tuviese tiempo para dedicarse suficientemente a la oración y perdiese así el gusto de la vida interior. El solícito PADRE se lo recuerda con afectuoso cuidado (³): "Hace unos ocho días que recibí la carta de usted, carísimo Hermano mío; he sentido mucho su enfermedad, así como me alegro de veras de que Dios le haya vuelto la salud. Yo también he estado bastante mal esta semana, sin poder andar; pero ahora voy mucho mejor. Extrañaba mucho el no tener noticias de usted, y eso me llenaba de cuidado. Lo que pienso hacer es mandarle un Hermano a fines de este verano, porque deseo con ansia proporcionarle más descanso y los medios de aplicarse a la oración. No sé, sin embargo, qué es lo que puede estorbárselo a usted. Ruegue mucho a NUESTRO SEÑOR que bendiga su obra."

No pudo realizarse el proyecto que había formado el buen PADRE de mandar otro Hermano a Roma, bien fuese por falta de dinero, bien por escasez de personal. El guiaba y sostenía cuanto le era posible al Hermano Gabriel: le ponía al corriente de todo lo que pasaba en la comunidad, le pedía sus oraciones, le prometía las suyas y hacía de modo que la distancia y el aislamiento no lo extrañasen de la familia.

³ Carta del 1.º de abril de 1705.

Las tentaciones eran grandes; el dinero, sobre todo, faltaba, y parece que el Hermano Gabriel hubo de volver a hospedarse en una casa particular, que era, sin duda, aquella en que se alojó al principio. Se inquietó el VARÓN DE DIOS, y le escribió en 1708: "Dígame si ejerce usted el mismo empleo y si no pretende otra cosa. Ruego a NUESTRO SEÑOR que le infunda su divino Espíritu y que haga de usted lo que le plazca a Él."

Tanta perseverancia y tantas súplicas no podían quedar estériles. El Hermano Gabriel obtuvo, por fin, una Escuela del Papa; para dirigirla salió de la casa del señor de la Bussière. El SANTO se llenó de gozo, y lo felicitó: "Esto es lo que yo ansiaba —le escribió—; bien sé que hay trabajo donde usted se halla, y me alegro de que tenga muchos discípulos." Y el santo SACERDOTE bendecía a Dios.

Sostenido por tales consejos resistió el Hermano Gabriel a todas las tentaciones, permaneció fiel a su Regla y se mantuvo así veintiocho años lejos de su comunidad, sin decaer en nada. Muchas de las cartas que le escribió su amoroso PADRE se han perdido por desgracia; pero las que existen bastan para dar una idea de los afectos que le habían dictado.

Las de los últimos tiempos, sobre todo, manifiestan una confianza absoluta: "Muy a pesar mío —le decía en 1716— no he podido escribirle en tanto tiempo; le aseguro que le profeso suma ternura y afecto y que ruego a Dios por usted muy a menudo."

No volvió el Hermano Gabriel Drolín a ver más a su PADRE. Se quedó en Roma hasta el año 1728, regresando a Francia sólo siete años después que el Sr. DE LA SALLE se hubo dormido en la paz del SEÑOR. Durante un cuarto de siglo había sido representante de su comunidad en Roma. El Sumo Pontífice juzgó del maestro por las virtudes del discípulo, y de la obra entera por esa humilde Escuela que atraía la admiración de los romanos mismos, con estar hechos a contemplar tantas maravillosas creaciones de la santidad y del ingenio.

El Hermano Drolin falleció en 1733, en la comunidad de Auxonne, en la diócesis de Besançon.

CAPÍTULO XX

ESTABLECIMIENTO DE ROUEN.—LA PÍA FUNDACIÓN PARA LOS POBRES SANOS.—
ESCUELA DE DARNETAL.—LOS HERMANOS EN ROUEN.—EL SR. CAMUS DE
PONT-CARRÉ.—ESTABLECIMIENTO DE SAN YON.

A ROUEN fue llamado JUAN BAUTISTA en 1705. La instrucción de los niños no había sido tan descuidada en esta ciudad como en tantas otras. La Normandía era una de las provincias más adelantadas de Francia; la ciudad de Rouen, en especial, contaba en su seno considerable número de personas caritativas, que se ocupaban en asegurar para los pobres los beneficios de una educación cristiana.

Existía en esta ciudad una administración muy antigua de caridad, llamada *Pía Fundación para los pobres sanos*. Era una Junta compuesta de magistrados, sacerdotes y concejales, que se reunían cada semana para tratar de las necesidades de los pobres. Repartían limosnas, en ciertos días, entre los indigentes; buscaban nodriza a los niños, y no vacilaban, en ciertos casos, en combatir la miseria por medios de rigor, en vez de aliviarla.

A mediados del siglo XVII se había transformado esta institución, perdiendo su carácter de reunión ocasional para convertirse en una administración permanente. Varios hombres de bien, de lo más distinguido de la ciudad, dejaban sus ocupaciones para ir a alojarse en el hospital general, en medio de los pobres, a fin de prestarles sus cuidados. Tales eran, en la época de que hablamos, los dos hermanos Bimorel, uno de los cuales era tesorero de Francia, y el otro canónigo de la iglesia metropolitana y consejero en el Parlamento.

La *Pía Fundación* no había descuidado la educación de los niños pobres. Ya desde 1555 había comprado en los diferentes barrios de la ciudad cuatro casas, en las que sendos eclesiásticos debían enseñar a los niños pobres "a temer y alabar a Dios, los artículos de la Fe y los mandamientos de la Ley, el catecismo, la lectura y caligrafía Y, principalmente, las buenas costumbres". Los cuatro maestros encargados de esta enseñanza tenían pagado el alojamiento y cada cual recibía, además, cincuenta libras de renta, debido todo a los fondos suministrados

por varias personas caritativas para dichas Escuelas. Subsistieron así como cosa de un siglo. Disminuyó, con todo, su número, y por los años de 1655 ya no había más que una.

Por el tiempo de que hablamos toma la *Pía Fundación* una decisión muy importante: imagina sustituir las Escuelas con una casa de internos; establece en 1854 que los niños pobres de ambos sexos, desde los ocho años, serán recogidos en las casas de la administración, a fin de que sean educados en la piedad, adiestrados en lectura y caligrafía y empleados en diversas artes y oficios. Al propio tiempo, se fundaba una Escuela análoga en el hospital general. Dos sacerdotes corrían con la educación cristiana y un maestro calígrafo iba a enseñar la lectura y las cuentas mediante un sueldo de cincuenta y cuatro libras.

El número de niños recogidos e instruidos de este modo era forzosamente muy reducido, y variaba según los recursos de la *Pía Fundación*. Pero fuera de estas casas una multitud de niños quedaban privados de toda clase de instrucción. Observando este inconveniente el señor Lorenzo de Bimorel, emprendió la restauración de las Escuelas de barrio.

Entonces es cuando aparece el Sr. Nyel. En 1657 se encarga, mediante cien libras de renta, de iniciar a los niños de la *Pía Fundación* en la Doctrina Cristiana, de enseñarles a leer y escribir y de llevar las cuentas de la casa. Poco después cuida de los niños aprendices o empleados como criados. El Sr. de Bimorel encuentra en Nyel un precioso auxiliar para el restablecimiento de las Escuelas de barrio. Desde 1661 hasta 1669 vuelven a abrirse en diversas partes de la ciudad: primero, en la parroquia y cementerio de San Maclou; luego, en el cementerio de la iglesia de San Viviano; en seguida, en la torre Gobelín, para el barrio de Beauvoisín; después, en Darnetal, en San Severo y otros puntos.

Desde su establecimiento primitivo hasta su restauración, a mediados del siglo XVII, las Escuelas públicas de caridad de Rouen fueron dirigidas por eclesiásticos. Pero imposible era encontrar en el clero una serie de hombres que se resignasen a estas humildes ocupaciones, renunciando para siempre a posiciones más adecuadas y conformes con sus estudios y educación. Las Escuelas cayeron, pues, por falta de maestros.

Vinieron en seguida los maestros instituidos por el Sr. Nyel; pero esta institución sin fundamento no podía subsistir, y desapareció rápidamente después de la muerte de su fundador. Los maestros se relajaron, y vinieron a menos su disciplina y regularidad. No se encontró

quién ocupase los lugares que quedaban vacantes por la muerte o el cambio de profesión de sus miembros.

No sabía qué hacer la *Pía Fundación*, pues ninguno de los medios que ensayó surtió efecto, y las Escuelas de Rouen se hallaron en plena decadencia.

Se acordaron entonces de JUAN BAUTISTA DE LA SALLE. En Darnetal, pequeña ciudad manufacturera, situada a las puertas de Rouen, había fundado una Escuela Lorenzo de Bimorel, en 1670, sostenida por los miembros de la Congregación de Nuestra Señora, establecida en casa de los Padres Jesuitas. Uno de ellos, el P. Deshayes, después cura de San Salvador, en Rouen, había estado con el FUNDADOR de los Hermanos en el seminario de San Sulpicio, y conocía su Instituto. Habiendo muerto el maestro de escuela de Darnetal, este Padre hizo delante de los otros, sus compañeros, tal elogio de la obra del Sr. DE LA SALLE, que resolvieron dirigirse a él para continuar la Escuela. El P. Deshayes escribió al abate Chardón de Lagny, sacerdote de la comunidad de San Sulpicio, con quien estaba relacionado, encargándole de esta negociación. El piadoso FUNDADOR aceptó estas proposiciones.

Se ofrecía a los Hermanos la módica suma de cincuenta escudos por año, la cual no era suficiente para su manutención. No obstante, aceptó el SANTO, porque en Darnetal habían empezado las Escuelas de la Sra. de Maillefer y del Sr. Nyel, y tenía interés en establecerse allí. Mandó un Hermano para que examinase la casa que les destinaban; como estaba próxima a la iglesia y adecuada a las Escuelas, consintió en dar dos Hermanos. Estipuló, sin embargo, que no serían distraídos de su oficio, ya que, según costumbre de las aldeas, los maestros de Escuela eran empleados a menudo en los servicios inferiores de la iglesia: vestían sobrepelliz, cantaban en el coro, hacían las veces del sacristán. Habría sido para los Hermanos una ocupación incompatible con su Regla, y no quería el FUNDADOR que se introdujese semejante abuso.

La Escuela se abrió a principios de febrero de 1705. A la vuelta de poco tiempo estuvo llena de alumnos y floreció tanto, que su fama llegó hasta el arzobispo, quien quiso tener otra semejante en su ciudad episcopal.

En Reims había tenido que combatir el santo SACERDOTE contra la resistencia de su familia; en París hubo de hacer frente a la envidia de una parte del clero. En Rouen habrían de oponérsele los hábitos rutinarios y mezquinos de una administración caritativa que, después de haber

desechado sistemáticamente a los Hermanos, exigiría de ellos los mayores servicios, pagándoles lo menos posible, sin preocuparse de saber si sucumbirían o no al excesivo trabajo. Su obra debía afianzarse así por todas partes en medio de las contradicciones. No obstante, como Dios, conforme da la llaga da también la medicina, deparó al santo VARÓN dos protectores poderosos, con cuyo auxilio logró triunfar de todas las dificultades. El uno fue el arzobispo; el otro, el Sr. Camus de Pont-Carré, primer presidente del Parlamento.

Era entonces arzobispo de Rouen el Ilmo. Sr. Colbert, hijo del ministro, doctor de Sorbona, miembro de la Academia francesa y uno de los fundadores de la Academia de Inscripciones y Bellas Letras. Heredero de la copiosa biblioteca de su padre, era, como él, amante del estudio y protector de las letras. No siempre había manifestado la debida firmeza contra el jansenismo, y en la Asamblea del Clero, en 1706, había declarado que las constituciones pontificias no obligan a la Iglesia sino cuando han sido aceptadas por el Cuerpo de los Pastores. Fenelón, no obstante, cuyo libro de las *Máximas de los santos* había condenado el señor Colbert algunos años antes, dio en Roma, sobre los principios de este prelado, las explicaciones conciliadoras que evitaron la condenación que iba a fulminar el Papa contra él. En su diócesis era él un prelado caritativo, y se mostró muy amante de la instrucción del pueblo hasta su muerte, acaecida en 1707.

No había descuidado las Escuelas para los pobres, habiendo fundado en beneficio de las niñas una comunidad de maestras en Ernemont. Noticioso del buen éxito de los Hermanos en Darnetal, pensó en confiarles las Escuelas gratuitas de la ciudad, y rogó, por tanto, al abate DE LA SALLE que fuese a tratar con él sobre este grave asunto sin la menor dilación, pues debía salir de Rouen al día siguiente de Pascua. El santo FUNDADOR aceptó gustosísimo la propuesta del arzobispo, regresando inmediatamente a París a fin de poderla llevar a cabo.

Las Escuelas gratuitas de Rouen, fundadas por Nyel, eran administradas entonces por la *Pía Fundación del hospital de los pobres sanos*, que proporcionaba los fondos y nombraba los maestros. Aunque era presidente de la Junta el arzobispo, no logró sino con mucho trabajo inclinarla a su dictamen, teniendo como tuvo que combatir contra una multitud de prevenciones, que impedían el que se aceptase buenamente tal innovación. El Sr. Colbert fue secundado felizmente por el Sr. de Pont-Carré, cuya elocuencia logró triunfar de todas las objeciones.

Se pasó aviso a JUAN BAUTISTA a fin de que fuese con los Hermanos a tomar posesión de las Escuelas confiadas a su caridad, y el mismo señor Colbert, entonces de regreso a París, fue portador de esta buena nueva.

El SANTO DE DIOS estaba preparado, y se puso en camino. Viajaba a pie con sus discípulos, como los Apóstoles, se alojaba en los mesones y observaba en todas partes su Regla. La vista de estos piadosos viajeros excitaba la admiración y asombro por donde pasaban; cada cual se preguntaba para sí quiénes eran aquellos hombres de aspecto grave y recogido, de vestido tan extraño, de andar tan modesto, que, llegados por la tarde a una posada, cuidaban primero de encontrar un lugar retirado donde pudiesen rezar sus devociones y mantenerse en la santa presencia de Dios.

Pero cuando llegaron a Rouen, habían variado de parecer los administradores del hospital y no querían ya a los Hermanos. Por fortuna volvió pronto el arzobispo, reunió de nuevo a la Junta y logró persuadirla definitivamente.

Admitieron al principio dos Hermanos: uno para la Escuela de San Godardo y otro para la de San Maclou. El 26 de mayo, el primer Hermano tomó la dirección de la Escuela superior de San Maclou, a fin de que, por los progresos de los niños que pasaban sucesivamente de una Escuela a otra, se pudiese juzgar de la importancia de un método no conocido hasta entonces. La prueba debió de parecer suficiente a la Junta, ya que dos meses después pidieron a París un Hermano para la Escuela de San Viviano y otro para la de San Eloy.

Los resultados fueron tan notables, que se alarmaron los maestros calígrafos. Imitaron el ejemplo de sus colegas de París, y quisieron cortar los pasos a esta comunidad nueva, cuya competencia recelaban. Habían llegado los Hermanos en el mes de mayo; tres o cuatro meses después dirigieron los maestros calígrafos una representación a la Junta, exponiéndole que los Hermanos admitían a toda clase de niños, sin informarse de si eran o no verdaderamente pobres, con lo cual perjudicaban en gran manera a los maestros calígrafos y hacían morir de hambre a doscientas personas. La Junta no tomó en consideración estas quejas; se contentó con entregar la representación a los comisarios de los barrios, encargándoles de cuidar que los niños no fuesen admitidos en la Escuela de los Hermanos sino por orden de la Junta, la cual proveería según certificado de pobreza dado por el cura, Las cosas siguieron por

algún tiempo sin novedad, y los Hermanos pudieron continuar desempeñando sus modestas funciones.

Vivían y comían en el hospital; allí mismo cuidaban a los pobres y presidían los actos de levantarse, acostarse y de las comidas, que servían antes de tomar ellos mismos su alimento. Además, instruían a los niños del hospital e iban después a las cuatro Escuelas gratuitas de la ciudad.

Cuatro o cinco individuos, por robustos y celosos que fuesen, no podían bastar para tamaño trabajo; por fuerza habían de sucumbir, a no ser aliviados oportunamente.

Hacía tiempo que el SIERVO DE DIOS pensaba en sacar su noviciado de París, en donde era blanco de persecuciones incesantes. Viendo cuánto le favorecía en Rouen la autoridad eclesiástica, creyó que allí podría encontrar sosiego, y por tanto, comunicó este proyecto al arzobispo, con quien gustaba de consultar. Deseoso éste de establecer en su diócesis la cuna de un Instituto cuyo fin, organización y servicios apreciaba grandemente, aprobó de corazón el designio del santo SACERDOTE y prometió ayudarle. Este fue uno de los mejores días del santo FUNDADOR.

A corta distancia de la ciudad, y en el extremo del barrio de San Severo, había una casa de estilo antiguo, rodeada de vastos jardines amurallados y plantados de árboles altísimos. No bien penetraba uno en ese recinto cuando se creía trasladado a otro mundo. Los ruidos y bullicios de la ciudad iban a morir en las cercanías de esta dulce soledad, cual si no se atrevieran a perturbar su sosiego. El hombre se hallaba en ella frente a frente de Dios y de sus obras y podía aplicarse con más facilidad a la meditación y a la oración. Uno de los últimos propietarios de esa extensa heredad había hecho edificar en ella una capilla dedicada a su patrono San Yon, discípulo de San Dionisio y mártir. Por fin, fue a pasar a manos de la Sra. Louvois, cuñada del arzobispo de Reims, la cual, no queriendo ocuparla, la dio en arrendamiento. Unas Benedictinas del monasterio de San Amando, en Rouen, la tomaron en 1691 y ensancharon la capilla. Habiéndola visitado JUAN DE LA SALLE, la encontró perfectamente adecuada al uso que se proponía. Las religiosas consintieron en cedérsela; para no ser estorbado por sus adversarios, fue a entenderse con la Sra. Louvois y le manifestó su intento. Ésta, que por su cuñado conocía hacía tiempo las virtudes del santo SACERDOTE y se consideraba muy honrada con poder contribuir a la realización de este proyecto, le arrendó su casa por seis años en cuatrocientas libras.

El SANTO tomó prontamente posesión de ella; hizo trasladar sus muebles y mandó allá a los novicios con algunos sacerdotes que le acompañaban. A fines de agosto de 1705 estaba instalado el noviciado.

El arzobispo Colbert había dado a JUAN BAUTISTA los más amplios poderes; éste llamó a uno de los Hermanos más piadosos y capaces de la comunidad, al Hermano Bartolomé, que debía sucederle después, para confiarle la dirección de sus novicios.

Al propio tiempo se aprovechó el SIERVO DE DIOS de este nuevo establecimiento para volver a vigorizar en el retiro el ánimo de sus discípulos, perturbado tal vez con las últimas persecuciones. Durante las vacaciones los llamó de las diversas casas en que estaban, y durante ocho días, con el auxilio de los sacerdotes que le habían acompañado, los renovó en el fervor por medio de sus exhortaciones y ejemplos y una fiel observancia de la Regla.

Sea cual fuere la humildad de los santos, no puede quedar oculto por mucho tiempo el bien que practican. La fama de sus virtudes, como también la de sus discípulos, traspasó los muros del retiro a que se habían acogido; pensó el pueblo que tales hombres no debían limitar a las Escuelas de caridad los cuidados que prodigaban a la infancia. Les propusieron, pues, que tomasen pensionistas en San Yon; como nunca se negaba el santo FUNDADOR al bien que se le presentaba, recibió en calidad de internos a los niños con quienes no podían nada los padres; los puso bajo la dirección de un Hermano experimentado, con reglamentos adecuados a la condición y edad de tales niños, no tardando mucho en alcanzar resultados tan maravillosos, que dejaron sorprendidos a los padres de familia.

Este tino en que sobresalía para la educación de la juventud inspiró a algunos el deseo de encomendarle también varios niños díscolos, para quienes eran ineficaces los medios ordinarios. Recibió igualmente a éstos, y los sometió a un régimen más severo, poniéndolos bajo la autoridad constante de un Hermano, siempre pronto a reprimirles los menores deslices; como rara vez se hallan arraigados los defectos en la edad temprana o provienen, sobre todo, de que nadie les ha iniciado en una conducta disciplinada, el espectáculo de niños juiciosos y bien educados, el aire puro de los campos y la influencia saludable de la religión más que todo, bastó para convertirlos.

Había, por fin, algunos jóvenes completamente viciados, libertinos y rebeldes que eran, lo mismo que siempre ha sucedido, la desesperación de

sus familias, y para quienes, impotente la autoridad paterna debía ser ésta sustituida por la severidad y el rigor de las leyes. Ni aun ante esta ingrata y nada apetecible tarea retrocedió el celo del HOMBRE DE DIOS. Aceptó a esos jóvenes y consintió en destinar parte de su casa a una especie de correccional, en el que los reclusos, ya que no hubiesen de convertirse, tendrían por lo menos la ventaja de no corromperse más con el roce de los criminales de profesión. Tales jóvenes eran encerrados por orden del primer presidente y a ruego de los respectivos padres de familia. Para esta reclusión fueron menester en lo sucesivo boletas de encierro, las que no eran otorgadas más que en caso de depravación de costumbres o de enajenación mental.

Por grande que fuese la dificultad de educar a estos pensionistas de nueva especie, la disciplina de la casa produjo en ellos maravillosos efectos. Muchos jóvenes, al parecer incorregibles, fueron movidos por la gracia. Unos pudieron volver al mundo, y con su vida ejemplar hicieron poner en olvido los escándalos que habían dado; otros pidieron el hábito de los Hermanos o no salieron de la casa sino para entrar en otros monasterios y expiar por medio de la oración y la penitencia los desórdenes de su juventud.

Había, pues, en San Yon, a más del noviciado y de los Hermanos, tres establecimientos distintos: el de los pensionistas que aprendían a leer, escribir, la aritmética y artes o ciencias más elevadas, tales como dibujo, geometría, arquitectura; el de los niños indóciles, en quienes debían reformarse, sobre todo, el carácter y las costumbres; por fin, el de los "reclusos", que estaban sometidos a un verdadero régimen penitenciario. Todas estas comunidades vivían, pared por medio, sin confundirse, y habitaban en partes distintas de aquel vasto local, cada una con sus reglamentos y sus maestros particulares, con tanto orden y armonía, que ni aun el silencio se perturbaba y podían los Hermanos dedicarse libremente a la oración y al retiro. El Sr. de Pont-Carré, amigo y protector del abate DE LA SALLE, gustaba de ir allá para tomar algún descanso en las ocupaciones de su cargo, y en cuanto le era posible hurtaba largas horas al mundo, a fin de pasarlas en esa santa casa, cuya pura y celestial atmósfera le acercaba más y más a Dios.

La casa de San Yon dependía de la parroquia de San Severo; como dicha casa tenía capilla, el cura quiso reservar para sí los derechos parroquiales; para ello, por acuerdo tomado el 22 de marzo de 1706 entre el cura de San Severo y el abate DE LA SALLE, y confirmado por el

arzobispo, se convino en que la capilla debía quedar cerrada al público para la misa y los oficios. Los Hermanos y los colegiales debían ir los domingos y días festivos a la iglesia para oír la misa parroquial, una vez al año para la Comunión pascual y otra para la primera Comunión, previo examen hecho por el cura; por fin, hasta el capellán debía estar autorizado por este último.

La buena armonía establecida por tal convenio no fue de larga duración, pues al encargarse el santo FUNDADOR de la educación de niños anormales y establecer una sección correccional, estos jóvenes recluidos no podían salir para asistir a los oficios, y el Parlamento, que respaldaba esas instituciones, proporcionó al SANTO la ventaja de celebrarlos en la propia casa. Lo llevó a mal el cura de San Severo, de lo cual resultó un conflicto que atrajo en lo sucesivo graves dificultades al SIERVO DE DIOS.

Por aquel entonces, los Hermanos empleados en la ciudad no podían resistir más al excesivo trabajo. En pie a las cinco de la mañana, hacían levantar a los pobres y les rezaban la oración; a las ocho, cuatro de entre ellos iban a las Escuelas, volviendo a las doce para servir la comida a los pobres, después de los cuales tomaban su frugal alimento; salían nuevamente para las Escuelas, y de regreso, a las seis, conducían otra vez a los pobres al refectorio, comían después de ellos, rezaban la oración de la noche y se acostaban en seguida, para volver a lo mismo al día siguiente. Los dos Hermanos de San Maclou tenían a su cargo más de cien niños cada uno, así como el de San Eloy, mientras que el de San Godardo tenía más de ciento cincuenta. El Hermano que quedaba en el hospital para enseñar a los pobres tenía aun muchos más. La salud más robusta no habría podido resistir a tarea tan pesada, que exigía siquiera un número triplicado de obreros. Los Hermanos, sin embargo, desempeñaron en silencio esas funciones, que los consumían, desde el mes de mayo de 1705 hasta junio de 1707. Cuando uno de los Hermanos caía enfermo, el solícito PADRE lo reemplazaba con otro. No obstante, como vio que la salud de los Hermanos se quebrantaba a ojos vistas, dirigió una representación a los administradores a fin de que se modificasen las condiciones del contrato.

El 2 de agosto de 1707, en una reunión a la que asistió el primer presidente, se estableció que se entregarían a los Hermanos todas las Escuelas caritativas de la ciudad, exonerándolos de la obligación de volver al hospital para el servicio de los pobres y autorizándolos a que viviesen en comunidad en la casa que ellos eligiesen. Debían ser en número de diez: dos para cada una de las cuatro Escuelas ya nombradas y todos bajo la

dirección de la Junta; los dos restantes habían de encargarse de las Escuelas del hospital y residir en él. Las clases duraban de ocho a once de la mañana y de dos a cinco de la tarde. Los administradores suministraban los bancos y mesas, y pagaban seiscientas libras de renta. Como la casa les costaba a los Hermanos trescientas diez libras de arriendo, la suma que recibían era del todo insuficiente, incumbiendo a la caridad pública llenar el déficit.

La vida de los Hermanos fue penosísima. Mientras ellos cumplían fielmente sus diarias tareas, los ricos los olvidaban y los dejaban expuestos a los rigores del hambre, del frío y de las enfermedades; los pobres, a cuyos hijos educaban, les correspondían frecuentemente con ingratitud. Más de una vez fueron insultados y maltratados en la calle; pero nunca se desmintió su paciencia.

Siguieron, además, siendo blanco de la malevolencia de los maestros calígrafos, quienes, viendo inútiles sus quejas anteriores, acudieron a la calumnia. Acusaron al SIERVO DE DIOS que alimentaba mal a los internos, que los hacía educar con maestros ignorantes y que defraudaba así el dinero de las familias y el de la ciudad.

Se divulgaron tanto estas quejas que, habiendo llegado a oídos del intendente, entró en sospechas y quiso cerciorarse de si eran fundadas o no. Se las manifestó al Sr. de Pont-Carré, sabiendo cuán adicto era a los Hermanos, y éste le excitó a que visitase la casa y viese por sus propios ojos lo que pasaba; se ofreció, además, a acompañarle, y ambos se fueron allá un día del año 1708.

Se hallaba entonces enfermo el FUNDADOR, que estaba alojado en una celda pobre, estrecha, oscura e inmediata al establo, que él había escogido por morada. En tan humilde aposento recibió a los augustos visitantes, los cuales tomaron asiento junto a él; el Sr. de Pont-Carné le expuso el motivo de su visita: "Me atrevo a afirmaros —repuso el santo SACERDOTE- que la casa no está tan desordenada como os han dicho. Damos a cada cual el oficio que conviene a sus aptitudes. Los novicios están aplicados a los ejercicios de piedad, a penetrarse del espíritu de su vocación y a ejercitarse en la práctica de las virtudes que les corresponden; los Hermanos sirvientes se ocupan sólo en los quehaceres domésticos; otros jóvenes empiezan a adiestrarse en las clases ínfimas, hasta que se hallan en estado de emplearse con provecho en la enseñanza. Todos están bajo la vigilancia de un director prudente y capaz, que cuida de que cada cual cumpla bien su empleo y tiene la obligación de darnos cuenta de su cometido. Tocante

a los colegiales, su alimento está en relación con la suma que pagan. Unos dan cien libras, otros sólo cincuenta, mientras que, por el contrario, algunos pagan hasta doscientas, trescientas o cuatrocientas libras; justo es que siendo diferentes los precios también lo sean los alimentos. Por lo demás, todos gozan de perfecta salud."

Para confirmar su aserto hizo que se presentasen todos los pensionistas sucesivamente, y quiso que el intendente se cerciorase de la lozana y robusta salud de que gozaban. Quedó éste convencido por sus propios ojos de la falsedad de los chismes que le habían contado y prometió no escucharlos en adelante. Salió completamente satisfecho de la casa y prendado del SANTO, cuyas virtudes había podido admirar. "¡Ea, pues! Señor mío —decía el Sr. de Pont-Carré al acompañarle—, ¿no le dije yo que usted saldría más contento que cuando entró?"

Y el santo FUNDADOR daba por todo rendidas gracias a Dios.

CAPÍTULO XXI

LAS ESCUELAS DEL MEDIODÍA: ESCUELAS DE MARSELLA, DE DIJÓN, DE MENDE, DE ALAIS, DE GRENOBLE, DE VALREAS, DE LOS VANS, DE VERSALLES, DE MOULINS.

A principios del siglo XVIII se sentía en toda Francia la necesidad de tener Escuelas Cristianas para los niños del pueblo, y por todas partes buscaban maestros para regirlas. La ciudad de Marsella, tan ilustrada y, sobre todo, tan cristiana, no había quedado atrás en este ardoroso movimiento. El cura de la parroquia de San Lorenzo, cuyo barrio estaba habitado por los marineros, se ocupaba con celo ardiente en la educación de la juventud. Mandaba hacer a sus coadjutores pláticas doctrinales, explicaba el catecismo los domingos y días de fiesta y no malograba ningún medio para enseñar la Doctrina Cristiana. Sin embargo, tantos esfuerzos eran insuficientes, porque había necesidad de Escuelas, y para fundarlas no quedaba otro recurso que establecer una "Junta de caridad", cuyos miembros se comprometiesen a suministrar cierta cantidad anual, y a buscar un preceptor que se encargase de las Escuelas.

El 13 de mayo de 1704 se congregó una reunión preparatoria para entender en este proyecto, el cual fue aprobado; la primera asamblea general de los fundadores se verificó el 10 del siguiente junio. Treinta y cuatro personas, entre las cuales se contaban el obispo, el gobernador de la ciudad, el alcalde y los regidores, se obligaron a dar cien libras por año. Los dos mayordomos de fábrica que estaban de servicio buscaron entonces un preceptor en el clero y un local para la Escuela. El abate Barón, diácono, fue nombrado para dirigirla, con ciento ochenta libras de sueldo. También se halló local, pero pobre, que en breve sería insuficiente.

Al año siguiente volvió a reunirse la asamblea general. Contentos del abate Barón, los fundadores le asignaron doscientas veinte libras, y a causa del crecido número de niños, resolvieron comprar otra casa.

El 21 de enero de 1706, en la cuarta asamblea general, se leyó una carta del obispo de Marsella, dirigida al R. P. Croizet, de la Compañía de Jesús, con motivo de las Escuelas. Había oído hablar el prelado de las Escuelas del abate DE LA SALLE, las había visitado, había hablado con el piadoso FUNDADOR y estaba encantado del modo cómo los Hermanos

instruían a los niños, por lo cual manifestó el deseo de que se confiase a aquéllos una Escuela; añadió que para tener de esos excelentes maestros era menester pedirlos a la casa de Avignon. El deseo del obispo fue una orden para la Junta, la cual ya había recibido también informes sobre las Escuelas de los Hermanos por medio de dos negociantes marseleses que, al pasar por Avignon, pudieron observar la disciplina de los alumnos, el orden de las clases, la piedad de los maestros y la superioridad de los métodos. Estos dos ricos negociantes, uno de los cuales era hermano del cura de San Lorenzo, contribuyeron grandemente a la fundación de esta Escuela.

Uno de los regidores, comisionado por la Junta, pasó a Avignon y obtuvo dos Hermanos. Los presentó a la Junta, en donde fueron públicamente felicitados, y se convino en dar a cada uno ciento cincuenta libras. La Escuela se abrió el 6 de marzo de 1706; pero llegó a contar tantos niños que hubo de buscarse otra casa para una nueva Escuela. Entre tanto, y probablemente para acallar las reclamaciones de los maestros calígrafos, implacables adversarios de la obra del santo FUNDADOR, no se admitió a ningún niño de los que podían pagar pensión y que no debían ocupar el puesto de los pobres en la Escuela de caridad.

El 17 de julio del propio año se verificó una piadosa ceremonia. Habiendo fallecido el Sr. Porry, donador de la nueva casa, los centenares de niños que la frecuentaban asistieron al entierro acompañados de los Hermanos; atravesaron las calles de la ciudad muy modestamente, con los ojos bajos, el rosario en la mano y rezando por su bienhechor, que fue inhumado en la capilla del hospital de caridad. Este espectáculo, nuevo para la ciudad, excitó la admiración general y los Hermanos se hicieron muy populares en Marsella.

La Escuela continuó así hasta 1720; mas por la peste que sobrevino entonces hubo de interrumpirse. Uno de los Hermanos murió de la epidemia; el otro se dedicó enteramente al cuidado de los enfermos de su barrio. Pasado el azote, como se renovó la ciudad, volvió a despertarse más viva la fe y se sentía la necesidad de dar a la juventud una educación cristiana. El obispo —que era entonces el grande y admirable Belzunce— quiso establecer Escuelas de los Hermanos en las cinco parroquias de la ciudad, consiguiéndolo merced a varios hombres de bien. Hasta el hospital pidió Hermanos para que educasen a los niños pobres que allí había. La Cofradía de Nuestra Señora del Buen Socorro les cedió una casa grande y espaciosa; por fin, en 1727, cuando ya llegaron al número de dieciséis,

fueron recibidos en cuerpo de comunidad y contados entre los regulares de la ciudad.

Las Escuelas de Dijón fueron fundadas en 1705 por los cuidados del cura de San Sulpicio, hombre caritativo y piadoso que comulgaba todos los días. Su familia había querido tomar parte en esta buena obra, por lo cual el Sr. Gergy, su tío, ofreció pagar cuatrocientas libras anuales por dos Hermanos; para asegurar este pago estableció una fundación de ocho mil libras. Dicho señor anunció al santo FUNDADOR que estaban asegurados los recursos, y éste aceptó la oferta y envió a dos Hermanos, que abrieron la Escuela en el mes de julio de 1705, en la parroquia de San Pedro. El vicario general, el alcalde de la ciudad y varias otras personas notables habían contribuido a este establecimiento.

Los Hermanos manifestaron tanta actividad y dieron pruebas de tal destreza en la dirección de su Escuela, que les mandaron niños de todas las parroquias de la ciudad, hasta agobiarlos con el exceso de trabajo. Entonces una persona caritativa fundó otra Escuela para los pobres de San Filiberto, siendo menester un Hermano más; después se pidió otro, y por fin, hubo de abrirse otra nueva Escuela. La protección del presidente y, después de su muerte, la de su señora y de sus hijos les estaba asegurada; tampoco les faltaba la benevolencia de los magistrados. Pero sus mejores amigos en la tierra y sus más poderosos protectores en el Cielo eran siempre los pobres, como lo manifestaron los de Dijón en una conmovedora carta dirigida a los caballeros de la ciudad, rogándoles que mirasen por la conservación de los Hermanos para el bien de tantas familias desheredadas de la fortuna, cuyos hijos eran educados por los discípulos del abate DE LA SALLE.

La piedad de un santo obispo fue la que llamó a la ciudad de Mende a los Hermanos. El Sr. de Piancourt, antiguo abad del monasterio de San Liofredo, doctor en teología de la Facultad de París y obispo de Mende desde 1671, era muy celoso de la instrucción de la juventud y tenía a pechos el propagarla en la diócesis confiada a su solicitud hacía ya treinta años. Escribió, pues, al SIERVO DE DIOS, quien no estaba por enviar sólo dos maestros, pues prefería establecer una comunidad completa de cuatro Hermanos para la Escuela más uno encargado de la dirección general. Mandó, no obstante, a uno de los Hermanos de Avignon que pasase a Mende y se enterase de la situación. Este viaje se verificó el 28 de febrero de 1707.

Algún tiempo después, a petición del cura de Mende, el abate Boulet, sacerdote de esa ciudad que se hallaba en París, habló sobre el particular con el SIERVO DE DIOS, manifestándole que la ciudad era muy pobre para un establecimiento considerable y que más valía fundar una Escuela, por pequeña que fuese, a fin de que tornara pie el Instituto y que pudiese extenderse en lo sucesivo al resto de la diócesis. Cedió el SANTO a tales razones, y se fundó la Escuela en marzo de 1707. Los Hermanos debían recibir ciento cincuenta escudos cada uno, "lo que era poco —dijo el abate Boulet—, visto que ellos no aceptarían jamás ningún presente de los padres de familia, aunque tuviesen que morir de hambre, y que tampoco habían de contar con su propio trabajo, ya que no se ocupaban más que en lo relativo a su profesión". El Hermano que había ido a Mende estaba solo y, agobiado de trabajo, cayó enfermo, por lo cual el obispo tuvo que pedir otro. La carta que escribió al FUNDADOR es digna de citarse: "Apreciado señor, doy rendidas gracias a Dios por haberes inspirado la idea de formar maestros de escuela para instruir a la juventud y adoctrinarla en la piedad cristiana. En los seminarios educan buenos eclesiásticos; pero como los maestros de escuela infunden las primeras impresiones de piedad y religión, pueden contribuir a la santificación de todos los cristianos. Estoy contentísimo del Hermano que me habéis mandado; ojalá pudierais mandarme otro que sea diestro tanto en caligrafía como en aritmética, porque ese es el medio para atraer a los niños e insinuarse en el ánimo de ellos con las primeras impresiones de las santas máximas del Evangelio. Por lo que a mí toca, los protegeré en cuanto pueda, de modo que estén completamente satisfechos en esta ciudad." El excelente obispo, que profesaba singular aprecio al Sr. DE LA SALLE, no sobrevivió largo tiempo a la fundación de la Escuela, pues falleció en Mende el 13 de diciembre del mismo año; pero su testamento contenía a favor de los Hermanos una fundación que debía asegurar la perpetuidad de su establecimiento; el Sr. Baglión de la Salle de Saillant, que fue sucesor suyo en la sede de dicha ciudad, continuó protegiéndolos como su predecesor. Más tarde sopló por la Escuela de Mende un viento maléfico, porque los Hermanos que fueron enviados allá no correspondieron a la confianza de su Superior y le dieron mucho trabajo. Sabido es que todos los santos han tenido que pasar por tales pruebas.

Los Hermanos fueron llamados a los Cevenas, a fin de preservar a la juventud del influjo de la herejía. Había sido vencido con las armas el partido hugonote, mas la religión debía completar la obra de regeneración; aquéllas habían ganado la victoria, pero era menester verificar la

conversión de los corazones. Erigida en obispado la ciudad de Alais, fue nombrado para esa sede M. Francisco Chevalier de Saulx, quien escogió por vicario general al abate Merrez, canónigo de Nimes. Su primera solicitud se dirigió a tener buenos maestros de escuela; como el abate Merrez había conocido a JUAN BAUTISTA en San Sulpicio, se apresuró a escribirle.

El piadoso FUNDADOR envió al punto dos Hermanos, de los cuales quedó tan satisfecho el obispo, que pidió otros más. He aquí la carta que escribió al FUNDADOR: "Tenemos aquí, señor, por maestros de escuela a vuestros Hermanos, de quienes estamos muy satisfechos; por eso me dirijo a vos, suplicándoos que nos mandéis otros más, a fin de establecerlos en nuestras ciudades de los Cevenas. Aun cuando tuviéramos treinta, los emplearíamos inmediatamente. Os agradezco los que nos habéis dado; hago en favor de ellos cuanto está a mis alcances y seguiré haciéndolo en lo sucesivo. Incalculable es el bien que hacen a nuestra ciudad. Para mantenerlos en el espíritu con que vos los animáis, velaré sobre ellos, les daré los consejos que crea menester y, además, os pondré al corriente de todo cuanto suceda. Si podemos incrementar más el bien que ejecutan vuestros amados y buenos Hermanos, lograremos infaliblemente notables progresos en las familias de nuestros católicos pobres. Os manifiesto, señor, mis pensamientos a fin de que os dignéis permitir que obremos de común acuerdo en este pobre país, tan acreedor a vuestro caritativo celo. Podéis contar con que nada faltará de mi parte a los Hermanos y que me empeñaré con tierno afecto en cuanto a ellos se refiere y en toda ocasión. Os suplico que tengáis la bondad de rogar por mí, que me suscribo con todo corazón vuestro muy humilde y obediente servidor."

Esta carta, verdaderamente apostólica, se halla fechada en 28 de enero de 1708, y firmada: "F., primer obispo de Alais". Es un documento que pone de manifiesto toda la vida episcopal y cristiana a principios de ese siglo XVIII, que debía terminar ahogándose en rebeliones y en sangre.

Cierto número de personas caritativas y piadosas habían formado en Grenoble una asociación dedicada al alivio de los pobres y a la instrucción de la juventud. La habían iniciado varios eclesiásticos, pero con el tiempo ingresaron en ella incluso miembros del Parlamento y caballeros de la ciudad, todos hombres de pro. Unánimemente se habían impuesto reglas de conducta cristiana, que se comprometían a no infringir jamás; tenían que pasar por largas pruebas antes de ser admitidos en dicha asociación; nombraban un superior, a quien prometían perfecta obediencia. Cuando

fallecía uno de los miembros, se celebraban por él solemnes exequias, con asistencia de todos sus colegas, y los sacerdotes ofrecían el santo Sacrificio por el alma del difunto.

El Sr. Allemand de Montmartin, obispo de Grenoble, se había encargado de dirigir esta asociación. Todos los miembros se reunían en días señalados para tratar de obras de caridad. Una de las que más los preocupaban era la fundación de las Escuelas cristianas que resolvieron establecer en la ciudad, pero necesitaban recursos y maestros. Convocaron a este fin una asamblea y expusieron su intento, el cual fue aprobado. Cada uno se suscribió y prometió escotar anualmente, quien veinte luises, quien cincuenta, a más de legar al morir un fondo suficiente para la formación del capital.

El abate de Saleón, entonces primer canónigo de San Andrés y en seguida obispo de Agen, y el abate Canel, consejero del Parlamento, fueron encargados de buscar maestros. El primero había conocido a JUAN DE LA SALLE en el seminario de San Sulpicio, y a principios del año 1706 fue a París a fin de pedirle dos Hermanos. El abate Canel, que también era sulpiciano, juntó sus instancias a las de su colega. Accedió el santo FUNDADOR; pero en Grenoble tardaron quince meses en preparar los locales.

Cuando todo estuvo listo, el abate Canel escribió al SIERVO DE DIOS, el 30 de agosto de 1707: "Hace cosa de quince meses que, estando en París, tuve el honor de dirigirme a V. para ver si podría enviarnos dos Hermanos de su Instituto, a fin de que se encargasen de la dirección de una Escuela de caridad; tuvo entonces la bondad de prometérmelo. Creo que también le habrá hablado sobre el particular el señor obispo de Gap, que quedó en París después de mi salida. Desde aquella época lo hemos dispuesto todo tanto para el alojamiento de los Hermanos, como para su manutención. Así, pues, le suplico que nos mande dos lo más pronto posible, indicándonos lo que hemos de suministrarles para el viaje y para su establecimiento en Grenoble. Tomaremos los fondos necesarios de las limosnas destinadas para las obras de caridad y consideraremos ésta como una de las mejores que podemos practicar. Si se digna comunicarme lo que se necesita para el viaje, se lo remitiré inmediatamente a París."

El santo SACERDOTE no podía negarse a una petición dictada por la caridad. No solía hacer pagar los gastos de viaje de los Hermanos, lo que constituía, sin embargo, muy a menudo una carga pesadísima para la pobre comunidad. Mandó dos Hermanos, que abrieron una Escuela en la parroquia de San Lorenzo. Se contaban entre los bienhechores y

protectores de esta Escuela el presidente Sara, el Sr. Gelin y el preboste mayor. El abate Didier, canónigo de San Lorenzo, dirigía a los Hermanos y hacía con ellos las veces del FUNDADOR; por fin, el señor obispo de Montmartin los sostenía con su crédito y dinero, lo que también practicaron sus sucesores.

Con tales protectores y la abnegación de los Hermanos prosperó rápidamente la Escuela. Algunos años después fue necesario fundar otra en la parroquia de San Hugo; más tarde, el Sr. Caulet, sucesor del Sr. de Montmartin, quiso encargar a los Hermanos el cuidado de los niños del hospital general. Grenoble era una ciudad verdaderamente bendecida por Dios.

En 1708 un sacerdote de la ciudad de los Vans, el abate Vicent, de ilustre familia, encontrándose en Avignon, oyó hablar de las Escuelas del SANTO y fue a visitarlas. Salió maravillado y resolvió establecer otras semejantes en su ciudad. Se hallaba ésta situada en la diócesis de Uzès, cerca de los Cevenas, a seis leguas de Alais; estaba perdida entre las montañas; era tan pequeña, que no contaba más que una parroquia. Casi todos los habitantes eran hugonotes; los niños se educaban sin principios y las costumbres eran detestables.

Antes de salir de Avignon llevó a cabo su designio el abate Vicent; fue a un notario para hacer testamento. El documento es del 20 de julio de 1708, y en él declara el testador que quiere vivir y morir en la fe de la Santa Iglesia Católica, Apostólica y Romana, y ser inhumado con la sencillez que corresponde a un sacerdote pobre. Constituye a los Hermanos por herederos de sus bienes, encargándoles la instrucción de la juventud en la ciudad de los Vans para que la eduquen en la piedad y la instruyan en los principios de la Religión católica. "Estoy persuadido — dice — que la mayor parte de los niños de esta ciudad caen en la depravación de costumbres por falta de educación. Habiendo nacido en el seno de la herejía, no tienen ninguna idea ni conocimiento de la Religión católica; tal es la causa funesta de sus desórdenes." El abate Vicent ruega, además, a sus parientes que no lleven a mal el que prefiera los intereses de la Religión y de los pobres a los intereses particulares de la familia; a fin de que no se consideren como desheredados ni tomen de ahí motivo para anular el testamento, les deja cinco soles (sesenta denarios) a cada uno. Suplica al mismo tiempo a los señores obispos de Uzès que se dignen ayudar con su protección y apoyo a la fundación de una obra tan útil para

el bien general de la Religión católica y provecho particular de la ciudad de los Vans.

Este celoso sacerdote no era rico, su legado estaba lejos de ser considerable; pero fue ofrecido de corazón y recibió la bendición de Dios. Falleció el donante el 19 de septiembre de 1710 en la ciudad de Aubenas, y antes de morir tomó nuevas determinaciones a fin de asegurar la realización de su proyecto. Después de su muerte fue enviado el testamento al Sr. DE LA SALLE, quien lo aceptó, pues él no era de aquellos que se arredran en las empresas de Dios por cuestión de dinero, y poco después se abrió la Escuela de los Vans. No se hizo sin pasar antes por graves dificultades: hubo violentas oposiciones en la ciudad y fue necesario apelar a la autoridad del intendente para vencerlas. Siendo hugonote toda la población, no quería ni oír hablar de maestros de escuela católicos. Cuando los Hermanos hubieron triunfado de estas resistencias, sus adversarios emplearon toda clase de malos tratamientos a fin de disgustarlos de su obra. Los insultaban en las calles, les armaban asechanzas, formaban barricadas a la puerta de su casa para impedirles salir y más de una vez atentaron a su vida. Un día se agruparon en torno de la Escuela, quisieron sitiarla y matar a cuantos estaban en ella. Apedrearon puertas y ventanas, intentando penetrar en el interior. Los Hermanos no se defendieron; antes bien, durante todo ese tiempo se mantuvieron orando en la capilla y ofreciendo a Dios el sacrificio de su vida a mayor honra y gloria de su DIVINA MAJESTAD. Tuvo por aceptado el SEÑOR este holocausto, y aunque no se consumó, no perdió el mérito de tal; pero Dios quería que los Hermanos se ofreciesen a Él de otro modo distinto del martirio. Llegaron a tiempo los gendarmes, dispersaron a los fanáticos, detuvieron a los más furiosos y los autores del tumulto fueron severamente castigados. La ciudad se sometió y la Escuela vino a ser muy próspera, por lo cual el venerable FUNDADOR dio rendidas gracias al Cielo, que se había dignado sostener el valor de sus hijos y sacarlos de tal conflicto.

En 1710 el abate Huchón, lazarista, cura de Versailles, quiso también tener Hermanos. El SIERVO DE DIOS le mandó dos, que se instalaron en una casa arrendada en el "Parc aux Cerfs". Uno de ellos, muy notable en la comunidad, era instruido, de bellas prendas y diestro en su profesión; su Escuela floreció presto y le atrajo tantos elogios, que al fin le envanecieron y fueron causa de su perdición. Versailles no era ciudad a propósito para los religiosos; como la corte residía allí, se respiraba un aire de mundana vanidad, sumamente perjudicial para las almas débiles. Dicho Hermano se descuidó de velar sobre sí y perdió el gusto de las observancias regulares.

No tardó en notarlo el solícito FUNDADOR, y deseoso, sobre todo, de salvar el alma de su discípulo, quiso sacarlo de ese centro pestilencial cuando aún había remedio. Mas previéndolo el Hermano, se granjeó las simpatías del cura y le ganó la voluntad. El cura se opuso enérgicamente a la remoción y aun amenazó cerrar la Escuela. En vano le dio a conocer el HOMBRE DE DIOS las razones que le asistían; no quiso darle oídos, considerando quiméricas las preocupaciones del SUPERIOR y prometiendo ahuyentar él mismo todo peligro. El humilde y pacífico SIERVO DE DIOS hubo de ceder.

Pocos días después fueron a dar aviso al cura de que el Hermano a quien había patrocinado tan imprudentemente acababa de colgar los hábitos y de escaparse sin más aviso. Al punto mandó el cura en pos de él a un antiguo misionero, diestro en convertir pecadores, el cual le alcanzó en el extremo de una de las avenidas. Ni racionios, ni súplicas, ni amenazas, nada pudo vencer el endurecimiento del infeliz; el cura aprendió entonces cuán temerarios son los extraños que se entremeten en la administración de las comunidades y que impiden, por motivo de conveniencias particulares, la remoción de los individuos con quienes simpatizan. Al par de la autoridad, tienen los superiores la gracia del discernimiento; entre una multitud de indicios imperceptibles para cualquier otro, reconocen el peligro, y cual diestros pilotos, repliegan las velas antes de la tormenta. El bien general de una comunidad debe preferirse a cualquier mira o interés personal.

No enfrió este incidente el celo del abate Huchón en bien de las Escuelas gratuitas. Más tarde estableció otra cerca de su parroquia, y hasta compró una casa, que servía de seminario menor, para instalarlas en ella.

La instrucción parece haber sido descuidada durante largo tiempo en la ciudad de Moulins. Los monumentos más antiguos indican la huella de una modesta Escuela dirigida, en los siglos XV y XVI, por uno o dos maestros, en la capilla de los Menestrales. Pero en este establecimiento, en el que las lecciones eran frecuentemente interrumpidas, se daba a la vez la enseñanza primaria y secundaria.

En el año de 1675 el discreto y venerable Sr. Gaspar de Savignac, bachiller de Sorbona, era cura de la parroquia de Iseure, la principal de la ciudad, que administraba con asistencia de cuatro coadjutores. Uno de ellos, el abate Luis Aubery, era un sacerdote muy piadoso y austero, consumido por el celo de la gloria de Dios y de la salvación de las almas. Había pasado toda su vida en la sencillez evangélica y empleaba sus bienes

en obras de caridad. El mismo soplo de gracia que en 1682 había animado a JUAN DE LA SALLE, impeliéndole a consagrar su vida a la educación de los niños pobres, alentó también al abate Aubery; en ese mismo año y en el momento en que el primero abría las puertas de su casa a los maestros de escuela, el segundo, que ni había oído siquiera hablar de la institución de Reims, admitía niños en su casa y les daba clase.

En 1686 empezaba a distribuir sus bienes entre los pobres y entregaba su casa al cura de Iseure para que estableciese en ella Escuelas de caridad. Era, cabalmente, el propio año en que el abate DE LA SALLE hacía un sacrificio de la misma especie. Ocurre en esto una analogía que no ha de pasar por alto el historiador.

Así, a cincuenta o cien leguas de distancia, la educación e instrucción de los pobres era la preocupación constante de las almas santas, salían a la luz establecimientos análogos y se desenvolvían simultáneamente. ¡Oh, cuán hermosas son las obras del Cristianismo!

Después de iniciada esta empresa, ya no desistió de ella el abate Aubery. Durante muchos años dirigió él mismo la Escuela; enseñaba a los niños la Doctrina Cristiana, la lectura latina, francesa y de manuscritos, caligrafía y cálculo. Su celo era tan ardoroso, su Escuela tan floreciente, que el obispo de Autún le nombró en 1698 rector de las Escuelas caritativas de la ciudad.

Como no podía bastarse por sí solo a esta tarea, buscó cooperadores y no los halló, porque faltaban maestros en todas partes. Se juntó con dos jóvenes eclesiásticos, cuyo celo no tardó en decrecer, y en 1699 la Escuela, establecida a costa de tantos esfuerzos, tuvo que cerrarse por falta de maestros.

No por eso perdió ánimo el abate Aubery; aprovechó de esta interrupción para reparar su casa, ensancharla y acondicionarla al objeto a que la destinaba; en 1701 abrió nuevamente la Escuela y la dirigió él mismo. Ciento cincuenta niños respondieron a su llamada y continuó así durante muchos años.

En 1709 fue a París con el fin de obtener letras patentes a favor de su Escuela. Se alojó en el seminario de San Sulpicio, donde oyó hablar de JUAN BAUTISTA DE LA SALLE; lo primero que hizo fue entenderse con él. Dios le hizo hallar, por fin, al hombre y la obra que había buscado durante veintisiete años. Vuelto a Moulins, recogió informes de todas partes sobre las Escuelas dirigidas por los Hermanos; de Marsella, entre otras, le mandaron una relación que manifestaba los maravillosos resultados de su

enseñanza. Escribió entonces al FUNDADOR, pidiéndole dos Hermanos, que éste le mandó inmediatamente.

Los Hermanos abrieron la Escuela en 1710, y allí, como en todas partes, los resultados excedieron a sus esperanzas. Tenían más de trescientos niños; el abate Languet de Gergy, a la sazón vicario general de Autún y después arzobispo de Sens, quedó tan encantado de su enseñanza, que les suplicó fuesen a la parroquia, una vez por semana, para explicar la Doctrina Cristiana a los niños en presencia de jóvenes seminaristas, a fin de que aprendiesen el método de los Hermanos.

A pesar de la llegada de éstos, quedó el abate Aubery de rector de la Escuela; continuaba sosteniéndola y administrándola, y dirigía la enseñanza. En 1711 redactó un breve reglamento, tomado en parte de la Guía de las Escuelas, del FUNDADOR de los Hermanos, pero de la cual difiere en varios puntos. Dicho reglamento fue aprobado por el obispo.

En 1717, sintiéndose ya abrumado por los años, quiso afianzar la perpetuidad de su fundación, para lo cual dirigió un memorial al obispo; éste le contestó con una nueva aprobación, y le permitió que pidiese cédula de legalización.

Gracias a la intervención del abate de Septfonds y a las recomendaciones calurosas de todos los funcionarios reales y de todas las personas notables de la ciudad de Moulins, fue otorgada la cédula real en junio de 1717; pero era menester registrarla en el Parlamento de París, surgiendo entonces mil obstáculos. El Parlamento ordenó informaciones de *commodo et incommodo*; algunas personas llegaron a declarar que "las Escuelas eran inútiles, perjudiciales a los pobres, dañosas para los artesanos y buenas, cuando más, para formar falsarios, trapaceros y bribones". El hospital general de Moulins, que al principio habla consentido en la fundación, retrocedió. Quería absorber la nueva obra y, con el fin de estorbar la realización del proyecto del abate Aubery, no reparó en emplear toda clase de enredos. Ganó para sí la ciudad, la cual convino en desautorizar al abate para regir la Escuela. El proceso duró diez años y costó más de mil libras; pero al fin triunfó el abate, y la cédula real fue registrada en 1728. Más afortunado que Juan BAUTISTA DE LA SALLE, el abate Aubery pudo ver coronados sus esfuerzos, y sobrevivió tres años al reconocimiento legal de su Escuela.

Vivía en Boloña del Mar un piadoso caballero, el Sr. de la Cocherie, que empleaba el tiempo y gastaba todo su dinero en obras pías. Oyó hablar de las Escuelas gratuitas y quiso establecerlas en su ciudad. No le costó

mucho imponer su idea al obispo de Boloña, que las había establecido en Calais algunos años antes y podía, por tanto, apreciar sus servicios. Como las liberalidades del Sr. de la Cocherie no le habían dejado más que lo necesario para la vida, acudió a la generosidad de sus amigos, y reunió fondos suficientes. Cuatro Hermanos enviados por el SANTO fueron honrosamente recibidos por el obispo, quien se dignó alojarlos en su seminario mientras se les proporcionaban locales. Más tarde se fundó otra Escuela en la ciudad alta.

La casa de Boloña fue la última que fundó el SIERVO DE DIOS en las provincias antes de su muerte. Pero antes de reanudar el hilo de las persecuciones, que forman como la trama de su vida, debemos tender una mirada a la serie de esas fundaciones y considerar la facilidad que daban las antiguas leyes para hacer bien al pueblo y asegurar su instrucción.

Las Escuelas se establecen por todas partes casi del mismo modo. Algunas personas caritativas, y entre ellas sacerdotes, obispos, magistrados, oyen hablar de las Escuelas y quieren enriquecer con ellas su ciudad respectiva. Al punto buscan fondos, compran locales, crean rentas perpetuas para afianzar la duración del establecimiento, el cual queda así resguardado de las vicisitudes del tiempo. Si el fundador no es por sí bastante rico, se dirige a otras almas celosas, formando una Junta, una "pía fundación", que, por vía de escote, halla el dinero necesario y cuida de su inversión.

La fe era viva y hacía entonces fecunda a la caridad. Cuando se consideran las obras de los siglos XVII y XVIII, queda uno maravillado de la multiplicidad de caritativas fundaciones, aunque no hubiera otra prueba que el rápido desenvolvimiento del Instituto de los Hermanos, merced a la beneficencia de los pueblos.

En suma, tanto en el Norte como en el Sur, en el centro de la Provenza como en París, los Hermanos son deseados, esperados, acogidos con entusiasmo, y los resultados de las Escuelas fundadas por ellos exceden a las esperanzas que se habían concebido. En todas partes se siente la necesidad de ellas, sobre todo para los pobres, y cuando se trata de fundarlas, siempre se halla el capital necesario. Padres de familia, sacerdotes y magistrados, todos están animados de la mejor voluntad, pero no saben a dónde dirigirse para encontrar maestros. Entonces aparecen los Hermanos, como obreros enviados por la Providencia; llegan a tiempo para satisfacer a una imperiosa necesidad, adornados de las cualidades que para ello se requieren. Por lo que respecta al santo FUNDADOR, su nombre es

venerado en todas partes, los obispos tienen a honra el recibirlo, las ciudades quieren a porfía gozar de su presencia y ya se le considera como a bienhechor de la humanidad. Pero no pasa lo mismo en torno suyo; cada día es el blanco de nuevos enemigos y de persecuciones nuevas. La aureola brillante que a lo lejos circunda su frente, no es, en realidad, sino una corona de espinas. Dios lo quería así para gloria suya y santificación de su siervo: las coronas de espinas son las únicas que no se deshojan.

CAPÍTULO XXII

HAMBRE DE 1709.—PACIENCIA DEL SIERVO DE DIOS.—UN HERMANO INFIEL.
—EL ABATE CLEMENT.—PROCESO SUSTANCIADO CONTRA EL VENERABLE SACERDOTE.

A pesar de que los Hermanos de la parroquia de San Sulpicio habían pasado ya dieciocho años en su casa de la calle de la Princesa, se hallaban en la imposibilidad de mejorar su ajuar y en constantes apreturas. Se reunían todas las tardes en dicha casa, después de haber dado clase en las diferentes Escuelas de la parroquia; allí también pasaban los domingos y días de fiesta desde que fue trasladado el noviciado a San Yon.

Aquella casa era malsana: carecía de huerta y de ventilación. Para esparcirse un poco no tenían los Hermanos más que un patio dominado en todo su contorno por casas de vecindad. La calle misma era angosta y sombría, y no se podía penetrar en ella sin atraer las miradas curiosas de los vecinos.

El SANTO, que habitaba entonces en la Escuela de San Roque, deseaba con ansia hallar otro local; pero como no gozaba de la confianza del cura de San Sulpicio, no se atrevía a decirle nada sobre el particular, por lo que encomendó el asunto a un Hermano a quien profesaba singular aprecio el abate de la Chétardie. Se encontró en el barrio de los incurables cerca de la puerta de Sèvres, una casa que pareció a propósito; estaba retirada, era extensa y tenía buen jardín. El Hermano encargado por el celoso SACERDOTE habló de ella al cura, quien la arrendó a razón de cuatrocientas libras por año, trasladándose los Hermanos a ella y permaneciendo allí hasta 1722, época en que compraron otra en la calle de Nuestra Señora de los Campos.

Poco después de haberse instalado los Hermanos en la calle de Sèvres, la Escuela de San Roque pasó a otras manos; el FUNDADOR fue entonces a habitar en aquella con sus discípulos, y disfrutó de algún descanso, durante el cual pudo revisar sus obras y perfeccionar las ediciones que de ellas había hecho.

Con todo, la paz no debía ser de larga duración para él; había de padecer y luchar toda la vida. La miseria le visitó nuevamente en 1709, año de mucha penuria para los infelices, a causa de la malísima cosecha y de lo rígido y largo del invierno. El hambre se difundió por toda Francia;

los ricos hubieron de restringir sus limosnas y los pobres no hallaban recursos ni en su trabajo ni en la caridad pública.

Los Hermanos de la calle de Sèvres empezaron a reducirse a lo estrictamente necesario. A pesar de los rigores del frío, no tuvieron lumbre ni vestidos con qué abrigarse. En el refectorio no comían más que lo indispensable para no morir de hambre; sin embargo, no se quejaban porque veían a su PADRE en medio de ellos, siempre sereno, que participaba de sus angustias y los animaba con sus ejemplos. "Nada temáis —les decía—; Dios no falta jamás a los que esperan en Él. Todo lo alcanza la fe viva, la confianza perfecta, aun los más portentosos milagros, cuando son necesarios. JESUCRISTO se ha obligado, con los que buscan su reino y su justicia, a darles todo lo demás por añadidura; nunca lo ha rehusado a los que le sirven, y cada página de la Sagrada Escritura comprueba esta verdad. Nada sucede en este mundo si no por orden o permiso de Dios: los bienes y los males, la pobreza y las riquezas, todo viene de sus benditísimas manos. Él lo distribuye todo, y siempre bondadosa y pródicamente. Si hemos recibido tantos beneficios de su liberalidad, ¿por qué nos negaremos a aceptar algunos castigos de su justicia? Él es Dueño soberano: ¡hágase lo que le place!"

Más se apenaba él por causa de los Hermanos que por sí mismo. Estaba hecho a la dolencia, y ella era, por decirlo así, el alimento de su vida; pero temía por sus queridos discípulos, recelaba que sus almas, débiles en extremo, no pudiesen resistir a la prueba.

Los que le inquietaban, sobre todo, eran los Hermanos que estaban lejos de su persona, por no tenerlos a su lado para estimularlos y sostenerlos. El azote, no obstante, arreciaba más y más, y todas las casas experimentaban sus efectos; pero más particularmente la de Rouen. Como había trasladado allá el noviciado, que, según queda dicho, contaba unos treinta Hermanos, diez de los cuales regían las Escuelas de la ciudad y los demás eran novicios o estaban encargados de la vigilancia de los internos de San Yon y del servicio de la casa, no tenían, como en las demás Escuelas, rentas constituidas que los resguardasen de la necesidad. Sus recursos consistían sólo en las seiscientas libras de renta que les pasaba la Junta de la ciudad y en los insignificantes productos de la huerta de San Yon, cuyo suelo arenoso y estéril no producía casi nada, a pesar del trabajo de los Hermanos. Con estos escasos recursos debían pagar el alquiler de la casa, que les absorbía la mitad; deducidos otros gastos, quedaban para los treinta Hermanos cien escudos por año para su manutención. Al cabo de

un mes habrían perecido todos a no haberlos socorrido la caridad privada; pero durante la escasez recibían menos y los víveres eran más caros. A esto vino a añadirse una nueva calamidad, el nuevo arzobispo de Rouen, el Sr. d'Aubigné, no simpatizaba con el FUNDADOR ni apreciaba su obra; habíase dejado prevenir contra él y creía hacer mucho no despidiendo de su diócesis a las Hermanos. La población no había vuelto aún de sus impresiones hostiles, y los pobres Hermanos eran maltratados a menudo e injuriados por los padres de los mismos niños a quienes educaban. En fin, su miseria era extrema; el compasivo PADRE no podía repartir con ellos sus exiguos recursos, ya que apenas tenía lo necesario para su propia casa. Se decidió a llamar a los novicios a su lado, dejando a los maestros en las Escuelas, a fin de que éstas no sufriesen interrupción. Con esto se duplicó el personal de la comunidad de París; la casa no podía contener a tanta gente y tuvieron que tender por el suelo, en todos los cuartos, los pobres jergones en que se acostaban los Hermanos por ver si el leve descanso que tomaban, interrumpido por los rigores del frío, les hacía olvidar el hambre que durante el día les desgarraba las entrañas.

Cuarenta personas debían alimentarse allí, sin provisiones, sin préstamos, sin más recursos que una pensión insuficiente y muy a menudo vencida y no pagada. Tan grande miseria no hizo menguar un solo instante la magnánima caridad del SIERVO DE DIOS. Aunque falta de pan su familia, nunca cerraba las puertas a los que iban a implorar su asistencia. Se presentaban varios extraños suplicándole que los recibiese en el Instituto, y el santo SACERDOTE los acogía amorosamente apenas advertía en ellos algunos indicios de buena voluntad. Muchos, sin embargo, no perseveraban, pues al cabo de algunos meses de prueba encontraban muy severa la Regla, la vida demasiado austera y se retiraban. Los Hermanos, entonces, llevaban a mal el que esos intrusos hubiesen ido a participar de su miserable escasez sin ningún provecho, mas él se contentaba con responderles graciosamente: "Han hecho los pobres unos buenos Ejercicios, que les serán provechosos para el alma."

Nunca se desmintió la constancia del santo VARÓN; no obstante, la Providencia que era su apoyo, no le preservó del común azote. Un día en que se habían agotado las últimas provisiones, ya no quedaba pan en la despensa ni dinero en el arca y el panadero no quería dar nada más a crédito. El SANTO acudió entonces al Cielo, se puso en oración y no tardó en llegar el socorro. Al salir para ofrecer el santo Sacrificio se encontró con una persona caritativa, que le preguntó dónde iba.

—Voy a celebrar el santo Sacrificio —contestó— y a rogar a Dios que envíe lo necesario para nuestra comunidad, desprovista de todo sustento y sin tener con qué comprarlo.

—Tranquilizaos —repuso su interlocutor—, yo me encargo de ello. Y al punto entregó diez escudos a la comunidad, la que pudo aliviar momentáneamente la triste situación en que se hallaba.

Multitud de rasgos semejantes a éste se cuentan en la historia de todas las casas religiosas. Para mantener la confianza de sus siervos, se complace Dios en conducirlos hasta la extrema necesidad, y en seguida les descubre la mano que los sostiene y les impide caer, cual la madre que enseña a andar a su hijo pequeñuelo. Los andadores le sostienen por detrás, mas él ni los ve ni los siente, y se cree solo; pero si se le desliza el pie, el cordón protector le impide caer. ¿Y todos los cristianos, aun los mejores, no somos acaso en toda nuestra vida niños débiles, cuyos pasos vacilantes en el camino de la salvación han menester los cuidados de Dios para enseñarles a andar por él? Si nos muestra constantemente la mano que nos sostiene, nos volvemos flojos e inertes; si nos la esconde, caemos al punto. Todo esto por falta de confianza.

El piadoso VARÓN había alcanzado la sublime virtud del "abandono en Dios", y ninguna prueba era poderosa para hacerle decaer. En pos del hambre vino la peste: una epidemia escorbútica se declaró en la casa y cayeron con ella muchos Hermanos, de resultas del mal alimento y de las privaciones. No se alteró por eso el buen PADRE; preparó una enfermería, en la que puso a los enfermos, apartándolos así de la comunidad, para evitar el contagio, y encargó el cuidado de ellos a dos Hermanos caritativos, mientras él andaba en busca de remedios. La peste causaba estragos en París, y aunque había a la sazón un médico muy hábil para curarla, se hallaba tan atareado que no podía atender a todos; además, los medicamentos y visitas eran carísimos, y no tenía posibilidad de pagarlos el SIERVO DE DIOS. Se fue, pues, a implorar la caridad del doctor Helvecio, célebre médico holandés, a quien conocía y que le había asistido en varias ocasiones. El doctor prometió que alcanzaría de su colega el que atendiese gratis a los Hermanos, con lo cual el santo FUNDADOR condujo repetidas veces sus enfermos a casa del médico, quien practicó las operaciones necesarias hasta curarlos completamente.

Todo tiene su término en este mundo, tanto los dolores como las alegrías. Pasó la epidemia con el invierno; volvió el buen tiempo y con él la abundancia, y no les quedó a los Hermanos de su penuria pasada sino el

mérito de la paciencia con que la habían soportado. Mas no sucedió así con su FUNDADOR, cuya vida estaba continuamente crucificada como la del Dios del Calvario; para él no cesaban las cruces, cambiaban sólo de naturaleza.

La discordia se introdujo nuevamente en la casa, porque en el rebaño se hallaba un Hermano infiel, así como hubo un Judas entre los Apóstoles. Según la palabra evangélica, el Padre de familias siembra buena simiente en su campo; pero durante la noche viene el enemigo a sembrar cizaña. Un Hermano ambicioso quiso suplantarle en la dirección del Instituto. Imaginó fomentar murmuraciones y descontentos entre sus compañeros, alejarlos de su Superior y atraerlos a una casa que quería arrendar por cuenta suya en la que prometía atender ampliamente a todas sus necesidades. Como cualesquier amaños le parecían lícitos contra el santo FUNDADOR, hasta se atrevió a explotar el pequeño resentimiento que habían dejado en el ánimo de algunos los recuerdos del pasado invierno. Muchos, en efecto, habían visto mal el que recibiese en su casa a algunos extraños y partiese con ellos los escasos recursos de la familia. Según dicho Hermano, esto era malgastar las limosnas que recibía la comunidad, un puro derroche de la pensión que pagaba el cura de San Sulpicio.

Esta confabulación se urdía cautelosamente, sin que nada llegase a oídos del amoroso PADRE; SUS ENEMIGOS externos estaban al tanto de lo que pasaba y fomentaban la intriga. El que la acaudillaba se abrió con otro Hermano cuya voluntad había ganado; súbitamente cambia éste de dictamen; movido por el remordimiento, no puede guardar el secreto: lo declara en plena comunidad, y descubre con todos sus pormenores el plan infernal tramado contra el FUNDADOR.

Subió de punto con este relato la indignación de los Hermanos fieles, los cuales reclamaron al instante la expulsión del culpable; pero el SIERVO DE AQUEL que trató de amigo al pérfido Judas quiso hacer tiempo, con la esperanza de ver rendido por el arrepentimiento a este corazón rebelde, aunque todo fue inútil. Abusando de la bondad y paciencia de su PADRE, se encontró más su saña contra él, y pretendió perturbar nuevamente a la comunidad, por lo cual fue menester echarlo fuera; sólo así se restableció la paz en la casa.

No bien hubo pasado esta prueba cuando le sobrevino otra más pesada. Hallándose, en diciembre de 1707, en una casa de la calle de San Honorato, ocupado en curarse un tumor que le había nacido en la rodilla de resultas de sus prolongadas oraciones, se le anuncia la visita de un joven eclesiástico de San Calais, llamado Clément, que deseaba hablar con él.

Llegado a la presencia del SIERVO DE DIOS se postra a sus pies y le suplica que le ayude en una piadosa empresa que ha formado con el objeto de educar algunos jóvenes de diez a veinte años para hacerles aprender un oficio y criarlos en la vida cristiana. Le dice, además, que su padre es rico y le pasa una renta de ochocientas libras, de las que él puede disponer libremente; por fin, que aguarda una buena abadía, cuyas rentas quiere aplicar a la ejecución de su proyecto; pero necesita de asistencia para esto. Al visitar las Escuelas de la calle de la Princesa ha comprendido que sólo el abate DE LA SALLE podría ayudarle y no ha querido tardar más en venir a tratar con él.

Sabido es con cuanta prudencia procedía el santo SACERDOTE en todas sus decisiones; por esto contestó en pocas palabras a estas insinuaciones tan halagüeñas. Su obra tenía un objeto preciso y determinado y no pretendía darle otra dirección. Si podía acomodarse a ella la del abate Clément, no le negaba su cooperación; pero era menester, ante todo, que éste se informase más exactamente del fin del Instituto, con cuyo motivo le entregó un informe.

A los pocos días regresó el abate lleno de entusiasmo, sobre todo por el designio que el Sr. DE LA SALLE había formado de preparar maestros de escuela para el campo; tenía para sí que podrían estar alojados en una misma casa con los jóvenes que él se proponía educar, creyendo, por tanto, que era menester reunirlos sin tardanza.

No se precipitó el SIERVO DE DIOS: examinó, discurrió, aguardó un año entero. El joven abate iba a visitarlo varias veces por semana, ora solo, ora acompañado de su preceptor, un tal abate Longoisseur, que aprobaba todos sus proyectos; ora con el Sr. Rogier, amigo del SANTO, que aplaudía mucho esta nueva empresa y manifestaba la intención de secundarla muy eficazmente. Las cartas sucedían a la visitas; además, el abate Clément parecía piadoso, leal, caritativo, lleno de ardor. Al manifestarle el SIERVO DE DIOS el temor de que se retirara más tarde, dejándole empeñado a él solo en esta obra, le contestó el joven eclesiástico por medio de una carta sumamente fina y afectuosa. JUAN BAUTISTA se resolvió entonces a consultar el asunto con el arzobispo, el cual lo aprobó y aun le dio indicaciones relativas al sitio que debía escoger; pues deseaba el prelado que el seminario para los maestros rurales se estableciese más bien fuera de la ciudad. El abate Clément encontró, por fin, en San Dionisio una casa que le pareció adecuada; pertenecía a la Sra. Poignant, hermana de la fundadora de la Escuela, la cual casa estaba arrendada entonces al juez

ordinario o baile de San Dionisio. El joven abate fue a verla muchas veces con su preceptor; la encontró muy de su gusto; pactó las condiciones de la venta con la Sra. Poignant y cerró la compra en trece mil libras. El contrato definitivo fue otorgado en octubre de 1708.

El abate Clément era, pues, el adquirente: él había querido comprar dicha casa, la había escogido a su gusto, había ajustado el precio y prometía pagarlo. No obstante, como era menor de edad y temía la oposición de su padre, quiso que se hiciese el contrato a nombre del Sr. Rogier. La dueña reclamaba siquiera parte del precio, pero Rogier no quiso adelantarle nada. El abate Clément, que no tenía nada disponible, suplicó al Sr. DE LA SALLE que le adelantase, primero, cuatro mil libras, y poco después, mil doscientas. El santo SACERDOTE fue en busca de algunos fondos que había depositado en poder de un notario para las necesidades de su comunidad, especialmente con el fin de establecer un seminario de maestros de escuela para el campo, y los entregó al Sr. Rogier, quien los dio a buena cuenta del precio de la casa. Con todo, se negó dicho señor a dar al santo VARÓN el correspondiente recibo; recelando el abate Clément que su bienhechor perdiese el dinero, le entregó un recibo de cinco mil doscientas libras.

Con febril actividad se ocupó inmediatamente el abate en arreglar la casa y en instalar su obra. Se concedió el retiro al juez de San Dionisio, y en la Pascua de 1709 fue abierto el seminario de maestros de escuela, con tres jóvenes destinados para las Escuelas del campo. Los Hermanos tenían que darles la instrucción necesaria y aun enseñarles canto llano. La obra empezada parecía prometer buenos resultados.

Sin embargo, conocidos por el padre del abate Clément los proyectos de su hijo, se mostró poco favorable a ellos; el Sr. Rogier que lo supo, entró en temores por la compra hecha, y excitó al abate a que devolviese la casa, ya que la Sra. Poignant consentía en tomarla de nuevo y en restituir el dinero que había recibido; mas no quiso el abate ni oír la propuesta. Poco después encontró Rogier otra ocasión favorable para venderla; pero Clément se negó resueltamente. Le instaba su padre a que apelase a su incapacidad por ser menor de edad, para desligarle de sus compromisos. Desechó indignado tal proposición, asegurando que nunca jamás consentiría en perjudicar a quienquiera que fuese.

Entre tanto emprendió JUAN BAUTISTA un viaje a la Provenza, en febrero de 1711, para visitar los establecimientos que allí había fundado. En todas partes era recibido con sumo gozo por los Hermanos; los obispos

le acogían con testimonios de honor y las poblaciones con entusiasmo, porque apreciaban los importantísimos servicios prestados a los niños por su Instituto.

De repente recibe de París cartas alarmantes; sus adversarios se habían aprovechado de su ausencia para armar contra él asechanzas que infaliblemente habían de perderlo, arruinarlo y deshonorarlo de una vez. Lograron ganar para sí al joven abate, que no contaba veinticinco años cuando compró la casa. Apelaban a su derecho de ser menor de edad, a fin de hacer anular el acta de compra, y por lo mismo acusaban al SIERVO DE DIOS "de haber sobornado a un menor". Presentaron, además, una demanda a nombre del abate Clément y de su padre, al teniente civil del Châtelet.

Quedó sorprendido de tanta audacia el santo FUNDADOR, pero no dijo palabra: era enemigo de los procesos y no quiso defenderse. No obstante, como en esto le iba la honra y temiendo que fuesen inquietados los Hermanos por causa suya, puso en mano de varias personas, suplicándoles que le hiciesen administrar justicia, todos los documentos, las cartas del abate Clément, el recibo que le había dado y un memorial escrito por el mismo FUNDADOR. Pero en esta ocasión también fue vendido, porque sus defensores se dejaron estrechar con artificio engañoso y fallaron contra él. Cuando volvió a París fue para encontrarse con la noticia de su ruina.

El 23 de enero de 1712 los señores Clément, padre e hijo, presentaron al mismo teniente civil del Châtelet otra demanda, en que pedían autorización para citar ante el juez al abate DE LA SALLE, y el propio día recibieron un despacho en que se les concedía la autorización pedida.

El 17 de febrero obtuvieron de la chancillería letras de rescisión, que invalidaban los actos verificados por el abate Clément por no haber cumplido aún los veinticinco años cuando los ejecutó ni haber tenido entonces el suficiente discernimiento para comprender la fuerza e importancia de sus obligaciones.

Estas letras, sin embargo, no podían producir efecto inmediato; debían ser ratificadas por los jueces, quienes tenían la facultad de rechazarlas, caso de no estar fundadas en bases legales; pero JUAN BAUTISTA no quiso aguardar a la conclusión del proceso.

Viéndose así desamparado de todos, vendido por aquellos en quienes había puesto su confianza, injustamente deshonorado, amenazado con la prisión, creyó que lo más prudente era retirarse para huir de esta persecución. Convenía que se alejase de la vista del mundo, por ver si se olvidaba el odio de que era objeto. Los Hermanos de París estaban ya

afianzados en la senda que les había abierto, las Escuelas estaban florecientes y se habían granjeado la simpatía universal; quitado él de en medio, nada podía impedir el desenvolvimiento que habían tomado. Su humildad se complacía en estos discursos; siendo Fundador y el único sostén del Instituto, creía servir de obstáculo para su acrecentamiento. Así pues, salió en secreto, sin decir a nadie a donde iba; rompió toda clase de relaciones, resuelto a no dar noticia de su paradero.

Antes de retirarse quiso asegurar el gobierno de su Instituto. Había varios Hermanos capaces y dignos de desempeñarlo; pero ninguno le pareció más apto que el Hermano Bartolomé, quien por la regularidad y vigilancia, mansedumbre y firmeza, piedad y discreción que le caracterizaban, se hallaba, más que cualquier otro, en estado de mantener el buen orden y de hacer observar la Regla. La misión que le confiaba era de extrema delicadeza, tanto más cuanto entendía transmitirle no la apariencia, sino la realidad del mando; debía ser Superior de hecho sin ser presentado a los Hermanos como titular. Si el FUNDADOR le hubiese delegado sus poderes, se habría visto precisado a dar a conocer el motivo de su ausencia, y pasando el Hermano Bartolomé por mandatario suyo, habría encontrado las dificultades con que él mismo tropezaba. Al desaparecer completamente sin nombrar sucesor, parecía dejar que el Instituto se gobernase solo y siguiese, naturalmente, el sendero que le había trazado. Las oposiciones suscitadas a causa de su dirección habían de disiparse por falta de objeto.

Habiendo consultado con Dios el santo SACERDOTE lo que debía hacer, sometió a prueba al Hermano Bartolomé; encontrándolo fiel, le comunicó su designio, le dio todas las instrucciones necesarias para el gobierno del Instituto y se retiró.

Algunos días después recibieron los Hermanos de París dos citaciones: la una, a nombre de Clément, y la otra, a nombre de Rogier. Aquélla era del 20 de febrero, y remitida por los señores Clément, padre e hijo, en la que pedían que fuesen ratificadas las letras de rescisión, que se invalidasen las promesas y obligaciones del abate Clément y, sobre todo, el recibo de las "cinco mil doscientas libras". Reclamaban, además, unas dos mil cuatrocientas libras, que decían haber entregado el abate Clément al Sr. DE LA SALLE y al Sr. Rogier.

Cuando vio Rogier atacado a su amigo y a punto de ser condenado, le volvió, a su vez, las espaldas y aun llegó a acusarlo. En su citación de 14 de marzo de 1712 pidió que le pusieran en posesión de la casa de San

Dionisio, comprada a su nombre; que si el Sr. DE LA SALLE quería posesionarse de ella, habría de pagarla por segunda vez. Exigía, igualmente, que se le indemnizase de las condenaciones pronunciadas a favor de los dos Clément, contra él y el FUNDADOR de los Hermanos. Como se ve, el tal Rogier se convirtió de amigo en adversario y vil traidor.

"Ni ausente sin culpa ni presente sin disculpa"; refrán es éste cuya verdad se palpa, sobre todo en los procesos. El 31 de mayo y el 15 de junio fue declarado en rebeldía el SIERVO DE DIOS y condenado a pagar todo lo que reclamaban sus adversarios. En la sentencia, fallada a favor de Clément, "se prohibía al abate DE LA SALLE el que exigiese tales actos de hijos menores y les pidiese dinero". Así, de una sola vez quedaba el santo VARÓN abatido y deshonorado por sus propios amigos.

Fue justificado el santo FUNDADOR, pero más tarde. El abate Clément pagó su deslealtad, porque algún tiempo después le condenaron a galeras por rebelión contra el Estado. El Sr. Rogier se vio atormentado por amargos remordimientos. Al morir se encontró en su testamento una cláusula, en la que legaba al VARÓN DE Dios una renta de trescientas sesenta libras anuales, POR RAZONES DE CONCIENCIA. Estas últimas palabras son elocuentes, y nos es grato terminar con ellas la relación de acontecimientos en que la virtud del santo FUNDADOR estuvo sujeta a tan duras pruebas, pero de las cuales salió aquilatada y victoriosa. La reparación fue tardía, pero los santos saben acomodarse al tiempo, y como dice un autor contemporáneo: "Pensamos a veces que triunfa el mal en el mundo; pero es porque no sabemos aguardar lo bastante".

CAPÍTULO XXIII

EL ABATE DE LA SALLE EN LOS CEVENAS.—LLEGA A MARSELLA.—NOVICIADO EN ESTA CIUDAD.—INTRIGAS DE LOS JANSENISTAS.—PROYECTO DE VIAJE A RODIA—NUEVAS PERSECUCIONES.—SALE PARA MENDE.

En el Mediodía es donde iba a encontrar lenitivos el ánimo del SIERVO DE DIOS. Había llegado a Avignon a fines de la cuaresma de 1712. Desde luego, todo le sonreía al paso, y su viaje al principio fue un triunfo continuo: allí le resarcían, al parecer, de las hostilidades con que le amargaron en París. Los Hermanos de Avignon lo retuvieron consigo cuanto pudieron; pues querían gozar de su presencia y aprovecharse de sus lecciones, tanto más cuanto recelaban para él los peligros de un viaje por los Cevenas, infestados entonces por los fanáticos calvinistas.

Salió, no obstante, y llegó a Alais sin novedad. La Providencia había enviado a su ángel para que librase de todo mal una vida de la que esperaba aún copiosos frutos. El obispo de Alais lo recibió con mucho agasajo y le hizo grandes elogios de los Hermanos y de su Escuela. Desde que se hallaban establecidos en la ciudad había disminuido notablemente el número de niños herejes.

A los pocos días se encaminó el santo SACERDOTE a los Vans, pasando por Gravières, cuyo prior era el director espiritual de los Hermanos de aquel lugar. Penetrado de veneración hacia el SANTO, cuyas virtudes podía apreciar por lo que se irradiaban en el alma de sus discípulos, el prior le detuvo lo más que pudo. A fin de testificarle mejor la estimación que le profesaba, se complacía en ayudarle a misa revestido de sobrepelliz. Mas, como hemos dicho, los honores eran un medio para ahuyentar al humilde SIERVO DEL SEÑOR.

Continuó, pues, el viaje y llegó a los Vans, en donde su venida inesperada causó sumo gozo a los Hermanos. En ese pueblecillo, perdido en medio de los montes, no podían creer que recibirían la visita de su PADRE, de quien estaban apartados hacía muchos años. Los animó él con palabras afectuosas; en seguida, pasando por caminos impracticables y en una estación rigurosísima, se dirigió a Mende, donde cinco años antes había fundado una Escuela.

El Sr. de Plancourt, obispo de esa ciudad, que llamó a los Hermanos, había muerto ya; pero el que le sucedió en el cargo abrigaba también el propio celo e interés por las Escuelas. Tenía casi el mismo apellido que el SANTO, sin ser de su familia; se llamaba Pedro Baglión de la Salle de Saillant. Lleno de consideración con el HOMBRE DE DIOS, contra quien aún no se había dejado prevenir, como sucedió después, quiso sentarlo a su mesa; pero éste se excusó alegando que debía a sus discípulos el ejemplo de una inflexible observancia de la Regla.

Después de alguna permanencia en esta ciudad, regresó a los Vans, tomando la vuelta de Uzès, en donde tenía que arreglar un asunto con el obispo de la diócesis, bajo cuya jurisdicción estaban los Hermanos de los Vans. No quería este prelado que fuesen removidos los Hermanos, porque decía que mayor bien podían obrar permaneciendo siempre en un mismo lugar, con niños a quienes conocían ya y en una población acostumbrada a ellos, que corriendo de ciudad en ciudad. Esta regla era prudente, pero susceptible de excepciones. El HOMBRE DE DIOS no pensaba de ningún modo remover a los Hermanos sin razón; pero siendo él el Superior, tenía derecho de cambiar inmediatamente a un Hermano, por diversas causas que pudiesen sobrevenir, sin estar obligado a poner en conocimiento del obispo los motivos de tal decisión; si así no fuese, quedaba gravemente comprometida la disciplina del Instituto. Comprendió el obispo estas razones, y el modesto VISITANTE se despidió de él, recibida la seguridad de que continuaría protegiendo a los Hermanos de dicha ciudad.

De Uzès pasó a Marsella, adonde le había precedido desde mucho antes la fama de sus virtudes. La Escuela de los Hermanos había sido fundada en 1704 y se hallaba en estado floreciente, pero no había más que esa sola; excepto la parroquia de San Lorenzo, las demás no tenían sino maestros seculares. Cuando llegó el santo FUNDADOR, muchos eclesiásticos eminentes y distinguidos personajes de la ciudad fueron a visitarle. Le felicitaron por su obra, manifestaron vivo deseo de favorecer su desenvolvimiento y se pusieron a sus órdenes para nuevas fundaciones.

Pensaron, desde luego, en abrir otra Escuela en la ciudad, conforme a las intenciones del obispo. Se encargó de promover la idea un Padre jesuita que predicaba la cuaresma en la parroquia de San Martín; expuso a su auditorio la necesidad que había de dar educación gratuita a los niños del pueblo y cuán conveniente era acudir a la abnegación de los Hermanos, que ejercían con tan buenos resultados ese importante cargo. La moción

fue bien acogida: muchas personas prometieron fondos y la Escuela estuvo a punto de abrirse.

Pero sobrevino entonces una circunstancia inesperada, que paralizó el entusiasmo y estorbó la fundación proyectada. Fue el caso que era jesuita el que tuvo el mérito de haber provocado la empresa y de llevarla a cabo, cuando la mayor parte de los eclesiásticos que se habían amistado con el abate DE LA SALLE a su llegada a la ciudad pertenecían a la secta jansenista. Como tales, habían abrigado la esperanza de ganar para sí al FUNDADOR de los Hermanos, el cual, sencillo como todas las almas rectas, no cayó al principio en la cuenta de lo que intentaban; si aceptó la amistad que le manifestaron fue por considerarla desinteresada, pensando valerse de ella para obrar el bien. Mas cuando ellos le vieron servirse preferentemente del ministerio del Padre jesuita entraron en sospecha, y quisieron, ante todo, impedir que se ejecutase el designio.

Por otra parte, aunque el cura de San Martín no pudiese menos de apreciarle, desaprobaba la severidad de su gobierno. Lo austero de su vida le parecía un reproche silencioso contra los sacerdotes seculares y habría preferido confiar la dirección de la Escuela a algunos eclesiásticos que, en los momentos desocupados, pudiesen prestar auxilio al clero parroquial. Trabajó cautelosamente en salirse con la suya, para lo cual excitó a los fundadores a que diesen otro destino a sus fondos; como era hábil e influyente, nada le costó el convencerlos.

Al obispo le engañaron asegurándole que las personas caritativas que querían establecer la Escuela estaban resueltas a retirar sus dones si había de ser confiada a los Hermanos; el obispo, sin poder darse cuenta de esta mudanza, aunque estimaba a los discípulos del SANTO, no creyó conveniente interponer su autoridad, por temor de que se frustrase la fundación; como era recién venido a la diócesis, no quería malquistarse los ánimos. Este obispo era el Sr. de Belzunce, cuyo nombre hemos consignado ya, que se distinguió por su abnegación y caridad cuando la peste de 1720. Honraba con su aprecio a JUAN DE LA SALLE, a quien concedió el 12 de diciembre de 1712 los más amplios poderes para toda su diócesis.

Por fin, la maquinación fue tan hábilmente dirigida, que no se confió la Escuela a los Hermanos, y los autores de este contratiempo fueron entonces con aire condolido a referirlo al santo VARÓN. "Bendito sea Dios —repuso éste al punto con su acostumbrada serenidad—, porque seguramente Él lo ha querido así." Recibió finalmente a los que le dieron

esta noticia, les agradeció el sentimiento que parecían manifestarle y se retiró al pie del altar para ofrecer al SEÑOR su conformidad con este nuevo designio de la Providencia, que no había querido, sin duda por causa de sus pecados, que se estableciese la Escuela.

Otro proyecto había concebido mucho más importante para el Instituto, a saber: el establecimiento de un noviciado en Marsella, el cual había de suministrar Hermanos para toda la Provenza. La lengua que allí se hablaba no era la misma que en París; el uso del francés no se había extendido aún a toda Francia. Además, el noviciado de San Yon estaba distante y bastaba apenas para las necesidades de las Escuelas de aquella parte. Marsella era ciudad piadosa y rica; servía de albergue a muchos peregrinos en su ida a Roma y en su regreso. Le pareció fácil encontrar allí los fondos necesarios, y entre tantas personas atraídas por la piedad a ese lugar surgirían sin duda vocaciones para una obra tan digna de mover la caridad de los cristianos. Comunicó sus planes y esperanzas al Hermano Gabriel Drolin, y contaba ya con esta fundación para enviarle a Roma un compañero. "Difícil me será enviaros un Hermano —le escribía en junio de 1712— hasta que haya abierto un noviciado en esta ciudad; voy a comenzar presto, pues aquí se necesitan jóvenes del país, a causa de la diferencia del idioma."

Quería, igualmente, hacer de este noviciado un centro de ejercicios, adonde fueran los Hermanos de cuando en cuando para enfervorizarse de nuevo con más vigor en una piedad profunda y en la práctica más exacta de la Regla. Ya había probado en el noviciado de Vaugirard lo útil de semejante institución; pero París estaba muy lejos y los viajes eran demasiado costosos para poder mandar a los Hermanos a tanta distancia. Por otra parte, ya no cultivaba relaciones con París; daba por perdidos para él a los Hermanos de esa ciudad, y aunque conservaba la dirección remota del noviciado de San Yon, mal podía pensar en mandar allá a los Hermanos de la Provenza.

Era, pues, de todo punto conveniente el que estableciese un noviciado en Marsella. Cuando hubo ponderado bien este pensamiento, lo comunicó a las personas con quienes estaba relacionado, todas las cuales lo acogieron con entusiasmo. No se contentaron con aprobarlo, sino que, además, hicieron las diligencias necesarias para su realización.

Uno buscó fondos; otro aseguró rentas; los curas de la ciudad se interesaron en la empresa; el obispo prometió su protección; se encontró una casa adecuada y la arrendaron y amueblaron; se presentaron

postulantes, y el noviciado se instaló en septiembre de 1712. Parecía que todos sus nuevos amigos no tenían más objeto que secundar sus proyectos: daban de mano a todas sus demás obras para ocuparse sólo en ésta.

El SIERVO DE DIOS estaba maravillado, no menos que receloso, con un éxito tan extraordinario, pues no reconocía en esto el sello común y regular de las obras de Dios. Hasta entonces se habían realizado todas sus empresas en medio de contradicciones y obstáculos, cimentadas como estaban en la Cruz. ¿Qué prodigio había hecho trastornar tan de improviso esta ley y cómo podía ser que una obra cristiana encontrase tantas personas dispuestas a sostenerla? No tenía que inquirir el piadoso FUNDADOR los secretos designios del Cielo; sin dejar de estar prevenido en su corazón contra los súbitos reveses de fortuna, se aplicó sin tardanza, con su actividad ordinaria, a sacar provecho de las facilidades que se le presentaban para obrar el bien. Su primer cuidado fue la formación de los novicios. Se instaló en su casa, vivió con ellos y poco a poco los inició en la práctica de la Regla y en los secretos de la vida cristiana, practicando lo que había hecho con tanto acierto en Vaugirard y después en San Yon. Quiso en seguida que los Hermanos, especialmente los que dirigían la Escuela de Marsella, fuesen allá todos los días en los intervalos de las clases para inflamarse en aquella hoguera de su vida religiosa y adquirir hábitos de regularidad y disciplina.

Entre tanto, a los jansenistas se les hacía más y más sospechoso; querían estar perfectamente informados sobre los principios que profesaba. Estos diestros maquinadores le trataron con más solicitud que antes; procuraron conocer su pensamiento y emplearon sucesivamente las promesas y las amenazas a fin de atraerlo a su partido. Si consentía en ser de los suyos, le prometían poner todos sus fondos a disposición del Instituto, fundar Escuelas por todas partes, granjearle amigos y protectores en todo el reino, confiar a sus cuidados toda la juventud y hasta hacerle nombrar obispo. Si, por el contrario, se les oponía, gozaban ellos de suficiente crédito para destruir su obra.

Procediendo así no hicieron más que imitar al diablo cuando subió a JESÚS a un monte muy encumbrado y, mostrándole todos los reinos del mundo y la gloria de ellos, le dijo: "Todas estas cosas te daré si, postrándote delante de mí, me adorares" (S. MATEO, IV, 8, 9.) Como su MAESTRO, resistió el SANTO a la tentación y no quiso ser traidor a la verdad, fuera cual fuese la recompensa.

Tenían los jansenistas de vez en cuando sus conferencias e invitaron a ellas al SIERVO DE DIOS. Él había aceptado la invitación antes de descubrir las intrigas de los sectarios; pero le causaron grande extrañeza los discursos que llegaron a sus oídos. Cuando se trataba de Dios, el lenguaje era irreprochable; pero no bien se hablaba del Papa, de la gracia, de la moral relajada, allí era otro cantar. La fe era sustituida por el orgullo y el furor y se manifestaba la herejía en toda su deformidad. El HOMBRE DE DIOS siempre había sido fielmente adicto a la Santa Sede; nunca jamás se rindió a las novedades; en París mismo prefirió caer en desgracia del arzobispo antes que ceder algo, por poco que fuese, a tales doctrinas; menos había de variar de principios en Marsella; así, empezó por guardar un silencio reprobatorio al oír tales discursos. Instado para que diese su parecer, lo expuso con moderación, pero al propio tiempo con enérgica firmeza. Sostuvo las verdades que habían sido atacadas, defendió a las personas acusadas y concluyó diciendo que las discusiones violentas y estériles no producen ningún bien; que nada tiene que ganar en ellas la verdad, y la caridad mucho que perder. Varias entrevistas produjeron el mismo resultado; los jansenistas pudieron convencerse de que era inútil el que esperasen captarse la adhesión del abate DE LA SALLE a las perniciosas doctrinas que promovían, por lo cual quedó jurada desde entonces su perdición.

Cuando se trata de dañar a otro nunca falta ocasión ni pretexto. Habiendo exigido el santo FUNDADOR que los Hermanos que dirigían la Escuela de Marsella fuesen todos los días al noviciado para seguir los ejercicios que en él se practicaban, aquellos religiosos, entonces de alma tibia y desidiosa, no pudieron someterse a la regularidad y exactitud que les imponía su Superior. No atreviéndose a resistirle cara a cara, se valieron de los fundadores y protectores de la Escuela, a fin de alcanzar ser eximidos de esta obligación, alegando que tal desacomodo era perjudicial al adelanto de las clases. "Ya no eran novicios —decían ellos—, sino maestros, y no habían menester de tales ejercicios, que les ponían en la obligación de ir y venir varias veces al día de la Escuela al noviciado, con gran detrimento de los niños, a quienes querían dedicar todo el tiempo que les correspondía."

Tales razones eran frívolas, puesto que el FUNDADOR por nada habría querido perjudicar a los niños, siendo su continuo afán el asegurarles la educación; pero bien sabía que el tiempo no es lo que falta a ciertos maestros, sino un celo verdadero del bien de las almas y de su propia santificación. No era perdida esa hora que empleaban en cobrar nuevos

bríos y en adiestrarse en la práctica de su difícil ministerio, tanto más cuanto el SIERVO DE DIOS tenía cuidado de escoger los momentos en que terminaban las clases, a fin de no perturbar el orden de la enseñanza.

La hipócrita solicitud que manifestaban los Hermanos causó impresión en los protectores de la Escuela, quienes pidieron que fuesen eximidos los maestros de los ejercicios del noviciado. Tal exigencia equivalía casi a una orden; el HOMBRE DE DIOS tuvo que ceder, no sin gemir por el atentado hecho contra su autoridad.

No pararon en eso las quejas, pues para justificar su descontento los Hermanos rebeldes insinuaron que el noviciado causaba grave daño a la Escuela, que el FUNDADOR distraía para aquél los recursos destinados para ésta y no le dejaba sino lo muy necesario para subsistir. "Además, el noviciado mismo está mal dirigido —decían ellos—, el abate DE LA SALLE es un hombre extravagante y rígido. Oprime a los novicios bajo el peso de una Regla insoportable y, obstinado como es en su dictamen, no se puede obtener de él mitigación ni concesión alguna."

Divulgaron estas calumnias, y los enemigos del santo SACERDOTE las acogieron y propagaron. La conducta del FUNDADOR era irreprochable: le acusaban de excesiva virtud. Estos austeros y severos jansenistas, estos enemigos de la moral relajada, desmintiendo los principios que profesaban, le echaron en cara su rigidez. Lo que antes había sido objeto de sus elogios se volvió materia de sus acerbos diatribas. Trataban la modestia exterior y el porte recogido de los Hermanos de "aire embarazoso, que manifestaba lo servil de su ánimo". No se contentaron con publicar semejantes acusaciones en la ciudad, a fin de agotar las limosnas con que se mantenía el noviciado; las introdujeron en el mismo noviciado para producir en él desabrimientos y rebeliones.

En todas las casas religiosas hay cierta especie de caracteres débiles predispuestos a la murmuración, que aceptan con facilidad y diligencia la conmisericordia que se les manifiesta por la vida que han abrazado. Viendo los novicios que se les tenía lástima, se creyeron desdichados, por lo cual salieron algunos; para justificar su deserción exageraron la austeridad de las observancias de la casa. El celo de los bienhechores no pudo resistir a tantos ataques y disminuyeron o retiraron completamente sus limosnas, con lo que se vio la comunidad en extrema apretura.

Viendo conmovida la obra de JUAN BAUTISTA, sus enemigos creyeron llegado el momento de darle el golpe de gracia. Publicaron un libelo infamatorio, en el que habían reunido todas las calumnias forjadas contra

él; lo distribuyeron entre el público, el cual dio crédito a todas las acusaciones y cerró los oídos cuando quiso defenderse el acusado. Porque conociendo el SIERVO DE DIOS el poder de sus adversarios y la injusticia de sus ataques, había publicado, a su vez, un memorial justificativo, en el que, sin excederse en los límites de la más perfecta caridad, demostraba cuán falsas eran las imputaciones suscitadas contra él; pero no fue leído ni se le dio asentimiento, y el mal siguió propagándose más y más.

El noviciado empezó a decrecer, los Hermanos más constantes sintieron violentamente agitado el ánimo, y todos se volvían contra el pobre Superior; debía, pues, éste ser culpado, y no podía asistirle a él solo la razón contra todos. Las demás Escuelas de Provenza sintieron también las consecuencias de esta oposición formidable. Al pasar por ellas el SANTO había restablecido una perfecta regularidad, desarraigando varios abusos; pero los abusos reprimidos dejan siempre en pos de sí cierta mala disposición que no es fácil extirpar. Todos los que habían sido corregidos o reprendidos se aunaron con los enemigos del santo SACERDOTE. Se preguntaban éstos lo que había ido a hacer ese reformador importuno, que dejaba a su paso sólo desorden y turbación, cuando antes de su llegada las Escuelas estaban florecientes y prosperaban a maravilla; ahora había venido a la Provenza para destruir en vez de edificar. Los dos Hermanos de Marsella fomentaban esta agitación, irritaban los ánimos y ansiaban ver salir de la ciudad al SIERVO DE DIOS.

En medio de tantas amarguras y sinsabores acudió al Cielo el atribulado PADRE, a fin de encontrar en él la fuerza de que necesitaba para resistir a la injusticia de los hombres. Se dio al retiro, buscando en la oración y la penitencia las dulzuras y consuelos que no podía darle el mundo. Esta humildad sirvió aún de motivo de queja contra él, pues le acusaron de dejar abandonado el Instituto. Entonces resolvió ceder a la tormenta, retirándose a Roma. Hacía diez años que el Hermano Drolin se hallaba en aquella ciudad por ver de fundar una casa del Instituto y especialmente para alcanzar la dirección de una Escuela del Papa, lo que pudo conseguir después de vencidas mil dificultades, pero estaba solo; el SANTO pensó que su presencia allí sería útil para esa Escuela, no menos que para el Hermano Drolin y para el Instituto mismo. Además, su piedad le aconsejaba este viaje; deseaba orar ante el sepulcro de los Apóstoles, ofrecer a Dios sus padecimientos en el mismo lugar en que tantos mártires habían sellado la fe con su sangre, e ilustrarse para la dirección de su Congregación junto a ese foco de luz que ilumina al universo mundo. Ya que se veía echado de París, momentáneamente inútil para sus Hermanos,

conducido por la Providencia a una ciudad poco distante de Roma, se le presentaba una ocasión favorable para emprender esa peregrinación y debía aprovechar de ella. Ajustó, pues, su pasaje en un navío, escogió a un Hermano para que le acompañase, hizo comprar las provisiones del caso y aguardó que un viento favorable permitiera al buque desplegar las velas. Este viaje debía darle descanso de sus prolongadas pruebas.

En todos sus proyectos se mantenía constantemente resignado a la santa voluntad de Dios y procuraba guardar en lo íntimo de su alma aquella perfecta indiferencia que acepta gozosa todos los acontecimientos dispuestos por la providencia divina. Ya desplegada velas el buque y el santo VARÓN se apercibía para entrar en él, cuando se encuentra con el obispo de Marsella, quien le detiene y le desvía de tal proyecto, diciéndole que quiere confiarle una Escuela en la parroquia de Nuestra Señora de los Accoules. Risueño y sin quejarse, se somete el santo SACERDOTE; vuelve a casa, y al llegar dice a los Hermanos, atónitos: "¡Bendito sea Dios!, heme aquí vuelto de Roma. No es de su agrado el que me vaya; quiere que me ocupe en otra cosa". En seguida se contenta con escribir al Hermano Drolin estas sencillas palabras: "Mucho deseaba yo, Hermano mío, ir a veros y ya estaba a punto de verificarse el viaje; pero me lo impidió un asunto de importancia ocurrido en ese instante, que tampoco ha podido llevarse a cabo". En efecto, no se fundó por entonces la Escuela, a causa de la malquerencia de sus enemigos.

Las dificultades que salen al encuentro del bien y las pruebas de los santos son la gran objeción suscitada por los incrédulos. No obstante, apenas es necesaria la fe para explicarlas y basta casi la razón sola. La corriente del mundo es perversa; cada cual busca sus intereses y placeres a expensas de otro; Dios es olvidado y combatido por la multitud, y el mundo se presenta a los ojos del cristiano como una inmensa fábrica, en la que muchos hombres trabajan con ardor en forjar pecados. Si uno de ellos se aparta de repente de tan inicua tarea, declarando que va a hacer lo contrario de lo que ha hecho hasta entonces y siguen haciendo sus compañeros, ¿habremos de maravillarnos de que el tal sea contradicho y combatido? Su ejemplo condena a los demás, su presencia les estorba, el trabajo que él ejecuta impide y paraliza la obra de ellos. Se vuelven enemigos y empieza una pugna sin tregua ni término; como el primero está solo, pasa mucho tiempo sin obtener ventaja y queda abatido, desde luego.

Entonces las almas mezquinas se escandalizan y se preguntan si Dios interviene realmente en las cosas de este mundo, ya que tan difícil es obrar

el bien, o si los acontecimientos no son más bien un efecto regular y previsible, ya de causas fatales, ya de la voluntad humana, con algunas coincidencias extraordinarias que de vez en cuando se presentan y en las que nuestra superstición cree columbrar una acción superior. Estas deducciones, no obstante, nacen sólo de una observación incompleta o de una razón de cortísimos alcances. La acción de la Providencia es real, universal, sin intermitencias, siempre visible. ¿Acaso se opone a la existencia de los libros el que no sepamos leer en ellos? Nuestra vista, en verdad, es por demás limitada para que podamos abarcar con ella el conjunto de los designios de Dios sobre el mundo. Esta acción divina se nos descubre sólo a medias. Innumerables sucesos empiezan en el misterio de las conciencias, adonde no puede penetrar la vista del hombre; cuando salen a luz, los ha precedido ya una larga serie de hechos desconocidos que les han dado origen. A la manera de esas estrellas que vienen sin que sepamos de dónde, brillan un momento y luego desaparecen; así, tales acontecimientos hacen ruido por algún tiempo y van en seguida a recibir su desenlace lejos de nosotros, en tenebrosas profundidades, dejando huellas que no alcanza a seguir nuestra vista. ¿Cómo, pues, podrá reconstituirse una vida sola complicada de esos millares de seres que se suceden y cruzan entre sí y que muchas veces, a pesar suyo, trabajan juntos por la gloria de Dios?

Sin embargo, vemos lo suficiente para conocer siquiera la existencia de este plan maravilloso, cuyos esplendores no podemos comprender en la tierra. Cuando, en vez de fijar miradas escudriñadoras a lo exterior, entramos dentro de nosotros mismos y recordamos de buena fe la serie de los acontecimientos que forman la trama de nuestra vida, caemos en la cuenta de que una voluntad inteligente y buena la ha dirigido o gobernado. Vemos con claridad lo pasado, sobre todo, porque, juzgándolo a larga distancia, comprendemos mejor su trabazón. ¡Cuántas cosas hay absolutamente inexplicables y a las que opone resistencia nuestra voluntad cuando se verifican, las que, no obstante, vemos más tarde vinculadas con nuestro progreso moral, único objeto de nuestros deseos! Y aun no lo comprendemos todo, pues hasta en nosotros mismos encontramos misterios a cada paso. ¿Por ventura las puertas tapiadas en los palacios prueban menos que las otras la previsión del arquitecto?

Viendo así combatidas y frustradas todas sus empresas sintió el SIERVO DE DIOS su alma poseída de desaliento y de profunda tristeza, y empezó a dudar de si su obra sería bendecida de Dios o de si él era el operario designado para llevarla a cabo. Salió de Marsella, dejando

encargado de la dirección del noviciado al Hermano Timoteo, hombre muy piadoso, que había de gobernar el Instituto después del Hermano Bartolomé. El SIERVO DE DIOS se retiró a la ermita de San Maximino, que se hallaba en una soledad situada en medio de los montes, a unas diez leguas de la ciudad. Allí redobló sus lágrimas y penitencias, suplicando al Cielo que le sostuviese en la prueba y le inspirase lo que debía hacer, pero no le fue dado hallar el consuelo que buscaba. Su entendimiento quedó abismado en densas tinieblas; su corazón, en otro tiempo tan ardoroso, estaba frío, y el Cielo parecía sordo a sus ruegos. Los santos tienen esas horas de angustiosa desolación, en que Dios y los hombres los abandonan a la vez; se encuentran solos a la vista de sus miserias y debilidades, y doquiera se vuelven no hallan apoyo alguno. NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO mismo, su maestro y modelo, quiso pasar por esta prueba. Él también tuvo su noche de agonía en el huerto de los Olivos, en donde apuró hasta las heces lo más amargo del cáliz del dolor. Continuó gimiendo y orando el atribulado FUNDADOR, y su oración desnuda de todo atractivo no dejó por eso de elevarse más y más en presencia de AQUÉL que juzga a los hombres no por lo que sienten, sino por lo que hacen.

Iban corriendo los días; sus adversarios, que cuando estaba presente le acusaban de gobernar mal el Instituto, le inculparon de haberlo abandonado cuando tomó la resolución de retirarse. Esta acusación era, en realidad, tan injusta como la primera; no se olvidaba de los Hermanos el buen PADRE, antes bien, creía servirlos mejor rogando a Dios por ellos: "Estoy persuadido —decía— de que mi ausencia podrá calmar a mis enemigos y ponerlos en paz con mis amados discípulos".

Con este fin resolvió alejarse más todavía y retirarse a Mende, donde había encontrado la primera vez tan afectuosa acogida. Se puso en camino, recorriendo como peregrino las cuarenta y seis leguas que separan a Mende de Marsella, sin gastar en el viaje más que siete libras y diez sueldos. Esperaba ser recibido como antes, mas los tiempos habían cambiado. Cuando fue a llamar a la puerta de los Hermanos, le recibieron éstos muy fríamente y le dieron a entender que eran pobres, que no tenían lo suficiente para vivir y que les traía una boca inútil. Uno de ellos se atrevió aún a acusarle de las persecuciones que afligían al Instituto y decirle que "su ineptitud para el gobierno era la causa de la ruina de los establecimientos de Marsella y que si quería continuar viajando por todas partes para sembrar por donde iba la miseria y la desgracia". El humilde FUNDADOR oyó con heroica mansedumbre estos injustos cargos; como no se hallaba en estado de pagar el pan que le negaban sus hijos, se retiró al

convento de los PP. Capuchinos, buscando en la ciudad alguna alma compasiva que se dignase socorrerle, imitando así con heroica paciencia y magnanimidad el ejemplo de AQUÉL, que "vino a su propia casa y los suyos no le recibieron" (S. JUAN, I, 11.)

Había a la sazón en Mende una persona piadosa, la Sra. de Saint-Denis, rica y de condición, que se había dedicado enteramente a la educación de los niños herejes y estaba asociada con varias señoras que formaban una comunidad llamada las *Unidas*.

Noticiosa la señora del ultraje causado al SANTO por sus propios discípulos, se conmovió profundamente, fue a hablar con él, le hizo disponer un aposento, proveyó a su subsistencia y aun le ofreció encargarse de su manutención y gastos si consentía en quedarse siempre en Mende y en dirigir a su comunidad. No pudo aceptar la propuesta el SIERVO DE DIOS, pues se sentía llamado a otro lugar y debía terminar la obra tan laboriosamente principiada y cuyos fundamentos le habían costado ya tantas lágrimas y sudores. Sólo dos meses permaneció en Mende, tiempo en el cual dirigió a la Sra. de Saint-Denis y le dio reglamentos para su comunidad.

Mientras estaba aún en esta ciudad, vio llegar al Hermano Timoteo, que había quedado en Marsella con la dirección del noviciado. En vez de cesar la persecución con la partida del santo FUNDADOR, se encarnizó más y más, pues sus enemigos querían destruir completamente su obra; hicieron perder las vocaciones, escatimaron las limosnas y la casa hubo de cerrarse. Partió inmediatamente el Hermano Timoteo a poner lo ocurrido en conocimiento de su Superior; al llegar a Mende se dirigió, naturalmente, a casa de los Hermanos; pero éstos no le hicieron mejor recibimiento que a su PADRE y le respondieron que no había lugar para él. Atónito con esta respuesta inesperada, salió el Hermano y logró dar con el retiro del SIERVO DE DIOS. Allí se echó llorando a sus pies, le refirió los tristes sucesos de Marsella y le suplicó que volviese a tomar el gobierno del Instituto. Llenó de sorpresa al atribulado VARÓN el saber que aun pensaban en él. "¿Por qué venís —le dijo— a turbar mi alegría? Disfruto de encantos tan dulces en mi retiro, que estoy resuelto a condenarme a perpetuo silencio." El Hermano Timoteo le contestó que sus hijos necesitaban de él. "¿En qué estáis pensando al dirigiros a mí? —le replicó—; ¿no conocéis acaso mi completa insuficiencia para mandar a los demás?, ¿no sabéis que muchos de entre vosotros no me quieren ya por Superior? Y tienen razón, porque

soy incapaz de dirigirlos." Por más que hizo el Hermano Timoteo no logró convencer a su PADRE, y hubo de resignarse.

CAPÍTULO XXIV

LLEGADA DEL SANTO A GRENOBLE.—SE RETIRA A LA GRAN CARTUJA.—LA ROMERÍA DE PARMENIA.—LUIZA DE PARMENIA.—EL HERMANO IRENEO.—EL ABATE DE LA SALLE Y LA BULA.

Pasados los dos meses en Mende, se dirigió el SANTO a Grenoble, adonde llegó en octubre de 1713. Allí había una Escuela cuyos Hermanos fielmente adictos a su Regla y llenos de veneración hacia su piadoso FUNDADOR, le recibieron con sumo placer y con testimonios del más sincero amor filial, como para resarcirle de la ingratitude de los de Mende. Con ellos disfrutó de profunda paz, olvidándose de los hombres y olvidado de ellos; y procurando alcanzar de Dios, por medio de fervientes súplicas, luz y acierto para sus empresas.

Distribuyó el tiempo, como solía, entre la oración y la práctica de la Regla. Retirado a una estrecha celda, en la parte más elevada de la casa, pasaba los días y gran parte de las noches en largas oraciones.

A un día de Grenoble se halla oculto, en medio de las montañas, un monasterio famoso, en el que multitud de hombres desengañados del mundo o recelosos de sus peligros se sepultan vivos en eterno silencio. En aquel entonces estaban separados de los demás hombres por bosques impenetrables, habitados sólo por fieras, y cubiertos por espesa capa de nieve durante las tres cuartas partes del año. La rigidez del clima aleja de allí a todo ser humano, y nadie piensa en disputar a los monjes esa humilde y escondida morada. ¿Y en qué se ocupan en tal paraje? En orar y hacer penitencia. Sus ardientes plegarias se elevan noche y día, como incienso de gratísimo olor, al trono de Dios; corren, ante los ojos de su Misericordia infinita, un velo sobre el pecador que se olvida de orar y atraen sobre la ingrata tierra las bendiciones del Cielo. Sus penitencias, recogidas por mano de ángeles, van a equilibrar, en la balanza de la eterna Justicia, los pecados de los reyes y de los pueblos y desarman la cólera divina. Son ellos como los pararrayos de la vida moral, y sus almas, constantemente elevadas al Cielo, impiden que caiga el rayo para destrozarnos y aniquilarnos. El mundo, sin embargo, los entrega al olvido; si se acuerda de ellos, es sólo para ultrajarlos; pero esta ingratitude misma constituye parte de sus méritos. No aprecian ninguna cosa pasajera y, sobre todo,

miran con desdén los honores que el mundo prodiga. Un rayo de gracia les manifestó un día la fragilidad de los bienes de la tierra y lo dejaron todo: parientes, amigos, fortuna, honores, para seguir a JESUCRISTO y practicar la perfección evangélica.

Su fundador fue San Bruno, canónigo de Reims como nuestro SANTO, que había renunciado, como él, a la canonjía para abrazar una vida de oración y penitencia; pero más afortunado, pudo satisfacer su anhelo de silencio y de retiro. No podía el Sr. DE LA SALLE permanecer en Grenoble sin ir a venerar los lugares santificados por la presencia de aquel ilustre penitente; se encaminó, pues, allá en enero de 1714, y cerca de un siglo después se conservaba aún la memoria de la extraordinaria piedad que allí manifestó.

Sin embargo, no se dio a conocer, porque temía los honores que habría podido acarrearle su antiguo título, prohibiendo a los Hermanos que le acompañaban que pronunciasen su nombre. Aspiraba sólo a dar alimento a su piedad, reverenciando la tierra ilustrada con las virtudes de San Bruno y en especial el desierto adonde se había retirado para vivir lejos de los hombres y cerca de Dios. Envidiaba la suerte del fundador de la Cartuja; por dondequiera que iba prorrumplía en lágrimas y servía de edificación con el espectáculo de su piedad a los religiosos mismos, con estar avezados a la perfección de los santos. Observando el prior del monasterio su gusto por la vida eremítica, le excitaba a que se quedase con ellos; sin saber su nombre, reconocía en él a un gran siervo de Dios. Pero el santo SACERDOTE se sentía llamado a otra manera de vida y no debía encontrar reposo sino en Dios. Tuvo, pues, que interrumpir, muy a pesar suyo, la inclinación que experimentaba hacia esa vida silenciosa; después de tres días pasados en el goce de suavísimas delicias, volvió a Grenoble, en medio de la cual procuró aparejarse una soledad semejante a la que había envidiado a los discípulos de San Bruno. Pasaba el día y la noche en su pobre celda en oraciones casi continuas, sin dar a los quehaceres exteriores más tiempo que el que absolutamente no podía negarles.

Tal ha sido siempre la vida de los santos; aun aquellos que parecen consumirse en obras exteriores encuentran largas horas para consagrar a la oración. Su existencia es una continua conversación con Dios, pues la oración es, por decirlo así, la respiración de su alma. Constantemente tienen establecido en Dios su retiro; sacan de Él luz para guiarse por entre los estorbos y dificultades, fuerza para resistir a los enemigos de fuera, consuelo para no dejarse abatir por las pruebas y contradicciones y

constancia para perseverar hasta el fin en sus propósitos. A esto deben los santos esa singular lucidez con que descubren lo conveniente para su obra y aquella secreta firmeza con que van derechamente a su fin sin dejarse desviar por ninguna distracción ni detener por ningún obstáculo. Estas cualidades, por supuesto, no son propias del hombre, que de suyo es inconstante y débil. Pero el hombre que ora deja, en cierto modo, de ser hombre: Dios penetra en él y deposita en ese vaso frágil virtudes admirables que parecen participar ya de la eternidad. Así es como unos pobres sacerdotes, unos humildes religiosos, que sin oración habrían pasado por el mundo sin producir en él mudanza alguna, han podido, gracias a ella, dar feliz término a empresas muy superiores a sus fuerzas. Y es que no vivían ellos, sino JESUCRISTO en ellos.

El abate DE LA SALLE fue hombre de oración. En Reims, como en París, Marsella, Grenoble, San Yon, consagra a la oración la mayor parte del día y de la noche; por eso le acusan sus enemigos de que se desentiende del gobierno del Instituto, siendo entonces cuando lo atiende con más eficacia. En una oración incesante bebe aquella sabiduría maravillosa con que logra fundar una obra difícil, que probaron antes de él sin ningún resultado tantos ilustres varones. La oración, en vez de quitar tiempo, lo aumenta, ya que al salir de ella, iluminado con las luces del ESPÍRITU SANTO, ve el hombre con más claridad y se decide con más presteza, siendo así que las dificultades contra las que habría combatido inútilmente durante largo espacio se han desvanecido como por ensalmo y, por tanto, trabaja más en menos tiempo.

No desatendía el SANTO a su Instituto; por lo contrario, se había restablecido el orden en las comunidades de Provenza y había nombrado visitador de ellas al Hermano Timoteo. Mandó a uno de los Hermanos de la Escuela de San Lorenzo, de Grenoble, a otras casas y probablemente a París para que diese sus instrucciones. Entre tanto, él lo reemplazó humildemente en la Escuela; como el más sencillo de los Hermanos iba con toda puntualidad a la clase para enseñar el *abecé* a los párvulos; la lectura y caligrafía a los más adelantados, y a todos las primeras nociones de la Doctrina Cristiana. Era de una paciencia incansable; con la mansedumbre triunfaba de los caracteres más reacios y con la perseverancia lograba hacer penetrar la instrucción en las más tardas inteligencias. Fue, en suma, lo que quería que fuesen sus discípulos, y les dio, junto con sus consejos, el más cumplido dechado del maestro de escuela cristiano.

No quiso eximirse de ninguna de las obligaciones propias de tal: cada mañana llevaba los niños de dos en dos a la iglesia y los ordenaba en el sitio correspondiente; subía en seguida al altar y celebraba el santo Sacrificio con tanta piedad y recogimiento, que al poco tiempo no fue conocido en la ciudad sino con el nombre de "el santo sacerdote".

Efectivamente, desde su llegada cuidó de permanecer desconocido; no hizo ni recibió visitas. Había ido en busca de retiro y descanso, y sólo la necesidad de ir a la Escuela pudo obligarle a salir de su celda. Pero apenas estuvo de regreso el Hermano que había mandado en comisión, volvió a ella y siguió el hilo de sus plegarias y meditaciones. Empleaba los momentos desocupados en revisar los tratados de piedad que había compuesto, publicando la tercera edición, corregida, de *Los Deberes del Cristiano*.

Terminado que hubo este trabajo, cayó gravemente enfermo. Le volvió de nuevo el reumatismo que había tenido hacía veinte años; se descuidó de él y no quiso mitigar en nada sus acostumbradas austeridades, hasta que el mal llegó presto a la crisis más aguda. Entonces tuvo que hacer cama y quedar sujeto a ella por el dolor, padeciendo en todos los miembros tormentos insoportables. Se agregó a esto la fiebre, y temieron todos por su vida. Las personas piadosas recelaban en gran manera que les fuese arrebatado y los Hermanos, desolados, se estrechaban en torno suyo, multiplicando sus cuidados a fin de prolongar una vida que les era tan preciosa. Sólo él estaba tranquilo y sereno; consolaba a todos, soportaba sus dolores con paciencia y repetía estas palabras del santo Job: "¡Bendito sea Dios, y cúmplase su voluntad y no la nuestra! Si recibimos de su mano la salud, justo es que aceptemos con gozo la enfermedad. Bendito sea, por siempre, su santo Nombre!"

Los remedios, no obstante, eran inútiles y la enfermedad aumentaba. Fue menester emplear un sistema curativo más doloroso que la enfermedad misma, el cual le había proporcionado algún alivio en París. El SANTO triunfó de las resistencias de la naturaleza. La enfermedad le impedía cuidar de los Hermanos y cumplir con sus deberes de piedad, por ello quería recobrar la libertad de sus movimientos. Hizo, pues, que le extendiesen el cuerpo medio desnudo en una especie de parrillas, debajo de las cuales encendieron un fuego intenso, soportando heroicamente el calor insoportable, que parecía quemarle las carnes. Después de varios días de tratamiento tan doloroso quedó un tanto aliviado; como se hallaba sumamente débil no pudo subir después al altar ni seguir la celebración del

santo Sacrificio; mas, en cambio, rezaba el rosario muchas veces al día y mantenía su alma constantemente unida con Dios. Le volvieron poco a poco las fuerzas, y cuando ya se halló en estado de andar con firmeza, se fue a la capillita situada cerca de la casa, en la hospedería de los cartujos de Grenoble. Ya restablecido, quiso dedicarse a un retiro prolongado para reparar lo que él llamaba sus pérdidas, esto es, la omisión de sus prácticas piadosas durante el curso de la enfermedad. El abate de Saleón le aconsejó que se retirase a Parmenia.

Era Parmenia una colina situada a siete leguas de Grenoble, dominada por una meseta de quinientos pasos de largo por cuarenta de ancho, en la cual había existido antes un santuario, objeto de veneración por mucho tiempo, pero arruinado después; iban a visitarlo sólo, de cuando en cuando, algunos peregrinos que habían conservado en lo íntimo de su corazón la tradición de las romerías de sus antepasados.

En 1646 nació en una de las aldehuelas cercanas una niña que debía tener por misión el reconstruir ese santuario abandonado. Se llamaba Luisa Hours y era hija de unos pobres aldeanos que estaban al servicio del conde Ferrière; fue criada, como lo eran por entonces muchos niños del pueblo, sin recibir instrucción ninguna ni aprender siquiera los primeros elementos de la Doctrina Cristiana; pasó toda su infancia apacentando rebaños en los prados y en los bosques, especialmente en la montaña de Parmenia, en cuyas faldas habitaban sus padres. Mas Dios le hablaba ya al corazón y le inspiraba un vivo anhelo de conocerle y servirle. A los catorce años, movida del deseo de instruirse, entró a servir en casa de un caballero, cerca del cual vivía un venerable eclesiástico, que le enseñó el Catecismo. Permaneció allí dos años y volvió después al lado de su madre, entonces viuda, para enseñarle, así como a una hermanita que tenía, todo cuanto había aprendido; en seguida se dedicó nuevamente a su humilde ocupación de pastora. Meditaba sobre la infancia y la pasión del SALVADOR, se consagraba a la oración y penitencia y adelantaba rápidamente en el camino de la perfección. A pesar de estar aún sola, había hecho los tres votos de pobreza, castidad y obediencia; se cortó los cabellos y adoptó un vestido negro con una cofia blanca, que ya no se quitó en adelante.

Estando un día en oración le inspiró Dios que reconstruyese el santuario de Parmenia; comunicó su proyecto a varias personas piadosas, que lo aprobaron y estimularon. La obra era difícil; se necesitaba mucho dinero y sor Luisa no tenía nada; además, había que alcanzar el consentimiento del obispo de Grenoble, que no lo otorgó sino después de

mucha resistencia y oposiciones. Se puso Luisa a recaudar fondos, mendigando de puerta en puerta en diversas ciudades, pero recibía más injurias y malos tratos que limosnas. Al fin, el celo y paciencia que manifestaba despertaron la fe en los corazones de los habitantes hacia su antiguo santuario. Los aldeanos y los obreros le ofrecieron ayudarla, y ella misma trabajaba con sus propias manos. La capillita estuvo concluida en 1674 y la bendijo el abate Canel; sor Luisa construyó una cabaña de madera y de ramaje, en la que vivió con otra joven aldeana practicando todas las austeridades de la vida monástica. Su alimento consistía en algún mendrugo de pan negro que ciertos pastores o viajeros le daban por caridad. Bajaba del monte todos los días para oír misa y pasaba el resto del tiempo orando a Dios.

Pronto se esparció la fama de sus virtudes, y de todas partes iban a consultar con ella y a ponerse bajo su dirección. Estaba favorecida con gracias extraordinarias, tenía el discernimiento de espíritus, recibía grandes luces para el gobierno de las almas y aun penetraba en los secretos del porvenir. Tantos dones maravillosos atraían al monte, antes desierto, considerable número de gentes de toda edad y condición, que se agolpaban a la puerta de su humilde celda, y hasta varios sacerdotes no se desdeñaron de tomar consejo de ella y de guiarse por el dictamen que les daba.

Como el abate de Saleón tenía una heredad en dicho monte, había invitado al Sr. DE LA SALLE, de quien era amigo, a que se retirase a ella después de su enfermedad para restablecerse y descansar un poco. En efecto, el SIERVO DE DIOS se quedó allí una parte del mes de febrero de 1714, y aprovechó su permanencia en ese lugar para tratar con sor Luisa. Apenas se vieron estas dos almas cuando se comprendieron y se manifestaron una íntima confianza. Sor Luisa, con esa lucidez de entendimiento de que estaba favorecida, descubrió la eminente perfección del sacerdote que Dios le enviaba, y al punto se abrió plenamente con él, refiriéndole toda su vida y suplicándole que le diese los avisos que creyera oportunos para su alma. No sin reñidas luchas de toda clase había podido ella vivir una vida tan extraordinaria: los demonios la asaltaban en su soledad, sobre todo desde la construcción de las dos casas de retiro. La consoló el santo SACERDOTE, sostuvo su valor y le dio consejos, en los cuales ella reconoció una extremada prudencia; además, él mismo no tuvo a menos el darle a conocer las pruebas que había pasado, los combates que hubo de sostener y las dudas que le afligían respecto de su obra. Anhelaba terminar sus días en el retiro y consagrar sólo a Dios el resto de una vida, vituperada por los hombres y que parecía del todo estéril en el mundo. Sor

Luisa lo disuadió y le predijo, además, que tendría mucho que trabajar y padecer; pero que en recompensa de su paciencia recibiría una esplendorosa y eterna corona; que no debía dejarse llevar del deseo de la soledad. "No es tal la voluntad de Dios —le dijo— y no debéis abandonar la familia de la que os ha constituido padre. La herencia vuestra es el trabajo: tenéis que perseverar en él hasta la muerte, hermanando como hasta ahora la vida de María con la de Marta."

Durante su permanencia en Parmenia se encontró JUAN BAUTISTA con el Sr. Dulac de Montisambert, de edad entonces de veinticuatro años, que debía ser conocido más tarde con el nombre de Hermano Ireneo y llegar a ser Asistente del Superior General del Instituto. De familia noble, educado con esmero en el santo temor de Dios, este joven entró tempranamente en la milicia; a los catorce años era teniente en un regimiento. Cayó víctima de las malas compañías en el cuartel; se dejó arrastrar por la pasión del juego y se precipitó en todo género de desórdenes. Fue herido gravemente en la batalla de Malplaquet por una bala, que le traspasó de parte a parte, y sólo la proximidad de la muerte lo convirtió. Permaneció aún algunos días en el regimiento observando una conducta irreprochable para reparar los escándalos que había dado a sus compañeros y a sus jefes.

Por fin a los veintidós años resolvió consagrarse del todo al servicio de Dios, pero sin saber qué género de vida había de abrazar. Salió ocultamente del regimiento; vendió su caballo y llegó a Grenoble, donde pasó cesa de diez meses cuidando a los enfermos en los hospitales, orando en las iglesias y ejercitándose en la vida perfecta. Se presentó en seguida a los capuchinos de Grenoble en calidad de hermano converso; éstos le exigieron la fe de bautismo y el consentimiento de sus padres; mas como no pudo conseguir ni uno ni otro, no lo admitieron. Fue entonces a llamar a la puerta de la gran Cartuja; pero temiendo ser molestados los religiosos si lo recibían sin consentimiento de la familia, le dieron por excusa que no sabiendo latín no podría rezar el breviario.

Desanimado con esto, quiso realizar un proyecto que había formado años antes: ir en peregrinación a Roma y a Loreto. Se vistió de mendigo, distribuyó su dinero entre los pobres y a pie, con un báculo en la mano, se dirigió a Italia pidiendo limosna y observando la vida austera y penosa de un verdadero peregrino. Visitó los lugares santificados por la presencia de tantos mártires y santos y regresó a Grenoble, animado de más vivo ardor y de nuevo celo. Este largo viaje le había alterado la salud; una vez restablecido, se encaminó a Autún con el fin de entrar en la abadía de

Sept-Fonts, de la Orden del Císter; mas el padre abad le dijo que Dios lo llamaba a otro género de vida.

Volvió nuevamente a Grenoble y emprendió otra romería a la ermita de Parmenia, donde hizo un retiro, cuando todavía estaba allí el abate de Saleón con el Sr. DE LA SALLE. El capellán de Parmenia, que confesaba al joven Dulac y conocía el conflicto en que se encontraba, lo presentó al abate de Saleón; prendado éste de la buena voluntad y de las virtudes que notaba en el joven, lo recomendó, a su vez, al SIERVO DE DIOS como un sujeto que podía ser útil para su Instituto.

Vaciló al principio el SANTO, temiendo que la vida errante que había pasado fuese indicio de inconstancia y volubilidad de carácter y que el joven Dulac no pudiese sujetarse a la estabilidad y firmeza necesarias a los Hermanos. Le sometió, pues, a una prueba; le encerró en un cuarto con prohibición absoluta de salir de él. El joven obedeció sin réplica; se puso en oración y permaneció allí durante todo el tiempo que lo dejaron. Cuando el santo FUNDADOR fue a sacarlo, el joven se postró a sus pies, manifestándole el deseo que tenía de servir a Dios en una comunidad regular y le suplicó que lo admitiese en la suya. Conocida por el SANTO su sinceridad, la rectitud de sus intenciones y la firmeza de sus propósitos, ya no dudó y lo recibió en el Instituto.

El Director de los Hermanos de Grenoble, que se hallaba en Parmenia, le instruyó sobre las Reglas y usos de la comunidad; le cortó los cabellos; le impuso el nombre de Hermano Ireneo, que debía conservar siempre; lo condujo a la ciudad, testigo por tan largo tiempo de sus virtudes, y le hizo seguir los ejercicios del noviciado. Terminado éste, fue destinado a Avignon para dirigir una Escuela; luego, a París, y por fin, a San Yon.

JUAN BAUTISTA había recibido las lecciones de Luisa de Parmenia como dadas por Dios mismo y se conformó a ellas, resuelto a aceptar con resignación los nuevos trabajos que le serían enviados. Aunque se quedó en Parmenia sólo quince días, conservó toda la vida el recuerdo de su retiro a ese santuario y mantuvo frecuente correspondencia por escrito con sor Luisa; la consultaba en sus dudas, y ella se hacía leer las cartas y dictaba en seguida lo que debían contestarle, según Dios se lo inspiraba. Por su parte, había conseguido Luisa todos los libros del santo SACERDOTE y los conservaba con suma reverencia.

Volvió a Grenoble el SIERVO DE DIOS y celebró con sus Hermanos la fiesta de San José el 19 de marzo de 1714. No tardaron en venir las

pruebas que le había anunciado sor Luisa. Acababa de promulgarse la constitución *Unigenitus*, que condenaba las ciento una proposiciones de Quesnel; en Grenoble, como en casi todas las diócesis de Francia, había sido publicada por el obispo, quien después se arrepintió, sin embargo, de su sumisión a la Santa Sede y se retractó.

Apenas fue publicado este documento pontificio, quiso JUAN ponerlo en conocimiento de sus discípulos; les leyó la Bula con la carta pastoral que la acompañaba, les explicó el sentido de las proposiciones capciosas condenadas por el Sumo Pontífice y les recomendó la más completa sumisión a sus decisiones.

Creyó, además, que no debía contentarse con esto, pues siendo sacerdote y doctor y hallándose atacada una decisión de la Iglesia debía defenderla y protestar de su perfecta obediencia por medio de una declaración pública y solemne. Así lo hizo, manifestándose en toda ocasión acérrimo adversario de los innovadores, combatiéndolos sin cesar en público y en privado, en las pláticas y en el confesonario.

Habiéndole suplicado una señora piadosa de Grenoble que examinase su biblioteca, dio con *Las Reflexiones morales de Quesnel*. "Y ¿cómo tiene usted —le dijo— un libro que acaba la Iglesia de proscribir y condenar? ¿Acaso no le espantan los anatemas fulminados contra aquellos que poseen tales libros? La lectura de esta obra y el ejemplo del autor, ¿le habrán enseñado a usted, como a tantos otros, a burlarse de los castigos de la Iglesia y a desechar ese temor como puramente quimérico?" La señora, confusa, se excusó, alegando su ignorancia, y le entregó el libro al SIERVO DE DIOS, quien al punto lo echó al fuego. Por lo demás, él mismo había practicado lo que enseñaba a los otros; así, en París, antes de que se pronunciase la Santa Sede, apenas condenó el arzobispo el libro de Quesnel, lo sacó de su biblioteca y lo entregó al cura de San Sulpicio, aunque en calidad de doctor habría podido conservarlo.

Este celo, que ya le había atraído tantas persecuciones en Marsella, le causó nuevas molestias en Grenoble. El partido jansenista era poderoso en todas partes, y se irritó en extremo al verse atacado de ese modo por un sacerdote de tanta ciencia y piedad. Acudió a sus armas ordinarias, la injuria y la calumnia, y vomitó contra el santo FUNDADOR un torrente de dicerios y de insultos. Afortunadamente, la reputación del bienaventurado VARÓN estaba bien afianzada en Grenoble, y nada pudieron contra ella las invectivas de sus enemigos.

No era ésta la primera vez que el abate DE LA SALLE manifestaba su adhesión a la Santa Sede; ya en Rouen, cuando su noviciado se hallaba en extrema penuria, había rehusado un socorro considerable que le ofrecía un eclesiástico si se afiliaba al partido opuesto a la constitución. En Marsella rechazó igualmente los honores de la prelación y, antes que hacer traición a su fe, prefirió exponer su obra a los odios y rencores de terribles adversarios. Lo propio hizo en Grenoble, perseverando en tales disposiciones hasta la muerte.

CAPÍTULO XXV

INTRIGAS EN AUSENCIA DEL SANTO.—PROYECTOS DE REFORMA—EL ABATE DE BROU.—RESISTENCIA DEL ARZOBISPO.—MUERTE DEL CURA DE LA CHÉTARDIE.—REGRESO A PARÍS.—EL CABALLERO DE ARMESTAT.—VUELVE EL NOVICIADO A SAN YON.—VIAJE A CALAIS.—DIMITE EL CARGO DE SUPERIOR.—VISITA GENERAL DEL HERMANO BARTOLOMÉ.—ES ELECTO SUPERIOR.

Han transcurridos como dos años desde que el santo SACERDOTE salió de París; pero, aunque distante, se hallaba al tanto de los negocios de su Instituto y no dejaba de intervenir en ellos, a lo menos por sus consejos, en ciertos casos excepcionales. Había mantenido relaciones con el Hermano Bartolomé; con el Hermano Tomás, Procurador General, que residía en San Yon, y con el Hermano José, Visitador, mientras que por medio del Hermano Timoteo gobernaba los establecimientos del Mediodía.

Pero esta dirección no podía menos de ser intermitente y poco visible; no solían ya llegarle las cartas de los Hermanos, y cuando las recibía, no siempre le era posible contestarlas. Considerándose incompetente para triunfar de la resistencia que había encontrado, pensaba poder servir más provechosamente a los Hermanos con la oración y la penitencia y quería acostumbrarlos a verse privados de su presencia y cuidados.

Sus adversarios aprovecharon de su ausencia para introducir el desaliento entre los Hermanos. Lanzaron la especie de que se había ausentado por no poder soportar la Regla que él mismo había impuesto a sus discípulos y que, por tanto, debía ser modificada. Cierta desorden inevitable, se había introducido durante su larga ausencia; se vio, por triste experiencia, lo que es una familia religiosa privada de su padre.

De su salida de París sólo tenía conocimiento el Hermano Bartolomé; pero como no había designado ningún sucesor, los Hermanos sabían que aún vivía, no se atrevieron a darle reemplazante. El Hermano Bartolomé, Director del noviciado de París, tenía seguramente cierta autoridad, que le sirvió en varias circunstancias: era regular, conciliador, amado de todos y a él acudían en la mayor parte de las dificultades que surgían; pero como no tenía ningún poder efectivo y definido, se veía a menudo paralizado en sus mejores intentos.

Escogieron esta coyuntura los enemigos del SANTO para exigir que se diese entrada en la constitución del Instituto al cambio que pretendían hacía ya diez años y al cual había resistido siempre el FUNDADOR. Hicieron presente a los Hermanos que "este gobierno era, en verdad, demasiado oneroso para una sola persona, que el mismo abate DE LA SALLE no había podido resistirlo, que ningún Hermano se hallaba en estado de sucederle y que, por tanto, era menester modificar toda la organización del Instituto".

Para comprender bien este desacuerdo es necesario ponderar más detenidamente el fundamento de las Reglas que había establecido el FUNDADOR.

En su mente, el conjunto de los Hermanos enviados a dirigir las Escuelas en toda Francia y aun en todo el mundo cristiano debía formar una familia única, regida por un solo padre, que es el Superior; una casa paterna, que es el noviciado; una ley única, que es la Regla. Siendo llamados todos los Hermanos a ejercer idéntico ministerio, debían ser formados según un mismo método, recibir unas mismas lecciones, practicar unas mismas virtudes, tomar un mismo espíritu y modelarse todos, en cuanto fuere posible, conforme a un tipo único, que era el del FUNDADOR. Para realizar esta unidad no sólo debían pasar todos por el noviciado y recibir en él, siquiera durante un año, el sello de la dirección; tenían, además, que volver a él de cuando en cuando y vaciarse de nuevo, por decirlo así, en el molde, a fin de que las características borradas o perdidas en ellos por el contacto con el mundo volviesen a su primitiva pureza y perfección. De este modo, la dirección empezada durante el año del noviciado continuaba toda la vida. Los Hermanos habían de escribir cada mes al Superior General; éste les contestaba, mantenía relaciones con ellos por medio de los Hermanos Visitadores y los visitaba él mismo, a fin de ir siguiendo todos los movimientos de su alma, de estimular y dirigir sus progresos, de prevenir o cortar los menores abusos, hallándose revestido para esto de completa autoridad. Cualquier Hermano que se desviaba de la Regla podía ser llamado a la Casa Matriz o enviado a otro lugar; así era imposible que apareciese el mal en alguna localidad, sin ser al punto arrancado de cuajo.

Esta constitución era a un tiempo sencilla, prudente y vigorosa, y la mejor prueba de su excelencia es su duración. Rige hace ya dos siglos y medio, salvo algunos cambios imperceptibles, que más bien que modificaciones son ampliaciones y desenvolvimientos de la misma, y por todas partes ha producido los mejores y más felices resultados.

Los Hermanos estaban sujetos a la autoridad eclesiástica; profesaban la más respetuosa consideración a los obispos de las diócesis y no habrían abierto Escuela alguna sin su autorización; eran muy atentos con los curas, cuyas visitas, consejos y apoyo solicitaban con instancia. No obstante, debían observar su Regla en todas partes, ya con respecto a la dirección de las Escuelas, ya con respecto a su vida individual, y debían resistir a todas las influencias que se empleasen para hacérsela modificar. Su sistema, maduramente estudiado por hombres que poseían el genio de la educación y una gracia especial para la dirección de la infancia, confirmado además por una larga experiencia era, sin duda, superior al de la mayor parte de los que intentaban reformarlo. ¿Habría sido lo mismo, por ventura, si en cada ciudad se hubiesen adoptado poco a poco usos diferentes? Lo que hubiera establecido un cura, lo habría desbaratado su sucesor; se perderían entonces las tradiciones y se introducirían mil abusos, que serían de todo punto imposible remediar. Enviados de una diócesis a otra, los Hermanos traerían costumbres distintas, que, naturalmente, preferirían a las que encontraban establecidas; de todo lo cual no podría menos que resultar desorden y conflictos a cada paso. Tendrían, por tanto, que romperse los vínculos que unían a las casas entre sí; donde no, los Hermanos deberían quedar perpetuamente confinados en cada Escuela, emancipados de la autoridad central para ponerse bajo la dirección inmediata de las autoridades diocesanas y parroquiales.

Pero ¿cómo habrían podido entonces aumentar dichas casas su personal? Algunas diócesis, es cierto, suministraban vocaciones numerosas, pero otras estaban muy escasas; la ventaja de un noviciado único consistía en socorrer las necesidades de un lugar con la abundancia de otro. La mayor parte de los obispos tenían firme intención de fundar Escuelas en todas sus parroquias, según lo prescribía el santo Concilio de Trento, y sentían la necesidad que de ellas había, pero faltaban maestros y no se encontraba quién los formase; esto, cabalmente, facilitó el rápido desenvolvimiento del Instituto fundado por el abate DE LA SALLE.

Además, por este tiempo estaba dividido el clero de Francia: algunas diócesis se habían rebelado contra la Santa Sede y seguían el partido jansenista. Si esos contumaces herejes hubiesen logrado apoderarse de la educación del pueblo, no habrían dejado de aprovecharse de ella para acrecentar la lista de sus secuaces y habrían infiltrado hasta en las últimas clases sociales el odio al Sumo Pontífice y el desprecio a las decisiones de la Iglesia. El santo FUNDADOR, que había profesado en todo tiempo una completa *sumisión a Roma*, no podía exponer a sus hijos a este peligro;

como sabía, por experiencia, lo que costaría el resistir a las intrigas de tales adversarios, no quería que en todas las Escuelas del reino tuviesen los Hermanos que hacer frente a unos mismos asaltos.

¿Cuál era, pues, la forma con que esos hombres experimentados y movidos de buenas intenciones querían sustituir la del FUNDADOR de las Escuelas Cristianas? "Los Hermanos debían tener por superior en cada ciudad un sacerdote extraño al Instituto; cada casa había de ser independiente de las demás, y los Hermanos que habitaban en ella no podían ser removidos jamás de allí; para reemplazar a los que morían se habían de educar dos o tres novicios, según las necesidades. El noviciado central había de ser suprimido, y los Hermanos de París formarían una sociedad distinta, dependiente de un superior eclesiástico ajeno al Instituto." Tal era el plan de los detractores del SANTO, y puede decirse sin exageración que nada podría ser más contrario a las ideas del verdadero FUNDADOR.

Este plan fue ideado en París, probablemente por el cura de la Chétardie, de acuerdo con el abate de Brou. Los historiadores de aquel tiempo no los nombran, pero las circunstancias los dan fácilmente a conocer; la mayoría de las dificultades con que tropezó JUAN BAUTISTA en París provinieron de que no quiso doblegarse a las ideas de dicho cura. Otros muchos pensaban como su colega, pues habían conservado hasta entonces la exclusiva dirección de las Escuelas de caridad merced a la vigorosa resistencia que habían opuesto al gran chantre para hacer respetar sus fueros y privilegios. Después de salir victoriosos en procesos que habían durado medio siglo, les parecía insoportable el tener que perder su libertad y haber de sujetarse a la dependencia de una congregación nueva, oscura, compuesta de pobres seglares y dirigida por un canónigo extraño a sus diócesis. Agréguese a esto que en la parroquia de San Sulpicio había estado el noviciado, a cargo de ella por lo mismo, sin provecho aparente, y que sus recursos habían servido para la formación de los Hermanos que fueron enviados a todas las Escuelas de Francia.

Tales razones eran capciosas; sin ser valederas, podían hacer mella en los ánimos que no estaban al tanto de las necesidades de la educación. El cura de la Chétardie se hallaba imbuido de ellas y las defendió con ahínco. Pero, en fin, fueran cuales fuesen las virtudes de dicho cura, en la dirección de las obras hay que atenerse al juicio expresado en 1673 por el abad de la Trapa, al abate Servien le Montigny, con motivo de las fundaciones del P. Barré. "Tengo para mí —le decía— que lo más

conveniente en las obras de Dios es conformarse a las intenciones de aquellos de quienes Él se ha servido para fundarlas. Ellos han recibido la inspiración y la misión de lo alto, y debemos creer que por ministerio suyo ha querido el SEÑOR declarar su divina voluntad. Mientras se han observado estas reglas primordiales, todo ha prosperado, recibiendo bendiciones especiales; Dios ha protegido las obras, las ha sostenido y acrecentado. Pero también enseña la experiencia que apenas se han trastocado las miras de los fundadores para adoptar otras y seguir caminos que ellos no indicaron, las instituciones más santas han degenerado y venido a menos. La sabiduría humana ha echado a perder lo que se hallaba establecido y que no debía subsistir sino por la Providencia divina."

Mientras estuvo el SANTO en París no pudieron sus enemigos hacer prevalecer las ideas que acariciaban contrarias al espíritu de su Regla. Pero aprovechando la ausencia, resolvieron hacerlas adoptar por el Hermano Bartolomé e introducirlas así en el Instituto. Con todo, no era fácil que lograsen su intento, ya que dicho Hermano era muy adicto a ella, sabía que ejercía sólo una autoridad transitoria y quería devolver intacto a su Superior el depósito que le había confiado. Siendo impotente la fuerza con un alma del temple de la suya, echaron mano de la astucia.

Empezaron por batirle en brecha, atacando su autoridad en todas las casas de París. Como no tenían recursos los Hermanos, vivían en gran parte de las limosnas que les suministraba la parroquia de San Sulpicio; el abate de Brou, eclesiástico virtuoso, pero imbuido de las ideas que rechazaba nuestro Santo, fue nombrado por el arzobispo para inspeccionar las Escuelas que ellos dirigían. Iba a menudo a casa de los Hermanos y se inmiscuía en todo; utilizando la influencia que le daba la posesión de los fondos con que ellos se mantenían, ejercía una autoridad más considerable que la del mismo Hermano Bartolomé. Le impedía recibir postulantes, los despedía *motu proprio* y combinó las cosas de tal modo que cuando volvió el FUNDADOR encontró sólo tres o cuatro jóvenes en el noviciado.

Viendo investido de esta autoridad al Sr. Brou, los Hermanos se acostumbraban a mirarlo como a Superior y le daban gustosos tal nombre, lo que le halagaba sobremanera. Un día, no obstante, no se contentó con eso, sino que exigió el título por escrito. "Me llamáis vuestro Superior — les dijo— y hacéis bien; pero es menester que lo hagáis constar en una declaración firmada por todos los Hermanos." Estos no tenían derecho a tomar semejante decisión; no había dado su renuncia el Sr. DE LA SALLE y todos sabían que aún vivía. Como la Regla prohibía el que se eligiesen

Superiores extraños al Instituto, no habrían debido ceder a esta nueva exigencia; pero recelosos de quedar sin ningún recurso, se dejaron seducir y cayeron en el engaño. El nombre del nuevo "Superior" se inscribió en una página del registro de la casa, página que fue arrancada más tarde, cuando regresó el legítimo.

Poseedor de su título, el pretendido Superior se alzó a mayores. Se proponía, particularmente, hacer que otras casas siguiesen el ejemplo de la de París y romper toda relación entre ésta y aquéllas; intentó persuadir al Hermano Bartolomé que era difícil por demás el cargo que desempeñaba; que no era capaz de dirigir tantas casas dispersas; que el mismo FUNDADOR había debido ceder; que él, sin tener la edad ni autoridad del abate DE LA SALLE, no podía abrigar la presunción de ejercer cumplidamente un oficio que éste no había podido desempeñar. La humildad del Hermano Bartolomé le impedía replicar a tales alegaciones y quizá, efectivamente, encontraba para sí demasiado gravosa la carga: Respondió, no obstante, que por propia autoridad no podía cambiar la constitución del Instituto, que las Reglas habían sido adoptadas por todos los Hermanos y que con ellos debía consultarse antes de introducir cualquier innovación.

Los que procuraban determinarle a acceder al designio del abate le aconsejaron entonces que escribiese a los Hermanos Directores de las demás casas, a fin de suplicarles que escogieran, cada cual en el lugar de su residencia, un Superior eclesiástico para gobernarlos en la ausencia del SANTO, "ya que él solo no podía bastar para la dirección". El Hermano Bartolomé les escribió en este sentido, y algunos Directores se conformaron con sus indicaciones. En Rouen, el arzobispo nombró por Superior de la comunidad al abate Blain, futuro historiador del SIERVO DE DIOS. Sin embargo, esta decisión no produjo el resultado que podía esperarse; la mayor parte de los Hermanos comprendió el peligro de esta nueva reforma, indicándolo al Hermano Bartolomé; los Superiores eclesiásticos que habían sido electos lo notaron igualmente y, como se interesaban por los Hermanos, lejos de abusar del poder que se les confiaba para desmembrar el Instituto, se contentaron con protegerlo, dejando a los Directores de las casas toda la autoridad de que antes estaban investidos. Hasta el arzobispo de París se negó a modificar la Regla, a pesar de que los abates de la Chétardie y de Brou le presentaron un escrito relativo a los cambios que habían concertado. Lo hizo examinar por el abate Vivant, su vicario general, lo guardó de siete a ocho meses y el 7 de abril de 1714 escribió al abate de Brou, expresándole el deseo de que nada

se modificase; al propio tiempo manifestó públicamente el aprecio en que tenía al Sr. DE LA SALLE.

Merced a esta prudencia no se introdujo ningún desorden, si bien es verdad que algunos Hermanos se aprovecharon de estas circunstancias para abandonar el Instituto: unos, que ya lo deseaban hacía mucho tiempo y aguardaban sólo una ocasión favorable; otros, aunque antiguos y adictos a su Regla, porque creyeron que iban a alterarla. Esta era para todos una prueba a la que habrían debido resistir; pero Dios permite que los árboles muy cargados de frutos sean a veces sacudidos por el viento, a fin de que los que están maleados o no permanecen unidos con las ramas se vengán a tierra y los que quedan en ellas, nutridos con toda la savia, se vigoricen más y más.

El santo VARÓN había tenido conocimiento de todas estas pruebas; le habían escrito de varios lugares, amonestándole por su ausencia y señalándole los desórdenes que de ella se habían seguido. Recibió algunas de las cartas, pero las leyó sin afectarse ni conturbarse; su alma permaneció constante y firme, adorando en silencio los insondables designios del Cielo y contentándose con decir: "¡Bendito sea Dios! Si es obra suya, El mirará por ella". En efecto, no pasó mucho sin recibir noticias más favorables: la conmoción había sido solamente superficial y más bien el Instituto se hallaba afianzado con mayor firmeza.

Sin embargo, su regreso era absolutamente necesario; bien que la organización del Instituto hubiese resistido a tamaños embates, pero al fin habría ido a dar al traste; era necesaria su gran influencia y su experiencia consumada para reorganizarlo todo de nuevo.

Viendo los Hermanos de París, Versalles y San Dionisio que no podían vencer su resistencia por las súplicas, imaginaron emplear una forma muy singular, cual era el intimarle una orden. Se reunieron, pues, y le dirigieron la carta siguiente: "Muy Señor y amadísimo Padre nuestro: Nosotros, principales Hermanos de las Escuelas Cristianas, en vista de la mayor gloria de Dios, del mayor bien de la Iglesia y de nuestra Sociedad, reconocemos que es de urgentísima necesidad el que volváis a encargarnos del cuidado y dirección general de la santa obra de Dios, que también es vuestra, ya que el SEÑOR se ha dignado estableceros para conducirla hace ya tanto tiempo. Todos estamos convencidos de que Dios os ha dado y os da las gracias y talentos necesarios a fin de gobernar bien esta nueva Compañía, tan útil para la Iglesia; con gran satisfacción atestiguamos que siempre la habéis conducido con mucho tino y edificación. Por tanto, os

suplicamos humildemente, Señor, y os ordenamos en nombre y de parte del Cuerpo de la Sociedad, al que habéis prometido obediencia, que volváis a tomar inmediatamente el gobierno de nuestra Sociedad. Somos de vos, con profundísimo respeto, muy Señor y amadísimo Padre nuestro, vuestros muy humildes y obedientes inferiores. En fe de lo cual firmamos, en París, a 1.º de abril de 1714".

Al fin llegó el momento en que hubo de restituirse a sus Hermanos y no vaciló ya. Se despidió de sus amigos, salió de Grenoble, se detuvo algún tiempo en Lyon, fue a venerar el cuerpo de San Francisco de Sales, dio una vuelta para inspeccionar cierto número de casas y, por fin, se encaminó a París.

Notables sucesos habían acaecido durante su ausencia; el abate de la Chétardie, cura de San Sulpicio, había fallecido el 29 de junio anterior. Tuvo la sinrazón de no comprender bien la obra del abate DE LA SALLE y de combatirla al fin de su vida, sin dejar por eso de ser un venerable sacerdote.

Dos días antes de morir había abdicado su curato en favor del señor Languet de Gergy, su coadjutor. Conocía éste al santo FUNDADOR y apreciaba las Escuelas de caridad, en las cuales había explicado más de una vez la Doctrina Cristiana. Hacía diez años que era coadjutor del cura de la Chétardie, desempeñaba este cargo con mucho celo y aun vendió todo su patrimonio para socorrer a los pobres. Los Hermanos debían, pues, encontrar en él un protector tan solícito como su predecesor.

JUAN BAUTISTA llegó a París el 10 de agosto de 1714; sus primeras palabras al presentarse a los Hermanos fueron éstas: "Heme aquí de regreso; ¿qué deseáis de mí?" Los Hermanos le suplicaron encarecidamente que él solo corriese con la dirección; mas él se negó con energía, porque deseaba que durante su vida misma constituyesen los Hermanos un gobierno conforme a sus Reglas, a fin de que después de muerto nadie pretendiera imponerles otro que variara por completo la base fundamental del Instituto. Además, su profunda humildad le hacía mirar con aversión los honores y cargos y creía que con facilidad podrían encontrar otro que fuese más a propósito para gobernar a la Sociedad; por fin, sentía aproximarse la vejez, y experimentaba, como todos los santos, la necesidad de romper del todo con el mundo para unirse más íntimamente con Dios.

Tales razones no eran aceptadas por sus discípulos, que ya habían padecido demasiado con su ausencia para que pudiesen consentir en

privarse de su dirección. Se echaron a sus pies y le suplicaron que conservase el título de Superior; que en lo tocante a los pormenores de administración, el Hermano Bartolomé estaba al corriente y continuaría encargado de ellos.

No pudo resistir el buen PADRE a estos deseos, manifestados con tanta insistencia, y hubo de resignarse a llevar la carga. Con todo eso, no quiso dirigir la casa ni presidir en los ejercicios; se limitó a decir misa, a confesar a los Hermanos, a darles los domingos una plática espiritual, pasando lo demás del tiempo en su celda, ocupado en orar, meditar y dar la última mano a las obras que había compuesto, ya para la dirección de las Escuelas, ya para provecho de sus discípulos.

La situación del SIERVO DE DIOS en París era muy delicada: el abate de Brou había aprovechado su ausencia para trastornar la constitución del Instituto; pretendía hacer aprobar tales cambios por el FUNDADOR mismo y que le confirmase en el título de Superior, pues bien veía que hasta entonces sus poderes eran inconsistentes y que sus funciones eran más nominales que reales. Redactó, pues, unas cuantas preguntas y se las entregó, exigiéndole respuesta pronta y categórica. En concreto eran a saber "quiénes serían en adelante los Superiores de la comunidad; qué votos se emitirían en ella; quién había de responder cuando se tratase de la fundación de nuevos establecimientos; de cuánto sería la pensión, y, por fin, cuáles habían de ser las Reglas de la Sociedad".

No estaba obligado JUAN BAUTISTA a contestar a estas preguntas, dirigidas por un individuo que ninguna autoridad tenía sobre él; podía negarse absolutamente a lo que le exigía y someter la cuestión al arzobispo, quien a buen seguro habría salido a su favor. Pero no lo hizo así; antes bien, respondió sencillamente a todos los puntos, excepto al primero, sobre el cual quiso guardar silencio para no reconocer lo que se había hecho en ausencia suya ni exacerbar la lucha. Esta actitud irritó sobremanera a su adversario, para quien era capital ese primer punto, ya que de él dependía su autoridad personal. Tomó providencias a fin de hacer suspender la pensión que se daba a los Hermanos, declarándoles que nada recibirían hasta que le hubiesen satisfecho sobre ese artículo.

A pesar de todo, tuvo que ceder; comprendió, por fin, que siendo el Sr. DE LA SALLE el Fundador del Instituto, sólo a él incumbía su completa dirección. Poco tiempo después escribió el cura de Mende al abate de Brou pidiéndole más Hermanos, y éste le contestó: "He dado cuenta al abate DE LA SALLE del objeto de vuestra carta, y él se propone satisfaceros

prontamente. Es cuanto puedo decir a este respecto, porque ya que está en París, creo conveniente dejar que él se entienda con el gobierno de la Sociedad, que estuvo a mi cargo sólo durante su ausencia".

Por entonces, como se ve, estaba resuelta la desavenencia y el FUNDADOR había vuelto a tomar el gobierno del Instituto.

Poco después del regreso del santo SACERDOTE a París entró en el noviciado un joven luterano convertido, el caballero de Armestat. Era un alemán de ilustre nacimiento, que había servido largo tiempo en las tropas imperiales, a las órdenes del príncipe Eugenio, y recibido varias veces en las batallas graves heridas, de las que se curaba con esos movimientos misteriosos de los magnetizadores que llamaban "el secreto" y de los que no nos corresponde tratar aquí. Después de la batalla de Denain se licenció del servicio y se retiró a Francia. Un día en que pasaba por Lyon oyó decir que se exorcitaba a una endemoniada en la iglesia; como la religión de su infancia y su vida en los campos militares le habían vuelto escéptico, no creía en la existencia de los demonios y tenía curiosidad de asistir a esta ceremonia singular que él consideraba como una superchería. Se fue, pues, a la iglesia en que se practicaba el exorcismo; pero no bien se acercó a la posesa, cuando, mirándole ella con ojos terribles, le dijo sumamente enfurecida: "¡Ah, con que no crees que hay demonios, pues bien, un día experimentarás sus furores!" Esta invectiva tan inesperada y violenta produjo en él profunda sensación. Era extranjero, desconocido, y nadie había podido revelar a aquella mujer los afectos que abrigaba en lo íntimo de su alma. Se retiró, pues, todo conturbado; el que hasta entonces había desviado del todo sus pensamientos de la religión, quiso instruirse en ella, estudiando a fondo esa doctrina católica que había desdeñado hasta entonces; con tales pensamientos se fue al arzobispo de Lyon, quien le proporcionó maestros y guías. A los pocos meses estaba completamente convertido y abjuraba el luteranismo.

De Lyon pasó a Paris, tomando por director a un sacerdote de la comunidad de San Sulpicio, el cual le aconsejó que entrase en el noviciado de los Hermanos. Fue recibido en él el 8 de octubre de 1714, y al día siguiente, fiesta de San Dionisio, se puso a seguir los ejercicios del noviciado. Parece que allí le aguardaba el demonio: al punto se le abren las heridas y siente en todo el cuerpo horribles y espantosos dolores. Oyéndole gemir y quejarse, los Hermanos piensan, al pronto, que está llorando sus pecados; pero al día siguiente no se presenta a los ejercicios y le encuentran en la cama, inmóvil, bañado en sangre y privado de sentido. Se

le aplican los remedios más activos; pero su estado parece tan grave, que se juzga conveniente administrarle la extremaunción. Apenas ha recibido el sacramento cuando se le cierran de nuevo todas las llagas, recobra la palabra y el sentido; presto se encuentra sano, y puede seguir todos los ejercicios de la casa.

Esta enfermedad había parecido extraordinaria a los que la presenciaron. Se repitieron nuevos accesos, y algunos días después el caballero de Armestat volvió a caer sin conocimiento, vomitando sangre y moviendo los ojos disparatadamente. Parecía tener delante de sí alguna horrorosa visión; fijaba las miradas en una cruz que había en el cuarto y agitaba los brazos en ademán de defenderse de golpes invisibles que parecía que descargaban sobre él. Así pasó toda la noche, cayendo en seguida en una especie de enajenamiento, que duró cuatro horas. En él vio primero a los demonios, que le amenazaban con todo linaje de tormentos si perseveraba en su vocación; luego, la VIRGEN SANTÍSIMA, a quien profesaba gran devoción, se le apareció, ahuyentó a la tropa infernal y le llenó de dulcísimo consuelo.

Cuando volvió en sí, pidió con insistencia el santo hábito, que le fue concedido; pero se convirtió para él en causa de nuevos dolores. Un enemigo invisible le oprimía el cuello, como queriendo estrangularle; se le trabó la lengua, y cayó en tal estado, que fue menester darle otra vez el santo Viático, y hasta empezaron a rezar por él las oraciones de los agonizantes. Sin embargo, recobró también la salud, pero para ser víctima de mayores pruebas; le parecía ver al Sr. DE LA SALLE, al Hermano Bartolomé y al sacerdote que le dirigía transformados en tres verdugos, que le maltrataban sin piedad.

El SIERVO DE DIOS observaba con atención ese estado preternatural; había asistido al pobre enfermo con la más solícita caridad y rogaba por él. Pertinaz como era la enfermedad a sus cuidados y a sus súplicas, le pareció encontrar en ella todos los caracteres de una verdadera posesión diabólica; por tanto, no podía ser curada sino conforme a los ritos establecidos por la Santa Iglesia. Entró, pues, en el cuarto del enfermo, se encerró con él, practicó todas las ceremonias del exorcismo y al punto quedó libre del todo el pobre novicio y no volvió a experimentar ya ninguna otra acometida.

Después de las vacaciones de 1715, viendo el santo FUNDADOR que la vida era muy costosa en París, volvió a enviar el noviciado a San Yon. Quizá se proponía también sustraerlo así de la autoridad que se había

injerido en los asuntos del Instituto, El Hermano Bartolomé partió, pues, con tres o cuatro novicios, ya que por desgracia hacía mucho tiempo que no le permitían recibir más.

El permaneció todavía un mes en París; aunque pensaba igualmente ir a Rouen, estaba muy indeciso sobre cómo debía conducirse con el arzobispo de París, que se oponía a la Bula *Unigenitus*, la cual traía conmovida a toda Francia. Durante dos días se encerró en su celda, rogando constantemente al SEÑOR que le inspirase si debía o no despedirse del arzobispo; por fin se decidió a no decirle nada, y el día de la salida se levantó muy temprano, fue a celebrar en San Sulpicio y se presentó en seguida al abate de Brou para anunciarle su partida. Este, sorprendido, temió que privada la Escuela de su Superior recayese de nuevo a cargo de él, por lo que se opuso al viaje. No tenía, por cierto, derecho ninguno para formular tal prohibición, pero el SANTO estaba sujeto a todos; obedeció humildemente y volvió a casa sin decir palabra.

No obstante, su presencia era necesaria en San Yon; el noviciado necesitaba ser reorganizado. Bien lo sentían los Hermanos, y por eso hicieron presente al Sr. de Brou el mal que resultaba de haberse opuesto al viaje del santo SACERDOTE. Maravillado de la extraordinaria obediencia de un hombre tan superior a él por la edad, las virtudes y la posición, el abate de Brou se apresuró a dejarle libre para hacer lo que quisiese. Entonces partió el HOMBRE DE Dios, llegando a San Yon en los primeros días de Diciembre de 1715.

Allí se dedicó en cuerpo y alma a la dirección de los novicios. En esta obra, que consideraba como capital, utilizó la experiencia que había adquirido durante los largos años de su gobierno.

Mientras estaba en estas santas ocupaciones recibió la visita de dos piadosos caballeros, el Sr. de Gense, de Calais, y el Sr. de Cocherie, de Boloña, que habían hecho expresamente el viaje a Rouen para conocerle y tratar con él. Según su costumbre, los recibió con extrema cordialidad; los condujo a una especie de ermita que había dispuesto en el extremo del jardín; comieron juntos, y pasaron el día tratando de los grandes deberes de la vida cristiana.

Estos caballeros se habían informado solícitamente del Instituto fundado por el santo SACERDOTE y las dificultades que le cerraron el paso al establecerlo. Felicitándole ellos del valor y constancia con que había superado tantos obstáculos, les respondió humildemente el SANTO que esa era obra de Dios. "En cuanto a mí —les dijo con su habitual sencillez—,

os confesaré que si al mostrarme Dios el bien que podía obrar este Instituto me hubiese descubierto también las penas y cruces que debían acompañarlo, me habría faltado ánimo, y lejos de encargarme de él no hubiera aplicado ni siquiera la punta del dedo para emprender esta obra. Hecho el blanco de contradicción, me he visto perseguido por muchos prelados, aun por aquellos de quienes esperaba ayuda. Mis propios hijos, los que había engendrado yo en JESUCRISTO, a quienes había amado con más ternura, y cuidado con más esmero, y de los cuales esperaba los mayores servicios, se han sublevado contra mí y han añadido a las cruces de lo exterior las más amargas de lo interior. En una palabra, si Dios no hubiese sostenido con su mano este edificio de una manera visible, hace mucho que yacería sepultado debajo de sus ruinas. Los magistrados se han unido con nuestros enemigos, apoyando con su autoridad los esfuerzos de éstos para derribarnos. Como nuestro oficio nos atrae la mala voluntad de los maestros de escuela, encontramos en cada uno de ellos un adversario declarado e irreconciliable, y todos a una han armado varias veces a los potentados del siglo para destruirnos. No obstante, a pesar de todos sus esfuerzos, se ha mantenido en pie el edificio, con estar ya a punto de venirse abajo. Todo esto me da esperanzas de que subsistirá y que, triunfando, al fin, de las persecuciones, prestará a la Iglesia los servicios que ella tiene derecho de exigir."

En estas breves palabras recordaba el santo VARÓN toda la historia de la fundación de su Instituto y anunciaba sus destinos venideros. El sembró con lágrimas, y sus hijos, no obstante las pruebas inseparables de todas las obras cristianas, habían de segar llenos de júbilo. Pero ¡qué homenaje tributaba al propio tiempo a la omnipotencia de la gracia, que le había conducido sin que él lo supiese y hecho principiar y llevar a cabo, a pesar de todo linaje de estorbos, una empresa gigantesca, ante la cual habría desfallecido si la hubiese vislumbrado tal como debía ser! ¿Cuán bueno es Dios, que nos oculta de ese modo el porvenir y nos hace trabajar, por decirlo así, a jornal, sin revelarnos el secreto de sus designios a fin de que no nos dejemos deslumbrar por el orgullo, al contemplar la magnificencia de éstos, ni amilanarnos por el temor que nos causaría la perspectiva de las dificultades que se presentasen para realizarlos!

El Sr. Gense salió de Rouen penetrado de grande admiración hacia el santo FUNDADOR; SUS relaciones no se limitaron a esta corta entrevista, sino que uno y otro se cartearon con frecuencia. Como dicho señor combatió valerosamente contra los adversarios de la constitución *Unigenitus*, el SIERVO DE DIOS le envió las más cumplidas felicitaciones, pues pensaba éste

como aquél, animados como estaban ambos de una misma fe, de igual sumisión a la Iglesia, de una misma caridad a los pobres, ya que cada cual en su posición, si bien con méritos diversos, trabajaba en idéntica obra: la educación cristiana de la juventud.

Había solicitado con instancia este señor que el santo SACERDOTE le devolviese la visita en Caiais; pero éste se excusó por causa de sus múltiples ocupaciones, de su avanzada edad y de sus achaques. Sin embargo, como había en el Norte muchas Escuelas de Hermanos ya fundadas y se trataba de abrir otras, podía ser de alguna utilidad su viaje. El Hermano le suplicó que lo emprendiese, y él obedeció al punto. Se puso en camino a principios de agosto de 1716, siendo recibido en Calais con muchos honores por los magistrados y habitantes de la ciudad; el Sr. Gense, sobre todo, le acogió como a padre, le convidó a comer y aun quiso aprovecharse de esta circunstancia para hacerle retratar. Un pintor estaba oculto tras una cortina y miraba furtivamente de cuando en cuando al HOMBRE DE DIOS. Ya había logrado dibujar una parte del rostro, cuando tuvo que alzar la cabeza para observar mejor sus facciones. Cayó en la cuenta el SANTO; molesto en su humildad, se levantó de la mesa y salió, dándole las gracias fríamente al dueño de la casa. Volvió a la comunidad muy descontento de este ultraje hecho a su modestia, pues no podía comprender que alguien quisiese tener su retrato y pensaba que se habían burlado de él. El señor Gense no consiguió hacerlo volver a su casa.

La permanencia del abate DE LA SALLE en Calais le dio motivo para manifestar su tierna y ardiente devoción a la Santísima VIRGEN. Habiéndole invitado el cura deán de la ciudad a que celebrase la misa mayor el día de la Asunción, aceptó el SIERVO DE DIOS. A la mitad de los oficios subió al púlpito el deán para dar su plática doctrinal, pero ni nombró siquiera la fiesta del día. Estaba imbuido en las nuevas ideas y secretamente opuesto a los honores que se tributan a la MADRE DE DIOS. Quedó escandalizado de este silencio el OFICIANTE, y al terminar la misa no pudo menos de manifestar su extrañeza. Fue al cura, le hizo ver su omisión y habló de las prerrogativas de la REINA del Cielo en términos tan patéticos, que el cura sintió desvanecerse todas sus objeciones y prometió reparar su falta al siguiente domingo. Así lo hizo, subió al púlpito en dicho día y se expresó de una manera tan ortodoxa sobre el misterio, que llenó de admiración a todo el auditorio, no acostumbrado a oír de sus labios tal homenaje en honor de MARÍA SANTÍSIMA.

De Calais pasó a Saint-Omer, donde deseaban verlo hacía mucho tiempo. Mientras estaba en Provenza, el obispo de Saint-Omer, que había formado el proyecto de abrir una Escuela gratuita, fue a visitar la de Calais, pasando en seguida a París con la esperanza de obtener Hermanos; pero ya se sabe qué ideas dominaban entonces en el gobierno del Instituto. El noviciado estaba casi vacío, y se respondió al prelado que no había Hermanos disponibles ni esperanza alguna de tenerlos para nuevas fundaciones. El obispo no se desalentó por eso y aguardó con paciencia el curso de los acontecimientos.

Cuando volvió el piadoso FUNDADOR, los Hermanos le dieron parte de todo y le excitaron a que entablase nuevas negociaciones sobre este asunto. Se negó al pronto; no obstante, por las instancias que le hicieron, se decidió a escribir al obispo, quien le dio inmediatamente una respuesta muy fina. Le suplicaba que pasase a Saint-Omer sin la menor dilación, comunicándole que le aguardaba y aplazaba por este motivo la visita pastoral de su diócesis. Como el SANTO se viera precisado a retardar el viaje, cuando llegó a Saint-Omer ya el obispo había salido; pero el vicario general lo recibió con mucho agasajo, le mostró el sitio en que querían edificar la casa para los Hermanos y le presentó las personas que debían proporcionar los medios necesarios para fundar el establecimiento. Al punto se retiró el santo SACERDOTE a la iglesia, como acostumbraba; oró largo rato para poner esta obra bajo la protección del Cielo; al día siguiente celebró la santa misa en honra de San Omer, patrón de la ciudad. La negociación no se cerró, sin embargo, inmediatamente, y la Escuela no llegó a abrirse sino en 1719.

De Saint-Omer regresó a Rouen, pasando por Boloña, donde en 1710 había fundado una Escuela de Hermanos el Sr. de la Cocherie. Cuando llegó el SIERVO DE DIOS fue recibido muy obsequiosamente; las personas más considerables de la ciudad disputaban a porfía el verle, recibirle en su casa, guiarse por sus consejos, admirar sus virtudes y contemplar a aquel hombre tan humilde en su porte y tan santo en sus obras, que se ocupaba con increíble afán en dar nuevo y vigoroso impulso a la educación popular en Francia. A pesar de su humildad, no podía librarse de la solicitud de que era objeto; pero iba dondequiera con su sencillez habitual y estaba tan pobremente vestido, que sus amigos tuvieron que quitarle casi por fuerza la sotana vieja que traía para hacerle poner otra que habían preparado.

El Sr. de la Cocherie, sobre todo, se consideraba dichoso cuando le tenía en su casa; lo miraba como a un santo y procuraba imitar sus

virtudes. Pero estos honores no eran del agrado del humilde FUNDADOR, quien los temía más que a las persecuciones y oprobios, por lo cual se puso en camino apenas le fue posible, dejando que los Hermanos recogiesen el fruto de la admiración que él había inspirado. Agobiado como estaba por los achaques y enfermo desde muchos meses atrás, no bien estuvo de regreso en Rouen cuidó de ejecutar el proyecto que había formado hacía largo tiempo de dimitir su cargo y hacer elegir en lugar suyo otro Superior general. No era muy anciano, puesto que sólo contaba entonces sesenta y cinco años; pero las fatigas y austeridades le habían debilitado grandemente, y miraba la muerte como muy cercana. Las borrascas que durante su ausencia habían conmovido al Instituto y amenazado trastornar su espíritu y sus Reglas, las competencias que se habían suscitado para el gobierno de los Hermanos, aun viviendo él, le inspiraban muchos y mayores recelos, caso de que muriese sin haber provisto a su reemplazo. Por último, anhelaba consagrar a la oración los pocos días de vida que aún le quedaban. Después de haber trabajado tanto para los otros, justo era que trabajase algo para sí mismo y se reservase algunos años de silencio y retiro a fin de prepararse a la muerte, que es la obra por excelencia de la vida del cristiano.

Los Hermanos no podían ya oponer ninguna objeción seria a su designio. Al regresar del Mediodía y a ruegos de los Hermanos, recuperó, según queda dicho, el título de Superior; pero sin ejercer de tal. En el gobierno efectivo continuó el Hermano Bartolomé. Se trataba, pues, solamente de transmitir a otro, en vista del interés común, una dignidad puramente nominal; pero era menester que esta transmisión se verificase en regla, a fin de precaver toda altercación en lo futuro; por otra parte, debía tratarse este asunto en secreto para no llamar la atención de los extraños ni darles pie para inmiscuirse en él.

El 4 de diciembre de 1716 congregó a los seis principales Hermanos de Rouen y les comunicó su intento. Encontró en ellos, al pronto, una viva resistencia, porque le amaban con ternura y temían ver relajados los vínculos que los unían con él. Logró, no obstante, convencerlos, y la fuerza de las razones que les expuso triunfó de los afectos personales de cada uno. Convinieron en que uno de ellos saldría secretamente para ir a visitar todas las casas y exponer en cada una los motivos que urgían la convocatoria de una Asamblea general para proceder a la elección de un nuevo Superior. Nadie era más apto para tal encargo que el Hermano Bartolomé. Era conocido y amado de todos; la Providencia, que lo tenía destinado para continuar la obra del FUNDADOR, le proporcionaba todos los

medios para ello, haciéndole emprender así una visita general de todas las casas del Instituto. Partió, pues, a principios de diciembre de 1716, y fue primero a Chartres, luego a Moulins, en seguida a los Cevenas, a Mende, a los Vans, a Alais y, por fin, a Avignon, donde llegó en los primeros días de enero de 1717. De allí se dirigió a Marsella, volvió a Dijón, pasando por Grenoble, y visitó después las Escuelas de Champaña, Troyes, Rethel, Reims, Laon, Guise, en donde se halló a principios de marzo. Continuó su viaje al Norte y visitó las Escuelas de Calais y de Boloña. En cada casa iba manifestando el objeto de su viaje: cuán necesario era el nombramiento de otro Superior y el dar a las Reglas del Instituto una forma definitiva Traía consigo un modelo de acta, a fin de hacer firmar a los Hermanos el consentimiento que daban a las decisiones que se tomasen en la Asamblea general.

El Hermano Bartolomé fue recibido en todas partes con grandes demostraciones de júbilo y respeto. La fama de su prudencia y virtudes se había difundido por todas las casas del Instituto, y cada cual deseaba ver al que durante la ausencia del PADRE había llevado la carga del gobierno. Regresó a San Yon en los últimos días de marzo de 1717, dando cuenta al SIERVO DE DIOS del feliz resultado de su viaje; después de algunos días de descanso fue a visitar las casas de París, Versalles y San Dionisio. Allí también el éxito de su misión superó a todas las esperanzas. Dios le había protegido constantemente de un modo extraordinario. Un día, que se cayó del caballo, no pudo sacar el pie del estribo y fue arrastrado por largo trecho; debía casi infaliblemente perecer, mas no tuvo siquiera el menor rasguño. En otra ocasión dos salteadores se le acercaron al salir de una ciudad, con intención evidente de despojarle. Encadenados por el respeto o por alguna fuerza misteriosa, no pudieron hablar palabra, y después de haberle seguido por algún tiempo, le dejaron sin causarle ningún mal.

Una señal no menos manifiesta de la bendición de Dios fue la aquiescencia de todos los Hermanos a las decisiones de la futura Asamblea general. Para que éstas fuesen unánimes, había cuidado el SANTO de escribir al Hermano Gabriel a Roma, en diciembre de 1716, a fin de obtener su consentimiento. ,

Para la reunión de la Asamblea había, por decirlo así, una época señalada en las tradiciones del Instituto, a saber: la fiesta de Pentecostés. En el origen de la Sociedad, y más tarde en Vaugirard en 1694, las reuniones se habían verificado durante ese período del año litúrgico. Los directores de las casas quedaron citados en esta circunstancia para reunirse

en San Yon; dieciséis de ellos respondieron al llamamiento y sólo seis se hallaron impedidos. Pero, como se ve, la fundación del abate DE LA SALLE era ya una Orden; el grano de mostaza había llegado a ser un árbol frondoso.

Llegados que fueron los directores, el SIERVO DE DIOS les expuso el principal motivo de su convocación y la necesidad que había de proveer a su reemplazo. Debían prepararse al importante acto que iban a ejecutar por medio de unos Ejercicios, que principiaron el 16 de mayo.

Además, había compuesto para ellos una oración especial a fin de que implorasen las luces del Espíritu SANTO; les indicó las reglas según las cuales debían proceder a la elección, reglas tomadas generalmente de las constituciones de San Ignacio. Por último, les dio las siguientes recomendaciones: "Purificad vuestras intenciones y deseos, si queréis ser los órganos del ESPÍRITU SANTO para nombrar al que Él os destina. Alejad toda mira humana, no escuchéis la voz de la naturaleza, desechad las falsas luces y las preocupaciones del propio juicio. Proceded en esta elección sin interés alguno, desprevenidamente, sin dejaros dominar por antipatías o simpatías, desapasionados del todo, sin afecto ni atractivo o repugnancia de la naturaleza. Mantened el corazón en completa indiferencia y adherido sólo a aquel que sea designado por mayoría de votos. Como no sois vosotros los que vais a hacer la elección, sino Dios en vosotros y por vosotros, elevad a Él los ánimos y no ceséis de repetirle la súplica de los Apóstoles: "¡Oh, SEÑOR!, muéstranos cuál has elegido". Si queréis conocerlo, dad vuestro voto por aquel que os dicte la conciencia, por el más merecedor, por el mismo a quien escogeríais si estuviéseis para morir, por el que es más a propósito para gobernar el Instituto y se halla más poseído de su espíritu, por el más capaz de mantener la regularidad, de hacer reinar el fervor y de santificaros. Nombrad a aquel de entre vosotros a quien conocéis por más esclarecido, prudente, firme y virtuoso. Elegid al que posee con más perfección las cualidades tan necesarias para regir a la familia de Dios: prudencia, mansedumbre, vigilancia, firmeza, piedad, celo y caridad; al que tiene reunidas en más alto grado estas virtudes tan difíciles de hermanarse: el celo con la prudencia, la luz con la caridad, la firmeza con la mansedumbre, la bondad con la severidad. Poned la mira en escoger al que es manso sin flaqueza, vigilante sin inquietud, firme sin inflexibilidad, celoso sin acritud, bueno sin debilidad, prudente sin astucia. Elegid al que es más santo o quiere llegar a serlo, al que sea vuestro modelo y a quien podáis imitar en todo; al que sea más humilde en el primer puesto, que tenga para vosotros corazón de padre y os haga amable

su autoridad. No tengáis en cuenta para esta elección los talentos ni la nobleza; los años ni la antigüedad en el Instituto; la buena presencia ni la gran estatura. No veáis en el que tenéis en la mente al hombre, sino a Dios sólo. Elegiréis al que Dios mismo ha elegido si buscáis un hombre que sea según su corazón y no según el vuestro, un hombre de gracia que se deje guiar por ella y no un hombre de vuestro gusto que favorezca a la naturaleza."

En seguida se retiró a su celda para unir sus oraciones con las de sus hijos, dejarles toda libertad en la elección y atraer sobre ellos las bendiciones del Cielo. El Hermano Bartolomé quedó encargado de presidir la Asamblea y de dirigir todos los ejercicios. Por fin, al cabo de dos días, todos los sufragios recayeron en el que presidía, y el 18 de mayo de 1717 fue electo Superior General del Instituto.

No sorprendió esta noticia al santo FUNDADOR; al saberla se contentó con decir: "Ya hace mucho tiempo que ejerce el oficio de tal". La elección de los Hermanos venía, pues, a ratificar la que él mismo había indicado desde el principio. Sólo el religioso que era objeto de esta señal de confianza se consideraba indigno del cargo y quería librarse de él. Suplicó a los Hermanos que se apiadasen de su debilidad y se confundió al verlos a todos, uno tras otro, que iban a sus pies para reconocer su autoridad y prometerle obediencia. Hubo de someterse, sin embargo, a este nombramiento, que era la expresión de la voluntad de Dios sobre él.

El nuevo Superior pidió que le dieran dos Asistentes para que le secundasen en el gobierno y le ayudasen con sus consejos; le fueron, pues, dados al Hermano Juan, Director de la casa de París, y el Hermano José, Director de la de Reims. Se prolongaron los Ejercicios hasta el domingo de la SANTÍSIMA TRINIDAD, que es la gran fiesta del Instituto, y en ese día todos los Hermanos, precedidos del FUNDADOR y el Hermano Bartolomé, renovaron los votos.

Por consejo del Santo se reunió la Asamblea, a fin de revisar con el nuevo Superior las Reglas del Instituto y ver lo que sería menester añadir o quitar. Cada cual expuso sus observaciones con plena libertad, y convinieron unánimemente en que dejarían al cuidado del SIERVO DE DIOS el hacer las modificaciones que tuviere por convenientes. Él lo prometió y se dedicó a ese trabajo: añadió algunos capítulos, tomados en parte de San Ignacio, y la Regla así redactada fue remitida a todas las casas del Instituto, legalizada con la firma del Hermano Bartolomé, para que fuese uniformemente observada en todas ellas.

CAPÍTULO XXVI

OBEDIENCIA DEL SANTO.—SU HUMILDAD.—SU REGULARIDAD.—FIRMEZA QUE MANIFESTÓ CONTRA LOS APELANTES.—DIFICULTADES CON EL CURA DE SAN SEVERO.—ÚLTIMA ENFERMEDAD Y MUERTE.—SUS FUNERALES.—SU RETRATO.

Al verse libre del cargo de Superior, no pensó el HOMBRE DE DIOS sino en dar más subido grado de perfección a las virtudes de humildad y obediencia que había practicado toda su vida. No quiso en adelante dar ninguna orden ni hacer ya nada de suyo, sino sólo con licencia expresa, por lo cual tampoco contestó desde entonces casi a ninguna de las cartas que recibía; su respuesta favorita a los que iban aún a ponerse bajo su dirección era ésta: "Yo no sé nada; entendedos con el Hermano Superior", o también: "Guardaos de dirigiros a mí; ya no quiero pensar sino en prepararme a la muerte y en llorar mis pecados". Se consideraba como un pobre pecador, indigno de estar con los demás hombres; en el refectorio buscaba el último lugar, después de los Hermanos sirvientes; en la recreación iba a ponerse humildemente entre los más pequeños; no habría salido de su celda sin formal autorización. En medio de todos esos ejercicios tan fielmente cumplidos no podía, según la bella expresión de uno de sus contemporáneos, "desocuparse de Dios".

Los únicos privilegios que conservó fueron la celebración del santo Sacrificio, el confesar a los Hermanos y a los novicios y el dirigirles la conciencia, pero sin injerirse para nada en el gobierno del Instituto. Esta misma humildad tuvo que pasar por varias pruebas; tan cierto es que no puede obrarse el bien en este mundo sino a costa de grandes trabajos. El obispo de Aubigné, por motivos de orden, había revocado las licencias de los sacerdotes de su diócesis y obligado a todos los que quisiesen confesar a que le pidiesen otras nuevas. El abate DE LA SALLE, que ya no era Superior y se consideraba como simple capellán de los Hermanos, no quiso hacer por sí mismo la petición, creyendo que eso le correspondía al Hermano Bartolomé, bajo cuya obediencia estaba, y que no debía confesar sino por orden suya. Se presentó, pues, dicho Hermano en el arzobispado, pero fue mal recibido. Se le respondió que a él no le incumbía pedir licencias para un sacerdote y que la humildad del FUNDADOR no era conveniente para el

caso; que si quería licencias fuera a pedir las él mismo. No obstante, le fueron concedidas tales como las pedía.

En esa vida heroica era favorecido el **SIERVO DE DIOS** con dones sobrenaturales, que tenía sumo cuidado de ocultar por temor de que le resultase de ello alguna gloria. Habiendo ido a París uno de los fundadores del hospital del Canadá, quiso llevar consigo algunos Hermanos; el Hermano Bartolomé, cediendo a sus instancias, había prometido dárselos. Al saberlo el santo **VARÓN**, se contentó con decir: "¡Ah!, Dios mío; ¿qué vais a hacer? Emprendéis una cosa que os causará mil disgustos y que tendrá tristes consecuencias", y lo repitió en dos ocasiones. Tenían los Hermanos tal confianza en él, que esta simple desaprobación bastó para disuadirlos de su intento; más tarde hubieron de alegrarse de ello, porque supieron que sus Hermanos habrían estado expuestos a muchos peligros.

El Sr. Rogier, aquel amigo suyo que en la cuestión del abate Clément le causó un perjuicio tan considerable, había muerto dejándole por testamento una suma considerable, a título de reparación.

El santo **SACERDOTE** tenía que ir a París a fin de cumplir ciertos requisitos necesarios. Al principio puso dificultades a emprender el viaje; pero como el Instituto era pobre, necesitaba aquel dinero; el Hermano Bartolomé le ordenó que partiese, lo que él ejecutó inmediatamente.

Llegó a París el 4 de octubre de 1717, y no consintió hospedarse en casa de los Hermanos, receloso de los honores que le aguardaban; sino que fue a pedir posada en el seminario de San Nicolás del Chardonnet, donde esperaba vivir más tranquilo y olvidado; allí fue muy pronto objeto de edificación para esta santa casa por su regularidad y piedad.

La cuestión del testamento fue larga. El **SANTO** se negaba a recibir el legado con el título de Superior que le había asignado el testador y el notario hubo de ceder a su voluntad inflexible.

Mientras estaba en París el piadoso **FUNDADOR**, se vieron nuevamente amenazados los Hermanos de salir del asilo que habían escogido. Habiendo muerto la marquesa de Louvois, dueña de la casa que ellos ocupaban en San Yon, los herederos se propusieron venderla para repartirse su importe, e intimaron a los Hermanos que la desocupasen. Estos se afligieron, pues reunía excelentes condiciones: estaba cerca de la ciudad, el edificio era adecuado para sus necesidades y el jardín extenso; como la habitaban hacía catorce años, no podían decidirse a buscar otra. Pensaron, pues, comprarla; aunque carecían de medios para ello, confiaron en la Providencia divina, como les había enseñado su **PADRE**. Humilde

como era, no quiso éste tener ni la responsabilidad de un consejo en el asunto; por eso escribió al Hermano Bartolomé, en 18 de enero de 1718, diciéndole: "No conviene que yo tome parte ninguna en estos negocios, ya que no soy nada; vos, como Superior, podéis resolver lo que sea de vuestro agrado". Se decidieron los Hermanos, y entonces él fue al abate Louvois, testamentario de su madre, el cual le apreciaba grandemente; aprecio que había heredado del Sr. Le Tellier, arzobispo de Reims y tío suyo. El abate Louvois prometió poner a la casa un precio moderado y conceder la preferencia a los Hermanos. Fue bastante embarazosa la negociación y estuvo a punto de fracasar en dos ocasiones; pero al fin se verificó la adjudicación a favor del Hermano Bartolomé, por no haber querido figurar el SIERVO DE DIOS, diciendo que estaba ya viejo y quería romper del todo con el mundo. Por lo visto, la Providencia no faltó a los Hermanos, que habían puesto en ella toda su confianza.

Mientras tanto, en el seminario de San Nicolás seguía llenando de admiración a los santos sacerdotes que lo habitaban, los cuales se complacían en atestiguarlo así después de su muerte. A pesar de su edad avanzada, se levantaba con los demás, y era siempre uno de los primeros en concurrir a todos los ejercicios, a las meditaciones por la mañana, a las conferencias espirituales, a los oficios divinos.

Con estar tan enfermo, no quería eximirse de ninguno de los ejercicios del reglamento, y por mortificación se abstenía de todo cuanto hubiera podido dulcificar su existencia. Durante ese invierno que pasó en París no quiso aceptar por nada un aposento abrigado; en vez de emplear el tiempo de la recreación en calentarse con los demás, prefería conversar en el jardín con algunos seminaristas, a los que procuraba inspirar el desprendimiento del mundo y el amor a Dios.

En todo practicaba siempre la humildad y la pobreza: sus vestidos eran de la jerga más grosera; en las conversaciones hablaba poco, y nunca de si ni de lo que había hecho; gustoso tomaba consejo de los demás y casi siempre seguía el dictamen ajeno; parecía haberse olvidado de lo que había sido, considerándose como el último de casa.

La cuestión del jansenismo seguía perturbando a la Iglesia de Francia y era el tema obligado de todas las conversaciones. El jamás tomaba parte en tales discusiones, que le habían parecido en todo tiempo peligrosas para la caridad e inútiles para la fe. No obstante, cuando le obligaban a decir su opinión, manifestaba suma antipatía contra las nuevas doctrinas y testificaba la más completa sumisión a las doctrinas de la Iglesia y a las

decisiones de la Sede Apostólica. Vivía, sobre todo, de oración, humildad y penitencia; consagraba dos o tres horas diarias a la meditación y decía que siendo tan novicio en perfección, debía aprovechar la oportunidad que se le ofrecía para aprender nuevamente en un seminario las virtudes que le habían enseñado cincuenta años antes en San Sulpicio y de las que se había olvidado ya.

Mucho le costó salir de su apacible retiro. Los Hermanos ansiaban verlo y le suplicaban que volviese a vivir en medio de ellos; mas él resistía a sus instancias, y escribió al Hermano Bartolomé, diciéndole: "Soy un hombre inútil, y el Instituto debe mirar como favor del Cielo el verse así libre de mí. Yo debo ser dirigido y no tratar de dirigir a los otros. Tiempo es ya de empezar la obra de mi propia santificación, después de haber trabajado tanto tiempo en la de los demás. Ya que Dios se ha dignado proporcionarme tan feliz coyuntura, debo utilizarla, porque si la desperdiciase tendría que arrepentirme de esta falta todos los días de mi vida. Demasiado tiempo he mandado y, por fin, ha llegado el día de obedecer; así, pues, debo enseñaros con mi ejemplo a preferir el estado de sujeción al de autoridad. Después de ponderarlo bien, me siento inclinado a terminar mis días donde me encuentro."

Pero esta grande humildad servía para excitar más y más en los Hermanos el vivo deseo de tener entre ellos a su PADRE venerado, del que aún tenían tantas virtudes que aprender. Temían que la muerte le sorprendiese en casa extraña y no querían dejar para otros el consuelo de cerrarle los ojos.

Los generosos hospederos del seminario, a pesar del gozo que encontraban en poseerlo y del deseo de guardarlo consigo, reconocieron que el lugar que le correspondía era junto a sus hijos. Por fin, el Hermano Bartolomé fue a buscarlo, y él, siempre dócil, se sometió sin resistencia.

Antes de salir de París quiso visitar por última vez a los Hermanos de esa ciudad, a los que ya no esperaba ver más. Todos se estrecharon en torno suyo y le pidieron la bendición; mas él se negaba a dársela, diciendo que no era digno. Al fin cedió, se despidió de ellos y se encaminó a San Yon con el Hermano Bartolomé, el 7 de marzo de 1718.

Llegado allí se ocupó en arreglar varios asuntos, porque preveía su muerte próxima y aun la había anunciado. El 11 de agosto del mismo año transmitió varios bienes y títulos que estaban a su nombre; en un documento del 18 de diciembre cedió a su hermano Luis de la Salle cinco casas que poseía en Bethel, a fin de que fuesen empleadas a favor de las

Escuelas de Bethel y de Reims. Pero sobre todo se preparaba a la muerte por una práctica más fiel y constante de todas las virtudes.

Su vida fue aún más retirada y solitaria que antes. Había escogido para sí el cuarto más humilde de la casa, un aposento sombrío en el piso bajo, que comunicaba con la caballeriza, y no hubo posibilidad de hacerle aceptar otro. En el refectorio quería ser servido después de todos, y a duras penas se pudo obtener que bendijese la mesa, lo que no acepté sino por ser el único sacerdote en la casa. Empleaba todo el día en orar, confesar a los Hermanos, formar a los novicios, educar a los jóvenes colegiales y aquietar a los "reclusos", sin que se le pudiera distraer de esos ministerios. Ocupaba los momentos libres en componer algunos escritos para la santificación de los Hermanos, en especial el *Método de Oración*. Pero aún no había llegado al término de sus pruebas: ¡Los santos no descansan sino después de la muerte!

El obispo de Boloña, que en 1716 le había manifestado tantas simpatías, era acérrimo jansenista, defensor del libro de Quesnel y apelante contra la Bula *Unigenitus*. Una parte de su clero participaba de las mismas ideas y se congratulaban de atraer también a los Hermanos a su partido, alegando para decidirlos que también el Sr. DE LA SALLE era adicto a las nuevas doctrinas y que pertenecía al número de los apelantes. Le escribieron los Hermanos sobre el particular, y esto le dio ocasión de contestarles una admirable carta, en la que se refleja su fe viva no menos que su perfecta sumisión a la Iglesia. "Carísimo Hermano mío —le decía—: no creo haber dado pie al señor deán para que diga que soy del número de los apelantes al futuro Concilio; profesando como profeso sumo respeto a nuestro Padre Santo el Papa y rendida sumisión a las decisiones de la Santa Sede, no puedo dejar de someterme en todo a ella. Quiero seguir en esto el ejemplo de San Jerónimo que, en un conflicto suscitado en la Iglesia por los arrianos, que le exigían el que admitiese en Dios tres hipóstasis, creyó que debía consultar con la Cátedra de Pedro, sobre la que sabía, dice él, que está edificada la Iglesia. Dirigiéndose al Papa Dámaso le manifestó que si Su Santidad le ordenaba reconocer en Dios tres hipóstasis, no obstante los inconvenientes que en ello encontraba, confesaría él también tres hipóstasis. Por esto concluyó el santo su carta, suplicando con instancia al Sumo Pontífice, por JESÚS crucificado, que es el Salvador del mundo, y por la TRINIDAD de las Personas divinas en una sola y misma naturaleza, que se dignase autorizarle en una carta a confesar o negar tres hipóstasis en Dios. Así, no debe extrañar el señor deán o cualquier otro si, conformando mi opinión a la de un santo tan esclarecido

en materias de religión, me atengo a lo que ha declarado el Pontífice que ocupa hoy la Sede de Pedro en una Bula aceptada por la generalidad de los obispos del mundo, condenando las ciento una proposiciones sacadas del libro del P. Quesnel, y si después de una decisión tan auténtica de la Iglesia digo, con San Agustín que "está terminada la causa". Tales son mis disposiciones y mis afectos sobre este punto; nunca he tenido otros ni los cambiaré jamás."

Esta carta fue escrita en Rouen el "28 de enero de 1719"; tres meses, por consiguiente, antes de su muerte, y es como el testamento de la fe en que siempre había vivido y en la que quería morir.

También ocurrieron desavenencias entre el SIERVO DE DIOS y el cura de San Severo, de quien era feligrés, cuyo celo indiscreto quería exigir de los Hermanos todo género de prácticas incompatibles con sus Reglas y el buen orden de la casa, so pretexto de edificación en la parroquia. Habían formulado un acuerdo entre ellos; pero siendo impracticables varios artículos, el cura cargó la responsabilidad sobre el FUNDADOR y se quejó a sus superiores eclesiásticos, el Sr. de Aubigné, arzobispo de Rouen, y su vicario general. El arzobispo se dejó sorprender, y en su severidad llegó hasta quitar al SANTO las licencias que le había concedido anteriormente para la casa de San Yon. De aquí le vinieron nuevas preocupaciones y cuidados; pero soportó la prueba con su acostumbrada serenidad y nada pudo arrancarle una palabra acre ni la más leve señal de desagrado o impaciencia.

Tenía el santo FUNDADOR presentimiento de su próximo fin, aunque no era todavía de edad muy avanzada, ni sus enfermedades, con ser dolorosas, eran de las que abrevian la vida. Hacía mucho tiempo que padecía un reumatismo adquirido en la casa de Vaugirard, de resultas de un invierno que pasó sin calentarse, en una celda abierta a la inclemencia, y por haber conservado ropa húmeda en el cuerpo. Esta dolencia se agravó de tal manera, que más de una vez le había dejado postrado en el lecho, incapaz de movimiento, y le causaba sucesivamente agudísimos dolores en todos los miembros. A esto vino a agregarse el asma; así, padecía sin intermisión de noche y de día, pero estos dolores, por penosos que sean, acompañan de ordinario a la vejez y no son indicios de muerte próxima. Sus presentimientos provenían, pues, de otra causa; sin duda había recibido de lo Alto el aviso de su fin cercano. Desde que regresó a San Yon se desprendió más y más del mundo, y ya no pensó sino en prepararse a comparecer delante de Dios.

"Os suplico por amor de Dios —escribió por entonces a un Hermano que le había consultado—, que no os dirijáis a mí, Hermano mío. Superiores tenéis con quienes debéis comunicar las cosas de vuestra alma y los asuntos temporales. Ya no quiero pensar sino en la muerte, que pronto vendrá a separarme de todas las criaturas." En todas sus conversaciones expresaba la misma idea; su único cuidado era no manifestar en lo exterior los vivos dolores que le aquejaban, mostrar siempre rostro alegre y tranquilo y no aflojar en los ejercicios ni austeridades; siguió con el mismo rigor en su abstinencia e igual constancia en su oración. Llegada la cuaresma de 1719, quiso observarla sin la menor atenuación, a pesar de las súplicas de los suyos. "Cuando la víctima está a punto de ser inmolada —les decía— es menester purificarla." Sus fuerzas, sin embargo, disminuían rápidamente; la opresión que le causaba el asma apenas si le dejaba respirar. Juzgando el confesor que no estaba en posibilidad de observar el precepto de la abstinencia, se la prohibió, y él obedeció humildemente.

Poco después sobrevino un accidente que complicó aún más la gravedad del mal y determinó la crisis suprema: una puerta le cayó sobre la cabeza y le ocasionó vivísimos padecimientos; se agregó a esto fuerte dolor de costado; conociendo el médico que la enfermedad era mortal, no se lo ocultó. El recibió esta noticia con alegre continente, como un hombre que divisa, por fin, el término largo tiempo anhelado de sus deseos. Aceptó, no obstante, los cuidados que le prodigaban y se sometió sin resistencia a los remedios que se le administraban, que eran a menudo más dolorosos que la misma enfermedad. Pero no quiso hacer cama, pues ansiaba, como valeroso atleta, que la muerte le encontrase en pie, y así se arrastraba a todos los ejercicios, hasta que al fin le faltaron las fuerzas y ya no pudo moverse. No se alteró por eso su alegría; antes bien, iba aumentando con los dolores, por lo cual exclamaba: "Espero que pronto me libraré de Egipto para ser introducido en la verdadera Tierra prometida".

Se acercaba la fiesta del glorioso Patriarca Señor San José, a quien siempre había profesado particularísima devoción y bajo cuyo patrocinio había puesto su Instituto, por ser el santo Patriarca el protector especial de los que están encargados de dirigir a la infancia. Deseaba ardientemente celebrar por última vez la santa misa en honor suyo; contra toda esperanza le fue concedido este favor porque el 18 de marzo, víspera de la fiesta, a eso de las diez de la noche, le disminuyeron los dolores, sintió que le volvían las fuerzas y pasó una noche tranquila. Al día siguiente pudo

levantarse, y subiendo al altar ofreció el augusto Sacrificio con extraordinario fervor, en medio de los Hermanos estupefactos. Pasó todo el día con ellos, escuchó sus últimas confidencias, les hizo aún algunas recomendaciones; por fin, se acostó nuevamente y volvió a su primer estado de debilidad y padecimientos.

Noticioso de esto el cura de San Severo, acudió al punto para visitarle. Juzgando, como los demás, que ya no había remedio y temeroso de que estuviese engañado el enfermo, por la serenidad que en él notaba, creyó que debía declararle francamente la verdad.

—Sabed —le dije— que vais a morir y que tendréis que comparecer en seguida delante de Dios.

—Bien lo sé —respondió—, y me someto enteramente a sus mandatos; en sus manos está mi vida; cúmplase su voluntad santísima.

En efecto, su alma permanecía constantemente unida con Dios y aguardaba con vivo anhelo que se rompiesen los últimos lazos que la aprisionaban en la tierra. Pasó así algunos días.

Como se agravaba el mal, pidió el santo Viático, prometiéndole llevárselo al día siguiente, que era el miércoles santo. Durante toda la noche se preparó para acto tan grande; su celda fue adornada con toda la elegancia que permitía la pobreza de la casa de San Yon. Quiso absolutamente que lo bajasen de la cama y que, revestido de estola y sobrepelliz, le sentasen en una silla. Al oír la campanilla que le anunciaba la llegada del Amado de su corazón cayó de rodillas y recibió la santa Comunión, inflamado el rostro, con ese fervor de devoción con que tantas veces había celebrado los santos misterios, hasta tal punto que los asistentes quedaron vivamente conmovidos; eran los últimos resplandores de una vida que iba apagándose poco a poco.

Al día siguiente, jueves santo, recibió la extremaunción. No sólo conservó todos los sentidos, sino que disfrutó de esa lucidez especial que Dios reserva a los santos. Leía en los corazones, y aprovechaba de ese conocimiento para dar a los Hermanos, agolpados en torno al lecho, sus últimos consejos. Habiéndose acercado a él un caballero para consultarle, recibió esta respuesta: "De vos depende el salvaros; Dios os colma de sus gracias y no sabéis aprovecharos de ellas. No os conducís con Él como deberíais y tenéis escondidos los talentos que os ha confiado".

Su voz iba debilitándose por momentos. Todos sus hijos se postraron de rodillas; el Hermano Bartolomé le suplicó que les diese la bendición, lo mismo que a todos los Hermanos del Instituto. Por humildad hizo alguna

resistencia; pero al fin cedió, y alzando los ojos al Cielo y extendiendo las manos dijo: "¡Os bendiga a todos el Señor!"

Llegada la noche, perdió el conocimiento. Se rezaron las oraciones de la recomendación del alma, al terminar las cuales volvió en sí y dirigió algunas palabras a los Hermanos: "Si queréis conservaros y morir en vuestro estado nunca jamás tengáis relación con las gentes del siglo. Insensiblemente os aficionaréis a su modo de proceder, y os acomodaréis de tal modo a sus conversaciones, que por cortesía no podréis menos de aplaudir sus discursos, aunque perniciosos, lo que será causa de que deis en la infidelidad. Y dejando de observar vuestras Reglas, os disgustaréis de vuestro estado y, por fin, lo abandonaréis".

Un sudor frío vino a interrumpirle, y empezó la agonía que fue muy penosa y duró desde media noche hasta las dos y media de la mañana del viernes santo, uniendo así sus dolores con los de la Pasión. Al poco rato le volvió el sentido, y sugiriéndole entonces que implorase la asistencia de la sacratísima VIRGEN Nuestra Señora, su constante protectora, le dirigió la oración que solía rezarle todas las noches: *María, Mater gratiae, Mater misericordiae*. En seguida le preguntó el Hermano Superior si aceptaba con gozo sus dolores. "Si —respondió él—, adoro en todo la providencia de Dios para conmigo." Estas fueron sus últimas palabras.

A las tres de la mañana entró de nuevo en agonía durante una hora. El cuerpo estaba agitado, pero el rostro sosegado y tranquilo. Y a eso de las cuatro juntó las manos, alzó los ojos al Cielo, se esforzó como para levantarse y salir al encuentro de alguno y expiró. Se fue a celebrar las fiestas de Pascua en el Paraíso. Acaeció su dichosa muerte el 7 de abril de 1719, día de viernes santo, contando el SIERVO DE DIOS sesenta y ocho años de edad.

No bien se divulgó por la ciudad de Rouen la noticia de su muerte, un numeroso gentío se agolpó a la puerta de la casa, ansioso de verlo por última vez. Todos le consideraban como un santo, querían contemplar aún las dulces facciones de su rostro y tener la dicha de llevarse algún recuerdo suyo. Pero como no poseía el SIERVO DE DIOS más que un Crucifijo, un Nuevo Testamento y una Imitación de Jesucristo, fue menester cortar pedacitos de sus vestidos para contentar la piadosa avidez de los concurrentes.

El cuerpo del venerable SACERDOTE permaneció expuesto en la capilla de San Yon, revestido de los ornamentos sagrados, desde el viernes hasta el sábado por la noche. Nada había perdido el rostro de su serenidad y

hermosura; la muerte sólo había echado sobre sus facciones un sutil velo, por entre el cual se vislumbraban los esplendores de la vida eterna.

Fue enterrado, sin pompa, el sábado santo, a causa de la fiesta de Pascua. Llevaban el cadáver seis Hermanos, a quienes seguían los demás cantando salmos, entre lágrimas y sollozos que les ahogaban la voz, pues habían perdido a su bienhechor y PADRE y se veían huérfanos. Crecido número de eclesiásticos y varios religiosos de todas las Órdenes de la ciudad acompañaban al séquito fúnebre.

Las exequias se celebraron el lunes de Cuasimodo por los eclesiásticos del seminario menor de San Nicasio, y muchas personas de distinción quisieron tributar los postreros honores a un hombre que había huido de la gloria mundana durante toda su vida.

Fue inhumado en la capilla de Santa Susana, en la iglesia de San Severo. Sobre la tumba se grabó esta inscripción, borrada hoy, y sustituida con otra latina, cuya traducción literal dice así: "Aquí aguarda la resurrección el venerable JUAN BAUTISTA DE LA SALLE, de Reims, sacerdote, doctor en teología, canónigo de la iglesia metropolitana de Reims, Fundador de los Hermanos de las Escuelas Cristianas. Falleció el viernes santo, de edad de sesenta y ocho años, el 7 de abril de 1719, en la casa de los Hermanos de San Yon de esta parroquia. Que Dios le dé el eterno descanso".

Muchos curas celebraron misas solemnes, y el Hermano Bartolomé recibió considerable número de cartas de pésame que le manifestaban la profunda aflicción que tal muerte causaba en toda Francia.

El Sr. DE LA SALLE era de estatura mediana y bien proporcionada.

Su complexión, delicada en la infancia, se había fortificado con el ejercicio y el trabajo, hasta que las penitencias y excesivas fatigas la arruinaron completamente.

Era de frente ancha, nariz perfilada, ojos grandes que tiraban a azul, la piel de color tostado por los frecuentes viajes, la tez animada, los cabellos de rubio oscuro en su juventud y entrecanos en sus últimos años.

Traía pintada en el rostro una majestuosa dulzura, su fisonomía era modesta y serena, sus modales sencillos y graciosos y un destello de santidad se reflejaba en toda su persona. Además, tenemos la fortuna de poseer un retrato incomparable de su cuerpo y especialmente de su alma, trazado por su primer historiador; en verdad, no podríamos encontrar nada

más exacto ni mejor expresado que lo que éste escribió de su venerado amigo.

"El abate DE LA SALLE tenía el aspecto de un santo —nos dice el canónigo Blain—. La gracia, sentada por decirlo así en su rostro, parecía querer manifestar a los hombres lo que era delante de Dios y pintar en él la hermosura de su alma. Bastaba mirarlo para sentirse atraído a Dios, porque todo exhalaba en él el olor de las virtudes de humildad, modestia, mansedumbre, caridad, paz, ecuanimidad, mortificación e insigne piedad. Siempre igual en medio de tantos disgustos y sinsabores, entre un sinnúmero de acontecimientos tristes y angustiosos y encontrándose a cada paso con mil motivos de perturbación e inquietud, parecía un hombre cuyo corazón, fijo en el Cielo, no hace ningún caso de lo que pasa en la tierra, un hombre aplicado a dirigir sus más santos deseos y sus más gloriosos proyectos a Dios sólo y a dirigirlos únicamente según el beneplácito de la divina voluntad.

Su vida es el Evangelio puesto en práctica. Hacer penitencia, negarse a sí mismo, mortificarse, humillarse, crucificar la carne, vivir de oración y conversación con Dios, mostrarse entre los hombres sólo para dedicarse a salvarlos o saborear sus desprecios, escoger con predilección como fin primordial de su celo a los más pobres y desvalidos, sufrirlo todo, ceder a todos, no quejarse en ninguna circunstancia ni darse jamás por ofendido, echarse la culpa y condenarse a sí propio, bendecir a Dios, tomar constantemente la voluntad divina por regla y norma de la suya, amar a sus amigos en Dios y a sus enemigos por Dios, no poner la mira sino en el sumo Bien, buscando sólo la gloria de Él y dando de mano a lo demás, sin otra aversión que la del mundo, ni otro odio que el del pecado, ni más temor que el de desagradar a la Majestad suprema; movido por el único deseo de imitar a JESUCRISTO, aficionado sólo a las cruces y prendado únicamente del amor de Dios; ¿no es éste, acaso, el resumen del Evangelio y el de la vida del abate DE LA SALLE?

¡Qué ejemplos de renunciamiento de sí mismo, de severidad con su cuerpo, de desprecio del mundo, de sed de justicia, de pureza de corazón, de una santa pasión por las humillaciones y padecimientos, de despegó a las cosas terrenales, de amor a la oración, unión con Dios y abnegación de sí mismo presenta la historia de la vida de este santo SACERDOTE! ¡Cuántas gracias escondidas en lo íntimo de su alma, cuántos méritos acumulados en una vida tan crucificada se revelarán en el día de las últimas manifestaciones!

El SIERVO DE DIOS parecía un hombre muerto a todo; un hombre en quien ya no se atrevía a manifestarse la naturaleza ni a exigir nada de él; un hombre de vida completamente sobrenatural, celestial, divina, que pensaba, hablaba y obraba como si hubiese sido de naturaleza superior; un hombre, en fin, cuyo elemento era la virtud; su vida Dios, y JESUCRISTO el alma y centro de todo su ser.

En la oración parecía un ángel; en el altar, un serafín; en el cielo, un apóstol; un segundo Job, en las tribulaciones; un nuevo Tobías, en la pobreza; en la confianza absoluta en la Providencia, otro Francisco de Asís; otro abad de Rancé, en los rigores de la penitencia; en la práctica de la obediencia, un nuevo Dositeo; finalmente, un perfecto discípulo DE JESUCRISTO, en el ejercicio de todas las virtudes.

He aquí el abate DE LA SALLE a lo vivo: en este retrato se le conoce perfectamente."

Hasta 1734 sus restos habían quedado en la iglesia de San Severo, donde fue enterrado al otro día de su muerte (⁴); pero como hicieron construir los Hermanos una iglesia en su casa de San Yon, pidieron y obtuvieron su traslado a ella, verificado el 16 de julio de 1734.

Se abrió la tumba, y se encontraron los huesos intactos en su posición natural. Cubiertos con un paño blanco, los colocaron en un ataúd de plomo, soldando la tapa, y encerraron todo dentro de una caja de madera, sellándola. Una multitud innumerable asistía a esta imponente ceremonia. El ataúd fue depositado en una bóveda tras el altar mayor.

Los revolucionarios de 1793 abrieron el sepulcro y robaron el plomo del ataúd, dejando casi intactos los huesos.

Después de introducida la causa de Canonización, el 4 de mayo de 1835 se procedió a la exhumación en presencia de un secretario del arzobispado, de un médico, de un representante de la autoridad civil, de varios testigos eclesiásticos y seculares y de algunos Hermanos de las Escuelas Cristianas.

⁴ Le Casa Generalicia del Instituto guarda preciosas reliquias del SANTO: un monte, una estola, una casulla, una capa de coro, una sotana, dos bonetes, alzacuellos, una cruz, cintos de hierro y de cobre, disciplinas de cuerda; una parte de su cilicio, insignias de su dignidad e instrumentos de su penitencia, pudiendo servir unos y otros de testimonio a favor de esa santidad que la Iglesia comprueba con tanta delicadeza y prudencia.

Todos firmaron el acta de exhumación, en que constaba que los huesos del abate DE LA SALLE estaban casi completos y que no podía haber duda ninguna sobre su identidad. Fueron colocados piadosamente en una bóveda abierta tras el altar de la capilla de los Hermanos, en el centro de la ciudad de Rouen. Por fin, en 1881 los trasladaron a la capilla del colegio que tienen en dicha ciudad. Para conmemorar su beatificación, en 1888 se construyó en dicho Colegio una nueva capilla dedicada al SANTO. A ella fueron trasladadas sus reliquias y allí permanecieron hasta que el laicismo obligó a los religiosos a secularizarse o emigrar. Como entonces la Casa Generalicia se estableció en Lembecq-Lez-Hay (Bélgica), allí fueron a refugiarse los sagrados despojos. Por fin, trasladada dicha casa a Roma (vía Aurelia), allá llegaron entre aclamaciones populares, donde es de esperar hallen reposo definitivo después de tantas peregrinaciones.

Hemos procurado bosquejar según nuestros débiles alcances el esplendor y fecundidad de estas virtudes, y quiera Dios que hayamos logrado nuestro intento; porque los méritos de los Santos son la herencia más preciada de las naciones, y el abate DE LA SALLE, honra de la Iglesia, es al propio tiempo una de las más puras glorias de su patria.

CAPÍTULO XXVII (5)

SAN JUAN BAUTISTA DE LA SALLE, INICIADOR Y ESCRITOR DE MATERIAS PEDAGÓGICAS



Las páginas precedentes han iluminado las heroicas virtudes de nuestro SANTO. Mas no lo conoceríamos del todo, y aun omitiríamos lo que constituye el carácter más original de su santidad y asegura su más amplia irradiación, si no nos paráramos a informar sobre sus iniciativas pedagógicas.

Estamos tanto mejor informados sobre ellas, cuanto la escrupulosa docilidad de los Hermanos a los métodos y al espíritu de su FUNDADOR no se apoya sólo en la tradición oral, sino que se nutre constantemente de los escritos auténticos del Sr. DE LA SALLE.

⁵ Este capítulo está sacado de la moderna refundición que de la biografía del SANTO, escrita por Ravelet, hizo el eminente historiador de la Congregación M. George Rigault. Dicha refundición no figura en este libro.

No, ciertamente, por vanagloria; sino por realizar íntegramente su tarea de educador, el SANTO fue autor fecundo: además de sus múltiples cartas, de las que se conserva un centenar, ya autógrafas, ya en copias; además de las Reglas de su Instituto, ha redactado instrucciones, meditaciones, oraciones, tratados y manuales, con los que se propone el perfeccionamiento religioso y moral, tanto de los Hermanos como del pueblo cristiano.

A través de su lectura se percibe al doctor en teología y al escritor educado en el humanismo. Fondo y forma, todo es sólido, con amplitud y vigor que solazan el espíritu. Al propio tiempo, todo es límpido y de sencillez tal, que está al nivel de las inteligencias más rudas y juveniles. El alma del Sr. DE LA SALLE posee toda la gravedad, toda la nobleza, toda la franqueza y todo el dominio de sí y de una raza en pleno desarrollo; sabe exactamente lo que quiere decir y usa los términos que mejor lo expresan y los giros más justos y mejor adecuados. Lo mismo que su vida, su estilo no apunta a lo extraordinario, no intenta seducir; es el estilo del sentido recto, de la razón que formula directamente las conclusiones de la experiencia cotidiana y que transparenta las verdades eternas sin oscurecerlas ni alterarlas.

Entre sus obras hay principalmente tres que permiten darse cuenta de su pedagogía. La primera y más importante es la *Guía de las Escuelas*. Fue esbozada, en hora temprana, para dirigir a los maestros de las Escuelas Cristianas en sus enseñanzas y constantemente modificada; los Hermanos la copiaban, y su ejemplar manuscrito les seguía en sus peregrinaciones. La Biblioteca Nacional (de París) posee una de estas copias a mano, que debe datar de 1705. El libro de que tratamos no apareció en las librerías hasta después de muerto el autor. La primera edición es de 1720, impresa por Joseph Charles Chastanier, en Avignon. Consta de dos partes: *Ejercicios que se practican en las Escuelas* y *Medios para mantener el orden en las Escuelas*.

Este vademécum, muy minucioso, contiene todo lo esencial de los métodos innovadores del santo PEDAGOGO: programas de trabajo y de vida religiosa, reglamentos disciplinarios a los que se debe someter a los escolares. En él se revelan los talentos de profesor, la penetración psicológica y hasta las preocupaciones de higienista que poseía el Sr. DE LA SALLE, sobre todo al tratar "de la estructura de las Escuelas y de los muebles que en ella convienen".

La misma perspicacia psicológica, con perfecto conocimiento de la "buena educación" y un sentido exquisito de sus relaciones con la caridad evangélica, se vuelve a encontrar en las *Reglas de Decoro y Urbanidad Cristiana*.

La obra había sido compuesta en Vaugirard hacia las 1695; impresa en caracteres de escritura ordinaria para que sirviera, a la vez, en las Escuelas para la lectura de manuscritos y como tratado de urbanidad.

En la lectura de algunas páginas no se puede contener una leve sonrisa: la higiene moderna y la transformación de las costumbres sociales han hecho caducar ciertas prescripciones y han desterrado usos que nuestros antepasados observaban con cándida sencillez.

Hemos de convenir en que el autor, que se propone informar a los más ignorantes, no retrocede ante los detalles más mínimos. Sería, sin embargo, manifestar necia frivolidad e imperdonable falta de respeto no buscar en este manual más que una ocasión de divertirse. Si penetráramos en el fondo de las cosas descubriríamos que el libro de la *Civilité* es un espejo de nuestra civilización. El SANTO traza en él el retrato como lo ofrecía el modelo de su persona, del francés formado por una amplia cultura literaria y por la vida en sociedad, educada, sobre todo, por el cristianismo.

Las *Regles de la bienséance*, tan preciosas y características a los ojos de un historiador de las costumbres y de un biógrafo del Sr. DE LA SALLE, entran en la gran corriente tradicional del siglo XVII, pero de poco pueden servirnos como información sobre la obra original del FUNDADOR de los Hermanos. Por tanto, no nos detendremos más en ellas. En compensación descubriremos el principio de sus fundaciones escolares en las *Meditaciones para el tiempo de Ejercicios*, para uso de todas las personas dedicadas a la educación de la juventud y, en particular, para los Ejercicios que hacen los Hermanos de las Escuelas Cristianas durante las vacaciones. La enseñanza es, ante todo, un apostolado; los conocimientos humanos no tienen razón de ser si no sirven para alcanzar la ciencia de Dios. Rechazar este axioma equivale a no comprender palabra en la obra lasaliana. Las dieciséis *Meditaciones* definen, del modo más claro y completo, la función sobrenatural de los Hermanos, que es la misma de todo educador digno de este nombre. "Vigilancia e instrucción —dice la segunda— son medios de santificar a los niños." "Los educadores de la juventud —dice la tercera— deben ser cooperadores de Jesucristo en la salvación de sus discípulos." La quinta compara a los maestros con los Ángeles de la guarda. La novena es

una sublime exhortación al cielo, al "amor de las almas creadas a imagen de Dios y rescatadas por JESUCRISTO". Es necesario que los Hermanos puedan decir a los padres de los niños confiados a ellos: "Dadnos las almas y quede lo demás para vosotros, es decir: Nosotros nos encargamos de trabajar en la salvación de las almas, abandonando al provecho vuestro y de ellos las ventajas temporales que resulten de la instrucción que les damos".

Tomar a su cargo un alma humana es asumir una temible responsabilidad. El Sr. DE LA SALLE lo declara así, enérgicamente, a sus hijos, y después de enumerar todos sus deberes de educadores, les advierte en las meditaciones decimotercera y decimocuarta la cuenta severa que Dios les exigirá, como también las recompensas reservadas a los buenos maestros en esta vida y en la otra. "El día del juicio, y luego en el Cielo, oiréis decir a los que habéis conducido, como por la mano, lo mismo que decía de San Pablo y sus compañeros aquella posesía a quien el Apóstol libertó: Estos hombres son siervos del gran Dios, que nos han anunciado el camino de la salvación."

"De este modo aquellos elegidos recordarán el bien que les habréis hecho: unos presentarán a CRISTO su túnica de cándida inocencia, que vosotros les habéis ayudado a conservar en toda su blancura; otros, que después de pecar hayan lavado la suya, con vuestra ayuda, en la sangre del CORDERO, le presentarán las penas que os habéis impuesto para restituirles al camino de salvación... ¡Oh!, ¡cuál no será la gloria de las personas que han enseñado a la juventud, cuando su celo por la salvación de los niños sea publicado a la vista de todos los hombres y cuando el Cielo resuene con las acciones de gracias que aquellos niños bienaventurados tributen a los que les han enseñado el camino de la Patria inmortal!"

Así termina, sobre perspectivas eternas, la meditación decimosexta. Aun se podrían citar otras páginas extraídas de la correspondencia del SANTO, de sus *Meditaciones para todos los domingos del año y para las fiestas principales*. Pero conviene ahora intentar una síntesis de toda esta doctrina para poner de relieve lo que hay de nuevo y particularmente atrevido en las ideas de JUAN DE LA SALLE y en sus aplicaciones prácticas. Es, sobre todo, en la GUÍA DE LAS ESCUELAS donde hallamos los elementos de este capítulo; se completarán con los datos que la historia del SANTO nos ofrece en cada una de sus fases y que se trata, desde ahora, de concentrar ante la vista del lector.

Tal como se nos ha ofrecido en el curso de su vida, no es SAN JUAN BAUTISTA DE LA SALLE un revolucionario que pretenda renegar de la herencia de los siglos. Inserta su obra, modestamente, en la trama de su época y de su nación. Y si sus contemporáneos adivinan y la posteridad admira el diseño original de esta obra, no hay más que un voto para reconocer la armonía de esta creación y del medio que la acepta y favorece su desenvolvimiento. La Congregación de los Hermanos es producto de la civilización cristiana y francesa. Y claro está que no entendemos esta definición en sentido determinista. Los acontecimientos grandes y las instituciones duraderas no pueden ser resultados fatales de fuerzas ciegas; los hombres extraordinarios tienen un papel decisivo en la historia, porque Dios nos ha hecho libres. Es evidente, sin embargo, que el genio del Sr. DE LA SALLE ha sido, principalmente, un genio de observación, de experiencia y de adaptación lenta y razonada. Su sistema pedagógico descansa, por una parte, sobre el estudio de la naturaleza humana, y por otra, sobre el dogma de la moral religiosa que restituye al bien la naturaleza extraviada.

Después de diecisiete siglos de cristianismo está claro que no fundó él la enseñanza cristiana, que la Iglesia ha considerado siempre como una de sus tareas esenciales. No ha tenido que preocuparse de la enseñanza superior, perfectamente organizada y comprendida desde la Edad Media. Ha excluido, desde luego, de su programa la segunda enseñanza, que se daba a los hijos de la nobleza y de la burguesía, lo mismo que a los niños del pueblo mejor dotados, en las Universidades y en los colegios de Jesuitas y Oratorianos. Inducido por felices circunstancias a fundar un establecimiento para las clases medias, no propugnó una reforma general de la educación francesa, sino que sencillamente rellenó en ella un bache; inventó una enseñanza nueva, que respondía a necesidades particulares. Su papel primordial —que sigue siendo el papel por excelencia de sus discípulos— ha sido la extensión metódica, racional y duradera, de la enseñanza primaria.

Las Escuelas populares existieron antes de él; éste es un hecho histórico demostrado superabundantemente por los documentos. Desde los tiempos merovingios se las vio constituirse "a la sombra de las catedrales", al pie o en el mismo recinto de los monasterios. Se multiplicaron durante los brillantes y fecundos años de los siglos XII y XIII. "No se puede dudar —ha escrito el historiador de Duguesclín, Simeón Luce— que aun durante los años más agitados del siglo XIV la mayor parte de los pueblos hayan tenido maestros que enseñaban a los niños la lectura, la escritura y algo de cálculo."

Sin embargo, muchas de las fundaciones escolares fueron sepultadas bajo las ruinas de la guerra de los Cien Años. Se estaban restaurando hacia el final del siglo XV y principios del XVI, cuando la revolución religiosa de Lutero y Calvino, al determinar la expoliación de los bienes eclesiásticos —y principalmente los que servían para sostener las Escuelas—, provocó un brusco y lamentable regreso en la cultura intelectual y moral del pueblo.

Roturar, labrar y sembrar este vasto campo de una humanidad abandonada, que aquí y allá retrocedía al estado primitivo, tal fue una de las tareas que se ofrecían a la actividad del siglo XVII, al mismo tiempo que a la mente de los reconstructores, inspirados por las decisiones del Concilio de Trento, se presentaba el problema del reclutamiento y formación de pedagogos.

En esto las mujeres fueron las adelantadas: entraron en religión para dedicarse a la educación de las niñas. Las Ursulinas, fundadas en 1537 por Santa Ángela de Mérici, pasaron de Italia a Francia sesenta años después, y ganaron allí la confianza de muchas familias. En 1597, Pedro Fourrier, el cura santo de Mattaincourt, tomaba por auxiliares en su parroquia a las Hijas de la Congregación de Notre-Dame. Sobre esta misma advocación ponía, en 1607, Santa Juana de Lestonac, sobrina de Montaigne, su comunidad de educadoras. La Visitación, las Hijas de la Cruz, las Hijas de Santa Genoveva, las Hermanas de la Providencia y otras forman en el curso de este siglo nuevos equipos, que trabajan en la enseñanza femenina. Finalmente, las Hijas de la Caridad, de "Monsieur Vincent", no pueden negar a los pobres el beneficio de la instrucción de su prole. Y preparan maestras para las niñas francesas.

Los niños se ven menos favorecidos. No se les abandona, ciertamente, pues para ellos se abren las "petites écoles", herederas de las Escuelas episcopales antiguas, puestas bajo la jurisdicción del gran chantre de las iglesias metropolitanas, y las "Escuelas de caridad", creadas por los curas para los indigentes de sus parroquias.

Al margen de estos establecimientos de origen eclesiástico estaban legalmente autorizados a dar una especie de enseñanza primaria los "maestros calígrafos" que eran copiadores de manuscritos que, al generalizarse la imprenta, habían descendido a profesores de escritura. No se carecía, como se ve, de maestros ni de Escuelas; pero en ellas no existía organización; no tenían programa ni método y los maestros se reclutaban al acaso.

En la puerta del primer local hallado, el maestro fijaba su rótulo: "Céans, on tient petites écoles" (aquí hay Escuelas elementales). El profesor reunía en torno suyo a los niños que querían ir y, dirigiéndose a cada uno en particular, comenzaba la lección tantas veces como niños tenía; esto era perder el tiempo, cercenar en fragmentos el trabajo y exponer los niños a interminable aburrimento y, por lo mismo, a la indisciplina. Cuando el grupo aumentaba mucho, el maestro no bastaba para enseñar; entonces descargaba parte de sus funciones en los escolares menos ignorantes y más tranquilos, a los que nombraba repetidores y vigilantes de sus compañeros. Así, el modo individual se complicaba con lo que más adelante se llamó "enseñanza mutua". En sí misma, la enseñanza mutua es la pedagogía más rudimentaria e irracional: consiste en poner en las ineptas manos de un niño esa cosa tan frágil y preciosa que llamamos inteligencia infantil.

A la ausencia de método se sumaba, en multitud de maestros, la imprecisión del programa y las incertidumbres e insuficiencias del saber; enseñaban lo inútil y omitían o enseñaban mal lo necesario. Carentes de toda Escuela del magisterio, les era difícil, si no imposible, prepararse a desempeñar su función. Algunas aptitudes naturales, con breves nociones recogidas en los bancos de un colegio o en alguna hospitalaria casa rectoral, constituían frecuentemente todo su bagaje. La recluta se hacía entre clérigos de órdenes menores y entre seglares de buena voluntad; una corta asignación fija, la retribución de los escolares y alguna renta en especies les aseguraban una existencia decorosa. En total, la profesión no estaba organizada; en ella se yuxtaponían los elementos más diversos. Y, sin duda, con un tanto de exageración podían los difamadores reprochar al chantre de Notre-Dame que confiaba sus Escuelas "a bodegueros, a taberneros y... a sus propios lacayos".

El educador ideal no podía realizarse a no ser en una corporación destinada a la enseñanza y constituida sobre bases monásticas. Una sociedad tiene tradiciones, métodos y experiencia más amplia y antigua que ningún individuo; confiere a sus miembros una iniciación que da rienda a su inteligencia y a su habilidad. Una sociedad religiosa añade a este saber colectivo las excelsas virtudes, sin las cuales la pedagogía desfallece a cada instante.

Las Regias mantienen y reaniman la vocación; los votos de pobreza, castidad y obediencia conservan en su tarea esencial al que los ha emitido; así crean al perfecto profesor, como han creado los tipos más cabales de la

civilización cristiana: el misionero, la hermana de la caridad, el monje erudito, el monje soldado. Ninguna esperanza ni voluntad de lucro, y por tanto, el papel de educador queda desembarazado de todos los cuidados y ambiciones que le entorpecen y desfiguran. Ningún hogar, y por consiguiente, todo el afecto familiar recae sobre el educando. Ningún amor propio, ningún capricho personal; la iniciativa no ciertamente suprimida, pero sí fiscalizada, a la vez que espoleada y, en último análisis, más fecunda.

Tal es lo que ya habían entrevisto los espíritus más selectos, fundadores y fundadoras de las congregaciones femeninas que quedan mencionadas, o precursores del Sr. DE LA SALLE en lo concerniente a la educación de los hijos del pueblo, como Gerardo Groot, San José de Calasanz, el venerable César de Busto, M. Démia, M. Nicolás Roland, el P. Barré, etc.

Las congregaciones docentes de Gerardo Groot, San José de Calasanz y de César de Busto, o no eran conocidas en Francia o se habían desbordado muy pronto hacia la segunda enseñanza. La obra de M. Démia, atrevida, original, apenas debía sobrevivirle; este sacerdote de Bourg-en-Bresse había dirigido al preboste de los mercaderes y a los concejales de Lyon célebres amonestaciones, en las que pregonaba la miseria en que se hallaban las almas infantiles; acto seguido organizó una "oficina de las Escuelas", que aseguraba a los pobres la gratuidad de enseñanza, y un seminario de maestros para recoger y orientar las vocaciones pedagógicas. El llamamiento de Démia iba dirigido a los sacerdotes y demás clérigos. Pero habría que reconocer que el sacerdocio no se adaptaría fácilmente en la Escuela primaria.

Queda expuesto anteriormente cómo el canónigo y teólogo de Reims Nicolás Roland fue el instrumento de Dios en la empresa del Sr. DE LA SALLE; cómo el P. Barré, aquel Mínimo que había abierto una Escuela para las niñas de Sotteville-les-Rouen, apresuró las decisiones de nuestro SANTO. Todos esos esbozos iban, por fin, a converger a la obra maestra: SAN JUAN BAUTISTA DE LA SALLE continuaría ampliando la tarea emprendida por los creadores de las Escuelas de caridad y, como ellos, arrancaría los "hijos de los artesanos y de los pobres" a los peligros y tristezas de la ignorancia; reformaría los métodos deficientes, poniéndolos de acuerdo con los informes de la psicología y las advertencias de la experiencia diaria; dedicaría a esta labor, por amor a Dios, a una corporación de hombres selectos, disciplinados, diestros en el oficio, resueltos a

contentarse con lo estrictamente necesario, "con pan solamente", si las circunstancias lo exigían así; desinteresados, en suma, hasta el heroísmo.

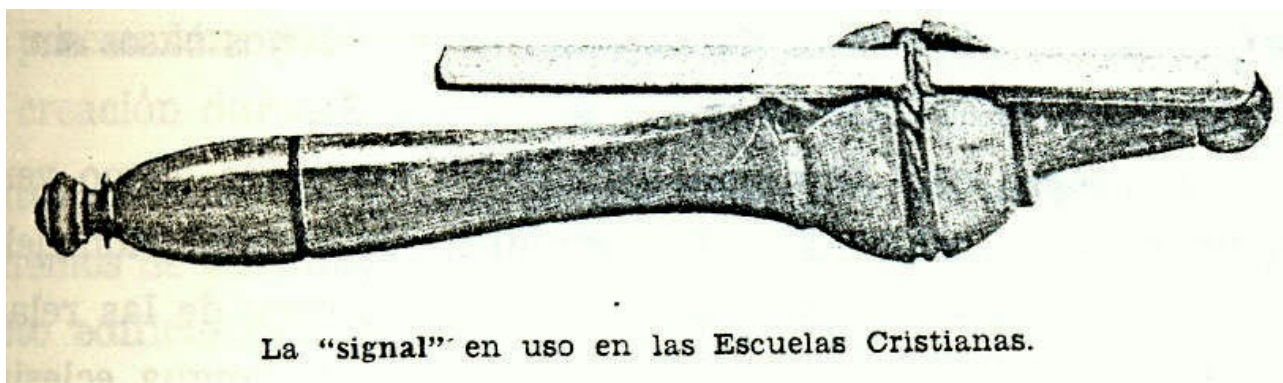
Fue, en 1688, llamado por el Sr. de la Barmondière a reorganizar la última Escuela de caridad superviviente en la parroquia de San Sulpicio. Y fue otra y de caridad la que él abrió, un año después, en la calle del Bac. Pero el ojo menos prevenido percibe que, desde su origen, las nuevas Escuelas de caridad o "Escuelas Cristianas" ofrecen notables diferencias con las fenecidas. Una "Escuela primaria" del siglo XVII apenas alberga, habitualmente, más de diez o doce alumnos en torno al maestro. La de la calle del Bac contiene ciento veinte, repartidos en dos aulas e instruidos por dos maestros. La de la calle de la Princesa tiene cuatro aulas, cada una con su profesor, y concurren a ella trescientos escolares. Ahí está la primera importante reforma: con ella se pueden agrupar los niños según su edad y según sus progresos, y obtener así lo que hoy llamamos "grados", en lugar de aquella mezcla de principiantes y adelantados; de párvulos, medianos y mayores, como ocurría en las antiguas Escuelas primarias y aun ocurre hoy en las unitarias.

Pero este resultado hubiera sido imposible si primero no hubiera sustituido la forma individual por la simultánea, Esta ya había sido ensayada en las Escuelas de niñas de San Pedro Fourier; pero en manos de SAN JUAN BAUTISTA se convirtió en un mecanismo de maravillosa flexibilidad: el profesor se dirige a todos los alumnos a la vez, de suerte que vigila y comprueba la atención de todos y cada uno.

"Mientras uno lee —dice en la *Guía de las Escuelas*—, todos los demás que llevan igual lección seguirán en su libro, que deben tener siempre en la mano. El maestro velará porque todos lean en voz baja lo que el lector lee en voz alta, y de cuando en cuando hará leer a otro, de pasada, algunas palabras, como por sorpresa, para reconocer si, efectivamente, siguen la lectura."

Las interrogaciones frecuentes obligan a todos los niños a trabajar en competencia; las explicaciones expuestas por un alumno en voz alta para que todos sus condiscípulos aprovechen de ellas; las llamadas frecuentes no sólo a la memoria, sino también a la razón, tienen en jaque a los escolares, espolean a los adormecidos y a los perezosos. Esto es el retorno deliberado al método socrático, a aquella "mayéutica" única, capaz de infundir vida al ser intelectual, porque conduce los espíritus a descubrir las verdades que llevan en sí mismos; a producir sus pensamientos mediante la reflexión y el lenguaje hasta alcanzar plena luz en la conciencia y aun en

el mundo exterior. La aplicación de este método tiene especiales condiciones para la enseñanza del catecismo: "El profesor no hablará a los alumnos, durante el catecismo, como si les predicara, sino que preguntará casi continuamente mediante varias interrogaciones y otras derivadas de ellas, a fin de que comprendan lo que les enseña; preguntará a varios escolares seguidos sobre la misma cuestión... y tendrá cuidado, sobre todo, de preguntar a los de espíritu lento y rudo y más y con mayor frecuencia que a los otros. Condición del trabajo bien realizado y principalmente del trabajo escolar es el orden. En los centros lasalianos se establece por prescripciones imperiosas y aun rígidas. Todo debe realizarse con el mínimo de palabras y gestos, con la gravedad y silencio que impone el profesor con su ejemplo. El Sr. DE LA SALLE ha comprobado, efectivamente, que los estallidos de la voz y la agitación física del maestro son, frecuentemente, la causa inicial de la turbulencia en los escolares. Por eso sustituye la mayor parte de las órdenes orales, durante las lecciones, tareas, rezos y comidas, por signos convencionales, ejecutados mediante un minúsculo artefacto o "indicador", de madera, que llaman (impropiamente) "signal". Con esta reforma obtuvo en la Escuela de San Sulpicio, donde reinaba antes de su llegada la mayor anarquía, rápidos y brillantes resultados. Puede añadirse, sin embargo, que este remedio se parece al que, en el orden político, impone la dictadura: requiere templanza e interrupción para no oprimir el ímpetu y la espontaneidad infantil.



La "signal" en uso en las Escuelas Cristianas.

El silencio, la "signal", la lección colectiva y las interrogaciones son preparación indispensable y formas esenciales de la enseñanza simultánea. El sistema individual se inserta en él en lo que tiene de normal e irreductible; de igual modo, se conserva de la enseñanza mutua lo compatible con la dirección única del maestro. En los grados numerosos se divide a los niños en secciones, y mientras el maestro está ocupado con una, las otras realizan, bajo la vigilancia de los más adelantados, una tarea impuesta por el profesor, que será revisada y anotada por él mismo. "Vigilantes, inspectores" y también presidentes de rezos, portaaspersorio,

portarosario, campanero y portero "son los oficiales de la Escuela": son colaboradores del maestro y tienen, por delegación, parte de su autoridad. La dignidad que estos oficios les confieren son una recompensa, a la vez que una carga. Con esto se cultiva en ellos el sostenimiento de responsabilidad y se afina el sentimiento del deber.

Totalizando: el sistema lasaliano es un notable progreso sobre el empirismo, los prejuicios, los tanteos y la insuficiencia psicológica y pedagógica de los anteriores. Pero necesitó cerca de dos siglos para triunfar en todas partes. El sistema individual arrastró sus lentitudes y aburrimientos en algunas Escuelas primarias no dirigidas por los Hermanos. El mutuo tuvo al principio del siglo XIX y aun en el curso del mismo, con el nombre de "sistema lancasteriano" boga injustificada, pues sus éxitos no pasaron de la medianía. Muy apto para estimular la labor del maestro, se intentó basar en él la instrucción de la niñez; mas se derrumbó bajo tal carga. Sólo el simultáneo perduró; a este respecto, todos los profesores de hoy son —en muchos casos sin saberlo— discípulos intelectuales y obligados de un SANTO.

Una innovación casi también atrevida y que tuvo, como veremos, resonancia más allá de la Escuela primaria fue la supresión del latín en la enseñanza de la lectura. Excluido poco a poco de las relaciones sociales, de la política y de la literatura, el latín, lengua eclesiástica, de los eruditos y aun del intercambio de ideas para la comunicación de los descubrimientos entre europeos, lengua de filósofos y de hombres de ciencia, mantenía un imperio absoluto en la educación. Era la única lengua usada en la segunda enseñanza, y en ella debían los niños aprender las reglas de la gramática. El método, por rudo que fuese, se podía defender para alumnos que durante diez años se hubieran de transformar, por las buenas o por las malas, en ciudadanos de Roma. Mas, que se enseñara a leer a párvulos en una lengua que ignoraban e ignorarían siempre, es aberración que sólo se explica por el destino primitivo de las Escuelas primarias en que se educaban los clérigos y los chantres.

Ya los Sres. de Port-Royal, que, sin embargo, intentaban formar latinistas y helenistas, habían adoptado deliberadamente el francés para las primeras lecturas. El Sr. DE LA SALLE hizo decisiva y duradera esta victoria de la lengua materna, mas no sin lucha encarnizada. "El primer libro — dice— en que los escolares aprendan a leer en las Escuelas Cristianas estará escrito con toda clase de sílabas francesas." Y luego, sólo para poder

seguir los oficios de la Iglesia, se aplicarán a la lectura del Salterio; "no se admitirá en esta lección sino sólo a los que sepan leer bien francés".

Desde entonces, bastaron dos años para ejercitar a un niño en la lectura de corrido en impresos o manuscritos; antes se requerían cuatro o cinco.

Era tal, sin embargo, el prejuicio en favor del latín, tal la tendencia de los maestros de otros tiempos a regresar a aquella fuente original del saber, a aquel templo, fuera del cual, según les parecía, no había iniciación pedagógica ni verdadera "maestría", que nuestro FUNDADOR hubo de introducir en los Estatutos de su Orden la siguiente prescripción: "Los Hermanos que hayan aprendido la lengua latina no harán ningún uso de ella una vez ingresados en la Sociedad. A ninguno le será permitido enseñarlo a quienquiera que sea." Prescripción que, en su primitivo estado, no era nada más, indudablemente, que una prudente precaución; pero cuya consecuencia, inadvertida y capital, debía ser la creación de una nueva enseñanza secundaria.

Antes de estudiar la asombrosa extensión de la Escuela lasaliana, terminemos de examinar ésta en sus elementos fundamentales, en este modesto edificio que, por más que esté rodeado de muy importantes anejos, permanece el centro y asegura la unidad de la obra maestra. El programa de enseñanza que el gran EDUCADOR elaboró para sus Escuelas tiene límites tan juiciosos y claros, un equilibrio tan perfecto y una razón de ser tan profunda, que apenas cambiará hasta la época contemporánea: incluye la lectura, la escritura —ésta objeto de especial cuidado—, la gramática, la redacción en sus formas más sencillas y usuales (redacción de contratos, de recibos, de atestados y, por otra parte, para ejercitar al niño en la expresión de ideas abstractas y a formar pensamiento propio y personal sobre verdades religiosas, análisis del catecismo); concede espacio muy amplio al cálculo, a la aritmética, al sistema de pesas y medidas, al sistema monetario y a la contabilidad; finalmente, lo completa con el dibujo y el canto.

En síntesis, induce a los hijos del pueblo francés a la vida práctica y social; les provee de todos los conocimientos que, aun en la condición más humilde, dan valor al natural sentido recto, a la inteligencia despierta y a la habilidad profesional. Les saca de la ignorancia sin lanzarlos fuera de su medio y, no obstante, proporciona a los mejor dotados el modo de elevarse mediante un seguro y vigoroso impulso.

Pero éstas son consideraciones terrenas que, por sí mismas, restringen el horizonte del educador y le velan el fin de la educación. Hay que ensancharlas, iluminarlas por la idea de lo sobrenatural; en definitiva, el hombre no será verdaderamente tal si desde la primera edad no se le repone en el plan divino. Su ciencia, poca o mucha, deberá hallarse en el eje de su conciencia; su esfuerzo intelectual deberá ayudarle a precisar la noción del deber y, en definitiva, a llegar a mayor grado la virtud. "Si los Hermanos tienen Escuelas —declara SAN JUAN BAUTISTA DE LA SALLE— es para que los niños estén en ellas, bajo la dirección de sus maestros, desde la mañana hasta la tarde, y éstos puedan enseñarles a vivir bien, instruyéndolos en los misterios de nuestra santa Religión e inspirándoles las máximas cristianas."

La vida del escolar será también la oración perpetua que prescribe el APÓSTOL: la misa será diaria; antes y después de las clases lo mismo que entre las horas del día, habrá breves rezos; el estudio y explicación del catecismo; una sentencia de los libros santos comentada "al alcance" de los niños y "durante el tiempo de un Miserere" inclinan las almas jóvenes a dar valor religioso, con significado de obediencia y ofrenda, a todos los actos escolares. El mismo Sr. DE LA SALLE ha querido que un ademán exterior simbolizara la permanencia de la oración íntima: "Habrá siempre —manda— dos o tres escolares (uno de cada grupo) rezando el rosario de rodillas; todos lo rezarán, unos después de otros, en un lugar de la Escuela dispuesto a este efecto."

No vayamos a creer por esto que trata a los niños como a monjes o que se imagina que son ángeles. Los ejercita en los actos de piedad, porque conoce la fuerza del hábito y sueña proporcionarse en ella una aliada contra las malas inclinaciones. Como toda pedagogía seria y eficaz, la suya tiene por primer principio la creencia en el pecado original. El hombre no es, naturalmente, bueno ni trabajador; por eso necesita, para sacudir la pereza y cumplir con su deber, ayuda y sujeción. La ayuda esencial es la gracia divina que la oración y los sacramentos atraen y acrecientan en nosotros. Sus efectos alcanzan hasta lo más profundo del alma y nos permiten realizar actos de auténtica virtud.

Pero en la educación, menos aún que en el gobierno de la raza humana, no es posible descuidar las tendencias ordinarias de los individuos; no es posible olvidar que en nosotros cohabitan la "bestia" y el "ángel"; por eso la pedagogía utiliza, para fines superiores, *los aspectos inferiores de nuestra naturaleza*: excita la esperanza y el temor; "sanciona"

el trabajo y la conducta con recompensas y castigos. De este modo, "se recompensará la piedad, la capacidad, la asiduidad" *con la íntima satisfacción de la conciencia*, sobre lo cual importa insistir; *pero como el niño juzga austera esta recompensa*, se añadirá el elogio, que estimula el celo, y algunos premios materiales —libros, estampas, rosarios— juiciosamente escogidos para que sirvan, a la vez, de testimonio del esfuerzo proseguido hasta el éxito y de estímulo para alcanzar nuevos y mayores méritos.

La razón del castigo será el perfeccionamiento del culpable; el maestro obligado a ello, "primero se recogerá para llenarse del espíritu de Dios"; de tal manera, la reprimenda, el castigo, la férula, la misma vara — puesto que en los siglos XVII y XVIII esta última "ratio" aún no había sido arrebatada a los educadores— no tendrán manifestaciones de cólera; serán la forma de curar la impaciencia y el enervamiento del pedagogo; serán exactamente proporcionados a la falta cometida; tendrán en cuenta el carácter y la edad del delincuente, su suavidad natural o su obstinación; los castigos no intervendrán sino rara vez, porque "la frecuencia de las correcciones son un gran desorden en la Escuela"; por fin, las penitencias más usuales servirán de remedio directo a la inatención, a la negligencia, a la mala voluntad y a la pereza; la lección mal sabida se mandará aprender y el deber mal escrito se volverá a copiar; el alumno que llegue tarde dos o tres veces deberá hallarse en el primer momento de la entrada durante una semana o dos.

Estas prescripciones son minuciosas, y el capítulo de las correcciones fue objeto de amplio desarrollo en la *Guía de las Escuelas*. A algunos les causó sorpresa y aun escándalo. Pero esto denota que han recorrido el libro muy sumariamente. En estas materias pueden cometerse muchos y temibles abusos; el Sr. DE LA SALLE se ingenia para preverlos y remediarlos.

Y además, cuando se trata de esta creación continua, y ¡cuán lenta!, como es la formación intelectual y moral del hombre, no hay pormenores insignificantes. El genio más extraordinario que no tuviera, en el orden pedagógico, más que "vistas de conjunto", carecería de influencia sobre sus discípulos. Para la auténtica dirección de las almas precisa conocerlas y analizarlas una a una y, por tanto, no repugnar las experiencias y los procedimientos más diversos.

Por lo demás, el psicólogo atento y escrupuloso que dictó en sus múltiples reglas, la *Guía de las Escuelas*, es el mismo, de gran potencia generalizadora, que ha dado en la "Escuela Dominical" el primer modelo

de instituto técnico, a la vez que de obra postescolar. En Flandes se habían realizado algunos ensayos de Escuela dominical; pero no eran sino, cursos elementales de catecismo y clases de lectura y escritura para obreros jóvenes que durante la semana estaban ocupados en trabajos manuales. En la parroquia de San Sulpicio, y luego en los arrabales de San Antonio, el Sr. DE LA SALLE supera esta concepción; los que llama a la Escuela dominical son jóvenes que poseen ya conocimientos primarios, a los que quiere perfeccionar, por una parte, con la ciencia de sus oficios y, por otra, con una consolidación moral. Los Hermanos examinan a los recién llegados, y después de informarse de su instrucción y de sus intenciones, los distribuyen en grupos. A los más ignorantes les dan lecciones de lectura, escritura y ortografía; pero los otros las reciben de geometría, arquitectura y dibujo. A los cursos se incorporan ejercicios piadosos y honestos esparcimientos. De este modo, el adolescente que sale de la Escuela Cristiana para ingresar en un taller de aprendizaje no se desliga de la influencia de sus primeros maestros. Junto a los Hermanos, toma gusto a las artes, desenvuelve sus talentos, se capacita para ganar honradamente la vida. Y sus momentos de ocio los gasta de la manera más fructuosa en una atmósfera sana.

Las querellas suscitadas a SAN JUAN BAUTISTA DE LA SALLE por los maestros calígrafos y las defecciones producidas entre los profesores de la Escuela dominical condujeron a la ruina una institución tan benéfica; pero su recuerdo, por lo menos, no se perdió. En el siglo XIX, con el nombre de "Academia Cristiana", como se la llamó en un principio, renació bajo la forma de los patronatos y de Escuelas técnicas.

El pensamiento dominante de SAN JUAN BAUTISTA DE LA SALLE en todas sus fundaciones fue preparar al pueblo una vida más cómoda, a la par que más cristiana. Podría pensarse que presentía las transformaciones sociales que se operaron setenta años después de su muerte. Aquellos artesanos, aquellos comerciantes, aquellos labradores, pueblo de Francia, libres ya de su condición miserable, hallan en él su verdadero apóstol. La educación y, por tanto, la civilización que les propone están admirablemente adaptadas a sus necesidades y deseos. Eleva las almas, infunde en sus corazones delicadeza y tino exquisitas, revelándoles la grandeza de la Religión y las dulzuras de la caridad; pero se guarda de refinarlos hasta el punto de hacerlos ineptos para sus tareas profesionales. Sus alumnos deberán afirmarse como agentes de cuerpo vigoroso, de conciencia recta, e inteligencia espabilada; puesto que su función en el Estado será conducir un carro, edificar una casa, dirigir un navío o una manufactura.

Es creíble que la historia de Francia hubiera tomado otro rumbo si la pedagogía lasaliana, apoyada en el catecismo, hubiera triunfado ampliamente de eso que Taine llamó "el espíritu clásico". Las humanidades son, sin duda, indispensables para el desarrollo intelectual completo de una raza; el Sr. DE LA SALLE, educado por las viejas disciplinas universitarias, hijo de nuestro gran siglo, no lo hubiera negado. Pero a la gran masa del pueblo, destinada a asegurar la subsistencia y a acrecentar la riqueza del Estado, le ofreció otra educación más adecuada para alejarle del "dilettantismo" y evitarle el desplazamiento de su esfera. Para los trabajadores manuales ideó enseñanza seria y sólida, dentro de su sencillez. Para los futuros directores de empresas industriales, comerciales, agrícolas, hijos de la burguesía que desean continuar la tradición paterna o hijos de artesanos que ansían superar la posición de sus padres, estudios completos y profundos; pero orientados hacia las aplicaciones prácticas.

Ya sabemos que San Yon fue el laboratorio de esta enseñanza especial, esbozada antes en París, en el internado de los Irlandeses. Sabemos también que "les libertins", los niños difíciles y rebeldes, se beneficiaron de esta educación, y por fin, que el Sr. DE LA SALLE, a instancias de M. Pont-Carré, instituyó la "pensión de force", especie de reformatorio, con la que creó el primer boceto de los centros que hoy llevan este nombre o el de casas de familia y colonias agrícolas.

Para terminar la lista de las creaciones pedagógicas de nuestro SANTO sólo nos falta recordar que fue el promotor de las Escuelas del magisterio. En su plan, el Instituto que estaba fundando se completaba con un "seminario" de maestros, destinado a preparar a jóvenes seculares para la enseñanza popular. Conocemos el origen de estos seminarios: los curas rurales de la diócesis de Reims anhelaban maestros para sus parroquias, y como el Sr. DE LA SALLE había resuelto mantener a sus discípulos en comunidad, no podía admitir el dispersarlos individualmente por los lugares campesinos. Pero en compensación admitió formar en su casa, y según sus métodos, a los jóvenes que los curas le enviaran. Ya queda dicho cómo este seminario, después de dar excelentes resultados, no pudo mantenerse en Reims después que el SANTO partió de allí; cómo su solicitud y perseverancia incansables se obstinaron en dar solución al problema de la formación pedagógica, al margen del Instituto, para asegurar el beneficio de la enseñanza a las menores aldeas. El seminario de maestros para el campo se abrió en San Casiano, en San Hipólito y en San Dionisio; tres veces y todas con éxito; mas la torpeza, la mala voluntad y las traiciones más infames lo arruinaron. Las Escuelas normales de SAN

JUAN BAUTISTA DE LA SALLE, con las Escuelas de aplicación, que les aseguraban pleno rendimiento, hubieran dado a la Francia del siglo XVIII la unidad y universalidad de la enseñanza primaria, basada en la moral y el dogma católicos. Fue una desgracia para el país que, apenas creadas, fueran destruidas.

En la hora en que vivimos, otras naciones han confiado a los Hermanos la tarea de formar algunos futuros "regentes" de su juventud. Los Hermanos han acometido esta tarea y la cumplen, bajo la inspiración de su PADRE, con la alegría que engendra el trabajo, lo mismo allí que en sus Escuelas primarias e internados.



LIBRO SEGUNDO

LA POSTERIDAD DEL SANTO

POR

LEON GAUTIER

CAPÍTULO PRIMERO

PRIMEROS CONTINUADORES DEL SANTO: LOS HERMANOS BARTOLOMÉ (1717-1720) Y TIMOTEO (1720-1751)

Los santos siguen viviendo después de su muerte: se sobreviven.

De igual modo que sus empresas nunca son del todo originales, sino que antes de ellos ya están esbozadas por precursores, cuya acción dirige la Providencia a lo largo de los siglos, así estas empresas se ven continuadas, después de su muerte, por sucesores que Dios les depara. También aquí es CRISTO el tipo supremo imitable e imitado. La Encarnación del VERBO se ha preparado durante largos siglos; continuará hasta el fin de los tiempos.

Estas verdades aparecerán más evidentes en la vida y obra de SAN JUAN BAUTISTA DE LA SALLE. Hemos visto cuántos antecesores tuvo en la noble empresa de las Escuelas Cristianas, que él tan providencialmente supo conducir a buen fin. Hemos asistido a las luchas que han colmado y glorificado su vida; pero nos falta estudiar su influencia póstuma sobre la empresa que ha creado; su irradiación terrena después de su muerte, y, por decirlo así, su prolongación en la Historia.

Tal será el objeto de esta segunda parte de un libro escrito con toda sinceridad para gloria de Dios y loor de un santo que, como JESUCRISTO, tuvo especial complacencia en dejar que los niños se acercaran a él.

Era temible herencia la del Sr. DE LA SALLE; pero ya hemos visto cómo durante su vida hizo esfuerzos, tanto por humildad como por sabiduría, para confiar el gobierno de su Institución a uno de sus discípulos. Nada más prudente. Se trataba, usando un símil, de ensayar un nuevo rodaje, haciendo una experiencia decisiva. La experiencia tuvo éxito; pero conviene añadir que el nuevo Superior, extraído de las filas de los Hermanos, tenía hombros para soportar tal carga. El Hermano Bartolomé era como la reverberación del FUNDADOR. Al tener éste conocimiento de su elección, exclamó: "¡Bendito sea Dios!; nada cambiará". ¡Es bastante decir!

Seguramente que nadie, salvo el Sr. DE LA SALLE, conocía tan bien la Congregación como su primer sucesor. Cuando le requirieron para dirigirla

—peligroso honor que él rechazaría de buen grado— acababa de visitar las veintitantas casas que entonces integraban la Corporación. Poseía el conocimiento de los hombres, que es el más difícil de los conocimientos; pero poseía, sobre todo, aquel don de Dios que constituye la santidad. Cuando se trató de elegir Superior General, el santo FUNDADOR dijo a los electores: "Dad vuestro voto al más santo o al que quiere llegar a serlo". Indudablemente pensaba entonces en el Hermano Bartolomé, que fue el elegido.

La hermosa vida del Hermano Bartolomé aún no ha salido a plena luz. Tal vez se mantiene en la penumbra por su proximidad a la del SANTO, así como una estrella de menor brillo desaparece ante un astro más resplandeciente. Sin embargo, el historiador no debe preterir estas figuras secundarias. La del Hermano Bartolomé es, desde luego, simpática. Su "tónica" fue la bondad; bondad paciente y suave. Otros de sus sucesores tendrán después distinta característica; él es, ante todo, bueno. La carga del gobierno del Instituto abrumaba sus espaldas y le producía cierta tristeza el pensamiento de tantos deberes y de tan terribles responsabilidades; pero esta tristeza no tenía ninguna semejanza con la estéril melancolía. "Me hallo —decía— triste y a la vez alegre, y me consuela el perfume que exhala la vida de nuestro PADRE." Lo tenía siempre ante sus ojos y estudiaba el modo de reproducirlo en sí mismo. Él fue quien pensó en retratar al FUNDADOR en su lecho de muerte y quien dio esta sorpresa a los Hermanos. Él, quien previendo que la Iglesia le elevaría a los altares, recordó a todos los miembros de la Congregación la conveniencia de recoger todos los documentos relativos a una vida que todo el universo católico había de honrar algún día.

Es frecuente hallar en los hombres pletóricos de bondad exigüidad de firmeza: en el Hermano Bartolomé no se dio este hecho, sino que, cuando era preciso, el cordero se transformaba en león.

Los jansenistas le rondaron con interés, intentando atraerle a su secta. Era precisamente el momento culminante de la batalla entre la verdad y el error; el sucesor del Sr. DE LA SALLE no retrocedió un paso. Su Congregación era y debía permanecer "romana". Fueron tan vanas las censuras que sacerdotes y obispos lanzaron contra su obstinada fidelidad al Soberano Pontífice como las luchas que ciertos curas emprendieron contra las comunidades de la Sociedad. El Superior permaneció inmóvil en la integridad de su fe. "Bendigo a Dios —decía—por haberme dado tan gran aversión a las novedades." Esto lo decía para exasperar a los jansenistas;

pero lo decía en tal forma, que se consideraron vencidos y el Instituto quedó preservado para siempre de la más perversa y peligrosa herejía. Esta no fue la menor gloria del Hermano Bartolomé.

¡Me gusta tanto la paz! ¡Me gusta tanto la unión! Se complacía en pronunciar estas palabras y aún más en aplicar esta teoría al gobierno de todos los establecimientos de la Congregación. Se acababa de fundar uno nuevo en Saint-Omer; era un nuevo florón añadido a tan bella corona. Por otra parte, no cesaba de recordar a sus hijos espirituales las enseñanzas del PADRE y de empaparles, en alguna manera, de su espíritu: tal era su único método. El objeto total de su celo era la doctrina cristiana; no podía ver pasar a alguien por los caminos sin sentir al punto ansia de explicarle el catecismo. Se acercaba a los transeúntes desconocidos y se ponía familiarmente a hablarles de JESUCRISTO.

Su modestia no era menos amable ni menos afectuosa que su bondad. Le gustaba consultar a los dos Asistentes que le habían dado para ayudarle a llevar la pesada cruz del gobierno; pero hasta a los mismos novicios honraba y hubiera deseado obedecerles. Esta humildad llegó a ser más admirable hacia el fin de su vida: se arrodillaba delante de los Hermanos y les besaba los pies. Luego repetía frecuentemente éstas, sus palabras favoritas: "Imitemos a nuestro PADRE". El día de su muerte pudieron convencerse de que su espíritu había estado siempre ocupado por el santo FUNDADOR. Al tiempo de morir se tornó resplandeciente; brillaron sus ojos y su voz se animó: "Veo —exclamó—, veo a la Santísima VIRGEN y a nuestro venerable Sr. DE LA SALLE, que vienen a mi encuentro".

Así murió el humildísimo, bonísimo y suavísimo Hermano Bartolomé, primer sucesor de JUAN BAUTISTA DE LA SALLE. Era el 8 de junio de 1720.

* * *

El espíritu del FUNDADOR permaneció intacto: tal había sido el designio del que acababa de morir. Pero al que iba a ser elegido le quedaba pesada tarea.

La Sociedad no tenía aún arraigo oficial ni en la Iglesia ni en el Estado.

Era tiempo de preparar su legítimo reconocimiento por el Papa y por el rey. Este fue el propósito del Hermano Timoteo, electo Superior General el 7 de agosto de 1720.

Las cédulas del reconocimiento real no fueron fáciles de obtener; pero juzgamos inútil imponer a los lectores el relato de todas las peripecias por las que los Hermanos han debido pasar antes de conseguirlas. Estas son menudas diligencias y solicitudes reiteradas que no interesan al público. Sólo el resultado es digno de consignarse.

Fue un día grande para la nueva Congregación el 2 de julio de 1725, cuando la Contaduría Mayor ordenó fueran solemnemente registradas las Letras patentes de Luis XV, expedidas en septiembre de 1724. Estas cédulas son decisivas. El rey autoriza a los Hermanos "a establecer su morada en la casa de San Yon". Podrán con toda libertad "no solamente educar allí individuos para atender a las Escuelas de caridad para enviarlos a las diferentes ciudades del reino, sino también tener allí Escuela de caridad en que enseñen los principios de la fe católica, apostólica y romana a los niños pobres que les envíen de dicha ciudad, de sus arrabales y alrededores de Rouen. Y les enseñarán a leer, escribir y la aritmética, todo gratuitamente". Nada es más claro; nada fue más fecundo (⁶).

La Bula Pontificia fue un testimonio más glorioso. Por grandes que sean los reyes, sus decisiones no alcanzan más que a un pueblo. El Pontificado es ecuménico, sus órdenes son para el orbe cristiano.

El Soberano Pontífice pronunció estas decisivas palabras: "Aprobamos y confirmamos, con autoridad apostólica, la Congregación de

⁶ El rey permite, además, a los Hermanos recibir legados o dotaciones, y tomar alumnos de pago voluntario.

los Hermanos de las Escuelas Cristianas y sus Reglas (⁷). Benedicto XIII había hablado, la causa estaba concluida.

Puestos bajo la dirección de un Superior General vitalicio, los Hermanos hacen "votos de castidad, de pobreza, de obediencia, de estabilidad o perseverancia en la Corporación y de enseñar gratuitamente a los pobres". Los Capítulos Generales, convocados, por lo menos, cada diez años, tratan de los asuntos comunes de la Congregación, mientras los Visitadores, elegidos por el Superior General, inspeccionan cada año las diferentes casas.

Los Hermanos no pueden aspirar a las órdenes sagradas, y su hábito consiste en un traje talar sin ningún adorno.

Toda la vida del Instituto se compendia en estas breves líneas. La Bula *In Apostolicae Dignitatis Solio*, de 26 de enero de 1725, es para el Instituto un blasón de nobleza, del que puede enorgullecerse legítimamente. Es muy de sentir que no la lean los enemigos de la Iglesia, que nos tildan de haber aborrecido siempre la luz. Es de sentir que no lean, por lo menos, esta magnífica protesta "contra los innumerables desórdenes engendrados por la ignorancia, origen de todos los males".

Aunque el Hermano Timoteo no había comunicado sino a un corto número de sus subordinados las diligencias hechas en Roma para la obtención de la Bula, también éstos lanzaron un grito de sorpresa y de acción de gracias al saber que su Sociedad pertenecería, en lo sucesivo, a las congregaciones religiosas propiamente tales. La Providencia había consumado, de un modo que les pareció milagroso, los deseos del santo

⁷ He aquí el texto de esta Bula:

Nos, que por sentimientos de sincero afecto deseamos el adelanto espiritual de las almas y todo lo que sea útil y provechoso a todos los fieles de CRISTO, ansiando colmar de favores y gracias especiales al Superior General, a los Hermanos susodichos y a cada uno de ellos: les absolvemos y queremos queden absueltos, sólo para obtener el efecto de las presentes, de toda excomunión, suspensión, interdicción y de las otras sentencias, censuras y penas eclesiásticas, si hubieran incurrido en alguna de cualquier manera que fuere; accediendo a la súplica precitada, y de acuerdo con Nuestros venerables hermanos los Cardenales de la Santa Iglesia Romana, intérpretes de los decretos del concilio Tridentino, sin perjuicio para nadie, aprobamos y confirmamos con Autoridad Apostólica el Instituto y las Reglas de que se trata en la Súplica y todas las cosas lícitas y honestas contenidas en ellas, no contrarias a los sagrados cánones y Constituciones Apostólicas, ni a los decretos del expresado concilio de Trento, y a ellas añadimos la fuerza de la Autoridad Apostólica.

FUNDADOR cuyos anhelos habían sido siempre la aprobación y confirmación de su Instituto y de sus Reglas por la Santa Sede.

Estos deseos acababan de realizarse, y así los Hermanos comprobaron la verdad de estas palabras del Hermano Bartolomé: "El Sr. DE LA SALLE nos ha sido arrebatado; pero no lo hemos perdido: en el Cielo puede mucho en favor nuestro".

El mismo gozo resplandeció entre los Hermanos el 15 de agosto de 1725, al finalizar el Capítulo General en que treinta y un capitulantes acababan de ratificar la elección del Hermano Timoteo. En este bello día de la Asunción fue expuesto el SANTÍSIMO en la capilla de San Yon.

El abate Robinet, en representación del arzobispo de Rouen, revestido de los ornamentos sacerdotales, subió solemnemente las gradas del altar y, volviéndose a los Hermanos, humildemente postrados de rodillas, les leyó con voz clara y conmovida la Bula de Benedicto XIII. Todos lloraban, todos comulgaron y, llenos del espíritu de Dios, se arrodillaron sucesivamente en dichas gradas y pronunciaron la fórmula de los votos, tal como el Papa la había prescrito: Exultaban.

Apoyada por un extremo en la realeza y por otro en el Sumo Pontificado, la Congregación del Sr. DE LA SALLE quedaba en lo sucesivo segura contra todas las amenazas, contra todos los peligros del porvenir; estaba bien patrocinada.

Pero a una Orden religiosa no le basta obtener el derecho de vivir ejerciendo una función en la sociedad; necesita demostrar que es digna de él. Esto es lo que hicieron los Hermanos.

Ya desde 1721 habían demostrado en Marsella que sabían morir en el peligro. En aquella espantosa peste, donde brilló la heroica caridad de Mgr. de Belzunce, de la cual ni el cólera moderno puede dar idea, los Hermanos resistieron y algunos sucumbieron en su puesto, que no habían querido abandonar. Los Capuchinos habían perdido cuarenta y dos religiosos; los Recoletos, veintinueve, y los Jacobitas, veintiuno. Fue un honor para el naciente Instituto del Sr. DE LA SALLE añadir algunos de sus miembros a estos mártires del patriotismo y de la caridad que fueron buenos pilares en los cimientos del edificio (⁸).

⁸ A este hecho deben añadirse los siguientes "El 13 de octubre de 1721 murió el Hermano Enrique, maestro de las Escuelas de Mende, en la enfermería de apestados de dicha ciudad, al servicio de los cuales se había consagrado y contagiado; fue inhumado en el cementerio anejo a la iglesia de los santos Gervasio y Protasio, de la ciudad mencionada". El 28 de septiembre siguiente falleció el Hermano Nicolás en

La Congregación crecía siempre. Al principiar el gobierno del Hermano Timoteo había tenido una leve detención. Todas las instituciones conocen estas crisis de paro, siempre dolorosas; a veces, necesarias.

Esta fue crisis de maestros; faltaron vocaciones. Afortunadamente no fue de larga duración y el Instituto recobró pronto su marcha.

Desde 1728, reparadas ya las fuerzas de su minúsculo ejército, el Superior General reanudó la lucha contra la ignorancia. En tres años, desde 1728 a 1731, se crearon diez Escuelas, repartidas entre Picardía, Normandía, Perche y el Delfinado. No fueron menos sensibles los progresos en los veinte años siguientes, pues de 1732 a 1751 el gobierno del Hermano Timoteo consiguió fundar sesenta y dos Escuelas más.

De todas partes aflúan solicitudes de obispos, al segundo sucesor del Sr. DE LA SALLE, en demanda de Hermanos. Uno de los primeros (1728) fue Mgr. de Bussy, obispo de Meaux; y el método de los nuevos maestros, "tan bueno como peculiar de ellos", produjo tan felices resultados, que pocos años después el obispo mantenía doce Hermanos en vez de los cinco con que había empezado.

Otros imitaron su ejemplo y no perdonaron nada para dotar a sus diocesanos de los beneficios de la educación cristiana. Mgr. Milon, "viendo, condolido, el desorden, la ociosidad y la extrema ignorancia de la juventud del pueblo bajo de Valence", propuso a la ciudad sustituir los regentes laicos por los Hermanos. El municipio vaciló al principio, alegando el aumento de gastos (bien escaso, sin embargo) que de ello resultaría para la ciudad; pero el obispo les demostró que los habitantes nada sufrirían, ya que la retribución escolar que los maestros exigían sería suprimida. Él se encargaría de los gastos de alojamiento e instalación; en estas condiciones el intendente de la provincia dio su beneplácito y la Escuela de Valence llegó pronto a estar floreciente.

Estas fundaciones no eran uniformes; pero el objeto de todas estaba inspirado por la caridad. Unas las sostenían personas caritativas, como en Mézières, donde la piadosa donante, Sta. Welly, consagraba a esta obra la mayor parte de sus bienes; otras estaban en forma distinta, como en Carcasona, en que el obispo, Mgr. de Bezons, suministraba el capital fundacional y organizaba una Escuela "para los muchachos pobres", sin exigir en retorno más que una breve oración diaria, rezada por los alumnos de los Hermanos. Desgraciadamente, no eran las dificultades económicas las únicas contra las que el Instituto tenía que luchar. Los fundadores de

las mismas condiciones. (Archivos municipales de Mende.)

Escuelas tuvieron que refutar frecuentemente una objeción extraída de las doctrinas filosóficas del siglo XVIII.

Las teorías de Voltaire y de La Chalotais "sobre el peligro de la instrucción popular" ya se formulaban en las sesiones de algunos ayuntamientos.

Cuando el éxito obtenido por los Hermanos de Marsella y de Avignon inspiró a dos arlesianos, Mauricio de Montfort y Pedro de Betel, el deseo de proporcionar las mismas ventajas a los niños de su ciudad, uno de los magistrados de Arlés, llamado Lincel, se opuso enérgicamente. "El establecimiento proyectado —dijo— podría ser muy provechoso si se limitara a enseñar los principios de la Religión; pero desde que los Hermanos se dediquen a enseñar a leer y escribir gratuitamente, todos los habitantes enviarán sus hijos a esa Escuela pública. Esos niños, no acostumbrados al trabajo desde los primeros años, ya no serán capaces de aguantarlo." Sin embargo, los colegas de Lincel no se enredaron en sus sofismas, y la ciudad aceptó la Escuela (1740). Fue tal la afluencia de alumnos, que pronto hubo de proveerse de un local mayor. A este fin fueron destinados los edificios de la abadía de Santa Clara, pertenecientes al obispado y dedicados a tan noble uso por Mgr. Bellefond.

En Privas (1744) se halló, por parte del primer cónsul de la ciudad, la misma oposición a la instalación de los Hermanos, llamados por el vicario general de Viviers. No se necesitó menos que la intervención del intendente para vencer tan rara y pérfida resistencia.

Motivo diferente invocó la oficina de la ciudad de Nantes para justificar su negativa a contribuir al desenvolvimiento de las nuevas Escuelas. Reconociendo las grandes ventajas que la juventud sacaría de ellas y la satisfacción que "los trabajos infinitos de los Hermanos daban al público", se hizo eco de las quejas que elevaban los "maestros de escuela" acerca de la deserción de sus alumnos desde que se establecieron los Hermanos, y les negó toda subvención. Afortunadamente, el rey no escuchó tan malas razones y ordenó expresamente al municipio de Nantes que pagara trescientas libras anuales a las Escuelas Cristianas.

Ya Luis XV había mostrado su interés hacia todas las de caridad, eximiéndolas de impuestos. Los Hermanos debían ser los primeros en gozar de este favor que, por otra parte, les confería su condición de religiosos; pero los arrendatarios de los impuestos no respetaban estos privilegios y querían someter la Congregación al pago de los derechos de amortización y al de alojamiento de gente de guerra. Las módicas rentas

del Instituto no bastaban para satisfacer estas injustas exigencias, por lo que el Hermano Timoteo puso todo su empeño en que se reconocieran los derechos de sus Escuelas. El abogado de París, Boignet de Chanterenne, redactó una Memoria sobre los servicios de los Hermanos y la presentó a la Asamblea del Clero de 1745.

Gran número de obispos, que habían podido apreciar tales servicios a la causa de la educación cristiana en sus mismas diócesis, acogieron favorablemente aquel escrito, y la Asamblea se encargó de las diligencias necesarias para que cesasen las reclamaciones de los alcabaleros.

La acción benéfica de la Congregación no se limitó a la organización de las Escuelas primarias, sino que también aparecieron por entonces las Escuelas profesionales, de las que nuestro siglo está tan ufano y en las que los hijos DE LA SALLE han obtenido, desde entonces, los triunfos más lisonjeros. En 1744 fue creada, en Boulogne, una clase superior, destinada a la enseñanza comercial. Estos educadores abrían incesantemente nuevas rutas.

En 1750 aparece otra obra original y fecunda. Hablamos de aquella biblioteca popular que se inauguró en Montauban, donde los libros se prestaban gratuitamente al público. La idea alcanzó fortuna cien años después, y, ciertamente, no hay institución que más pueda contribuir a la difusión de la Verdad, del Bien y de la Belleza, si las obras que la forman son de auténtico contenido cristiano.

Volvamos a las Escuelas primarias. Fuera de Francia se han fundado ya en Ferrara (1732); en Estavayer, Suiza (1750). En Lorena se fundaron cuatro casas, debidas al celo del duque Estanislao Leckzinski. Una de ellas, situada en Maréville, destinada a reformatorio, organizada según el modelo de San Yon.

La casa de San Yon, verdadero centro del Instituto, atrajo más que ninguna la solicitud del Superior General. Construyó en ella una capilla más adecuada que la antigua a las necesidades de la comunidad.

El plano fue concebido y ejecutado por los miembros de la Congregación y algunos alumnos del reformatorio. Las primeras piedras las colocaron el arzobispo y el primer presidente del Parlamento de Rouen en 1728; pero sólo en 1734 se consideró digna de abrigar los restos del Venerable FUNDADOR. Los Hermanos tuvieron la felicidad de trasladarlos a ella, pues hasta entonces reposaban en la iglesia de San Severo. Con este motivo revivieron en todos los corazones los recuerdos del santo CANÓNIGO. La población ruanesa se lanzó en multitud a las calles que debía recorrer el

cortejo fúnebre, formándose en dos filas compactas y respetuosas. "Es un santo, es un santo", son las exclamaciones que brotan de todos los labios. Los Hermanos, a porfía, se apoderaron de las astillas del primer féretro, disputándose aquellas reliquias. Luego, dieciséis eclesiásticos elevaron a sus hombros el nuevo, en que habían depositado los despojos mortales de un hombre a quien se honraba ya como a uno de los mayores siervos de Dios.

Los Hermanos, que con un cirio en la mano iban delante de estas sagradas reliquias, tuvieron el gozo de oír al sacerdote que había asistido a su santo PADRE en los últimos días de su vida, y que entonces pregonaba su caridad, su celo y su humildad, "manantiales fecundos de todas las virtudes cristianas y apostólicas, que elevándole sobre las cosas visibles y perecederas, le hicieron vivir sólo para adorar a Dios; pensar y hablar sólo para alabarle; trabajar y sufrir para merecerle".

Puede suponerse cuál sería la felicidad de los hijos oyendo tal elogio de su PADRE.

Los ejemplos del FUNDADOR fructificaban en sus discípulos. Aquí sería preciso correr el velo de que se ha rodeado su humildad, penetrar en sus modestas celdas y seguirles en la dura labor de la enseñanza, para apreciar dignamente la belleza de sus almas.

¿Qué hay de más conmovedor que la conducta del Hermano Ireneo con su madre? Hemos visto cómo, después de una adolescencia entregada a todos los deslices mundanos, el caballero Dulac de Montisambert, ex oficial del regimiento de Champaña, se había presentado a JUAN BAUTISTA DE LA SALLE y había ingresado en la Congregación, en la que recibió el nombre de Hermano Ireneo.

Para ahorrar inútiles penas a sus padres y no exponer su vocación a los ataques del mundo, ocultaba cuidadosamente el lugar de su residencia. Su afligida madre lo mandó buscar inútilmente por toda la cristiandad. Mas la conciencia del joven converso le instaba a satisfacer ciertas deudas contraídas en los años de vida desordenada. Se dirigió por carta a su padre, con lo que su secreto quedó descubierto. Entonces, su madre le escribió otra, digna de una santa, que merece ser íntegramente transcrita. "Por fin te encuentro, hijo mío, y por ello bendeciré a Dios todos los días de mi vida. Plegue al SEÑOR fortalecerte en el camino de tu salvación. Espero noticias tuyas lo antes posible, y te conjuro, por el amor que siempre te he tenido, por todas las lágrimas que me has hecho derramar y las que estoy derramando al escribirte, te conjuro que me las mandes. Si, no obstante,

prefieres que no sepamos nada de ti ni tú de nosotros, te dejaré tranquilo, aunque para mí sea gran consuelo entretenerme algunas veces contigo."

Tal consuelo no le fue negado a esta madre admirable, que tuvo la dicha de volver a abrazar a su hijo.

El Hermano Ireneo fue por muchos años maestro de novicios, a los que formaba con incomparable bondad, prudencia y dulzura. El maestro de novicios, según sus propias expresiones, debe ser "un instrumento del PADRE de las misericordias para enjaular pajaritos ariscos y enredar en sus pies la saludable red de los votos". Imagen digna de San Francisco de Sales.

Este santo religioso fue arrebatado al afecto de sus Hermanos en 1747, después de haberlos edificado con la paciencia y el valor de que dio pruebas durante su última enfermedad. Nos queda un rasgo de su vida, que recuerda otro análogo de Santa Isabel de Hungría, maravillosamente narrado por Lacordaire, en una de sus más bellas conferencias. Encontrando una vez en el hospital a un antiguo oficial, cuyo rostro estaba corroído por un cáncer, el Hermano Ireneo lo abrazó, lo estrechó contra su pecho y, acto seguido, besó la llaga purulenta del enfermo. Al leer esta narración se siente uno impulsado a exclamar: "Hermano Ireneo, rogad por nosotros".

Así desaparecían poco a poco los Hermanos que habían conocido al santo FUNDADOR. El mismo Superior General, sintiéndose abandonado por sus fuerzas, pidió ser descargado de las funciones del gobierno general. El Capítulo de 1751 aceptó su dimisión y le dio por sucesor al Hermano Claudio, Director de novicios de Avignon. Pocos meses después, el 7 de enero de 1752, terminaba el Hermano Timoteo su laboriosa carrera con una dichosa y santa muerte.

Permítasenos hacer aquí un... ¡alto!... y abarcar de una ojeada el camino que va recorrido. Quedan lejos los días en que el Instituto no contaba más que veintisiete casas y carecía del apoyo del Poder secular y de la aprobación de la Iglesia. Algunos años después de la muerte del Hermano Timoteo, uno de los adversarios de la Congregación pudo exclamar: "Los progresos de los Hermanos son pavorosos". Cambiemos el extraño epíteto que este enemigo aplicó a estos progresos y digamos: pavorosos, no; asombrosos, sí. Conviene, además, darse cuenta de ellos sin falso entusiasmo ni pasión ciega. En menos de medio siglo los Hermanos han hecho dos cosas grandes, que se deben encomiar por encima de todo:

"Han conservado el espíritu de su FUNDADOR" y "han creado casi todos los tipos de enseñanza auténticamente popular".

Las Escuelas primarias no son, como se cree, su función única. Con la amplitud de espíritu de que el FUNDADOR les dio ejemplo han establecido internados, como en Maréville; bibliotecas escolares, como en Montauban; Escuelas de comercio, como en Boulogne-Sur-Mer. Han presentido el siglo XIX en lo que tiene de mejor y más cristiano; frente a la educación clásica han difundido, antes que nadie, la enseñanza profesional, que cuando es religiosa puede convertirse en excelente.

Ved ahí lo que han hecho esos nobles educadores de la niñez muy sencillamente, muy modestamente, sin ruido, sin discursos, imitando a su PADRE, cuya futura canonización ya anhelaban.

He aquí por qué tenemos derecho a recordar este elogio tan legítimo que en 1745 les dirigía el arzobispo de Sens: "La Institución fundada por el Sr. DE LA SALLE es una santa Congregación que hace el bien por donde quiera que se establece".

Este elogio es la mejor síntesis.

CAPÍTULO II

EL ESPÍRITU REVOLUCIONARIO ANTERIOR A LA REVOLUCIÓN.—LOS HERMANOS CLAUDIO (1751) Y FLORENCIO (1767-1777)

Cuando se quiere hablar de una época o de una institución con imparcialidad, que es el primero y más santo deber del historiador, éste no debe atenerse sólo a la exposición de los hechos; debe, además, relacionarlos con ciertas causas que previamente determina y en cuya verdadera significación penetra. Si se quisieran narrar los anales del Instituto de los Hermanos deteniéndose sólo en las comprobaciones del detalle, no habría nada más monótono ni menos instructivo que tal relato. Esto no sería historia.

Convendría preguntarse contra qué enemigos tendría que luchar el Hermano Claudio cuando tomó las riendas del gobierno y cuál era el ambiente de la nación en medio de la cual se disponía a realizar tanto bien.

Estamos en 1751; acaba de empezar la segunda mitad del terrible siglo XVIII. Las clases pobres aún son creyentes, resignadas, cristianas; las clases medias ya están maleadas; pero su mal es todavía epidérmico, carece de profundidad; solo las llamadas clases dirigentes (nobleza, corte y alta burguesía) están gravemente contaminadas y de ellas irradiará todo el mal. Para los historiadores miopes, la Revolución comenzó el 14 de julio de 1789; mas para los clarividentes, ya en 1751 estaba muy avanzada; dominaba, según se ha expresado agudamente, "el espíritu revolucionario anterior a la Revolución".

Los Hermanos, sin duda, tenían aún en contra suya los protestantes y los jansenistas. Los calvinistas ensayaron la lucha en Mens, cerca de Grenoble (1754), y los jansenistas profirieron un grito de júbilo al arrancar de la monarquía una información judicial sobre la casa de San Yon. Pero ¿quién no ve que estos hechos eran los últimos esfuerzos de adversarios ya vencidos e impotentes? El jansenismo y el protestantismo estaban muertos, a pesar de algunas apariencias de vida que aun parecían conservar; el gran peligro ya no radicaba en ellos.

El peligro era la misma Revolución, que estaba consumada antes de estallar. El Hermano Claudio inauguró su gobierno en pleno triunfo de lo que osadamente se llamó "el rey Voltaire".

Pero este enemigo íntimo de JESUCRISTO y toda su escuela —hoy no se niega este hecho— despreciaba al pueblo. Estos pretendidos demócratas eran los peores aristócratas, en el sentido peyorativo de esta expresión; nadie deseaba menos que ellos la cultura de las gentes humildes. Bien conocido es el dicho de La Chalotais, pero merece ser reproducido aquí una vez más: "No se debería —dice— enseñar a leer y escribir a gente que no debe aprender más que a dibujar y a manejar la garlopa y la lima. Los Hermanos, con la instrucción que les dan, lo echan todo a perder". Otro sectario de la misma calaña, M. de Langourla, exclamaba en Rennes, con rabia menos reprimida: "Es necesario, como ya se lo advertí al rey, expulsar a los "ignorantins", esos Hermanos de las mangas grandes, que Jesús reprueba en la persona de los fariseos, porque esos tunantes enseñan a manejar la pluma, instrumento peligroso en ciertas manos". Así es todo su sistema: nada de instrucción para los humildes, para que no perturben el escepticismo y la tranquilidad de los dichosos de este mundo. El cinismo es absoluto. ¿Qué podían, qué debían hacer los Hermanos en medio de tal sociedad? Sólo esto: respetar la obra del FUNDADOR, completándola. A los partidarios de la ignorancia fácilmente podían responderles que también infundían la Fe como contrapeso de la Ciencia; a las costumbres depravadas de una época, fecunda en escándalos, oponían la pureza de las suyas y la sencillez de su vida.

Cuanto más revuelto e indisciplinado se hacia el mundo, más disciplinados y sumisos se manifestaban ellos.

Durante el gobierno del Hermano Claudio, que no duró menos de dieciséis años, no se abrieron más que doce Escuelas nuevas; prefirió mejorar las ya establecidas. Estos años dejan la impresión de ser tiempo de recogimiento, en que apenas se modifica el admirable mecanismo montado por el genio del FUNDADOR. Después de él, su sucesor, el Hermano Florencio, tampoco lo tocó sino con mano muy prudente, y sus dos principales actos administrativos, el traslado del gobierno de la Congregación a París, en marzo de 1771 (⁹), y la división de ella en tres provincias (¹⁰), no son innovaciones verdaderas, sino simples peripecias o útiles perfeccionamientos ocasionales.

⁹ Después de los ataques de un vicario general de Rouen, los Hermanos se fueron a París, estableciéndose provisionalmente en Saint-Esprit, rue Neuve-Notre-Dame-des-Camps.

¹⁰ Occidental (París), Meridional (Avignon) y Oriental (Maréville).

En París no debía permanecer mucho tiempo, por entonces, la sede del gobierno de los Hermanos (que los franceses llaman Régimen, abusando de un término del tecnicismo gramatical); pero si por el momento no cuajó allí, era aquel el lugar que visiblemente estaba destinado a serlo algún día. Congregación hoy esencialmente católica, fue, hasta no hace mucho, principalmente francesa. París era el centro adecuado para regir su movimiento.

La pobreza y aun la miseria probaban, por entonces, a muchas Escuelas. Y ¿quién había de creer que las más infortunadas serían las de Reims y de Rouen, las dos ciudades que habían apreciado más a nuestro SANTO, natural de la primera y sepultado en la segunda? La Congregación salió victoriosa en esta "lucha por la vida", que siempre es ruda cuando no mortal. Dios estaba con ella y velaba por la obra de su SIERVO. Ocurría siempre que, en último extremo, cualquier alma santa hacía a estas Escuelas en apuros alguna donación inesperada, o que los municipios eran bastante cautos para tenderles la mano. Luego, sin alterar la constitución que el Instituto se había dado, podían desaparecer algunas casas, pero él permanecer intacto.

Fue mérito del Hermano Florencio el haber comprendido que las cédulas concedidas por Luis XV en 1724, causantes de tanto regocijo en sus predecesores, eran ya insuficientes. No daban poder a los Hermanos más que en el recurso al Parlamento de Rouen. Luis XV, solicitado por los hijos del Sr. DE LA SALLE, les concedió el mismo privilegio en el recurso al de París, donde los Hermanos no tenían menos de treinta y ocho Escuelas. Era en marzo de 1777; poco tiempo les quedaba para poder aprovecharlo; pero daba a toda la Congregación considerable importancia y preparaba, de lejos, su restauración al principio del siglo XIX.

Los Superiores, rendidos bajo el peso de su función, todos, unos tras de otros, se veían, extenuados por el trabajo, obligados a presentar su dimisión, que el Instituto no podía negarse a aceptar. Lo que hizo el Hermano Claudio en 1787, lo repitió el Hermano Florencio diez años después. Ambos tenían el mismo derecho a un reposo bien merecido.

El Cielo se torna oscuro; la tormenta se aproxima. Antes que estalle es el momento de estudiar los hombres y las instituciones a quienes va a herir.

El siglo XVIII fue, para los Hermanos, el siglo de la pedagogía. Durante él entraron, como ya hemos indicado, por cien nuevas sendas que

nuestro siglo se imagina cándidamente ser el primero en explorar. Importa restablecer la verdad de los hechos.

En la época en que los hijos de la burguesía y de la nobleza estaban sometidos a la desmesurada severidad de los estudios clásicos, los discípulos del Sr. DE LA BALEE tuvieron la osadía de concebir y el atrevimiento de practicar lo que hoy llamamos enseñanza especial. Estas no son palabras que vuelan, sino fundadas en pruebas. Bajo el gobierno del Hermano Claudio se organizaron, en Vannes, cursos de matemáticas y de hidrografía; allí se instruyeron marinos y se formaron pilotos. En Cahors expone un Hermano los principios de arquitectura y planimetría. En 1753 se funda en París uno de esos cursos de dibujo que están hoy de moda. "El Hermano enseñará el dibujo gratuitamente a los niños hasta llegar, en este arte, a un grado de perfección tal que estén capacitados para abrazar, con éxito, las diferentes profesiones que requieren, para ejercerlas con perfección, ser hábiles dibujantes.

En Castres, el programa de estudios abarca la geometría práctica, el medir por varas y la teneduría de libros por partida doble. En Cherburgo no se teme enseñar agricultura y jardinería. Nótese aquí, una vez más, que nuestro tiempo se atribuye el descubrimiento de estas novedades de tanto porvenir; pero que, manifiestamente, toda la gloria de su invención recae sobre la Institución de SAN JUAN BAUTISTA DE LA SALLE: A cada uno lo suyo.

Pero no acaba aquí todo; de los Hermanos es también la honra de haber introducido en el internado una forma más amplia, más generosa e inteligente. También aquí han creado tipos y no queremos citar más que el colegio de Fort-Ryal, en la Martinica, sobre el cual tenemos, afortunadamente, muchos valiosos informes. Además, por todas partes, en Rouen, en Marsella, en Angers, se extiende la misma organización disciplinaria, que es de las más liberales y amplias: vastos edificios, bellos jardines, paseo dos veces por semana, ni vara ni palmeta, trabajo moderado, para no fatigar el espíritu de los escolares por un prolongado y penoso estudio. Los Hermanos habían adivinado, lo que no es escaso mérito, los peligros del agotamiento.

Faltaban libros de texto y los publicaron excelentes. Es éste un hábito al que no han renunciado, y puede asegurarse que jamás renunciarán. Ya el Sr. DE LA SALLE había difundido en su país la enseñanza simultánea y propagado el uso de libros en lengua vulgar "para enseñar a los niños a leer". Bajo el gobierno del Hermano Agatón se publica un *Tratado de Aritmética* para uso de los colegios y Escuelas Cristianas y un *Nuevo*

Compendio de Gramática Francesa. Estas son dos modestas e indispensables obras maestras. Se ha podido superarlas después, pero uno siente extrañeza ante el sentido práctico que ha presidido a su redacción. Este sentido es la mejor arma y lo característico de los Hermanos.

Después del *Tratado de Aritmética* se han impreso modelos de facturas, de cartas comerciales, de cartas-órdenes, de letras de cambio, de recibos, etc.; nada había más práctico y este aspecto de lo práctico sigue predominando aún en la enseñanza de la Congregación. Indudablemente, su Gramática de aquellos tiempos no se había concebido con riguroso método filológico; pero se debe tener en cuenta que se escribía para alumnos sin estudios de latinidad y que siempre será difícil aplicar el sistema etimológico a obras cuyos lectores han de ser niños. Por lo demás, en nuestros días se han puesto al corriente de los últimos progresos de la filología y la reciente edición de su gramática no desmerece, desde este punto de vista, de las mejores publicadas ⁽¹⁾.

Todos los años había entre los Hermanos alguna nueva experiencia pedagógica, algunas de las cuales triunfaron a gusto de todos. Una de ellas eran los "exámenes solemnes que precedían a la distribución de premios". Datan de los primeros años en que gobernaba el Hermano Florencio. Los sacerdotes preguntaban sobre catecismo e historia sagrada y los seglares sobre lo demás. Los resultados solían ser excelentes.

Entre tantas felices innovaciones, el Instituto persistió en mantener la gratuidad de la Escuela. Se han mantenido en este campo muchos y nobles combates. "El establecimiento de los Hermanos —dice uno de sus más encarnizados enemigos ⁽²⁾— ha introducido e irradiado por todo el reino la gratuidad de una enseñanza, de la cual pueden participar todos los estados y condiciones."

Este adversario se imaginaba haber hallado el argumento Aquiles contra los Hermanos, cuando en realidad, aunque involuntariamente, hacía de ellos un buen panegírico.

Pero todos estos asuntos de instrucción son algo secundario ante los de educación, que ocupan legítimamente el primer lugar en la preocupación de todas las almas cristianas. El gran error del siglo XIX fue encomiar la instrucción, supervalorándola y desdeñando la educación. La

¹ Lo mismo podría decirse de la serie completa de sus obras de matemáticas, de ciencias, francés, geografía, historia, dibujo, etc., que forman hoy una vasta colección, muy apreciada por jueces competentes.

² Granet, teniente general del senescalato de Tolosa.

Congregación de los Hermanos no ha caído nunca en este fatal error ni se cansa jamás de leer la *Explicación de las doce virtudes de un buen maestro*, donde el Hermano Agatón comenta de manera profunda la doctrina del santo FUNDADOR. Esta Explicación es todo un tratado de pedagogía cristiana, cuyo contenido deberían asimilar los maestros contemporáneos. Son envidiables estas doce virtudes, pero quizá sea permitido añadir que pocos maestros las poseerán todas: "la gravedad, el silencio, la humildad, la prudencia, la sabiduría, la paciencia, la circunspección, la suavidad, el celo, la vigilancia, la piedad y la generosidad".

La enumeración de los defectos que el educador debe evitar tal vez no satisfaga a ciertas tendencias actuales. El SANTO censura a los maestros, entre otras actitudes, "la mucha actividad, la indiscreción, la familiaridad, las bromas, la ironía habitual, el egoísmo, la presunción y el prurito de hablar". En lo referente a los castigos corporales, la tendencia del Sr. DE LA SALLE, en su *Guía de las Escuelas Cristianas*, había sido sustituirlos, lo más posible, por la persuasión y la suavidad. En la edición de 1720 aún se admiten; pero están reglamentados con gran sensatez, y finalmente, terminan renunciando totalmente a ellos en el Capítulo General de 1777. Toda la historia de la enseñanza primaria en el siglo XVIII está contenida sustancialmente en las decisiones de los Capítulos Generales de la época. En ellos se proponen todas las cuestiones y frecuentemente quedan resueltas.

No está en la naturaleza de las instituciones humanas, aun de las más perfectas, el poder ser inmediatamente comprendidas y apreciadas en su justo valor.

Lo que más admiró el siglo XVIII en los Hermanos fueron sus virtudes y los beneficios "visibles" que hacían. En las esferas elevadas el entusiasmo es unánime, sin restricciones ni tibieza. En Nimes, Mgr. de Becdelièvre, contemporáneo del Hermano Claudio, se declara altamente satisfecho de "los servicios que los Hermanos prestan al público y a la religión en su ciudad episcopal, no menos que de la vida ejemplar que llevan". El teniente general de la misma ciudad confirma, interpretando el sentir de la sociedad civil, el mismo elogio en forma igualmente completa, aunque más breve: "Esta ciudad —dice— saca inmensas ventajas del establecimiento de los Hermanos". El abate Fauchet, en el elogio fúnebre de Mgr. Herbeaut, arzobispo de Bourges, es más explícito, al par que más moderno; saluda a los Hermanos "como a sabios maestros de los

indigentes y como a ciudadanos tan útiles al pueblo como perjudiciales son ciertos brillantes profesores de artes de lujo y de ciencias frívolas".

¿Dónde se podría estudiar la acción de los Hermanos mejor que en Rouen? De allí es de donde salieron; allí estaba su noviciado y allí se había conservado el espíritu de su FUNDADOR. También allí resonó en honor de ellos el loor más acabado y cristiano. Fue Mgr. de La Rochefoucauld, arzobispo de aquella ilustre ciudad, quien el 25 de abril de 1767 les rinde este brillante tributo de justicia: "No nos resta más —dice— que hacer votos para que Dios conserve en los religiosos de las Escuelas Cristianas el espíritu de su estado, ese santo fervor en la observancia exacta de los reglamentos, ese amor a la santa pobreza y a las humillaciones, esa sencillez y modestia que capta la estimación y la confianza del público" ⁽¹³⁾.

Tenemos a la vista cien documentos del mismo valor, que no queremos transcribir aquí. En 1772 los condensó el Sumo Pontífice Clemente XIV en tres palabras: "Tengo hacia los Hermanos aprecio infinito".

¹³ El santo prelado añade con verdadera elocuencia: "¿Qué cosa hay más grande que la de conservar un alma cristiana en la inocencia bautismal hasta la adolescencia? No hay Hermano profesor, por escaso fervor que tenga, que a la hora de la muerte no pueda lisonjearse de haber conservado la de varios. Un predicador, un doctor, no pueden estar seguros, después de cincuenta años de trabajo, de haber obtenido semejante resultado".

CAPÍTULO III

LA GRAN TORMENTA: LOS HERMANOS DURANTE LA REVOLUCIÓN.—GOBIERNO DEL HERMANO AGATÓN (1777-1797)

Cuando el 10 de agosto de 1777 fue elegido el Hermano Agatón como sucesor del Hermano Florencio, cuando oyó cantar el último versículo del *Te Deum*, cuando al anochecer de aquel gran día se halló solo en su humilde celda, debió, mientras meditaba, echar una ojeada sobre la Congregación que iba a gobernar y sobre los peligros de aquella hora. Aquellos peligros eran inminentes, terribles. Antes de las tormentas sopla un viento, acerca del cual las gentes del campo y las del mar no se equivocan; este viento soplaba en 1777.

La Iglesia no teme las tempestades ni tiembla ante el rayo; pero se organiza previendo el mal tiempo. El Hermano Agatón, estimando que temblar era inútil y peligroso, administró.

Dos Asistentes le parecieron escasos para ayudarle en un gobierno tan extenso. Obtuvo cuatro (¹⁴); dio forma definitiva a las tres provincias, cuyos elementos quedaron desde entonces exactamente determinados, y puso en ejecución los múltiples acuerdos del Capítulo General de 1777.

No había entonces más que un escolasticado, el de San Yon, en Rouen; creó otros tres: uno en Marsella, otro en Maréville y el tercero en la Rossignolerie de Angers. No juzgó prudente dejar el gobierno en París y lo trasladó a Melun. Preocupado siempre por obtener el apoyo público del Poder civil, logró que Luis XVI aplicara los privilegios del Instituto a toda la jurisdicción del Parlamento de Tolosa y cuidó de que se registrasen debidamente estos privilegios en dicho Parlamento el 11 de marzo de 1778; finalmente, continuó la lucha enérgica contra los "calígrafos" y aseguró con valentía la gratuidad de la Escuela.

Por otra parte, todas estas precauciones se tomaban con perfecta tranquilidad, sin vana agitación ni fiebre. Tal es el proceder de las almas y de las instituciones verdaderamente católicas. Ante la tormenta que ruge, piensan en la bonanza que seguirá y para ella se organizan. Además, había aún algunos espectáculos consoladores, y ninguno lo era más que el

¹⁴ Breve de Pío VI, 11 de julio de 1777.

noviciado de San Yon y los veinticinco Hermanos que en aquel momento edificaban a todos los fieles de Rouen. Ni siquiera se vivía sin alguna radiante esperanza, y ninguna más placentera a la Congregación que la futura beatificación del FUNDADOR. El Hermano Agatón ordenó la búsqueda de los documentos relativos a esta augusta causa. Tal vez se había perdido algún tiempo y era menester apresurarse a recuperarlo.

Lo mismo que un jefe militar, en vísperas de un combate, pasa revista a las tropas bajo su mando; lo mismo que este jefe, si es digno de tal nombre, se da cuenta al instante del espíritu y disposición de su gente; así el Superior General de los Hermanos quiso también, antes del supremo combate, pasar revista a los soldados de CRISTO confiados a su mando. Estudió cuidadosamente los elementos de este ejército de selectos y modificó, cuando fue necesario, su orden de batalla.

Lo que primero atrajo su atención fueron las grandes asambleas electivas del Instituto. Con una previsión y amplitud de espíritu nunca bien encomiadas, se preocupó de obtener de la Santa Sede un rescripto confirmativo de las costumbres establecidas en la Congregación para la convocación de Capítulos Generales y elección de Superiores. El de 1787 recibió gozoso este acto pontificio, del que el Hermano Agatón supo asegurar el efecto por la obtención y el registrado de las "cédulas de adhesión" de Luis XVI.

Desde entonces se decidió que las comunidades en que hubiera un mínimo de siete Hermanos se llamaran "casas principales", y que quince Directores de estas casas, con otros quince "Hermanos antiguos", elegidos por mayoría de votos de los profesos, en escrutinio secreto, concurrirían a la elección del Superior General y de los Asistentes. Los ex Superiores Generales y los que habían formado parte del gobierno "podían" ser convocados directamente. En esta misma sesión, el Capítulo, tan cuidadoso de lo pasado como del porvenir, dispuso que "cada casa tuviera su crónica, donde se relataran, a medida que se producían, los hechos que le interesaran, como también sus progresos y trabajos".

No se ha dado bastante relieve a esta admirable disposición, que parece estar muy por encima del ideario corriente en aquella época. Si las prescripciones del Capítulo de 1787 hubieran podido ejecutarse, tendríamos hoy a mano los más preciosos documentos para escribir una Historia decisiva de la enseñanza primaria. Si todas las parroquias hubieran hecho lo mismo no nos veríamos tan embarazados para formular el estado exacto de la antigua Francia. Se nos permitirá, por lo menos,

decir que los hijos del Sr. DE LA SALLE se preocuparon con inteligencia de sus obras, preparándose para trazar sus anales.

También fue por entonces cuando se reimprimieron todas las obras del FUNDADOR; y el Hermano Agatón, considerando un deber el condensar en breves páginas todas las tradiciones del Instituto, publicó la *Explicación de las doce virtudes del buen maestro*, de que se hizo mención anteriormente.

La edición francesa de las *Doce virtudes* salió a la luz en vísperas de la toma de la Bastilla, y pocos años después apareció en Roma una traducción, con el título *Manuale de maestro di scuola*; hay que anotar estas fechas, que son elocuentes a su manera. Cuando estalló la gran tormenta los Hermanos estaban preparados. Sus libros de texto andaban en todas las manos. Sus Escuelas primarias, profesionales y especiales estaban en pleno vigor y prosperidad. Según una estadística de 1778, había setecientos sesenta maestros, que regentaban ciento catorce establecimientos, con cuatrocientas veinte aulas y treinta y un mil alumnos.

Tenían una disciplina incomparable: todo estaba sabiamente previsto, organizado y reglamentado en el gobierno de la Orden. Formaban una especie de monarquía muy cristianamente democrática, con elecciones inteligentes y libres. Los Capítulos Generales se celebraban con cronológica regularidad, como verdaderas Cortes, en las que no penetraban las pasiones ni los odios. Todo marchaba bien; la Congregación hubiera podido tomar por lema: "Ordo, lucidus ardo".

De repente se oye este grito: "Han tomado la Bastilla". Este hecho se comentaba así: "Esto no es un motín; es el comenzar de una revolución". Paso a paso, el Instituto resistió.

Resistió sin violencia, sin clamor, sin actitudes; con energía prudente y plácida firmeza.

El Hermano Agatón seguía con avidez los debates de las Asambleas; cuando el 13 de febrero de 1790, la Constituyente suprimió los votos monásticos, notó el final del artículo segundo, que decía: "Nada debe cambiarse por ahora en relación con las casas encargadas de la educación pública". Entonces pareció serenarse y exclamó: "No hay nada cambiado para nosotros". Luego escribió o mandó escribir a la Asamblea un solemne memorial de los Hermanos. Estos escritos estaban entonces en boga y llovían de todas partes. El de los Hermanos era digno, casi frío: "Si deciden nuestra supresión, nos someteremos a la ley; pero esperamos, con

la mayor confianza, que al dolor de nuestro anonadamiento político no añadirán el de entregarnos a la indigencia". Estas eran palabras que no podían alcanzar efecto. El año 89 marchaba visiblemente hacia el 93. Iba arrastrado por una pendiente inevitable y fatal. Hubo aquí y allá algunos momentos de reposo; el decreto de 26 de septiembre de 1790 decidió que "las congregaciones y comunidades que tenían por objeto la educación cumplirían sus funciones, provisionalmente, bajo las mismas leyes del antiguo régimen". Esto era porque no tenían a mano maestros nuevos para extender la enseñanza a toda clase de ciudadanos; pero al fin el odio se sobrepuso, y ya sabemos cómo se arrancaron la máscara en su Constitución civil del clero. El 22 de marzo de 1791 apareció otro decreto que apuntaba a los Hermanos y del cual ellos se sintieron blanco: "Ningún profesor podrá continuar desempeñando función alguna en los establecimientos de instrucción pública sin haber prestado previamente el juramento cívico".

Existía en esta ley una palabra sobre la que había que ponerse de acuerdo. ¿A qué se llamaba "función pública"? y ¿eran los Hermanos realmente funcionarios? Desde los primeros ensayos del Sr. DE LA SALLE jamás se había suscitado cuestión más grave. En ella se ventilaba la vida o la muerte de la Institución.

Hay que afirmarlo para gloria eterna de los Hermanos: no vacilaron un instante sobre si debían prestar o no tal juramento. Todos respondieron: "No". Cada uno de aquellos hombres heroicamente sinceros mantuvo en su interior o expresó públicamente el magnífico lenguaje del Hermano Felipe José: "Lo sacrificamos todo, incluso nuestra vida si es menester, por obedecer la ley de la patria; pero nos detenemos en el límite del pecado". Estas breves palabras constituían, verdaderamente, en aquellos difíciles tiempos la pura y verdadera fórmula católica, y no se podía hallar otra que fuera, a la par, más católica y más francesa.

Las brutalidades empezaron el 3 de junio de 1791; entonces fue cuando forzaron militarmente las puertas del noviciado de San Yon, en Rouen. El Hermano Quintín, que estaba de Director, respondió tranquilamente a los invasores: "No prestaré jamás juramento, porque me lo prohíbe mi conciencia". Y añadió: "No realizo función pública". Pero estas razones son inválidas cuando todo está entregado a la violencia. Mas esta violencia, por muy poderosa que fuera, no podía triunfar de almas tan bien forjadas; los sesenta y dos Hermanos de San Yon, todos, se negaron a jurar y todos protestaron enérgicamente de su inviolable fidelidad a la

Iglesia Romana. Los perseguidores no se atrevieron, por entonces, a ir más allá. El abogado Boildieu escribió un largo y prudente memorial en favor de los Hermanos, que el distrito de Rouen remitió al Directorio del departamento, quien, provisionalmente, dejó a los del noviciado libres para continuar su obra “hasta que la Asamblea nacional decidiera sobre la suerte del Instituto”. Semejante moderación no se practicaba en todas partes.

En Rennes encarcelaron a los Hermanos; en Marsella, el populacho se amotina y lanza contra ellos gritos de muerte; en Melun, el procurador general ruega al director del departamento que se asegure si esos eclesiásticos anfibios (se trata de los Hermanos) han cumplido la ley; en Rouen, en Luneville, en Reims, en Chateaudun, en Nogent-le-Rotrou, en Avranches, en Moulins, en Brest, en Arlés, les arrebatan brutalmente la dirección de las Escuelas públicas. Nadie salió en su defensa, y la actitud que ellos mantenían ante los obispos constitucionales no era de las que podían desarmar la Revolución. No conocían a aquellos intrusos y les cerraban fieramente sus puertas.

Objeto de contradicción, como su FUNDADOR y como su Dios, los Hermanos fueron perseguidos en unas localidades y vivamente defendidos en otras. Se les veneraba, se les apreciaba. No querían separarse de ellos. "Sin los Hermanos ¿qué enseñanza recibirán los hijos de los pobres?" ⁽¹⁵⁾, exclamaban por todas partes. En Chartres, en Saint-Malo, en Laon, en Saint-Brieuc y en Castres, sobre todo, las reclamaciones fueron enérgicas, pero... inútiles. La Revolución lo sumergió todo.

El golpe mortal fue asestado al corazón del Instituto el 18 de agosto de 1792. "Considerando —dice el decreto de la Asamblea nacional— que un Estado verdaderamente libre no debe tolerar en su seno ninguna corporación, ni aun siquiera aquellas que, dedicadas a la enseñanza pública, han merecido bien de la patria... la corporación general que forma todo el clero de Francia, las corporaciones parciales que son miembros del mismo bajo el nombre de clero secular, órdenes monásticas, sociedades religiosas, congregaciones seculares, eclesiásticas y laicas, tanto de hombres como de mujeres, cualesquiera que sean sus funciones, bajo cualesquiera denominación que existan en Francia, sea que consten de una sola casa o de varias, quedan extinguidas." Esta vez fue cosa hecha, y la resistencia imposible. Ya no hubo en todas partes más que Escuelas cerradas violentamente, Hermanos arrojados a la calle, niños sin maestros,

¹⁵ Son palabras textuales del municipio de Chartres.

libros despedazados o quemados, abecedarios destruidos, luces extinguidas, ignorancia y barbarie universales.

El Superior General abandonó rápidamente Melun y se retiró a París. Tuvo que despojarse dolorosamente del hábito religioso y buscarse lecciones para vivir. ¿De qué crimen era culpable aquel hombre extraordinariamente bueno? Era, como tantas gentes honradas de aquella época, sospechoso de no ser afecto a las nuevas instituciones, y por lo mismo, proscrito, perseguido, acosado. La Revolución, que negó carta de ciudadanía francesa a aquellos ilustres benedictinos de San Mauro, los cuales habían trabajado tanto por la gloria de esa patria, perseguía como a miserables a estos humildes Hermanos, parte integrante del pueblo, puesto que eran hijos del pueblo y educaban a cuarenta mil niños franceses en todos los elementos de las ciencias humanas. "¡Sospechosos de desafectos!"

Les faltaba la última prueba o, hablando más cristianamente, la suprema consagración; prueba de sangre derramada, consagración de martirio. No tardó mucho en llegar.

Entre las gloriosas víctimas de los asesinatos de septiembre de 1792 (¹⁶) había un hijo de SAN JUAN BAUTISTA DE LA SALLE. Se llamaba Hermano Salomón, y había sido inteligente y activo secretario del Superior General, Hermano Agatón. Este martirio fue una gran gloria para la Congregación. En toda fundación católica hay sangre martirial; sin ella parece que los cimientos no resisten. En una miniatura del siglo XV se ve a todos los santos trabajando como albañiles en la construcción de la Iglesia. La sangre de los mártires es lo que les sirve de cemento.

El Hermano Salomón no fue el único testigo que Dios pidió al Instituto. Otros muchos de sus miembros fueron encarcelados, y sus sucesores conservan hoy sus nombres, en bella nomenclatura, escritos con letras de oro en las paredes y con letras de fuego en los corazones. Son como los dípticos de la Iglesia primitiva.

Los verdugos se sentirían indudablemente ilógicos al descargar sus golpes sobre los maestros populares; ellos, que enarbolaban la bandera de la instrucción del pueblo; pero la lógica violada no era, en aquellos tristes días, sino un escándalo más.

¹⁶ El 17 de octubre de 1926 fueron beatificadas 191. El Hermano Salomón (Luis Nicolás Leclercq., natural de Bologne-Sur-Mer, entró en el Instituto en 1762. Fue encarcelado en el convento de Carmelitas, después de haberse negado a jurar la Constitución civil del Clero.

Hubo otros Hermanos que tuvieron el insigne honor de mezclar su sangre con la del Hermano Salomón. El Hermano Rafael de Ucés tenía setenta y dos años cuando fue delatado, en octubre de 1793. La delación es característica de las revoluciones. El pobre anciano yacía en la cama sin apenas poder moverse; allí mismo fue acogotado.

Creeréis que esto es el grado supremo del odio; mas debéis desengañaros; se ha llegado más allá. La deportación era en aquellos tiempos peor que la muerte. Los revolucionarios, cansados de asesinar (¡cuántos había en Francia! y ¡cuántas personas honradas había también que lo toleraban todo!), imaginaron desembarazarse de la gente cristiana que les molestaba, deportándola lo más lejos posible. La indignación alcanza su grado máximo al leer los relatos de los que volvieron: "Hemos sufrido —dicen— todo cuanto puede sufrir la naturaleza del hombre: Tendidos sobre tablas, comprimidos y amontonados unos sobre otros, apenas podíamos respirar. Bien calculado, no teníamos cada uno más que un espacio menor de dos metros de largo por cuarenta centímetros de ancho. El calor era tal, que nos parecía estar en un horno; los parásitos nos devoraban. Morir era una gracia a la que muchos aspiraban". Así habla el abate Bienaimé, compañero de cárcel de los Hermanos Pedro Cristóbal, Uldarico, Roger y León, muertos los cuatro en los pontones de Rochefort, junto con centenares de sacerdotes y religiosos.

Han muerto aquellas víctimas sagradas, han ofrecido sus vidas en aquellos presidios infectos. Pero el testimonio del martirio no es el único que se nos permite dar en favor de la verdad. Tenemos también el testimonio de la palabra. Este lo han dado intrépidamente algunos Hermanos en las cárceles o amenazados con ellas. Hubo uno, en Rennes, el Hermano Monitor, que con voz firme dijo a sus jueces: "Yo dirijo una Escuela gratuita. Si vuestras protestas de adhesión al pueblo son sinceras, si vuestros principios de fraternidad no son fórmulas hipócritas y embusteras, mis funciones me justifican; y lejos de imputármelas como un crimen, son acreedoras a vuestro agradecimiento". No pudieron responderle sino con una rápida ejecución. Creemos que no hay arenga antigua ni moderna que iguale al breve discurso del Hermano Monitor, el cual le valió subir al cadalso (¹⁷).

¹⁷ Hermano Monitor, guillotinado en Rennes, el 4 de octubre de 1794, era oriundo de Mézières, capital del departamento de los Ardenas. Daba clase en Saint-Malo cuando fue detenido.

Poco tiempo después quisieron forzar a cierto Hermano para que asistiera a las fiestas decadarias; éste, con impetuosa energía, aunque en términos correctos, respondió así a esta impertinente invitación: "Soy católico, y esas ceremonias parecen un insulto a nuestro culto divino, tres veces santo. No permita Dios que yo autorice con mi presencia, en calidad de maestro, ceremonias que creo deshonorosas al culto sagrado" ⁽¹⁸⁾.

He aquí cómo se debe hablar. Si en 1789 todos "los verdaderos católicos hubieran hablado como el Hermano Felipe José, la Revolución no hubiera quedado tan insolentemente victoriosa".

En síntesis, nos hallamos en 1794; el espectáculo que nos ofrece la antigua Congregación nada tiene de consolador. El Superior General está en París, donde, vestido de seglar, vive miserablemente dando algunas lecciones de matemáticas. Todos los demás están dispersos; no hay ningún gobierno, ningún centro de reunión; algunos se alistan en la milicia, otros aceptan empleos públicos, la mayor parte intenta utilizar su función anterior, ingresando en el magisterio público o buscando preceptorías privadas.

Pero... ¿qué se hicieron los tiempos antiguos? ¿Dónde están aquellas comunidades tan regulares, tan paternales? ¿Dónde las Escuelas de cuyos muros pendían el CRUCIFIXO y la imagen de MARÍA SANTÍSIMA? ¿Dónde las niños de que se pretendían sacar buenos cristianos? ¿Dónde paran la sotana negra, el sombrero de anchas y recogidas alas y el cuello blanco? Y, sobre todo, ¿qué se ha hecho de la iglesia donde se oía misa y se comulgaba los domingos?

Todo ha desaparecido; vivimos en plena noche.

¡Mas... hombres impacientes, esperad! ¿No veis en el horizonte aquel leve resplandor?

Es la aurora.

¹⁸ Carta del Hermano Felipe José, de Elbeuf.

CAPÍTULO IV

DESPUÉS DE LA TORMENTA.—LA CONGREGACIÓN DESDE EL FIN DEL TERROR HASTA LA ELECCIÓN DEL HERMANO FELIPE, EN 1838

Al día siguiente de una gran batalla, los soldados del mismo regimiento, dispersos o heridos sobre el terreno de la lucha, buscan dónde está el regimiento o la bandera. Tal es su primer cuidado y su más dura angustia. Se les ve, indecisos e inquietos, arrastrarse o vagar por la inmensa planicie, interrogando con la vista a todos los uniformes o grupos que perciben, hasta que al fin dan con el lugar en que, en torno a la bandera rasgada o acribillada, se agrupan, vencedores o vencidos, sus camaradas con sus jefes y oficiales. Entonces exclaman: ¡helo allí!, y vuelven a ocupar su puesto en las filas. Esto es lo que ocurrió a la Institución del Sr. DE LA SALLE al siguiente día del Terror; pero fue un día siguiente "que duró varios años". Los Hermanos también buscaron ansiosamente dónde estaba su cuerpo de ejército, disperso durante la batalla; ellos también han rehecho su regimiento, y no hay más bello espectáculo que el de esta gran Orden, desparramada, reconstruyendo sus cuadros y rehaciendo su unidad.

Hemos presentado a los Hermanos obligados a dejar sus hábitos y condenados, para poder vivir, a alistarse en los ejércitos o a aceptar humildes empleos. Amenazados y acosados por todas partes, algunos tuvieron la feliz inspiración de ir a reunirse con la comunidad de Roma; pero tal viaje en aquella época era difícil y costoso; los que llegaron allá fueron una excepción, que no merece se le atribuya excesiva importancia. Su mayor utilidad fue la de ejercer el magisterio público; para realizar bien tan noble tarea no tenían más que recordar su vida anterior. Les faltaba, sin duda, la sotana negra y el crucifijo en la pared; pero vestidos de seclar supieron muchos continuar la tradición de su PADRE, y varios dieron pruebas de verdadero valor. Tal fue, en Elbeuf, el Hermano Felipe José, quien, como hemos visto, negó enérgicamente su asistencia a aquellas fiestas decadarias, cuya sacrílega necesidad no tenía semejanza; tales fueron otros veinte hijos de JUAN BAUTISTA DE LA SALLE. Vimos que abrieron Escuelas e internados, con gran regocijo de los pueblos que se habían conservado cristianos. Pero ninguno sabía lo que volvería a ser de la

Congregación. Permanecía la dispersión y ni los más audaces osaban esperar nada.

El año 1795 se inició con coyunturas bastante tristes; mas conviene que lo enfoquemos aquí desde otro ángulo; merece atento estudio de los historiadores que cuidan, ante todo, de exponer la verdad. Fue notoria, por todas partes, una exaltación del espíritu cristiano; los habitantes de muchos miles de municipios reclamaron enérgicamente la reapertura de sus iglesias. Estas reclamaciones, repletas de firmas, se conservan aún en los archivos y son muy significativas. Al par de las iglesias, fueron restableciendo las Escuelas, exigiendo fuesen cristianas. Entonces se hallaron, con la mayor naturalidad, en presencia de los Hermanos, sus profesores antiguos. Este fue el momento en que, sostenido por los mártires que había dado a la Iglesia, y fortalecido con el ejemplo de su heroica abnegación, pudo el Instituto reunir sus miembros dispersos y reanudar su misión de caridad, extendiéndola a todo el universo.

Ya queda advertido que cierto número de Hermanos se habían lanzado a la enseñanza pública; éstos contribuyeron a que se conservara la fe en la nueva generación. Habían conservado sus tradiciones y se imponían el deber de enseñar, ante todo, los elementos de la Doctrina Cristiana.

Algunas veces suplieron, en lo posible, el ministerio eclesiástico, que no se permitía aún a los sacerdotes injuramentados. Así, en Castres, el Hermano Bernardino reunía diariamente a los fieles en la iglesia y presidía la oración de la mañana y de la tarde; los domingos les leía la misa, cantaba con ellos al SEÑOR y les dirigía una breve plática, que despertaba la fe en aquellas pobres almas adormecidas. Los Hermanos, finalmente, mantuvieron en el pueblo sano la esperanza en el regreso de los sacerdotes y les sirvieron, en algún modo, de precursores.

Pero nada se sabía del Superior General, y el cuerpo de la Congregación carecía de cuerpo visible, condiciones en que no era posible la unidad. Esto lo comprendió pronto el Papa Pío VI, que dio prueba en esta ocasión de la maravillosa clarividencia que ha distinguido siempre el gobierno de los Pontífices.

Para sustituir al Hermano Agatón, cuyo paradero se ignoraba, había delegado ya, provisionalmente, desde 1793, al Hermano Frumencio, Superior de la casa de Roma; pero respetuoso, como siempre, de los derechos establecidos, no le dio más título que el de "Vicario General", el 7 de agosto de 1795. El Hermano Agatón, o quienquiera que fuese,

permanecía siempre como verdadero Superior. La Congregación estaba a salvo.

El Hermano Agatón, después de haber estado encarcelado en Sainte Pélagie, en Bicetre y en Luxemburgo, había logrado salvarse y se refugió en Tours. Al tener conocimiento de la decisión pontificia, escribió al Hermano Frumencio, rogándole le sustituyera hasta que las circunstancias le permitieran volver a ocupar su puesto. Era ésta una esperanza que pronto se vería frustrada. Las duras pruebas a que le condenó su destino habían quebrantado su salud, y antes de haber visto la restauración de la Sociedad, cuyo jefe era, falleció en 1798. Vio la tierra prometida, pero no entró en ella.

El Hermano Frumencio continuó al frente de la Congregación, siempre como Vicario, hasta que en 1810 fue nombrado Superior el Hermano Gerbaud.

A medida que la tranquilidad renacía y la Iglesia verificaba la reapertura de sus templos, también los discípulos DE LA SALLE se iban reuniendo por aquí y por allá, reconstituyendo sus antiguas comunidades; tal sucedía en Lyon, en Reims, en Laon y en París. Esto era lo que importaba y muchos lo vieron claramente. El plan, bien concebido y fielmente observado, fue "ir creando centros de poca importancia, que sucesivamente fueran agregándose al Vicariato General".

En ninguna parte era más necesaria esta actividad que en París, cosa que se comprendió muy pronto.

El Hermano Gerbaud, Director por entonces de la Escuela del Gros Caillou, alcanzó que el primer cónsul aprobara este establecimiento, suceso de extraordinaria importancia, del cual pocos se dieron cuenta exacta al principio. Fue menester que el tiempo atestiguarase en favor de ella para que les entrase por los ojos.

Sin embargo, tantos esfuerzos quedarían condenados a la esterilidad si la Congregación no se reconciliaba con el Poder civil. Todo el porvenir estaba en esto.

Aprovechando la influencia del Cardenal Fesch, tío de Bonaparte y de grandes simpatías hacia la Congregación, el Hermano Gerbaud hizo muchas diligencias para que se reconociera de nuevo la existencia legal de la Corporación. Escribió al Hermano Frumencio, quien se asoció a sus esfuerzos, y el 11 frimario, año XII (3 de diciembre de 1803), gracias a la intervención del cardenal, salió un decreto, refrendado por Portalis,

"restableciendo en Francia los Hermanos de la Doctrina Cristiana" y permitiéndoles fijar "en Lyon el centro de sus reuniones".

Allí se habían reunido ya importantes elementos convocados por los Hermanos Francisco de Jesús y Pigménion.

Nada más conmovedor que este nuevo comenzar de las Escuelas de Lyon. El Hermano Pigménion era un alma viril, al que nada desalentaba. Sabía que las obras aprobadas por el Cielo van rubricadas con el divino sello de la Cruz y de las contradicciones; pensando así, abrió bravamente su Escuela el 3 de mayo de 1802. Los primeros momentos fueron rudos. Cuando el valeroso educador se sentía excesivamente solo, pensaba, para recuperar su optimismo: "Ya me enviará Dios cooperadores cuando me sean necesarios". Pensamientos de santo. Los cooperadores llegaron, y también llegó el momento en que pudieron recuperar el hábito religioso.

Un hombre entregado del todo a los intereses de los Hermanos, Bernardo Charpieux, alcalde de la "región oeste" de Lyon, puso todo su empeño en obtener tan útiles resultados. Solicitó autorización de Portalis para asignar los edificios del "Petit College" como habitación de los Hermanos. "La austeridad de sus costumbres —decía en su memorial—, su desinterés y las virtudes que practican estos hombres tan recomendables, les concilian la benevolencia de la autoridad y la veneración de los padres de familia."

No contento con instalarlos, quiso darles el lugar de honor en las solemnidades que la ciudad preparaba para festejar el paso de Pío VII. Mantuvo en Lyon hasta aquella época al Hermano Viviano, a quien había llamado de Reims para consultarle sobre la organización de las nuevas Escuelas; reclamó también allí la presencia del Hermano Bernardino, que resucitaba la enseñanza de los Hermanos en Tolosa.

El presentar al soberano Pontífice los miembros más selectos de una Congregación, cuya función principal es formar a los niños en los deberes del hombre, del cristiano y del ciudadano, ¿no era, acaso, darle una prueba viva del celo de aquella noble ciudad por el restablecimiento de la religión católica?

Pío VII paró algunas horas en ella antes de proseguir hacia Paris para consagrar al Emperador. De vuelta hacia Italia dedicó más tiempo a la vieja ciudad de Ireneo y Blandina, y aprovechó parte para visitar y bendecir la casa que inauguraba la nueva vida de la Congregación.

El Pontífice fue acogido en todas partes con sinceras aclamaciones de los lioneses. Para formar idea justa del entusiasmo que despertó en toda

Francia la visita del Sumo Pontífice es preciso leer las Memorias y los periódicos de aquel tiempo. Apenas recién salidos de los terrores y sacrilegios de la Revolución, aquellos cristianos que, momentos antes eran aún perseguidos, podían, por fin, ver y festejar al Padre de todos. Para los Hermanos aquello era una doble resurrección: la de la Fe, y con ella, la de su Instituto.

Para conformarse al decreto del 3 mesidor, año XII, que imponía a las "agregaciones religiosas", así decían entonces, a someter sus estatutos al Consejo de Estado, los Hermanos habían remitido a Paris, por mediación del abate Jauffret, los principales artículos de sus Regias. Por desgracia habían olvidado que aquella Corporación era aún poco favorable a las asociaciones religiosas; ellos, por otra parte, se creyeron obligados a enunciar minuciosamente todas las prácticas impuestas por la disciplina interior. Los consejeros, enteramente extraños al espíritu que anima a las congregaciones, se exasperaron de tan larga exposición y negaron el visado. Esta negativa, no tuvo, afortunadamente, consecuencias molestas; con la decisión del frimario, año XII, de que hicimos mención más arriba, continuaron gozando de la existencia legal que se les había conferido.

El 8 de septiembre de 1805 revistieron nuevamente el hábito religioso, y la Congregación recobró su marcha progresiva.

Lo que faltaba eran individuos con qué atender a las solicitudes de muchas ciudades. Tal era, en realidad, la preocupación del Vicario General. Esta era la gran cuestión que se debía resolver y se resolvió con la ayuda de la Providencia. El cardenal Fesch, siempre solícito por una Congregación que prestaba tan buenos servicios a la Iglesia, tuvo la feliz inspiración de escribir a los Hermanos que la Revolución había dispersado, invitándoles a volver al seno de su familia religiosa.

Nada parece más sencillo que tal medio; pero nada resultó más eficaz. Muchos ignoraban el restablecimiento de sus comunidades y acogieron gozosos la invitación del cardenal.

"Queridos niños —dijo a sus alumnos el profesor de la aldea de Chaturange al recibir aquella circular—, yo era Hermano de las Escuelas Cristianas, y con mucha pena mía me obligaron a abandonar mi vocación. Acabo de saber que mi Congregación se restablece en Lyon; me apresuro a marchar allá para ocupar mi puesto. Si alguno entre vosotros quiere ingresar en ella, haré cuanto esté de mi parte para facilitarle la entrada y para habituarle a la nueva vida que emprenda."

No citamos estas palabras sino como ejemplo o tipo, porque semejantes a ellas se pronunciaron en muchos lugares y aun en casi todos.

Fueron muchos los antiguos religiosos que respondieron así al llamamiento del cardenal. No contentos con aportar al Hermano Frumencio el concurso de su celo, varios supieron inspirar a los jóvenes que educaban el deseo de abrazar la misma vocación. El Hermano Felipe, futuro Superior General, era uno de los discípulos del maestro cuyas palabras citamos antes. He ahí un breve discurso que produjo jugosos frutos.

Lyon era la nueva sede de la Congregación. Allí afluían los antiguos y nuevos reclutas y de allí se les destinaba a los cuatro puntos cardinales de Francia. La unidad de la Institución estaba reconstruida. Vuelta a ser una, volvería a ser grande.

Desde entonces, en efecto, fue posible satisfacer las demandas de los municipios, deseosos de recurrir, como dice un magistrado en 1806, "a ese cuerpo de profesores que sabían dirigir tan bien las Escuelas antes de la Revolución". En el mes de diciembre de 1705 ya habían formulado el mismo voto treinta y seis ciudades. Desde 1805 a 1807 los solicitaron Castres, Trévoux, Saint-Etienne, Ajaccio, Besançon y Saint-Omer; también los solicitaron dos parroquias de París. La colmena lionesa enjambra por todos los costados.

Mientras tanto, el gobierno imperial estaba preparando "un proyecto de organización general de la enseñanza", que iba a modificar la situación del Instituto. El 10 de mayo de 1806 se votó una ley que, con el nombre de Universidad imperial, ordenaba la creación de un cuerpo encargado exclusivamente de la enseñanza y educación pública en todo el imperio. La promulgación de esta ley fue uno de los hechos más importantes del siglo XIX. La Congregación de los Hermanos estaba destinada a sufrir su influencia. El Consejo de Estado puso entonces en estudio un decreto encaminado a reglamentar la nueva institución, y las discusiones suscitadas sobre el particular demuestran cuánto interés prestaba a los Hermanos, Napoleón. "No concibo —decía— la especie de fanatismo de que están animadas algunas personas en contra de los Hermanos; tienen un verdadero prejuicio acerca de ellos. Me piden por todas partes su restablecimiento; este clamor general demuestra bastante su utilidad."

El decreto no se publicó hasta el 17 de marzo de 1808, y el artículo 109 dice así: "Los Hermanos de las Escuelas Cristianas serán titulados y estimulados por el mayordomo, quien refrendará sus estatutos interiores,

los admitirá al juramento, les prescribirá un uniforme particular y mandará inspeccionar sus Escuelas. Los Superiores de esta Congregación podrán ser miembros de la Universidad".

Se ha podido lamentar esta incorporación como un atentado a la independencia de la Sociedad; pero en realidad sólo fue aparente, y más bien hubo motivo de congratularse, gracias a la liberalidad del mayordomo M. Fontanes y del canciller Mgr. de Villaret. La Congregación guarda excelente recuerdo de M. Fontanes. Por lo demás, si el Instituto hubiera quedado aislado habría tenido que sostener una lucha desigual contra una administración embrolladora e invasora, contra una tendencia exagerada y peligrosa a centralizarlo todo. Confundidos en las filas de los funcionarios del Estado, pudieron los Hermanos aprovechar todas las ventajas anejas a esta condición, conservando la libertad, a la que vinculaban legítimo gran valor. Pero esto no siempre ocurrió sin peligro ni pena.

El ministro del Interior pretendía colocar las Escuelas gratuitas bajo la dirección de las Oficinas de beneficencia, y esta pretensión se logró en Lyon y en Reims. Ello demuestra el escaso respeto que la administración, entregada a sí misma, tenía a la independencia de la enseñanza. El municipio de Lyon y el cardenal Fesch, que habían laborado tanto para atraer el concurso de los Hermanos, resistieron enérgicamente a esta tentativa arbitraria; pero en Reims el ministro logró implantarla y la oficina de beneficencia se encargó de las Escuelas primarias. Mas como sus recursos eran insuficientes, impuso retribución escolar a las dos terceras partes de alumnos, con lo cual puso a los Hermanos en condiciones adversas a los Estatutos de su Orden, que les prohíbe recibir cosa alguna de los alumnos. Esta situación anormal retardó varios años la incorporación de la comunidad de Reims a la Congregación.

Algunos meses después, el 27 de enero de 1810, moría el santo religioso al que Pío VI había confiado el gobierno durante la época de la dispersión. El Hermano Frumencio nunca ostentó más títulos que el de Vicario General; mas de hecho fue el Superior de la Congregación en los tiempos más difíciles que ha recorrido. Cuando el Sumo Pontífice le nombró Vicario, todo parecía perdido; el Instituto, en 1798, quedaba reducido a las comunidades de Ferrara y Orvieto. En Francia, sólo en Laon y en Valence se llamaban Hermanos.

Esto era todo lo que entonces vio el Hermano Frumencio. Doce años después, cuando desde su lecho de muerte echó la última mirada sobre la Congregación, sintió un supremo consuelo. El Instituto vivía y prosperaba.

Se elegiría pronto un verdadero Superior. El título de Vicario indica necesariamente algo provisional, que iba a cesar. No le faltaba a la Corporación más que un jefe definitivo: Tenía Escuelas florecientes, observancia regular y uso del hábito; lo tenía todo. Al cerrar sus ojos, el venerable religioso ofreció a Dios su gozo y sus esperanzas, como había ofrecido en peores tiempos sus angustias y sus lágrimas. Murió feliz.

* * *

El Hermano Gerbaud, que al día siguiente de la Revolución había fundado en París las Escuelas de Gros-Caillou y era de los más activos promotores del restablecimiento de la Orden, fue elegido Superior General en 1810. Su elección fue el 8 de septiembre, fiesta de la Natividad de NUESTRA SEÑORA, en que la Iglesia canta esta bella antífona: "Tu nacimiento, ¡oh VIRGEN madre!, llenó al mundo de alegría". La Congregación acababa de renacer, sentía vivamente semejante alegría.

Aquella Escuela de Gros-Caillou, en la que dicho Hermano dejó tan gratos recuerdos, fue la primera que se abrió en París después de la restauración del culto católico. Sólo su historia sería asunto suficiente para un hermoso libro. Había sido fundada por la marquesa de Villeneuve-Trans, quien, habiendo sido libertada providencialmente del cadalso en 1793 por la buena gente de Gros-Caillou, quiso darles público testimonio de su agradecimiento. Todos estos recuerdos se estrechaban aún en la mente del Hermano Gerbaud cuando le nombraron Superior General. Jamás olvidó el Gros-Caillou.

Pocos días antes de elegir Superior había recibido la Congregación el texto de sus Estatutos, aprobados por el Consejo de la Universidad, salvo una leve modificación acerca de la dispensa de los votos por el Papa. Este envió llegó acompañado de una carta del abate Emery, en que manifestaba el gran aprecio en que tenía a los Hermanos. Este varón ilustre tuvo siempre mucho afecto al Instituto, que se honraba con el de tan virtuoso sacerdote y tan bravo confesor de la fe. Los Hermanos no olvidaron jamás que aquella alma viril había sabido triunfar de estas dos formidables potencias: la Revolución y el Despotismo. Todos los católicos debían hacer lo mismo y no olvidar a tales hombres. Por entonces surgió por vez primera la cuestión del servicio militar.

En lo relativo a la dispensa de este servicio fue donde se sintieron las ventajas de estar bajo la protección de la Universidad. Hasta entonces se

habían librado de las quintas por pura benevolencia del Emperador. Mas no era difícil prever que este favor pronto desaparecería ante las terribles exigencias de las guerras que dieron fin al imperio y segaron la flor de la juventud francesa. Pero en 1811, Fontanes obtuvo del Consejo de Estado un dictamen, según el cual "los profesores, regentes, maestros de escuela y Hermanos de las Escuelas Cristianas que estaban en la edad del alistamiento podían, a petición del mayordomo de la Universidad y la presentación del ministro, gozar de la exención provisional del servicio, concedido a los alumnos de la Escuela normal".

Cayó el imperio y llegó la paz. Desde 1815 a 1847 fueron años magníficos, durante los cuales Francia dio a Europa el espectáculo de un movimiento literario, científico y artístico amplio y poderoso. Las Escuelas se resintieron, y la Restauración fue para ellas una época de reconstitución y de esplendor. El "Reglamento de enseñanza primaria", redactado por la Comisión de Instrucción Pública, confió la vigilancia de las Escuelas y la propuesta de los maestros a Juntas cantonales, formadas por el cura del cantón (presidente), por el juez de paz y algunos notables nombrados por el rector de la academia. Se distinguían, además, diferentes categorías de establecimientos escolares: Escuelas públicas o comunales, de caridad, particulares o libres y Escuelas Cristianas, a las cuales se aplicaron ciertas disposiciones, cuya importancia no se escapará a ningún espíritu atento: "Toda asociación religiosa o caritativa, tal como los Hermanos de las Escuelas Cristianas, podrá ser admitida, en condiciones convenidas, al suministro de maestros al ayuntamiento que se los pida con tal que esa asociación esté autorizada por nosotros y que los reglamentos y métodos que emplea hayan sido aprobados por nuestra Comisión de Instrucción Pública.

Estas asociaciones, y especialmente sus noviciados, podrán ser sostenidas, en caso de necesidad, en los departamentos en que se juzgue necesario establecerlas, por los fondos de instrucción pública. Las Escuelas provistas de maestros por estas asociaciones quedarán sometidas, como las otras, a la inspección de las autoridades establecidas por la presente ordenanza."

Se observa aquí el cuidado con que la Comisión se reservó la aprobación de los métodos de enseñanza. Es que se había entablado una animada lucha contra el sistema que había difundido el Sr. DE LA SALLE, cuyas ventajas estaban avaladas por una experiencia secular.

Queda demostrado anteriormente que la vida de nuestro SANTO no había sido más que una serie de pruebas y combates. El Instituto fundado por él debía vivir bajo el mismo signo. Para él la tranquilidad no se halla en la tierra.

Al inglés Lancáster se le atribuye un método que sedujo momentáneamente, por la novedad y los especiales caracteres de su programa.

Su principio fundamental era: "instruir al niño por el niño".

En él se renunciaba a la agrupación de los niños según el nivel de su instrucción, así como a colocar cada grupo bajo el cuidado de un maestro, de cuya boca recogía toda la agrupación las lecciones y consejos apropiados para su adelanto.

En el sistema lancasteriano, por el contrario, bastaba un solo regente para varios centenares de niños; no se le exigía más que la vigilancia general de la población infantil. De dirección moral, acción bienhechora ejercida por el saber y la experiencia, ni se hablaba.

El nuevo mecanismo funcionaba así: A la entrada en la Escuela, los niños, divididos en grupos pequeños, formaban corro en torno a los monitores, escogidos entre los más adelantados. Estos pedagogos infantiles debían transmitir a sus camaradas las lecciones que ellos habían recibido antes del maestro. Enseñaban a deletrear palabras escritas en grandes carteles y a trazar caracteres sobre pizarras, etc.; todo esto en una inmensa sala en medio del tumulto más ensordecedor y mezclado con infantil parodia de ejercicios militares.

Si creemos a los fautores de este sistema, trasplantado a Francia por Carnot durante los "Cien días", sus ventajas eran muy considerables: ahorro de maestros y, por tanto, notable economía; difusión más universal de la instrucción; supresión, para los niños, de todos los aspectos penosos del estudio; llamada a la emulación para alentar el trabajo; todo, se decía, milita en favor de esta invención extranjera. Y he aquí por qué se repudia apresuradamente el viejo método francés, fruto de la larga experiencia del Sr. DE LA SALLE y de la paciente observación de sus discípulos; he aquí por qué no se quiere ni oír hablar de estos hombres, cuya competencia es soberana; que se han ocupado exclusivamente de la instrucción y no han cesado un instante de estudiar prácticamente los diversos aspectos de la cuestión escolar; he aquí, finalmente, cómo la novedad nos enloquece.

El Instituto debía aún pasar una crisis que podía serle fatal. Se ha censurado, en otro tiempo, a los Hermanos por el apego a sus tradiciones;

se les ha acusado de terquedad y malquerencia. Hoy su método está adoptado universalmente, y todos los pedagogos están de acuerdo en reconocer que tenían razón en conformarse a los principios establecidos por el FUNDADOR. Como se ve, no se llegó sin lucha a este resultado, y no será inútil recordar aquí las que el Instituto tuvo que vencer por defender la verdadera doctrina.

Se trataba realmente de una cuestión vital para la enseñanza primaria. No hablamos del aspecto exterior de los programas. Que el niño aprenda a leer en un cartel o en un libro; que escriba en una pizarra o en un papel, poco importa; que, en ciertos casos, se sirva el maestro de un niño para enseñar a otros puede, en alguna circunstancia, ser ventajoso; nuestro SANTO empleó ocasionalmente este sistema. Lo esencial, lo que la Escuela mutua descuidó adrede y lo que los Hermanos han tenido la gloria de mantener, muy enérgicamente, es el papel preponderante del maestro frente a los discípulos, la intimidad respetuosa en que deben vivir; tales son las relaciones directas e incesantes que deben existir entre ellos. Dicho de otro modo: lo verdaderamente capital es no poner entre el profesor y el discípulo un intermediario inexperto que no podrá comunicar al niño más que un eco débil de la voz del maestro y de su saber.

Por más que se diga, el estudio nunca será un juego; el niño nada aprenderá si no se entrega al trabajo y no le mantiene en él la mano hábil e inteligente del profesor, haciéndoselo interesante. Por otra parte, la educación debe apuntar más alto que a enseñar los primeros elementos de las ciencias. Tiene el deber de ilustrar al niño sobre sus deberes principales y de enseñarle a practicarlos. Para alcanzar este fin escasamente bastan las lecciones y ejemplos continuos de un maestro que se esfuerza por cultivar en sí mismo las raras virtudes de dulzura, prudencia, sabiduría, humildad y tantas otras que el Sr. DE LA SALLE creía necesarias a los educadores. Parece ser el extremo de la irrisión pretender que cumplan función tan augusta niños de doce años.

Los partidarios del lancasterianismo o de las Escuelas "mutuas" no olvidaron cosa alguna para lograr el triunfo de su sistema. Fundaron una sociedad para propagarlo y no vacilaron en servirse de la misma caricatura. Sacaron y repartieron profusamente grabados de intención corrosiva, en los que se veía a los niños precipitarse entusiasmados hacia la Escuela mutua, desdeñando las de los Hermanos. Pidieron muy prácticamente apoyo al ministerio, quien patrocinó el sistema, abriendo en su favor las arcas del erario público.

Esta presión oficial no era superflua, porque el sistema mutuo no halló favor en los consejos municipales.

Las muchas fundaciones de Escuelas lasalianas realizadas en esta época (¹⁹) demuestran elocuentemente que las poblaciones preferían más recurrir a maestros consagrados en la enseñanza por larga experiencia que aventurarse en las fantasías de teorizantes nuevos.

Al Gobierno no le impresionaba este movimiento de la opinión y se obstinaba en favorecer los nuevos métodos. Daba a los lancasterianos auxilios pecuniarios, solares para Escuelas y toda suerte de estímulos. El mismo rey dio su aprobación "a los nuevos métodos perfeccionados para las Escuelas primarias e invita a los prefectos a protegerlas".

Los partidarios del sistema se entregaron entonces a un entusiasmo que nos parece un tanto excesivo: "Gracias sean dadas —exclaman— al ministro previsor e ilustrado que, reconociendo el derecho que tienen todos los franceses a los beneficios de la instrucción primaria, acoge, honra y mantiene el único medio de difundir por todas partes este precioso beneficio, desde las ciudades más populosas hasta las aldeas más olvidadas que existan en el reino". Este es, sin duda, un conmovedor testimonio de gratitud.

M. Lainé, a quien se tributaban estos parabienes, sentía que el éxito de sus Escuelas favoritas se comprometía si se declaraban en lucha abierta con las de los Hermanos. Concibió, pues, el proyecto de ganarlos para su ideal, para lo cual encargó al prefecto de Lyon que presentara al Superior General el *Manual práctico de las Escuelas mutuas*, rogándole lo adoptara en sus Escuelas.

Pronto se adivina cuál sería el sentido de la respuesta dada por el Hermano Gerbaud; pero debemos consignarla para conocer la elevada idea que tenían los Hermanos de su función de educadores y la energía que sabían desplegar al defender los verdaderos intereses de las Escuelas:

"El informe que de nuestra parte hemos elevado a la Asamblea general, así como vuestra honorífica carta del 17 y los reglamentos de la Escuela propuesta, se han recibido y leído con respeto.

Dicha Asamblea ha reconocido por unanimidad que este plan es incompatible con nuestros reglamentos, porque tenemos la dicha de ser

¹⁹ En las ciudades de Cambrai, Besabais, Auch, Nantes, Metz, Rennes, Clermont-Ferrand, Belley, Limoges, Dijón, Montargis, Nimes, Vannes, Albi, Saint-Brienc, Chalon-sur-Seone, Poitiers, Le Puy, Le Rochelle.

religiosos bajo Constituciones aprobadas por la Santa Sede y patentadas por el rey.

He aquí un extracto de estas Reglas, que forman nuestra felicidad, nuestra alegría, nuestra corona y nuestro único consuelo en los penosos trabajos de nuestro humilde estado.

Si no se tratara más que de cambiar la denominación de las letras o de cualquiera otra parte accidental de nuestra enseñanza, sin tocar en el fondo, estaríamos y estamos dispuestos a aceptar, si con ello se alcanzara un bien mayor.

Es de saber que no hemos abrazado esta profesión, tan humilde como laboriosa, sino con la vista puesta en Dios y en la salvación eterna, tanto en la nuestra como en la del prójimo. Este es el motivo por el cual enseñamos. No son el interés ni la ambición quienes nos guían, sino la gloria de Dios, la de la Religión y la difusión de las buenas costumbres. Todas nuestras instituciones tienden a eso. Si enseñamos lectura, escritura, cálculo, es para atraer a los niños e instruirles en los sagrados misterios de la Religión: tal es nuestro objeto principal y supremo. Todo lo otro, separado de este fin, para nosotros es nada. En el plan que nos proponen no sólo no existe predominio de la Religión, sino que hay en él oposición directa a nuestros principios y una total subversión de nuestros reglamentos, sin los cuales no podemos actuar como corporación religiosa.

Infinitamente alejados de querer entrar en competencia, cedemos el terreno a quien nos lo dispute; transmitimos la influencia de nuestra santa profesión a los que, como el rey cristianísimo, se dignan acogerla. Que a nuestro lado haya otras Escuelas o cualesquiera otras instituciones, esto no nos hará sombra, porque no nos guía más que un propósito: el de santificarnos. En tanto que se nos permita trabajar según las normas de nuestros Estatutos, en paz y en unión con todos, sin envidia, sin competencia ni ninguna otra pretensión, permaneceremos, como en lo pasado, los más humildes y sumisos, los más entregados al bien público y los ciudadanos menos recelosos" ⁽²⁰⁾.

Es difícil oír lenguaje más firme, al par que más sencillo y elevado. Todos los Hermanos hablaron como el Superior. Las diligencias intentadas individualmente con los Directores de Escuela, como en Bourges, en 1817, no dieron mejor resultado para vencer la justa resistencia del Instituto. Esto irritó al ministro, que resolvió hacer expiar a los Hermanos la fidelidad que profesaban a sus Reglas.

²⁰ Carta fechada en Lyon, el 30 de septiembre de 1816.

Rompiendo la tradición que la Universidad había seguido hasta entonces, pretendió exigirles los títulos individuales que la Ordenanza de 1816 prescribía a los maestros de primeras letras. No nos detendremos en relatar las incidencias de esta lucha, cuyo resultado fue la clausura de varias Escuelas. En el momento en que la administración solicitaba a los Hermanos para que abandonaran el método establecido por las Reglas de la Congregación, quiso el Superior General demostrar más vivamente el peso de su autoridad y la eficacia de su dirección. No era el momento de aflojar los lazos que unían al Jefe del Instituto con sus miembros. Se recurrió al rey, y un arreglo aprobado por el soberano puso en salvo los derechos del Superior General. Se convino en que los Hermanos tomarían los títulos, pero que le serían entregados teniendo a la vista sus cartas de obediencia. Era en febrero de 1819.

No fueron estas las únicas inquietudes reservadas al Hermano Gerbaud. Apenas terminada la crisis lancasteriana, se suscitó otra cuestión vital. El año 1818 se había iniciado la gran discusión de la nueva ley militar; de buenas a primeras se preguntó en una de las sesiones cuál sería la suerte de los Hermanos frente a la ley de reclutamiento. Parte de la Asamblea vaciló en dispensarles de esta carga; pero al fin se convino en una propuesta de Royer-Collard, que los asimilaba a los alumnos de las Escuelas normales y "los dispensaba del servicio militar como personas dedicadas a un servicio público".

Otra importante tarea incumbía al Hermano Gerbaud. Era la de restablecer en París el gobierno de la Congregación.

Fuera de París no podía haber centro adecuado para una Institución cuyos establecimientos eran franceses casi en su totalidad y que a diario tenía necesidad de ponerse en relación directa con los ministerios y con el Gobierno. Los negocios importantes y delicados sólo se tratan bien oralmente; las cartas lo retrasan todo. Allí también se encuentran los obispos de Francia y, a veces, los de las naciones próximas o remotas; es, pues, allí donde se tendrán todas las facilidades para arreglar con los jefes de las diócesis los graves problemas de la fundación de Escuelas y sostenimiento de los Hermanos en cada una de ellas.

El Hermano Gerbaud lo comprendió así, y ésta es la tercera obra grande en que intervino.

El traslado de la sede del Instituto a Paris requería un vasto local en esta ciudad; los amigos de la Congregación pusieron los ojos en una casa que había ocupado el doctor Dubois, en el arrabal de San Martín. La

ciudad adoptó el proyecto y el Consejo general del Sena apoyó la solicitud ante el ministro del Interior; pero en el momento en que se podía creer terminado fracasó todo al chocar con aquella malhadada cuestión de la enseñanza mutua. El ministro dio a entender que tal concesión no podía ser más que la recompensa de la docilidad en plegarse a los nuevos métodos; luego siguieron nuevos disentimientos entre el ministro y el Hermano Superior, a propósito de los títulos individuales. En suma, el curso del asunto quedó totalmente suspendido y no pudo reanudarse sino después que la intervención real puso término a las diferencias. Apenas pasados ocho días desde la solución de los títulos, cuando el duque Decaze autorizó al prefecto del Sena para poner la casa de Dubois a disposición del Hermano Gerbaud. Éste, por desdicha, no tenía a mano los fondos necesarios para atender a los gastos de acomodación del nuevo local. El ministerio se negó claramente a toda subvención ⁽²¹⁾ y sólo en 1821 pudo ser trasladado a París el gobierno.

Al mismo tiempo que la Congregación se ocupaba en su instalación definitiva en París, continuaba difundándose por todas las ciudades de Francia. Veinticinco Escuelas fundadas en 1819 y dieciséis en 1820 marcan sus constantes progresos.

El Hermano Gerbaud no debía sobrevivir mucho a tantas y tan valientes luchas como sostuvo; la muerte lo arrebató el 10 de agosto de 1822.

Durante sus últimos días tuvo el íntimo gozo de ver el estado floreciente de la Orden, al cual él había contribuido poderosamente.

Como queda dicho, la había preservado de los métodos nuevos que trataban de imponerle. Había asegurado la perseverancia del personal, poniéndole al abrigo del alistamiento militar. Finalmente, la había vuelto a París, su centro verdadero y normal.

Tales son sus tres obras; tres glorias de su generalato. Sucesor suyo fue el Hermano Guillermo de Jesús.

²¹ En 1822 se decidió el Gobierno acudir en ayuda de un establecimiento destinado a formar los maestros que tantos servicios prestaban a la juventud Francesa, y el ministro del Interior concedió una asignación de 6390 francos "para ayudar a las reparaciones de la Casa central de los Hermanos".

Llevaba en la Congregación cincuenta años. Desde 1810, emitía el Superior General, acerca de él, este juicio. "No se puede ser más humilde, más suave, más juicioso, prudente, sumiso, más digno de ocupar el primer lugar." Este se le otorgó al morir el Hermano Gerbaud.

Su gobierno duró ocho años; todos de tranquilidad y de esperanza. Pocos Superiores han recorrido período más tranquilo. Dos hechos adquieren en él algún relieve: uno es la creación de una "Escuela normal de maestros". Se estableció en Rouen, y en ella los Hermanos se impusieron la tarea de formar maestros seculares. Tal tipo de Escuela fue imitado, más adelante, por el mismo Gobierno. El otro hecho importante es que los hijos de JUAN BAUTISTA DE LA SALLE se dieron, por entonces, a fundar internados que destinaron a estudios profesionales y comerciales. Esta era una idea de su FUNDADOR, una senda que él había abierto a sus discípulos; recuérdese que éstos, ya en el siglo XVIII, habían puesto en práctica tan alto ejemplo.

Los Hermanos se han anticipado a la mayor parte de los pretendidos descubrimientos pedagógicos modernos; ya lo hemos observado y atestiguado más de una vez.

Es un hecho que hará impresión, como lo esperamos, en la conciencia y en la mente de los jueces más prevenidos.

El colegio de Béziers fue fundado merced al afecto y a la liberalidad del abate Martín, cura de San Afrodísio, de esta ciudad. Hacia el fin de noviembre de 1820 habían fundado allí una Escuela dos Hermanos; mas hasta 1828 no pudo el Hermano Guillermo de Jesús dar las disposiciones necesarias para la creación del internado. Comenzó solicitando autorización para aceptar el legado del abate Martín, que, por desgracia, había fallecido antes de ver realizado su inteligente y piadoso designio. La autorización no fue concedida hasta el 24 de agosto de 1829 por una ordenanza del rey, previo informe favorable del Consejo de Estado. El Hermano Guillermo de Jesús tuvo la satisfacción de ver esta importante fundación reconocida oficialmente, según él lo había solicitado. Murió el 10 de junio de 1830, algunos meses después de firmado este reconocimiento; había tenido la gloria modesta y pura de esta nueva iniciativa y merecido bien del Instituto.

Sucesor suyo fue el Hermano Anacleto, que empuñó las riendas del gobierno en coyunturas harto difíciles. El triunfo del partido liberal había despertado todas las ideas revolucionarias. En general, no es posible formarse idea justa de lo que fueron los años 1831 y 1832; fueron turbulentos, motinescos, malos. El Poder no se sentía con la fuerza necesaria para reprimir las insurrecciones, que ponían al país en constante peligro; el saqueo del arzobispado fue buena prueba. Los Hermanos hubieron de sentir, naturalmente, el contragolpe de este movimiento, que tuvo en todas partes carácter irreligioso. No podían ser populares ante los que, por entonces, cantaban las abominables canciones de Béranger. A gran número de sus Escuelas les retiraron las subvenciones, y once de ellas se cerraron.

Lo más grave fue que una ordenanza de 1831 anulaba a la Congregación el ejercicio de un privilegio al que se atribuía, con razón, legítima y considerable importancia. A pesar de su carácter oficial de miembros de una congregación docente, no pudieron desde entonces obtener el título de capacidad profesional sin haber realizado el examen impuesto a los maestros seculares. Aquí cabe preguntarse si esta determinación del Gobierno fue perjudicial o favorable. Parece más bien lo segundo; pues desde aquel momento podían demostrar que sus éxitos se los debían a sí mismos, ya que hasta las apariencias de privilegio les fueron arrebatadas.

Tal vez fue ésta una de esas pruebas que Dios nos envía, a veces, para el adelanto de nuestro espíritu y la salvación de las almas.

La Congregación no respondió a tantas vejaciones sino dando mayor extensión a su acción bienhechora. Fue por estos días cuando nació una obra preciosa entre todas para la verdadera cultura popular: nos referimos a las Escuelas nocturnas para adultos. Rápidamente se multiplicaron y atrajeron la atención de M. Guizot, quien se ofreció a prestar apoyo, en este particular, a la caridad de los Hermanos.

Estas Escuelas tuvieron suerte; apenas hay ciudad francesa que no haya abierto varias para la juventud obrera. En París han alcanzado notable expansión. La Asociación Politécnica, la Asociación Filotécnica y otras veinte asociaciones rivalizan en ardor, atraen adhesiones, crean recompensas, distribuyen premios. Está muy bien, y estaría mejor si estos

cursos no fueran, con frecuencia, Escuelas de escepticismo y si las letras no se vieran desbordadas por las ciencias.

Mas cualesquiera que sean las deficiencias de estas obras cuya utilidad no es negable, conviene ser justos y atribuir su iniciativa a los Hermanos, que han tenido la primera noción de ellas y las han realizado antes que nadie. Creo que M. Guizot lo hubo reconocido públicamente en la plenitud de su imparcialidad.

Nos han referido que el inmortal autor de la *Historia de la Civilización* preguntó una vez a los alumnos de los Hermanos sobre la historia de Francia, y quedó muy sinceramente impresionado por las excelentes respuestas de aquellos niños. Les felicitó dignamente, como él sabía hacerlo, y nunca hubo elogio más merecido ni mejor acogido.

Por otra parte, el ilustre ministro tenía gran empeño en todo lo concerniente a la instrucción del pueblo. La ley de 1833, la primera que se ha preocupado de organizar el conjunto de la enseñanza primaria, fue obra suya. En ella se desarrollaban los programas de este grado de enseñanza, instituyendo para los maestros el título "superior", al lado del "elemental". En ella se establecía, en cada departamento, una Escuela normal de maestros, cuya primera idea puede legítimamente reivindicar el Instituto de las Escuelas Cristianas. Esta ley creó entre los maestros seculares y los Hermanos una competencia o emulación cada vez más activa. Estos se limitaron a redoblar los esfuerzos para conservar el primer puesto en aquella guerra universal que se declaró a la ignorancia. El Hermano Anacleto, después de haber tomado el parecer de un Capítulo General que se reunió con este objeto en 1834, revisó los textos del Instituto, introduciendo en ellos los adelantos en que los maestros de la Congregación prosiguen tenazmente en la práctica de su enseñanza.

Inspirándose en un pensamiento del Sr. DE LA SALLE, restableció los noviciados menores, casas en que se admiten jovencitos que se sienten seducidos por el noble título de Hermano de las Escuelas Cristianas. Allí se perfecciona su educación, se estudia su vocación y se les inicia poco a poco en la vida religiosa.

El celo y las virtudes del Hermano Anacleto habían atraído la atención universal. M. Guizot, conocedor de su mérito, quiso suspender en el pecho de aquel valiente campeón de la enseñanza la Cruz de Honor. "Consultando el espíritu de las Reglas del santo FUNDADOR", el Superior General rogó al ministro que se dignara aceptar sus excusas y su agradecimiento, al par que su negativa. La recompensa que ambicionaba

era más elevada; no la esperaba más que de Dios, y una muerte prematura vino pronto a coronarle.

Cuando los Hermanos lo perdieron, en 1838, apenas contaba cincuenta años.

* * *

En el momento de esta muerte, en el umbral del dilatado gobierno del Hermano Felipe, al cual dedicaremos todo un capítulo, tal vez sea oportuno hacer breve pausa para observar cuáles han sido, desde la lenta y difícil reconstitución del Instituto, los resultados obtenidos por cada uno de sus gobernantes.

Durante el Vicariato del Hermano Frumencio, se ha creado a la Corporación dispersa un centro real y visible: Lyon. Luego, se acertó en ir vinculando a ese centro todos los elementos dispersos de la vulnerada Orden, que quería revivir y obtuvo en aquel momento una particular bendición del Sumo Pontífice. Un paso más, y los religiosos, reconocidos por el Estado, pudieron revestir su hábito.

Aun eran muy pocos e intentaron aumentar. Un llamamiento a los antiguos llenó las comunidades.

Son incorporados a la Universidad imperial y hallan en esta dependencia, no exenta de peligros, ciertas garantías para su existencia presente y su prosperidad futura.

Al Hermano Frumencio, Vicario General, le sucede el Hermano Gerbaud, verdadero Superior General, que continúa virilmente la tradición de los que le precedieron antes de la Revolución.

La lucha contra las Escuelas "mutuas" consume buena parte de su vida; lucha terrible, lucha por la vida, de la que sale vencedor.

Después, la cuestión del servicio militar; nuevos combates y triunfo decisivo.

Finalmente, retorno del gobierno a París como a su centro antiguo y necesario. Tal fue la obra del Hermano Gerbaud, y apenas la hay más bella.

Con su sucesor, el Hermano Guillermo de Jesús, viene la fundación de la normal de Rouen y la creación del colegio de Béziers, diseñado sobre los del siglo XVIII, que a su vez servirá de tipo a otros veinte.

En cuanto al Hermano Anacleto, acabamos de asistir a todas las fases de su gobierno. "Competencia leal y luminosa con los maestros seculares, apertura de Escuelas nocturnas y restablecimiento de los noviciados menores." Estos son sus tres títulos de gloria ante los hombres y ante Dios.

Como se ve, la Congregación progresa y progresa siempre. Cada año de su existencia queda señalado por la creación de algún tipo nuevo; por alguna innovación pedagógica, atrevida y práctica a la vez; por algún "paso adelante"; por alguna victoria.

Por bien reconstituida y fuerte que esté, aun la amenazan muchos peligros. El Poder está receloso; la Revolución no se desarma. En estas condiciones recibe el Gobierno el Hermano Felipe.

CAPÍTULO V

EL HERMANO FELIPE (1838-1874)

Personificación completa y admirable del Instituto en el siglo xix es el Hermano Felipe, sucesor del Hermano Anacleto.

Había nacido el 1.º de noviembre de 1792, algunos meses después del martirio del primer Hermano víctima de su fidelidad a la Iglesia: *Sanguis martirum, semem christianorum*. Era de estirpe montañesa y poseía, efectivamente, todas las notas de esa raza austera y fuerte. Sus padres eran humildes labradores de la aldea de Gachat, en el municipio de Apinac, departamento del Loira. Habitaban una casa pobre, a una altura de casi mil metros. Cristianos de vieja cepa, habían conservado incólume la fe y daban albergue a los sacerdotes juramentados. Cuando en la montaña había algún moribundo que pedía los sacramentos, el sacerdote ya sabía a quién debía dirigirse para que le guiase y le defendiese en caso necesario. Allí estaba Pedro Bransiet. Su hijo, Mateo, fue educado en circunstancias semejantes a las de las catacumbas.

Llegado apenas a los diecisiete años, el que había de ser luego el Hermano Felipe se sintió invenciblemente atraído hacia la Congregación del Sr. DE LA SALLE. En 1809 le hallamos en el noviciado de Lyon, bajo la dirección del Hermano Emery, cuya santidad irradió sobre él. Luego le puso Dios en relación con el admirable Hermano Gerbaud, cuya maestría dejó huella en el joven, del cual empezaba a decirse: "Este será un día el Superior de la Congregación". Este "futuro superior" no permaneció mucho tiempo en Lyon; quisieron utilizar su buena inteligencia y su celo ardiente en otras partes. Como sabía de matemáticas, le enviaron a enseñarlas a la Escuela de Auray, donde pasó días felices, no lejos del santuario de Santa Ana. Estaba tan precozmente maduro para la dirección de las almas, que le llamaban el "joven abuelo". Fue, sucesivamente, Director en Rethel, en Reims y en la comunidad de Saint-Nicolas-des-Champs, en París, luchando en todas partes por las tradiciones de su Congregación, combatiendo el lancasterianismo, formando excelentes alumnos y escribiendo sus primeros libros, principalmente la Geometría practica aplicada al dibujo lineal. Allí fue propuesto para la inspección de todas las Escuelas congregacionales de París. Cuando, después de la

Revolución de 1830, el Capítulo General eligió como Superior al Hermano Anacleto, el Hermano Felipe, a la sazón de treinta y ocho años, fue uno de los cuatro Asistentes que le dieron.

Finalmente, el 21 de noviembre de 1838, los votos de los Hermanos le confiaron la dirección suprema, que ejerció durante cerca de treinta y seis años, duración mayor que la de todos sus predecesores, salvo la del Sr. DE LA SALLE. LOS únicos que no se alegraron de esta elección fueron los novicios menores, de los cuales él se ocupaba, con gran solicitud, desde hacía algunos años.

Las personas eminentes que han tenido relaciones con el Hermano Felipe y han solicitado, a veces, las luces de su experiencia admiraron siempre su rara inteligencia, la elevación de sus miras y su genio para la administración. "Hay en este hombre madera de ministro", dijo de él un hombre de Estado. Estas brillantes cualidades, apreciadas por cuantos le trataron, no eran más que el reflejo exterior de aquella alma selecta. Para conocer sus bellezas íntimas sería preciso preguntar a los religiosos que han vivido de su vida, que han tenido diariamente a su vista las pruebas de su espíritu de fe, de su caridad, de su vinculación a la Regla, de su amor al trabajo, de su humildad, de su piedad; habría que repasar sus admirables circulares sobre la observancia de las Reglas de la Congregación, sobre la santidad, sobre la unión fraterna, sobre nuestra misión ante la juventud. Tal dirección, ejercida durante tan largo tiempo, no podía menos de desenvolver poderosamente los progresos del Instituto.

El Hermano Felipe dio un magno impulso a los colegios, institución tan útil como fecunda. Lo que habían hecho los Jesuitas durante los tres siglos anteriores en favor de los niños de la nobleza y de la alta burguesía, lo hicieron los Hermanos, en el curso del XIX, en pro de la clase media y, sobre todo, de los innumerables jóvenes destinados por sus familias al comercio, a la agricultura o a la industria.

La ley de 1833, inspirándose una vez más en los ejemplos dados por los Hermanos, había ampliado los programas de enseñanza primaria; la Congregación aprovechó esta coyuntura para establecer muchos centros análogos a los que, en el antiguo régimen, habían estado tan prósperos. Gracias al celo del Hermano Felipe se vieron surgir muy pronto los magníficos colegios de Tolosa (donde debía ejercer por largo tiempo el Hermano Irlide), el de Passy, el de Lyon, el de Saint-Etienne, el de Nantes, Dijón, Bayona y, por fin, el de Beauvais, con una granja modelo aneja, otra innovación de las más felices.

El cuidado de los presos ocupa honroso lugar entre las admirables prácticas conocidas como "Obras de misericordia" que el mismo JESUCRISTO ha establecido. Los mayores sufrimientos de los encarcelados suelen ser los del espíritu, aunque con frecuencia tienen también sus cuerpos enfermos o envejecidos. Por eso es necesario que una mano suave cure las llagas abiertas en aquellas pobres almas; es preciso introducir, prudentemente, la luz de la vida en las conciencias entenebrecidas por el mal. Restituir a la virtud mentes pervertidas no había parecido al Sr. DE LA SALLE función incompatible con la de moldear el corazón inocente de los niños. Este pensamiento fue, como hemos visto, quien le movió a aceptar el cuidado de los niños y jóvenes rebeldes en el reformatorio de San Yon. El Hermano Felipe tuvo a honra restablecer este aspecto de la obra del FUNDADOR. Si el apostolado de los Hermanos en las cárceles duró tan corto tiempo fue debido a las turbulencias que sobrevinieron en Francia con la Revolución de 1848. Primero habían estado empleados cuidando a los presos de Nimes en 1841, y su saludable influencia no tardó en manifestarse. "No puedo olvidar —escribía el ministro del Interior— que cuando los Hermanos fueron llamados a la prisión central de Nimes este establecimiento se hallaba, desde el punto de vista sanitario, en condiciones las más censurables, y estoy convencido que la notable mejora en la salud de los presos, desde hace más de un año, es debida, en gran parte, a la exacta vigilancia de los Hermanos, a su espíritu de justicia y a la influencia moral que ejercen sobre los detenidos, con el ejemplo de su abnegación, con sus prudentes consejos y piadosas exhortaciones."

Pronto les entregaron también los establecimientos de Fontevrault, Melun y Amiens. Durante siete años se dieron al cuidado de los presos sin preocuparse de los peligros que podrían amenazarles.

Sin embargo, estos peligros no eran leves, como lo prueba el asesinato cometido en Nimes, en 1845, en la persona del Hermano Pascual.

Como contragolpe de las agitaciones populares de 1848, se produjo en las prisiones gran excitación; esto movió al Hermano Felipe a retirar de ellas los religiosos para dedicarlos exclusivamente a la enseñanza. En ella estaban, desde luego, como en terreno que no se les podía disputar.

Desde la orden de 18 de abril de 1831, los Hermanos quedaron sometidos, como todos los demás aspirantes al magisterio, a exámenes públicos ante las comisiones establecidas en la capital del departamento. Estaban sometidos al derecho común.

El Hermano Felipe tuvo muy pronto ocasión de dar pruebas de la excepcional competencia adquirida en materias pedagógicas. Cuando se preparaba la ley de 1850 fue llamado a la comisión extraparlamentaria encargada de elaborar el proyecto de la nueva organización. Sus colegas recogieron con respeto las lecciones de su experiencia.

La ley de 15 de marzo de 1850 fue seguramente una de las más importantes del siglo XIX, juzgando por sus felices resultados. El texto votado por la Asamblea estaba saturado de un carácter profundamente liberal. Los Hermanos, aunque quedaban sujetos a obtener el título de capacidad, tenían plena libertad para elegir los métodos y gozaban la exención del servicio militar a condición de "contraer el compromiso de dedicarse a la enseñanza durante diez años". Desgraciadamente, la ejecución de las leyes no siempre se conforma al espíritu que las ha dictado, y los Hermanos hubieron de sufrir pronto nuevas y rudas pruebas.

Se quiso obligarles, en primer lugar, a cobrar retribución de los alumnos que enseñaban. Esto estaba en contradicción con el principio fundamental de la gratuidad impuesta por el FUNDADOR. A pesar de todo, el ministro de Instrucción pública se negó a desistir en ninguna de sus exigencias; cerró varias Escuelas y amenazó extender a todas esta determinación. El 10 de junio de 1861 escribió al Superior General, anunciándole que "si continuaba la resistencia, el Gobierno negaría la benevolencia a la Corporación de las Escuelas Cristianas".

El Superior vaciló largo tiempo y no creyó que debía comprometer la suerte de las Escuelas por conservar en su integridad absoluta la Regla seguida hasta entonces por el Instituto. Después de haber tomado el parecer del Capítulo General y haberlo transmitido a la Santa Sede, cedió y se declaró pronto a aceptar las exigencias del Gobierno; pero sólo mientras duraran las circunstancias que las imponían. El sistema al cual se acomodó mantenía, por otra parte, a la Congregación al margen de la retribución escolar. Esta continuaba enseñando a todos los niños sin aceptar nada de ellos; la retribución la percibía en nombre de los municipios y por cuenta de ellos.

Después de haber combatido la gratuidad de la enseñanza que daban los Hermanos, se quiso restringir la extensión de ésta. En 1862 fue atacado el Director del colegio de Dijón porque "sus programas contenían materias que no figuraban en la ley de 1850". Pero esta vez el ministro de Instrucción se mostró más prudente y renunció a un sistema de enredos igualmente indigno del Gobierno y de la Congregación.

M. Duruy comprendió que lo mejor que podría hacer era inspirarse en los ejemplos que habían dado los Hermanos y tomar de ellos sus mejores ideas, sus progresos y sus modelos. El plan de estudios del colegio de Passy sirvió de paradigma a la ley de 21 de junio de 1865 para organizar la segunda enseñanza especial. Pero pocos meses después de rendir este homenaje a los profesores religiosos, el mismo ministro redactó una circular que comprometía gravemente su reclutamiento sometiendo a la obligación del servicio militar a los religiosos que enseñaban en las Escuelas libres.

La ley de 1850, según el uso que uniformemente se hizo de ella hasta entonces, había concedido la dispensa a los miembros de asociaciones religiosas que contrajeran el compromiso de dedicarse a la enseñanza pública durante diez años. Basándose en ella no podía establecerse distinción entre Escuelas privadas y comunales. M. Rouland, poco sospechoso de parcialidad a favor de los Hermanos, había reconocido que "el Hermano encargado de una Escuela libre dependiente de la asociación no pierde los derechos a la dispensa". M. Duruy cambió todo esto, y en su circular del 14 de febrero de 1866 declaró que para aprovechar la exención del servicio militar era preciso "darse a la enseñanza pública en un establecimiento de enseñanza pública". Esta interpretación fue vivamente atacada y llevada al Senado. El discurso pronunciado por Mgr. Bonnechose, arzobispo de Rouen, puso en evidencia la ilegalidad de la circular ministerial, que pretendía modificar los términos del compromiso regulado por la ley; pero su discurso no pudo triunfar de la resolución tomada por el ministro y aprobada por el Senado. Al año siguiente vino a añadirse a las inquietudes del Hermano Felipe el proyecto de ley referente a la guardia nacional móvil.

Habló, se movió en favor de la Congregación amenazada y consiguió, por fin, que insertaran en la ley de febrero de 1868 disposiciones que ponían legítimamente a salvo los intereses de los Hermanos.

Las pruebas son, para las obras bendecidas por Dios, un estímulo de lo alto para los que trabajan en ellas. Decir que su celo no retrocede ante las dificultades del trabajo es bastante decir. Así que, no contento con enviar los Hermanos a todos los lugares de Francia, el Hermano Felipe los repartió desde entonces por todas las ciudades de Europa. En Londres tienen un verdadero palacio. En Viena les entregan, en 1858, la dirección del gran Colegio de Huérfanos Imperial y Real. En Turín se presentan en

sus Escuelas más de tres mil quinientos niños. Se les halla en Suiza, en Inglaterra, en Prusia, en Austria. Bélgica, que les había acogido desde 1815, no se cansa de recurrir a ellos y de encomendarles Escuelas primarias o de adultos, colegios y Escuelas normales. En 1844 pusieron a disposición de ellos el antiguo castillo de los duques de Bouillon, en Carlsbourg, estableciendo en él una Escuela normal y un internado, donde se forman maestros para las Escuelas del Gobierno.

En Irlanda hay una Congregación docente, fundada por Mr. Edmond Rice, con el nombre de "Hermanos Cristianos", regida, desde 1804, por estatutos extraídos de la Regla de JUAN BAUTISTA DE LA SALLE. Esta Congregación mantiene afectuoso comercio de ideas y respetos con la de las Escuelas Cristianas, que desde hace tiempo posee también en Irlanda varios establecimientos. Los Hermanos irlandeses de las Escuelas Cristianas han avanzado hasta Australia. ¿A dónde no irán?

Los Hermanos, en efecto, pasan los mares y van llevando el método del humilde sacerdote de Reims por todas las comarcas del universo.

Estos adelantados de la civilización, como les llamó un ilustre viajero, van a trabajar en la regeneración del Oriente, repitiendo las enseñanzas de la moral evangélica a los descendientes de los primeros cristianos de Asia y África, en otro tiempo nuestros hermanos mayores en la Fe.

Argelia halla en ellos uno de sus mejores elementos de civilización. Desembarcaron allí en diciembre de 1853, y pronto se esparcieron desde Argel, a Orán, a Buida, a Tremecén, a Constantina, a Miliana, a Mostaganen, a Stora. En Túnez se sienten alentados por el rey, y varios centenares de niños llaman todas las mañanas a la puerta de sus Escuelas en Túnez y en La Goleta. En Alejandría y en El Cairo tienen Escuelas gratuitas para los católicos y colegios abiertos a los niños de todas las creencias. En Constantinopla, cuando era plena capital del Islamismo, establecieron uno de sus más bellos colegios, el de KadiKeui, y tres grupos escolares en Para, en Pancaldi y en Galata.

Su marcha hacia Oriente no se detiene ahí; conquistada Cochinchina, se establecen en Saigón y en Myto, en 1866; luego, en Vin-Longh, en 1869.

No era ésta la primera vez que llevaban la enseñanza a playas tan lejanas. Ya en 1816 habían puesto el pie en la isla de la Reunión; pero durante el gobierno del Hermano Felipe se incrementó más su influencia

en esta isla, donde los santos Hermanos Escubili3n y Parascève trabajaron en la regeneraci3n de la raza negra.

Su misi3n no fue menos fructuosa en Madagascar. Establecidos en Tananarive, en 1866, gozaron de gran popularidad entre la poblaci3n malgache.

Donde principalmente se desarroll3 el Instituto con gran rapidez fue en el inmenso continente americano. La primera tierra que les recibió fue el Canadá. El 23 de diciembre de 1837 se abri3 una Escuela en Montreal, que no tard3 en gozar de universal favor. Dos a3os despu3s eran veinticinco Hermanos y mil ochocientos alumnos. Luego se fundaron otros centros en Quebec y en Trois-Rivières. Pronto desbordaron el Canadá e invadieron los Estados Unidos, en donde habían de tomar maravilloso incremento. Se establecen en Baltimore, en Nueva York y, finalmente, cubren de Escuelas cat3licas todo el suelo de la libre América. Sus establecimientos en América del Norte eran bastantes en 1863 para que el Hermano Felipe los dividiera en dos provincias: la del Canadá y la de los Estados Unidos, cada una con su noviciado y asegurado su porvenir.

Hay en esta conquista de Norteamérica una fisonomía original, casi legendaria: es la del excelente Hermano Facile, que, envuelto en una corteza un tanto ruda, no sabría a primera vista justificar su nombre; pero que en el Canadá y en los Estados Unidos dejó tras sí, en 1861 (n3tese esta fecha y suéñense los progresos posteriores), "setenta y ocho Escuelas, doscientas cincuenta y nueve clases, trescientos sesenta y ocho Hermanos y setenta y cuatro novicios".

Las necesidades de las almas varían según los países; esto impone a las instituciones que se extienden por muchos la necesidad de introducir cierto grado de flexibilidad en el rodamiento de su organismo. Allá en América faltaba clero; fue, pues, necesario que el programa de enseñaanza de las Escuelas Cristianas se prestase a favorecer las vocaciones eclesiásticas; para ello los Hermanos introdujeron algunas modificaciones necesarias en sus métodos.

Había allí otra clase de niños que reclamaba cuidados muy distintos. Al lado de la Escuela primaria hubo que abrir talleres para una multitud de niños pobres y abandonados, a quienes los sectarios educaban entonces en el odio al catolicismo; el arzobispo de Nueva York resolvió salvarlos recurriendo a la caridad de los Hermanos.

Hemos hablado hace poco de la curiosa fisonomía del Hermano Facile; pero se nos ofrece allí otra tan original como la suya: es la del

Hermano Patricio; un irlandés que dirigió el gran colegio de Manhattan, en Nueva York, el cual puede equipararse a una universidad en la que incluso se dan los títulos. Pero al Hermano Patricio se debe, sobre todo, la organización del famoso "Protectory", de Nueva York; un inmenso patronato para niños católicos desamparados, que, como San Nicolás, de París, contiene a la vez Escuela y taller. En menos de diez años, desde 1863 a 1872, se recogieron en él seis mil niños y se gastaron más de siete millones.

¡Cuán humildes parecen nuestras obras del viejo continente comparadas con estas maravillas!

Sería imposible olvidar aquí la noble República del Ecuador, que se estima feliz en poseer también Escuelas Cristianas, y aquella ciudad de Quito, donde murió el Hermano Albano, mártir de su celo. El día que le anunciaron su próxima partida de este mundo dijo: "Desde que estoy en el Ecuador he comulgado todos los días como si fuera por viático, con el fin de prepararme a la muerte". Esta lectura parece verdaderamente la de las Actas de los primeros mártires.

La rápida exposición que hacemos aquí de los trabajos del Hermano Felipe no puede darnos idea exacta de su admirable actividad. Puede decirse de este varón selecto que ha considerado como un deber el continuar todas las obras del santo FUNDADOR, vivificadas por el espíritu del mismo. Nada es más difícil que conservar en una institución su espíritu primitivo y adaptarla, al mismo tiempo, a las modalidades de nuevas épocas. El Hermano Felipe ha tenido este raro talento. Ha sabido conservar su carácter original a las Escuelas primarias y a las de adultos, lo mismo que a las profesionales, a los noviciados menores y a los colegios. Pocas Órdenes hay en la Iglesia que hayan experimentado menos cambios que aquella de la cual él fue jefe. Y sin embargo, todas esas obras son esencialmente "modernas", son muy "siglo XIX", si es lícito expresarse así.

Mas, sentimos no poder hablar de él sino a la ligera; habría que citar literalmente todo el bello libro que M. Poujoulat le dedica. De él hemos sacado más de un rasgo; lo que falta es su lectura completa.

Toda la historia de estas fundaciones nos conduce hasta la guerra de 1870. Desde el principio el Hermano Felipe, ofrece todas sus casas para recoger en ellas a los heridos y responde del celo de sus religiosos. Esta es, sin duda, una tarea muy nueva para los Hermanos; sin embargo, no vacilan, y durante prolijos meses son fieles a deberes para los que no se

creían preparados. Por dondequiera que pasa el terrible azote se les ve correr a la cabecera de los que sufren; y concluida la jornada de su dura labor en la Escuela, pasan la noche al pie de los moribundos.

Mueren varios de viruela o de tifoidea, víctimas del deber que libremente se habían impuesto: muere en Mer (Loir-et-Cher) el Hermano Alberciano José; en Rethel, el Hermano Bénonien; en Clamecy, el Hermano Honorio Mártir; en París, el Hermano Berrier.

¿Quién contará el número de heridos que alcanzaron su curación por los cuidados inteligentes de estos religiosos y la afectuosa vigilancia de que delicadamente rodearon a tantos desgraciados? ¿Quién referirá, sobre todo, el número de moribundos cuyos últimos momentos fueron suavizados por el murmullo de palabras esperanzadoras que los depositaban, por decirlo así, en los brazos de un Dios largo tiempo olvidado?

En París pudo apreciarse mejor que en ninguna otra parte la heroica abnegación de los Hermanos. La comunidad de la calle Oudinot formaba una milicia en miniatura. Con el Hermano Felipe como general, conquistó la más pura gloria en los combates de la caridad. Imaginémos este hospital de sangre con su fisonomía pintoresca: heridos que llegan transportados en parihuelas; ir y venir constante, como en un hospital bien organizado; ligeras camas de hierro, cubiertas con blancas ropas; Hermanos jóvenes, con brazaletes de la Cruz Roja administrando suavemente pociones a los febricitantes y a los amputados; ancianos aconsejando y ordenando, y sobre todo esto un Crucifijo que reviste la escena de un carácter superior, profundamente cristiano.



La víspera de las luchas supremas que habían de honrar la resistencia de la capital la obra de las Ambulancias de la Prensa propuso a los Hermanos que les sirvieran de camilleros. El Superior General transmitió a sus subordinados el deseo de la obra parisiense, dándoles toda libertad para aceptarla o no. Los invitados no vacilaron un instante; ciento cincuenta de ellos asistieron a la batalla de Champigny los días 30 de noviembre y 1.º de diciembre.

Habituados al orden y a obedecer sin discusión, desempeñan su nuevo oficio como si lo hubieran practicado siempre. Se mezclan entre los soldados y se precipitan a los lugares en que las descargas son más intensas. Apenas cae uno, corren a su lado, lo levantan con las debidas precauciones, lo tienden sobre la camilla y lo llevan suavemente a la ambulancia. Vuelven luego tranquilos, bajo el fuego del enemigo, para ocupar su puesto y observar dónde hay otros heridos.

Uno de ellos fue herido en un brazo cuando transportaba un soldado; pero no por esto lo abandonó; lo dejó en la ambulancia y volvió a buscar otro; mas esta vez la explosión de una granada le hirió una pierna; saca tranquilo su pañuelo, vendar la herida y prosigue su ruda y santa labor.

Se ofrecen al peligro en todas partes; los oficiales se creen en la obligación de moderarlos. "Hermanos —les grita el general Ducrot—,

entran ustedes demasiado en la avanzada. Existe ahí peligro cierto; retírense." Y no se retiraron sino de mala gana.

Al terminar el combate y darse cuenta los vencidos de la imposibilidad de atravesar la cortina de metralla que les cerraba el camino hubo que pensar en dar sepultura a los cadáveres. Nueva tarea para los abnegados camilleros. Durante dos largas jornadas anduvieron recogiénolos entre la nieve, que había tendido sobre ellos su blanco sudario. Los levantaban con respeto y colocándolos en vehículos, los transportaban a una profunda fosa, destinada a recibir los restos de los bravos defensores de su patria. Como al anochecer del segundo día la fúnebre tarea no había terminado, hubo de continuarse a la luz de antorchas, que fulguraban tristemente sobre aquel campo de muerte. Solo avanzada la noche pudieron, agotados de fatiga, terminar aquellos inmensos funerales.

Cuando la planicie quedó limpia de los cadáveres que la tapizaban, cuando los infelices cuerpos mutilados y rígidos por el frío quedaron cubiertos de tierra, los piadosos sepultureros se arrodillaron, y sus voces, mezcladas con lágrimas, murmuraron sobre ellos el último adiós, con la última plegaria.

Pasados apenas quince días, la batalla de Burget dio a los Hermanos nueva ocasión de demostrar su patriotismo. El 21 de diciembre pudo vérselos en los puntos más avanzados de las líneas francesas, prontos a recoger los heridos o a auxiliar a los moribundos.

Pero en Burget la prueba fue mayor que en Champigny o, hablando más cristianamente, fue mejor la recompensa. En el momento en que cesó el fuego por la parte de Courneuve, salió un grupo de ellos a recorrer el terreno en que, durante varias horas, se había desarrollado la furiosa batalla. Les precedía la bandera de la Cruz Roja, cuando, de repente, suena una descarga de las filas prusianas y uno de los camilleros cae con el pecho atravesado por un proyectil. Este era Juan Bautista Baffie, el Hermano Nethelmo.



Lo transportan en seguida a Saint-Denis; pero desde la primera cura reconocen los médicos que la herida es mortal.

Esta prueba, lejos de intimidarles, los incita. Escogen los puestos más penosos, y los cirujanos admiran el celo, la habilidad y el valor de estos nuevos auxiliares. El doctor Ricord, que tanto interés tomó por los hospitales de sangre, no se cansa de testificar su admiración hacia los Hermanos. Al anochecer el día de la batalla de Burget encuentra a uno de los Asistentes del Superior General y le dice:

—Hermano, ¿cómo sigue nuestro carísimo herido?

—Mal, muy mal, doctor —le responde—; apenas nos queda esperanza de salvarle.

—Hermano —dijo entonces el doctor conmovido, tendiéndole la mano—, ¿hay costumbre de abrazarse entre ustedes?

—No tenemos regla para eso —le respondió.

—Pues bien, entonces permítame el honor de darle un abrazo; son admirables usted y los suyos. Lleve este símbolo de mi admiración al Hermano Felipe y a todos los demás, y dígales que a todos les damos las gracias en nombre nuestro y en el de Francia.

El 22 de diciembre, nueva batalla y nueva intrepidez, siempre silenciosa y humilde, entre nuestros bravos camilleros. Mientras afrontaban el fuego, que se había llevado a uno de ellos, el herido Hermano Nethelmo consumaba su sacrificio entre horribles padecimientos. Espiró santamente el 24 de diciembre. Una inmensa muchedumbre se apretujaba en sus funerales como tributo de homenaje a aquel mártir y a la Asociación que sabía inspirar a los suyos tan modesta y noble abnegación.

Algunos días después, el 11 de enero, la misma multitud acompañaba, con profundo sentimiento de compasión, los féretros de cinco niños del internado de San Nicolás que, durante el bombardeo de París, cayeron víctimas de una bala de cañón que penetró en su dormitorio.

Después de haberse sacrificado valerosamente durante la guerra del 70, aun esperaban a la Congregación otras pruebas por parte de la Comune, dueña absoluta de París durante dos meses. Los Hermanos de Ménilmontant, sorprendidos mientras daban clase, fueron apresados y expuestos, sin cesar, a toda clase de amenazas e insultos. Se les perseguía por todas partes para que se alistaran en los batallones sublevados; veintiséis de ellos fueron encarcelados, en Mazas, con los rehenes.

La casualidad les libró de los asesinatos en masa que ensangrentaron los últimos días de mayo y aterraron al mundo.

Durante aquellos terribles meses de abril y mayo había quedado en la Casa Matriz el Hermano Calixto, Asistente. Desde el 11 de abril un comisario y un delegado de la Comune, con cuarenta guardias nacionales, cercan la casa de la rue Oudinot y declaran que, en ausencia del Superior, tienen orden de llevarse al que le sustituye. Se presenta a ellos el Hermano Calixto, y todos los demás le quieren acompañar. La multitud se agolpa en la calle, manifestando su pesar e indignación; los mismos agentes de la guardia nacional se sienten conmovidos y, finalmente, el Hermano Calixto es puesto en libertad.

Cuando se restableció el orden, la nación quiso testificar su agradecimiento a una Asociación que la había servido tan valerosamente.

La Academia francesa iba a adjudicar un premio ofrecido por la ciudad de Boston "al más bello ejemplo de patriotismo que se hubiera dado durante la guerra". Este premio recayó sobre la Congregación de SAN JUAN DE LA SALLE. Nadie quedó en Francia más atónito que los mismos Hermanos.

El doctor Ricord, que había visto a los Hermanos tan de cerca durante los oscuros días de la guerra, quiso dar nuevo testimonio de ellos en plena luz, y como aguinaldo de 1872 envió al Hermano Felipe una noble carta, franca y espiritual a la vez, en la que se leen estas encantadoras palabras: "Regresen ya; continúen su bella misión; no siempre formarán ingratos. Muchos recordarán que ustedes les han enseñado la primera letra, la primera palabra correcta y honrada de su lengua y la primera plegaria que elevaron a Dios". He aquí una carta que vale más que muchos premios.

Entonces quisieron obligar al Hermano Felipe a aceptar la Cruz de Honor. Fue muy difícil vencer su modestia, y sólo un argumento logró resultado: "Honramos en usted a toda la Orden", le dijeron. Ante esto, cedió.

Estos unánimes testimonios de admiración hacia los Hermanos conmovieron profundamente al Superior General; pero Dios reservó para su ancianidad otro consuelo mucho más precioso el de presenciar los visibles progresos con que adelantaba en Roma la causa del santo FUNDADOR.

Había sido introducida en 1835, y fue el 8 de mayo de 1840 cuando Gregorio XVI le declaró *Venerable*. Treinta y tres años después, el 1º de noviembre de 1873, apareció el decreto declarando que "JUAN BAUTISTA DE LA SALLE había practicado en grado heroico las virtudes cristianas".

El Hermano Felipe fue llamado a Roma para asistir a la solemne glorificación de su santo PREDECESOR; Pío IX le recibió con la sonrisa que iluminó toda la cristiandad durante el más largo y glorioso de todos los pontificados. Tuvieron juntos pláticas que no conocemos y quizá no se conocerán nunca; mas puede sospecharse lo que se dirían aquel gran Papa, acostumbrado al gobierno de los hombres, y aquel viejo religioso, habituado al gobierno de los niños, etapa preparatoria para llegar a hombres. Pío IX veía largo y obraba mucho; el Hermano Felipe no podía dejar de amarle.

Después de haber asistido al primer triunfo de JUAN BAUTISTA DE LA SALLE y haber tratado con el Soberano Pontífice los asuntos importantes de la Congregación, tuvo que desprenderse de Roma para volver y terminar entre los suyos la vida de sacrificio y amor en que se consumió. Nunca se apartaba uno de Pío IX sin angustia, y el Hermano Felipe la experimentó: "Después de permitirnos el Padre Santo besarle la mano, y dándonos su bendición a nosotros y al Instituto —escribió en aquel entonces—, nos postramos de nuevo tres veces al dejarle. Aquel momento estuvo lleno de emoción, sobre todo para mí, que pensaba: ¿No será, acaso, por última vez? Cuando uno es acogido tan bondadosamente por un Pontífice tan grande, tan magnánimo, tan ilustre; por el Vicario de JESUCRISTO, no se puede dejarlo sin regar el suelo con lágrimas".

Aquellos presentimientos no engañaban al santo religioso; pocos días le quedaban para ocuparse de sus novicios y de sus Escuelas.

El 31 de diciembre de 1873, ya muy abatido por el sufrimiento, recibió una representación de los alumnos de San Nicolás, con ocasión del

año nuevo; les dirigió algunas palabras, que pueden considerarse como el testamento de aquel hombre, cuya vida entera estuvo noblemente consagrada a la educación popular: "Queridos niños —les dijo—, os agradezco la molestia que os habéis tomado tan temprano para venir a manifestarme los deseos de que pase un año feliz; tal vez no lo veré terminar. Me han emocionado los buenos sentimientos que me habéis expresado tan bien y no os deseo más que una cosa: ésta es que avancéis en virtud. Seguid sirviendo al SEÑOR; éste es el medio de que seáis felices en esta vida y en la otra. Amad a vuestros padres, que se han impuesto tantos sacrificios por vosotros; estimad a los Hermanos, que tanto se interesan por vuestro porvenir, y recordaos toda la vida de sus prudentes avisos. ¡Adiós, queridos niños!"

El primero de enero quiso aun asistir a misa y comulgar con la comunidad. Fue como la despedida; por última vez ocupó su sillón y por última se arrodilló en su sitio del comulgatorio. Terminada la misa, los enfermeros le invitaron a volver a la celda, y allí se acostó para no levantarse más. El 6 de enero se agravó de repente. Recibió el Viático con la mayor devoción, y el Vicario de CRISTO envió su suprema bendición al que poco antes había estrechado afectuosamente contra su corazón. Murió el 7 de enero. Hay en el Instituto de las Escuelas Cristianas una palabra a la que el agonizante responde siempre con predilección: "¡Viva JESÚS en nuestros corazones!" Y responde: "Por siempre".

Es a modo de una palabra consigna en el umbral de la eternidad.

Hacia las ocho de la mañana, el Hermano Irlide, Asistente, inclinándose sobre el lecho del Superior, pronunció las palabras de JESUCRISTO en la CRUZ: "SEÑOR, en tus manos encomiendo mi espíritu"; después, añadió: "¡Viva JESÚS en nuestros corazones!" El Hermano Felipe, como fiel soldado, queriendo responder al llamamiento, intentó añadir: "Por siempre", y al esfuerzo para pronunciarlo exhaló el último suspiro. La comunidad, reunida en la capilla, que había empezado rezando el rosario, terminó de repente con el *De Profundis*. La Congregación estaba huérfana.

Cuando la triste nueva se difundió por París, provocó una explosión de dolorosa simpatía, que atestiguó elocuentemente la popularidad del humilde religioso.

Durante los dos días que precedieron al sepelio, la capilla ardiente en que yacían su despojos se vio asaltada sin pesar por la piadosa muchedumbre, que ansiaba ver por última vez al "santo".

La modesta carroza fúnebre que el 10 de enero llevaba a su última morada los restos mortales del difunto se vio acompañada de una inmensa turba. Hombres de todas las clases sociales tuvieron a honra el asistir a las exequias del ilustre anciano que tanto y tan bien se había desvelado por la Iglesia y por la patria. Aquello fue una de esas manifestaciones espontáneas que revelan el íntimo sentir de todo un pueblo; un concierto admirable en que cada uno, sin obedecer más que a la voz de su corazón, pone en él su nota emotiva de afecto y reconocimiento.

El gobierno del Hermano Felipe puede interpretarse como el tipo augusto y completo del orden perfecto. Todas las formas de la actividad y sacrificio del Instituto están sintetizadas en él. Y puede añadirse que también lo están todas las ideas del FUNDADOR y aun aquellas a las que SAN JUAN BAUTISTA DE LA SALLE vinculaba un valor particular, pero que no siempre había podido llevar a la perfección.

CAPÍTULO VI

LA CONGREGACIÓN DESDE 1874 A 1884

Era necesario dar un sucesor al Hermano Felipe; la suerte recayó sobre el Hermano Juan Olimpo, que no gobernó más que un año. Durante tan breve gobierno pasó como un bello rayo de alegría la erección de un soberbio monumento, en Rouen, a la gloria del FUNDADOR de la Congregación.

El designio de aquel solemne homenaje se había concebido en 1872. Una vez aseguradas la cooperación de la ciudad y la aprobación del Gobierno, se formó una Junta bajo el patrocinio del cardenal Bonnechose.

Se abrió una suscripción en todos los países a los que los discípulos del SANTO llevaron su benéfica Institución y la hicieron apreciar. Esta suscripción, fruto del óbolo del pobre como de la ofrenda del rico, puso de manifiesto la inmensa popularidad de la enseñanza de los Hermanos. El resultado fue copioso, y el efecto moral mucho mayor.

La obra se sacó a concurso para que la Junta pudiera escoger el proyecto que mejor respondiese a tan piadosa manifestación.

Por unanimidad fue elegida la escultura presentada por Falguière, cuyo pedestal había sido compuesto por De Perthes. Esta elección fue bien acogida y merecía serlo. No se podía olvidar que Falguière se había revelado gran escultor en 1867 con su San Tarsicio, obra profundamente cristiana y clásica. En cuanto a De Perthes, ex alumno de los Hermanos, se reconoce hoy su valor al pasar por delante de la casa consistorial de París o de la basílica de Santa Ana de Auray.

El monumento representa al SANTO enseñando los rudimentos de la Doctrina Cristiana y los de las ciencias humanas a dos niños: uno, de siete años, que acaba de ingresar en la Escuela; el otro, de quince, próximo a abandonarla y a entrar en el mundo, donde pronto tendrá que tomar parte virilmente en la lucha entre el bien y el mal.

Lo que la inspiración del artista ha querido expresar, sobre todo, en esta obra magistral fue la entrega sobrenatural del HOMBRE DE DIOS a la

inteligencia y al alma de los niños pobres. Nadie ha demostrado más amor al pueblo; nadie se ha apropiado mejor el sentido de las palabras del divino MAESTRO: "Dejad a los niños que se acerquen a mí".

El lugar escogido para emplazar el bronce destinado a perpetuar la memoria del BIENHECHOR de la infancia fue la plaza de San Severo, tantas veces atravesada por el Sr. DE LA SALLE ⁽²²⁾.

La ceremonia de la inauguración se celebró con incomparable entusiasmo el 2 de junio de 1875 ⁽²³⁾. El arzobispo de Reims y otros siete más se unieron al cardenal Bonnechose para honrar la memoria del humilde SACERDOTE que había amado tanto al pueblo. Llegaron representaciones de todas partes; el concurso de todas las magistraturas de la ciudad y la enorme afluencia de la población roanesa hicieron de esta solemnidad un incomparable homenaje al mérito del santo FUNDADOR y a la abnegación de sus discípulos.

El nuevo Superior no tuvo el consuelo de asistir, en la tierra, a estas fiestas; las presenció desde lo alto.

El Hermano Juan Olimpo, maduro para el cielo, había fallecido, casi de repente, en el mes de abril de 1875.

* * *

El Hermano Irlide había sido Director en los colegios de Bayona y Tolosa, Visitador en el distrito de Bayona y Asistente desde 1873. Su experiencia en los negocios, sus extensos conocimientos y su saber jurídico hacían de él un jefe de gran valor para la Congregación. En 1875 sucedió al Hermano Juan Olimpo.

Fiel a las tradiciones del Hermano Felipe, tuvo a honor continuar todos sus planes. Mas como éstos eran muchos, hubo algunos que atrajeron sus preferencias. Los primeros esfuerzos de su celo fueron para

²² Un municipio sectario relegó después este monumento a un arrabal de la ciudad, a la plaza de lo iglesia de San Clemente.

²³ Por singular coincidencia, este mismo 2 de junio falleció el Sr. Ravelet, autor de toda la parte de este libro que narra la vida del SANTO. Fue una de las mis vivas, fecundas nobles inteligencias de su tiempo. Redactor jefe del diario *Le Monde*, figuró siempre en primera línea del bando católico; jamás. faltó a uno solo de los deberes impuestos por ms difíciles funciones. Fue un "gran cristiano" en toda la fuerza de esta expresión y muy digno de comprender a JUAN BAUTISTA DE LA SALLE. Ninguno habló mejor de él.

los novicios menores. Dio nuevo y feliz impulso a esta institución, tan necesaria al reclutamiento de religiosos. Redactó para estos establecimientos un reglamento especial, inspirado en el que había compuesto el Sr. DE LA SALLE. Su solicitud quedó bien recompensada: cuando tomó el gobierno halló ciento cincuenta novicios menores; al morir dejaba mil trescientos.

Otro de sus cuidados fue continuar arrojando sobre remotas tierras las semillas de la educación cristiana. Bajo su gobierno se fundaron: la casa de Jerusalén; el noviciado de Ramleh, en Egipto; las Escuelas de Jaffa y Caifa, en Palestina; las de Trebisonda y Erzerum, en Armenia. El Instituto progresaba siempre.

Desde muchos años atrás soñaba con establecer los Hermanos en España; durante su permanencia en Bayona había clavado los primeros jalones destinados a dirigir los pasos de la Congregación hacia esta tierra tan profundamente católica. Sus aspiraciones pudieron verse realizadas en 1876. Abrió por entonces una casa en Madrid, que es hoy la Escuela Profesional del Sagrado Corazón; desde entonces no tardaron en difundirse los Hermanos por las principales ciudades del católico reino.

Estas preocupaciones, sin embargo, no desviaron su atención de las Escuelas de Francia ni del mejoramiento de los métodos.

Los brillantes resultados conseguidos por el Instituto en la Exposición Universal de 1878 le dieron ocasión de hacer un nuevo llamamiento a sus religiosos, excitando su celo e invitándoles a mejorar siempre sus labores. Bien estaba que la excelencia de la enseñanza cristiana saltara a la vista de todos. Pero esto precisamente le preparaba una guerra violenta e irreconciliable que estalló muy pronto. Él la sostuvo con infatigable ardor.

Efectivamente, los tiempos se tornaban malos; la Revolución se quitaba la careta. Bajo el pérfido signo de la secularización iba a intentar, con más fuerza que nunca, extirpar la imagen de CRISTO del alma de la juventud y, más particularmente, de la niñez. Tal empresa, si el éxito la coronaba, debía ser más fatal a la Iglesia, humanamente hablando, que todas las persecuciones y que la sangre vertida en 1793. Esto lo vio muy claramente el Superior del Instituto.

Vio, de igual modo, que en nuestros días los católicos tienen el deber de mantener la lucha en el terreno en que la plantean los adversarios; y para triunfar en ella necesitan estar por encima de ellos en pedagogía como

en todo lo demás: ciencias, letras, enseñanza superior, media y primaria; en todo y en todo lugar deben ser los primeros.

El Hermano Irlide poseía amplia experiencia en asuntos escolares. Citaba con todo el rigor jurídico los textos de leyes y decretos e hizo prevalecer los verdaderos intereses de las Escuelas: la equidad y el sentido de lo justo.

Redactó varias notas acerca de la existencia legal de la personalidad civil de los Hermanos, y sus conclusiones parecieron tan contundentes, que el Consejo de Estado reconoció a la Congregación, por unanimidad, la posesión de sus legítimas prerrogativas.

Apenas había triunfado en esta cuestión cuando surgió otra de las más graves, suscitada por la ciudad de París. El Consejo municipal intentaba arrebatar al Instituto el disfrute de la casa de la rue Oudinot. El Superior tomó la pluma y expuso las obligaciones que derivaban del contrato establecido por la ciudad. El Consejo de Estado, convencido por los argumentos de esta exposición, decidió que en la solución del conflicto sólo eran competentes los tribunales civiles.

En medio de tan rudas pruebas, la Providencia suscitó a la Congregación poderosos protectores: Su Santidad León XIII continuó el afecto que su predecesor Pío IX había profesado siempre a nuestra Sociedad y activó la tan deseada causa de beatificación de JUAN BAUTISTA DE LA SALLE. Cerca de la Santa Sede fue nombrado protector de la Congregación el sabio cardenal Pitra, que consideró este cargo como uno de los primeros y más gratos de sus deberes. No menos se preocuparon los obispos de Francia de los destinos del Instituto, ya para defenderlo contra nuevas persecuciones, ya para activar los honores que Roma iba a tributar al santo FUNDADOR. El cardenal Langénieux continuaba en Reims las generosas tradiciones del cardenal Gousset, y Mgr. Thomas, en Rouen, las del cardenal Bonnechose.

El excelente conde de Melun representaba noblemente el elemento civil en este grupo de protectores y amigos, mientras el santo y sabio cardenal Guibert daba a todos los prelados de Francia ejemplo de abnegación, jamás desmentida. También en el seno de las Asambleas legislativas se levantaron voces viriles y elocuentes en defensa de los Hermanos, y sería injusto no mencionar aquí para reconocimiento de todos los católicos, la de M. Chesnelong, admirable e infatigable orador, que durante treinta años, todos los días y a todas las horas del día, se mantuvo heroicamente en la brecha para defensa de todos los intereses católicos.

Otro momento de solaz para el Hermano Inicie fue el segundo centenario de la fundación del Instituto, que se celebró con entusiasmo y espontaneidad inesperados. Su intención había sido darle carácter íntimo; pero en todos los países en que había Hermanos los católicos se apresuraron a tomar ocasión de él para manifestar su afecto hacia SAN JUAN DE LA SALLE y sus hijos. En Francia y en todas las naciones en que se conoce y honra el cuello blanco fue una verdadera explosión de simpatía. Este concierto de loores ya había empezado en Rouen en 1875; pero con motivo del centenario fue repercutiendo como un eco por todo el mundo cristiano: en París, sede de la Congregación; en Reims, patria del FUNDADOR; en todas las diócesis de Francia y del mundo explotó este gozo grande y sincero.

Las difíciles circunstancias que rodeaban a la Congregación trajeron, como consecuencia, un aumento considerable en el trabajo diario del Hermano Irlide, el cual vino a sucumbir a tantas fatigas y a tantas angustias. Después de haber escrito, con vista serena y mano segura, una circular en que reglamentaba la reunión del Capitulo General que debía elegir a su sucesor, terminada esta carta emocionante con un ¡Adiós! supremo, sintió decaer rápidamente sus fuerzas y murió el 25 de julio de 1884.

Para sucederle eligieron al Hermano José, cuyo gobierno fue iluminado por la beatificación del FUNDADOR.

CAPÍTULO VII

BEATIFICACIÓN (1888) Y CANONIZACIÓN (1900) DE JUAN BAUTISTA DE LA SALLE



En el siglo que siguió a su muerte, las virtudes extraordinarias del SIERVO DE DIOS no cesaron de ser propuestas como ejemplo a sus hijos y a todos los cristianos; pero la hora de su beatificación se vio alejada por causas ajenas a la voluntad de sus sucesores.

El proceso para su glorificación empezó en 1835, simultáneamente, en Reims, donde había tenido la primera idea de su obra; en París, en que la había consolidado por el sufrimiento, y en Rouen, donde la realizó definitivamente.

Para honrar a los hombres, ¡cuán diferente es el proceder de la Iglesia y el del mundo! Este otorga al individuo, durante la vida, honores prematuros, que se apresura a olvidar cuando desaparece. En los momentos que siguen a su muerte, aun pone en su tumba algunas coronas: luego, el olvido. El mundo necesita apresurarse, porque, careciendo de seguridad sobre el día de mañana, no puede obligar a sus héroes a que esperen largo tiempo la recompensa.

La Iglesia procede de otro modo: mientras vive el hombre, ella suspende el juicio. El hombre puede desmentir, alguna vez, las virtudes de su pasado, muriendo como pecador el que vivió como santo. Por eso

aguarda a que la muerte haya consagrado definitivamente sus méritos y manifestado su perseverancia.

El decreto de introducción de la Causa del SIERVO DE DIOS, acto que le confiere el título de Venerable, está firmado por Gregorio XVI y fechado el 8 de mayo de 1840.

La instrucción de una Causa de canonización se llama, con toda propiedad, "proceso", porque en él no faltan ni las oposiciones, ni las formalidades, ni cosa alguna de las que se hallan en el procedimiento criminal más minucioso y complicado. Todos los actos del que se quiere elevar a los altares son escrupulosamente discutidos; todos sus escritos cribados por la censura más rigurosa, a fin de demostrar que no hay ningún error contra la fe. Su doctrina debe ser de absoluta pureza; su vida, sin mácula; la Iglesia intenta no ofrecer a la veneración de los fieles más que existencias irreprochables. Todas estas formalidades se cumplieron con el Venerable DE LA SALLE.

El 12 de septiembre de 1840 se leyó el decreto que atestiguaba no haberle tributado culto alguno: la Iglesia no consiente que los fieles se anticipen a sus juicios; y los honores inconsiderados que ellos creen deber tributar a los difuntos son un obstáculo a los que ella les reserva. El 22 de abril de 1842, otro decreto atestiguaba la "fama de santidad" en la vida del Sr. DE LA SALLE. Por fin, el 6 de septiembre de 1846, fueron canónicamente aprobados los procesos de Reims, de París y de Rouen.

Siguió luego el examen de los escritos atribuidos al SIERVO DE DIOS. Los arzobispos de Reims, de París y de Rouen fueron encargados de buscar sus obras y de remitirlas a Roma para someterlas al examen de los teólogos. Esta encuesta fue larga. Se le atribuía buen número de obras; pero sus manuscritos se habían perdido. Al SIERVO DE DIOS no podía hacérsele responsable de las interpolaciones, tal vez mal intencionadas, que los jansenistas hubieran podido intercalar en las ediciones de sus escritos.

Esta duda se resolvió en favor de la Causa por un decreto de la Sagrada Congregación de Ritos, dado el 10 de enero de 1852, y que el 18 del mismo mes fue confirmado por el Sumo Pontífice.

El proceso se continuó, como de costumbre, por una instrucción sobre las virtudes del VENERABLE y sobre su carácter heroico.

Reunida la Congregación de Ritos, el 10 de julio de 1873, en sesión pública bajo la presidencia del Papa, declaró que "las virtudes teologales de Fe, Esperanza y Caridad para con Dios y con el prójimo; que las

virtudes cardinales de Prudencia, de Justicia, de Fortaleza y de Templanza y las "virtudes anejas" habían sido practicadas en grado heroico por el siervo de Dios JUAN BAUTISTA DE LA SALLE".

El día de Todos los Santos de este mismo año de 1873 fue promulgado este decreto, esperado por largo tiempo.

A mediodía hizo su entrada Pío IX en el salón del Trono, donde se hallaban congregados un centenar de Hermanos rodeando al Superior General, radiante de alegría. Su Santidad ocupó su sede; a su derecha, el cardenal Patrizi, prefecto de la Congregación de Ritos, y el cardenal Pitra, relator del proceso de beatificación. La solemnidad de estas fiestas y la majestad con que actuaba Pío IX son bien conocidas; recordando también los rasgos tranquilos y piadosos del Hermano Felipe es fácil reconstruir toda aquella escena. ¡Cuál no sería la emoción de los Hermanos al oír de labios de Mgr. Bartolini, secretario de la Congregación de Ritos, esta solemne declaración: "Consta que las virtudes teologales —Fe, Esperanza y Caridad para con Dios y para con los hombres—, así como las cardinales —Prudencia, Justicia, Fortaleza y Templanza—, han sido practicadas en grado heroico por el Venerable siervo de Dios JUAN BAUTISTA DE LA SALLE, de suerte que desde ahora se puede proceder al examen de los milagros".

Faltaba, en efecto, esta gran cuestión, en que la Iglesia se ha mostrado siempre muy minuciosa y difícil. Exige que sean evidentes de tal modo, que la ciencia humana puede reconocer que no se someten a sus leyes.

El 13 de febrero de 1883, reunida de nuevo la Congregación de Ritos, reconoció la validez de los procesos seguidos en París, Orleáns y Rouen, sobre los milagros del VENERABLE. Este juicio fue aprobado a los dos días por el Papa León XIII.

Desde entonces no cesaron en Roma de estudiar estos milagros del VENERABLE: El promotor de la fe expuso sus objeciones en una Memoria impresa, que remitió al abogado de la Causa. Este respondió a ellas en otra Memoria. Durante cuarenta días estuvieron los consultores de la Sagrada Congregación de Ritos dedicados al estudio de los hechos alegados y replicados. Nueva Memoria del promotor y nueva Réplica del abogado.

Sólo entonces fue convocada una "Congregación preparatoria", donde aún se pudieron discutir ciertos hechos, pero todo terminó felizmente, lo que permitió reunir la última Congregación, en la que se da el voto definitivo, del cual el Papa extrae el secreto de su decisión. Todo depende, en efecto, de su "sí" o de su "no".

Este decreto sobre los milagros ⁽²⁴⁾ del VENERABLE lo leyó todo el universo católico con respeto y entusiasmo. Está fechado el 1.º de noviembre de 1887, y empieza por un admirable elogio del SIERVO DE DIOS. Luego narra los tres milagros definitivamente probados y admitidos, que importa darlos a conocer aquí:

El primero tuvo lugar en el año 1832, que tantas víctimas causó. Victoria Ferry, joven de veinte años, empleada en el hospital general de Orleáns, fue víctima de un horroroso accidente: una loca se arrojó sobre ella y, derribándola en el suelo, la maltrató, acoceándola en todo el cuerpo tan gravemente, que la hubiera rematado sin la intervención de otras dos locas que acudieron a defenderla. La dejó en tal estado, que se creyó moriría en breve, pero no fue así; sobrevivió para estar en continua amenaza de muerte. Sus sufrimientos causaban horror: abrasada por la fiebre, tenía frecuentes vómitos de sangre; todo su cuerpo estaba hinchado y su sangre parecía descompuesta. A veces permanecía tres y cuatro horas como muerta en los brazos de su madre. Horroriza el saber que la sangraron no menos de doscientas dieciséis veces. El duodécimo año de tal

²⁴ Para amoldarse al espíritu de la Iglesia es necesario no prodigar el nombre de santo a los no canonizados ni confundir los milagros reconocidos por ella con los “favores o gracias” atribuidos a los bienaventurados durante su vida o después de su muerte. Entre éstos merece estamparse aquí el que narra el canónigo Blain sobre la curación de un Hermano en Guisa: “Estando gravemente enfermo un Hermano en la comunidad de Guisa —dice—, mostró gran deseo de ver, antes de morir al que consideraba como su padre. El piadoso FUNDADOR tuvo noticia de este deseo un día, a eso de las doce, hallándose en Reims; a la una, estaba en camino, a pie, a pesar del calor ardiente que hacía, pues era en verano. El hábito burdo que usaba y un cilicio que llevaba casi siempre hacían la marcha extremadamente penosa; no obstante, anduvo aquel día siete leguas. Al día siguiente llegó a Laon, hacia las once de la mañana, extenuado de fatiga; en vez de tomar algún descanso, se fue a la iglesia a celebrar, después de lo cual y de tomar parva alimentación, reanudó el viaje hacia Guisa. Al verlo llegar, los Hermanos apenas podían dar fe a sus ojos, ¡tanto les sorprendió la rapidez con que este piadoso padre había querido satisfacer los deseos de su discípulo!

Apenas llegó, solicitó ver al enfermo; le abrazó paternalmente y le dirigió palabras de consuelo, dictadas por la caridad más ardiente. El Hermano, que estaba moribundo, se emocionó hasta el llanto; no podía expresar su reconocimiento de otro modo que elevando al Cielo los brazos y los ojos para agradecerle el consuelo de ver cumplido lo que tanto había deseado. Mas ¡cuál no sería el gozo de la comunidad al ver la piedad del enfermo y la caridad del SUPERIOR, recompensadas con una curación repentina y duradera! Todos dieron gracias al Cielo.

agonía, en 1844, las cosas cambiaron. Le hablaron del Venerable JUAN BAUTISTA DE LA SALLE y sintió que la invadía de repente una gran confianza en su protección. Leyó la vida del SIERVO DE DIOS, y la confianza aumentó en ella extraordinariamente. La relación de uno de los milagros que había hecho le produjo instantáneamente una conmoción inesperada. Después oye la VOZ del VENERABLE, que se le aparece durante la noche y le dice: "Estás curada". Y lo estaba en realidad. Al venir el día, la que pocas horas antes no podía andar, marcha hasta la iglesia y sube sin dificultad las gradas del pórtico. La multitud la rodea, la festeja, llora de admiración, y este prodigio llega a Roma, siendo uno de los que el promotor de la fe ha tenido que reconocer por su luminosa autenticidad.

En 1866 era Director de la Comunidad de Saint-Nicolas-Des-Champs, de París, el Hermano Adelmiano. Era un maestro activo y entregado totalmente a su comunidad y a sus deberes; su salud prometía mantenerle actuando muchos años. Mas he aquí que de repente, como si fuera herido por un rayo, se siente privado de fuerzas e incapaz de dominar sus movimientos. Se hallaba víctima de aquella enfermedad de la cual pudo decir el ilustre doctor Trousseau: "No tiene cura". Es la "ataxia locomotriz progresiva". Fea de nombre y de espantosa realidad. Es una nefasta ruptura de todo el equilibrio humano. Los miembros del enfermo quedan abandonados a sí mismos; él no puede dirigirlos; es como si se constituyesen en anarquía. La vista de estos incurables constituye el espectáculo más entristecedor.

El Hermano conoció pronto que los recursos humanos eran inútiles, lo que le movió a refugiarse en Dios y en sus santos. Abandonó heroicamente París y se arrastró como pudo al sepulcro del Venerable DE LA SALLE, en Rouen. El 5 de enero de 1868 terminó, sin resultado, una novena; pero el pobre enfermo no se desalentó, empezó otra. De pronto experimenta unos dolores atrozmente agudos, que jamás había sentido. Pudo pensar que eran los heraldos de la muerte; pero no eran sino su curación completa, instantánea, duradera. "Eso no tiene cura", decía Trousseau. El VENERABLE, gracias a Dios, había anulado milagrosamente la sentencia del gran médico.

El tercer milagro parecerá, tal vez, más conmovedor por tratarse de un niño. Este tenía once años y se llamaba Esteban de Suzanne; estaba, en realidad, más aviejado que muchos viejos. Su delgadez raquítica hería la vista; los médicos le hallaban hasta ciento cuarenta pulsaciones por minuto, y "su cuerpo estaba tan encorvado, que la barbilla le tocaba a las

rodillas". Todos, incluso sus padres, desconfiaban de salvar a aquel pobre demacrado. Por fortuna, sus padres eran buenos cristianos, a quienes también preocupaba el alma del enfermo. Pensaban, sobre todo, en su primera comunión. El niño la reclamaba con su tenue voz cavernosa, y en efecto, la realizó, pero como un moribundo. Le administraron la Eucaristía, que recibió con intensa devoción, pensando, sin duda, que iría a terminar la acción de gracias en el Cielo. Sus padres lo creían también y comunicaron sus angustias al cardenal Bonnechose. "Si yo estuviera en lugar de ustedes —les dijo el cardenal—, pediría la curación de este niño al Venerable DE LA SALLE. Acaba de sanar al Hermano Adelminiano y quizá sane también a Esteban." La abuelita, que estaba presente y amaba entrañablemente a su nieto, aceptó al punto este parecer. En el mismo instante se empezó una novena. "Creo que curaré", decía el niño al llegar al tercer día, atribuyendo de antemano al VENERABLE todo el mérito de tal prodigio. No obstante, sus dolores arreciaban, como sucede a muchos que sanan de milagro. Pero al niño no le importaba el dolor, sino que cada vez se le veía más obstinado en esperar, y repetía: "sanaré al fin de la novena"; luego, volviéndose a su madre, le dice: "prepárame los vestidos, quiero ir a misa". Y fue, en efecto, al día siguiente de concluir la novena, ágil, lozano, curado. Nunca hubo milagro más instantáneo ni más jubilosamente acogido.

Tales son los milagros que, después de largo y minucioso examen, han arrancado la decisión de la Iglesia, que los garantiza, si se puede decir así. Después de tal declaración, ella ha agotado todas las precauciones, todas sus preparaciones solemnes. Sólo le falta lanzar desde lo alto de San Pedro esta exclamación para que la oiga todo el universo: "Beato JUAN BAUTISTA DE LA SALLE, rogad por nosotros".

Son espléndidas las fiestas de la Beatificación; de ello podrá formarse idea por la narración de las que se celebraron el domingo 19 de febrero de 1838.

El sitio en que tuvieron lugar fue la "Sala de la Canonización", situada sobre el pórtico de San Pedro, sala previamente adornada para esta circunstancia. En la primera tribuna, a la derecha, está el Superior General, Hermano José, que se prepara en el recogimiento y la oración para asistir al gran triunfo del glorioso Fundador de su Congregación. Comparten con él su gozo, silencioso y profundo, los seis Asistentes, Hermanos Oseas, Luis de Poissy, Ciro, Junien, Aproniano María y Rafael. El Hermano Adelminiano, cuya milagrosa curación queda referida, vive aún, y sus

Superiores han querido hacerle participante de esta fiesta, y allí está como vivo testimonio de un prodigio incontestable proclamado por Roma. El señor conde de la Salle de Rochemaure, último resobrino de JUAN BAUTISTA, ocupa lugar de honor cerca de los vicarios de la diócesis de Reims, donde nació el VENERABLE, y de la de Rouen, donde murió. En las restantes tribunas se hallan los delegados de la Congregación, que han concurrido de todas las partes del mundo.

En los bancos de la izquierda y en los de la derecha se hallan agrupados doscientos Hermanos, en plano inferior a veinte prelados. Los arzobispos de Rouen y de Besançon están situados allí, al lado de los obispos de Orleáns y de Poitiers. No lejos de ellos, el Hermano Robustiniano, postulador de la Causa, está esperando que empiece el rito sagrado, en el que va a tomar parte activa.

Atraen todas las miradas cuatro grandes lienzos; en tres de ellos se representan, con la mayor exactitud, los tres milagros obrados por el VENERABLE, que la severa censura romana declaró libres de toda impugnación: Victoria Ferry, el Hermano Adelminiano y el niño Esteban Suzanne están representados allí recibiendo de JUAN BAUTISTA la salud y la vida. El cuarto, más solemne que los anteriores, nos muestra al santo FUNDADOR arrebatado al Cielo por manos de los ángeles.

De repente sobreviene un gran silencio. Son las diez. Aparece Mgr. de Nekere, prelado oficiante, asistido por dos canónigos de San Pedro. A las diez y cuarto hacen su entrada los cardenales de la Sagrada Congregación de Ritos, revestidos de capa magna con armiño blanco.

Llegó el momento decisivo. El Hermano Robustiniano, postulador de la Causa, se levanta y se dirige hacia el cardenal Bianchi, prefecto de la Sagrada Congregación, rogándole promulgue, en forma de Breve, las letras apostólicas que tienen por objeto "la beatificación del Venerable siervo de Dios JUAN BAUTISTA DE LA SALLE".

Terminada que fue la lectura del Breve, el prelado oficiante entonó el *Te Deum*.

¡Te Deum laudamos! Os damos gracias, SEÑOR, en nombre de los quince mil hijos espirituales del Beato DE LA SALLE; en nombre del más anciano de los Hermanos y del novicio más joven; en nombre de sus trescientos mil alumnos; en nombre de la nación cuna del Instituto, de donde, como dijo Mgr. de Annecy, "salió este sol que ilumina y calienta el mundo de las almas".

Apenas Mgr. Nekere entonó el *Te Deum*, se vio caer la cortina que ocultaba la imagen del BEATO y el velo que cubría sus reliquias. Al mismo tiempo todas las campanas de San Pedro fueron echadas a vuelo, anunciando la gran nueva a Roma y al mundo. Entonces Mgr. de Nekere exclama con el rito más solemne: *Ora pro nobis, beate Joannes Baptista*. Es la primera vez que suenan estas seis palabras, que serán, desde entonces, repetidas en todo el universo hasta el fin de los siglos. Todos los asistentes responden con esta fórmula litúrgica, familiar a los hijos de la Iglesia, en la que va condensada muy alta doctrina: *Ut digni efficiamur promissionibus Christi*.

Por vez primera se oye entonces la colecta propia del BEATO, y también por vez primera son incensadas solemnemente sus reliquias.

Luego, comienza la misa. Es la *Justus* de confesores no pontífices. La cantan la Capilla Juliana de San Pedro y la Escolanía de los Hermanos de San Salvador in Lauro.

A las doce y media está terminada la primera función.

No obstante, el Sumo Pontífice aún no ha aparecido y falta la última parte del rito, que, por cierto, no es la menos solemne. Quedó reservada para la tarde de aquel memorable día.

A las cuatro llega el Papa a la Sala de la Canonización para venerar la imagen y las reliquias del BEATO. Reeíbenle con gran pompa el Cabildo de San Pedro y los seminaristas del Vaticano. La sala ofrece el mismo espectáculo que por la mañana; pero hay en ella mayor cabida para el elemento civil. Francia está representada allí por su embajador, el conde Lefèbre de Behaine, y por el personal de la embajada, de gran gala. La oración de León XIII al pie del altar no dura menos de media hora en un silencio universal. Al levantarse, el Superior General del Instituto le ofrece las oblacones acostumbradas. Estas son: la Vida del Beato, su imagen, un maravilloso ramo de flores y, sobre todo, un relicario de filigrana, adornado con piedras preciosas, que encierra una reliquia del BEATO.

Entonces León XIII dirige al Hermano José y a los demás que le acompañan algunas palabras, en las que la benevolencia del padre templó la majestad del rey. También admite al mismo favor al conde de la Salle, el cual besa la mano que bendice a Roma y al mundo.

Se retira el Sumo Pontífice y empiezan las vísperas. ¡Con qué gozo se unen los Hermanos al canto del *Magnificat*!

Todo ha terminado. La gran jornada del 19 de julio de 1888 no será, en lo sucesivo, más que un recuerdo.

Pero es un recuerdo que permanece vivo en esta bella oración litúrgica: "¡Oh Dios!, que para dar educación cristiana a los pobres y enseñar la ciencia a los niños habéis suscitado al bienaventurado confesor JUAN BAUTISTA; concede, te rogamos, a los que instruyen la niñez cristiana que sigan siempre sus ejemplos y adelanten en la virtud por su intercesión. Así sea" ⁽²⁵⁾.

Mas de doscientas diócesis invocaron solemnemente, en todo el mundo, al gran PEDAGOGO, reformador de la Escuela moderna y espejo de la perfección evangélica. El relato de estas fiestas forma siete gruesos volúmenes, guardados por el Instituto como un monumento de su historia. El anónimo autor de una compilación titulada *Misión pedagógica del Beato Jozan Bautista de la Salle y de su Congregación* ha tenido el acierto de conservar o de analizar varios de los documentos que aluden a los homenajes tributados por los católicos de Francia a aquel cuyos discípulos educan por miles a los hijos de nuestras clases populares y medias. Ha relatado, especialmente, los triduos celebrados, en 1888, en cuatro ciudades inseparables de la hagiografía lasaliana: París, Reims, Rouen y Mende. La iglesia de San Sulpicio, en París, vio a doce mil niños arrodillados en sus naves durante aquellos tres días de oración; todos alumnos de las Escuelas Cristianas. En Rouen predicó un bello panegírico el P. Monsabré, en que presentó el alma del santo FUNDADOR santificando las de sus discípulos. Fue de notar en la catedral normanda la presencia del conde Esteban de Suzanne, alcalde de Arques, arrebatado a la muerte, en su niñez, por un milagro del BEATO.

Reims quiso exceder en esplendor a todas las iglesias que aclamaban al gentilhombre, al sacerdote, al canónigo reimés: elevó una estatua a su preclaro hijo y, con mejor acuerdo, comenzó la construcción de una iglesia dedicada a él, en el arrabal de Ceres. La Congregación del, Santísimo Niño Jesús, obra del Sr. Roland, consolidada por el Sr. DE LA SALLE, se asoció a los Hermanos para que en Nuestra Señora de Reims no cesaran las voces

²⁵ Después de la canonización, se ha modificado así: "¡Oh Dios!, que para dar cristiana educación a los pobres y afianzar a la juventud en el camino de la verdad suscitasteis a SAN JUAN BAUTISTA, vuestro confesor, y por él formasteis una nueva familia religiosa en vuestra Iglesia; dignaos concedernos que, por la eficacia de su intercesión y de sus ejemplos, ardiendo en celo de vuestra gloria y de la salvación de las almas, lleguemos a ser participantes de su corona en el Cielo. Amén."

infantiles de cantar e invocar al dos veces secular bienhechor de los niños y niñas champañeses.

Mgr. D'Hulsts repetía los augustos destinos de esta ciudad, pila bautismal de la nación, cuna del Papa de las Cruzadas, Urbano II; Tabor de Juana de Arco, y, con JUAN BAUTISTA DE LA SALLE, sede fundamental de la Escuela popular. Mgr. Freppel ponía de relieve los aspectos absolutamente nuevos, originales, de esta pasmosa creación: una Orden religiosa dedicada únicamente a la educación del pueblo, renunciando, por una función de tan capital importancia, no sólo a toda ambición humana, sino a toda veleidad de vocación sacerdotal, sumisos a los pastores legítimos, sin sacrificar nada de sus Reglas, de sus métodos, de su organización, de su vida interior, de su vida colectiva y hallando en Roma la sanción de su unidad, de su universalidad.

Mende no había oído nunca tan ilustres oradores y no había sido menos entusiasta en elogiar al HOMBRE ilustre. Esta vieja ciudad no olvidaba ni la fundación de su Escuela ni las tribulaciones del FUNDADOR; capital de una provincia tan fecunda en discípulos del Sr. DE LA SALE, que de doce mil Hermanos que tenía la Congregación por entonces, mil cien eran naturales del Gévaudan.

El 7 de abril de 1889, el Hermano José, Superior General, dirigía a los miembros de la Congregación el Oficio propio del BEATO y lo comentaba en términos excelentes. Invitaba a los Hermanos a servirse, gozosos, de la oración oficial de la Iglesia para honrar a su glorioso PADRE: "de esa oración celestial que ilumina la inteligencia con los esplendores de la fe lo mismo que inflama el corazón con las llamas del santo amor". Los himnos compuestos en honor del Beato DE LA SALLE debían ser los "cantos preferidos" por sus hijos. Y el Superior se complacía en repetir esta bella estrofa: "Celebramos con piadosos cantos al bienaventurado Juan, que, ¡oh JESÚS!, te consagró sus pensamientos, sus acciones, su corazón y todo su ser. Reunió a los niños junto a las puras fuentes de la virtud y del saber y los condujo hacia Ti atraídos por el amor."

Poesía, elocuencia, pintura, escultura, música; todas las artes concurrieron al triunfo del humilde EDUCADOR. Ya se elevaba en una plaza de Rouen el monumento labrado por el cincel de Falguière. Montagny, Cabuchet, Oliva, se ejercitaban en evocar la fisonomía dulce y fuerte, austera y radiante, y en fijar la actitud definitiva y eterna del hombre de acción y de oración.

Parece que Dios se complacía en que se tributaran a su SIERVO todos estos honores, puesto que multiplicaba los favores sobrenaturales por su intercesión.

Desde 1889 se produjeron dos hechos prodigiosos, atribuidos a su intercesión, en los que se reconocieron los caracteres de milagro.

El primero se verificó en Rodez, a favor de Leopoldo Tayac, alumno del colegio de los Hermanos de aquella ciudad. Cayó dicho joven con una grave neumonía. Los médicos vieron el caso tan desesperado, puesto que hasta los mismos centros cerebrales estaban lesionados, que declararon imposible la curación. Entonces los Hermanos recurrieron a la intercesión de su bienaventurado FUNDADOR, asociando a sus propias preces las de todos los alumnos de sus Escuelas. Milagro evidente: al poco tiempo Leopoldo Tayac se halló curado.

En el Canadá tuvo realización el segundo de estos hechos. En Maisonneuve, localidad cercana a Montreal, el Hermano Nethelmo padecía una parálisis incurable. No podía dar un paso ni comunicar a su pie el más leve movimiento. Abandonado por los médicos que le asistían, declarándose incapaces, se postró ante la imagen de su Beato PADRE, suplicándole, con lágrimas, que echara sobre él una piadosa mirada. De repente notó que sus pies se vigorizaban y recobraban el movimiento. Y "aquél que momentos antes parecía medio muerto apareció resucitado".

Estos milagros fueron presentados a la Sagrada Congregación de Ritos, que los aprobó.

El 31 de marzo de 1890, el Rvdmo. Hermano José, Superior General, comunicaba a la Congregación el decreto pontificio que autorizaba a seguir la causa de canonización.

Diez años después —el 24 de mayo de 1900— la aureola de los santos ceñía las sienes de Juan BAUTISTA DE LA SALLE, colocada en ellas por el mismo Pontífice que le había beatificado: León XIII, el gran doctor del siglo XIX y educador de la sociedad religiosa y civil, previos los milagros con que Dios manifiesta la santidad de sus siervos y que acabamos de exponer.

Por imponentes que sean las fiestas de la beatificación, una canonización en la Basílica Vaticana es incomparablemente más emocionante y grandiosa. La de SAN JUAN BAUTISTA DE LA SALLE aparece narrada en una compilación de 1902, en la que se relatan detalladamente tanto las ceremonias celebradas en Roma como se mencionan las fiestas que, después de aquéllas, se celebraron en Francia, en América, en las

indias inglesas y en otros países; contiene, asimismo, la Bula de canonización, varias cartas pastorales y algunos panegíricos.

Los esplendores de un año jubilar y los destellos del día de la Ascensión acrecentaron la gloria del Beato DE LA SALLE, gloria que compartió con la Beata Rita de Cascia, religiosa italiana de la Orden de San Agustín.

Entre las inscripciones que recordaban la vida y milagros de los nuevos santos, atraían la atención éstas, que ornaban la puerta del vestíbulo de San Pedro. La primera decía así: "Dichosos ciudadanos del Cielo vienen hoy a ofrecer sus coronas triunfales a la gloria del triunfador supremo, CRISTO NUESTRO SEÑOR..." "¡Oh habitantes del Cielo! —decía otra—, ayudad a los fieles a recoger los frutos del Año de Redención, proteged a vuestra patria, haced que la aurora del nuevo siglo no se eleve sobre augurios de despiadada tempestad, sino sobre las victorias de nuestra Fe." La tercera añadía: "Entra, ciudadano, o extranjero, para venerar y suplicar a los amigos y familiares de Dios y para contemplar sus vidas en esta época, en que urge fortalecer el alma con el ejemplo de magnas virtudes".

Dieciséis mil quinientas personas, de las que ocho mil quinientas eran peregrinos franceses, fueron admitidas a la ceremonia de la Canonización. El sol, espléndido en un cielo puro, estaba en armonía con el gozo de los semblantes y de los corazones. Precediendo a la silla gestatoria del Soberano Pontífice, desfilaron en procesión las Congregaciones religiosas, las Órdenes monásticas, el Clero romano, los estandartes de los nuevos santos —el de SAN JUAN BAUTISTA DE LA SALLE escoltado por seis Hermanos de las Escuelas Cristianas—, los camareros, los prelados, obispos y cardenales, la Guardia Noble. Al entrar León XIII en la Basílica, las trompetas de plata entonaron la *Marcha de Longhi* y el Coro cantó el *Regina Coeli*.

Después de ocupar el Papa su trono, el abogado consistorial "pidió, de rodillas, que Su Santidad inscribiera en el *Catálogo de los Santos* a los bienaventurados JUAN BAUTISTA DE LA SALLE y Rita de Cascia y ordenara que fueran venerados, como tales, por todos los fieles de CRISTO".

Esta augusta decisión fue precedida, según costumbre, por la *Letanía de los Santos* y el *Veni Creator*. Después de los cuales, colocada la mitra, León XIII, Vicario de Dios, cuyo poder de Juez alcanza hasta el mundo invisible, declaró:

"En honor de la santa e indivisible TRINIDAD, para la exaltación de la Fe católica y el acrecentamiento de la Religión cristiana, por la autoridad

de NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO, de los bienaventurados apóstoles Pedro y Pablo y por la Nuestra; después de madura deliberación y de implorar el auxilio divino, el consejo de nuestros venerables hermanos los cardenales de la Santa Iglesia Romana, los patriarcas, arzobispos y obispos presentes en la ciudad; decretamos y definimos que son santos y que inscribimos en el CATÁLOGO DE LOS SANTOS al bienaventurado JUAN BAUTISTA DE LA SALLE, confesor, y a la bienaventurada Rita de Cascia, religiosa profesa de la Orden de los Eremitas de San Agustín; establecemos que su memoria se celebre piadosamente cada año en la Iglesia universal; a saber: la de JUAN BAUTISTA, el 15 de mayo, y la de Rita, el 22 del mismo mes. En el nombre del PADRE, y del HIJO, y del ESPÍRITU SANTO. Amén."

Registrada esta sentencia por los notarios, el Papa entonó, de pie, el *Te Deum*, que continuaron todos los asistentes. A una señal dada por las campanas de San Pedro, todas las de las iglesias de Roma fueron echadas a vuelo y descubierta la efigie de ambos santos en el frontón de la puerta principal.

El primer cardenal-diácono entonó la invocación: *Orate pro nobis, sancti Ioannes Baptista et Rita*, a la que contestaron los cantores: *Ut digni efficiamur promissionibus Christi*. A ésta siguió, leída por el Papa en el libro sostenido por el cardenal-presbítero que le asistía, la siguiente oración: "¡Oh, Dios!, autor y dador de la santidad que habéis iluminado a vuestros siervos JUAN BAUTISTA y Rita con el esplendor de todas las virtudes, haced que mientras gozan entre vuestros elegidos de la corona de gloria sea siempre nuestra Iglesia ayudada por sus méritos". Y el solemne rito terminó con el *Confiteor*, el *Misereatur* y el *Indulgenciam*, añadiendo a los nombres de la VIRGEN MARÍA, de San Miguel, de San Juan Bautista y de los Apóstoles, los de la humilde religiosa y del admirable SACERDOTE.

La misa de pontifical, celebrada por el deán del Sacro Colegio, fue la de la Ascensión; pero después de la oración correspondiente a la festividad se cantó la de ambos canonizados.

Al terminar el Evangelio, el Soberano Pontífice dirigió a la inmensa asamblea esta homilía de circunstancia:

"La Ascensión es la mayor glorificación de la naturaleza humana, llamada por NUESTRO SEÑOR a la gloria por excelencia: a la gloria de los Cielos. Ved aquí por qué se conexas tan bien con esta solemne fiesta la proclamación de las virtudes y la declaración de los honores supremos otorgados a dos criaturas humanas que así son glorificadas del modo más completo.

Pero no basta elevar la vista hacia el término de la gloria; precisa también bajarla para buscar cuidadosamente las rutas que ellos han seguido y que les permitieron subir tan alto. JESUCRISTO subió al Calvario antes de subir al Cielo, y nuestros dos santos no hubieran podido subir a tanta gloria sin pasar por las más duras tribulaciones. Estudiando cuidadosamente sus vidas se observa que el origen de tantos honores ha sido, en este mundo, su humildad."

León XIII terminó anhelando que, por la intercesión de JUAN BAUTISTA y Rita, las almas recibieran educación, particularmente las de la juventud, y que se le preparara al nuevo siglo una generación fuerte y santa.

La ceremonia de las oblaciones, vinculada al Ofertorio, se desarrolló como en toda canonización, simbólica y pintoresca, con el cortejo de cardenales portadores de gruesos cirios; religiosos y gentileshombres que llevaban cirios menores, o jaulas de pajaritos, de palomas, de tórtolas, o la fuente de oro del pan dorado, o exiguos barriles de vino, mientras que ciento treinta cantores clamaban: *Cantata Domino canticum novum, laus eius in ecelesia Sanctorum*, y a esta invitación respondían las voces angelicales de ciento ochenta niños con el *Alleluia*.

Terminada la misa, el Padre Santo, coronado con la tiara, sube a la Gestatoria, y entonces estallan casi continuas y delirantes ovaciones; se agitan pañuelos blancos, se aplaude, se dan vivas y gritos de entusiasmo. La muchedumbre corre a la plaza de San Pedro, que pronto ofrece el aspecto de un hormiguero humano.

Por la tarde la Basílica se abrió e iluminó de nuevo para permitir a la multitud venerar a los santos. Y al anochecer, los "sampietrini" encendieron los tres mil grandes faroles y las mil antorchas que dan maravilloso relieve a las líneas arquitectónicas del monumento.

Treinta y tres cardenales asistieron a estas fiestas, entre ellos el cardenal Lengénieux, arzobispo de Reims. Poco tiempo después, en la iglesia parisiense de San Sulpicio, tan grata al Instituto de los Hermanos, Mgr. Touchet, el elocuente obispo de Orleáns, pronunciaba un panegírico a su modo, de brillante colorido, lírico y familiar. "Fue el Sr. DE LA SALLE —dijo— un hombre de noble estirpe y elevada educación que, por amor de Dios, se hizo pueblo a fin de ilustrar y educar a los hijos del pueblo." Ensalzó al gentilhombre, al canónigo de Reims, al doctor en Teología, aproximándolo hacia aquellos que, según la expresión de Tertuliano, "no poseen más que su alma" y "que extraen de esta soberbia pobreza un derecho aún más evidente y más sagrado: el de despertar interés";

demostró su éxito en establecer entre los humildes y él esa igualdad que la amistad propugna, "porque él se despojó de su riqueza, de su nobleza, de sus títulos, de sus gustos intelectuales, de su libertad de hombre". La canonización del FUNDADOR fue para la Congregación lasaliana garantía de más abundantes bendiciones y más sólidas recompensas. Pero también, conociendo la vida del PADRE y animados por el espíritu del Evangelio, los Hermanos podían asegurar, sin temor ni escándalo, el advenimiento de próximas persecuciones.



CAPÍTULO VIII

LA CONGREGACIÓN DESDE 1884 A 1952

Aleccionados, en primer lugar, sobre la peregrinación terrenal del Sr. DE LA SALLE en cada una de sus penosas, pero fructíferas jornadas; compañeros, luego, de los Hermanos con la imaginación y el corazón, a lo largo de los siglos XVIII y XIX, hemos terminado este recorrido asistiendo al triunfo del santo FUNDADOR, del santo PEDAGOGO, glorificado por la Iglesia.

Podría, al parecer, finalizar el libro aquí con la alegría de este triunfo. Pero la vida en este bajo mundo continúa en el dolor y el esfuerzo; nuestro SANTO la prosigue de algún modo, al lado de sus hijos, sirviéndoles de modelo, de inspirador, de intercesor y de salvaguardia; esta vida durará para él lo que dure el mundo, lo que dure una Iglesia militante que pide ayuda a una Iglesia triunfante. Nos falta, pues, conducir hasta la hora presente (²⁶) un relato que han comenzado otros y que, andando el tiempo, reanudarán otros en la página en que lo dejemos suspendido...

La labor de 1888 se detuvo en el umbral del gobierno del Hermano José, que ya ocupaba su cargo desde cuatro años antes. Nada hubiera sufrido de entrar vivo en la historia. Muerto, no se le debe más que la verdad, esto es, se puede hablar de él con admiración sincera. Intentemos, antes que nada, caracterizar el período que se ha abierto la víspera de su elección y que aún no se le puede considerar cerrado. Desde 1880 la persecución se ha precisado en Francia; de año en año toma más rápida marcha y forma más terrible. Un cuarto de siglo después alcanzará el paroxismo de la violencia, y, como en tiempo de la Revolución, la gran familia lasaliana verá que le arrebatan el derecho a vivir en su país natal. Por fortuna para ella, gracias a Dios, no hay, por ahora, peligro de muerte; el asilo que le niega la República francesa, su patria, se lo ofrece con creces el universo entero.

Se esparcirá, por los caminos de Europa, Asia y América, en todas las comarcas en que ya existe desde los tiempos del Hermano Felipe, captada por los bienes que en ellas difunde, y con las cuales va a estrecharse más, Sin embargo, no olvidará su cuna; en todas partes, más allá de las fronteras, los Hermanos franceses harán brillar el genio

²⁶ Esta hora presente era el año 1932, en que se publicó la 3.^a edición francesa.

civilizador y religioso y atraerán simpatías a la verdadera figura de la patria.

En tanto que ésta no les fue inexorablemente prohibida, la han servido con infatigable paciencia. Acomodándose a las vejaciones, usando de una libertad precaria y gradualmente restringida, han persistido en su labor de educación popular y cristiana, de paz y de progreso social. Y a la misma hora, con la misma energía, con el mismo método, impulsaban sus conquistas en Europa, robustecían las posiciones adquiridas más allá de los mares y sitiaban en todas partes al mal y a la ignorancia.

Tales se presentan, en síntesis, la existencia y actividades de la Congregación bajo los gobiernos de los Hermanos José, Gabriel María, Imier de Jesús, Allais-Charles y Adrien.

Del Hermano Irlide al Hermano José era la tradición, la Regla y también la lucha que continuaba. Los medios y la táctica no fueron siempre los mismos, porque los temperamentos eran diferentes. El nuevo Superior era uno de esos "mansos que poseen la tierra"; su rostro era el de la bondad; inspiraba, a la vez que veneración, inmediata simpatía, y en cuanto llegaba uno a conocerle, le profesaba afecto imborrable. Su conducta parecía haber tomado por lema invariable las palabras que una madre muy madre y valerosa le dijo cuando salió de Saint-Etienne para ir al noviciado menor de París: "Marcha, Pepito mío, y haz que allí todos te quieran".

Desde que el joven Stéphanois, tan cristianamente educado por sus padres y sus primeros profesores, llegó a ser uno de los discípulos de SAN JUAN DE LA SALLE, nunca dejó de conquistar las almas por el amor. Siempre fue el psicólogo prudente, el consejero atento, el amigo delicado, el padre de viriles ternuras; profesor que conocía individualmente a sus discípulos y los trataba de modo que pudiera obtener de ellos el máximo esfuerzo, empleando conscientemente la indulgencia y la firmeza; conteniendo a uno, impulsando audazmente a otro hasta la cumbre del deber y del sacrificio, perdonando a los hijos pródigos, guardando discreta predilección hacia los valientes y castos, no abandonando a ninguno en el camino y aun auxiliando, mediante la oración, a los que le habían abandonado; en suma, fue el educador por excelencia.

Su obra capital, anterior a su gobierno, había sido la casa de Franc-Bourgeois, creada en 1843, en el barrio parisino de Marais, para la educación de hijos de comerciantes e industriales. La idea la había concebido siendo muy joven; allí enseñó, al principio, literatura.

En 1852, a la edad de veintinueve años, se encargó de su dirección. Muy pronto puso empeño en agrupar en torno suyo los ex alumnos, formando un "círculo", en que alternaban los ejercicios religiosos, las conversaciones, los trabajos intelectuales y los juegos.

De este modo, su influencia no mermaba en las almas adolescentes, sino que se ejercía con mayor eficacia en los difíciles años de la juventud, tiempo en que se decide la vocación o se orienta irrevocablemente hacia el porvenir. Esta influencia acompañó a los "antiguos" hasta la edad madura, siempre pronto a responder a sus llamadas, a intensificar sus alegrías y a acrecentar el mérito de sus pruebas. Esta amistad, esta vida de familia que el buen Hermano José mantenía con sus discípulos en París, la quiso ofrecer también a los jóvenes que carecían de hogar en París, y eso hasta en la organización su existencia.

La casa de Franc-Bourgeois se abrió a los empleados y a los alumnos de las Escuelas superiores. Sin menoscabo de su independencia, fue para ellos asilo de sabiduría cristiana y puerto seguro donde hallaban consuelo.

Siendo Asistente con los Hermanos Juan Olimpo e Irlide, mostró hacia los novicios y profesos, subordinados suyos, solicitud y perspicacia psicológica parecidas a la que había desplegado en provecho de los niños y jóvenes mundanos. Al principio de su gobierno empezó a organizar aquel segundo noviciado que preveía la Regla, y que el Capítulo de 1884 había solicitado bajo el impulso del Hermano Exuperien. Cierta número de Hermanos, cuando a cada uno le tocaba, dejaban por algunos meses sus empleos y acudían a la casa de Athis-Mons, cerca de París, para renovar su formación religiosa con el alma y el espíritu de SAN JUAN BAUTISTA DE LA SALLE. La vida ascética, desde entonces, no cesó de progresar entre los Hermanos. De allí fue de donde, a ejemplo del Superior, extrajeron las fuerzas indispensables para ser más que nunca guías de la juventud, "educadores de la sociedad". Obras post-escolares, patronatos, círculos de estudios, conferencias de San Vicente de Paúl, cursos para aprendices y para adultos, asociaciones de ex alumnos, fraternidades de la tercera orden franciscana, sociedades de oración y santificación bajo la advocación de San Benito José Labre, tales fueron las manifestaciones de una actividad propicia a la unión cordial, caritativa, pacificadora de hombres, bajo la garantía de la más pura ortodoxia.

Era preciso (y sigue siéndolo) recordar a los católicos uno de los principios esenciales de su religión: ni están aislados ni han nacido para estarlo. La Comunión de los Santos, que en lo espiritual es su grandeza y

fuerza, debe manifestarse en el orden temporal por la ayuda mutua, por la cohesión y la armonía social, por un sentimiento muy vivo de interdependencia. Precisamente en los días en que se denunciaban los estragos del individualismo y en que el socialismo pretendía remediarlos esclavizando la personalidad humana, el gran Pontífice León XIII invitaba a los espíritus a encontrar solución a este pavoroso problema en las doctrinas de la Iglesia.

La resignación fatalista es tan mala como la rebelión. La reivindicación del mínimo bienestar necesario para practicar la virtud es legítima. El que trabaja debe obtener la remuneración suficiente para su modesta vida y la de su familia. Y no sólo de la vida material, sino también de la moral y del perfeccionamiento de su espíritu. Debe ponerse a todo hombre en plan de que pueda cultivar su espíritu y conseguir su fin ultraterreno.

Iluminados y alentados por las sabias doctrinas del ilustre Pontífice, los sociólogos católicos o simplemente humanitarios se esforzaron por modificar las leyes, rectificar prejuicios y corregir las costumbres que perpetuaban la miseria del trabajador. En oposición al liberalismo económico, reclamaron la intervención del legislador, y en contra del socialismo, fomentaron la iniciativa privada. Pregonaron los sindicatos de patronos y empleados autónomos, los cuales no tienen por qué ser enemigos ni enfrentarse en una "lucha de clases", sino yuxtaponerse para conseguir el equilibrio social.

JUAN BAUTISTA DE LA SALLE, cuya gloria, en 1888, tomaba con la solemne beatificación más brillante aspecto, este verdadero amigo del pueblo, sugería de nuevo a sus hijos que extrajeran de los tesoros de su herencia algo que importara al bien general. Y la solicitud que les impulsa siempre a elevar la condición de los pobres les incita a preparar discretamente eficaces transformaciones, tales como la de incorporar a los sindicatos los patronatos, círculos y cofradías; la que, en París, pone los cimientos del "Sindicato des Petits Carreaux: Sindicato de los Empleados de la Industria y el Comercio", que llegará a ser sólido edificio donde se organizará la Confederación Francesa de Trabajadores Cristianos.

El Hermano José, atento a las doctrinas del Sr. DE LA SALLE, supo comprender a León XIII, y su acción se ejerció profunda y benéfica bajo la forma que mejor se adaptaba a las necesidades de nuestra época. Pero aquella acción hallaba mayores obstáculos cada día en las leyes francesas. Aquella bondad, aquella "filantropía" —para usar en su exacta acepción el

término grato a los paganos modernos—, aquel don de simpatía que sus colegas en el Consejo Superior de Instrucción Pública se complacían en reconocerle, daban la impresión de que desde el Poder se ingeniaban para disminuir su irradiación. Se apreciaban las dotes de inteligencia y simpatía del Superior General, se elogiaba la labor realizada por su Corporación, y luego se legislaba como si tal labor hubiera sido nefasta, como si aquel religioso hubiera sido un enemigo de la nación.

En 1886 la instrucción pública estaba "secularizada"; la ley prescribía la exclusión progresiva de los maestros religiosos que regentaban Escuelas nacionales. Estos, privados —como indignos— de sus haberes, de sus hogares y de sus Escuelas, no podrían proseguir su función pedagógica y moral, sino abriendo Escuelas libres. Ayer eran miembros de la Universidad, mandatarios del Estado en la formación del espíritu y de la conciencia; en lo sucesivo serán educadores clandestinos, sospechosos a la República, tolerados, a lo más, hasta que llegue a ser posible su condenación definitiva. Entre tanto, se sustituían sus antiguos y legítimos privilegios por cargas excepcionalmente pesadas.

La ley de 27 de julio de 1872 había ratificado la exención del servicio militar a todo novicio o miembro de una asociación religiosa dedicada a la enseñanza y reconocida de utilidad pública con tal que el interesado contrajera el compromiso de dedicar diez años, como mínimo, a la enseñanza. La ley militar de 1889 —la que se votó al grito de: "los curas, mochila a cuestas"— obligaba a los Hermanos a pasar tres años en el cuartel. Dura prueba para un novicio a quien descuajan de su medio, de su ideal, de sus estudios y de su Regla; los autores de la ley contaban con agotar el surtidor de las vocaciones.

El tiempo defraudó sus crueles esperanzas. El cuartel, donde se perdieron algunos de constitución espiritual endeble, vigorizó en los restantes el carácter y el celo apostólico. Mas para ganar esta victoria en recia lucha fue menester mucho valor por parte de los soldados y gran solicitud de las autoridades eclesiásticas y de las de la Congregación.

El Hermano José, admirablemente secundado por el Hermano Exuperien, aplicó toda su ciencia de las almas y todo su ardiente y caritativo corazón en preparar a sus hijos para los peligros morales que tenían que afrontar y en velar sobre ellos aun en los mismos peligros. La persecución les pareció menos grave, aunque no menos inicua, cuando se atuvo a los bienes materiales. "La ley de iguala", promulgada en 1895, cargaba con un impuesto especial los bienes de las Congregaciones. El

Hermano José se asoció a los superiores de Órdenes que, no juzgando comprometidas en ella la disciplina ni la fe, se sometieron a las prescripciones fiscales para evitar males mayores.

Tantas preocupaciones y cuidados habían agotado su organismo, harto delicado. Extremada ya su salud, hubo de salir para Arcachón, por ver si la calma y el ambiente salubre se la devolvían. No encontró allí más que los sufrimientos supremos, y el 1.º de enero de 1897 se extinguió.

El 19 de marzo siguiente tomaba el gobierno de la Congregación el Hermano Gabriel María. Era débil de aspecto y de salud; su brillante inteligencia, su espíritu firme y lúcido, el ideal tradicionalista, al par que innovador, de una raza antigua y sólida animaba aquel cuerpo endeble. Había nacido en Aurillac, el 19 de noviembre de 1834; pertenecía a la familia de los Brunhes, que, como sacerdotes, profesores, escritores y hombres de acción, sirven tan bien a la Iglesia y honran la burguesía francesa. De tales familias salen los mejores frutos de la civilización católica; en ellas la piedad, la virtud, el saber, el gusto, la experiencia, todo llega a madurez al mismo tiempo.

La Congregación podía regocijarse de haber hallado su Jefe en ese terruño de la vieja Francia.

El Hermano Gabriel María ingresó en el noviciado a los dieciséis años y pronto reveló sus aptitudes científicas y su mérito individual.

Desde 1852 a 1873 convirtió su Escuela de Brioude en un centro de vida intelectual y cristiana. Allí redactó sus primeras obras de matemáticas, que habían de proporcionarle merecida reputación. Director del colegio de Nuestra Señora de Francia, en Puy, Visitador, Asistente de los Hermanos Irlide y José, debió desarrollar una labor extraordinaria: escribió, administró, presidió comisiones encargadas de revisar los manuales escolares, al mismo tiempo que proseguía sus sabias investigaciones.

La Providencia confía el Instituto a este gran trabajador en el momento en que toda inteligencia y energía humanas, sostenidas por la gracia divina, no bastan para navegar en la tempestad, salvarse en el naufragio, ganar puertos seguros y mares en calma. Claridad de visión, ponderación, serenidad, perseverancia, práctica en los negocios, conocimiento de los hombres, fe, sobre todo, que adhiere a las voluntades providenciales estas cualidades eminentes y estas virtudes sobrenaturales, más necesarias que nunca en parecidas circunstancias.

El nuevo Superior las posee y las comparte con su Secretario General, Hermano Justino, un bordelés tan sagaz como resuelto, escogido por el Hermano José en 1894; en él van a encamarse durante treinta años, a la vista del universo, las tradiciones administrativas, pedagógicas y apostólicas de la Congregación lasaliana.

Pero es necesario que ésta obtenga sus más bellos triunfos la víspera de las pruebas. Estos se los reserva el año 1900. Sube a su Tabor el 24 de mayo con la canonización del FUNDADOR. Y puede añadirse que su Domingo de Ramos lo constituyen sus triunfos en la Exposición Universal, celebrada en París aquel mismo año (²⁷). El Gobierno, que había de expulsarles al día siguiente, les exalta arrojando palmas a sus pies.

Ya en 1867 y en 1878, cuando se iniciaron las primeras manifestaciones tendentes a demostrar los éxitos del espíritu humano; los Superiores Generales de la Congregación habían puesto empeño en evidenciar los esfuerzos y métodos usados por los discípulos de JUAN DE LA SALLE, y el Instituto ya había obtenido elevadas recompensas, adjudicadas por jueces imparciales. En 1900 recayeron sobre los Hermanos, por su enseñanza primaria (especialmente la que concierne a la geografía y al dibujo), por su enseñanza industrial y agrícola, cuatro grandes premios, catorce medallas de oro y veintiuna de plata. Passy, gloria de los Hermanos Líbanos y Augusto Humberto; la Escuela profesional de Saint-Etienne, obra paciente y admirable del Hermano Paramon Cyprien; el colegio y la Escuela de Artes y Oficios de Reims; la Escuela de la Salle, fundación lyonesa; Beaubais, plantel de agricultores; Saint-Nicolas, donde copiosa y alegre niñez se preparaba a las tareas industriales; cerca de otros mil quinientos establecimientos en Francia —Escuelas primarias. Escuelas técnicas, colegios de internos, obras post-escolares— proclaman que, en materia de pedagogía, los Hermanos siguen siendo iniciadores y maestros a quienes se imita, pero no se les supera.

Eran, por entonces, catorce mil doscientos ochenta en territorio francés y cinco mil cuatrocientos cincuenta y tres en el resto del mundo. Su acción se ejercía sobre cuatrocientas mil almas jóvenes, de las que doscientas ochenta mil eran francesas.

El día siguiente a estas aclamaciones y coronamientos fue, para las casas establecidas en Francia, patria de SAN JUAN BAUTISTA DE LA SALLE, el

²⁷ Tres años después, se introdujo en Roma la Causa del Hermano Benildo, con lo que recibió el título de *Venerable*.

de la amenaza de muerte, y poco después el de la realidad de esta muerte y anonadamiento.

Desde hacía veinticinco años el partido republicano se había declarado "anticlerical"; este anticlericalismo era, en la mayoría de sus afiliados, masones o dominados por la masonería, disfraz del anticatolicismo. Leyes fiscales, leyes escolares, leyes militares, leyes reguladoras del estado de las personas, como la de divorcio, todas han tenido por principio y por fin suprimir la influencia de la religión verdadera en las almas, zapar el dogma y la moral sobre los cuales la ciudad cristiana, la sociedad francesa, estaba fundada desde hacía quince siglos. La Iglesia había sido desalojada de todas las posiciones que ocupaba en el Estado; se trataba ahora de alcanzarla en sus propios atrincheramientos y de aniquilar las fuerzas selectas que cubrían sus líneas de defensa. Se apuntaba a la dispersión de las Congregaciones.

Igual que en 1790-1792, el asalto se realizó en dos etapas. El primer choque no alcanzó a los Hermanos, sin poder prever si quedarían a salvo en el segundo. La ley de asociaciones de 1901 apuntaba a las Congregaciones no autorizadas, amenazadas de disolución si no obtenían la autorización legal. La de los Hermanos estaba reconocida, no tenían que mendigar el derecho de vivir. Pero tan pronto como fueron rechazadas en bloque las solicitudes de autorización formuladas por las Ordenes no reconocidas, le tocó el turno a las otras. La ley de 7 de julio de 1904 abolió la enseñanza de las Órdenes religiosas; los Hermanos ya no podían ser maestros de los niños franceses; ochocientas una de sus Escuelas cayeron inmediatamente bajo este golpe de un Gobierno sectario. Las restantes debían desaparecer en un plazo de diez años.

El desastre era espantoso, y se comprende que el Hermano Gabriel María se haya manifestado en un principio como aterrado. Pronto reaccionó como hombre sereno y de gran corazón, como cristiano que acepta los más misteriosos designios de la Providencia y como patriota que en los momentos más sombríos no desespera de su patria. Después de medir la extensión de los males y limitar las consecuencias tanto cuanto podían las fuerzas humanas y el concurso hábil y diligente del Hermano Justino, comprendió y proclamó que de los peores sufrimientos debía brotar un bien mayor; que los religiosos expulsados aun sabrían servir a Dios y a Francia, que los expulsaba.

"No tenemos suficiente espíritu apostólico —concluía—. Dios nos obliga a mirar más allá de nuestro suelo natal, a esparcirnos por todas

partes, puesto que toda la tierra es del SEÑOR... El Sena corre por París, ¿no es verdad? ¿Podemos nosotros variar su curso? Del mismo modo, aceptemos los hechos como vienen, es decir, según los dispone la divina Providencia, y adaptemos a ella nuestra administración."

Y los Hermanos franceses, "en lugar de sacudir el polvo de sus sandalias" sobre el país ingrato, llevaron, de algún modo, una partícula del suelo natal a los cuatro ángulos del mundo.

Según las circunstancias lo imponían, en razón de las solicitudes y de las necesidades, y mientras se iban cerrando las Escuelas en la República, se organizó el éxodo hacia Bélgica —a donde emigró la Casa Matriz, llevándose las reliquias del santo FUNDADOR—, hacia España, Italia, Inglaterra, Turquía, Egipto, Canadá, Estados Unidos, Méjico, América del Sur, las Indias, Australia. Así testificaban los religiosos de Francia ante el mundo su fe invencible, aliada con un patriotismo inalterable; así se multiplicaron las Escuelas francesas por todos los países que hablan este idioma o que están abiertos a la influencia francesa.

Hasta 1913 dirigió el Hermano Gabriel María el magnífico trabajo de reconstrucción, paralelo a la disgregación del Instituto que apresuraba el Gobierno francés. La tristeza de las separaciones y de las secularizaciones y el gran esfuerzo de la reorganización consumieron el mermado vigor del anciano; así que el trigésimo tercero Capítulo General hubo de aceptar una dimisión que se le ofrecía con las más vivas instancias, declarando, no obstante, que el gobierno del Hermano Gabriel María, "sembrado de pruebas excepcionales", había sido "uno de los más fecundos, uno de aquellos de que la familia de SAN JUAN BAUTISTA DE LA SALLE estaría siempre justamente ufana". El buen anciano volvió a sus elucubraciones matemáticas y, después de cumplir fiel y humildemente las tareas que se le confiaron, durmió su sueño eterno el 24 de octubre de 1916.

* * *

Sucesor suyo fue el Hermano Imier de Jesús, uno de sus Asistentes. Era natural de Rouerge, país de fe profunda. Realzaba sus virtudes religiosas con amplia inteligencia, juicio seguro y memoria feliz. Su gran distinción en las formas exteriores y la amenidad de su trato hacían sus órdenes suaves, aunque firmes, y la obediencia gozosa. Antes de su elección, a los cincuenta y ocho años de edad, había ya desempeñado funciones importantes. Dirigió con éxito varios establecimientos de

educación, entre ellos el colegio de San Gil, en Moulins; Visitador General de los Distritos de Estados Unidos, donde, favorecido por su conocimiento de la lengua inglesa, llevó a feliz término una tarea muy delicada.

El Hermano Gabriel María le había encargado luego de visitar todos los Distritos de lengua inglesa y los franceses de Extremo Oriente. Era un verdadero viaje alrededor del mundo; en China, en Indochina, en los establecimientos de los Estrechos, en Birmania, en Indostán, en Ceilán, en todas partes mostró tanta prudencia, tino y voluntad, que aseguraron a su visita los más halagüeños resultados. El Capítulo General de 1907 le eligió Asistente, encomendándole los distritos de Inglaterra e Irlanda, las Indias inglesas, la Cochinchina, el Tonkín, las Filipinas y el Cabo. Sus cualidades personales, sus talentos de administrador y su experiencia en los negocios le propusieron a la elección del Capítulo General de 1913.

La situación del Instituto presentaba muchas dificultades: poco a poco, la sotana, el manteo, el cuello blanco de los Hermanos desaparecían de Francia. Muchos de ellos habían tenido que hacer el doloroso sacrificio de estas prendas para salvar las Escuelas libres. El espíritu de SAN JUAN BAUTISTA DE LA SALLE animaba aún a los maestros, que vestidos de seglares realizaban la función esencial de la educación cristiana. Pero, en su forma visible, la Congregación estaba en vísperas de quedar definitivamente proscrita.

El 1.º de agosto de 1914 escribía el Hermano Justino al cardenal Amette: "La fecha de 1.º del próximo septiembre marca el término final, en Francia, de la personalidad legal de esta gran Institución. Acuerdos ministeriales decretan la clausura de nuestras últimas Escuelas y aun atacan nuestra sede social en París. El Instituto sólo vivirá en los noviciados que puedan ser autorizados ulteriormente; en la hora presente sólo dos se mantienen, a título provisional".

El Secretario General no difirió estas pruebas dolorosas. Y después de haber recordado la pasada gloria de los Hermanos de las Escuelas Cristianas, puso de manifiesto el "rumbo nuevo y fecundo" por el cual habían derivado resueltamente los hijos de SAN JUAN BAUTISTA DE LA SALLE desde antes de 1904. Siendo el universo su campo de acción, "ninguna potencia humana podrá jactarse de perpetuar su destrucción completa". El Instituto proseguía esta expansión "con ardor incansable"; así permanecería "al servicio de la religión y aun, en cierta medida —afirmaba el Secretario, ardiente patriota— al servicio del país natal del FUNDADOR", esperando el día en que, "fiel a su Institución y divinamente fortalecido en

la prueba", retorne a "su humilde función educadora de la juventud francesa".

La fecha de esta carta fue la de la movilización general. La guerra del 14 suspendió —y aun se pensaba que clausuraría— la era de las persecuciones odiosas y de los odios fratricidas. No se trató más de cerrar las Escuelas subsistentes.

Con motivo de la guerra volvieron a Francia mil novecientos Hermanos; no como educadores ni como religiosos, sino como soldados; doscientos ochenta debían sucumbir en los campos de batalla. Y mientras los jóvenes y los hombres maduros corrían a los combates, los venerables ancianos se apresuraban a ir a la cabecera de los heridos y enfermos en los hospitales auxiliares de San Nicolás de Vaugirard y en las casas de Athis, Caluire, Annecy, Talante, Nantes, Clermont, Moulins, Avignon, Fonseranes, Tolosa, Mauléon, Rancher, Besançon y Herouville.

En aquellos años de luchas internacionales, poco grato sería el papel de jefe de una Congregación, cuyos miembros, leales y valientes en todas partes, se hallaban luchando en campos contrarios. Vería la Casa Matriz, de Lembecq, aislada de sus filiales por la invasión de Bélgica; las Escuelas y demás funciones educativas, desorganizadas en los países beligerantes, a causa de la movilización de muchos Hermanos; por el mismo motivo, paralizada la recluta de novicios total o parcialmente.

Pero nada contuvo ni sorprendió la energía del Superior. Por encima de las discordias humanas, quería que en la Congregación lasaliana permaneciera uno de los aspectos de la cristiandad indivisible. En consecuencia, se dirigía a las almas, instándolas a usar de los acontecimientos no como motivo de desunión, sino como medio de santificarse para que la práctica fervorosa de la Regla reanimara en todos la caridad de CRISTO.

Terminada la guerra, se aplicó principalmente a captar vocaciones para colmar los vacíos que aquélla dejó y a formar los jóvenes religiosos y futuros maestros. Piedad ardiente y estudios sólidos fueron las consignas que lanzó a los grupos de novicios menores, novicios y escolásticos, y él les facilitó la realización creando centros de estudios superiores al lado de las Facultades católicas, idea largo tiempo acariciada.

Desgraciadamente, su salud se quebrantó pronto con tantas pesadumbres y trabajos, limitando sólo a diez los años de su gobierno. Presentó su dimisión al Capítulo General de 1923 y le fue aceptada.

Su sucesor, el Hermano Allais-Charles, no gobernó más que un quinquenio (del 4 de mayo de 1923 al 14 de mayo de 1928). Su muerte brusca sorprendió a todos.

Porque, en efecto, parecía ser de casta robliza: estructura amplia y vigorosa; robustas espaldas, un poco más que algo cargadas; rostro ancho, con reflejos de voluntad y vida; parecía haber nacido para el mando. Su mirada penetraba los seres, su inteligencia discernía pronto todos los datos de una incógnita, su soberana sensatez dictaba las decisiones más prudentes y adecuadas, su energía, a la que no perjudicaban ni su agradable sencillez ni su activa bondad, aseguraba la obediencia.

Había ejercido autoridad "como hombre de cabeza y de corazón" desde antes de llegar a la plena madurez; a los treinta años era Prodirector de San Nicolás de Igny, cerca de París. Visitador del distrito, desde 1899 a 1905; luego, Asistente durante dieciocho años, con los Hermanos Gabriel María e Imier de Jesús; había impulsado el desenvolvimiento de las asociaciones juveniles; tuvo parte en las labores ascéticas del segundo noviciado; después de la ley de proscripción, había sido uno de los organizadores del éxodo de los Hermanos franceses. Los establecimientos de Méjico, Antillas y Canadá le deben su fundación o incrementación.

Llegaba al primer puesto con toda la experiencia religiosa, administrativa y pedagógica adquirida en la amplitud y antigüedad de sus servicios, a lo que unía ferviente amor a las tradiciones lasalianas y noción exacta de las necesidades del momento. Así pudo, en breve tiempo, realizar un vasto programa.

Aplicó del modo más completo y feliz las decisiones del Capítulo de 1923, elevando a nueve meses la duración del segundo noviciado. Con el más vivo sentimiento de la misión universal del Instituto y la voluntad más firme de mantener a todos los Hermanos en el mismo espíritu, con las mismas prácticas y hasta con los mismos modales, se fue por todos los caminos a visitarlos e instruirlos. Fue un Superior misionero, un viajero apostólico. En 1925 recibían su visita el Canadá, los Estados Unidos, Méjico y Cuba; en 1926, Alemania, Austria, Checoslovaquia, Hungría, Bulgaria, Turquía, Grecia, Siria, Palestina y Egipto; en 1927, volvió al Canadá, y de allí a América central, Colombia, Ecuador y Venezuela. Narró a toda la Congregación estos pasmosos y con frecuencia triunfales viajes en circulares, preciosos documentos para la historia y a la vez

páginas edificantes... y a ratos, modelos de humor. No le escasearon las penas a este buen Padre, motivadas principalmente por los sufrimientos de sus hijos, inquietados en Turquía y perseguidos en Méjico. Compensaron estas amarguras, la satisfacción de haber asistido, en octubre de 1926, a la beatificación del Hermano Salomón, uno de los mártires del convento de los Carmelitas, y, en 1928, a la lectura del decreto que promulgaba la heroicidad de las virtudes del Hermano Benildo.

De este modo, la Regla del Sr. DE LA SALLE se mostraba como ley santa, capaz de formar y guiar santos. No es extraño que continúen acudiendo almas que se sometan a ella, más y mejores de año en año.

* * *

Le sucedió en el gobierno de la Congregación su hermano carnal, Hermano Adriano, nueve años más joven que él; como él, sólo gobernó poco más de cinco años, a saber: desde el 11 de noviembre de 1928 al 2 de marzo de 1934. Había sido profesor en el Noviciado Menor de París, en San Nicolás de Vaugirard, en el internado de Passy-Froyennes, y se había distinguido por la claridad en sus enseñanzas y por la facilidad de asimilación intelectual mediante la que adquirió sólida cultura literaria. Sus excepcionales cualidades de inteligencia y corazón conquistaron la confianza de todos sus subordinados en los diferentes cargos que desempeñó. Cuando le eligieron Superior General llevaba ya quince años de Asistente de los Distritos de París, de Puy, de Méjico y de las Antillas manifestándose administrador hábil, metódico y constante. Como Superior fue heredero de la prudencia de su hermano: gobernó sabiamente. Cuidó, más que nada, de promover, con sus hermosas circulares, el espíritu religioso y la fidelidad a las tradiciones lasalianas.

Durante su breve gobierno no le faltaron pruebas: En Nicaragua, la subida al poder del partido radical tuvo como consecuencia inmediata despojar al Instituto de la dirección de las escuelas oficiales que anteriormente le había confiado. En Méjico, el año 1931, se reanudó la persecución en forma violenta, de suerte que obligó a los Hermanos a vivir más o menos ocultos dando por resultado la precariedad de sus establecimientos. En Grecia y Turquía, una nueva legislación escolar ponía muchos obstáculos al funcionamiento de las escuelas. Y, finalmente, en España donde durante los treinta últimos años había alcanzado la

Congregación gran incremento ⁽²⁸⁾, se ofreció, a partir de 1931 ⁽²⁹⁾, justo motivo de alarma para el Superior General. El advenimiento de la república trajo amenazas de persecución; los religiosos tuvieron que renunciar a los hábitos, vivir aislados o en familias amigas; se temieron pérdidas de vocaciones. Pero las aprehensiones del Superior General, no se realizaron, felizmente, por entonces, y tuvo la gran satisfacción de escribir en su última Circular: "Los acontecimientos de la Península han sido ocasión, para nuestros Hermanos, de manifestar su vinculación inviolable a la vocación. El bello espectáculo de una fidelidad sin desfallecimiento, dado por sus muy amados hijos, fue para el corazón del padre motivo de inmenso consuelo".

El 2 de marzo de 1934, hallándose en Lila donde había ido a visitar el Escolasticado universitario, según lo hacía cada año, entregó su alma al SEÑOR, después de breves días de indisposición.

* * *

El Hermano Junien-Víctor fu llamado a sucederle el 17 de junio del mismo año (1934). Era Bearnés de origen y había revelado recias cualidades en los cargos de Director del Noviciado Menor de Mauleón, Director del Noviciado de Irún ⁽³⁰⁾, Visitador del distrito de Bayona, Asistente de los distritos de Clermont, Saint-Omer, Avignon-Baleares ⁽³¹⁾, Argelia e Indochina. Estos cargos acumularon en él amplia experiencia de los hombres y las cosas. Uno de sus primeros actos fue trasladar a Roma la Casa Matriz, establecida en Lembecq-lez-Hal, cerca de Bruselas, desde

²⁸ Hablando de España decía el Hermano Adriano en su circular del 26 de enero de 1932: "Se han formado tres hermosos distritos que suman en conjunto un centenar de comunidades donde mil cien Hermanos ejercen el apostolado, sin contar en este número a los muchos Hermanos españoles cuya alma generosas se siente impulsa a mayor renunciamiento, como es el de llevar los beneficios de la educación cristiana a los niños de América Central y Meridional.

²⁹ El 11 de mayo de dicho año fue incendiado por las turbas revolucionarias el floreciente colegio de Nuestra Señora de las Maravillas, en Madrid, juntamente con otros varios pertenecientes e órdenes religiosas.

³⁰ La ley francesa de 1904 prohibitoria de la enseñanza a los religiosos, había traído como consecuencia, el traslado de los grupos de formación del distrito de Bayona primero a Zarauz, cerca de San Sebastián, después a Irún.

³¹ Las casas de Baleares, fundadas por Hermanos franceses expatriados a raíz de 1901, formaban parte, entonces, del distrito de Avignon.

1905. Este traslado estaba decidido por el Capítulo General de 1928, pero no había sido posible realizarlo antes. Con este motivo fueron también trasladadas a la Ciudad Eterna las reliquias de SAN JUAN BAUTISTA DE LA SALLE donde fueron recibidas, a su llegada, con grandiosas manifestaciones de piedad.

El gobierno del Hermano Junien-Víctor se señaló por muy duras pruebas, En Méjico y en Turquía seguía entorpecida la actividad lasaliana; en Alemania, Austria y Checoslovaquia quedaron todas las obras aniquiladas por el nazismo triunfante, y su personal obligado a la dispersión. En España estalló el 18 de julio de 1936 una horrible guerra civil, prevista ya desde el advenimiento de la República en 1931, que hizo correr ríos de sangre y amontonó cordilleras de escombros y, montañas de cadáveres. En las regiones de dominio rojo las casas religiosas fueron saqueadas o incendiadas; los Hermanos y demás religiosos, sacerdotes o simples paisanos, reconocidos como católicos, obligados a huir, esconderse, perseguidos como bestias, fusilados o almacenados en los buques-prisión. Más de ciento sesenta Hermanos cayeron mártires por su fe, bajo los proyectiles comunistas. El Superior General, con el alma desgarrada, se ocupó lo mejor que pudo, venciendo grandes dificultades, en solazar las angustias de los perseguidos, esperando pacientemente, pero con plena confianza, la hora de las reconstrucciones: "Esta es la eterna lucha entre las dos Ciudades, escribía por entonces; mas, la última palabra la dirá Dios; y de este cúmulo de ruinas y cadáveres, saldrá una España rejuvenecida." Así fue, gracias a Dios y al colosal esfuerzo de la nación en masa. La victoria de las fuerzas del bien sobre las del mal llenó de gozo el alma del buen Superior que antes de morir pudo ver el entusiasmo con que los Hermanos españoles iniciaron la reconstrucción de sus obras ⁽³²⁾.

Cuando apenas empezaba España a gustar la paz ganada a tanta costa, el horizonte político se ensombrecía más y más en el resto de Europa; pronto ensangrentaría y devastaría otra vez el continente la segunda guerra mundial. En otoño de 1939, fueron movilizados mil doscientos Hermanos franceses, como también doscientos cincuenta belgas y ciento veinte de Europa central. Con este hecho muchas casas del Instituto perdían gran número de sus excelentes trabajadores. Ocho meses después eran invadidas Bélgica, Holanda y Francia con horrible cortejo de devastaciones. Al entrar Italia en la guerra, el Hermano Junien-Víctor debió abandonar Roma y refugiarse en Mauleón, lejos del teatro de

³² Fue entonces cuando se fundó el cuarto distrito español, que es el de Bilbao.

hostilidades, con la idea de que desde allí hallaría menos dificultades en el gobierno del Instituto; y allí falleció el 15 de octubre de 1940 ⁽³³⁾.

Las circunstancias creadas por la guerra no permitieron convocar el Capítulo General; por lo cual el Superior difunto no pudo tener sucesor elegido regularmente. Para proveer al gobierno de la Congregación, el Papa Pio XII, nombró, por un Decreto de 11 de diciembre de 1940, Vicario General al Asistente más antiguo, que lo era el Hermano Arèse-Casimir. Tenía a la sazón setenta y ocho años y cumplió su cargo hasta el 19 de mayo de 1946 en que el Capítulo General dio al Instituto un nuevo jefe ⁽³⁴⁾.

El Reverendísimo Hermano Athanase-Emile que hoy preside los destinos de la familia lasaliana y es el vigésimo Superior General desde la muerte del FUNDADOR, extiende su gobierno a cerca de quince mil religiosos ⁽³⁵⁾ que laboran en las cinco partes del mundo, en todas las lenguas y entre todas las razas humanas; porque el carácter "supra-nacional" del Instituto está, en lo sucesivo, bien claramente definido, y totalmente conforme con la misión sobrenatural confiada por Cristo a sus apóstoles ⁽³⁶⁾. En su seno "no hay ni gentil ni judío, ni bárbaro ni escita", o —traduciendo a San Pablo al lenguaje moderno—, no hay naciones rivales ansiosas de arrebatarse la preeminencia; sólo hay hombres; sólo hay religiosos que trabajan en el advenimiento del Reino de Dios. La conquista pacífica de las almas es su única "vocación".

* * *

En 1947 fue beatificado el Hermano Benildo, humilde Director de una escolita elemental en Saugues, distrito de Puy; nuevo testimonio de la

³³ Con el Superior General se instalaron en Mauleon los Asistentes franceses; el de Italia permaneció en Roma; los de España, Bélgica, Estados Unidos y Canadá vivieron, mientras duró la guerra, en sus respectivos países.

³⁴ En el momento de su elección, el nuevo Superior General era Asistente de los distritos Sudamericanos del Ecuador, Colombia (Bogotá y Medellín), Panamá, Perú, Bolivia y de Alemania, Austria y Checoslovaquia.

³⁵ El 31 de diciembre de 1950, la familia lasaliana contaba, además, en sus casas de formación, más de 5.000 aspirantes a la vida religiosa.

³⁶ Por orden del Sumo Pontífice ya el latín no está desterrado de la enseñanza de los Hermanos. Hay en ello una señal clara de su universalidad, de su "catolicidad" superior a todos los particularismos nacionales.

elevada virtud santificante que se encierra en una Regla fielmente observada ⁽³⁷⁾.

En 1950, Su Santidad Pío XII, proclamó a SAN JUAN BAUTISTA DE LA SALLE "Patrono especial de todos los educadores de la niñez y de la juventud." (Breve del 15 de mayo de 1950, publicado con motivo del cincuentenario de la canonización del SANTO.)

En 1951 se conmemoró el tercer centenario del nacimiento del santo FUNDADOR, solemnizado con magníficas fiestas en los sesenta países en que sus discípulos ejercen su magnífico apostolado. Casi en todas partes participaron en ellas los poderes públicos que, asociándose cordialmente a estas manifestaciones, quisieron rendir homenaje al genio pedagógico del FUNDADOR y al inmenso alcance social de su obra. Si las solemnidades tricentenarias revistieron brillante esplendor en Reims, París y Rouen, teatro principal de la actividad del SANTO mientras vivió, no alcanzaron menor brillantez en España y en las repúblicas de la América hispana.

Y ahora trasladémonos a Roma, centro de la catolicidad, ya que, no lejos de la tumba del Príncipe de los Apóstoles se eleva, desde 1936, la Casa Generalicia, mente y corazón del Instituto. Edificada en la vía Aurelia, en un barrio lejano que, no hace mucho, era plena campiña más allá de la colina del Vaticano, está puesta —como debe ser— bajo la advocación de SAN JUAN BAUTISTA DE LA SALLE. En la bellísima y vasta capilla, consagrada en 1951 por el cardenal Micara, protector del Instituto, se guardan las reliquias del FUNDADOR. Los edificios, espaciosos, bien iluminados, de estructura y aspecto muy moderno, son sede del "Gobierno" — el Superior General con sus Asistentes—; de los servicios administrativos; del "Escolasticado apostólico" ⁽³⁸⁾, plantel de educadores para los países de misión, y del "Segundo Noviciado", en el cual se reúnen anualmente de sesenta a setenta Hermanos convocados para seguir estos Ejercicios. Estos religiosos, individuos selectos, rayanos en la edad madura, vienen desde todas las comarcas del mundo para renovarse en la espiritualidad del Padre, bajo una dirección de elevada competencia.

³⁷ Actualmente están introducidas en Roma otras tres causas de beatificación y canonización de otros tantos Hermanos; estas son: la del Hermano Exuperien, Asistente de los distritos de París y del Puy, falleció en 1905; la del Hermano Muciano María, del distrito de Bélgica del Sur, muerto en 1917; y la del Hermano Miguel, ecuatoriano, fallecido en 1910.

³⁸ En Bodighera, cerca de Ventimiglia, en la Riviera, se halla el Noviciado apostólico, dependiente de la Casa Matriz; él suministra los individuos al Escolasticado de Roma.

Terminados los Ejercicios retornan a sus países a sembrar en las tierras más diversas, la buena semilla del Evangelio.

EPÍLOGO

POR

GEORGES GOYAU ⁽³⁹⁾

De la Academia Francesa

³⁹ Georges Goyau (1869.1939), sabio historiador a la vez que gran pensador y escritor de talento. Cristiano ejemplar —se le denominaba "el Santo de la Academia"— ha consagrado una buena parte de sus trabajos a tratar del apostolado misionero. Este epílogo fue escrito para la edición, en 1933, de la presente obra.

PASADO Y PORVENIR MISIONERO DE LOS HERMANOS DE LAS ESCUELAS CRISTIANAS



¿Por qué todos esos sufrimientos, todos esos reveses, todas esas pruebas que estorbaron y estuvieron a punto de comprometer para siempre el surgimiento de la gran obra? ¿Por qué las páginas del señor Ravelet acerca de SAN JUAN BAUTISTA DE LA SALLE son, a veces, dolorosas?

Son dolorosas porque son verdaderas y plenamente históricas; porque la vida del gran FUNDADOR hizo de él un objeto de contradicciones y de escándalo, como lo había sido la de su maestro CRISTO JESÚS; porque es una ley del plan sobrenatural, al que esta biografía nos transporta, que el espíritu de iniciativa debe ser fecundado por el sufrimiento y que, con la ayuda de Dios, el mismo obstáculo se convierta en elemento del éxito.

Fue necesario, por una parte, tanta tenacidad y, por otra, tantas humillaciones; por una parte, tanta resignación sumisa y, por otra, tan inflexible energía, para que el Instituto de las Escuelas Cristianas pudiera, por fin, alzar su vuelo. Niños y jóvenes que estudiáis: debéis saber que el método actual de vuestras clases, la forma de enseñanza que recibís en común desde la cátedra del profesor, data de SAN JUAN BAUTISTA DE LA SALLE; artesanos y trabajadores de mañana, que buscáis en las obras nacidas de su espíritu, tanto una educación profesional como un complemento de educación moral o social; acordaos siempre, después de leer este libro, de lo que su protagonista sufrió por vosotros, en vista de obrar para vosotros, y de los sacrificios que le costaron todos sus magnos designios de Fundador.

Y bajo la impresión de este conmovedor recuerdo, dejad que vuestros labios inicien un *Te Deum* al leer las gloriosas páginas en que el señor

Rigault desarrolla los progresos del Instituto, progresos señalados por otros tantos beneficios.

Yo quisiera ayudaros a terminar el *Te Deum* con toda la alegría de vuestras almas, invitándoos a echar conmigo una última mirada no sólo sobre el ayer de la obra del SANTO, sino también sobre el mañana; yo quisiera que el homenaje que tributan a SAN JUAN BAUTISTA DE LA SALLE vuestro fervor y vuestra gratitud fuese un acto de fe en los destinos de su obra, un acto de esperanza y de confianza en la abundancia de lo que en lo futuro cosechará; y quisiera que de esta fe y de esta esperanza brotaran, en algunas almas jóvenes, uno de esos misteriosos ecos de los que resultan las vocaciones, que preparan humildes y buenas voluntades a convertirse en instrumentos de cosas grandes.

Deteneos, os ruego, a reparar en los dos gloriosos hechos con que los cien últimos años ensalzaron al Instituto de las Escuelas Cristianas; elevad los ojos a los altares; bajadlos al resto del universo.

El Fundador JUAN BAUTISTA DE LA SALLE ha sido beatificado; luego, Canonizado. El Instituto sabe que en adelante tiene en el más allá su protector; que su fundación, por el espíritu que la inspira, por los obstáculos que sorteó, por los sufrimientos que costó, fue un acto de virtud heroica, tan digna de insertarse en la historia del plan divino como en la de la pedagogía; que contribuyó, juntamente, al progreso del reino de la gracia y al adelanto de las luces intelectuales.

El saber esto por una Bula pontificia, saberlo de fuente cierta, infalible, fue para los Hermanos una incomparable alegría; en los albores de su obra, el espíritu ha soplado, y todo lo que en la iniciativa de SAN JUAN BAUTISTA DE LA SALLE hubo de sugerencias divinas y de divinos impulsos, mantiene el fervor de sus hijos a lo largo de los siglos.

Mas ved aquí la segunda gloria: el mismo impulso del fervor les ha dispersado por el mundo. El santo CANÓNIGO de Reims se había preocupado de los niños católicos de Francia; el Instituto, en el siglo XIX, tomó conciencia poco a poco de que tenía vocación misionera, de que debía ir también hacia los de las cristiandades separadas y hacia los niños de los musulmanes y de los infieles. Es precisamente este gran hecho sobre el que yo quisiera insistir aquí. Porque la Congregación de los Hermanos desempeñó desde aquel momento un importante papel en los mismos destinos de la Iglesia en marcha; la Congregación se convirtió, allende los mares, en instrumento de conquista espiritual. Aun antes que Benedicto XV y que Pío XI hubieran insistido sobre la necesidad, para la Obra

misionera, de la cooperación de las Congregaciones docentes, ya los Hermanos habían tomado posiciones en remotas latitudes como educadores de la juventud y colaboradores del sacerdocio apostólico.

I

"Tendremos juntos y por asociación las Escuelas en cualquier lugar a que nos envíen." Esto prometían los Hermanos de las Escuelas Cristianas en la fórmula del voto que prestaban desde 1684; y el Hermano Agatón, uno de los primeros sucesores del FUNDADOR, escribía: "El buen maestro tendrá su gozo en instruir, sin ninguna acepción de personas, a todos los niños, cualesquiera que sean, ignorantes, ricos o pobres, bien o mal dispuestos, católicos o protestantes". En este compromiso de los primeros Hermanos, en esta indicación de uno de sus primeros Superiores Generales, estaba en germen su actividad misionera.

Un germen de maduración lenta. Cuando en 1718 el buen Mgr. Charron, fundador de varias Escuelas primarias en el Canadá, vino a pedir maestros al entonces Superior General, Hermano Bartolomé; cuando en 1737, por orden de su sucesor, el Hermano Timoteo, los Hermanos Dionisio y Pacífico habían realizado el viaje de América para examinar la oportunidad de una fundación, las decisiones habían sido negativas, y el Colegio de San Víctor, en la Martinica, creado por los Hermanos en 1774 a petición del Gobierno —única institución que, bajo el antiguo régimen, se asentó en las colonias—, no tuvo más que diecinueve años de existencia.

Pero he aquí que ya en 1816 resuena bajo la pluma del Hermano Gerbaud un elocuente llamamiento a la emigración misionera. La hora en que el Superior General de los Hermanos lanzaba esta contraseña era la misma en que el mundo católico comenzaba a sentir tanto los desastrosos efectos de la supresión de la Compañía de Jesús, que dejó abandonadas importantes zonas de misión, como las repercusiones de la tormenta revolucionaria, que había empobrecido, cuando no arruinado del todo, las Órdenes religiosas. Las misiones carecieron, durante cincuenta años, de hombres y de dinero. Fueron necesarios los grandes esfuerzos de la Propagación de la Fe, la nueva actividad de la Compañía de Jesús, restablecida, y las audaces iniciativas de Gregorio XVI para que, desde 1830, triunfara la Iglesia Romana de una crisis tal, que había permitido al protestantismo aventajarla en las misiones de Oceanía. Pero desde 1816

todos los Hermanos de las Escuelas Cristianas, en sus humildes Escuelas de Francia, habían podido leer estas líneas, firmadas por el Hermano Gerbaud:

"Renovad vuestro celo, vosotros que deseáis cruzar los mares para anunciar el evangelio de CRISTO. Despertadlo, a fin de que sea puro, desinteresado, humilde y magnánimo, porque si la sal se vuelve insípida, ¿para qué servirá?

Se trata de hallar seis fervientes religiosos, seis apóstoles, seis émulos de Francisco Javier. ¿Quién nos dará corazones como el de Agustín, corazones inflamados para incendiar en amor santo la isla de Borbón? Tales son los corazones que se precisa enviar a esta misión, con la generosa resolución de morir, si es preciso.

Sí, Hermanos míos; estemos resueltos al martirio; ¡qué gloria!, ¡qué felicidad! Comencemos a ser mártires en la voluntad por lo generoso de nuestros sacrificios... Seas nuestra más amable y única compañía durante el viaje el *Nuevo Testamento*, la *Imitación* y la *Colección*, juntamente con el rosario."

En tales términos, al principio de la Restauración, comunicaba el Hermano Gerbaud a las diversas casas de la Orden que en la isla de Borbón necesitaban varios Hermanos que con su labor escolar ayudaran a evangelizarla. Era la primera vez que los Hermanos de las Escuelas Cristianas iban a realizar una instalación duradera en ultramar.

En lo sucesivo, la idea misionera fermentaba en el Instituto, y durante el Gobierno del Hermano Felipe se dilataría incesantemente.

En el bello retrato que, no ha mucho, trazó el Sr. Rigault (⁴⁰) de este manejador de hombres, de este siervo de Dios, las páginas más impresionantes, las más gloriosas, son las concernientes a la expansión del Instituto. ¿Cómo no habría de alentar los impulsos apostólicos que sentían en lo interior de sus almas algunos de sus colaboradores, cuando Mgr. Beurel, primer vicario apostólico de la península de Malaca, le escribía en 1845?: "Una de vuestras Escuelas haría un bien inmenso en esta tierra... Se ha entablado una guerra a muerte entre el protestantismo y el catolicismo en mi vicariato; es preciso, Muy Venerable Hermano, que ayude a salvar a los niños, porvenir del país".

⁴⁰ RIGAULT (George): *Le Frère Philippe*. Libr. Bloud et Gay. París, 1932.

Malaca estaba lejos; mas los Hermanos no reconocían distancias cuando se trataba de reclutar almas y lograrlas para Dios. Catorce años después decía el Hermano Felipe, en una circular dirigida a todos sus hijos espirituales, para que encomendasen en sus oraciones a catorce Hermanos que emigraban, unos al Indostán y, otros, a Nueva Méjico: "Vuestro amor a la Iglesia y a la Congregación os hará sentir religiosa satisfacción viendo cómo nuestros Hermanos se asocian a la admirable obra de la Propagación de la Fe, convirtiéndose en humildes y abnegados auxiliares de los varones apostólicos que roturan el campo del PADRE de familias al precio de tantos cuidados y fatigas, sin excluir, a veces, la de su propia sangre"; y rogaba que, en cada comunidad de la Congregación, se recordara ante el altar a los que "evangelizan Turquía, Grecia, Asia Menor, Egipto, Argelia, Túnez, los Estados Unidos, el Canadá, la isla de Borbón, Malasia y la India".

Esta circular contaba las etapas de la expansión del Instituto, y entregaba a su ambiciones el *Mapamundi* entero, dibujando desde entonces una especie de carta, siempre provisional, porque siempre era posible aumentar las posiciones ya ocupadas en la extensión del planisferio.

Dos años más tarde el Hermano Facile dejaba, en 1848, la vigilancia general de la prisión francesa de Melun para ser destinado a los Estados Unidos, donde instaló hasta veinte residencias de Hermanos. El Capítulo General de 1861 lo retuvo en París como Asistente representante de todos los establecimientos de ultramar; así, los Hermanos que actuaban de misioneros alcanzaron su representación en el gobierno del Instituto. Cuando falleció, en 1877, América reclamó sus despojos. Oriundo de Lyon, conquistó, por el éxito de su celo, una especie de naturalización americana. Se había hecho todo para todos; americano para los americanos, y éstos quisieron que aun en su mismo féretro reposara entre ellos.

Los Hermanos Felipe y Facile habían acogido, de entre los setenta miembros del Capítulo General de 1873, diecinueve "diputados de distritos extraños a la Francia continental"; y el primero, en el mensaje oficial que comentaba la labor de la Asamblea, insistió sobre el "gozo que hallaba ante el espectáculo de esos Capitulantes llegados de las comarcas más diversas por las costumbres, situadas a inmensas distancias, localizadas en todas las latitudes".

El Instituto de los Hermanos de las Escuelas Cristianas, sin perder ni querer perder jamás el punto de adherencia francés impuesto por sus

orígenes, realizaría en lo sucesivo y en todos los continentes las "Gesta Dei".

Las mismas pruebas que afligieron a la Congregación en el suelo de Francia estimularon las vocaciones misioneras; los que, después de la nefasta ley de 1904 contra la enseñanza congregacionista, quisieron conservar el hábito religioso, abandonaron la Patria, yéndose a los remotos países de misión.

"No somos bastante apostólicos —decía por esta fecha el Hermano Gabriel María, Superior General—. Dios nos constriñe a mirar más allá de nuestro país de origen; nos manda que marchemos por todo el mundo, puesto que toda la tierra es del SEÑOR. El Sena corre por París, ¿no es verdad? ¿Podemos nosotros cambiar de allí su curso? Del mismo modo, tomemos los hechos como vienen, es decir, como los dispone la Providencia, y adaptemos a ellos nuestra administración."

De este modo, los Hermanos hicieron buen uso de la misma persecución para difundir el reino de CRISTO.

Mientras que en 1840 los Hermanos misioneros eran ocho y enseñaban a cuatrocientos escolares repartidos en dos centros, cuentan actualmente, en países de misiones propiamente dichos, ciento uno establecimientos escolares, en los que cerca de mil doscientos Hermanos educan a más de cuarenta mil niños (⁴¹).

El cuadro pintado por Gagliardi, no hace mucho, que representa a SAN JUAN BAUTISTA DE LA SALLE presentando a CRISTO los niños de los cinco continentes, ilustra con impecable precisión los resultados actuales de la Institución del CANÓNIGO de Reims.

II

¡Alto ahí!, dirán ciertas voces, que se apresurarán a reprochar al pintor alguna exageración; pero la reserva que formulen no debe quedar sin respuesta. Esa reserva revela el hecho de que los Hermanos, en los países de misión, instruyen escolares de todas las creencias. Reconoce que en esas Escuelas la lección de catecismo es diaria, y aun confiesa que durante dicha lección se observa, con frecuencia, curiosa emulación entre los católicos y los disidentes no cristianos, y que el premio recae, a veces,

⁴¹ En 1950, el Instituto dirigía, en países de misión ciento cuarenta y dos establecimientos escolares, donde cerca de mil trescientos Hermanos, de ellos quinientos indígenas, educaban a más de sesenta y cinco mil alumnos.

en niño de familia pagana que permanece pagano. Notan que, ante el conjunto de alumnos pertenecientes a diversas confesiones, la enseñanza catequística no toca sino aquellas verdades religiosas y morales que todos pueden admitir; que para el grupo de católicos hay reuniones especiales, donde se les enseña lo que se omite en la clase general, y finalmente, que están prohibidas a los escolares las discusiones sobre asuntos religiosos.

Eclecticismo en la composición de los auditorios escolares, eclecticismo en la selección de los capítulos destinados a la enseñanza común; tales son los dos rasgos que los detractores ven como incompatibles con la inflexibilidad del ideal misionero; les sorprende y casi se escandalizan de estas prácticas pedagógicas, como de una extorsión hecha al carácter confesional de la enseñanza.

Juzguemos del árbol por sus frutos y de los métodos por sus resultados: la primera realidad que nos sorprende en estos remotos colegios, en que los católicos forman una exigua minoría en el conjunto escolar, es que estas minorías son focos de fervor. Las agrupaciones de devoción y de apostolado: Congregaciones piadosas, Liga Eucarística, Conferencias de San Vicente de Paúl, catequistas voluntarios, que en ellos se hallan establecidas, son índice cierto de intensa vida religiosa.

He aquí otro hecho, no menos importante, que debería imponer silencio a los criticones: en esa atmósfera espiritual de que se halla saturada la actividad escolar de los Hermanos se incuban, maduran y se realizan ciertas conversiones.

¿Podría lamentarse que el colegio de Penang, veintinueve años después de su fundación, empezara a admitir escolares no católicos, cuando al poco tiempo pudo comprobarse que varios de ellos hicieron rectificar a sus familias inveterados prejuicios contra el catolicismo y, andando el tiempo, desearon el bautismo? Allá en 1910, los Hermanos de Penang tuvieron la satisfacción de ver la conversión de trece jóvenes chinos, la mayor parte destinados, por su nacimiento, a ocupar altos puestos en la región, y la de un joven Sij, cuyo tío era sacerdote de la religión de este nombre; conversión cuya solidez desafió todas las vejaciones de la familia y chasqueó todas las maniobras hostiles.

Los Hermanos de la península de Malaca y los de Madagascar tienen, igualmente, la alegría de enseñar, un año con otro, a un centenar de catecúmenos. Los de Indochina, sólo en el año de 1924, llevaron a las fuentes bautismales unos cincuenta y dos entre alumnos y ex alumnos.

Ni es raro que los neófitos se conviertan en apóstoles, como aquel José Tich, alumno de la Escuela de Pellerin, en Indochina, hijo de un mandarín de la corte de Annam, que, ordenado sacerdote, después de atroces persecuciones, fue el origen de la vocación carmelita de su hermana. Y aquel otro de la Escuela de Taberd, también de Indochina, que, bautizado en 1913, entró algunos años después en el noviciado de los Hermanos y determinó, progresivamente, la conversión de toda su familia, familia que vino a ser el núcleo de una nueva cristiandad: la de Duc-Hoa.

Algunos son apóstoles aun antes de ser neófitos, como el joven chino de la misma Escuela de Taberd que, viendo a su hermanito, de cuatro años, en peligro de muerte, lo bautizó.

Un colegio como el de Saint-Peter's School, que dirigen los Hermanos en Birmania, tiene a honra haber visto salir de sus aulas varias vocaciones eclesiásticas. "Todo lo que soy —decía un seminarista indígena del Congo Belga al Hermano Asistente encargado de esta región — lo debo, después de Dios, a los Hermanos de las Escuelas Cristianas; a usted en particular le debo el germen de mi vocación. Jamás olvidaré las reflexiones que nos hizo acerca de la sublimidad del sacerdocio y de los votos que emiten los religiosos."

Finalmente, cuando se observa que en Singapur el establecimiento escolar de los Hermanos fue la célula en torno a la cual se desarrolló la parroquia católica de los chinos, se da uno cuenta del impulso que una institución semejante puede dar a la Obra misional y de la injusticia que habría en discutir su eficacia.

Ciertamente que una cosa es la Escuela y otra la pila bautismal; la distancia que las separa no se ha salvado por todos los alumnos de los Hermanos y aún falta mucho para llegar a eso. Pero si todos no han llegado a CRISTO, puede afirmarse, sin temeridad, que todos o casi todos han tomado tal contacto con su imagen, que ha empezado a descubrirles su fisonomía y tal vez a acercarlos a ella. Se ha notado que en la Escuela de Camboya, llamada Escuela Miche, fundada por los Hermanos en 1871, ocurre a menudo que a la lectura de la Sagrada Escritura o del Evangelio, hecha diariamente por un Hermano, suceden ciertas peticiones de explicación: son los niños paganos quienes las solicitan, con los ojos fijos en el CRUCIFIXO; y en el diario de la Escuela se leen estas líneas conmovedoras: " ¡Ojalá tenga esta humilde iniciación alguna consecuencia duradera y sea el preludio de una sincera y sólida conversión!"

III

Cuando, a principios de 1914, falleció el célebre Hermano Evagre, creador de las Escuelas lasalianas de Palestina, un árabe exclamó, sobre su sepulcro: "Acaba de morir el padre de la bondad y de la compasión, el sol de la pureza y de la amabilidad; todo ojo que no vierta lágrimas será inexcusable. Para ti, hombre ilustre, agosto anciano, sean todos nuestros afectuosos pesares. Desde que Dios ha honrado esta tierra con tu presencia, has sido siempre el apóstol de la paz. Así como se dice en la Escritura: "Te he enviado para que arranques y plantes, para que destruyas y edifiques", tú has hecho lo posible por fundar Escuelas y conventos y has hecho de Siria un huerto cultivado".

Algunos años antes, este Hermano Evagre, al que cuarenta mil niños de Jerusalén, de Jaffa, de Caifa y de Nazaret debieron el aprendizaje de la vida; a quien los novicios menores de Nazaret debían, desde 1892, el aprendizaje de apóstoles, había recibido la visita de. M. René Bazin: "¿Acaso no es nada —le decía aquel—, inspirar a los niños que no tienen la suerte de ser católicos el respeto a esta Fe, el aprecio y el gusto de la virtud?" Y el P. Lagrange, el fundador de la Escuela Bíblica de Jerusalén, daba el más significativo comentario a las palabras del Hermano Evagre, cuando, en marzo de 1914, exclamaba, en la oración fúnebre de este magno religioso: "En la Escuela de este Hermano, siempre grave y siempre alegre, siempre justo y siempre indulgente, ¿no se preguntaban, por ventura, los alumnos por qué se había hecho siervo de ellos más que maestro? Y si todos, de su vida moral y santa, no han inducido la Fe, que es raíz de ellas, por lo menos aquellos ejemplos de piedad y de dignidad moral, de honor cristiano en una existencia intachable, se han grabado en el recuerdo de todos".

Ya en 1850 y 1860, Faidherbe, gobernador del Senegal, sospechando que los Hermanos hicieran proselitismo entre los niños musulmanes, creó para ellos Escuelas laicas. Pero fue grande su sorpresa —y la refiere él mismo— cuando vio que allí donde la Escuela laica no conseguía más que veinte o treinta alumnos, los cursos de la tarde, en que los Hermanos enseñaban francés y aritmética, eran frecuentados por centenares de musulmanes. "¡Tan estimados —dice— son los Hermanos!, aun prescindiendo de la cuestión religiosa."

De hecho, su ascendiente científico y la enseñanza que dan; el prestigio discreto y velado de sus creencias, que no imponen ni ocultan; la

gratitud de sus alumnos, aun de los no católicos, por una abnegación pedagógica que honra a la idea religiosa que la inspira; todo esto desarrolla en aquella población escolar amplia atmósfera de hospitalidad intelectual. Para los que fueron alumnos de los Hermanos, el catolicismo y nuestra civilización, hija suya, están algo menos distante, menos exótico y menos extraño que para sus correligionarios protestantes o cismáticos, israelitas o musulmanes, y aun cuando el recuerdo de su educación no suscite ninguna evolución en su conciencia, perpetúa en ellos, con respecto al catolicismo y a sus representantes, cierto espíritu de equidad, cierta facilidad de contacto, cierta acogida cordial, muy propicios al buen nombre de la Iglesia Romana y a su influencia moral y social.

No es inútil para la Iglesia Romana, ni puede serle indiferente, que muchos de los altos cargos en el Oriente Medio sean desempeñados por ex alumnos del colegio Kadi-Keui, de Constantinopla, o del Sagrado Corazón, de Beirut; del Santa Catalina, en Alejandría, o del Koronfish, en El Cairo. Ni tampoco que en el Lejano Oriente haya muchos indígenas cultos que han recibido su formación en Saint-Benedict's College, de Colombo, o en Saint-Paul's, de Rangún; en Saint-Joseph's Institution, de Singapur, o en la Saint-Xavier's Institution, de Penang; en la Escuela Taberd, de Saigón; en la Puginier, de Hanoi, o en Saint-Joseph's College, de Hong-Kong.

Tampoco es indiferente para las cristiandades próximas a estos colegios que los niños católicos de familias pobres hallen Escuelas gratuitas de Hermanos para su educación; pero el presupuesto de estas Escuelas se nutre, en gran parte, de los recursos de los colegios. Así, los gastos de estudios de las familias no católicas subvencionan indirectamente y afianzan la libre difusión del Credo, de todo el Credo, entre la clientela exclusivamente católica y dolorosamente indigente de las Escuelas primarias próximas.

¿Puede concebirse síntesis más armónica y generosa que la establecida así entre ambos órdenes de instituciones? De una parte, el colegio, abierto a los niños de familias acomodadas, cualesquiera que sean sus creencias, que proyecta ante ellos algunos centelleantes resplandores de cristianismo; de otra, la Escuela primaria, abierta a los niños católicos del pueblo, que afianza en sus almas la influencia del sacerdocio católico. Colegio y Escuela, cada uno a su manera, hacen labor de penetración: aquél esboza algo semejante a una propedéutica religiosa; ésta realiza obra de mayor profundidad.

IV

En abril de 1929, el Hermano Adriano, Superior General, hablando a Pío XI de los mil doscientos Hermanos empleados en las Escuelas de misiones, sacó de su audiencia el testimonio de una augusta gratitud.

La Iglesia misionera confía en los Hermanos de las Escuelas Cristianas; conoce su mucha pericia en el trabajo de aproximación, que frecuentemente requiere gran lentitud, y también su experiencia en las gestas del cosechar, que consisten en ofrecer a los sacerdotes ubérrimos racimos de catecúmenos, al llegar para éstos la hora de Dios. La Iglesia no ha olvidado todavía el ardor misionero en que exultaba el Hermano Felipe cuando, en 1869, sólo tres años después de la instalación de los Hermanos en Madagascar, probó que en la entonces reciente coronación de la reina Ranavalona II las imágenes de las divinidades protectoras no habían desfilado en el cortejo. "Habéis difundido en ese país el buen olor de JESUCRISTO —escribía a los Hermanos—, habéis edificado, habéis ganado el corazón de vuestros alumnos y, por ellos, los de sus padres y aun el de la grandeza. Ya se ocultan los ídolos en vuestra presencia y Dios, con su majestad, aparece ahí."

La Iglesia Romana sabe que este entusiasmo de los Hermanos por la labor apostólica no se ha debilitado. Hace algunos años hubo en Trípoli, de Siria, un brillante ejemplo: los Hermanos soldados en aquel territorio fueron, a petición de las autoridades militares, encargados de enseñar a los senegaleses; algunos de éstos se mostraron dóciles a la catequesis y pidieron el bautismo. Para esta delicada tarea, los Hermanos iban de acuerdo con el sacerdote que regentaba la parroquia latina de la ciudad. Pues bien, algunos de estos negros se hicieron en seguida catequistas intérpretes entre los suyos, y cuando, en enero de 1924, hicieron la primera comunión siete soldados negros, fue un acontecimiento en la ciudad; había allí un Hermano al cual llamaban "padre de nuestras almas", y cuando se les veía por la calle, el público los conocía por "los convertidos de los Hermanos".

Que la actividad misionera de éstos vaya incluida en su labor escolar y se confunda con ella o que se prosiga paralela a ella y en terreno más restringido, debe ser siempre considerada como recurso selecto para la evangelización contemporánea.

El Presidente de la República de Colombia, en la cual se instalaron los Hermanos en 1889, escribía al Superior General:

"Profeso el máximo amor, la más viva admiración y el respeto más profundo a la Congregación del gran santo JUAN BAUTISTA DE LA SALLE. Ella constituye una bendición para el mundo entero, porque provee a las necesidades universales de estos tiempos. Es el inmenso seminario del trabajo, de la ciencia, de la piedad, del más bello y fecundo esfuerzo para asegurar el progreso intelectual de la niñez y de la juventud."

Si la labor pedagógica de los Hermanos deja tal impresión a un Jefe de Estado, después de treinta años de experiencia, se comprende cómo en países de misión el sentimiento de lo que todos deben a tal labor despierte interés por las creencias de quienes la realizan, y éstos estén dispuestos a ser mensajeros de ellas.

Mensajeros procedentes de Europa, pero impacientes por ver surgir bajo sus cuidados, en los territorios donde laboran, otros indígenas que pronto sean capaces, primero, de ayudarles y, luego, de sustituirles. SAN JUAN BAUTISTA DE LA SALLE tiene hoy hijos espirituales de raza amarilla y negra. En 1925, durante la Exposición Misionera Vaticana, fue motivo de legítimo orgullo para los Hermanos el presentar ante la vista de Pío XI la cifra de ciento ochenta y cinco annamitas, birmanos, eurasienses, chinos, indios, malgaches que ya ostentaban el tradicional cuello blanco, además de doscientos veinte escolásticos, novicios y novicios menores indígenas.

Así, los Hermanos realizaban de antemano el conjunto de deseos manifestados por Pío XI en la Encíclica *Rerum Ecclesiae*, de 28 de febrero de 1936: por una parte, abrían en países de misiones, como el Papa lo indicó, Escuelas elementales; luego, fundaron otras para jóvenes que no se dedicaban a la agricultura, y les allanaban el camino hacia una enseñanza más elevada, especialmente hacia las artes y oficios; por otra parte, se esforzaban en reclutar obreros del apostolado entre los mismos niños y jóvenes de la población escolar que la misión instruía.

V

Los constantes progresos de sus Escuelas en países gentiles no responden sólo al concepto que tiene la Iglesia docente de la función que desempeñan las instituciones escolares en el vasto organismo misionero; responden también —y es lo más curioso— a las concepciones elaboradas en la Sociedad de Naciones. Ginebra, al fijar el estatuto de los territorios bajo mandato, ha considerado la Escuela formalmente como un órgano de la misión, y a título de tal, participa de la plena libertad de la misión

misma, cualquiera que sea el hábito que ciña el maestro. Los textos internacionales, elaborados al margen de toda idea confesional por el areópago de las potencias laicas, parece, de este modo, dar patente a los Institutos religiosos para cumplir con toda libertad y seguridad su ministerio educador allí mismo donde ejerce mandato una potencia, que en su propio territorio o en sus colonias paraliza y prohíbe la actividad escolar de tales Institutos.

La época, a despecho de ciertas apariencias, es propicia a la multiplicación de las Escuelas de Hermanos en el mundo entero; la actitud de sembrador realizada en otro tiempo por SAN JUAN BAUTISTA DE LA SALLE debe aprovechar no sólo a Francia, sino al mundo cristiano y no cristiano.

La Iglesia requiere para sus misiones, en cualquier clima que trabajen, el concurso de agrupaciones docentes instaladas a la sombra del santuario; la opinión pública internacional, reclama para estas agrupaciones plena libertad, en razón de los servicios que prestan a favor de la civilización.

Bajo el impulso de Roma, a favor de las facilidades de acceso que las mismas aspiraciones del Derecho público internacional les permite reclamar, los Hermanos de las Escuelas Cristianas pueden, en la medida que lo permita su reclutamiento, tomar rumbo hacia nuevas tierras y bajo nuevos cielos: la Iglesia les señala las almas, las que esperan, las que ignoran.

GEORGES GOYAU,
de la Academia francesa.

